BLANQUI Y EL BLANQUISMO

por

SAMUEL BERNSTEIN

BIBLIOTECA JOSE MARIA ARIGÓ
UNIVERSIDAD
NACIONAL DE CORDOBA
BIBLIOTECA MAYOR

siglo
veintiuno
editores
mexico
españa
argentina

siglo veintiuno editores, sa
CERRO DEL AGUA 248, MÉXICO 20, D.F.

siglo veintiuno de españa editores, sa
EMILIO RUBÍN 7, MADRID 33, ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa
AV. PERÚ 952, BS. AS., ARGENTINA

Primera edición en español, diciembre 1975
© Siglo XXI de España Editores, S. A.
Primera edición en en francés, 1970
Título original: *Blanqui*
© Librairie François Maspero
Diseño de la cubierta: Santiago Monforte
DERECHOS RESERVADOS CONFORME A LA LEY
Impreso y hecho en España
Printed and made in Spain

ISBN: 84-323-0203-1
Depósito legal: M. 38.627-1975

Compuesto en Fernández y Velázquez, S. L.
Impreso en Closas-Orcoyen, S. L. Martínez Paje, 5. Madrid-29

INDICE

Págs.

INTRODUCCIÓN ... 1

1. DOMINIQUE Y SOPHIE ... 7
Dominique Blanqui, 7.—Sophie, 11.

2. UN APRENDIZ DE REVOLUCIONARIO ... 16
El estudiante, 16.—Nobleza contra burguesía, 18.—Carbonario, 20.—El problema del proletariado, 23.—Un político neófito, 25.—Una lección de insurrección, 30.—Una revolución escamoteada, 34.

3. LA FORMACIÓN DE LA DOCTRINA DE BLANQUI ... 37
La recesión económica, 37.—En busca de una doctrina, 41.—Los amigos del pueblo, 44.—Amelie-Suzanne, 52.

4. LA DOCTRINA DE BLANQUI ... 54
Críticos y cruzados, 54.—Análisis y síntesis, 57.—El papel de la élite, 61.

5. CONSPIRACIONES ... 66
Las insurrecciones de 1834, 66.—La sociedad de familias, 70.—La sociedad de estaciones, 79.—La Liga de los Justos, 83.—Dictadura revolucionaria, 85.

6. LA INSURRECCIÓN DE MAYO DE 1839 ... 88
Preparativos y estrategia, 89.—Los procesos, 98.

7. EN EL MONT-SAINT-MICHEL ... 103
La vida en la carcel, 103.—La muerte de Amelie, 105.—Intento de fuga, 107.—Una gracia amarga, 109.—Confusión doctrinal, 111.—Los «hijos del diablo», 119.—El infierno, 121.

8. *1848* ... 123
El final de la dinastía orleanista, 123.—Políticos improvisados, 127.—La bandera tricolor contra la roja, 130.—Los talleres nacionales, 132.—La comisión de trabajo, 135.

Págs.

9. El flujo de la revolución ... 139
El regreso del rebelde, 139.—El fracaso de una misión, 141.—El poder de la imprenta, 147.—Los pequeños parlamentos, 148.—La sociedad republicana central, 152.—Las elecciones y la revolución, 155.

10. El documento Taschereau ... 162
La fuerza devastadora del documento, 165.—La respuesta, 170.

11. El reflujo de la revolución ... 183
Las tres etapas de la represión, 183.—El proceso de Bourges, 202.

12. Doullens ... 205
La montaña y el ratón, 205.—El golpe de Estado, 206.—La elaboración de una doctrina, 210.—En Doullens, 213.—La economía política clásica, 216.

13. Belle-Ile ... 221
Tempestad en el penal, 211.—«Aviso al pueblo», 230.

14. Un nacionalismo romántico ... 240
Antisocialismo, 240.—Intento de fuga, 251.—Mazzini y Blanqui, 254.

15. La creación del partido blanquista ... 262
La apatía popular, 264.—Los cocodrilos, 268.—Sainte-Pelagie, 271.—El núcleo de un partido, 275.

16. El ascenso de la oposición ... 282
Escepticismo y materialismo, 286.—La historiografía revolucionaria, 288.—Hebert contra Robespierre, 289.— La agitación estudiantil, 296.

17. La formación del partido ... 300
La propaganda, 306.—El blanquismo y el sindicalismo, 308.—La Primera Internacional, 314.—El Congreso de Ginebra, 316.

18. Objetivo: la toma del poder ... 321
Blanqui y Marx, 322.—Blanqui y la Primera Internacional, 326.—El camino de la victoria, 332.—El fracaso de la Villette, 339.

19. La guerra franco-prusiana ... 342
La Tercera República, 343.—El gobierno de Defensa Nacional, 345.—La patria en peligro, 346.—El 31 de octubre de 1870, 352.—El 22 de enero de 1871, 358.—Triunfo del partido de la paz, 360.

Págs.

20. ULTIMO ENCARCELAMIENTO Y LIBERACIÓN FINAL 362
La Comuna de París, 364.—Negociaciones para la liberación de Blanqui, 367.—La eternidad a través de los astros, 370.—Campaña de amnistía, 373.—La invitación de Marx, 377.—Ultimas batallas políticas, 380.

EPÍLOGO 383

ANEXO: una carta de Karl Marx referente a Blanqui 389

INTRODUCCION

Auguste Blanqui ocupa un lugar único entre los revolucionarios profesionales europeos del siglo XIX. Su nombre ha sido durante mucho tiempo, sinónimo de negras conspiraciones, de barricadas, de batallas callejeras. Fue un arquitecto experimentado de sociedades secretas. Tuvo dotes poco comunes para tramar la caída de un gobierno y la toma del poder. Por eso se ha ganado la reputación de consumado estratega en el arte de la insurrección.

El infierno no habría podido causarle los tormentos que debió soportar. Pasó más de treinta y tres años, de los setenta y seis de su vida, en cerca de treinta cárceles. Crió moho durante meses enteros en oscuras mazmorras. La medicina le declaró perdido, pero se levantó de su lecho de muerte, sin el menor quebranto en su resolución de derribar los pilares de la sociedad. Sobrevino a todos los gobiernos que habían ordenado encarcelarle.

Su vida abarca la historia torturada de su país desde el Primer Imperio hasta la Tercera República. Conoció dos regímenes napoleónicos y tres revoluciones. Todas estas tempestades encubrían, en realidad, antagonismos sociales que se agravaban con cada generación. En primer lugar, durante los quince años que siguieron a Waterloo, se produjo la lucha por la supremacía política entre la gran burguesía y la aristocracia feudal, que había regresado del exilio en los furgones de los extranjeros. Pero esas dos clases se reconciliaron después de la Revolución de 1830.

En esa misma época, el artesanado resultó mortalmente herido por las nuevas técnicas de producción masiva, que, al economizar mano de obra, provocaron una profunda miseria entre la clase obrera. Esta intentó reaccionar, uniéndose en el seno de sindicatos. Y así, poco a poco, el capital y el trabajo se situaron frente a frente. Sin embargo, las leyes vigentes prohibían a los obreros asociarse. He ahí, probablemente, la razón de que

los sindicatos no tuvieran la importancia nacional que adquirirían en Gran Bretaña, donde leyes similares habían sido abolidas durante el primer cuarto del siglo XIX.

La Revolución de 1848 constituyó un breve apogeo para los trabajadores en Francia, pero en las jornadas de junio las organizaciones obreras sufrieron una grave derrota. Y el golpe de Estado de 1851 aniquiló definitivamente sus esperanzas.

El relajamiento de las restricciones legales, llevado a cabo por Napoleón III en 1864, facilitó el renacimiento de una organización del trabajo que se manifestó de tres maneras distintas: en primer lugar, se crearon sindicatos entre los obreros no especializados más desfavorecidos; además, las corporaciones organizadas solicitaron participar en los asuntos de la nación, y, por último, las oleadas de huelgas hicieron ver el peligro al gobierno imperial, porque el debate que ocasionaron en todo el país demostró el descenso de la popularidad del régimen. Y muy sintomáticos fueron los llamamientos a la solidaridad internacional, en forma de ayuda a los huelguistas, y el hecho de que éstos se mostraran cada vez más atentos a las consignas de los agitadores socialistas.

Las promesas socialistas no eran una novedad en Francia. Durante el reinado orleanista, los socialistas se habían orientado hacia los trabajadores; es más, habían contribuido a publicar numerosos periódicos obreros. Fue en esos años cuando Blanqui se vio inducido a adoptar una doctrina social de inspiración socialista. Pero los propagadores del socialismo no obtuvieron más que modestos éxitos, insuficientes incluso para atraerse los anatemas de las autoridades.

Este breve preámbulo trata de mostrar que, para situar a Blanqui en su contexto exacto, ha sido necesario interrumpir en algunas ocasiones el hilo de la biografía a fin de referirnos a ciertos acontecimientos y personajes que tuvieron su importancia. Y, puesto que el conjunto de las doctrinas filosóficas y sociológicas de Blanqui le han colocado aparte, alejado tanto de los liberales y de los reformadores como de los socialistas, es preciso recordar el pensamiento de esos contemporáneos. Por eso esta biografía tomará, a veces, el aspecto de una historia de las ideas.

¿Qué fue lo que situó a Blanqui en una vía de la que no se apartaría nunca? De una multitud de circunstancias, creemos que se pueden distinguir tres: en primer lugar, su afiliación, muy joven aún, a una sociedad política secreta conocida en la

historia con el nombre de carbonarismo; después, la literatura crítica de inspiración socialista que ponía al desnudo las llagas del orden social y sus causas, y, finalmente, una serie de acontecimientos violentos. Los más dramáticos y también los de mayor resonancia en Europa y América fueron la revolución de 1830, que llevó a la burguesía al poder, y las insurrecciones de 1831 y 1834. La primera fue provocada en Lyon por el hambre, y en la segunda, de repercusión nacional, el conflicto capital-trabajo estuvo íntimamente ligado al antagonismo entre las concepciones aristocráticas y democráticas del gobierno y de la sociedad. Para Blanqui, todos esos acontecimientos revelaban unas relaciones sociales inquietantes y sus consecuencias. El desequilibrio entre una minoría gobernante y la masa de la nación, concluía, no podía continuar. Resultaba inevitable otra revolución que restableciera a las fuerzas productivas en el lugar adecuado, es decir, en el poder, y, al mismo tiempo, colocara a Francia en la vanguardia del progreso. La agitación pública había sido prohibida por la legislación francesa más despótica desde Napoleón, y, por consiguiente, era preciso elegir entre la inacción y la conspiración. Blanqui, animado de un furor emancipador, estimaba que únicamente la segunda solución podría arrancar al país de las manos de la minoría que lo gobernaba.

Las sociedades secretas que creó a lo largo de su vida fueron siempre de estructura piramidal. Desde el bastón de mando del general, en la cúspide, hasta el soldado de la base existían una serie de escalones, y, al frente de cada uno de ellos, un oficial. La autoridad suprema descansaba en manos de intelectuales y de obreros preparados, si los había. Evidentemente, la sociedad secreta estaba gobernada por una élite, que redactaba la plataforma política, instruía a los reclutas, preparaba el asalto y fijaba el lugar y la fecha de la insurrección.

Tres hipótesis regían la estrategia insurreccional de Blanqui: ésta debía ser ultra-secreta; las luchas de influencia en las esferas gubernamentales significaban que la crisis interna maduraba, y, finalmente, pensaba que el pueblo se sumaría en masa a los insurrectos cuando la sublevación tomase cuerpo. Pero estas tres ideas resultaron falsas. Los hechos vinieron más adelante a socavar su fe en la conspiración. Sin embargo, continuó utilizando sus pasillos porque cualquier otra vía le estaba cerrada. Y, por ello, los historiadores le han considerado como el gran conspirador y el revolucionario resuelto que urdía sin cesar nuevas conspiraciones para subvertir el orden social existente.

Desde dos vertientes se ha tratado de establecer un paralelo entre Marx y Blanqui en tanto que revolucionarios. La escuela revisionista, nacida de Eduard Bernstein, ha sostenido que ambos tenían una predilección por la conjura y la violencia. Los comunistas, especialmente los franceses, han pretendido que los dos estaban de acuerdo sobre dos puntos esenciales: el objetivo comunista y la dictadura revolucionaria. Se puede admitir, en efecto, que Marx no rechazó completamente la conspiración. Sostenía que, bajo regímenes como el zarismo o el bonapartismo, constituye el único medio al alcance de la oposición. Pero, en general, encontraba este método inútil y pernicioso. Llamaba, por eso, a los conspiradores alquimistas de la revolución y rechazaba el golpe de mano como medio de acceder al poder.

Examinemos con mayor detenimiento la presunta semejanza de sus medios y de sus objetivos. Ciertamente, Blanqui estaba convencido de que el porvenir pertenecía al comunismo. Pero la relación entre su comunismo y los hechos históricos y económicos resultaba muy tenue. Era, ante todo, un agitador. El conflicto capital-trabajo aparece constantemente en su pluma: nunca dudó del resultado final y de la victoria de las masas laboriosas. Ninguno de sus contemporáneos, si se exceptúa a Alexis de Tocqueville, le igualó como analista político; ninguno lanzó, tampoco, palabras más resueltas que las suyas contra el capitalismo. Y, sin embargo, no admitió a la clase obrera como principal elemento motor de la historia, como hizo Marx. Según Blanqui, las necesidades inmediatas de los trabajadores eran secundarias en relación a la lucha contra el idealismo; sostenía que su liberación de lo sobrenatural prevalecía sobre su emancipación del capital.

Este desacuerdo fundamental entre Marx y Blanqui nacía de unas filosofías de la historia diametralmente opuestas. Es sabido que el primero pensaba que, esencialmente, existe una relación de causa a efecto entre la manera como un individuo se gana la vida y su modo de pensar y actuar. El segundo se apoyaba sobre la fuerza motriz de las ideas, sin preocuparse de las circunstancias y de factores decisivos tales como el lugar y el momento. Por consiguiente, los cambios debían producirse en los espíritus antes que en las condiciones materiales de vida. En armonía con esta filosofía de la historia, concedía prioridad a la propagación del ateísmo. Militante materialista, combatía el idealismo bajo todas sus formas, incluido el positivismo.

Su materialismo se aproximaba más al del barón de Holbach que al de Marx. Al igual que el barón de Holbach, consideraba primordial la lucha contra la religión, puesto que, según él, constituía la mayor defensa del orden establecido.

Cuanto más estudiamos el blanquismo y el marxismo, más superficiales consideramos sus semejanzas. Al contrario que el marxismo, el blanquismo no puede clasificarse entre los sistemas socialistas. Sus ideas no estuvieron nunca conectadas e imbricadas en forma coherente. Blanqui era un ecléctico que, como todos los espíritus similares, tenía de vez en cuando ideas penetrantes y proféticas. Perdidas en la masa de sus escritos se encuentran auténticas joyas del pensamiento; pero no constituyen un pedestal firme que permita situar a su autor entre los padres del socialismo. Como revolucionario profesional del siglo XIX, se aproxima a su contemporáneo, el anarquista ruso Bakunin. Ambos creían en las virtudes de las conspiraciones y hacían del ateísmo su dogma principal. Además, los dos eran unos románticos, persuadidos de que el camino que les conduciría a su objetivo podía ser abierto por un puñado de revolucionarios decididos.

Se podría objetar que Bakunin y Blanqui, a pesar de sus semejanzas, se encontraban en los antípodas en cuanto a objetivos y medios. El primero aspiraba al anarquismo, que nacería al decretarse la abolición del Estado y de todo su mecanismo de opresión; el segundo tenía por objetivo el comunismo, que se establecería tras una dictadura revolucionaria más o menos larga. Pero, luego de reflexionar, esas oposiciones resultan superficiales. Blanqui reconocía que su potente instrumento político de transición —en espera del orden nuevo— terminaría finalmente en una especie de administración de las cosas, es decir, una sociedad en la cual el Estado quedaría abolido, al igual que en la visión anarquista. Y, por ejemplo, las reglas que Bakunin esbozó acerca de su Fraternidad internacional daban un poder absoluto a un directorio central mientras durase la actividad revolucionaria, de tal manera que su manera de actuar resultaría tan dictatorial como la de Blanqui. Son, quizá, estas semejanzas las que explican la participación blanquista en la reunión de octubre de 1868, en la que se fundó la Alianza Internacional de la Democracia Socialista de Bakunin.

Otra objeción posible es que las ideas de Bakunin tenían un objetivo universal, mientras que las de Blanqui eran más particularistas, limitadas por perspectivas completamente francesas. Pero bajo esas diferencias se encuentra, sin embargo, un fondo común de nacionalismo mesiánico. Cada uno de estos

revolucionarios estaba convencido de que su país era el designado históricamente para tomar la iniciativa de un movimiento que debía abolir el antiguo orden en Europa. Ambos eran, además, racistas y odiaban a los alemanes y a los judíos con todas sus fuerzas.

Blanqui ha inspirado numerosas controversias y una bibliografía bastante abundante que, como otras del mismo tipo, es de calidad desigual. Los estudios que me han servido para esbozar el esquema de esta biografía se citan en el texto o en las notas. He utilizado principalmente los manuscritos de Blanqui que se encuentran en la Biblioteca Nacional de París. Han sido ya publicados importantes extractos, pero el voluminoso conjunto de manuscritos continúa siendo la fuente indispensable de cualquier investigador.

Si el presente retrato difiere en algunos aspectos del que los historiadores nos han transmitido, se debe al testimonio proporcionado por la colección Blanqui.

Examinando la masa de documentos de los que este libro es el resultado, a veces me he preguntado si lo hubiera podido llevar a cabo sin la ayuda sacrificada de mi mujer. A ella le expreso aquí mi gratitud. Mi agradecimiento se dirige igualmente a los amigos cuyas críticas me han permitido aclarar cierto número de puntos oscuros.

1. DOMINIQUE Y SOPHIE

Nada significaría Puget-Théniers en la historia del departamento de los Alpes Marítimos si no fuera porque Auguste Blanqui nació precisamente allí.

El ritmo de vida se ha acelerado considerablemente en este pequeño mundo que constituye Puget-Théniers desde la época de la Revolución francesa: las costumbres de la pequeña burguesía han prevalecido poco a poco; las barreras sociales han disminuido, y, sin embargo, existe hoy, como existían cuando Napoleón Bonaparte nombró a Dominique Blanqui subprefecto de dicha localidad.

DOMINIQUE BLANQUI

En 1798 Jean Dominique Blanqui, pasada la treintena, acababa de atravesar una época agitada que duró más de diez años. Las discusiones filosóficas y políticas separaron a los radicales de los conservadores. La Revolución sacudió los espíritus. Nacieron ciertas ideas acerca de una sociedad ideal. Algunos la veían como una especie de tablero de ajedrez en el cual cada familia poseería lo mismo que las demás, satisfaría sus propias necesidades e intercambiaría el sobrante con los demás. Ni riquezas excesivas, ni pobreza; ni vagos, ni charlatanes; ni poseedores, ni poseídos. Tal era la base de la democracia. Otros querían que todo fuera poseído en común y que todos trabajasen por el bien común; que nada separase al productor del consumidor; que no hubiera amos ni criados, primeros ni últimos. La fraternidad nacería de la igualdad y la igualdad de la comunidad.

Según algunos, estos modos de vida no constituían simples sueños. Estaban al alcance de la mano con tal que las gentes quisieran unirse para expulsar a los nuevos amos. En realidad, apenas dos años antes de instalarse D. Blanqui en la subpre-

fectura, la policía había decapitado una asociación secreta que pretendía el derrocamiento del gobierno con el fin de que Francia fuera una nación de iguales. Gracchus Babeuf y uno de sus cómplices habían pagado con su vida tal conspiración. De los que fueron encarcelados, el más famoso, Philippe Buonarroti, viviría lo suficiente para relatar la historia del complot.

Los conjurados eran poco numerosos; sin embargo, las ramificaciones de la conspiración se extendían más de lo que el gobierno sospechaba. Pero la mayoría de los franceses pensaban ya que la Revolución había llegado bastante lejos. Nuevos pasos adelante no harían más que poner en peligro las adquisiciones de la burguesía y del campesinado, al tiempo que reavivarían los rescoldos de la guerra civil.

D. Blanqui compartía los puntos de vista de la clase media acerca de la Revolución. Había nacido en 1757 en un suburbio de Niza, entonces bajo soberanía italiana. Desde hacía siglos Niza se utilizaba como puerta hacia Italia, y, según ciertos cálculos, no menos de dieciocho invasores habían saqueado la región o se habían establecido en ella. Tarea ardua para un genealogista la de descubrir la historia reciente de Blanqui. Desde el punto de vista cultural, Blanqui era francés; desde el punto de vista etnológico, mestizo; desde el punto de vista social, pequeñoburgués. Su padre, curtidor acomodado, le había enviado al colegio de Niza. Lejos de ser un establecimiento de primer orden en esa época, el colegio dispensaba una educación liberal. Habían penetrado en él todas las teorías y las herejías del siglo XVIII. Dominique tenía inclinación por las nuevas ideas. Si la Revolución no le hubiese catapultado a la política, habría podido pasar toda su vida enseñando filosofía y astronomía en el colegio del lugar. Tal era su profesión cuando la Revolución de 1789, desbordando las fronteras francesas, llegó a Niza.

D. Blanqui pudo observar desde primera fila a los aristócratas y obispos exiliados venidos de Francia, pues Niza era una segunda Coblenza: su única idea era la de recuperar sus privilegios. Una fracción confiaba en las tropas del rey de Cerdeña; otra, en una alianza de las grandes potencias. En realidad, se trataba de una pandilla de chillones que se peleaban como verduleras y se pavoneaban como si estuviesen en su casa. Naturalmente, desanimaban a las buenas voluntades al par que despilfarraban su fortuna. Su presencia en Niza no hacía más que agravar la tensión existente entonces entre francófilos y francófobos. Los dos partidos se venían observando desde 1789, y frecuentemente se peleaban. Con la guerra revolucionaria de 1792 la suerte quedó echada: las tropas francesas ocuparon

Niza a finales de septiembre y expulsaron a los emigrados, que se dispersaron por toda la península italiana. Los combates continuaron hasta 1794, fecha en la que el rey de Cerdeña renunció a sus derechos sobre dicho territorio.

¿Qué hacía el profesor Blanqui durante este período? Naturalmente estaba al lado de la causa francesa. Según los recuerdos de su hijo menor, se encontraba al frente del partido que reclamaba la abolición del feudalismo en Niza y su anexión a Francia [1]. Designado delegado ante la Convención, defendió la causa de su partido, pero la Convención no necesitaba que le leyeran la cartilla: el 31 de enero de 1793 transformó oficialmente el condado de Niza en el departamento de los Alpes Marítimos. Y por éste fue elegido diputado D. Blanqui.

Su carrera parlamentaria no resultó relevante. No tenía condiciones de orador, y su lógica no era de las más implacables. Su pensamiento no podía elevarse a las alturas del interés nacional. Estaba dominado por sus ilusiones provincianas; y, a pesar del bullicio de la vida de Niza, había conservado del profesor un aspecto un tanto seco. Llegó a la Convención el 24 de mayo de 1793, en una época en que los dos grandes partidos políticos en ella representados mantenían una lucha encarnizada para asegurarse la soberanía. Es dudoso que consiguiera captar y asimilar totalmente los orígenes profundos de la disensión. Como recordaría más tarde, sus principios le habían llevado en primer lugar a simpatizar con los diputados de la Montaña. Pero éstos le repelían por su fría crueldad y sus arrebatos coléricos. Se encontraba más a gusto en el Llano, donde había hombres de su estilo, filósofos, letrados, que recordaban la prudencia ática. ¿Quién era Vergniaud, después de todo, sino Demóstenes resucitado?

Al menos, es así como esos hombres se encuentran descritos en las memorias dejadas por D. Blanqui. El tiempo había borrado entonces el recuerdo de sus lenguas pérfidas, de su desprecio confesado por la plebe parisiense. ¿No había oído a los girondinos amenazar con transformar París en una rareza arqueológica? ¿No menospreciaban a los elegidos y no habían decretado su detención? Por mucha simpatía que hubiera po dido tener por los jacobinos que ocupaban escaños en la Convención, D. Blanqui no dio nunca el paso necesario para sumarse a ellos. Por otra parte, ¿comprendía realmente lo que estaba en juego? Evidentemente estaba al corriente de los de-

[1] Manuscritos Blanqui, 9581, f. 175 (Biblioteca Nacional, París; designados en adelante en este libro Mss. Blanqui).

sastres militares que abrían el camino de París, de la traición de Dumouriez, del proceso del rey y de su ejecución y de las guerras civiles que desgarraban Francia. Pero las conspiraciones, las colusiones detrás de todas estas desgracias se le escapaban, al igual que los asuntos económicos que surgían entre los dos partidos.

El día en que D. Blanqui llegó a la Convención, acababa de nombrarse una comisión de doce girondinos para yugular la Comuna de París, ordenando la detención de sus miembros más influyentes. El 25 de mayo de 1793, un girondino cometió la locura de amenazar con destruir la capital si eran atacados los representantes de la nación. Esta sandez no sirvió más que para despertar el ardor de las secciones, que exigieron la liberación de sus jefes, y el 31 de mayo redujeron la Convención al silencio. Dos días más tarde, el 2 de junio, 80.000 hombres armados la sitiaron y la forzaron a expulsar a veintinueve diputados.

Esta purga parece haber impresionado a D. Blanqui. Porque si un partido podía eliminar a auténticos representantes del pueblo, otro partido podría hacer igual. Así se pisoteaba la legalidad. No es que hubiera estado siempre estrictamente al lado de la legalidad: su propio ascenso en los Alpes Marítimos, en ocasiones, no había respetado la ley y el orden. Esto, sin embargo, había ocurrido antes de que el departamento estuviera constituido legalmente. En política resultaba necesario aceptar las reglas del juego. Pero los grandes problemas planteados por la Revolución proyectaban una inmensa oscuridad sobre los derechos garantizados por documentos escritos. Y los que se aferraban a ellos resultaban inevitablemente víctimas de sus escrúpulos. D. Blanqui era uno de éstos. No solamente firmó una petición contra dicha purga, sino que se negó a aparecer en la Convención y declaró que continuar cumpliendo sus deberes de diputado equivaldría a sancionar el golpe de Estado del 2 de junio.

La firma de dicha petición y el escaño vacante decidieron su suerte. La propagación de la guerra civil, alentada a veces por girondinos proscritos, era lo último que hubiera podido ablandar la política de los diputados de la Montaña que, en agosto, pusieron fuera de la ley a 55 diputados más. Una nueva lista, redactada en octubre, incluía el nombre de D. Blanqui.

Este nos ha dejado una memoria de 44 páginas acerca de su encarcelamiento. Fueron diez meses de «agonía», según su propia expresión [2]. Torturado por la idea de que su nombre

[2] *L'Agonie de dix mois*, París, 1794.

pudiera ser pronunciado en cualquier momento para subir al carro que conducía directamente al cadalso, andaba sin rumbo por los pasillos como un ser extraviado. Las condiciones físicas de la detención resultaban indignantes. Había olores de letrinas, la inspección nocturna de los guardias, el ruido de las llaves y las enormes cerraduras. La presencia de monederos falsos y de ladrones hacía la vida aún más insoportable. Afortunadamente estaba acompañado de colegas de la Convención.

SOPHIE

D. Blanqui tenía treinta y cuatro años y estaba todavía soltero. No sabemos si había gustado los placeres de París y compartido sus locuras. Este aspecto personal de su vida de soltero nunca ha sido relatado por su hijo mayor, Jérôme-Adolphe, que constituye en este punto nuestra principal fuente. Sin embargo, D. Blanqui no era insensible a los encantos femeninos. Antes de su detención había sido huésped de una tal Madame de Brionville, que antaño estuvo vinculada a la casa de María Antonieta. Si le habían quedado preferencias políticas, no las mostraba; sin embargo, y ello resulta sintomático, todos sus huéspedes eran enemigos de la Montaña. De todas maneras, Madame de Brionville era una patrona poco común: consideraba como hijos a sus huéspedes e incluso visitaba a los que se encontraban en la cárcel. Les llevaba dulces, a menudo acompañada por Sophie, su sobrina adoptiva, de doce años. La niña era de estatura media, ni gruesa ni delgada, pero agradable y encantadora; sus ojos azules estaban realzados por largas pestañas rizadas; su boca parecía un estuche de perlas; su cabello, era rubio, sedoso y lujuriante. Su proximidad disipaba los olores fétidos e iluminaba las siniestras murallas. A veces venía sola, llena de vivacidad y de frescura: canturreaba rozando a los carceleros, llevando cartas y mensajes que tenía el arte de disimular ante su vista. Esta práctica del contrabando le fue útil más tarde, cuando visitaba en las cárceles a su hijo menor, Auguste Blanqui.

Sophie era siempre bien recibida cuando interrumpía la rutina diaria de los diputados recluidos. Todos buscaban una sonrisa en sus labios. Su marcha entristecía a más de uno; a D. Blanqui en particular, pues Sophie había despertado en él una pasión antes adormilada.

Liberado después del nueve de termidor, obtuvo de Madame de Brionville la mano de su sobrina. Tenía entonces

catorce años y él más de treinta y seis. Ella poseía belleza y juventud; él, una cierta posición social, según las normas termidorianas. Tuvo que esperar a su mayoría de edad. Entretanto había vuelto a su escaño en la Convención, que le envió en misión al Mediodía para dirigir la construcción de carreteras, puentes y canales. Elegido miembro del Consejo de los Quinientos, se interesó por la inflación que padecía la nación desde 1791. No encontró solución alguna, pues no era un cerebro creador. Pero eso demuestra que su espíritu manifestaba un gran interés por los problemas nacionales, aunque nunca se liberó realmente de su provincianismo.

Dominique y Sophie se casaron en octubre de 1797. Sabemos poco acerca de los comienzos del matrimonio, porque era reservado sobre este capítulo de su vida. Todo lo que podemos decir es que, al finalizar su mandato, volvió a Niza. Allí nació su primer hijo, Jérôme-Adolphe, que llegaría a ser un economista liberal distinguido y autor de la primera historia de conjunto del pensamiento económico [3]. Niza convenía mejor a D. Blanqui que París: no había podido adaptarse a las intrigas de pasillo. Tampoco perdonaba a los Quinientos sus manejos políticos, en los cuales los principios se eclipsaban ante la ambición personal. Habría precisado ser un Juvenal o un Swift para ahogar en sátiras esos asaltos grotescos. Pero D. Blanqui no tenía nada de hombre de letras; sencillamente, los hombres le disgustaban moralmente. Lo que pensaba puede deducirse de cómo acogió el golge de Estado de Napoleón. Monárquicos y jacobinos le resultaban igualmente odiosos. No había olvidado las cábalas de los primeros en la Niza de antes de la anexión y no estaba dispuesto a olvidar que había rozado la muerte durante el ascenso de los segundos. Con Napoleón en el poder, los dos extremos quedaban neutralizados. Para D. Blanqui, esto significaba también el comienzo de una carrera política, pues Bonaparte le nombró subprefecto de Puget-Théniers. El cargo no era prestigioso ni lucrativo, pero procedía del fasto imperial y aportaba un elemento de seguridad. Para un hombre como D. Blanqui, de virtudes burguesas y enamorado de la estabilidad, suponía una fuente segura de ingresos y —¿por qué no?— un primer paso hacia los honores.

D. Blanqui se convirtió, pues, en un fiel y aburrido servidor del Imperio y en el primer ciudadano de la localidad. Debió

[3] *Histoire de l'économie politique en Europe depuis les Anciens jusqu'à nos jours*, París, 1837.

de ser enviado. Era padre, y su mujer, joven y muy hermosa. Algunos, a veces, habrían podido notar una sombra en su cara. Cuando llegó a Puget-Théniers tenía cuarenta y un años: hombre maduro, sus costumbres estaban sólidamente ancladas. Sophie, con diecinueve años, se encontraba en plena belleza, tenía ingenio y era sensible al menor cumplido. Estaba hambrienta de lo novelesco. El coqueteo más banal, un halago bien dicho, con voz dulce, satisfarían su amor propio. El marido soportaba con dificultad las atenciones hacia su mujer. Además, era el funcionario más alto de la ciudad y ella la primera dama, la que daba el tono. Furiosas escenas agitaron al matrimonio Blanqui. Un Blanqui celoso, exagerado en sus reproches, aceptaba muy difícilmente las protestas de inocencia de Sophie.

Si creemos en el testimonio de Jérôme-Adolphe, Sophie no daba fácilmente los primeros pasos y resultaba, incluso, algo altanera. Pero se trata de las impresiones de su hijo que ni siquiera había alcanzado la adolescencia. ¿Cómo habría podido adivinar la causa de tales escenas? Además, cuando escribió la historia de su infancia [4], era un conservador convencido y pensaba que la mujer es un ser inferior que debe inclinarse ante su marido. Aunque inspiradas en el derecho romano, esas ideas, puestas en práctica, podían producir los resultados más catastróficos. Sophie no estaba acostumbrada al yugo. Dotada de una fuerte personalidad y de una naturaleza ardiente, se acomodaba bastante mal con el ambiente afectado de la burocracia. Tampoco se resignaba a permanecer, como una joya en un estuche, en semejante villorrio. Adolphe Blanqui la ha descrito indolente, indiferente o enojada, explotando a veces en arrebatos apasionados. Ha recordado su extravagancia, su manera de preferir el cante y el baile a la costura.

Nos es imposible verificar la autenticidad del retrato, a menos que lo examinemos a la luz de la psicología moderna. No hay duda de que el hijo no tuvo en cuenta la pérdida de afectividad de su madre. A los diecisiete años arrastraba ya el peso de las responsabilidades familiares: siete hijos habían nacido ya en 1813, tres debían venir aún, y los ingresos seguían siendo modestos. D. Blanqui no llegaría jamás a ser rico, pues para ello, como Balzac apuntaba, hay que vivir fastuosamente, mientras que Blanqui no podía vivir más que miserablemente. Procuró mejorar su situación con la roturación de unas tierras

[4] «Souvenirs d'un lycéen de 1814». *La Revue de Paris*, 1916, II, pp. 847-865; III, pp. 97-117.

a orillas del Var. Unas inundaciones se llevaron sus esperanzas, no dejándole más que deudas. Una mujer con afición al lujo difícilmente podía soportar una existencia banal, parsimoniosa, siendo la compañera de un funcionario correcto y maduro.

La situación empeoró con la caída de Napoleón: si se exceptúa el breve intervalo de los Cien Días, la carrera pública de D. Blanqui llegó a su fin. Los Blanqui tuvieron que padecer la ocupación enemiga. D. Blanqui huyó, pero Sophie y sus hijos se quedaron y fueron testigos de las crueldades del Terror blanco. Puget-Théniers pasó a manos del rey de Cerdeña.

De pronto, todo se aclaró para los Blanqui al saber que Sophie acababa de heredar una gran propiedad en los alrededores de Chartres. Acerca de los efectos de este favor de la suerte que recaía sobre Sophie, debemos remitirnos a los recuerdos de Adolphe [5]. El castillo, nos dice, estaba repleto de objetos preciosos que la maravillaron. Todo aquello que su imaginación desbocada había podido concebir se encontraba allí: encajes delicados, joyas, viejas tabaqueras de oro macizo, relojes sin precio, platería, mobiliario del mejor estilo. Se creyó en el país de las maravillas. Se engalanó con encajes y joyas, vendió objetos de valor, a pesar de las protestas conjuntas de su marido y de su hijo mayor, e hizo viajes a París, volviendo cargada de artículos de lujo: la fortuna se desvaneció. El padre y el hijo tuvieron que abrir una escuela privada, pero la falta de apoyo oficial les obligó a cerrarla.

Fue aproximadamente en esa época cuando Napoleón, al regreso de la isla de Elba, nombró nuevamente a D. Blanqui subprefecto en el departamento de Lot-et-Garonne. Pero Waterloo terminó con sus nuevas esperanzas y las tinieblas volvieron a caer sobre el matrimonio Blanqui. Los prusianos, acuartelados en su casa, monopolizaban la comida: el uno daba el azúcar a su caballo; el otro, para lavarse los pies, utilizaba la costosa agua de colonia de Sophie; la bodega quedó vacía de vinos y licores. Sophie fue de un valor admirable durante ese período difícil. Se enfrentó a los saqueadores con un lenguaje extraordinariamente licencioso. Afortunadamente, un oficial se hizo amigo de Adolphe y las tropas prusianas fueron albergadas desde entonces en casa del alcalde.

La familia estaba sin recursos. El porvenir se anunciaba muy negro y se vislumbraba una miseria infamante. Recomendado por antiguos girondinos, que se habían pasado a los Bor-

[5] *Ibid.*, III, p. 110.

bones, D. Blanqui solicitó un empleo oficial a la monarquía restaurada: nada consiguió. Vigilar la propiedad era todo lo que podía hacer. Por suerte había menos bocas que alimentar. Jérôme-Adolphe, que había marchado a París como preceptor, mandó llamar a una hermana y a su hermano menor, Louis-Auguste. La anciana Madame de Brionville ayudaba económicamente al matrimonio.

2. UN APRENDIZ DE REVOLUCIONARIO

EL ESTUDIANTE

Louis-Auguste Blanqui no tenía aún trece años cuando marchó a París. Había nacido el 1 de febrero de 1805 en Puget-Théniers, donde pasó los primeros años de su existencia. Allí escuchó el fragor sordo del Var durante las crecidas de la primavera y escaló las montañas de los alrededores cuando tuvo edad para enfrentarse a sus abruptas pendientes. Como muchos lugares retirados, la comarca tenía sus leyendas, de las que se alimentó su imaginación. Se decía, por ejemplo, que la sombra de las montañas era el fantasma de los visigodos muertos durante su marcha hacia el Mediterráneo. Todo lo que sabía sobre ese mar azulado se limitaba a que el río que bordeaba su casa iba a desembocar en él.

Puget-Théniers estaba impregnado de bonapartismo. A los jóvenes como a los viejos se les repetía, hasta la saciedad, que el emperador encarnaba la gloria de Francia. Más que cualquier otro niño de la ciudad, Auguste vivía bajo el águila napoleónica. Los tres colores flotaban sobre su casa, y su padre presidía los festejos dados en honor del cumpleaños de Napoleón o de su coronación, en los que había cantatas y laboriosos panegíricos y a continuación juegos y fuegos artificiales. Auguste, como los demás niños, se hartó de oír hablar de la obediencia y del amor que se debían al emperador como a un padre.

A los nueve años presenció la entrada de las tropas austríacas y sardas en Puget-Théniers. Vio pisotear los tres colores; llevó la escarapela azul de los sardos para evitar ser maltratado; fue testigo de escenas de saqueo y de devastaciones; observó la destrucción de los emblemas imperiales y el exterminio de patriotas y sospechosos. Tales fueron los excesos que ocasionó la restauración de la dinastía de los Borbones por mercenarios extranjeros. Estas escenas quedaron grabadas en él de forma inolvidable. Más tarde, rememorando aquello, dijo que habían

marcado definitivamente el curso de su vida. De ahí, según su expresión, «data su declaración de guerra contra todas las facciones que representan el pasado» [1].

Después de Waterloo, les tocó el turno a los prusianos, que despertaron en él todavía mayor antipatía que los austríacos y los sardos, pues eran más arrogantes y más vindicativos, acaso para vengarse de su humillación en Jena. De todas formas, su repugnancia extremada por los alemanes proviene de esa época.

En cambio, su amor hacia Francia se intensificó. Recién llegado a la capital, a una edad en la cual se deja uno impresionar fácilmente, aprendió a querer sus monumentos, sus calles estrechas y sinuosas, hasta sus adoquines. Allí había sido educada su madre; allí su padre había representado a su departamento natal. Los hermanos pasaban los domingos paseando por los barrios viejos; el benjamín acosaba a su hermano mayor con preguntas, a las que éste contestaba con paciencia: parecían padre e hijo. Según el retrato de Adolphe, Auguste era «un niño encantador, de fisonomía muy agraciada y de una sorprendente inteligencia» [2]. Con los cabellos rubios, como su madre; ojos marrones, más bien oscuros, como su padre; la nariz aguileña, a la romana; la estatura por debajo de la media; he ahí como se le hubiera podido describir a los trece años. Rememorando aquellos años, Adolphe Blanqui se mostraba apenado por el pobre resultado de sus consejos [3].

Auguste fue admitido en el liceo Carlomagno. Sus compañeros de clase eran hijos de aristócratas, destinados a un buen porvenir y herederos de grandes fortunas. Pero llegaría a sobrepasarlos a todos, adelantando a los demás candidatos en el camino de los honores. Asimilaba todo lo que leía: historia, clásicos latinos, tragedias de Corneille y de Racine, obras del siglo XVIII. Una nueva ciencia, la economía política, comenzaba a interesar entonces. Pero le decepcionó un tanto. Presentado a Jean-Baptiste Say y deseoso de aprender todo lo que tenía que decir, el estudiante leyó la obra principal del eminente sabio [4]. Esto

[1] Mss. Blanqui, 9581, f. 176.
[2] *La Revue de Paris*, 1918, VI, p. 160.
[3] *Ibid.*, p. 160.
[4] *Traité d'économie politique*, París, 1814. El interés creciente por las teorías económicas manifestado en Francia durante la Restauración queda patente en el número y la variedad de obras dedicadas a la economía política, publicadas en esa época. Sin detenernos sobre sus diferentes puntos de vista, he aquí una lista útil: Jean-Baptiste Say, *Traité d'économie politique*, 1803, totalmente refundido en 1814; Charles Ganilh, *Des systèmes d'économie politique*, 1809, y *Traité de l'économie politique*, 1815; P. E. Le-

ocurría en 1820 y 1821. Valorando más tarde las ideas del economista, las calificó a la vez de sórdidas e inmorales, «el código de la exterminación mutua» [5]. Es difícil imaginar lo que habría pensado si hubiese sabido que, desde 1797, el mismo J.-B. Say veía en la economía política la fuente principal de la moral [6]. Aquí es preciso señalar el efecto totalmente diferente que produjeron los principios de Say sobre el hermano de Blanqui, Adolphe: la riqueza de sus puntos de vista acerca de la competencia y del comercio le mostró las perspectivas que finalmente le llevarían al campo de la economía política clásica. Por consiguiente, el camino seguido por los dos hermanos empezó a distanciarse a partir de los años veinte. El uno se precipitó a los pasillos subterráneos y mohosos que le conducirían a las barricadas; el otro, dando un rodeo por los anfiteatros de las facultades, se lanzó a la vía que le llevaría a la envidiable cátedra de economía política del Conservatorio de Artes y Oficios. Recordaba más tarde el estudiante que los impulsos políticos hacían vibrar, como una cuerda de arpa, al niño Auguste Blanqui. A los diecisiete años, se sintió horrorizado por la ejecución de cuatro suboficiales, todos ellos sargentos de La Rochela, implicados en una conspiración carbonaria [7].

NOBLEZA CONTRA BURGUESIA

Las relaciones entre la monarquía restaurada y la burguesía liberal eran tensas. La Carta otorgada por los Borbones en 1814 contenía, sin embargo, algunas concesiones. Por ejemplo, concedía la libertad de prensa e introducía un gobierno constitucional moderado. Además, la monarquía ratificaba las ventas

montey, *Raison et folie*, 1816; Maurice Comte D'Hauterive, *Eléments d'économie politique*, 1817; J. A. Chaptal, *De l'industrie française*, 1819; Vizconde de Saint-Chamans, *Du système d'impôts fondés sur les principes de l'économie politique*, 1820; Conde Alexandre de Laborde, *Esprit d'association dans tous les intérêts de la communauté*, 1821; F. L. A. Ferrier, *Du gouvernement considéré dans ses rapports avec le commerce ou De l'administration commerciale opposée aux économistes du XIXe siècle*, 1822, 3.ª edición; J. A. Blanqui, *Résumé de l'histoire du commerce et de l'industrie*, 1826; Charles Dupin, *Des forces productrices et commerciales de la France*, 1827; J. C. L. Simonde de Sismondi, *Nouveaux principes d'économie politique*, 1819, reeditado en 1827.

[5] Auguste Blanqui, *Critique sociale*, París, 1885, I, p. 140.

[6] «Olbie, ou Essai sur les moyens de réformer les moeurs», *Oeuvres diverses*, París, 1848, p. 594 ss.

[7] Mss. Blanqui, 9581, f. 177.

de bienes efectuadas por los gobiernos revolucionarios y protegía a la industria frente a la competencia extranjera, todo ello en la línea de Napoleón. La economía francesa había experimentado serios progresos desde 1815 [8]. La tecnología lograba nuevos éxitos. También los financieros cosechaban pingües beneficios de los préstamos facilitados al gobierno o a los industriales. Una prosperidad creciente se establecía sobre bases económicas, después de un cuarto de siglo de guerras.

Y, sin embargo, la burguesía no entregaba su confianza a la dinastía. No le habían pedido que volviera; los prusianos y los cosacos la escoltaron. Decía Louis Blanc [9] que la transportaron «sobre las olas de la invasión, de la que fue como la espuma». Más grave todavía, no había comprendido nada de 1789. En lugar de establecer sus cimientos sobre las clases medias o sobre un compromiso entre la nobleza y la burguesía, como hizo la monarquía inglesa, permaneció ligada a los feudales, es decir, a los que fueron desposeídos y sirvieron en los ejércitos enemigos de Francia.

El partido monárquico y el partido burgués tenían sus seguidores entre los intelectuales. Por ejemplo, Joseph de Maistre y Louis de Bonald solicitaban el retorno de la autoridad unificada de la Iglesia y del Estado. Por otro lado, la burguesía no tenía más que volver a los escritos del siglo XVIII y reeditar a Rousseau, Voltaire, d'Holbach, Diderot y d'Alembert. Los deístas y los materialistas estaban nuevamente empeñados en la batalla contra los defensores del derecho divino [10]. La frontera se delimitaba, de nuevo, entre lo que Heine llamaría «la penumbra mágica» de la Edad Media y los horizontes despejados de la Revolución.

Una profusión de estudios históricos reforzaba a la burguesía en su reivindicación social. Durante el reinado de Bonaparte, se había llamado la atención acerca del papel de los grandes hombres en la historia y relegado el del estado llano. Waterloo había trastocado todo esto. Fustel de Coulanges nos informa de que los historiadores liberales, después de 1815,

[8] Charles Ballot, *L'Introduction du machinisme dans l'industrie française*, París, 1923, pp. 404-415.

[9] *Histoire de dix ans*, París, 1842, I, p. 55.

[10] «Se estima que, desde 1814 a finales de 1824, se pusieron a la venta más de un millón y medio de ejemplares de las obras de Voltaire, sin contar otras obras aisladas del mismo autor, y cerca de setecientos mil libros de otros escritores del siglo XVIII. En 1826, se registraron en París cinco mil trescientos veintitrés folletos, que en su mayoría atacaban al clero.» (M. Dommanget, *Le Curé Meslier*, París, 1965, pp. 455-456.)

tomaron como modelos a los peores enemigos del Imperio caído, es decir, Inglaterra y Alemania. La primera era «prudente, libre y próspera»; la segunda, «laboriosa, virtuosa, inteligente» [11]. El interés por el estado llano fue reavivado más allá de cualquier esperanza. Las *Histoires de la Révolution*, de Mignet y de Thiers, describieron el papel primordial de las clases medias. Su papel similar en Gran Bretaña fue relatado por Guizot en su *Histoire de la Révolution d'Angleterre*, el libro más famoso, y fueron muy numerosos en esa época, de todos los que se dedicaron al siglo XVII inglés [12]. Simultáneamente, Augustin Thierry hizo remontar los orígenes de la burguesía a los habitantes de la Galia. Los francos germánicos habían sido invasores extranjeros; tenían su descendencia en la nobleza. En cambio, los plebeyos eran los descendientes de los galos y, por consiguiente, los auténticos franceses. La acrimonia de este conflicto entre la nobleza y la burguesía se había infiltrado en el interior de las escuelas. Según un testigo, ya en 1818 se percibían los ecos de esta áspera controversia. En 1820, las resonancias se ampliaron, tomando el cariz de una revuelta. Importado de Italia, el carbonarismo se implantó en las escuelas. Los estudiantes eran reclutados por las logias, que se imbricaban a escala nacional [13]. Su idea fija consistía en borrar la infamia de la invasión extranjera, así como su recuerdo, la monarquía de los Borbones. Los estudiantes gritaban «Viva el emperador», no porque esperasen su regreso, sino porque había simbolizado la grandeza de la nación. Sostenían que la monarquía, con el nombre que fuera, no podía vivir después de Napoleón. Este la había matado [14].

CARBONARIO

El joven Blanqui compartía esas ideas. Cuando vio, en la plaza de Grève, a los cuatro sargentos de La Rochela avanzar valientemente hacia la muerte, prometió solemnemente vengarlos. Su odio hacia el régimen se acrecentó. Nos dice que su primera idea, al salir del liceo en 1824, fue la de afiliarse a los carbonarios. Anticipemos aquí que en sus filas se en-

[11] «De la manière d'écrire l'histoire en France et en Allemagne depuis cinquante ans», *Revue des Deux Mondes*, 1 de septiembre de 1872, p. 241.
[12] Véase Théodore Zeldin, «English Ideals in French Politics», *The Historical Journal*, 1959, II, N. 1, p. 42.
[13] *Paris révolutionnaire*, 1833, I, pp. 260, 266, 271.
[14] *Ibid.*, II, 1834, p. 279 ss.

contraban numerosos hombres que posteriormente se hicieron ilustres en el movimiento socialista francés. Podemos citar los nombres siguientes: Voyer d'Argenson, vástago de una ilustre familia, más tarde discípulo y amigo de Philippe Buonarroti, a su vez amigo del comunista Gracchus Babeuf; Philippe Buchez y Armand Bazard, los cuales se convirtieron al credo saintsimoniano; Etienne Cabet, futuro fundador de una escuela utópica, y Pierre Leroux, una de las figuras más respetadas del socialismo francés del siglo XIX. Emocionalmente, Blanqui era todavía bonapartista, como muchos de la organización. Pero había también republicanos, divididos entre defensores de 1792 e imitadores entusiastas del modelo americano, porque el antiborbonismo reunía a hombres de horizontes diversos. Aparte de eso, no tenían apenas puntos de vista comunes; únicamente su aislamiento de las masas les aproximaba: el carbonarismo no tenía nada que ofrecer que pudiera penetrar en ellas y moverlas. «Estábamos aislados en medio de este pueblo por el que nos sacrificábamos y que no nos comprendía», confesó un estudiante carbonario. «No teníamos un solo órgano en común.» [15] Otro afirmó que el pueblo y los estudiantes «no tenían el menor punto de contacto» [16].

El carbonarismo arraigó en Francia entre 1820 y 1825. Se ha dicho que contaba entre 40.000 y 50.000 afiliados [17]; se le han atribuido nueve conspiraciones contra los Borbones [18]. Sus principales adeptos se encontraban en el ejército, donde sus actividades eran espiadas por una red de agentes, muchos de ellos miembros de la Legión de Honor [19]. Un vano intento de insurrección en 1822 aniquiló parte de las ramificaciones; y las sublevaciones abortadas de 1823, a escala europea, las dispersaron. No se puede asegurar si estos carbonarios estaban en relación con Philippe Buonarroti. Su expulsión de Ginebra en 1823, por orden de Metternich, fue calurosamente apoyada por el ministro francés de Asuntos Exteriores, Chateaubriand [20]: quizá pensaba dar así un golge al carbonarismo en Francia.

[15] *Ibid.*, I, p. 273.
[16] *Ibid*, II, p. 280.
[17] Etienne Cabet, *La Révolution de 1830*, París, 1833, I, p. 104.
[18] A. Calmette, «Les Carbonari sous la Restauration», *La Révolution de 1848*, 1913, IX, p. 406.
[19] A. Guillon, *Les Complots militaires sous la Restauration*, París, 1895, capítulos 4 y 9.
[20] Véase G. de Berthier de Sauvigny, «Lettres inédites de Chateaubriand», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, 1956, III, p. 308.

Los carbonarios estaban divididos. Varios congresos, convocados para unir los fragmentos, no alcanzaron su objetivo. Se produjeron deserciones.

Algunos se orientaron hacia el saintsimonismo; otros formaron la sociedad *Aide-toi, le ciel t'aidera*, que pretendía presentarse a las elecciones. Este movimiento también participó en la Revolución de 1830.

Blanqui se dedicó al periodismo. Escribió para *Le Courrier français* y *Le Journal du commerce*, pero sus ingresos debían de ser tan escasos que aceptó un trabajo en la Escuela de Comercio. Considerado ya como subversivo, estaba vigilado y fichado por la policía. Cosa curiosa, existía también un expediente sobre su hermano [21], liberal contrario a la conspiración. Sin embargo, para los Borbones, un liberal era un revolucionario.

Se le presentó una oportunidad para volver a provincias: el puesto de preceptor del hijo de un general del Imperio residente en el departamento del Garona. El lugar era escabroso, propicio para escaladas y excursiones. Además de dar largos paseos por el campo y por la orilla del Garona, leía mucho, escuchaba los recuerdos personales del antiguo voluntario de la Revolución, o reflexionaba acerca de sus recientes experiencias de carbonario. Resulta difícil seguir el curso de sus ideas durante este período de su vida, casi anónimo. Parece ser que decidió aprender un oficio y, lo que más nos interesa, combatir la dinastía de los Borbones.

Durante los dos años transcurridos en el departamento del Garona, acabó de crecer. Era pequeño y delgado, más bien encogido y nudoso. Sus gestos eran impulsivos y felinos. Sus ojos, profundamente hundidos, fijaban la mirada como un objetivo. Tenía el aspecto pálido y austero de un asceta. Desde los tiempos de Puget-Théniers se había acostumbrado al frío y a un singular régimen: era un vegetariano convencido y un abstemio completo. Acompañaba con un gran vaso de leche una comida sana, pero insípida, compuesta de verduras cocidas sin aliño, sin sabor, y después se bebía un vaso de agua. Ni siquiera una pizca de especias, ni la menor gota de vino para sazonar esta insulsa comida. Blanqui no tenía nada de sibarita.

Su rasgo intelectual más llamativo consistía en una reserva extremada: se expresaba con frases cortas y concisas; poseía el arte de escuchar. No sufrió jamás de verborrea y, por consiguiente, no llegó a ser nunca lo que se llama un orador.

[21] Gustave Geffroy, *L'Enfermé*, París, 1897, p. 36.

Cuando escribió sus pensamientos, lo hizo en un estilo recio; sin ironía ni banalidad, con frases armoniosas, grabadas con buril, animadas de un verdadero aliento.

De regreso a París, en 1826, se matriculó en la Facultad de Derecho. Encontró las viejas amistades que había hecho en el medio carbonario. Un cierto desconcierto reinaba en sus filas, pero ardían, como siempre, en deseos de expulsar a los Borbones. Ignoramos si Blanqui se incorporó a las filas de las sociedades que quedaban, aunque conocemos su participación en una manifestación callejera organizada por los carbonarios.

EL PROBLEMA DEL PROLETARIADO

Carlos X había sucedido a su hermano, Luis XVIII, en 1824. En el exilio, el hermano mayor había comprendido que debería someterse a ciertas evoluciones irreversibles, consecuencia de la Revolución, en caso de volver a Francia. Sin embargo, Carlos estaba fanáticamente apegado a su prerrogativa de derecho divino; conservaba la esperanza de que el curso de la historia podría ser invertido. Con semejante política, no resultaba difícil prever la tormenta. Sus consejeros contaban con la desorganización de la oposición, en un momento en el que los carbonarios ya no significaban una amenaza. Pero esos cálculos no tenían en cuenta el peso del electorado, aunque el derecho de voto hubiera sido reducido por el censo, y desdeñaban también la frecuencia creciente de las crisis de recesión económica.

En 1825, el movimiento de retroceso de los negocios en Inglaterra dio la voz de alarma en Francia. Durante los seis años que siguieron, la economía francesa conoció altibajos. Decir que esas fluctuaciones en los negocios causaron una profunda miseria en el pueblo sería exagerar las dimensiones y la importancia de la producción industrial de aquella época. Había progresado, evidentemente, y el número de máquinas de vapor se había multiplicado por nueve entre 1820 y 1830. Sin embargo, la industria francesa se encontraba solamente en el umbral de su revolución. La producción artesanal y familiar continuó predominando durante la Restauración. A veces, los obreros recibían las nuevas técnicas a garrotazos, pues las capas laboriosas aún estaban convencidas de que rompiendo las máquinas garantizaban su seguridad. La promesa de que, con el tiempo, las nuevas técnicas mejorarían sus condiciones de vida no representaba más que un flaco consuelo. La realidad era

que los salarios disminuían [22], que había paro y que algunos oficios desaparecían. Por consiguiente, los obreros continuaron su guerra contra las máquinas mucho tiempo después de que todo el mundo viera su futilidad [23]. El nivel de vida de los obreros franceses era más alto con los Borbones que antes de la Restauración; de hecho, el más alto de Europa, según un observador británico [24]. Y, sin embargo, los franceses fueron las primeras víctimas de los reveses económicos. Su prosperidad se acompañaba de miseria. Como sus necesidades habían crecido, su desgracia resultaba todavía más insoportable ante el volumen creciente de la riqueza nacional. Estudios recientes han mostrado que el nivel general de vida era más alto en 1820, momento en que se sitúa el punto más bajo en la curva descendente de los salarios, que en 1800 [25]. Mas en la industria mecánica —en la textil por ejemplo— la situación material de los obreros había sido reducida a una pobreza extrema.

Hasta obtener mayor información, resulta preferible abandonar el gran debate acerca de la relación entre las máquinas y la pobreza. Por ahora, sólo podemos decir que, de un modo poco claro, el plano de la discusión se situaba entre los apóstoles del capitalismo industrial —fuente incalculable de bienestar material para todos, según ellos— y sus acusadores, que le imputaban la depauperación de las masas en beneficio de algunos. Como ha hecho notar Engels, ninguno de los críticos del capitalismo, ni siquiera los grandes socialistas utópicos, hablaba entonces en nombre de los intereses de la clase obrera.

El problema del proletariado no se había planteado antes de 1820, a pesar de que las concentraciones obreras en las fábricas comenzaron antes de dicha fecha. Un cierto número de obreros, sobre todo entre los especializados, se sindicaron entre 1820 y 1830, a pesar de los trabas legales [26]. Las cifras hablan por sí solas: en un solo año, de 1825 a 1826, el número de obreros procesados por asociación ilegal pasó de 144 a 244, y el número de condenas, de 72 a 182. En 1830 se instruyeron 206 sumarios de este tipo, y fueron condenados 137 obreros [27].

[22] A. Chabert, *Essai sur les mouvements des revenus et de l'activité économique en France de 1798 à 1820*, París, 1949, p. 187.

[23] J. P. Aguet, *Les Grèves sous la monarchie de Juillet*, Ginebra, 1954, página 11.

[24] Citado por Chabert, *op. cit.*, p. 235.

[25] *Ibid.*, p. 229.

[26] G. y H. Bourgin, *Le Régime de l'industrie en France de 1814 à 1830*, París, 1912, II-III.

[27] Alexis Charmeil, *Les Associations professionnelles ouvrières en France de 1789 à nos jours*, París, 1903, p. 29.

Un acercamiento entre clase media y obreros resultaba igualmente de mal augurio para los guardianes del orden: «¡Viva la libertad! ¡Viva la Carta!»; carteles de ese tipo florecían sobre las paredes de los barrios obreros [28]. Lo que ocurría en Inglaterra, como la refriega de Peterloo, en Manchester, en 1819, y la conspiración de la calle Caton el año siguiente, constituían ejemplos propicios para alarmar a los policías franceses. Redoblando la vigilancia, éstos llegaron a enterarse, consternados, de que se estaba organizando una alianza entre obreros textiles franceses e ingleses con el fin de imponer la jornada de ocho horas [29].

La hostilidad hacia los Borbones había disminuido después de las sublevaciones abortadas de 1823, pero renació en 1827. Ese año, las manifestaciones callejeras para celebrar la victoria de los liberales en las elecciones degeneraron en batallas campales. Los monárquicos liberales, los bonapartistas y los republicanos se encontraron en el mismo campo. Los obreros hicieron barricadas. Más que nunca, la propaganda de la oposición encontró un eco favorable. Para Blanqui, las escaramuzas de 1827 fueron el comienzo de una larga y tormentosa carrera. Escribió en un fragmento autobiográfico que ya no podía tolerar las teorías políticas que conducían a callejones sin salida; no eran más que fórmulas estériles. En cambio, el triunfo electoral de los liberales le parecía una muestra de progreso. Decidido a seguir el movimiento, participó en las refriegas y resultó herido en tres ocasiones. En 1828, gracias a los cuidados de su madre, estaba nuevamente en pie.

Tales combates dejarían una huella profunda en su memoria. Hasta entonces, sólo tenía nociones librescas de la valentía popular. Al ver a aquellos hombres, vestidos con harapos, disputar cada centímetro de terreno con armas improvisadas, se encontró obligado a admirar su heroísmo. En contraste con sus jefes liberales, eran los últimos en abandonar el campo de batalla [30].

UN POLITICO NEOFITO

Blanqui llevaba entonces una vida normal. Asistía a clases en la Sorbona, con la intención aparente de hacer carrera como

[28] G. y H. Bourgin, *op. cit.*, II, p. 125.
[29] *Ibid.*, III, pp. 120, 121 ss.
[30] Mss. Blanqui, 9581, f. 177-178.

jurista. Además, el amor le tenía en sus redes. Amélie-Suzanne Serre, alumna en el internado en el que enseñaba, constituía el objeto de sus atenciones más tiernas. Se conocen pocos detalles acerca de su larga historia de amor. Debió conocerla en 1825, cuando era todavía muy joven, pero dotada ya de esas cualidades físicas y morales que le atrajeron irresistiblemente. En el curso de los ocho años que siguieron, su pasión no hizo más que crecer a pesar de las objeciones formuladas por los padres de la joven. Se casaron en 1834. Pero nos estamos anticipando. En su profesión de profesor particular de los hijos de la alta burguesía, Blanqui aprendió a conocer los valores y los modos de pensar de esta clase. Conoció a la hija de Etienne de Montgolfier, inventor —en 1783— del globo de aire caliente [31]. La señorita Adélaïde-Jeanne resultaba pedantuela; pasaba de los cuarenta años y mostraba una afición pronunciada por las bellas letras. Se dedicaba a la crítica, a la traducción de novelas inglesas, y provocaba a las musas. Era rica, además, muy introducida en sociedad y con opiniones liberales a semejanza de los invitados de su salón, que constituía, como tantos otros, una ciudadela en la cual los descontentos podían dar rienda suelta a sus críticas. Nos han llegado pocos documentos acerca de las preferencias políticas de las personas con las que coincidía Blanqui en las recepciones de Mademoiselle de Montgolfier; posiblemente se adaptaban a las normas habituales de los salones, es decir, se contentaban con repetir machaconamente algunas ideas corrientes. Al menos, podemos afirmar que eran adversarios de los Borbones y admiradores de los regímenes de tipo inglés o americano. La dinastía orleanista correspondía exactamente a sus aspiraciones, y el republicanismo de Blanqui les resultaría sorprendente. Pero sus auténticas convicciones políticas no estaban todavía muy claras. Se autodefinió más tarde, «republicano y revolucionario convencido» [32]. Pero esa etiqueta podía de igual modo colocarse a todos aquellos que entonces pensaban vagamente en cambiar la sociedad de arriba abajo.

Las relaciones con Adélaïde se enfriaron a partir de 1830, como lo muestra su correspondencia con ella [33]. Blanqui se orientaba entonces hacia el socialismo, mientras que Adélaïde prefería las aguas más seguras de la monarquía burguesa ins-

[31] Léon Rostaing, *La Famille de Montgolfier, ses alliances et ses descendants,* Lyon, 1933, p. 596.
[32] Mss. Blanqui, 9581, f. 179.
[33] Publicada en *Lettres,* 1906, núms. 7-8.

talada en 1830. Mientras duró su amistad, ésta prestó una atención poco frecuente a su felicidad y a la de su familia. Facilitó la fianza para su salida de la cárcel, se unió a las peticiones de su madre, dio incluso lecciones particulares a su hermana menor.

Un incidente muy desagradable le ocurrió a Blanqui algunos años después de haberse restablecido de sus heridas: en Niza, precisamente, pasó una breve temporada en la cárcel. Pensando en trasladarse a Italia, hacía una excursión a pie por los Alpes Marítimos. Intrigada por el apellido, la policía sarda dio orden de detención. Este fue el primero de una cadena de encarcelamientos que finalmente totalizaron más de treinta y seis años de su vida [34]. La investigación demostró que no había nada que reprocharle, y fue puesto en libertad. Modificó su itinerario y cruzó la frontera española. Este país, que estaba bajo la férula de la Iglesia, le confirmó en su anticlericalismo. Burdeos le pareció una «ciudad de lucro, cuya existencia social discurre alrededor de un tapete verde» [35].

Pero hizo esas reflexiones mucho más tarde, y así han de ser entendidas. En 1828 Blanqui todavía no veía muy claro; sin embargo, era perfectamente consciente de las exigencias políticas próximas. El suelo se agrietaba bajo sus pasos. De regreso a París, en 1829, después de que el príncipe de Polignac hubiera tomado las riendas del gobierno, sintió girar el viento y consideró tal nombramiento como «el augurio y el preludio de un próximo cataclismo» [36]. Las ilusiones del príncipe sólo resultaban comparables a la confianza ciega en sus propios prejuicios. Desgraciadamente, la fidelidad era su única virtud, y, además, se trataba de fidelidad a unos principios trágicamente desfasados. Las adversidades del exilio no le habían enseñado nada, y había regresado en el séquito de los Borbones resuelto a cambiar el curso de la historia. Atraerse a la oposición no concordaba con la política de Carlos X. Para devolver a la monarquía un esplendor que eclipsara las críticas más corrosivas, se tomó la determinación de enviar tropas a Argelia. El pretexto invocado, proteger el comercio de la piratería, no tuvo la suerte de convencer a los que iba destinado.

Estos, por otra parte, no habían decidido hacer una revolución. Porque los jefes de la burguesía no querían un nuevo em-

[34] Maurice Dommanget, en *Les Idées politiques et sociales d'Auguste Blanqui*, París, 1957, pp. 404-407, ha proporcionado la lista de los encarcelamientos de Blanqui y el tiempo qus estuvo en cada cárcel.

[35] Mss. Blanqui, f. 178.

[36] *Ibid.*

perador, ni una república de *sans-culottes*. Si la providencia inspirase a Carlos X el deseo de abdicar en favor de un monarca de tipo inglés, las cosas se arreglarían solas, de acuerdo con la prudencia divina. La providencia se manifestó a su majestad de forma diferente: el 26 de julio de 1830 el rey impuso cuatro ordenanzas que limitaban la libertad de prensa, retiraban el derecho de voto a numerosos electores, disolvían la Cámara y decretaban nuevas elecciones.

Los decretos no parecieron tener efectos inmediatos sobre la opinión pública parisiense. Una calma chicha reinaba en todos los puntos de la capital, según el informe del prefecto al ministro del Interior [37]. Sin embargo, ese mismo día, los patronos tuvieron una genial inspiración: se pusieron de acuerdo para cerrar los talleres y las fábricas, lo cual, según sus cálculos, colocaría a los obreros en el terreno de la oposición [38]. Pero esa maniobra molestó a los jefes de la oposición: ¿quién podía decir dónde se pararía la guerra civil, una vez que las masas trabajadoras se pusieran en marcha?

Un corto paréntesis nos ayudará a trazar el retrato de la oposición: se trataba de una alianza provisional que unía a los orleanistas, los bonapartistas y los republicanos. Los dos primeros tenían objetivos dinásticos y, por consiguiente, poseían una cierta cohesión. Los últimos estaban divididos en moderados y radicales, es decir, en admiradores de los girondinos y en partidarios de Robespierre. La víspera de la revolución de 1830 se estaba constituyendo un culto robespierrista y uno de sus celosos defensores, Achille Roche, pasó un mes en la cárcel por publicar las *Mémoires de Levasseur*, un panegírico de la Montaña [39]. Por consiguiente, las dos tendencias republicanas tenían sus orígenes en la gran revolución.

A veces se ha afirmado que los obreros que fueron catapultados a la revolución de 1830 eran ardientes republicanos. En realidad, también se dividían en monárquicos liberales, bonapartistas y republicanos. Sin aquel cierre de los talleres, muy bien habrían podido permanecer en sus puestos de trabajo, pues carecían de conciencia de clase y de educación política.

[37] Citado por G. Bourgin, «La Bourgeoisie, les ouvriers et le gouvernement en 1830», *Revue politique et littéraire*, 1919, LVII, p. 692.

[38] Paul Mantoux, «Patrons et ouvriers en juillet 1830», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, 1901-1902, III, pp. 291-296.

[39] *Mémoires de R. Levasseur (de la Sarthe), ex-conventionnel*, París, 1829-1831. Los dos primeros tomos de la obra, que tenía cuatro, se publicaron en 1829.

De forma significativa, los obreros despedidos atribuyeron su paro no a sus patronos, sino a los Borbones.

Blanqui era entonces cronista parlamentario de *Le Globe*. Fundado en 1824 por Pierre Leroux —del que volveremos a hablar—, este periódico era tan célebre por sus opiniones liberales como por la diversidad de sus colaboradores. Figuraban entre ellos personas tan distinguidas como Victor Cousin, Augustin Thierry, Sainte-Beuve, Chateaubriand y Ampère, y también se encontraba el joven Victor Hugo. Dos tomas de posición de *Le Globe* ilustraron su historia: por una parte, se atrajo los anatemas de la Academia de Ciencias por haber suscrito y defendido las teorías revolucionarias de Lamarck; por otra, informaba a sus lectores acerca de problemas tales como la escuela del Estado, la emancipación de los obreros especializados y las cooperativas. Este interés por los problemas sociales, alentado por su fundador, aparecía como una condena de los editoriales en los que imperaba un pensamiento económico convencional. *Le Globe* era, por consiguiente, una especie de coalición que se disolvió con la revolución de 1830 [40].

Blanqui tenía veinticuatro años cuando entró en el periódico. Casi todos sus colegas eran mayores que él y más famosos. Salvo unos pocos, todos eran monárquicos constitucionales y partidarios del liberalismo económico. Por eso, apenas existían puntos de contacto posibles entre ellos y él. Mucho más tarde Blanqui anotó sus primeras impresiones acerca de *Le Globe* y de las máximas invocadas por sus colegas: las definió como «dogmas sacrosantos, tomados del Evangelio según san Malthus, san Ricardo, san Jeremy Bentham y otros sabios profesores de usura, de egoísmo y de insensibilidad». Leroux constituía una excepción: «Parecía un astro algo extraviado en medio de esta ambiciosa constelación» [41]. El respeto de Blanqui por Leroux no hizo más que aumentar con los años [42].

Algunas observaciones sobre Leroux se imponen aquí. Heinrich Heine esbozó su retrato de la manera siguiente: «Una silueta rechoncha, fornida, vigorosa, angulosa, que no adquirió nunca ninguno de los encantos que pueden inculcar las tradiciones de un mundo refinado y elegante.» El gran poeta lírico atinó acerca de las cualidades excepcionales de Leroux. Se trataba de «un hijo del pueblo», dotado de un cerebro «que se

[40] Para una breve historia de *Le Globe*, véase Eugène Hatin, *Histoire politique et littéraire de la presse en France*, París, 1861, III, pp. 499-507.
[41] Mss. Blanqui, 9581, f. 179.
[42] Véase la carta de Blanqui a Ranc, del 3 de abril de 1871, en *Souvenirs, correspondance*, de Arthur Ranc, París, 1913, p. 197.

eleva hacia la más alta especulación, y con un corazón que puede descender hasta las profundidades del sufrimiento popular. Es un filósofo que no sólo piensa, sino que siente» [43].

Leroux pretendía haber introducido la palabra socialismo en su sentido moderno. Aunque eso haya sido discutido [44], fue, sin duda, uno de los primeros en utilizarla. Poseía un espíritu enciclopédico, aunque confuso, hasta que Saint-Simon contribuyó a ordenarlo en cierta medida. Enfocaba los grandes problemas con el espíritu del socialismo romántico, y proporcionaba al romanticismo literario «una ética social» [45] que influyó en la imaginación de poetas y novelistas, como George Sand. Su buen juicio en materia de crítica de arte, su denuncia del arte por el arte como una forma de egoísmo, situaron los problemas de la estética en relación con los problemas de la sociedad. En el momento en que Blanqui entró en *Le Globe*, Leroux buscaba un camino hacia el porvenir. El cronista parlamentario asistía como testigo a la lucha decisiva entre defensores y enemigos de la monarquía. Más de una vez se rió de las furiosas explosiones que sacudían los bancos de la oposición. Eran, decía, «revolucionarios sin saberlo, ciegos, cuyo atolondramiento iba a llamar al pueblo a escena». Los cuatro decretos monárquicos citados anteriormente constituyen la respuesta a su manifiesto, que logró 221 firmas.

UNA LECCION DE INSURRECCION

Estos decretos reales señalaron el comienzo de la segunda revolución francesa. Los obreros despedidos arrancaron los adoquines, construyeron barricadas y, en tres días de combate, triunfaron sobre las fuerzas monárquicas. Los historiadores burgueses han llamado a esas jornadas las «Tres Gloriosas».

Al entrar en la sala de redacción de *Le Globe*, poco después de conocerse la noticia de los decretos, Blanqui presenció el

[43] *Works*, Nueva York, 1906, VIII, p. 458 ss., trad. por Charles G. Leland.

[44] De la media docena de artículos sobre el origen de la palabra, tres merecen ser mencionados: Gabriel Deville, «Origine des mots "socialisme" et "socialiste" et de certains autres», *La Révolution française*, 1908, LIV, páginas 385-401; Charles Grünberg, «L'Origine des mots "socialisme" et "socialiste"», *Revue d'histoire des doctrines économiques et sociales*, 1909, II, pp. 289-308; A. E. Bestor, «The Evolution of the Socialist Vocabulary», *Journal of the History Ideas*, 1948, IX, pp. 259-302.

[45] David Owen Evans, *Le Socialisme romantique. Pierre Leroux et ses contemporains*, París, 1948, p. 203.

espectáculo de redactores jefes y de colaboradores que andaban por la habitación sin saber qué hacer, «como almas en pena en un claustro desierto».

Reinaba el silencio. Nadie pensaba en resistir, ni en mostrar energía. Estos mismos hombres que, unas horas antes, hacían vibrar los cristales con su seguridad, parecían odres desinflados. ¡Qué contraste con los que Blanqui acababa de ver en las barricadas! Para romper el encanto, tomó la palabra con una voz suficientemente fuerte como para que todos le oyeran: «¡Antes de que acabe la semana, todo habrá terminado a tiros!» Las miradas se volvieron hacia él. Una barba cuidada le cubría la cara sin llegar a ocultar su mandíbula cuadrada y su labio inferior resuelto. La profecía no tuvo la suerte de agradar. El filósofo Théodore Jouffroy, tomando una actitud noble y echando hacia atrás su cabeza para ver mejor a ese moderno Casandra, le dijo con desdén: «¡No habrá tiros!» Unas horas más tarde París era un campo de batalla.

La crisis política puso de manifiesto la barrera que separaba a Blanqui de sus colegas. En una reunión celebrada el 26 de julio, se mostraron incapaces de salir del camino trillado o de admitir que los obreros acababan de dar un paso histórico. Estos hombres vestidos con chaquetones azules, burdos y ásperos, hablaban una especie de jerga callejera. Fraternizar con ellos resultaba difícil para periodistas y profesores. Mas Blanqui sostenía que no tenían miedo y que marchaban al combate alegremente. Pidió a sus colegas la formación de un comité insurreccional. Era pedirles demasiado: situarse en la ilegalidad parecía ya arriesgado, pero colocarse a la cabeza de simples obreros para llevar a cabo una revolución resultaba sencillamente espantoso. Aunque desagradable, preferían el reinado de los Borbones al de los demagogos.

Los acontecimientos se encargaron de separar todavía más a Blanqui de sus compañeros. Al regresar al periódico el 27 de julio se encontró con Leroux, Victor Cousin y otros que analizaban las posibles consecuencias de los combates callejeros. La capital ya estaba convulsionada, pero los periodistas preveían una solución pacífica. ¿El trono haría concesiones? ¿Los aliados liberales de los obreros podrían contenerles? En caso contrario, la organización de la sociedad caería en manos de analfabetos. La paciencia de Blanqui fue puesta a ruda prueba: «Las armas decidirán —interrumpió—; en cuanto a mí, voy a tomar un fusil y la escarapela tricolor.» Cuando llegaba a la puerta, oyó a Victor Cousin exclamar: «¡La bandera blanca es la ban-

dera de Francia!» Los tres colores que ondeaban sobre las torres de Notre-Dame desmentían al filósofo.

En la plaza de Grève, Blanqui vio a millares de obreros armados. Algunos, que llevaban picas o instrumentos de trabajo, parecían resucitar así a los *sans-culottes*; otros tenían sables o mosquetes. Ante el emblema revolucionario, colocado en lo alto de la catedral, las miradas se levantaban y los brazos esbozaban un saludo [46].

El trono de los Borbones habría podido salvarse si sus defensores se hubieran decidido a combatir. La insurrección había sido organizada apresuradamente y la opinión estaba dividida. El banquero Casimir Périer y el historiador Guizot, por ejemplo, se encontraban entre los jefes que temían la guerra civil. Pero ya habían perdido la iniciativa. El 28 de julio, los barrios del este de la capital caían en manos de los insurrectos. Cuando, al anochecer del 29, la bandera tricolor fue izada sobre las Tullerías y en el Palacio Real, la revolución había vencido. La familia real huyó al día siguiente.

Nuevas decisiones se tomaron en el hotel del banquero Laffitte. Financieros y diputados se reunieron en una conferencia cuyo objetivo era encauzar la acción de los insurrectos. Nombraron al general La Fayette comandante de la Guardia Nacional. Seguidamente, designaron un comité de cinco miembros —todos banqueros— para hacer las veces de gobierno, el cual, sin perder más tiempo, depuso a Carlos X. Prudentemente, se evitó pronunciar el nombre de un eventual sucesor: sólo se prometió que éste mostraría su agradecimiento a los valerosos combatientes. Mientras tanto, no se les escatimaron las alabanzas. Antes de que pudieran comprender el sentido de esa gratitud y de esa generosidad, Luis Felipe era elevado al trono.

Hemos dejado a Blanqui en la plaza de Grève mientras saludaba la bandera tricolor. Los días que siguieron estuvo en el centro de la refriega. En sus papeles encontramos unas notas sobre los progresos de la revolución y, lo que resulta más útil para precisar su posición política, el borrador de dos discursos, el primero esbozado por él al principio de la insurrección y el segundo durante su desarrollo. Las notas describen su participación en los combates, por los que se le condecoró [47].

El primer discurso exhortaba al pueblo a tomar las armas para defender las libertades fundamentales; si no, el Antiguo

[46] El resumen expuesto de las discusiones de Blanqui con sus colegas se basa en notas autobiográficas, Mss. Blanqui, 9581, f. 179-191.
[47] *Ibid.*, 9590 (2), f. 469-473.

Régimen sería restaurado, y la nación entregada de nuevo a los sacerdotes y a los nobles. «¡Aplastemos al infame!», exclamaba como Voltaire. Estas consignas poco originales no merecerían que nos detuviéramos en el discurso, si no fuera porque daba también directrices sobre la insurrección propiamente dicha. Esta, aunque no era prácticamente más que un proyecto, mostraba todas las características de su género. Blanqui proporcionaba siete directrices acerca de los combates callejeros, las tareas de los participantes y las reglas a observar. Todas las personas, comprendidas entre los dieciséis y sesenta años, debían ayudar a la insurrección construyendo barricadas de dimensiones previstas, arrancando adoquines que utilizarían como proyectiles contra las tropas y organizándose en batallones dirigidos y encuadrados por antiguos soldados. Los armeros estaban obligados a facilitar armas y municiones a cambio de recibos en regla. Comités de voluntarios asegurarían el material y el abastecimiento [48].

Las grandes líneas de esa estrategia fueron elaboradas por los carbonarios. Según la opinión general, el Imperio y la Restauración habían apagado en el pueblo todo tipo de interés por la política: privados de instrucción y del derecho de voto, los obreros no iban a arriesgar su vida por unas libertades que no les concernían en modo alguno. Sin embargo, Blanqui vio al pueblo salir de la prueba de fuego, realzado en su propia estima.

Los obreros de 1830 eran tan valientes como los *sans-culottes* y tan capaces como ellos para hacer huir a las tropas. Esto no quiere decir que Blanqui concediera un lugar primordial al pueblo en su esquema insurreccional: como más tarde mostraremos en este libro, pensaba que el pueblo seguiría el impulso contagioso de los insurrectos, pero de ninguna manera se lanzaría solo, por simple convicción, a la acción.

El segundo discurso merece unas palabras de introducción. Al poco tiempo de iniciarse los combates, el ala derecha de la oposición intentó una solución de compromiso con Carlos X. El pueblo y los soldados confraternizaban, las barricadas bloqueaban el avance de las tropas, había obreros que desempeñaban el papel de centinelas. Todo ello resultaba un espectáculo insoportable a los ojos de la alta burguesía; era preciso, pues, negociar, y rápidamente. Además, estaba La Fayette, defensor del progreso. El general, que tenía setenta y tres años, se presentaba como el símbolo venerado de la revolución en dos con-

[48] *Ibid.*, f. 460.

tinentes. Existían razones suficientes para que los liberales y los republicanos, incluso los saintsimonianos y los buonarrotistas, contasen con su ayuda contra los partidarios del compromiso. Para salvaguardar sus objetivos, los saintsimonianos le suplicaban que impusiera la dictadura.

El discurso de Blanqui tenía la misma finalidad: anunciaba que los insurrectos estaban resueltos a continuar hasta la instauración de un gobierno que no bromease con el honor de la nación y con los derechos del pueblo. Con el general La Fayette a su cabeza, el triunfo estaba asegurado [49].

Pero también el general era objeto de las atenciones de los orleanistas: hemos visto que había sido nombrado comandante de la Guardia Nacional e instalado en el Ayuntamiento. Los republicanos consideraban tal nombramiento como una concesión al populacho en armas, pero se equivocaban torpemente.

UNA REVOLUCION ESCAMOTEADA

Las intrigas dirigidas a cubrir la vacante del trono culminaron en una especie de ópera bufa. A medida que las posibilidades de los Borbones disminuían, el papel de artífice de rey se ponía de moda, y Guizot, Thiers y Talleyrand lo ensayaban. Los dos primeros, ambos historiadores, han sido citados ya. El tercero era un ejemplar vivo del Antiguo Régimen, con el cual había sido obispo, bastante mundano, por cierto. Luis Felipe, duque de Orléans, era el favorito de los tres, ya que constituía una solución razonable y preferible a un Bonaparte o a un Robespierre. Las virtudes del duque resultaban tan banales como sus gustos burgueses. Si ninguna acción brillante podía inscribirse en su haber, al menos no había hecho nada que lo desprestigiase. Era un desconocido, pero eso puede ayudar en política. Con presentaciones de Guizot, de Thiers, todo parecía posible. Por su parte, Guizot, al estudiar la Revolución inglesa, había adquirido respeto y admiración por el compromiso de 1688. Si los Estuardos habían podido ser sustituidos por la Casa de Orange, los Borbones podían ceder el puesto a los Orléans. Y la nueva dinastía podría implantarse en Francia con un carácter permanente e incluso constitucional. Además, la sucesión sería más conforme a los nuevos usos sociales. Por su parte, Thiers había aprendido de la Revolución francesa a desconfiar de la plebe y de la república. Lamennais ha clasifi-

[49] Mss Blanqui, 9591 (2), f. 130.

cado a Thiers así: «Un hombre desprestigiado entre los más desprestigiados, pero fértil en artimañas, un hombre cuyo único principio es el de no tener ninguno» [50]. Además, mentía como un programa electoral. Presentó al duque como la única opción que aceptaría la mayoría de los franceses: Luis Felipe tenía buenos informes; era un «rey ciudadano» y había luchado «en el frente bajo la bandera tricolor» [51].

La conspiración había sido tramada con conocimiento de causa por el viejo Talleyrand. Victor Hugo dijo de él que había «pensado tantas cosas, inspirado a tantos hombres, construido tantos edificios, conducido dos revoluciones, engañado a veinte reyes, dominado el mundo» [52].

Existe un margen de licencia poética en esta versión condensada de una vida excepcional. Pero lo esencial es exacto. Esta noble ruina resultaba tan cínica a los setenta y seis años como a los treinta y cinco, es decir, en 1789; aunque sus rasgos estaban más marcados. Era un especialista de las falsas soluciones, sobre todo en política. Si se mostraba necesario un cambio, debía aparecer bajo un prisma radical y conservador a la vez. La bandera tricolor en lugar de la flor de lis sería la revolución escamoteada. Luis Felipe en el trono sería una cuasi restauración, y una cuasi soberanía se parecería a una cuasi legitimidad [53]. Incluso se había falseado el retrato del duque: se le pintaba sencillo, evitando los primeros planos y ruborizándose como una principiante.

No tardó mucho tiempo en dominar su timidez. En una proclama a los parisienses que enterraban a sus muertos, juró preservarles de las calamidades de la guerra civil y de la anarquía. Prometió una Carta que produciría maravillas [54]. Algunos leyeron la proclama con desconfianza. ¿La Carta garantizaría los simples derechos del pueblo?, preguntaban. ¿Qué peligros temía en París el rico duque? ¿Dónde estaba la anarquía? De todas estas preguntas, la más pertinente era la que se aplicaba a los derechos del pueblo. Paradójicamente, Guizot fue el que contestó, el mismo que unos días antes conspiraba para salvar el trono de los Borbones. Hizo una lista de los cinco derechos que serían garantizados [55], pero ninguno mencionaba las liber-

[50] Tomado de F. Duine, «Le Pays et le gouvernement», *Lamennais, sa vie, ses idées, ses ouvrages*, París, 1922, p. 216.
[51] L. Blanc, *op. cit.*, I, p. 166.
[52] *Oeuvres inédites. Choses vues*, París, 1887, p. 4.
[53] E. Cabet, *op. cit.*, I, p. 134.
[54] *Ibid.*, I, p. 156; L. Blanc, *op. cit.*, I, p. 183.
[55] L. Blanc, *op. cit.*, I, p. 184.

tades del pueblo ni su soberanía, pues despreciaba al pueblo y lo que él llamaba la «idolatría de la democracia». Su creencia esencial residía en que la paz social no podía instaurarse más que a costa de extirpar esa «idea fatal» [56].

¿Cómo acogería La Fayette a Luis Felipe? Se sabía que era admirador de la república americana, aunque conservaba un fondo de respeto por la monarquía británica. Estaba rodeado de orleanistas y de aduladores. Luego, fue honrado con la visita del duque. Un abrazo selló su amistad y el triunfo de la dinastía de Orléans. Añadamos que, con ello, el general perdió la confianza de la extrema izquierda [57]. A los diputados les quedaba ahora la tarea de borrar la acusación de usurpador que pesaba sobre el monarca. Por tanto, declararon solemnemente que el trono estaba vacante; luego, no menos solemnemente, con sus votos invitaron a Luis Felipe a ser el rey de los franceses. Nunca procedimiento parlamentario resultó más correcto: la oposición, sin embargo, no quedó convencida, ni reducida al silencio. Los legitimistas, los bonapartistas, los republicanos continuaron convencidos de que el rey había sido impuesto a la nación mediante un juego de manos. Las palabras de Chateaubriand según las cuales la corona de Orléans había sido «encontrada en el cesto de un trapero» [58] resumían probablemente la opinión legitimista. Sin embargo, los legitimistas tenían que hacer olvidar su propia deshonra: habían regresado con la ayuda de los extranjeros. Solamente los republicanos podían jactarse de haber colocado a la nación en el camino señalado por la tríada revolucionaria. No era, sin duda, más que una promesa; pero cargada de resonancias futuras. Ningún partido ofrecía un objetivo tan elevado, y menos que cualquiera, el orleanista, cuyo cetro había salido de una banca.

[56] *De la démocratie en France*, Bruselas, 1849, pp. 2, 8, 35.
[57] Véase E. Gigault, *Vie politique de La Fayette*, París, 1833, 3.ª edición.
[58] «Lettres inédites de Chateaubriand à Augustin Thierry», *Revue des Deux Mondes*, 1916, 6.º período, XXXVI, p. 60.

3. LA FORMACION DE LA DOCTRINA DE BLANQUI

LA RECESION ECONOMICA

La víspera de la coronación de Luis Felipe, el abate Lamennais escribía a un amigo que los franceses, en su inmensa mayoría, preferían una república [1]. No es posible verificar la exactitud de su opinión. Pero es casi seguro que, cualquiera que fuese el tipo de gobierno, los insurrectos pensaban realizar mejoras de carácter político o económico. Sin embargo, una vez en posesión del timón del gobierno, la aristocracia financiera se creyó obligada a consolidar su poder asentándolo sobre bases firmes. Limitó el derecho de voto, impuso leyes draconianas y aumentó los impuestos indirectos, que alcanzaron casi la proporción que tenían en la monarquía de los Borbones.

Esta política, que parecía inspirada por el amor al dinero erigido en precepto, se presentaba ante los orgullosos insurrectos de ayer como una maquinación destinada a robarles los frutos de la victoria. Descubrieron que el nuevo soberano estaba emparentado en línea indirecta con los «reyes cosacos», a los que habían enviado otra vez al exilio. Los tres colores únicamente servían para ocultar los propósitos antipopulares de sus vasallos ricos y egoístas. Aunque la bandera procediera de un compromiso en 1789, se había transformado en el estandarte revolucionario, que los *sans-culottes* llevaron por todo el continente. Con «La Marsellesa» rehabilitada —cuyas notas no se habían oído desde 1814— simbolizaba las esperanzas del pueblo, aunque tales esperanzas resultaban todavía imposibles de concretar, y tampoco se podía saber entonces si tenían posibilidad de realizarse. En la opinión popular, correspondían a la espera de un cierto número de libertades y de un cierto nivel de igualdad. Las medidas draconianas de que hemos hablado acabaron con las esperanzas.

[1] *Correspondance*, París, 1865, II, p. 162.

La contradicción entre las aspiraciones populares y las leyes votadas se agudizó con las dificultades económicas. En efecto, en 1830-1831 Francia experimentó su cuarta depresión económica desde Waterloo. La agricultura fue la más duramente afectada. La industria se hundió en el marasmo, sobre todo la de artículos de lujo y la construcción. Los que criticaban al liberalismo económico lo consideraban responsable de la crisis. Otros la atribuían a la evasión de capitales hacia los bancos extranjeros, realizada por los partidarios de la dinastía derrocada. La situación internacional agravaba todo. Un incendio causaba estragos en tres extremos del continente: en Polonia, en Italia y en Bélgica. Los franceses sospechaban que si el fuego se extendía su país no podría evitarlo.

Este clima inseguro se deterioró todavía más con la agitación obrera que comenzó a manifestarse en agosto de 1830. Los obreros rompían las máquinas, se reunían para exponer sus reivindicaciones y se asociaban, desafiando así el Código Penal. Disueltos a tiros, detenidos, se les prohibió reunirse y se les dio la orden de disolver sus asociaciones. Se invocaba como razón que entorpecían la libertad de empresa [2]. Pero estas medidas negativas no constituían una respuesta a las reivindicaciones de los obreros; y, sobre todo, no podían disminuir la miseria. Según las cifras facilitadas por el prefecto, solamente en París, el número de parados llegó a 40.000 en septiembre de 1831: en otros términos, las dos quintas partes de la población trabajadora de la capital estaban en paro, mientras que el resto trabajaba parte de la jornada. En Burdeos, 20.000 obreros no tenían trabajo. En Lyon, la industria sedera descendió a un nivel bajísimo, hasta el día en que la situación intolerable de los obreros convirtió la insurrección en un mal menor [3]. La separación entre las clases sociales era el punto crucial del problema político. Más de un año antes de la sublevación de Lyon, el padre Enfantin, jefe de los saintsimonianos, advirtió —resumimos aquí su pensamiento— que ya no se trataba de una cuestión de clero y nobleza como en 1789, o incluso como en 1829, sino que era un problema entre el pueblo y los burgueses o, mejor aún, entre los trabajadores y los no traba-

[2] O. Festy, *Le Mouvement ouvrier au début de la Monarchie de Juillet*, París, 1908, pp. 38-62; Georges Bourgin, *op. cit.*, p. 693 ss.

[3] Gabriel Vauthier, «La Misère des ouvriers en 1831», *La Révolution de 1848*, octubre de 1925, XXIII, pp. 607-616.

jadores; mencionar este problema, plantearlo en términos claros, suponía ya un gran paso adelante [4].

Los reveses de la monarquía orleanista en sus comienzos resultaban poco propicios para rehabilitar su victoria. Si no se hubiese apoderado del aparato del Estado rápidamente, se habría podido dudar de su supervivencia. Clubs políticos con nombres republicanos enviaban a los parados emisarios que pegaban carteles y llamaban a la Guardia Nacional a defender a los pobres. La Prefectura de policía de París recibía informes muy inquietantes acerca de reuniones públicas agitadas en las que se escuchaban llamamientos a la guerra civil. «El hambre es mala consejera», escribía el prefecto al ministro del Interior al resumir los informes [5]. Las noticias que llegaban de las provincias eran igualmente poco tranquilizadoras [6].

En 1830 Blanqui era un aprendiz de político. Pero se trataba de un alumno bien dotado. Los hechos se imprimían en su espíritu y dejaban su huella: poseía, además, la capacidad de sacar de ellos los principios que inspiraban su conducta. Haciendo las crónicas de los debates parlamentarios para el periódico *Le Globe*, se mantenía al corriente de los manejos de la nueva Cámara. En las discusiones con los estudiantes en la Sorbona y en la Facultad de Derecho, les colocaba entre la espada y la pared y les exhortaba a seguirle a un terreno más elevado desde donde podrían juzgar de un modo crítico el régimen recientemente establecido. A esos meses de agitación posrevolucionaria pertenecen dos de sus discursos a los estudiantes. Uno de ellos, redactado en diciembre de 1830, les llamaba a reunirse en la plaza del Panteón [7], con el pretexto de rendir el último homenaje a los restos mortales del liberal Benjamin Constant. En realidad era para que se mezclaran con los obreros y los pequeños comerciantes que se lanzaban a la calle para manifestar su aprobación al proceso de los últimos ministros borbones. Existe un detalle que merece ser señalado: Blanqui les pedía que fueran armados. Pero no hubo batalla; sólo un gran desfile en el que los estudiantes caminaban al lado de los trabajadores. Era el tipo de alianza que preconizaba.

El segundo discurso, escrito en enero de 1831 para el Comité de Escuelas, tuvo consecuencias molestas. No se puede

[4] Citado por J. P. Mayer, *Political Thought in France from the Revolution to the Fourth Republic*, Londres, 1949, p. 35.

[5] G. Vauthier, *op. cit.*, p. 611; O. Festy, *op. cit.*, p. 57.

[6] Gabriel Perreux, «L'Esprit public dans les départements», *La Révolution de 1848*, marzo-abril de 1924, XXI, p. 19.

[7] *Aux étudiants en médecine et en droit*, París, 1830.

asegurar si dicho Comité representaba una verdadera federación de estudiantes o solamente una lista escrita. En todo caso, su nombre indicaba que el objetivo inmediato de Blanqui consistía en una organización unida de los estudiantes de la Universidad. El borrador hacía un llamamiento a la insurrección. En esencia, acusaba al gobierno de no haber cumplido sus promesas. No se había liberado de sus prácticas despóticas ni había concedido las libertades adquiridas en la lucha. Según Blanqui, esas libertades valían la pena de ser reconquistadas [8]. Es decir, llamaba a los estudiantes a una nueva revolución. El Consejo de la Universidad le acusó, pues, de ser el instigador de los desórdenes estudiantiles y le excluyó de la Universidad. Fue encarcelado durante tres semanas, a pesar de que los periodistas declararon que se encontraba en la Cámara de Diputados mientras se desarrollaban los disturbios en los anfiteatros.

Fue su segunda estancia en la cárcel. Enviado a la prisión de La Force, en París, fue encerrado en una gran sala con otros catorce detenidos, algunos de los cuales habían combatido en las barricadas seis meses antes. Le resultó prácticamente imposible leer, debido al ruido de las conversaciones y al número de reclusos [9].

En febrero de 1831 salió en libertad, en vísperas de nuevos disturbios en la capital. El populacho saqueó Saint-Germain l'Auxerrois, en donde unos legitimistas celebraban el aniversario de la muerte del duque de Berri. Al día siguiente tomaron al asalto el arzobispado. Los desórdenes fueron inspirados por liberales de la clase media que querían hacer una advertencia a los partidarios de la restauración de los Borbones, y acaso desviar también la atención de los parisienses del republicanismo.

En efecto, el movimiento republicano se había ganado el aprecio general con la revolución. Esto se manifestó en la proliferación de clubs políticos. El más potente era la Sociedad de Amigos del Pueblo, amalgama de antiguos carbonarios y combatientes republicanos de las jornadas de julio [10]. Su nombre le relacionaba con 1792; sus jefes eran más actuales. En sus filas se encontraban hombres de gran inteligencia, como Evariste Galois, matemático y fundador de la teoría de los gru-

[8] Mss. Blanqui, 9581, f. 106-110.

[9] Carta a Mademoiselle de Montgolfier, 8 de febrero de 1831, *Lettres*, 6 de agosto de 1906, núm. 7, p. 446.

[10] Sociedad de Amigos del Pueblo, *Procès des Quinze*, París, 1832, p. 67.

pos [11]; François Raspail, químico, naturalista, médico y autor de obras científicas originales [12], y Godefroy Cavaignac, mezcla de heroísmo caballeresco y de celo republicano. Además de Raspail y Cavaignac, en los más altos escalones de la Sociedad, estaba Philippe Buchez, antiguo carbonario, antiguo saintsimoniano y promotor de una escuela neocatólica; Ulysse Trélat, médico; Armand Marrast, periodista y partidario de la democracia americana [13]; Charles Teste, amigo y discípulo de Buonarroti, y Auguste Blanqui.

EN BUSCA DE UNA DOCTRINA

Blanqui debió de sentirse desconcertado cuando intentaba encontrar el equilibrio en medio de todas estas doctrinas que se imitaban a cual mejor. Cada una tenía algo atractivo, pero no adoptó ninguna. Desde un punto de vista teórico, el carbonarismo era más bien árido, aunque de él aprendió métodos de organización. Las consecuencias de la economía política clásica resultaban dolorosas y despiadadas y contradecían las profecías de sus ardientes defensores. ¿Dónde podría encontrar el contraveneno de esta erosión humana que veía a su alrededor?

Para identificar las tendencias ideológicas que contribuyeron, a lo largo de los años, a la formación del conjunto de los principios de Blanqui es necesario hablar de algunas teorías socialistas coetáneas. En primer lugar, estaba el saintsimonismo, que, luego de su conversión, Leroux difundía en el diario *Le Globe* y en la *Revue encyclopédique* mensual. Cronista parlamentario de *Le Globe*, Blanqui leía, sin duda, este periódico, y veía seguramente la *Revue* en casa de Mademoiselle de Montgolfier, que era una colaboradora regular de la sección de literatura inglesa. A pesar de que mucho más tarde condenara a los saintsimonianos, adoptó, al parecer, algunas de sus enseñanzas. Su afirmación de que el liberalismo ya no tenía nada que decir a la numerosa clase de los productores; su condena de la libre empresa; su insistencia sobre la asociación del hombre con el hombre para la conquista de la naturaleza; su fe en la perfectibilidad y, como colofón, el paso del gobierno de los hombres a la administración de las cosas; su interpretación de la histo-

[11] Sus teoremas fueron publicados por su amigo Auguste Chevalier en la *Revue encyclopédique*, septiembre de 1832, LV, pp. 568-575.

[12] Véase el artículo de Dora B. Weiner, «François-Vincent Raspail, Doctor and Champion of the Poor», *French Historical Studies*, 1959, I, pp. 149-171.

[13] Michaud, *Biographie universelle*, XXVII, pp. 57-59.

ria en tanto que sucesión de conflictos de clases; su sociología del conocimiento, que unificaba el pensamiento y la práctica: es muy probable que estos gérmenes de ideas echaran raíces en él. La razón fundamental que le impulsó a censurarlos era que intentaban fundar una nueva religión, que traía consigo un ritual y una clase de sacerdotes. Por ello, los rechazó como a «simples imitadores del catolicismo» [14]. Sin embargo, en su época, los saintsimonianos fueron considerados como elementos subversivos [15]. Al contrario que los católicos, sostenían que la edad de oro no estaba detrás de nosotros, sino delante.

Blanqui también tenía algo que criticar al fourierismo. No podía soportar su insistencia sobre los apetitos, ni su teoría de la atracción personal. La primera reducía a los hombres a la condición de animales, y la segunda los relegaba al reino de los locos. La idea fourierista acerca del inmovilismo de las facultades contrariaba, según él, el desarrollo regular de la inteligencia. El falansterio le parecía un señuelo para resolver la cuestión social; además, perjudicaba los intereses de los trabajadores. Aún más inaceptable para Blanqui resultaba su ruptura con la política como medio de emancipación [16].

Esas críticas al fourierismo fueron el fruto de su edad madura. En el momento de la formación de sus ideas, el fourierismo le había mostrado precisamente lo que la economía política no había conseguido: el gran tributo que la vida humana paga a cambio de las ventajas del capitalismo. Blanqui adoptó la terminología fourierista y el esquema ideológico de Fourier sobre el sistema económico: «un feudalismo industrial y comercial que saquea millones, y la pequeña burguesía arruinada, en quiebra, que cierra sus comercios y cae en el proletariado» [17]. Es evidente que el fourierismo había llamado su atención acerca del abismo en el que se pudría el enorme problema social.

Se ha transformado casi en un tópico el considerar a Blanqui como descendiente teórico de Babeuf. Todo lo que se puede decir para apoyar esta afirmación es que su objetivo era el mismo y su método y su organización idénticos. Sobre la base de esas semejanzas tiene quizá el mismo valor estimarle heredero directo de los carbonarios y de los teóricos socialistas de la época de Luis Felipe. Pero no tener en cuenta la influencia

[14] Mss. Blanqui, 9590 (1), f. 165.
[15] Victor Hugo, *Choses vues*, París, 1887, p. 10.
[16] Mss. Blanqui, 9590 (1), f. 186-188.
[17] *Ibid.*, f. 151.

BIBLIOTECA ARICÓ U. N. C.

de Babeuf supondría desdeñar algunos datos que poseemos acerca de las relaciones personales de Blanqui y de Buonarroti, que regresó a Francia después de la revolución de 1830[18]. Es casi seguro que el joven republicano leyera la célebre *Conspiration des égaux,* de Babeuf, cuya segunda edición había sido publicada en París[19]. Y se ha demostrado que el más veterano de los conspiradores desempeñó un gran papel en la elaboración de la plataforma política de la Sociedad de Amigos del Pueblo. Sus dos amigos y discípulos, Charles Teste y Voyer d'Argenson, conocían a Blanqui, aunque desconocemos la naturaleza de sus relaciones. Nada permite afirmar que visitara al viejo revolucionario[20]. Pudieron encontrarse en los comités a los que ambos pertenecían[21]. Tampoco se puede mantener con autoridad, como lo han hecho algunos historiadores, que Blanqui era el heredero directo de Buonarroti[22]. En ninguno de sus manuscritos Blanqui habla del babouvismo, ni de las enseñanzas de Buonarroti, ni de su deuda hacia ellos. En realidad, el 28 de abril de 1879, en el curso de una conversación con el corresponsal parisiense del *Times,* de Londres, rechazó la idea de que fuera discípulo de Babeuf[23].

A falta de otros testimonios, es razonable afirmar que el mosaico de pensamientos que, con el tiempo, fue conocido con el nombre de blanquismo, tenía numerosas fuentes, aunque todas igualmente indeterminadas. Subrayar con insistencia la deuda de Blanqui hacia Buonarroti implica subestimar la fuerza de otros factores y, en primer lugar, la experiencia de Blanqui como carbonario y agitador. Además, la burguesía había enseñado el arte de hacer una revolución, e incluso se había mostrado confiada en las aptitudes revolucionarias de los trabajadores echándoles a la calle. Y si, después de la revolución, el observador político tuviera aún reservas que formular sobre las divisiones y las luchas de clases, la insurrección de Lyon en 1831 debió eliminarlas. Nada en los anales franceses había demostrado de manera tan penosa y tan dramática la aspereza de las relaciones entre las clases sociales y el problema del

[18] Samuel Bernstein, *Buonarroti,* París, 1949, p. 254 ss.

[19] Es decir, en 1830. La primera edición se publicó en Bruselas dos años antes.

[20] Véase, por ejemplo, Georges Weill, *Histoire du parti républicain en France,* París, 1928, p. 36.

[21] S. Bernstein, *op. cit.,* p. 255.

[22] Véase, por ejemplo, Alessandro Galante-Garrone, *Filippo Buonarroti e i rivoluzionari del Ottocento,* Turín, 1951, p. 250; Arthur Lehning, *International Review of Social History,* 1957, II, pp. 282-283.

[23] Citado también en Neil Stewart, *Blanqui,* Londres, 1939, p. 316.

hambre. El mismo *Journal des Débats* confesó que la insurrección le había revelado el gran secreto del siglo, o sea, «la lucha intestina que tiene lugar en la sociedad entre la clase que posee y la que no posee» [24].

LOS AMIGOS DEL PUEBLO

Hemos de dejar ahora la búsqueda de los orígenes del pensamiento de Blanqui para ver lo que era la Sociedad de Amigos del Pueblo. Se trataba de una pequeña organización parisiense que contaba entre 400 y 600 miembros, aunque un número tres o cuatro veces superior asistía a sus reuniones o leía sus octavillas. El orden de valores que preconizaba resultaba, en todos sus puntos, incompatible con el orden monárquico. La amenaza era tanto más fuerte cuanto que la Sociedad llamaba a los obreros a cooperar en la grandiosa empresa de la instauración de una república, entendiendo por tal un orden social orientado hacia el bienestar de la humanidad [25].

Blanqui figuraba entre los quince que fueron detenidos en julio de 1831. Contra él, la acusación sostenía dos cargos: traición y violación de las leyes que regían la prensa. A pesar de su salud precaria y del régimen que él mismo se había prescrito (leche y verduras), fue encarcelado en Sainte-Pélagie en espera del proceso. Gracias a Mademoiselle de Montgolfier, se le liberó bajo fianza [26].

El juicio de los quince se celebró en enero de 1832. Incapaz de presentar las pruebas de la traición, el fiscal explotó el segundo cargo de la acusación sobre el cual la ley no podía ser más explícita. Los límites de este libro nos obligan a centrarnos sobre la defensa de Blanqui, ya que representa una fase de su desarrollo intelectual.

Su razonamiento se orientaba hacia el socialismo. Pero digamos inmediatamente que su manera de razonar era la corriente entre los socialistas y los reformadores sociales franceses, al menos hasta la Comuna de 1871. Y su doctrina acerca de la división de clases no constituía ninguna novedad para los que le conocían. Ya la había expresado en el salón de Mademoiselle de Montgolfier, ante invitados reprobadores [27]. La sociedad, tal

[24] 8 de diciembre de 1831.

[25] Sociedad de Amigos del Pueblo, *op. cit.*, pp. 42, 52 ss.

[26] Carta a Mademoiselle de Montgolfier, 5 de agosto [1831]. *Lettres*, 6 de septiembre de 1906, núm. 8, p. 509 ss.

[27] Carta a Mademoiselle de Montgolfier, escrita en Sainte-Pélagie, el 16 de julio de 1831, *ibid.*, 6 de agosto de 1906, núm. 7, pp. 447-451.

como la veía, se encontraba en un estado de «guerra entre los ricos y los pobres». La monarquía de Orléans, siendo lo que era, es decir, «el gobierno de las clases burguesas», resultaba condenada por él; constituía el instrumento con el que la clase dirigente despojaba al pueblo. Por medio de los impuestos indirectos y de la deuda pública, absorbía las ganancias de las clases productoras, que, forzosamente, se distribuían entre los banqueros, especuladores y rentistas en general. En su pensamiento, las clases productoras estaban emparentadas con los «industriales» de Saint-Simon. Como éste, Blanqui opinaba que las clases productoras se situaban en la base de la pirámide social. En la cúspide se encontraban los dueños y los manipuladores del crédito, los inspiradores de la política suprema, o sea, los que dirigían Francia. De este modo, la nación se dividía en dos reinos. En uno aparecían los privilegiados políticos, la aristocracia financiera y todos los que dependían de ella; en el otro, la inmensa mayoría de las gentes políticamente inferiores y de los contribuyentes. El análisis de las clases de Blanqui implicaba la noción de justicia conmutativa, que se parecía a la que preconizaban los doctores de la Iglesia. Un orden justo exigía el principio fundamental de la libertad del cambio.

La sociología de clases de Blanqui correspondía a la situación económica de Francia durante los años 1830. La tecnología había realizado notorias incursiones en algunos sectores, mas los artesanos y los pequeños propietarios predominaban. Entre estos trabajadores independientes, las relaciones sociales resultaban sencillamente la consecuencia de la producción de mercancías, o sea: un producto que representaba una cierta cantidad de mano de obra podía intercambiarse por otro, que hubiera necesitado una cantidad de mano de obra equivalente. Por tanto, el dinero no era más que un «velo», según la imagen de J.-B. Say, detrás del cual los productos se compran y se venden. En la práctica, sin embargo, la economía resulta más compleja, pues el dinero desempeña un papel independiente. Como es el depósito de los valores de cambio (y un depósito bien repleto), hace girar los mecanismos de la economía. Resulta, por consiguiente, indispensable al funcionamiento del sistema de producción. Para los que tienen un espíritu artesanal, constituye un obstáculo a la regularidad del cambio, al igual que un salteador de caminos en una encrucijada. Para aquellos que lo detienen —es decir, los financieros— representa el medio de arrebatar una parte de los beneficios de los trabajadores.

Ningún gran economista después de Adam Smith suscribiría esta idea del papel del dinero. Sin embargo, los socialistas fran-

ceses de los años 1830 y 1840 consideraban el dinero como el medio de distinguir a los trabajadores de los no trabajadores, o sea, al *pueblo* de los burgueses, o, mejor aún, a los productores de los no productores. Tales términos no tardaron mucho tiempo en ser sustituidos por burguesía y proletariado.

Los contemporáneos no estaban de acuerdo acerca de la importancia demográfica del último. Algunos calculaban que se componía de una cifra oscilante entre 22 y 24.000.000 de personas [28]. Otros, entre ellos Blanqui, lo valoraban en 30.000.000 [29].

En el juicio de enero de 1832 Blanqui declaró ser «proletario», un francés entre treinta millones [30]. Naturalmente, ni el término ni la cifra podían resistir un análisis económico. Sin embargo, permitía reponer en su lugar a la clase dirigente en relación con el resto de la nación. Dicha clase dirigente parecía tan privilegiada y parasitaria como la que había sido expulsada recientemente del poder, y tal vez más insoportable a causa de su vulgaridad. Según la evaluación de Blanqui, contaba alrededor de doscientos o trescientos mil ociosos, que vivían como barones saqueadores de todo lo que podían arrebatar a los treinta millones de proletarios con la ayuda del gobierno. Tasas, impuestos, loterías, monopolios, no eran más que los medios por los que los ingresos pasaban «de los bolsillos de los proletarios a los de los ricos». En principio el gobierno parecía representativo; de hecho, era el instrumento de una pequeña minoría. El proletariado estaba privado de derechos políticos [31], pero se encontraba decidido a obtener el poder en Francia. Primero, ganaría las elecciones; en segundo lugar, revisaría el sistema de los impuestos y del crédito; seguidamente,

[28] Véase, por ejemplo, *La Revue encyclopédique*, 1832, LIV, p. 13; *L'Homme libre*, 1838, núm. 4.

[29] Albert Laponneraye, *Défense devant les assises de la Seine*, París, 1832, páginas 5 ss.; Jean-Jacques Pillot, *Ni châteaux ni chaumières*, París, 1840, páginas 34 ss; George Sand, cuya deuda era grande hacia los escritores socialistas de los años 1830, hizo también alusión a los «treinta millones de proletarios, mujeres, niños, ignorantes u oprimidos de todo tipo». Citado por H. Monin, «George Sand et la République de février 1848», *La Révolution française*, 1899, XXXVII, p. 439.

[30] Sociedad de Amigos del Pueblo, *op. cit.*, p. 3.

[31] Esta acusación estaba justificada por las cifras referentes a la importancia del censo electoral, citadas por Mayer, *op. cit.*, p. 34.

AÑO	POBLACION	ELECTORES
1830	Más de 30.000.000	90.878
1831	Más de 30.000.000	166.000
1847	Más de 34.000.000	241.000

eliminaría a los manipuladores de la Bolsa; finalmente, restauraría el prestigio de la nación. He ahí el proceso de lo que debería realizar el proletariado. El objetivo era: «¡Libertad, bienestar y dignidad en el exterior!» Esa había sido la finalidad de la revolución de 1830 hasta que la burguesía se mezcló y arrojó a las tinieblas la gloriosa victoria plebeya [32].

Ese alegato apenas decía más de lo que exponían las críticas reformistas de la época. Lo que le interesaba no eran las necesidades inmediatas de los trabajadores, sino su objetivo final. En filosofía política se limitaba a copiar. Sin embargo, resultaba de una agresividad específicamente blanquista. Acusaba al régimen con una vehemencia de apóstol y una convicción de cruzado.

Los prolongados aplausos del público cesaron por orden del tribunal. El jurado absolvió a los quince acusados, pero el presidente del tribunal condenó a cinco por sus reflexiones sediciosas durante el juicio: Blanqui era uno de ellos. Había desafiado al tribunal y no había dejado prácticamente ninguna duda acerca de su resolución de transformar revolucionariamente la base del poder político.

Los cinco recurrieron y solicitaron la libertad provisional. Exigían la libertad bajo fianza, pero Blanqui fue el único en obtenerla, probablemente gracias a la ayuda de Mademoiselle de Montgolfier. Durante las seis semanas siguientes se encontró libre para circular por la capital, ver a su joven novia y acudir a las reuniones de los Amigos del Pueblo, de los que era vicepresidente. El 27 de febrero el tribunal de apelación se pronunció contra los recurrentes [33]. Blanqui fue condenado a una multa de 200 francos y a un año de prisión.

Su proceso demostró que estaba «afianzado en política con la pasión más violenta», como describió a Mademoiselle de Montgolfier en julio de 1831 [34]. Seis meses más tarde Heinrich Heine le oyó en la Sociedad de Amigos del Pueblo ridiculizar a la burguesía y asimilarla a una banda de comerciantes egoístas que había ido a buscar a Luis Felipe para colocar en el trono al que era la «personificación del comercio». El poeta tuvo la impresión de que «el vigor, la franqueza y la cólera» del orador sonaba como un toque a rebato revolucionario. Se desprendía de la reunión un olor que le recordaba un viejo número amarillento del *Moniteur* de 1793. Pero estaba llena de vida y de

[32] Sociedad de Amigos del Pueblo, *op. cit.*, pp. 77-86.
[33] *Gazette des tribunaux*, 28 de febrero de 1832.
[34] *Lettres*, 6 de agosto de 1906, núm. 7, p. 451.

agitación, pues más de 1.500 auditores, jóvenes y viejos, sentados juntos, amontonados, con rostro grave, dejaban estallar su cólera y gritaban de aprobación cuando el orador aplastaba a la burguesía con sus sarcasmos [35].

Blanqui no era propenso a moderar sus comentarios, ni estaba acostumbrado a considerar la situación presente sin pensar en transformarla. En realidad, cuando escupía su desprecio a la burguesía pensaba en el medio de expulsarla del poder. Es lo que nos dice su informe a los Amigos del Pueblo acerca de las posibilidades de una nueva revolución. En dicho informe señalaba la correlación de fuerzas, nacionales e internacionales, y las condiciones previas para el éxito de la revolución. En aras de la claridad, acaso es útil adelantar que no llegó a comprender esas condiciones en sus análisis porque no podía penetrar en el interior de la estructura económica para estudiar su dinámica. Ahí radicaba también la causa de su visión esquemática y superficial de las clases sociales. Lo demostraremos a lo largo del libro. Antes de pasar al estudio de su informe, es necesario señalar que Blanqui era, en realidad, un rebelde romántico que confiaba siempre en métodos desfasados para terminar con la potencia de la burguesía. Fue un «Titán de la rebelión», como le describió un historiador [36]. Pero sus armas resultaban piezas de museo. En definitiva, estaba muy mal equipado para hacer avanzar la historia.

El informe [37], fechado el 2 de febrero de 1832, constituye un primer paso en la evolución de su concepción de la revolución. Antes de 1830 Francia se dividía en tres partes: la aristocracia feudal, la burguesía y el pueblo. Se trataba de un equilibrio inestable que la Revolución arrolló. La unidad de la aristocracia se había roto. Y el pueblo, hasta entonces considerado como simple espectador del conflicto entre feudalismo y burguesía e indiferente a su resultado, se mostraba como un león adormecido al que la Revolución despertó de su sueño. Blanqui se dedicaba luego a responder a la pregunta que probablemente se habría planteado en varias ocasiones en las reuniones de los Amigos del Pueblo: ¿por qué tipo de alquimia la victoria del pueblo había sido transformada en la victoria de la burguesía? Su respuesta presentaba dos vertientes. En primer lugar, el éxito había sido tan rápido que los jefes populares no pudieron

[35] H. Heine, *Sämtliche Werke*, Leipzig, s. f., IX, pp. 39 ss., Gustav Karpeles ed.

[36] F. Jeanjean, «Barbès et Blanqui», *La Révolution de 1848*, julio-agosto de 1911, VIII, p. 203.

[37] Véase Mss. Blanqui, 9592 (3), f. 17-26.

imponerse a tiempo; en segundo lugar, el pueblo estaba acostumbrado a seguir a la burguesía. Pero, según él, esta situación no era definitiva. Se preparaba otra revolución que esta vez opondría el pueblo a la burguesía.

La sublevación de Lyon en 1831 constituyó el síntoma más importante de tal evolución. En efecto, Blanqui observaba que la naturaleza del antagonismo de las clases había cambiado; ya no se enfrentaban los feudales y los burgueses ricos, sino la burguesía y el pueblo. La clase feudal estaba escindida; un ala había pactado con la burguesía rica, y la otra, manteniéndose aislada, rechazaba todas las ofertas de paz. Estas gentes preferían retirarse a sus dominios en el campo en medio de campesinos deferentes. Blanqui vaticinaba que si la situación de la burguesía peligrara a causa de una revolución, los burgueses pedirían ayuda a los feudales incondicionales y a los reyes extranjeros. Solamente una minoría de burgueses se colocaría al lado del pueblo.

Examinando la situación de las potencias extranjeras, llegaba a la conclusión de que eran incapaces de responder a tal grito de socorro. Europa se encontraba sobre un volcán. No podría impedir que las llamas de una nueva revolución se propagaran. Rusia estaba sin dinero y sin entusiasmo; España, pobre y despoblada; Austria, dominada por Hungría, y la aristocracia británica, enfrentada con la plebe que se había sublevado a causa del problema del *Reform Bill*. Si por casualidad dichas monarquías intentaran la restauración de los Borbones, como en 1815, desencadenarían una guerra revolucionaria que podría desembocar en su destrucción.

He ahí cómo se anunciaba la próxima revolución, según el metódico análisis de la situación que ofrecía Blanqui. Aunque erróneo a corto plazo, este análisis revelaba las grandes dotes de su autor para poner en tela de juicio la naturaleza de la sociedad y para valorar la correlación de fuerzas en la cercana lucha por el poder. Sin embargo, su experiencia de la revolución resultaba limitada y le quedaba todavía por aprender su técnica. La que había aprendido al final del decenio estaba inspirada por el carbonarismo: se ejercía mediante una élite y solamente tenía una lejana relación con el pueblo.

Al principio del mes de marzo de 1832 Blanqui se despidió de su familia, de su novia, de los Amigos del Pueblo, e ingresó en Sainte-Pélagie para cumplir su condena. Pero su estancia en la cárcel fue interrumpida por una desgracia inesperada.

París estaba sitiado por un enemigo peor que las tropas extranjeras. El cólera causó sus primeras víctimas en marzo.

Unos decían que había sido importado de Londres; otros, que lo habían traído los polacos llegados tras el desastroso fracaso de su insurrección. Entre los obreros se extendió el rumor fantástico de que la policía envenenaba la comida y las bebidas, ya que las víctimas más numerosas se encontraban en los barrios pobres, donde se acumulaba la suciedad desde hacía siglos. Pero los ricos no estaban a salvo. El terror se apoderó de la capital; los teatros y la ópera quedaron medio vacíos y la ciudad sin animación.

La plaga llegó a casa de los Blanqui. El padre murió a los setenta y cinco años. Nada nos indica lo que pensaba de la política de su hijo menor. Tal vez el papel que desempeñó en la derrocación de los Borbones fuera una fuente inmensa de satisfacción para el viejo servidor de Bonaparte. Pero, sin duda, desaprobaría las amistades radicales de su hijo. Tampoco resulta fácil descubrir la opinión de su madre acerca de sus actividades, aunque posteriormente se reveló como un enlace insustituible. La madre autoritaria y desabrida de los primeros años mostraba aptitudes poco frecuentes. Sabía ser muda como una tumba y mostrar una discreción absoluta. Y también defender o halagar según el caso. Si era preciso, arremetía contra los obstáculos o paralizaba los ataques de los adversarios gracias a su lengua afilada como una espada. Pocos eran los que podían oponerse a sus peticiones.

En la cárcel de Sainte-Pélagie se debilitaba poco a poco la salud de Blanqui. Además de sus habituales desórdenes de tipo intestinal, presentaba síntomas de inflamación imposibles de diagnosticar con seguridad. Presa de temores justificados —el cólera había descendido desde el norte hacia París—, su madre no tardó en convencer a los responsables oficiales para que aplazaran la estancia de su hijo en la cárcel, y le hizo salir de París y marchar a las montañas de Grenoble. El clima no le curó. En realidad, estuvo cerca de que se le llevara la epidemia.

Supo que una batalla callejera se había desarrollado en París los días 5 y 6 de junio entre los republicanos y 40.000 soldados. Este conflicto fue duro para la monarquía. Todo había empezado tres días antes, cuando unos dos o tres mil republicanos se reunieron en los funerales del matemático Evariste Galois, muerto en duelo. Ningún incidente había perturbado la ceremonia, pero su importancia representaba una gran amenaza para la Prefectura. Los días siguientes se puso a prueba la capacidad del régimen para medirse con sus enemigos. El 3 de junio se anunció la muerte del general Maximilien Lamarque.

Novelesco y orgulloso de llevar espada y de las condecoraciones que el propio Napoleón había prendido en su pecho, era el símbolo viviente de la gloria militar francesa. Era galo hasta la medula, enemigo jurado de Inglaterra, sobre todo del duque de Wellington, y locamente belicoso. Con el fin de rendir un último homenaje a este héroe de numerosas batallas, los clubs políticos movilizaron a los estudiantes, a los trabajadores y a los republicanos. Acudieron armados, de tal forma que los funerales del 5 de junio degeneraron en una batalla encarnizada. Los insurrectos resultaron vencidos por las fuerzas superiores de la monarquía [38].

Quedó decretado el estado de sitio. Los dirigentes de los clubs políticos pasaron a la clandestinidad, los redactores jefes de los periódicos fueron multados y las cárceles se llenaron de sospechosos. Si se hubiese encontrado en la capital, Blanqui tal vez habría sido detenido en las redadas. Guardando cama la mayor parte del tiempo, se enteró de los acontecimientos mediante la prensa y sus corresponsales. Un compañero de la Sociedad de Amigos le informó de que las organizaciones republicanas estaban dividiéndose, y Madame Causon, habitual del salón de Mademoiselle de Montgolfier, le aconsejó que se enmendara y se convirtiera a la monarquía [39]: los acontecimientos le demostrarían la temeridad que suponía resistirse a la autoridad legítima.

Blanqui era demasiado sagaz para abandonar a los parisienses a su propia suerte. Tenían buena memoria. Además, la burguesía no estaba dispuesta a hacer concesiones. Su ostentación, la brutalidad de su comportamiento y su misantropía portaban los gérmenes de su propia destrucción. La reforma conducida por tales dirigentes resultaba impensable, escribía desde Grenoble a Mademoiselle de Montgolfier, esforzándose por quebrantar su fe en la burguesía. Con su violencia, según él, esas gentes habían eliminado la posibilidad de una reparación pacífica de las injusticias. La otra solución era la violencia del pueblo: los acontecimientos maduraban y preparaban una nueva revolución, en comparación con la cual 1793 no sería más que una broma [40].

Su pensamiento oscilaba de una idea a otra. Elaboraba «sistemas y utopías», según sus propios términos, y denunciaba las consecuencias de la fuerza de la clase media. Pero no podía que-

[38] J. Lucas-Dubreton, *La Grande Peur de 1832*, París, 1932, caps. VI-VII.
[39] *Les Lettres*, 6 de septiembre de 1906, núm. 8, p. 512.
[40] *Ibid.*, p. 513.

brantar la fe de su corresponsal en el orden establecido: no era tan negro, ni tan inseguro como lo describía. Además, a ella la sangre le horrorizaba. Al parecer, exasperado por su suficiencia, le repitió los principales puntos de su informe a los Amigos del Pueblo, insistiendo especialmente sobre la falta de escrúpulos de la burguesía. Los burgueses adulaban al partido feudal y le cortejaban; hacían prevalecer sus bienes sobre su patriotismo [41].

Nunca fue tan sincero en sus cartas a su bienhechora. Sus caminos divergían desde la Revolución de julio, pero hasta los recientes acontecimientos no había notado cuánto se alejaban el uno del otro. Ella prefería las comodidades que le ofrecía la riqueza y la sociedad frívola de los salones; en cuanto a él, proseguía el camino al que le había lanzado la Revolución. «Usted ve las penas de los poderosos —le escribía—; sus dificultades y sus apuros son lo que le afectan. Yo veo el desamparo y las miserias del pueblo» [42]. Su amistad disminuyó. En Sainte-Pélagie, donde regresó para terminar de cumplir su condena, no respondió más a sus cartas, y ni siquiera le agradeció su generosa oferta de hacer que le trasladaran a una casa de reposo.

AMELIE-SUZANNE

En efecto, de nuevo se encontraba cerca de la muerte, y hubo que sacarle de la cárcel. Curado gracias a los abnegados cuidados de su madre, pensó en el matrimonio. Amélie era mayor de edad desde hacía mucho tiempo; él se acercaba a los treinta años. Desde 1825 su noviazgo se había visto contrariado por su mala salud y sus encarcelamientos. Recobrada su libertad, decidió casarse. Se unieron en matrimonio en una ceremonia civil celebrada el 14 de agosto de 1834.

El afecto que se tenían había madurado durante ocho años de amistad. Se habían conocido cuando ella no era más que una colegiala; él, preceptor y estudiante de derecho, experimentaba una inclinación más fuerte por la agitación republicana que por las frías páginas de Justiniano. En cierto modo, habían crecido juntos; ella había alcanzado su pleno desarrollo; él se había convertido en un adversario firme y resuelto del orden establecido. El amor les unió hasta el día en que ella murió.

[41] *Ibid.*, p. 515.
[42] *Ibid.*, p. 517.

dejándole únicamente un recuerdo al que se aferró en la soledad de las celdas.

Habían planeado sombras sobre su noviazgo. La familia de ella pertenecía a la pequeña burguesía; se encontraba presa de las costumbres convencionales y del conservadurismo. Es fácil imaginarse al padre, arquitecto de profesión, y en política partidario del inmovilismo, desaconsejar a su hija la elección de semejante pretendiente. ¿Qué felicidad conyugal podía esperar de un hombre que salía de una cárcel para entrar en otra y que prefería el estudio de la revolución al del derecho? Sin embargo, no se dejó disuadir. Blanqui era el primer hombre que había conocido, y ¿qué mujer puede jamás olvidar eso? Constituía el objeto de sus más tiernos sentimientos. Nadie podía ocupar tan cálidamente su lugar en su corazón.

En cuanto a él, Amélie era la única que podía darle el afecto que deseaba ardientemente. Estaba solo: su padre había muerto; Sophie, su madre, vivía en Aunay con una hija casada; su hermano se encontraba lejos y, poco favorable a sus opiniones, estaba aferrado a la convicción de que el sistema social, a pesar de sus defectos, merecía ser defendido.

Los primeros años de su matrimonio fueron los más felices de su vida. Un mundo nuevo se abría ante él, un mundo de dulzura y de ternura en el cual Amélie era la estrella brillante. Le comprendió plenamente y le colmó de felicidad. Cerca de ella, la cara de Blanqui parecía transformarse. La mirada glacial se animaba; la voz dura y metálica se dulcificaba; los labios apretados se abrían para sonreír.

También el mundo de la política le llamaba. El matrimonio maduró las premisas que le habían atraído a él. El cuerpo de su pensamiento socialista alcanzó prácticamente su pleno desarrollo en 1834, de manera que las adiciones posteriores no fueron más que revisiones o sutilezas. En el capítulo siguiente lo estudiaremos. Antes de hacerlo, ya podemos decir que, para él, el criterio de una sociedad justa consistía en la seguridad que proporciona a los hombres y no al dinero. Sin embargo, su visión de tal sociedad resultaba un tanto retrógrada, pues no tenía en cuenta la industrialización.

4. LA DOCTRINA DE BLANQUI

Las revoluciones y las insurrecciones de 1830 demostraron que los pueblos ya no aceptaban las decisiones del Congreso de Viena. A pesar de los apoyos que constituían la jerarquía social y la confesionalidad del Estado, el orden social vigente en Europa ya no marchaba correctamente. Si esos pilares se venían abajo, se preguntaba la gente bien situada, ¿quién detendría a la plebe en su marcha hacia el poder? Porque el legitimista Chateaubriand llegaba a reconocer que se había abierto la era de los pueblos: añadía incluso que la Providencia estaba de su parte; pero temía las consecuencias al analizar las teorías en boga sobre la propiedad y la igualdad. Los progresos de la industria y de la centralización le asustaban igualmente: esos progresos nublarían la imaginación y acabarían por reducir el hombre a la esclavitud.

CRITICOS Y CRUZADOS

Hemos mostrado cómo la burguesía acomodada había creado una monarquía a su imagen y semejanza. La dinastía orleanista se mantuvo dieciocho años en el poder, expuesta a los ataques de los legitimistas, los bonapartistas y los republicanos. En particular, los últimos no cejaron en su lucha contra el régimen. Panfletos, periódicos, clubs políticos lo denunciaron, lo ridiculizaron, tramaron su caída. Con Daumier, cuyos dibujos pusieron en la picota el reino de la plutocracia, la caricatura política se convirtió en un gran arte.

El peligro para el régimen aumentaba debido a los progresos experimentados por las organizaciones sindicales y socialistas. Después de la revolución de 1830, Frances Wright escribía en su *Free Enquirer* [1]: «Las clases obreras del mundo entero

[1] Citado por A. J. Perkins y Theresa Wolfson, *Frances Wright, Free Enquirer*, Nueva York, 1939, p. 305.

han comenzado a razonar.» Donde mejor se manifestaba esto era en Inglaterra y en Francia: millares de trabajadores se convencían de las ventajas de la cooperación, del sindicalismo unificado, de la huelga general o, todavía más, se entusiasmaban con utopías. Los trabajadores franceses, por su parte, organizaban sindicatos o soñaban con un futuro mejor. Los proyectos de reconstrucción del orden social sobre bases nuevas encontraban menos adictos en Francia que en Inglaterra, porque las fábricas amenazaban en menor grado a los pequeños fabricantes franceses, y también porque la confianza en las virtudes progresistas de la república reemplazaba a la fe en comunidades utópicas. La palabra república era sinónimo de grandes promesas; debía nivelar el orden social, liberar a las masas de la opresión de los reyes de las finanzas. Una república social, por su poder emancipador, ofrecía mayores garantías que cualquier utopía de papel. Además, la república tenía sus mártires y una historia que se remontaba a 1792.

De la profusión de libros y panfletos que, durante los años treinta, pavimentaron el camino de la república social, solamente retendremos los que mejor representaban las corrientes teóricas que contribuyeron a formar el pensamiento político de Blanqui. Esas publicaciones están olvidadas en la actualidad, pero conocieron cierto auge en su época. Una de las más populares fue *Paroles d'un croyant*, del sacerdote excomulgado Lamennais [2]. Era un llamamiento al pueblo, escrito en un estilo de elocuencia apesadumbrada, exhortándole a que se uniera para conquistar las libertades que sus opresores le negaban. El hecho de que el papa lo declarara herético y que sus adversarios hablasen de «un gorro frigio colocado sobre una cruz» o de «babouvismo en el idioma de Isaías y de Jeremías» resultó su mejor recomendación para los republicanos y los demócratas. El éxito fue inmediato y prodigioso. Ocho ediciones francesas se agotaron en un año; el libro, traducido a numerosos idiomas europeos, proporcionó a su autor una fama internacional [3].

Una difusión más limitada tuvieron los folletos de Charles Teste, Voyer d'Argenson y Albert Laponneraye. Los dos prime-

[2] Véase W. J. Linton, *European Republicans*, Londres, 1892, pp. 193-222; *Enquirer*, Nueva York, 1939, p. 305; véase también E. L. Woodward, *Three Studies in Conservatism*, Londres, 1929, pp. 248-275.

[3] Un extracto se imprimió en un periódico extremista de izquierda, el semanario cartista *Democrat*, en Londres, núm. 7, el 25 de mayo de 1839. El periódico ha sido publicado por George J. Harney.

ros, ya lo hemos dicho, eran buonarrotistas que, de una forma u otra, se asociarían con Blanqui entre los años 1830 y 1840. El *Projet d'une constitution républicaine*, de Teste, contenía un proyecto de república social de inspiración buonarrotista. Su objetivo final consistía en la igualdad, mediante la puesta en común de los bienes, alcanzada después de un periodo de transición durante el cual un potente gobierno ejecutivo organizaría nuevas instituciones y enseñaría al pueblo a servirse de ellas. Las ideas del *Projet* no eran más que una copia de las de Buonarroti.

La *Boutade d'un riche à sentiments populaires*, de d'Argenson, completaba el *Projet*. Teste había colocado los pilares del nuevo orden; d'Argenson justificaba su existencia. Mostraba cómo las clases ociosas explotaban a los obreros, no dejándoles nada más que lo estrictamente necesario para subsistir. El impuesto directo hacía la explotación más soportable, pero no constituía una solución. El impuesto tampoco podía ayudar a reparar las grietas del lamentable edificio social. Si el pueblo deseaba un cambio radical, debía destruir en primer lugar, para reconstruir después partiendo de la base[4]. Aquí también nos encontramos con las ideas de Buonarroti.

Las obras de Laponneraye comprendían sólidos estudios históricos, así como folletos de propaganda. Sus libros sobre la Revolución francesa, editados en fascículos baratos, llamaron la atención de la policía. Y su libelo de cuatro páginas, *Lettre au prolétariat*, le ocasionó un proceso: se le acusaba de preconizar el derrocamiento del régimen. El argumento de la *Lettre* repetía lo que otros decían desde 1830; un abismo separaba a la minoría de las clases ociosas y privilegiadas del resto de la nación; la primera vivía del trabajo de los demás; únicamente la clase obrera producía la riqueza nacional y, sin embargo, se encontraba en la miseria; dejaba a la minoría gobernar en su beneficio exclusivo; apoderándose del poder, la clase obrera

[4] El folleto y las actas del proceso que ocasionó fueron nuevamente publicados en *Discours et Opinions*, París, 1846, II, pp. 351-397, por su hijo, con una introducción biográfica *(ibid.*, I, pp. 5-119). Véase también la *Gazette des tribunaux*, 22 de diciembre de 1833; George Weill, «D'Argenson et la question sociale», *International Review for Social History*, 1939, IV, páginas 161-169. Las observaciones del fiscal son interesantes. Tenía dudas sobre la identidad del autor del panfleto: ni el estilo, ni las correcciones realizadas eran de d'Argenson, sostenía *(Gazette des tribunaux*, 24 de diciembre de 1833). ¿Fue Buonarroti el autor, como ha sugerido Armando Saitta? Las correcciones eran ciertamente de su puño y letra *(Filipo Buonarroti*, Roma, 1950-1951, I, p. 161, y II, pp. 160 ss.).

podría cambiarlo todo. Laponneraye cumplió tres meses de cárcel [5].

Estas observaciones acerca de las principales publicaciones de la época bastan para indicar sus afinidades con las opiniones de Blanqui en el momento de su casamiento. Puntos de vista idénticos acerca de las causas de la miseria del pueblo y la naturaleza de las clases sociales —una minoría de saqueadores y de parásitos prosperaba a costa de una mayoría superior a los 30 millones—; idénticos puntos de vista, también, sobre los objetivos a alcanzar, es decir, la igualdad en el sentido más amplio de la palabra y acerca de los medios para conseguirla. Blanqui pensaría en todas estas posibilidades cuando, en 1839, designó a Lamennais, d'Argenson y Laponneraye para el gobierno provisional que debería tomar el poder en Francia, en el supuesto de que triunfara la insurrección que dirigía.

ANALISIS Y SINTESIS

En 1834 el socialismo de Blanqui se encontraba en período de cristalización. Ponía en duda la eficacia de las elecciones debido a un sistema electoral muy restringido. Además, el régimen parecía orientarse más hacia el endurecimiento que hacia las concesiones, lo que indicaba que la burguesía estaba decidida a monopolizar el poder. No había más vía que la de aceptar las premisas del orden establecido o rechazarlas. Las cartas a Mademoiselle de Montgolfier muestran que Blanqui las rechazaba. En conciencia, no podía tolerar, y menos aún avalar, un sistema que solamente existía a costa de la miseria del pueblo. En la última carta que le escribió, fechada el 12 de febrero de 1834, le comunicó que acababa de fundar una revista mensual: *Le Libérateur*. Prometió enviarle el primer número, aunque sabía perfectamente que su programa no le agradaría. Veremos más adelante su contenido.

Tanto el pensamiento como la acción política organizada de tendencia democrática, en aquella época corrían á cargo de sociedades populares. Los Amigos del Pueblo fueron el primer club importante de este tipo. Pero media docena de procesos resultaba superior a lo que podía soportar. Sus restos desapa-

[5] *Gazette des tribunaux*, 28 de junio de 1833. Sobre Laponneraye, véase mi estudio, «La Presse néo-babouviste (1837-1848)», dirigido al Congreso Internacional de Historiadores de Estocolmo, 1960, publicado en el *Annuaire d'études françaises*, 1960, Moscú, 1961, pp. 188-209, en ruso; en francés, en *Babeuf et les problèmes du babouvisme*, París, 1963, pp. 247-276.

recieron a finales de 1832 [6]. Más tarde, otra sociedad, la Sociedad de los Derechos del Hombre, se transformó en el centro de la opinión y de la propaganda democráticas.

Blanqui no ingresó en esa sociedad por razones que desconocemos. ¿Sería porque no aprobaba su programa que aceptaba la propiedad privada, acompañada de medios de control de todo tipo? ¿O rechazaba su plan de reconciliación entre obreros y clase media? No es posible todavía responder a estas preguntas.

La Sociedad de los Derechos del Hombre fue la primera de esa clase que, en aquella época, alcanzó proporciones nacionales. Tuvo hasta 6.000 afiliados, reunidos en 300 secciones, 170 de las cuales pertenecían a París. Sus tentáculos se extendían incluso al ejército y a la Guardia Nacional; tenía simpatizantes y miembros en numerosas organizaciones políticas y sindicales. Pero estaba mal jerarquizada y le faltaba unidad y coherencia, cualidades que Blanqui empezaba a apreciar particularmente. La experiencia le había enseñado que una amplia sociedad que contenía diferentes doctrinas —y, por consiguiente, dividida en tendencias— carecía de disciplina. Una sociedad de esas características no estaba preparada para afrontar un adversario bien entrenado y dirigido. Después de la humillante derrota de la sociedad en las insurrecciones de abril, Blanqui se relacionó con ella en 1834. Tomó parte en los trabajos del Comité de defensa que los insurrectos encarcelados habían elegido. Entre los defensores se encontraban Lamennais, d'Argenson y Buonarroti, Martin Bernard y Armand Barbès. Más tarde los dos últimos ayudarían a Blanqui a crear la red clandestina de sus sociedades secretas.

El cuerpo de las ideas de Blanqui tomó forma la víspera de los motines. Afortunadamente, su examen resultaba facilitado por los artículos escritos para *Le Libérateur*. El primero y único número publicado en vida de Blanqui, totalmente escrito por él, constituía el cenit en su búsqueda de horizontes nuevos [7]. El artículo de introducción consistía en una protesta contra las restricciones de la libertad de prensa que impedían la defensa de los oprimidos. Había decidido desafiarlas porque estaba completamente consagrado a los intereses de los desgraciados y a todo lo que afectaba a la cuestión social. Eso no era más que el prólogo a su profesión de fe. Tal como la planteaba, se trataba

[6] Gisquet, *Mémoires*, París, 1840, II, p. 173; *Gazette des tribunaux*, 16 de diciembre de 1832.

[7] Aquí hemos seguido el manuscrito de Blanqui 9592 (3), f. 1 a 13.

de una acusación al sistema económico y social vigente, condenado, según él, ya que deformaba al hombre, alienando en primer lugar a las personas y obligándolas, después, a luchar. Pero no sería eterna esa monstruosa generadora de desgracias: debía hundirse ante la visión de igualdad que, como una revelación divina, se descubría desde hacía dieciocho siglos e inspiraba a algunos hombres en sus cruzadas contra los privilegios. La lucha resultaba larga y amarga porque el precio era la supremacía de Francia. Los privilegios, como Proteo, habían podido revestir muchas formas en sus encuentros con el enemigo, pero la superioridad del adversario aumentaba sin cesar. La línea estaba, pues, trazada: había que seguir el curso de la historia y actuar para que triunfara la igualdad. La república sería el instrumento que la instauraría definitivamente.

Volviendo la mirada atrás, Blanqui distinguía dos clases irreconciliables: «los oprimidos contra los opresores». El mismo se colocaba, irrevocablemente, al lado de los primeros con Cristo, Rousseau y Robespierre; y repetía con Saint-Just: «Los desdichados son las fuerzas de la tierra.» Para su futura filosofía de la historia, es interesante observar que mencionaba a Cristo y a Robespierre entre los abanderados del progreso.

Siempre han sido los mismos los defensores de los privilegios, barones feudales con cota de malla o capitalistas acaudalados. Su bandera ha llevado siempre el mismo lema: «ociosidad y explotación.» En otros términos, Blanqui pensaba que una ley racional regía la marcha ascendente de la humanidad. En la historia, esta ley se había verificado a través de la sucesión de hombres excepcionales; su derrota no alteraba la validez de la ley: cada vez, nuevos hombres recogían la antorcha. La ley debía triunfar en Francia porque ninguna otra nación era capaz de mostrar el camino. Sería Francia la que anunciaría el despertar a los demás pueblos. Es claro, pues, que la teoría de la historia de Blanqui conducía directamente al nacionalismo romántico.

Para defender con más rigor su causa contra los privilegios, trataba de encontrar los orígenes de la explotación. Según el segundo número de *Le Libérateur,* publicado después de su muerte [8], ésta nacía de la apropiación individual de los recursos naturales comunes. Una vez establecido el derecho de propiedad, éste se convertía en la piedra angular del edificio social y se asentaba a expensas de los demás derechos, incluso del derecho a la vida. Finalmente, se extendía a la propiedad de

[8] Blanqui, *Critique sociale,* II, pp. 118-127.

todos los medios de producción, incluso si éstos habían sido creados por los beneficios acumulados del trabajo. El capital sin el trabajo resultaba estéril. Los que no disponían de materias primas ni de máquinas, debían trabajar para los que las poseían. De esa forma, ni los medios de producción ni los productos del trabajo pertenecían, de hecho, a los que producían.

El resultado era la servidumbre. Gracias a los beneficios de la igualdad, llamada justicia por los filósofos sociales, la esclavitud ha sido despojada de su brutalidad. Pero ha revestido la forma del monopolio. Una minoría que dispone del control exclusivo del país y del capital tiene a las masas bajo su dominio, y mediante la legislación sobre las herencias perpetúa la riqueza o la pobreza de las familias. En un lado se encuentra la mayoría, sometida a los caprichos de los poseedores, luchando sin cesar para sobrevivir penosamente; en otro, un pequeño número de privilegiados que disponen del derecho de vida y muerte sobre aquellos que les permiten vivir en el ocio.

La ignorancia de los pobres protege a los ricos, proseguía Blanqui en la misma dirección. Sobrecargadas de trabajo y de preocupaciones, inconscientes de las causas de su miseria, las masas tienden a someterse. Se les ha enseñado a considerar que la mano que les oprime es la que les alimenta. A la primera señal están dispuestas a golpear a los que han revelado la raíz de sus desgracias. La humanidad siempre ha sido ciega. Venían, sin duda, a la mente de Blanqui los nombres de Robespierre, Saint-Just y Babeuf al evocar a los defensores de la igualdad muertos en el cadalso durante la revolución, mientras una multitud ingrata permitía que sus nombres fueran vilipendiados.

A continuación examinaba el argumento, tan viejo como el mundo, según el cual capital y trabajo están ligados por una comunidad de intereses. Tanto como el parásito y su víctima, replicaba. Todos los testimonios «demuestran el duelo a muerte entre la ganacia y el salario». Sin la mano de obra, la sociedad no podría funcionar y los ociosos no podrían satisfacer sus caprichos. Su comparación de los papeles de cada clase recuerda una de las más célebres parábolas de Saint-Simon o el catálogo de las capas sociales no productivas de Fourier. En cada caso, el sentido era claro. Una sociedad integrada, saludable, debía reemplazar a la división en clases. Así era el curso de la historia, decía Blanqui; no se perdería el tiempo en preámbulos o en introducciones. La palabra socialismo no había entrado aún en su vocabulario, como tampoco, por cierto, en el diccionario francés; pero el sentido estaba presente. En su lugar, utilizaba la palabra «asociación», que los saintsimonianos ha-

bían puesto en circulación, y, en esa época, significaba para él «el reinado de la justicia gracias a la igualdad». Por igualdad no entendía un reparto de la propiedad, lo que abriría la puerta a un retorno de los privilegios, sino la propiedad común de los medios de trabajo, incluidas las tierras. Un sistema social de esas características, en el cual las palabras «tuyo» y «mío» serían desconocidas, constituía el objetivo final de la humanidad.

Todo ello se ajustaba a las ideas contemporáneas sobre el progreso incesante de la humanidad hacia una vida mejor. Guizot, por ejemplo, había relatado la historia del ascenso del hombre hacia una forma superior de civilización. Leroux y Jouffroy, de *Le Globe*, por citar a otros dos filósofos de la historia, elaboraron teorías impresionantes del progreso: uno repudiaba la teoría pendular saintsimoniana según la cual la historia oscila entre épocas orgánicas y épocas críticas, y exponía la tesis del progreso humano hacia un sistema unitario cuyo objetivo era la igualdad; el otro, luego de madura reflexión, concluía que la función principal de la historia consistía en mostrar la revelación progresiva de la inteligencia humana. Conocida es también la teoría fourierista de la historia que presentaba un fresco del hombre desprendiéndose de la barbarie y caminando hacia la asociación bajo la bandera de la fraternidad.

EL PAPEL DE LA ELITE

Tales filosofías del progreso tal vez estimularon el pensamiento de Blanqui sobre el curso del desarrollo humano. Su hipótesis sobre la meta debía mucho a numerosos teóricos. Con los filósofos del siglo XVIII y los utopistas del XIX compartía la convicción de que el pueblo, fortalecido por la ciencia y la razón, acabaría con la ignorancia y los mitos. Una pregunta se imponía: ¿por qué medios podría llegar a ese fin deseable? Agobiado por el trabajo y aplastado por la miseria, el pueblo humilde estaba falto de atención o engañado por fabricantes de milagros poco escrupulosos. Incapaz de ver los peligros que le amenazaban, necesitaba la ayuda y el sostén de hombres al tanto de los callejones sin salida y de las trampas. Sólo esos hombres, a quienes su lugar en el movimiento proporcionaba alteza de miras y conciencia de su misión, guiarían al pueblo por los caminos tortuosos.

Con ello, Blanqui quería decir que los trabajadores intelectuales y los trabajadores manuales eran aliados naturales.

Porque, según su análisis del sistema económico, ambos resultaban víctimas de una minoría adinerada. El cerebro y el músculo actuaban de manera distinta. La «inteligencia», utilizando el término de Blanqui, ocupaba un lugar superior, como un director de orquesta en el atril, dirigiendo la marcha de las masas. Según su definición «el trabajo es el pueblo; la inteligencia son los hombres abnegados que le dirigen» [9]. Acabó por encontrar otras imágenes como «el obrero del pensamiento», «los parias de la inteligencia» y «los desclasados» [10]. En otros términos, constituyen una élite revolucionaria «que piensa» y se encuentra, sin cesar, en busca de soluciones últimas; el pueblo «ejecuta». La teoría y la práctica estaban, pues, asignadas a dos categorías sociales separadas.

Al examinar después el largo camino hacia la igualdad, lleno de batallas, lo veía jalonado de tumbas de mártires. Se trataba de hombres excepcionales que simbolizaban el progreso: sublimes y generosos, habían rechazado la tentación de la apostasía, mientras otros, menos fieles a la causa, habían renunciado y pactado con los privilegios. Pero ni el cadalso ni la deserción podrían detener el irreversible movimiento hacia adelante. Podemos pensar que Blanqui se preguntaba entonces cómo tomar el relevo de esos héroes caídos. Aparentemente, no sabía aún cómo actuar para que triunfaran sus ideas; sin embargo, a la pregunta de ¿por qué ya no se producen motines? contestaba que, como faltaba mucho para haberse alcanzado el objetivo, la tranquilidad actual no era más que la calma que precede a la tempestad final [11].

El método para derrocar el régimen, que maduraba en su espíritu, otorgaba un papel preponderante a la élite intelectual. Un grupo superior en la jerarquía revolucionaria concebía las operaciones, penetraba en el trasfondo de la opresión popular, inspiraba al pueblo la fe en la igualdad y contaba con su ayuda, llegado el momento de derribar al opresor. Según Blanqui, una élite era una vanguardia intelectual y política. Si nos detenemos sobre los orígenes de esta concepción del papel de la élite, podemos discernir cuatro fuentes principales: en primer lugar, la experiencia de los jacobinos y babouvistas que tuvieron al frente a hombres excepcionalmente dotados; después, los acontecimientos de 1830, en los que los intelectuales representaron el doble papel de portavoces de los intereses de los obreros y

[9] Mss. Blanqui 9592 (3), f. 6.
[10] *Ibid.*, 9590 (1), f. 380.
[11] *Ibid.*, 9592 (3), f. 8-10.

de combatientes, junto a ellos, en las barricadas; influía también en él la estructura de la organización carbonaria, y, por último, el pensamiento saintsimoniano que confiaba a un pequeño grupo de elegidos el cuidado de prever la transición hacia un orden social nuevo que aseguraría la felicidad de la mayoría. También es posible que la ley saintsimoniana del conflicto de clases influyera sobre el pensamiento de Blanqui en lo que se refiere al papel de la élite; sin embargo, estaba lejos de creer, como Saint-Simon, que el conflicto tendía a atenuarse debido al papel creciente de la fraternidad.

No queremos, de ninguna manera, sugerir que Blanqui copiaba servilmente a los saintsimonianos; precisamente acabamos de mostrar que su objetivo —derrocar el orden establecido— se enfrentaba a la hipótesis saintsimoniana según la cual la ternura sustituía a la violencia en la lucha de clases. Pero la teoría del papel sucesivo de las clases pudo atraerle durante su formación. En la síntesis que escribió en 1834 se vislumbra la influencia de la tesis saintsimoniana según la cual, al menos en el pasado, los intelectuales contribuyeron a atenuar la crueldad del despotismo. Sin embargo, al examinar el camino tortuoso recorrido por la igualdad y las duras batallas que hubo de librar, concluía que las ideas cuentan poco cuando se trata de apaciguar a dos adversarios. Los acontecimientos ocurridos desde 1830 también acabarían con las ilusiones que pudo hacerse sobre la armonía de las clases. Sus últimas cartas a Mademoiselle de Montgolfier mostraban los postreros sobresaltos de su esperanza de ver desaparecer pacíficamente las injusticias. Los hombres que detenían el poder no lo cederían a pesar de los saludos que en ocasiones dirigían a la idea del progreso. La razón sola se mostraba incapaz de forzar a los codiciosos burgueses a que renunciasen a sus montones de oro a cambio del bienestar del pueblo.

Un examen más profundo de la trama de las ideas de Blanqui revela la presencia de nuevas influencias. Además de la filosofía saintsimoniana de la historia y la condena del «feudalismo financiero» de Fourier, encontramos las experiencias de sindicalistas como Grignon, Jules Leroux, hermano de Pierre Leroux, y Zoël Efrahem [12], así como las ideas de Bounarroti, Teste y d'Argenson y las de Lamennais y Laponneraye que ya hemos

[12] Los archivos de la Prefectura de policía muestran que Efrahem fue procesado cinco veces entre 1825 y 1835, por delitos políticos o por infracción de las leyes sobre asociación. Resultaba sospechoso también a causa de su amistad con Voyer d'Argenson. (Archivos de la Prefectura de policía, AA423, documentos 232-245.)

descrito. Y es preciso repetir que la sociología de clases de Blanqui derivaba de los principios de economía generalmente aceptados en esa época, basados sobre el simple producto de los bienes de consumo.

Volvamos a la predilección de Blanqui por las élites. Hemos señalado que los grandes jefes de la sociedad revolucionaria tenían la misión de promover los ideales revolucionarios. Lo esencial quedaba por hacer, una vez liberada la nación de la minoría gobernante; eso no era en realidad más que una primera etapa. La función histórica de los jefes no estribaba, pues, tanto en convencer a los enemigos de clase de que se retiraran, tiraran sus armas y pregonaran la fraternidad, como en dictar su papel a la historia estableciendo ellos mismos la igualdad. Aparecería entonces la fraternidad como la mariposa nace de su crisálida. Al ser ésa la tarea asignada a los grandes hombres, les resultaba necesario compaginar la insurrección con el empleo de todos los métodos posibles para evitar las desviaciones.

¿Cuál era la naturaleza de la alianza entre los intelectuales y los obreros, entre la élite y el pueblo? Al parecer, la que existe entre un estado mayor y las tropas.

La élite no consultaba ni avisaba al pueblo de sus proyectos. El apogeo final que desembocaría en el triunfo común crearía entonces las condiciones de la igualdad. Mientras tanto, la élite y el pueblo debían actuar en dos niveles distintos: la primera, decidiendo el curso de la revolución, y el segundo, obedeciendo con exactitud.

No tenemos ahora el propósito de examinar a fondo las fuentes del idealismo filosófico de Blanqui, es decir, de su convicción de que la igualdad, innata en el hombre, le impulsaba inevitablemente a mejorar sus condiciones de vida. Aunque expresada más tarde de forma más pulida, esa filosofía permaneció sustancialmente idéntica. Señalemos únicamente su corolario: una suprema autoridad dirigía al movimiento de la manera que acabamos de describir.

Al estudiar el tipo de organización que finalmente adoptó Blanqui hemos de tener en cuenta la multitud de sociedades políticas que aparecieron en Francia después de 1830. Con muy raras excepciones, sus jefes eran todos intelectuales. Además, ninguna de esas sociedades tenía importancia numérica. En realidad, con las leyes vigentes entonces, el proselitismo resultaba prácticamente imposible, incluso peligroso. Se pensaba entonces que nada tenían que hacer las masas en un grupo organizado: se admitía implícitamente que durante la revolu-

ción proporcionarían las tropas de choque en cuanto se diera la orden de atacar. Ese parecía haber sido el papel del pueblo en 1830. Con ello no se tenía en cuenta el elemento de persuasión que resultó del cierre de los talleres y de las fábricas. Durante los motines de abril de 1834, los jefes de las sociedades secretas aprendieron a su costa que el pueblo no acudía a las armas con un simple toque de trompeta. Y sin embargo, la confianza en el poder de la élite para llamar al pueblo, llegado el momento, sobrevivió a la derrota de 1834. No hay que extrañarse: salvo algunas excepciones, los desarraigados, los oprimidos, los analfabetos eran incapaces de producir los titanes del pensamiento que tomasen las riendas. Subsidiariamente, ese papel recaía sobre los intelectuales desclasados, es decir, sobre aquellos cuyas ambiciones quedaron frustradas por los privilegios y el nepotismo o sobre los que, sensibilizados por las injusticias y las desigualdades del orden social, habían decidido emprender su renovación total. A ellos les tocaba elaborar el cuadro de las quejas de los oprimidos y mostrar las nuevas vías.

El instrumento revolucionario fuertemente jerarquizado organizado por Blanqui constituía, pues, el resultado de un punto de vista subjetivo y personal de la historia, tal como la entendían los románticos que soñaban con héroes gloriosos, auténticos cruzados de la igualdad. Según Blanqui, la historia demostraba que los fracasos anteriores no habían desacreditado la causa. Sin embargo, su historia no era científica, a pesar de que en esa época la ciencia descubría nuevos métodos de interpretación. Blanqui encontró en su momento la corriente científica y se embarcó en ella, considerándola como la expresión más elevada de la inteligencia. No obstante, quedó marcado para siempre por la teoría revolucionaria trazada en su juventud. Es claro que intentó modificarla para tener en cuenta los hechos soberanos, pero la intervención de otros factores no hizo más que reforzar su fe en la violencia.

5. CONSPIRACIONES

Dos hijos, que nacieron con un año de diferencia, proporcionaron al matrimonio Blanqui el sentido de la estabilidad. Era una familia típicamente burguesa, con una criada para ocuparse de los niños, una costurera que venía a hacer en cada temporada los arreglos necesarios y el tendero con sus entregas a domicilio. La familia vivía en el corazón del Barrio Latino, en la calle Fossés-Saint-Jacques, a dos pasos de la alcaldía y del Panteón. Situación muy agradable desde todos los puntos de vista: para los niños, el Luxemburgo estaba cerca, como la Universidad para el padre, y el Louvre donde Amélie pintaba se encontraba también a poca distancia. La joven tenía talento, en efecto, a juzgar por el retrato que hizo de su marido.

LAS INSURRECCIONES DE 1834

La felicidad de los padres resultó perfecta hasta la muerte de su hijo menor. Durante muchos meses, esta muerte fue para ellos causa de profunda tristeza. Pero, afortunadamente, Estève, el mayor, era vigoroso. La paternidad había llenado un vacío en la vida de Blanqui y, sentimentalmente, le había colmado. Fue en los primeros años de matrimonio cuando sus ideas filosóficas, desde el punto de vista político y social, se coordinaron en un sistema único. A dicho período corresponde también la formación de la primera sociedad secreta que dirigió.

En un examen superficial, Francia parecía haber recobrado la paz después de las batallas callejeras de 1832. La industria progresaba con seguridad. Los tribunales tenían mucho trabajo con los procesos incoados a las coaliciones obreras, aunque las acciones fuesen menos violentas en 1834, y ningún episodio dramático perturbaba la rutina cotidiana. Sin em-

bargo, la paz social no era más que una tregua. La prensa radical continuaba lanzando dardos contra el régimen. Cuando los culpables comparecían ante la justicia, los jurados los absolvían. Por eso, en febrero de 1834, se votaron leyes para poner un freno a las críticas, y posteriormente obstaculizar las libertades obreras. Una de esas leyes obligaba a los vendedores de periódicos a obtener una autorización; otra aportaba nuevas restricciones a los intentos realizados por los obreros para organizarse. Por lo menos, treinta periódicos dejaron de aparecer. Las cifras de condenas por asociación ilegal subían y bajaban, aunque la tendencia general era ascendente, llegando a 543 en 1840.

La legislación estaba en consonancia con la política oficial desde el principio, pero el clima había cambiado. Existían asociaciones políticas que instruían al pueblo, unían a los trabajadores y coordinaban sus organizaciones. Por consiguiente, las leyes despertaron un gran resentimiento. Al acusar a la prensa radical, su intención era amordazar la expresión de las ideas democráticas, y *Le Libérateur* estimaba que esas leyes representaban un anticipo de lo que supondría el regreso de la reacción [1]. Las asociaciones políticas y los jefes de los movimientos obreros veían en ellas astutos expedientes para sacar a la luz del día el movimiento republicano y obligarle a luchar.

La situación se aproximaba rápidamente al punto crítico. Aventureros y exaltados, impulsados por agentes provocadores, se preparaban para una prueba de fuerza con el gobierno. Un conjunto de causas convergentes precipitaron el intento en Lyon. En esa ciudad, una crisis económica provocó una disminución de los salarios y una huelga general de corta duración. También en Lyon predicadores saintsimonianos habían inculcado a los tejedores las nociones de explotación, asociación y emancipación. Además, subsistían los restos de los efectos psicológicos de la insurrección de 1831 y de la emoción que había causado. La fuerza de la rama lyonesa de la Sociedad de los Derechos del Hombre inspiraba un falaz sentimiento de confianza. Dicha rama se componía de ochenta secciones, numerosos afiliados en las fábricas, subdivisiones en los suburbios y una prensa que defendía sin reservas la causa de los trabajadores.

La sublevación estalló en abril de 1834. Fue un movimiento nacional en el cual se comprometieron las municipalida-

[1] Mss. Blanqui, 9592 (3), f. 11-12.

des, grandes y pequeñas, de este a oeste y de norte a sur. Sin embargo, sólo visionarios con quiméricas esperanzas podían creer en el éxito. La insurrección estuvo mal ordenada y no resultó, en modo alguno, sincronizada. El mando no estaba unificado y las recomendaciones de los revolucionarios experimentados no fueron atendidas. Buonarroti, por ejemplo, aconsejaba abstenerse, y republicanos más moderados consideraban la empresa demasiado arriesgada. La Sociedad de los Derechos del Hombre que debería haber proporcionado al movimiento su estado mayor general, se encontraba dividida sin remedio, entre la derecha y la izquierda, entre los abogados de la acción y los que daban consejos de prudencia. Una desunión así suponía una ventaja incalculable para el régimen.

En Lyon, la insurrección estalló el 9 de abril. En ese momento, el gobierno ya había enviado a las posiciones clave las tropas suficientes para que cualquier resistencia resultara inútil. A pesar de todo, se levantaron barricadas que fueron defendidas con obstinación. Finalmente, los insurrectos sucumbieron. Los soldados no dieron cuartel, tanto a los hombres desarmados como a los que llevaban armas. Las casas fueron saqueadas y civiles inocentes fusilados. Fue un asunto tenebroso.

Las sublevaciones quedaron dominadas más rápidamente en otras municipalidades. En París, la insurrección estuvo destinada al fracaso desde su principio. Thiers, ministro del Interior, se adelantó a los acontecimientos: confiscó periódicos, arrestó a los jefes y concentró 40.000 soldados. La lucha era desigual y no podía durar. En todas partes las sublevaciones se realizaban sin la menor organización de conjunto. Por ejemplo, París entró en acción cuando todo había terminado en Lyon [2].

El proceso de los insurrectos se alargó durante once meses y provocó el natural cansancio tanto del público como

[2] Algunos escritos sobre la insurrección lyonesa de 1834: Ad. Sala, *Les Ouvriers lyonnais en 1834*, París, 1834, relato descriptivo; J. B. Monfalcon, *Histoire des insurrections de Lyon en 1831 et 1834*, Lyon, 1834, pro-gubernamental; Jacques Perdu, *Les Insurrections lyonnaises 1831-1834*, París, s. f., pro-insurrectos. El mejor relato es el de Festy, *op. cit.*, capítulos XIX-XXI. Véase también el útil artículo de Jean Alazard, «Le Mouvement politique et social à Lyon entre les deux insurrections de novembre 1831 et avril 1834», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, 1911, XVI, pp. 27-49, 273-299.

de los defensores. Cerca de 4.000 testigos fueron oídos y alrededor de 17.000 documentos examinados. Desde el comienzo, la Cámara de los Pares demostró parcialidad y, sin tener en cuenta los usos vigentes, actuó con despotismo y desdeñó los derechos de los acusados. Su prestigio se desvaneció incluso entre la *élite* de la sociedad, habitual de los salones. En cuanto al pueblo, se indignó y tomó odio a ese Tribunal cuando debieron comparecer ante él los defensores de los encarcelados, que habían firmado una protesta contra su tiranía [3].

Entre los firmantes se encontraban numerosos periodistas y activistas de círculos. Basta citar a Armand Barbès y Ferdinand Flocon, cuyos nombres reaparecerán en estas páginas; Michel de Bourges, miembro prestigioso de la abogacía y François Rittiez, publicista. Raspail, d'Argenson, Lamennais y Blanqui no necesitan una nueva presentación. El hecho de que miembros del Comité de Defensa Nacional se reunieran en casa de Blanqui para elaborar una política común esclarece su mal conocida participación en favor de los insurrectos vencidos y acusados.

No es necesario insistir sobre el desafío imperturbable que oponían a la fuerza los defensores de los prisioneros. Su triunfo moral sobre el Tribunal Supremo fue tan completo que a éste no le quedó otro remedio que descargar su ira al imponer las penas. Las sentencias castigaban a los que más habían herido el amor propio de esos magistrados calvos y encorvados que Daumier ha inmortalizado. Blanqui tuvo la suerte de no figurar entre sus víctimas. Citado e interrogado por ellos, negó haber participado en la protesta [4]. En sus respuestas se abstuvo de expresar, como lo hacían algunos de sus colegas, sus dudas acerca de la competencia del Tribunal en aquel caso y su reprobación por la manera arbitraria de pronunciar sus fallos. No es que fuera incapaz de aplastar a un adversario con su desprecio. Pero tenía obligaciones de otro tipo y pensaba que de mayor alcance que un torneo verbal con unos jueces imbuidos de prejuicios. Sostenía ya en sus manos los hilos de una sociedad clandestina.

El fastidioso proceso duró hasta enero de 1836. Entre tanto, numerosos prisioneros consiguieron evadirse en las mismas narices de sus vigilantes. Los que escogieron quedarse

[3] La protesta ha sido nuevamente publicada en *La Liberté trahie*, de Lamennais, París, 1946.

[4] *Gazette des tribunaux*, 30 de mayo de 1835.

para luchar hasta el final con sus acusadores cosecharon penas de deportación o de prisión [5].

LA SOCIEDAD DE FAMILIAS

Mientras tanto, el gobierno apretaba las riendas del poder. Hizo votar por el Parlamento un conjunto de tres leyes que restringían los derechos civiles. El clima era de lo más adecuado, puesto que el 28 de julio de 1835 un atentado contra la familia real provocó varias víctimas inocentes entre los espectadores. La monarquía apuntó con el dedo acusador hacia los republicanos, diciendo que resultaban culpables de ese crimen o que lo habían inspirado. Fue imposible probarlo, pero el pueblo se encontraba en un estado de ánimo propicio para aceptar la rigurosa legislación conocida con el nombre de «leyes de septiembre».

Una de esas leyes otorgaba a los tribunales un poder expeditivo en los casos de rebelión, otra dificultaba a los jurados la absolución de los procesados políticos y la última imponía a la prensa nuevas restricciones. El efecto inmediato de las tres fue colocar a los republicanos en la ilegalidad. Con ello nació una nueva forma de carbonarismo. Sus objetivos eran vagamente comunistas y se aproximaban a un neobabouvismo, como lo demuestra la popularidad de la célebre historia de Buonarroti.

De 1834 a 1839, las conspiraciones se multiplicaron. Existieron Legiones y Falanges revolucionarias; cábalas militares, asociaciones socializantes de ritos misteriosos y organizaciones secretas de refugiados. Periódicos que se imprimían en la clandestinidad incitaban a los lectores al regicidio y a la revolución. Las actividades ilegales abarcaban incluso la fabricación y venta de grotescas pipas de barro en forma de pera, caricatura de la cabeza del rey, que los artesanos coronaban con el gorro frigio [6]. Tales burlas, explotadas en secreto, eran actos de lesa majestad, pero representativas de ofensas más graves que se tramaban contra la persona real. Desde 1832 a 1840 hubo no menos de seis intentos de asesinato. Los de Joseph Fieschi, Louis Albaud y Marius Darmès estuvieron a punto de tener éxito.

[5] Las actas oficiales del proceso ocupan 15 volúmenes. (Cámara de los Pares, *Affaire du mois d'avril 1834*, París, 1834-1836.) El mejor relato, por parte republicana, es el de Louis Blanc, *op. cit.*, II, 1, IV, cap. 10.

[6] Archivos nacionales BB 18-1231, expediente 2.165.

Las dos conspiraciones mejor organizadas durante la monarquía de julio fueron dirigidas por Blanqui y Barbès. Una de ellas era la «Sociedad de Familias», fundada en julio de 1834, muy probablemente por Hadot-Desages. Sin embargo, Blanqui llegaría a ocupar el lugar preponderante. Trataremos de la otra conspiración, la «Sociedad de Estaciones», en la segunda parte de este capítulo. Y ahora presentaremos a tres de los lugartenientes de Blanqui, que posteriormente se transformaron en sus más feroces enemigos.

El primero, Eugène Lamieussens, era estudiante de medicina y había dirigido una sección de la Sociedad de Derechos del Hombre. Después del hundimiento de esta organización, en abril de 1834, se afilió a la Sociedad de Familias y fue uno de los veinticuatro procesados condenados en 1836 por fabricación ilegal de pólvora de cañón. Volveremos sobre este «asunto de la pólvora», como ha sido llamado por los historiadores. El segundo, Martin Bernard, impresor, también comenzó sus actividades en la Sociedad de Derechos del Hombre. Tanto en política como en edad estaba más cerca de Barbès que de Blanqui. Bernard era un activista neojacobino que veía superficialmente los problemas derivados de la industrialización, a pesar de haber pasado algún tiempo por las escuelas saintsimoniana y fourierista [7].

Según los informes policíacos, fue uno de los principales conjurados del asunto de la pólvora. Cada dos días, entre las once y las doce de la noche, se podía ver su alta silueta, vestida de negro como Mefistófeles, deslizarse disimuladamente hasta la estrecha calle de la fábrica de pólvora y lanzar arena a los cristales para avisar a los hombres que se encontraban en el interior [8].

Barbès fue el más importante de esos tres lugartenientes. Este republicano experimentaba una especie de nostalgia por una nebulosa justicia y una vaga igualdad. Era un romántico denominado por un periodista «el caballero de balada y de leyenda» [9]. Su pensamiento se escapaba por completo del marco del socialismo, aunque respetaba los nombres de Münzer, Campanella, Morelly y Babeuf. Barbès era deísta y, además, adicto a la tríada revolucionaria francesa: Libertad, Igualdad, Fraternidad. Constituía su panacea para la nación, cualesquie-

[7] Véanse sus *Dix ans de prison au Mont-Saint-Michel et à la citadelle de Doullens*, París, 1851.
[8] Gisquet, *op. cit.*, IV, p. 182.
[9] *Profils révolutionnaires*, núm. 8, p. 128.

ra que fueren los disturbios que la agitaran, incluso los de la lucha de clases. Suplicaba a los ricos que fueran fraternales y benévolos. En cuanto a los pobres, les aconsejaba tener confianza en Dios porque no es —decía— «el cómplice de los malvados y de los tiranos» [10].

Barbès era criollo, nacido en las Antillas francesas en 1809, aunque había crecido cerca de Carcasona. Su padre, médico, le había educado en el lujo y le dejó una fortuna apreciable. Todo en él era grande: su físico —estatura, musculatura y barba—, su valentía, su lealtad y su generosidad, su pasión por el deporte, incluso sus antipatías.

Además, era crédulo, ingenuo, vengativo y capaz de rebajarse hasta la inconveniencia. Habría podido vivir con tranquilidad y comodidad, si en política hubiese sido neutral. Pero el 93 le había entusiasmado hasta el punto de transformarle en un fanático. Largas estancias en París reforzaron ese estado de ánimo. Allí estudió derecho, asistió a reuniones y se afilió al Comité Nacional de Defensa de los insurrectos en 1834. En julio del mismo año comenzaron sus relaciones políticas con Blanqui.

Las personalidades citadas formaban parte del estado mayor de las sociedades secretas dirigidas por Blanqui. El mejor modo de explicar su papel en ellas y lo que hicieron es relatar las conspiraciones.

El 19 de febrero de 1836, el barón Pasquier, primer magistrado de la Cámara de los Pares, penetró en la celda de Théodore Pépin. El preso había sido juzgado y condenado a muerte por haber tramado, junto con Giuseppe Fieschi, el asesinato de Luis Felipe. El alto magistrado acudía a petición de Pépin, que expresó el deseo de declarar sobre hechos que no había revelado al tribunal. Creía posiblemente que sus revelaciones le aportarían la clemencia de los jueces, pero no fue así. En todo caso, habló de conspiraciones antimonárquicas, de reuniones, de reclutamiento de adictos y de su iniciación en una sociedad secreta cuyos miembros juraban odio a la monarquía. Había oído decir que, como responsables de esas sociedades, figuraban, entre otros, Adrien Recurt —amigo de Buonarroti—, Laponneraye y Blanqui, aunque reconoció no haberles visto nunca. El nuevo testimonio contra-

[10] A. Barbès, *Quelques mots à ceux qui possèdent en faveur des prolétaires sans travail*, París, 1837. La acusación aportó este folleto en el proceso de 1839. Véase Cámara de los Pares, *Rapport fait à la Cour par M. Mérilhou, comprenant les faits généraux et la première série des faits particuliers*, I, pp. 62-66.

decía sus anteriores declaraciones: ¿no figuraba en ellas que el día fijado para el asesinato del rey se había reunido con Blanqui para informarle de lo que se preparaba?

¿Qué tipo de crédito podía concederse a las nuevas observaciones de Pépin? Como todo el mundo sabe, las sociedades secretas no podían evitar la vigilancia de la policía y, menos todavía, la Sociedad de Familias a la cual aparentemente aludía. Dicha asociación, ¿participó en la conspiración? En lugar de proporcionar una respuesta afirmativa, los datos existentes obligaban más bien a pensar que el condenado trataba de comprometer a Blanqui. Los tres hombres nombrados por Pépin negaron sus aseveraciones: Recurt respondió que la Sociedad de Derechos del Hombre fue la última a la que estuvo afiliado; Laponneraye escribió desde la cárcel en que se encontraba preso que sus estudios y su mal estado de salud le habían absorbido totalmente y que únicamente su simpatía y sus esperanzas le ligaban al mundo político exterior; Blanqui era contrario al regicidio; además, negó públicamente conocer a su sedicente informador o haberle dirigido nunca la palabra [11].

Durante el mes siguiente, los principales miembros de la Sociedad de Familias fueron detenidos por la policía, acusados de fabricación de pólvora de cañón. El taller se encontraba en el distrito número 5, en el 113 de la estrecha y sinuosa calle de Oursine que iba desde la calle de la Santé hasta la calle Mouffetard. Aquella callejuela ha desaparecido, debido a las obras realizadas en París. En una pequeña casa de dos pisos, la policía encontró 150 libras de pólvora dispuesta para ser utilizada, materias primas, secadores, morteros y un manual utilizado en las escuelas militares. Un carpintero de armar, Adrien Duport, que aparentaba ser el guarda nocturno, dormía allí. Este hombre, antiguo saintsimoniano, tenía en su historia cuatro encarcelamientos por delitos políticos. La casa había sido alquilada a un tal Beaufour, también convertido al saintsimonismo. Anteriormente estuvo acusado de pertenecer a una sociedad secreta.

Cuarenta y tres sospechosos fueron detenidos. Blanqui, avisado de que la policía le buscaba, se escondió en casa de algunos amigos. Por fin le descubrieron en el piso de Barbès. Además, la policía encontró una cartera que pertenecía a Lamieussens, en la cual había documentos comprometedores y

[11] Mss. Blanqui, 9584 (1), f. 83, *Gazette des tribunaux*, febrero de 1836, páginas 23-24.

listas de nombres, algunos de los cuales eran de miembros de la Sociedad de Familias. Los documentos resultaron faros que proyectaron mucha luz sobre la estructura y las actividades secretas de la asociación. Uno de ellos contenía las reglas y el catecismo de iniciación. Otro, en poder de Barbès, era una proclama que tal vez debía difundirse después del derrocamiento de la monarquía.

En la vivienda de Barbès se desarrolló una escena cómica: Blanqui estaba acostado mientras la policía registraba todo en busca del menor dato. Cuando vio varias hojas de papel extraídas de sus bolsillos se precipitó medio vestido, se apoderó de ellas y, antes de que se las pudieran coger, las masticó y se las tragó. Los miembros de la Sociedad obligados a comparecer ante la justicia ofrecen una imagen de la composición variada de la agrupación: más de la mitad de los afiliados eran artesanos o pequeños comerciantes; los otros, propietarios e intelectuales, constituían los cuadros. Por encima estaban las secciones, conocidas con el nombre de familias, compuesta cada una por seis miembros, cuyo jefe era designado por el grupo de dirección. Para ser miembro se precisaba tener más de veintiún años, ser discreto, honorable y de buena reputación. Había que indicar además los medios de existencia. La aceptación o el rechazo de las peticiones de admisión estaba en manos de la familia, cuya decisión dependía del informe facilitado por la autoridad suprema de la Sociedad. Si la encuesta sobre las cualidades del candidato resultaba satisfactoria, se le iniciaba con todos los ritos necesarios.

El ceremonial se desarrollaba según las reglas prescritas. En lo posible debía celebrarse en pleno día. El jefe de la familia informaba al aspirante de que no se anotaba nada de lo que ocurría. Por consiguiente, debía guardar silencio en caso de ser interrogado o sufrir la pena reservada a los traidores. Tenía el deber de alistarse en la Guardia Nacional [12].

La estructura de la Sociedad de Familias estaba concebida de manera que ocultara la identidad de los máximos dirigentes del movimiento: únicamente los jefes de las familias sabían quiénes eran, pero los miembros no los conocían en absoluto. Las familias no se comunicaban entre sí; de hecho, ignoraban totalmente su respectiva existencia. Como en los radios de una rueda, su única ligazón era el cubo.

[12] Cámara de los Pares, *Rapport fait à la Cour par M. Mérilhou*, I, páginas 22 ss.

El ritual de iniciación se parecía mucho a la liturgia de los carbonarios o a los procedimientos empleados por Buonarroti en sus organizaciones secretas. El candidato admitido, con los ojos vendados y en presencia del jefe de la familia, era examinado sobre el credo de la Sociedad. Quince preguntas y respuestas, como en el catecismo, componían la gama de los principios, desde las reglas del orden actual hasta los criterios sobre la futura sociedad y los medios para lograrla.

Preguntas y respuestas caracterizaban al régimen vigente como el sistema mediante el cual una minoría de ricos extraía del pueblo lo principal de sus ganancias. «¿Qué es el pueblo?», preguntaba el jefe de la familia. La respuesta era: «El pueblo es el conjunto de los ciudadanos que trabajan». El resto de las preguntas evocaba el estado de pobreza en el que se mantenía a esos hombres, lo cual les hacía parecerse a los esclavos o los siervos. Después de haber descrito ese sistema sórdido, el jefe y el iniciado se volvían con esperanza hacia la colmena social. Su principio fundamental consistía en la igualdad; sus objetivos: seguridad, enseñanza gratuita y participación en el gobierno. Tales eran los derechos del hombre. Sus deberes: servir a la sociedad y simpatizar con sus semejantes.

Ahí se terminaba la comparación entre el sistema social vigente y el de los años venideros. Para resumir el catecismo: el primero significaba codicia, violencia y angustia para los hombres; el otro, poder del pueblo y nivelación democrática. ¿Cómo podía llegarse a esta victoria? La respuesta era: solamente con la revolución. No existía otro medio.

La revolución era, pues, el objetivo supremo de la Sociedad de Familias. Seguidamente se enseñaba al candidato la manera de servir a la causa. Debía propagar el evangelio republicano y obedecer la orden de empuñar las armas para «derrocar un gobierno traidor a la patria». Se le advertía que la empresa sería arriesgada. El enemigo era rico y estaba bien amado; recurriría también a los reyes extranjeros. «Nosotros, pobres proletarios, sólo disponemos de nuestra valentía y de nuestro justo derecho. ¿Te sientes con fuerza para desafiar el peligro? Cuando suene la hora del combate, ¿estás decidido a morir con las armas en la mano por la causa de la humanidad? Naturalmente, la respuesta era afirmativa. El nuevo recluta entonces prestaba juramento de discreción y obediencia a las reglas de la Sociedad. Juraba no tener pie-

dad con los traidores, amar y socorrer a sus camaradas y sacrificarse por la noble causa.

Después de esa solemne ceremonia se retiraba al neófito la venda que le cubría los ojos y, conducido ante su jefe, recibía las últimas directrices. Debía aportar su contribución al fondo común para pólvora de cañón, escoger un nombre de guerra, negarse a responder ante un tribunal y presentarse para entrar en servicio cuando el jefe supremo se lo ordenara. Finalmente se le recomendaba permanecer alerta con el fin de intentar reclutar nuevos adictos. Y, si carecía de conocimientos políticos, la Sociedad debía proporcionárselos [13].

Numerosos eran los franceses de esa época, entre ellos Blanqui, cuyas opiniones descansaban sobre los artículos de fe del credo republicano. Y, como el «Dios lo quiere» de los cruzados, su toque de llamada era «Igualdad». La lucha debía entablarse entre la minoría de los ricos y el resto de la nación. Del mismo modo que la aristocracia feudal había sido despojada de su poderío por la burguesía, ésta lo sería por el «proletariado». Pero en Francia, en los años 1830-1840, ese proletariado era, sociológicamente hablando, un conglomerado inconexo y carente de unidad.

Con toda evidencia, el catecismo y la estructura de la Sociedad de Familias eran obra de Blanqui. Incluso los términos empleados para expresar las creencias de la Sociedad se encontraban en *Le Libérateur* y *La Propagande démocratique;* este último panfleto lo escribió en 1834, en colaboración con Hadot-Desages. Y hasta la predilección de Blanqui por las élites se encuentra en la estructura de la Sociedad de Familias. Es cierto que no se limitaba el número de afiliados, pero la agrupación tuvo poca importancia y parece haberse reducido a París. El hecho de que fuera una organización parisiense tenía precisamente una razón histórica: el éxito de una revolución en la principal ciudad del país significaba generalmente su triunfo en el resto, contrariamente a lo que sucedía en otras naciones. Además, el desastre con el que se saldaron las recientes sublevaciones provocó la desaparición de toda confianza en una organización cuyas diversas ramas no se coordinaran entre sí. Sólo un grupo firmemente ligado y centralizado, capaz de movilizar rápidamente sus fuerzas y lanzarlas sobre el punto más débil del armazón político podía responder a la esperanza de ver su derrocamiento.

[13] *Ibid.*, I, pp. 18 ss.

Los jefes de la Sociedad fueron juzgados en agosto de 1836. No le faltaron al fiscal pruebas de la existencia de la conspiración: se había descubierto también pólvora de cañón y doce nuevos taladros para vaciar los proyectiles. Además, el ministerio público aportó la proclama de Barbès, en la que se llamaba al pueblo a tomar las armas para destruir la tiranía [14]. Cuando se le preguntó por qué había redactado un llamamiento así respondió que había transcrito un simple sueño [15]. El tribunal, basándose sobre las nuevas declaraciones hechas por Pépin en la cárcel, concluyó que existía un lazo entre la Sociedad de Familias y la conspiración de Fieschi; Blanqui negó conocer a Pépin, pero no convenció a sus jueces.

Este hecho tampoco ha despertado dudas en el espíritu de los historiadores románticos. La vieja acusación de complicidad en el asunto Fieschi ha sido recientemente desenterrada del aluvión de calumnias en que se encontraba oculta, gracias a los *Souvenirs* de Maxime Du Camp, donde Blanqui aparece cruel, frío, calculador, fértil en recursos. En un informe conciso, que ha servido de modelo a un historiador de menor valor [16], Du Camp cuenta que Pépin visitó a Blanqui en una pequeña librería cerca de su casa para avisarle del inminente asesinato del rey. Inmediatamente después, el astuto conspirador acudió a casa de Barbès, con el que redactó la proclama; el uno dictaba y el otro escribía. Fue entonces cuando Blanqui hizo alarde de toda su astucia: para evitar cualquier sospecha de estar mezclado en el crimen envió a la criada y a su hijo al lugar del asesinato, con orden de permanecer en un café situado enfrente de la casa en la que Fieschi había instalado su «máquina infernal». ¿Quién podría creer que un padre correría el riesgo de perder a su hijo único? [17].

Este asunto huele a cerrado, como esos salones sin ventilar, donde rumores triviales se tomaban por hechos. Para valorar el grado de veracidad de la versión de Du Camp sobre los acontecimientos debemos advertir que pocos hombres han odiado tanto a Blanqui, como lo muestra la importante obra que escribió sobre la Comuna de París. El autor pretende que el «martes de carnaval revolucionario» de 1871 fue no

[14] *Ibid.*, I, p. 21.
[15] *Gazette des tribunaux*, 7 de agosto de 1836.
[16] F. Lucas-Dubreton, *Louis-Philippe et la machine infernale*, París, 1951, páginas 362 ss.
[17] Maxime Du Camp, *Souvenirs d'un demi-siècle*, París, 1949, I, pp. 46 y siguientes.

solamente inspirado por los conspiradores, sino que era preciso buscar sus raíces en las sociedades secretas de los años treinta y el modelo en el fruto de éstas: la conspiración de Fieschi [18]. Por otra parte, si la proclama sobre la que se basaba la acusación de complicidad debía distribuirse inmediatamente después del asesinato del rey, como suponía Du Camp, ¿por qué el precavido e ingenioso Blanqui omitió hacer copias? Sólo el original se aportó al tribunal y nadie hizo alusión a él, ni siquiera los agentes secretos de la Sociedad de Familias. A pesar de todos sus esfuerzos, el fiscal no consiguió establecer ninguna relación entre la proclama y el atentado de Fieschi.

Blanqui, al interrogar largamente a uno de los testigos de la acusación, llamado Lucas, estudiante de medicina, y al escudriñar en su pasado, llegó a la convicción de que había fabricado pólvora para los insurrectos de Lyon. Después, la policía le había sobornado para enseñar ese arte a los hombres de la calle de Oursine y de ahí las grandes sumas de dinero de que disponía, cosa muy rara entre estudiantes. A través de él, concluía Blanqui, conseguía sus informaciones la jefatura de policía.

En ese punto, el fiscal se interpuso. Los acusados no eran la policía ni sus agentes. Resultaba preferible dedicarse a las listas de nombres que Blanqui tenía a mano. ¿Quiénes eran esos hombres? Suscriptores del *Libérateur*, respondió. ¿Qué significaban las notas añadidas a algunos nombres, tales como «fusiles», «pólvora», «encontrar una cama» y «alguien que ver»? El procesado no se acordaba. Todo ello databa de la insurrección de abril de 1834. Pépin había sido ejecutado. Se evocó su espectro: ¿no había hablado de una cita con Blanqui? La respuesta fue la misma que la que envió a la prensa el día en que las palabras de Pépin fueron publicadas. No había visto nunca al asesino y tampoco se le avisó de un complot contra el rey. ¿No constituía una prueba la presencia de su hijo y de la criada en el lugar del crimen? ¿Les habría permitido ir si hubiese tenido conocimiento del atentado?

Era inútil proseguir este tipo de preguntas sin pruebas complementarias, pero se estableció una relación directa entre la fábrica de pólvora y la Sociedad de Familias. Los acusados fueron, pues, declarados culpables. Blanqui y otros tres fueron condenados a una multa cuantiosa, dos años de prisión y dos de libertad vigilada. Fue la condena más dura.

[18] *Les Convulsions de Paris*, París, 1889, 7.ª edición, prólogo, y II, p. 64.

Barbès y Lamieussens fueron condenados a un año de prisión y una multa; los demás, a penas más leves [19]. La sentencia se confirmó en la apelación [20].

LA SOCIEDAD DE ESTACIONES

Blanqui fue encarcelado cerca de Saumur. Era la primera vez que se separaba de su familia, y esto debió de ser para él muy penoso. Durante el trayecto escribió carta tras carta a Amélie describiéndole el viaje y diciéndole lo que proyectaba con vistas a sus contactos. Ella y Estève podrían encontrar una vivienda no lejos de la cárcel, lo que les permitiría estar juntos, al menos durante las visitas. Les aconsejaba un desplazamiento en barco, más directo y menos fatigoso. Pero cualquiera que fuese el medio de transporte escogido, Amélie debería ser prudente y velar por su pequeño «Romeo» [21].

Se querían sin reservas. Amélie le había sacado de la melancolía y se había convertido en el puerto en el que su alma encontraba la paz. Para ella, él constituía todo su horizonte; más allá estaba el vacío. Posiblemente no comprendía perfectamente a dónde le conducían sus ideas; sin embargo, por lejos que fuera, le seguiría. En su ausencia era una extraña en un mundo inhóspito. Naturalmente, tenía a Estève y también a sus padres inflados de orgullo como pavos reales ante su nieto. Pero no era lo mismo: no podían colmar el vacío dejado por su marido. Además, las infracciones de la ley de que acusaban a su yerno y sus estancias en la cárcel contribuían bastante a enfriarlos.

Amélie estaba verdaderamente desgarrada. En esos momentos recibió una carta de su marido diciéndole que su vida peligraba. Había sido amenazado por los legitimistas detenidos después de su intento fracasado de restaurar a los Borbones. Más tarde le comunicó que, para evitarlos, había tenido incluso que renunciar a su paseo diario por el patio. Ella se apresuró a escribir al ministro del Interior, pidiéndole permiso para ver a su marido. Después de una larga espera obtuvo por fin satisfacción [22].

[19] *Gazette des tribunaux*, 12 de agosto de 1836.
[20] *Ibid*, 17-19 de agosto de 1836.
[21] François Simon, *Louis-Auguste Blanqui en Anjou*, Angers, 1939, páginas 27 ss.
[22] *Ibid.*, pp. 31 ss.

Situado en un ala del edificio que le separaba de los demás presos, Blanqui se encontraba muy solo, aunque no se quejaba, porque la soledad convenía a su temperamento taciturno y a su amor por la lectura. Además, se dedicaba a relatar el viaje que había hecho por España en 1828. Con ayuda de Adolphe hizo una pequeña biblioteca que comprendía mapas y libros de historia, obras de fisiología, filosofía social, derecho, economía política y los presupuestos nacionales [23]. Adolphe no había renunciado aún a la esperanza de salvar a su hermano de sus actividades políticas. Tal vez, al concentrar su espíritu en el estudio volvería a «ideas más tranquilas» [24].

En la pequeña colección de libros de que disponía Blanqui se encontraba una obra en dos volúmenes de Joseph Rey [25], que había explorado numerosas teorías sin haberse detenido en ninguna. Durante la Restauración pasó del liberalismo al owenismo; después, al saintsimonismo, y finalmente, al fourierismo. En el intervalo se carteó con Buonarroti, al que quizá llamó la atención sobre las semejanzas entre el owenismo y el babouvismo [26].

Resultó afortunado para Blanqui el que una princesa alemana, procedente de un oscuro y pequeño principado del otro lado del Rin, hubiera querido casarse con el heredero del trono de Francia. En mayo de 1837, en vísperas del casamiento, una amnistía general liberó a los presos políticos.

Por tener prohibida la residencia en París, Blanqui se instaló con su familia no lejos de Pontoise, en Gency, aldea construida en la orilla del río Oise. Era completamente feliz en su residencia bucólica. La jardinería —que le gustaba— satisfacía su pasión por el ejercicio y le proporcionaba las verduras que su régimen vegetariano exigía. Además, encontrarse con los suyos después de una separación de catorce meses suponía una segunda luna de miel en un retiro idílico. Con sombrero de paja, una vieja chaqueta gris y un pantalón demasiado ancho debido a su extrema delgadez, con

[23] La lista se publica en *ibid.*, pp. 40 ss.
[24] *Ibid.*, pp. 31 ss.
[25] *Bases de l'ordre social*, Paris, 1836.
[26] Sobre Rey, se puede leer: Henri Dumolard, «Joseph Rey et ses mémoires politiques», *Annales de l'Université de Grenoble* (nueva serie, sección letras-derecho), 1927, IV, pp. 71-111; E. Rude, «Un socialiste "utopique" oublié», *ibid.*, 1944, XX, pp. 75-104: M. Avril, «Un magistrat socialiste sous Louis-Philippe», *Bulletin de la Société dauphinoise d'ethnologie et d'archéologie*, 1907, XIV, pp. 72-88.

zuecos o almadreñas: así le veían sus vecinos. La vida consistía en un dulce vagar: sobraba tiempo para bordar cerca del río y para pasearse lentamente en un amor feliz.

Todavía en libertad vigilada, Blanqui parecía orientarse hacia una vida apacible. La policía, sin embargo, notaba que extraños visitantes acudían a Gency. Los paseos a lo largo del Oise se hacían también más largos y todos en dirección al Sena. Blanqui descubrió caminos poco frecuentados para despistar a los eventuales seguidores. Calculó la distancia que le separaba de París; en raras ocasiones, llegó incluso a deslizarse por las calles estrechas de la capital para saber lo que se tramaba clandestinamente. Reagrupaba a los miembros de la sociedad secreta.

Un conjunto de circunstancias enojosas estuvo a punto, por cierto, de frustrar la empresa desde el principio. En primer lugar, Barbès se desplazó a Carcasona para unos asuntos urgentes y prometió volver en unos quince días. Además se vigilaba a Lamieussens. Se descubrió, en efecto, que un afiliado, portador de diez libras de pólvora, había sido detenido a consecuencia de la intervención de uno de sus amigos que pertenecía a la policía. La sospecha aumentó cuando otros miembros fueron detenidos después, y Lamieussens debió dejar su actividad en la Sociedad. En tercer lugar, disputas y recriminaciones en el seno de la agrupación estuvieron a punto de hacerla estallar y pusieron a prueba la resistencia de Blanqui [27]. Tuvo que concentrar todas sus fuerzas para impedir una explosión inoportuna.

Barbès, mientras tanto, permanecía en el sur. Pasaron las dos semanas; después, meses, y no volvía. Sus cartas mostraban que su interés por la empresa se había enfriado. Alegaba que era vana; proponía abandonarla y fundar en el sur un periódico que, según él, defendería mejor la causa. Blanqui dudaba entre el periodismo en una lejana región de Francia y la conspiración que estaba organizando en París. Se decidió por la última vía y se dedicó a fortalecer los lazos en el interior de la Sociedad. Recordó el urgente llamamiento que había enviado a su colega, describiéndole la situación en la capital. Los partidos políticos estaban a matar; con la impaciencia creciente en las filas de la Sociedad, el mantenimiento de la disciplina resultaba más difícil; aquí y allá se avivaba el fuego que podría fácilmente desencadenar el incendio.

[27] Mss. Blanqui, 9580, f. 21.

Los defensores de Barbès han sostenido que sus viajes al sur eran, políticamente, fértiles. Según su testimonio, se dedicaba con interés a formar núcleos de la sociedad secreta [28]. Pero sus vehementes afirmaciones no pueden refutar su creciente desapego hacia todo lo que se relacionaba con la conspiración. Ello se desprende igualmente de una carta que escribió antes de regresar a París: el bienestar en su vasta propiedad, el ejercicio físico, la dulzura del Mediodía, todo lo abandonaba con pesar por los riesgos de la capital. Y además sentía un profundo afecto por su hermana y su familia. Pero su honor estaba en juego. Si el asunto fracasaba durante su ausencia sería acusado de abuso de confianza. Era una terrible idea que se clavaba, como un aguijón, en su conciencia, y que, por fin, terminó con sus vacilaciones [29]. El visado que llevaba su pasaporte estaba fechado el 9 de abril de 1839. El 23 estaba en París, donde se dedicó inmediatamente a informarse acerca de la sociedad.

La Sociedad de Estaciones había sucedido a la Sociedad de Familias. Sus estructuras se asemejaban mucho, aunque la nueva agrupación comprendía grados más numerosos. En el nivel inferior estaba la *semana* de siete miembros con un jefe llamado *domingo*. Un *mes* tenía cuatro *semanas* de veintiocho miembros; veintinueve con el jefe, llamado *julio*. Tres meses componían una *estación* que, con el hombre de la dirección, *primavera*, alcanzaba ochenta y ocho afiliados. La más alta división, un *año*, se componía de cuatro *estaciones*, con un total de trescientos cincuenta y tres hombres, entre los cuales se encontraba un agente revolucionario responsable. El proyecto exigía tres *años*, o sea, más de mil afiliados. En la cúspide había un triunvirato compuesto por Blanqui, Barbès y Bernard; el primero era el jefe supremo.

Las divisiones de la Sociedad de Estaciones estaban reguladas y dispuestas en forma de pirámide. De la base a la cúspide estaban separadas las unas de las otras de manera que se garantizase el máximo de seguridad. Según esta combinación, la detención de una semana o incluso la de un mes, no podía desbaratar el conjunto de la organización, y solamente los hombres de la dirección sabían lo que ocurría en los niveles inferiores.

[28] F. Jeanjean, «L'Eternelle révolte», *La Révolution de 1848*, 1907-1908, IV, página 84.

[29] F. Jeanjean, *Armand Barbès*, París, 1909, I, pp. 53 ss.

Testimonios recogidos aquí y allá dan a entender que la Sociedad no estuvo nunca completa. Un julio reconoció, por ejemplo, que las semanas colocadas bajo sus órdenes no alcanzaban el número requerido [30]. En 1838, los efectivos de la Sociedad alcanzaban los seiscientos o setecientos miembros y eran novecientos en marzo de 1839 [31].

Una obediencia pasiva de las categorías inferiores a las más elevadas constituía la regla que regía todo el sistema. Las semanas se reunían en secreto para examinar los méritos de los candidatos. No intervenían en la elaboración de la política de la Sociedad. Los eslabones de la cadena de mando debían recibir y transmitir las órdenes; los afiliados únicamente tenían que ejecutarlas.

En el proceso, el fiscal aumentó la importancia de esta red enmarañada de Estaciones. En realidad resulta sorprendente constatar el escaso número de adeptos que contaba la Sociedad fuera de París.

En abril de 1839, la policía de Lyon pretendió haber encontrado varias ramas derivadas de las Estaciones, pero se descubrió que formaban un grupo insignificante [32]. Dicho grupo podía ser una ramificación de la Sociedad de Familias que —según la memoria inédita del obrero Joseph Benoît— había sido constituida en el transcurso de una visita de Barbès a Lyon con los restos de una sociedad secreta ya existente [33]. Pero no existen pruebas de que dicha rama participara en el episodio de 1839. A pesar de sus esfuerzos para organizarse en toda Francia, las Estaciones se establecieron únicamente en París. Los pocos documentos válidos aportados por el fiscal resultaban insuficientes para probar que sus ramificaciones se extendían a todo el país [34].

LA LIGA DE LOS JUSTOS

En este punto de nuestra exposición es necesario decir algunas palabras sobre la aliada de la Sociedad: la Liga de los Justos. Esta asociación procedía de la Liga de Exiliados,

[30] Cámara de los Pares, *Rapport fait à la Cour par M. Mérilhou*, I, página 113; también *Attentat des 12 et 13 mai, interrogatoires des accusés*, 1.ª serie, p. 20; 2.ª serie, p. 13.

[31] F. Jeanjean, *op. cit.*, p. 51.

[32] Archivos nacionales BB 18-1376, expediente 7.697.

[33] La memoria ha sido resumida por Maurice Moissonnier en «Le Communisme à Lyon avant 1848», *Cahiers internationaux*, núm. 108, noviembre de 1959.

[34] *Rapport... par M. Mérilhou*, I, pp. 57-66.

que había sido constituida en 1834 por refugiados políticos alemanes, según los métodos propios de los estudiantes de los grupos de carbonarios. Su centro estaba en París, donde doscientos obreros alemanes publicaban un pequeño periódico, *Die Geächtete*. Sin embargo, la mayor parte de sus ramas se encontraban en Alemania. Dos tendencias se disputaban la supremacía en el interior de la Liga: una, dirigida por Jacob Venedey, ponía sus esperanzas en un sistema igualitario derivado de la pequeña propiedad; la otra, sostenida por Théodore Schuster, era de tendencia socialista. El resultado fue una escisión en 1836 [35]. La facción que preconizaba la propiedad privada desapareció poco a poco. En cuanto a los partidarios del socialismo, en cualquiera de sus formas, tomaron el nombre de la Liga de los Justos [36].

Virtualmente, cada fracción del socialismo en Francia tenía sus intérpretes en la Liga. Muchos de ellos sacaban sus textos de las *Paroles d'un croyant* de Lamennais, obra traducida al alemán por el célebre periodista político Ludwig Börne. Después de 1840, su principal fuente fue el *Voyage en Icarie*, de Etienne Cabet, traducido por el Dr. Hermann Ewerbeck. Schuster y sus amigos sostenían lo esencial de los principios de Buonarroti, mientras que otros defendían el *Code de l'humanité* del abate Châtel, según el cual Dios aprobaba la revolución.

El sastre Wilhelm Weitling fue el que mejor trazó las perspectivas socialistas de la Liga. En París, a donde llegó en septiembre de 1837, se había impregnado de literatura socialista que interpretaba después en círculos de obreros. Escribió la primera de sus importantes obras —*L'humanité telle qu'elle est et telle qu'elle devrait etre*— porque la Liga le pedía que formulara su programa. La forma recordaba la de las *Paroles d'un croyant;* en cuanto al fondo resultaba un batiburrillo de doctrinas tomadas del socialismo corriente y del comunismo. La única originalidad consistía en la sobria elocuencia con que, en términos mesiánicos, predicaba el comunismo [37].

[35] Las dos tendencias de la Liga se distinguieron en la polémica sobre el problema: «La Lutte pour un avenir meilleur», *Die Geächtete*, 1834, números 4 a 6. Sobre el «Bund der Geächteten», véase *Historisches Jahrbuch*, 1893, XIV, pp. 803-813.

[36] Emile Kaler ofrece un rápido estudio de las organizaciones alemanas en París, *Wilhelm Weitling, seine Agitation und Lehre*, Gotinga-Zurich, 1887, cap. II.

[37] Sobre Weitling, véase Carl Wittke, *The Utopian Communist*, Baton Rouge, Luisiana, 1950.

El doctor Hermann Ewerbeck, personaje importante de la Liga, dice, refiriéndose a este movimiento, que era de carácter internacional. Aunque alemán y suizo en su mayoría contaba también con flamencos, húngaros y escandinavos [38]. Desde su cuartel general, establecido en París, salían cartas para numerosos países de Europa, incluida Inglaterra. Nombres que posteriormente aparecieron en los anales socialistas, figuraban en sus registros. Además de Weitling y Ewerbeck hay que citar, entre otros miembros afiliados, a Karl Schapper, antiguo estudiante de universidad, Heinrich Bauer, zapatero, y Joseph Moll, relojero [39].

Aparte de una minoría de intelectuales, los miembros de dicha sociedad —alrededor de mil— eran casi todos artesanos. ¿Cuántos obedecieron la orden del triunvirato de reunirse el 12 de mayo de 1839? Nunca lo sabremos con seguridad.

DICTADURA REVOLUCIONARIA

Hemos de volver ahora a la Sociedad de Estaciones. Su ritual de iniciación estaba tan minuciosamente ordenado como el de las Familias; pero su catecismo era esencialmente distinto. Además de su carácter socialista, se interesaba por la cuestión de la transición entre las condiciones del momento y un orden social mejor, problema que había preocupado a los revolucionarios anteriores, desde Saint-Just y Babeuf. Interrogado sobre este problema, uno de los candidatos respondió: «Como el estado social está gangrenado, para pasar a un estado sano son necesarios remedios heroicos; durante algún tiempo, el pueblo necesitará un poder revolucionario [...] para situarle en condiciones de ejercer sus derechos [40]». Luego, según la Sociedad de Estaciones, el camino que debía conducir a la república social pasaba por una dictadura revolucionaria. Se trataba de una etapa intermedia, durante la cual las nuevas generaciones aprenderían a vivir en la igualdad y la fraternidad.

El establecimiento de un mapa para este difícil camino debió de exigir mucha reflexión, si creemos, al menos, en un documento de la Sociedad de Estaciones que el fiscal aportó en el proceso seguido a dicha Sociedad en 1839. Se descubrió

[38] *L'Allemagne et les Allemands*, París, 1831, p. 589.
[39] August Wilhelm Fehling, *Karl Schapper und die Anfänge der Arbeiterbewegung bis zur Revolution von 1848*, Rostock, 1922, pp. 1-5.
[40] *Rapport... par M. Mérilhou*, I, pp. 60 ss.

una sola copia que estaba en poder de un sastre: Louis-Pierre Quignot. Este hombre, aunque sólo tenía veinte años, había comparecido ya cuatro veces ante la justicia por asociación ilegal y por conspiración. No explicó nunca de manera satisfactoria cómo había aparecido el papel ni si se trataba del original o de una copia. Por consiguiente, el autor ha permanecido en el anonimato. El estilo elegante y la forma coherente inducen a pensar que probablemente era obra de una persona culta. El pensamiento que exponía era un resumen sobre las etapas transitorias desde las teorías jacobinas y babouvistas y representaba por ello un progreso notorio en el desarrollo del concepto de dictadura revolucionaria.

Ese documento planteaba cuatro preguntas: ¿Qué medidas revolucionarias se tomarán? ¿La revolución será dirigida por una dictadura provisional? ¿Los dictadores gobernarán en su propio nombre o su poder será sancionado por la voluntad del pueblo? En el segundo caso, ¿cuánto tiempo durará su dictadura?

Las respuestas se entrelazaban. Después de la victoria, el movimiento revolucionario estará bajo las órdenes de un grupo investido de plenos poderes. Apoyado por el pueblo en armas, dicho grupo, «actuando hacia un objetivo de interés general, de progreso humanitario, representará evidentemente la voluntad clara de la gran mayoría de la nación». Puesto que desde el principio debe consolidar las primeras victorias, desplegará las fuerzas revolucionarias, inspirará al pueblo un ardiente amor por la igualdad y liquidará definitivamente al enemigo. Se prestará una atención inmediata a las necesidades del pueblo para satisfacerlas con toda equidad, problema tan complejo que probablemente será difícil encontrarle una rápida solución. En efecto, la abolición de los impuestos agobiantes no bastará para eliminar la miseria, y tampoco la confiscación de los bienes del rey y de otros grandes propietarios. Además de las complicaciones con que se tropezará para utilizar los bienes en provecho de las masas, éstos serán insuficientes. Y habrá que financiar también la revolución, cuestión de gran importancia. Declarar un estado de insolvencia responde en parte a esta exigencia. En cuanto a los gastos crecientes causados por una guerra inevitable, serán cubiertos por impuestos elevados, calculados de modo que se dispense a los pobres y se grave fuertemente a los ricos.

Un triunvirato constituía el tipo de dictadura previsto por la Sociedad de Estaciones. Investir del poder supremo a un solo hombre suponía provocar recelos y repartir ese poder

entre un gran número implicaba retrasar el establecimiento de un sistema político. Sin embargo, un equipo de tres hombres de honor, capaces y decididos, podría avanzar rápidamente y de manera decisiva. Sus primeras tareas consistirían en derogar las antiguas leyes, cubrir los puestos administrativos, garantizar los servicios públicos, nombrar jueces y proteger el país de la contrarrevolución y de la intervención de tropas extranjeras. Tendería igualmente a extirpar el antiguo sistema, cimentar el nuevo orden y enseñar al pueblo un diferente modo de vida. Una vez alcanzados tales objetivos, la dictadura ya no tendría razón de ser. Su desaparición sería la prueba final de su misión [41].

La razón de la dictadura radicaba en la convicción de que el progreso requería un impulso violento. Un pequeño grupo, en la cúspide de la jerarquía, imprimiría movimiento a la revolución. La máxima de Bacon: «Ciencia es Poder» servía de regla de conducta a la Sociedad de Estaciones. En su caso, la ciencia era el privilegio de una élite.

Este tipo de gobierno revolucionario representaba el punto culminante de las ideas que profesaba Blanqui en los años 30. Más tarde, la evolución de su espíritu le condujo a analizar las cosas en una relación más estrecha con los hechos históricos, pero no abandonó nunca la idea de que sólo un grupo escogido debía ser el artífice del progreso.

[41] El texto íntegro de este documento se cita en *ibid.*, II, pp. 25-27.

6. LA INSURRECCION DE MAYO DE 1839

Al final de los años 30, numerosos conservadores opinaban que los pilares de la autoridad en Europa occidental estaban firmemente asentados. Las instituciones les parecían definitivas, en tanto que establecidas por Dios Padre, y pensaban que los derrocamientos de mayorías y los cambios ministeriales no suponían más que simples reajustes.

Estos hombres, que creían en el carácter irrevocable de las soluciones adquiridas, eran, en realidad, espectadores ciegos de la gran crisis europea. En Inglaterra, la agitación provocada por el gran *Reform Bill* había despertado un amplio descontento de la clase obrera. El aplastamiento de los movimientos nacionalistas en Europa continental no había podido ahogar los gérmenes de insurrecciones aún más violentas, como tampoco la severidad de la legislación francesa pudo impedir a los críticos atacar al régimen y a los conspiradores tramar su caída.

Las quimeras acariciadas por los utopistas, aunque ponían de relieve la podredumbre del sistema político, constituían productos de la imaginación que no podían realmente provocar el huracán de cólera, preludio del establecimiento del paraíso terrenal que preconizaban. El plan secreto de Blanqui y de Barbès debería permitirles tomar el poder y ejercerlo de la manera revolucionaria que ya hemos expuesto.

Ningún país europeo se libraba de las amenazas de los conspiradores: existían sociedades secretas en Italia, en el rompecabezas de naciones que componían Austria-Hungría y en Alemania; incluso las había en Inglaterra, y ya hemos mencionado el papel de la clandestina Liga de los Justos que difundía sus ideas en Alemania. En Inglaterra, durante la sublevación del invierno de 1839 [1], un ala secreta del cartismo se mani-

[1] A. R. Schoyen, *The Chartist Challenge*, Nueva York, 1958, pp. 88 ss.; A. Devyr, *The Odd Book of the Nineteenth Century*, Nueva York, 1882, páginas 195 ss. En la primavera, de 1839, George Julian Harney, que

festó de manera trágica a la opinión pública. Con excepción de la Liga de los Justos, ninguno de esos movimientos parece haberse relacionado con la Sociedad de Estaciones.

PREPARATIVOS Y ESTRATEGIA

A principios de 1839, los jefes de la conjura pensaron que determinadas circunstancias eran favorables para un ataque contra la monarquía orleanista. La crisis de 1837 en los Estados Unidos provocó el pánico entre los accionistas y los industriales europeos. En Francia, el mercado financiero estaba en situación crítica y la producción en estado letárgico; el paro se incrementaba diariamente. Proudhon nos proporciona la cifra de 150.000 parados en diciembre de 1839 [2]. Los negocios, en lugar de reactivarse en marzo y abril, como habían previsto los expertos, se hundieron aún más.

Al mismo tiempo, la exasperación del pueblo aumentaba ante el espectáculo del charlatanismo político de los grupos en el poder. El juego parlamentario francés resultaba una trampa: el reparto del botín provocaba escenas tan repugnantes que ofendían a personas poco sospechosas de moralismo. Tales eran los efectos del combate político que se desarrollaba en Francia desde el 8 de marzo de 1839, fecha de la dimisión del gabinete Molé, abandonado por los mismos que le habían llevado al poder. La crisis duró más de dos meses. El desastre político fue producto de un conflicto entre el poder personal y el constitucionalismo. Los dos principios de gobierno representados por facciones separadas de la casta gobernante: de una parte, Luis Felipe y sus mercenarios parlamentarios; de otra, la burguesía y sus diputados, admiradores de la monarquía británica. En otros términos: la cuestión planteada era la de la supremacía del rey o de la Cámara. La dimisión de Molé representó un triunfo para los campeones

tomaba el título de «Amigo del Pueblo», preconizaba la «insurrección» en el semanario a un penique, *Democrat*, que publicaba en Londres. Véanse los números del 27 de abril y del 4 de mayo de 1839. En el mismo semanario, un demócrata polaco, el comandante Beniowski, publicó una serie de tres artículos sobre «la ciencia militar», con el fin de enseñar «a un número comparativamente pequeño de hombres que ocupan una ciudad, un pueblo o cualquier otro lugar, a resistir durante cierto tiempo los ataques de un enemigo superior en número»; y también cómo levantar murallas protectoras de dimensiones previstas. Véanse los números de 27 de abril, 11 de mayo, 1 de junio de 1839.

[2] *Correspondance*, París, 1875, I, p. 168.

de la autoridad parlamentaria. Sin embargo, su éxito fue de corta duración. El rey sembró la discordia en sus filas; y, en el momento del reparto de los cargos ministeriales, sus jefes —Thiers, Odilon Barrot y Guizot— se enfadaron. Los grandes principios ofrecieron poca resistencia a la política del «cada uno para sí». El minúsculo Thiers llegó a la idea de un compromiso con el rey; Barrot hizo lo mismo. En cuanto a Guizot, austero como Calvino, descontento por habérsele escapado el puesto de primer ministro, se reincorporó al centro, al que había traicionado. El rey conservó sus prerrogativas reales.

Las negociaciones difundidas por la prensa divertían e irritaban a los lectores. Según el testimonio de un historiador, el 4 de abril, unos diputados que salían de su coche se vieron rodeados por una multitud que lanzaba gritos hostiles; gracias a la intervención de los guardias militares no fueron maltratados [3].

El sexto intento de formar gabinete fracasó el 29 de abril. Nadie sabe cuanto tiempo hubierá podido durar la crisis de no producirse la insurrección del 12 de mayo. Pocas horas después de su comienzo, las facciones adversas se habían reconciliado y formado un ministerio.

Se puede añadir que, en ningún momento, la crisis se transformó en síntoma de la caída próxima del régimen orleanista. La discordia, aunque implicaba dos concepciones del poder, era superficial. La burguesía francesa se identificaba demasiado con el rey para desear derrocarlo; sin embargo, había esperado imponerle el control del Parlamento. ¿Cómo interpretaban los jefes de la Sociedad de Estaciones la crisis política? Vista desde fuera, les parecía una ruptura en el seno del grupo dirigente y la señal de una profunda debilidad. El largo interregno ministerial indicaba su incapacidad para gobernar. Pensaban, además, que la reciente recesión había dañado gravemente la base económica del régimen; un ataque contra él podía lograr el apoyo activo de los parados y desgraciados. Bien mirado, el mando supremo de la Sociedad de Estaciones estimó que había llegado el momento de tomar las armas.

¿Justificaba el conjunto de los factores de la situación francesa en 1839 dicha conclusión? La respuesta depende de lo que se entienda por situación revolucionaria. En vísperas de la insurrección bolchevique de 1917, Lenin señalaba tres condiciones para el éxito de una insurrección: «Esta no debe apo-

[3] Thureau-Dangin, *Histoire de la monarchie de Juillet*, París, 1888, III, página 377.

yarse en una conjuración, en un partido, sino en la clase más avanzada. Esto, en primer lugar. En segundo lugar, debe apoyarse en el *auge revolucionario del pueblo.* Y en tercer lugar, la insurrección debe apoyarse en aquel *momento de viraje* en la historia de la revolución ascensional en que la actividad de la vanguardia del pueblo sea mayor, en que mayores sean las *vacilaciones* en las filas de los enemigos y *en las filas de los amigos débiles, a medias, indecisos, de la revolución.*» [4].

A la luz de estas tres condiciones, la decisión de la Sociedad de Estaciones aparece como un quijotismo: en 1839 no existía ninguna de ellas. La insurrección se apoyaba en una pequeña organización secreta, con aspectos y tendencias de cenáculo, limitada geográficamente a una sola ciudad. En el mejor de los casos, al estar abandonada a sí misma, la conspiración podría juguetear con la revolución. Además, los actos de sus jefes estaban dictados por la creencia de que a las masas las mueve el instinto y no la razón; pensaban que una vez lanzado el asalto, exaltaría al pueblo y le haría participar en la acción. Sin embargo, hasta entonces, el pueblo ignoraba completamente la existencia de la Sociedad de Estaciones y sus objetivos. Es más, la recesión económica resultaba relativamente benigna en Francia, insuficiente para levantar a los descontentos. Y, finalmente, lo que aparecía como una amplia brecha, dentro de la casta en el poder, no era más que una disputa ruidosa e inoportuna entre políticos propensos a la rapiña, que reconstituirían «la unión sagrada» al menor síntoma de peligro.

Por consiguiente, no solamente los estrategas de la Sociedad de Estaciones se equivocaban sobre el papel del partido revolucionario, sino que, además, interpretaban erróneamente los acontecimientos y las circunstancias. El método bastante primitivo con el que Blanqui, en su análisis del capitalismo, separaba a la masa de la nación de la burguesía, le impedía remontarse a los orígenes de las depresiones financieras. La Sociedad de Estaciones era incapaz de ligar los efectos a las causas. Incluso, al intentar romper el aislamiento de la Sociedad lanzándose a la acción, sus emblemas y sus consignas serían comprendidas solamente por algunos iniciados. En realidad, los jefes de la Sociedad de Estaciones debían aún aprender el abc de la revolución.

[4] *Marx-Engels, Marxism,* Moscú, 1937, segunda edición inglesa, revisada y aumentada, p. 232. (El subrayado es de Lenin.) [La cita está tomada del artículo «El marxismo y la insurrección (carta al Comité Central del POSDR)», *Obras escogidas,* en tres tomos, edición en español, Moscú, 1960, II, p. 405.]

Los testimonios que nos han llegado señalan a Blanqui como al gran estratega: hizo un estudio completo de los puntos a atacar antes de lanzar sus tropas a la batalla. Con anterioridad al regreso de Barbès del sur, había tomado nota cuidadosamente de las calles estrechas, las posiciones que habría que sostener y las plazas a conquistar. El tercer miembro del triunvirato, Bernard, pudo contribuir a los últimos preparativos, pero no era hombre con visión de conjunto. Este constituía el papel de Blanqui. Se ocupó tanto del conjunto como de los menores detalles. Designó los puentes, los cuarteles, los ministerios, las armerías y casas de empeño de los que había que apoderarse desde el principio. Pensó incluso en las enfermerías de campaña. Sus directrices acerca de la manera de construir barricadas resultaban minuciosas; indicaba su emplazamiento, sus dimensiones, sus posibles comunicaciones. La defensa en profundidad, he ahí su idea [5].

El desarrollo de las operaciones preveía, en primer lugar, la conquista de tres puntos vitales: el Ayuntamiento, la Jefatura de policía y la Prefectura del Sena. La caída del Ayuntamiento debería tener un efecto psicológico. Con la sede del gobierno municipal en manos de los insurrectos, éstos serían considerados vencedores. La toma de la Jefatura de policía y de la Prefectura, además de provocar el pánico en las filas enemigas, constituiría una ventaja militar. Situadas en puntos estratégicos, se las podría transformar en campos atrincherados desde donde se intentarían salidas en diferentes direcciones.

El mes de abril debió de ser duro para Blanqui. Hemos dicho que era el momento en que apremiaba a Barbès a regresar a París. También se invitaba a otros ausentes a que se reintegraran a las filas [6]. La infantería estaba impaciente por acabar de una vez. La capital mostraba señales de nerviosismo: los arsenales estaban guardados por la tropa, se formaban concentraciones, circulaban rumores; de vez en cuando, se oían los gritos de libertad, igualdad, república. La efervescencia reinaba en las profundidades; el volcán se iba a despertar.

¿La excitación era mantenida por la policía? ¿Nacía de grupúsculos fanáticos conocidos con el nombre de «Falanges democráticas»? ¿O estaba provocada por utopistas impacientes

[5] Véanse las cinco cartas y especialmente el facsímil del plano de la plaza Royale confeccionado por Blanqui, en Cámara de los Pares, *op. cit.*, «Acte d'accusation», 2.ª serie.

[6] Véase, por ejemplo, Merilhou, *op. cit.*, I, pp. 70 ss.

por realizar su sueño? Lo cierto es que la provocación puso a prueba la aptitud de Blanqui para afrontar los hechos. Redobló la vigilancia, y frenar el movimiento se convirtió en una cuestión de honor para él; pero ya nada lo podía parar. En realidad, Blanqui estuvo a punto de verse desbordado. La experiencia terminó por enseñarle que este tipo de impulso constituía una enfermedad incurable de las conspiraciones, que los jefes debían tener en cuenta si deseaban mantenerse a la cabeza del movimiento. En los períodos de máxima tensión tenían que permanecer en sus posiciones, con el riesgo de verse rechazados, o seguir el movimiento, sujetando las riendas, con la esperanza de influir en él o incluso de desviar su curso. Blanqui optó por la segunda solución en 1839, al igual que hizo más tarde en 1848 y en 1870.

Se pasó revista a los efectivos de la Sociedad durante los meses de abril y mayo con el fin de coincidir con las sesiones de la Cámara. Las semanas, reunidas bajo las órdenes de sus domingos y de sus julios, no sabían nunca si se les invitaba a meros ensayos o al asalto final. Los ejercicios se celebraban ordinariamente los días festivos para poner a prueba la fidelidad de los miembros ante la tentación de las diversiones. Mientras que jefes subalternos contaban a los presentes, el estado mayor observaba la escena, escondido en algún sitio [7].

El 5 de mayo fue la fecha que, en un principio, se fijó para la sublevación. Reunidas en el lugar convenido, las Estaciones esperaron la señal de atacar. Pero recibieron órdenes de dispersarse. Elementos nuevos obligaron a Blanqui a aplazarlo todo una semana: se había enterado de que tropas frescas, que conocían mal la topografía parisiense, debían relevar a la guarnición de la capital. Además, las carreras en el Champ-de-Mars, previstas para el 12 de mayo, atraerían a parte de la policía, a toda la alta sociedad y a funcionarios importantes. En esas condiciones, un ataque por sorpresa tenía probabilidades de desequilibrar el poder, y antes de que éste se pudiera recomponer los insurrectos se apoderarían de los puntos claves de París.

Durante la semana del 5 al 12 de mayo, Blanqui realizó frecuentes correrías secretas por París. Se cuchicheaba que el estado de salud de algún miembro de su familia le obligaba a efectuar esas visitas apresuradas. Se dejó crecer la barba y no recibió a nadie. En la mañana del día 10 tomó un asiento

[7] Cámara de los Pares, *op. cit.*, «Interrogatoire des accusés», 2.ª serie, páginas 11 ss.

en la diligencia, bajo el nombre de Auguste, y marchó hacia la capital. No llevaba bastón, ni paraguas, ni equipaje, como tampoco sus habituales gafas verdes. Sus ropas estaban usadas y relucientes: levita negra, un pañuelo al cuello que ocultaba la pechera de su camisa, chaqueta verde oliva, pantalones grises oscuros y un sombrero corriente [8].

El domingo 12 de mayo era un auténtico día de primavera. Los bulevares rebosaban de paseantes, en los jardines públicos resonaban los gritos de niños. La atmósfera apacible recordaba tan poco la de una conspiración que, cuando estalló, el efecto fue sorprendente.

Poco antes de las dos y media de la tarde, se hubiera podido observar la presencia de jóvenes, entre los veinte y los treinta años, que, uno tras otro, se paraban ante una taberna, en el número 10 de la calle Saint-Martin. Algunos estaban armados, otros no tenían armas visibles. Se estacionaron allí, formando grupos de cinco o seis, mientras que algunos hacían una especie de rondas de vigilancia. Pronto se dio la orden de desplazarse a la vecina calle de Bourg-l'Abbé; uno de los arsenales más importantes de París se encontraba allí. Cedemos aquí la palabra a Alexandre Quarré, que tenía entonces veintidós años. Era cocinero de profesión y ostentaba la categoría de julio en las Estaciones; es decir, tenía 28 hombres bajo sus órdenes. «Cuando llegué a la calle Bourg-l'Abbé —declaró ante el Tribunal Supremo— los fusiles ya habían sido distribuidos: había un barullo y una confusión total y era fácil observar que faltaba todo principio de disciplina en esas concentraciones. Se gritaba por todas partes que el consejo ejecutivo se econtraba allí y que íbamos a atacar; otros gritaban: ¡la proclama, la proclama!» [9] Es probable que la descripción de Quarré sea fiel a la realidad: el asalto del arsenal debió ser ruidoso y desordenado, como lo son todas las escenas de saqueo. Bajo la fuerza de los acontecimientos, la disciplina se relajó. Sin embargo, en cuanto los insurrectos recibieron sus fusiles y sus municiones, se colocaron de nuevo a las órdenes de sus jefes.

La insurrección estaba en su apogeo. Columnas conducidas por Bernard y Blanqui se dirigían hacia el Ayuntamiento. Otras, con Barbès al frente, rodearon el Palacio de Justicia, que cayó rápidamente en sus manos. En el transcurso de la acción resultó muerto un teniente y varios centinelas heridos. Alentados por este primer éxito, Barbès y sus hombres se dirigieron hacia

[8] *Ibid.*, «Déposition des témoins», 2.ª serie, pp. 1-11.
[9] *Ibid.*, «Interrogatoire des accusés», 2.ª serie, p. 10.

la Prefectura de policía, pero una fuerte resistencia les obligó a desviarse hacia la plaza de Châtelet. Aquí, los disparos de los guardias municipales les forzaron a replegarse y a unirse al destacamento que avanzaba sobre el Ayuntamiento. No tardaron en apoderarse de él, después de haber desarmado a los pocos guardias que se encontraban allí.

Una vez en el Ayuntamiento, los insurrectos se apresuraron a afirmar que representaban la autoridad legítima de Francia. En el balcón que daba a la plaza apareció Barbès, coloso barbudo, con una hoja en la mano: la proclama escrita por Blanqui. Explicaba las razones de la revuelta armada y anunciaba la lista del gobierno revolucionario. Barbès se expresaba con voz fuerte. Acusaba a la monarquía en tres puntos concretos: se reía del hambre que desgarraba las entrañas del pueblo, traicionaba a la nación y exterminaba al pueblo. El objetivo supremo de la insurrección, tronaba Barbès, era que la igualdad se sentara triunfante sobre las ruinas de la monarquía y de la aristocracia.

Su brevedad y su irresistible optimismo constituían los únicos rasgos positivos de la proclama. Se trataba más bien de un guión apresurado. Sin embargo, tenía el mérito de facilitar la lista de los dirigentes de la insurrección. Blanqui era el jefe supremo; Barbès, Bernard y tres jefes menos conocidos: Quignot, Meillard y Nétré, generales de las divisiones del ejército republicano. También se nombraban las siete personas que componían el gobierno provisional. Al triunvirato se añadían Voyer d'Argenson, el abate Lamennais, Laponneraye y Prosper Richard Dubosc [10]. Ya hemos hablado de todos ellos, salvo del último. En el momento de la insurrección se encontraba en la cárcel, al igual que Laponneraye [11]. No se ha podido averiguar si los cuatro hombres habían consentido o no en dar su nombre a la causa. D'Argenson y Lamennais negaron rigurosamente haber tenido relación alguna con la sublevación [12]. El hecho de que el triunvirato los asociara a su movimiento demuestra la estima en que les tenía el pueblo llano.

Resulta difícil medir exactamente hasta qué punto la proclama respondía al sentimiento popular. Lo más que podemos

[10] *Attentat des 12 et 13 mai 1839: acte d'accusation,* pp. 62 ss.

[11] Dubosc había sido condenado por fabricación ilegal de armas; Laponneraye por su abierta crítica del orden vigente en *L'Intelligence,* que había fundado y publicado desde septiembre de 1837 a febrero de 1840. Según la policía se trataba de uno de los más fanáticos republicanos de la época. (Archivos nacionales, BB 18-1370, expediente 5.759.)

[12] Cámara de los Pares, *op. cit.,* «Déposition des témoins», pp. 224 ss.

decir es que su debilidad ideológica concuerda con el superficial análisis de la situación revolucionaria realizado por la Sociedad de Estaciones. Gritar «a las armas» con voz estentórea tenía poco efecto sobre el pueblo. El historiador Thureau-Dangin nos dice que apenas unos centenares de personas se sumaron a los insurrectos [13].

Privadas del apoyo popular en el que confiaban, las Estaciones se encontraron aisladas desde el principio. Dirigiéndose desde el Ayuntamiento hasta el mercado Saint-Jean, aplastaron una débil oposición encontrada por el camino y se apoderaron de la alcaldía del distrito número VII.

Las barricadas constituían su principal baza defensiva, de la que Blanqui era el arquitecto. Todo lo había previsto, las dimensiones de las calles, sus intersecciones, los soportales y los atajos, hasta el nivel social de los habitantes. El plan preveía que se podía avanzar, protegido de los fuegos enemigos, a través de una red de barricadas, lo cual resultaba posible en el viejo París, cuyas calles y callejuelas —estrechas y sinuosas— se adaptaban maravillosamente al combate callejero, el único que los conspiradores podían librar. Era fácil bloquearlos y más difícil desplegar grandes destacamentos.

La disposición de las barricadas muestra que Blanqui había reflexionado largamente sobre las enseñanzas de las insurrecciones anteriores. La zona delimitada por tres puntos claves —el Ayuntamiento, el Palacio de Justicia y el Mercado de las Halles— dominaba ejes vitales como la calle Saint Denis y la calle Saint-Martin, ambas unidas por calles transversales gracias a las cuales los combatientes se podían desplazar rápidamente de un punto defensivo a otro. El cercano Palacio Real podía transformarse fácilmente en campo atrincherado. Blanqui, por cierto, había trazado un plano detallado de éste con el fin, sin duda, de transformarlo en su cuartel general.

Las barricadas abarcaban el corazón de la capital y el centro de su abastecimiento. Incluso así, no constituían una defensa adecuada contra las tropas reales. Al atarceder del 12 de mayo, las tropas regulares recobraron el terreno perdido y se apoderaron de los ejes de las líneas rebeldes. Considerando la insurrección dominada, los jefes militares devolvieron parte de los efectivos a los cuarteles. Al día siguiente, los insurrectos se reagruparon. Tras un vano y último esfuerzo por atraer a los estudiantes a la lucha, prosiguieron sus ataques. Pero era

[13] *Op. cit.*, III, p. 390.

una causa perdida; antes de que cayera la noche sobre la ciudad, paralizada de pavor, habían cesado los combates.

El número total de muertos y heridos no ha sido concretado. Según datos oficiales, hubo más de un centenar de víctimas, incluyendo los que murieron de sus heridas. Treinta de ellos eran soldados [14].

Nunca se sabrá con seguridad los efectivos de los insurrectos. Blanqui dice que sólo alrededor de quinientos acudieron a las órdenes del alto mando el 12 de mayo. Si añadimos los pocos centenares que se sumaron a la acción de los rebeldes, llegamos a la cifra de setecientos u ochocientos como máximo. Es casi seguro que extranjeros residentes en París se unieron a ellos. Nunca se ha determinado su número, ya que huyeron a continuación o se quedaron en París con nombre falso. Schapper y Bauer, dos de los miembros más conocidos de la Liga de los Justos, pasaron a Inglaterra. Otros acompañaron a Weitling a Suiza. Entre los prisioneros se encontraban: Fritz Austen, nativo de Dantzig, conocido con el nombre de «el Polaco», a causa de sus largos cabellos rubios; Danier Mayer, hojalatero bávaro, y el ebanista Joseph Walch, nacido de padres alemanes en el departamento del Alto Rin. Fueron capturados, también, Jacob Steuble, Jacques Bonnet y Georges Maillard, suizos los tres, y el dálmata Charles Druy. Es razonable pensar que numerosos extranjeros que ayudaron a las Estaciones estuvieron bajo las órdenes directas de la Liga de los Justos.

Los insurrectos no sólo estaban en inferioridad numérica, sino que los desacuerdos en el seno de su estado mayor les debilitaban aún más. Su consecuencia obligada era el desorden y el desaliento y, además, hubo deserciones incluso antes de que se iniciaran los combates.

Es de señalar también la apatía de los espectadores: el valor de los insurrectos, aunque lo admirasen, no les alentaba apenas. Las gentes necesitaban mucho más que un bello ejemplo para tomar las armas contra el orden establecido. El eco que los rebeldes pensaban encontrar resultó demasiado débil para contrarrestar las ventajas de la monarquía. Los ritos de la revolución no impresionaban a los mirones: «El misterio en el que se había envuelto la conjura —escribe Thureau-Dangin— tuvo como efecto que el pueblo, incluso su fracción republicana y revolucionaria, no estuviera menos sorprendido ni

[14] Mérilhou, *op. cit.*, I, pp. 94 ss.

más preparado que el propio gobierno» [15]. Paseándose por París el 12 de mayo, Victor Hugo no observaría anormalidad alguna, a no ser el sonido de los tambores que llamaban a las armas [16].

LOS PROCESOS

Los detenidos fueron juzgados en dos grupos: en el primero, se encontraban 19 acusados, entre los cuales figuraban Barbès y Bernard; en el segundo 31, entre ellos Blanqui, principal objetivo de la acusación. Los cincuenta eran acusados del grave delito de incitación a la guerra civil, con el fin de derrocar la monarquía. Compareciendo ante la Cámara de los Pares a finales del mes de junio, el primer grupo de acusados alegó su incompetencia de jurisdicción por la parcialidad política de ese cuerpo constituido, lo que le descalificaba para juzgar a enemigos políticos. De acuerdo con el juramento prestado, los procesados se negaron a contestar a todas las preguntas. Barbès se sintió impulsado a hacer una larga declaración. Acusado de haber matado al teniente en el momento del ataque al Palacio de Justicia, protestó: la acusación resultaba difamatoria. Si hubiera tenido que matar al oficial habría sido a pecho descubierto, con armas iguales y con idénticos riesgos.

Barbès era un caballero frustrado. Después de haberse justificado trató de lavar a sus coacusados de cualquier tipo de culpabilidad. La falta recaía exclusivamente sobre él y estaba dispuesto a pagarla con su propia vida.

De hecho, Barbès solicitaba una corona de mártir. Pero al actuar así, sobrepasaba los límites prescritos por el juramento de la Sociedad. Sus compañeros de detención eran inocentes, proseguía: se habían limitado a obedecer las órdenes del comité de organización; el sólo había dado la señal de tomar las armas; los demás no habían sido más que meros ejecutores. Barbès mostraba así una generosidad y una valentía poco comunes. No obstante, sin querer, obligaba a dudar sobre el valor moral de sus compañeros, como si él hubiese tenido el monopolio del heroísmo. De la vanidad pasó a la presunción. En un esfuerzo por alcanzar lo sublime, el orgullo le cegó y hasta fue indiscreto. Al querer aportar pruebas de la inocencia de sus coacusados reveló la estrategia de las Estaciones y confesó haber sido uno de los inspiradores de su alta polí-

[15] *Op. cit.*, III, p. 390.
[16] *Choses vues*, Paris, 1887, p. 7

tica [17]. El tribunal declaró culpables a quince acusados. Barbès fue condenado a muerte, Bernard a confinamiento perpetuo. Trece fueron condenados a penas de prisión de dos meses a quince años. Hubo cuatro absoluciones.

La pena capital pronunciada contra Barbès motivó la simpatía pública: peticiones y manifiestos reclamaron la clemencia real.

Inspirados por Hugo y Lamartine, periodistas, estudiantes y obreros formaron un amplio coro para reclamar la gracia. No olvidaron recordar la indulgencia de que se habían beneficiado los antiguos ministros de los Borbones en 1830. Obligado por la fuerza de la opinión pública, el rey cedió y conmutó la pena de muerte por la de cadena perpetua.

Mientras tanto, la policía rastrillaba la capital en busca de Blanqui. Desde su desaparición el 13 de mayo, todo tipo de historias circulaban sobre él. Se le atribuía el peor papel: según algunos había traicionado; otros insistían sobre su astucia y su falta de valentía; se decía, también, que era hábil para exacerbar el pueblo contra el gobierno, sin perjuicio de abandonarlo después. En definitiva, se le acusaba de traición y de perfidia. Aunque no se pudo presentar la menor prueba que diera a esas historias una apariencia de veracidad, eran acogidas como palabras del evangelio. Se encuentran, incluso, elementos de esos cotilleos en el escrito de acusación contra Blanqui.

La caza del hombre duró meses. Por fin, el 13 de octubre de 1839, fue detenido cuando subía a la diligencia que se dirigía a Châlon-sur-Saône, con la intención aparente de huir a Suiza. Se le encontraron mapas, dos pasaportes falsificados y 400 francos [18]. Interrogado la misma noche, se negó a contestar.

Blanqui y treinta compañeros fueron juzgados el 13 de enero de 1840. Tenía entonces treinta y cinco años. Los demás acusados tenían casi todos veinte años. Eran obreros manuales o pequeños tenderos. Entre ellos se encontraba L.-P. Quignot, el joven sastre, segundo comandante del que hemos hablado anteriormente; J.-H. Hendrick, zapatero, que había participado en las insurrecciones de 1832; el guapo cerrajero François Béasse, con el brazo en cabestrillo; J.-M. Bordon, sombrerero de dieciocho años; Charles Druy, dálmata de nacimiento, sastre, y, como Hendrick, superviviente de los motines anteriores;

[17] F. Jeanjean, *Armand Barbès*, I, pp. 66 ss.
[18] Alexandre Zévaès, *Une révolution manquée*, París, 1933, pp. 138 ss.

el bodeguero Jean Charles, más o menos de la edad de Blanqui, antiguo miembro de la Sociedad de Derechos del Hombre, y el mayor de todos, Charles Godard, sombrerero.

El juicio se centró sobre Blanqui. Era bajo, de una delgadez famélica. Su cara estaba afeitada y pálida; su mirada impasible. Vestido de negro parecía un asceta. Las preguntas formuladas por el Tribunal quedaron sin respuesta. Sin embargo, cuando los insurrectos y los republicanos fueron acusados de actos deshonrosos, tomó su defensa. Negó las acciones crueles y sanguinarias que se les imputaban. No fueron ellos, sino el gobierno el que derramó la sangre de mujeres y niños en 1834. Los insurrectos de 1839 habían actuado con humanidad, a pesar de haber denunciado violentamente el régimen. Era lamentable la muerte del oficial del Palacio de Justicia. Fue víctima de la guerra. ¿Qué debían hacer los insurrectos —preguntaba— una vez que se habían decidido a tomar las armas? Quedaban dos soluciones: retirarse o combatir. Habían resuelto combatir. En definitiva, imputarles un crimen no sólo estaba fuera de lugar, sino que resultaba enormemente ofensivo. Toda la responsabilidad recaía sobre el régimen.

En este punto intervino el presidente del Tribunal. No permitía que se hiciera la apología de la insurrección ante la más alta magistratura francesa; era un principio político bárbaro. El juez perdía una buena oportunidad de callarse, pues, sin darse cuenta, acababa de atacar en profundidad la propia base de la monarquía orleanista: ¿cómo podía olvidarse de que todo había empezado con barricadas? Sin embargo, Blanqui no contestó a la alusión. Su único objetivo consistía en que constasen en las actas del juicio sus objeciones a las calumnias lanzadas por el Tribunal [19].

La apología de los insurrectos y la interrupción del juez rompieron agradablemente la monotonía de las preguntas a las cuales Blanqui oponía el mutismo más absoluto. Fue el único incidente que se produjo a lo largo de los seis días del juicio.

El séptimo día, el fiscal supremo, Franck-Carré, informó sobre Blanqui. Presentó un balance completo de sus actividades desde los Amigos del Pueblo hasta la Sociedad de Estaciones. Nada fue olvidado, ni siquiera la conspiración de la pólvora; esta vez, Blanqui pasaba del papel de comparsa al de cómplice. Franck-Carré realizó incluso una proeza llena de maldad: opuso Barbès a Blanqui con la intención de reavivar

[19] *Ibid.*, pp. 143 ss.

la animosidad existente entre ambos. En un lado, situaba a Barbès, impetuoso, caballeresco y leal; en otro, a Blanqui, débil, cobarde y pérfido, dispuesto a huir del campo de batalla en el momento de peligro. Y, además, ¡se trataba del organizador y del hombre clave de la Sociedad de Estaciones! Franck-Carré la denominaba «Sociedad de Blanquistas» [20]. El fiscal no vaciló en recurrir a los chismes y a las insinuaciones para completar su retrato del principal conspirador. No obstante utilizó también algunos rasgos reales del modelo: experto en el arte de agrupar hombres, organizar operaciones e incitar a la violencia, facultades todas que le hacían más peligroso para la acusación. Ocho años más tarde, este mismo retrato contribuyó a dar un matiz de veracidad a la más grosera superchería.

Franck-Carré concluyó su informe acusatorio el 20 de enero, solicitando la pena de muerte. Al día siguiente, una masa inmensa se apretaba en la sala del Tribunal, porque J.-F. Dupont de Bussac debía informar en defensa de Blanqui. Dupont ocupaba un lugar privilegiado en los círculos democráticos y republicanos. Periodista competente, se había encargado también de la defensa de socialistas y republicanos conocidos. Pero el 21 de enero causó una viva decepción a su auditorio. Ante el Tribunal, sólo pronunció una frase: «De acuerdo con mi cliente, no tengo la intención de informar.» Hubo un momento de confusión; los amigos de Blanqui temblaron. El presidente del Tribunal se volvió hacia Blanqui: ¿Quizá tenía algo que alegar? «Nada, señor presidente, absolutamente nada», respondió [21].

¿Qué ocultaba esta abstención? Dupont explicó unos meses más tarde el misterio, cuando Blanqui se encontraba ya detrás de las gruesas murallas de una enorme fortaleza. En una carta a la *Revue du progrès*, el abogado reveló que, poco después de su detención, en octubre de 1839, su cliente le había rogado que adoptara una línea de actuación durante el proceso: la idea fundamental del acusado era que ni una sola palabra indigna de sus actos y de sus ideas debía ser pronunciada. Reconocer su papel en la insurrección equivaldría a una lamentable imitación de Barbès. Provocar la condena a muerte, como su colega había hecho, sería enojoso, sobre todo después de

[20] Cámara de los Pares, *op. cit.*, «Réquisitoire de M. Franck-Carré, procureur général», en los debates abiertos el 13 de enero de 1840, pp. 7, 15 ss.

[21] A. Zévaès, *op. cit.*, pp. 154 ss.

la conmutación: Barbès fue sublime; Blanqui sería ridículo. Por consiguiente, concluía, la única actitud posible estribaba en permanecer silencioso.

Dupont llegó a la misma conclusión, pero con diferentes razonamientos. Se dio cuenta de que las pruebas de la participación de su cliente en la insurrección carecían de bases jurídicas firmes: pensaba que podía demostrar la no participación, aunque dudaba mucho de que el Tribunal lo aceptara. Además, proseguir en esa vía daría crédito a toda una serie de murmuraciones sórdidas. El enemigo se apresuraría a concluir toda discusión con un: «¡Ya se lo había dicho!» Por lo tanto, era perjudicial para Blanqui defenderle. Una sentencia condenatoria resultaba inevitable, con indiferencia de lo que dijera la defensa. Sin embargo, sería posible acallar a los murmuradores absteniéndose de informar [22].

Blanqui no necesitaba que se le convenciera. Antes de que el abogado terminara sus explicaciones, le interrumpió: «No deberías decir una sola palabra.» Así decidieron su conducta ante la Cámara de los Pares.

El juicio acabó el 31 de enero. Tal y como Dupont había previsto, Blanqui fue condenado a muerte. Dos de los 31 acusados fueron absueltos. Los veintiocho restantes fueron condenados a penas que variaban desde los tres hasta los quince años de prisión. El precedente creado en el caso de Barbès se aplicó para Blanqui: el rey conmutó su pena por la de deportación a perpetuidad. El decreto real llevaba fecha del 1 de febrero de 1840. Cuatro días más tarde Blanqui fue encerrado en el Mont-Saint-Michel.

Fuera de la capital, la sublevación no tuvo el menor eco, ni siquiera en Lyon, que había sido la cuna de la Sociedad de Familias. En sus informes, los fiscales generales hablaban de apatía general. El único malestar existente provenía de las rivalidades políticas o de las reducciones de los salarios.

[22] La carta de Dupont a la *Revue du progrès* fue nuevamente publicada en *Blanqui devant les révélations historiques*, de Watteau, Bruselas, 1859, páginas 7-11.

7. EN EL MONT-SAINT-MICHEL

El Mont-Saint-Michel, situado entre los departamentos de la Manche y de l'Ille-et-Vilaine, es una fortaleza construida sobre una roca maciza, que domina el mar desde sus 70 metros de altura. En la actualidad, el islote está unido al continente por una carretera; antaño su acceso resultaba posible únicamente con marea baja.

LA VIDA EN LA CARCEL

En el Mont-Saint-Michel el preso se encontraba totalmente a merced del guardián jefe y de sus ayudantes. El que se atrevía a defender sus derechos acababa en un oscuro calabozo. Su celda no tenía más de tres metros de longitud por metro y medio de ancho; sólo había una pequeña ventana estrecha, con barrotes interiores y exteriores. La atmósfera apestaba por el mal olor del cubo higiénico, que se vaciaba nada más que una vez al día. En invierno el viento atravesaba las celdas, que estaban llenas de vapores sofocantes; en verano eran hornos. El preso pasaba en esas celdas veintitrés horas al día. Por falta de ejercicio, el vientre se hinchaba; las piernas adelgazaban hasta parecer de alambre. Los presos comunes tenían el privilegio de pasearse dos veces diarias por el patio grande. Los presos políticos no disponían más que del patio pequeño, que medía alrededor de nueve metros de largo, y solamente una hora al día.

Las inspecciones cada dos horas y el ruido de las enormes puertas que se cerraban interrumpían el sueño; y cada diez minutos se oían los gritos de los centinelas.

Las celdas parecían lujosas comparadas con los calabozos, oscuros, húmedos, con las paredes chorreando. Pocos presos consiguieron librarse de ellos: en realidad, la mayoría sufrieron hasta cuatro castigos de calabozo en 1841-1842; la sanción podía

ser de diez a diecisiete días. Esos calabozos no eran mayores que palomares. Situados inmediatamente debajo de los tejados, resultaban neveras en invierno y hornos en verano [1].

El jefe de los guardianes era un tal Theurier, cuya obesidad sólo era comparable a su brutalidad. Encadenaba a los presos antes de ordenar su traslado a las mazmorras; allí la crueldad estaba asegurada: las visitas de los guardianes que tiraban de las cadenas para cerciorarse de que todos los eslabones eran sólidos, la temperatura elevada, la soledad, todos esos suplicios se asemejaban a una «danza macabra». Ser liberado del calabozo suponía escapar del infierno. Sin embargo, el paso por el calabozo resultaba una prueba tan terrible que el preso necesitaba varios días para reponerse. Charles Godard gemía en la celda situada precisamente encima de la de Blanqui, y los dolores que resentía éste eran tan intensos que tampoco podía retener sus gemidos. El médico de la cárcel autorizó su traslado a la enfermería, pero Theurier hizo caso omiso.

El vigilante prohibía a los prisioneros hablarse durante el paseo, censuraba el correo y anulaba incluso decisiones tomadas por sus superiores. La madre de Blanqui, la valiente Sophie, se presentó en la fortaleza con un salvoconducto ministerial para ver a su hijo. Theurier respondió: «El ministro autoriza y yo prohíbo.» A Jean Dubourdieu, sastre de veintiún años, cuya dulzura de carácter elogiaban los carceleros, se le prohibió, de repente, comunicar con su hermano. Las órdenes llegadas de París iban a la papelera. Si un preso escribía una protesta al ministro, la carta era interceptada y el sobre devuelto al remitente. En definitiva, el carcelero jefe se conducía como dueño absoluto [2].

¿Cómo eran alimentados los presos? Dejemos que Blanqui conteste a esta pregunta: «Imagínate un trozo de vaca echado a perder nadando en agua de fregar —escribía a su amigo Girard—, y todos los días, todos los días, eternamente ese mismo trozo de vaca en esa misma agua. Nosotros llamamos a eso un vomitivo. A menudo, en esa pitanza repugnante, he encontrado gusanos enormes. Por la mañana nos sirven un puré de guisantes, o, mejor, un puré de gusanos; sin duda, son guisantes de hace diez años, y el puré se compone de restos de

[1] Acerca de las condiciones de los presos en el Mont-Saint-Michel, véase Fulgence Girard, *Histoire du Mont-Saint-Michel*, París, 1849; Jules Cauvain, *Les Prisonniers du Mont-Saint-Michel*, París, 1872; Martín Bernard, *op. cit.*; Etienne Dupont, *Les Prisons du Mont-Saint-Michel*, París, páginas 1913 ss.

[2] F. Girard, *op. cit.*, pp. 284 ss.

larvas; ¡todas las mañanas, continuamente, siempre el puré de gusanos!» [3].

Esta dureza tuvo efectos desastrosos sobre los presos. El alto y rubio Rudolphe Austen, «el Polaco», se volvió loco e intentó suicidarse. El bodeguero Jean Charles y el joven sombrerero Jean Bordon fueron víctimas del mismo infortunio. Por las protestas de Noël Martin contra las estafas del jefe de los carceleros, le propinaron una paliza y le castigaron al calabozo; y el amigo que intercedió por él fue aislado en una celda [4]. La orden de aumentar los barrotes en las ventanas de nueve celdas provocó una oposición: cuando Joseph Delade preguntó las razones, los guardianes le molieron a palos y le enviaron al calabozo. Barbès, por negarse a reincorporarse a su celda, cuya ventana había sido tapiada, fue golpeado a puñetazos y patadas, antes de ser arrastrado por la barba y los cabellos hasta el calabozo.

En agosto de 1841 un preso rompió los barrotes de su celda; otro intentó fugarse en pleno día, y un tercero arrancó el cemento que sostenía la puerta de su celda. Después, la cárcel conoció una calma momentánea, al igual que la tregua que sigue a una lucha feroz. El desafío y la violencia parecieron asustar a Theurier. A finales del mes, todos los calabozos estaban vacíos: Blanqui permaneció en él ciento veintisiete días.

LA MUERTE DE AMELIE

Blanqui no sólo estaba en un estado físico lamentable, sino que se encontraba además terriblemente deprimido. En febrero de ese año se enteró de la terrible noticia de la muerte de Amélie. Quedó aterrado. Su mundo íntimo se vació de todo contenido. Durante días enteros permaneció sentado, inmóvil. Se sentía desgarrado por el recuerdo de la desesperación que había observado en la cara de Amélie cuando el tribunal pronunció la pena de muerte. La conmutación de la pena no la sacó de su abatimiento. Esta vez su separación cobraba el aspecto de un adiós definitivo. En febrero de 1840, cuando le llevaron a la cárcel, ella se encontraba enferma. Su marcha había quebrantado aún más sus energías. ¿Le volvería a ver? Torturada por esa atroz incertidumbre, solicitó del ministro

[3] *Ibid.*, pp. 216 ss.
[4] F. Cauvain, *op. cit.*, pp. 66 ss.

autorización para ver a su marido. La muerte la liberó de su angustia [5].

La terrible noticia le llegó un año después de su separación. Su corazón estaba agitado por los sollozos; la imagen de Amélie permanecía siempre presente en su pensamiento. Un día se imaginó de pie ante el ataúd: la tapa se abría y contemplaba la cara apacible. Sobresaltado súbitamente, como si le hubiesen despertado de una pesadilla, se le oyó gritar: «¡Ha muerto!» [6]. Sus pensamientos más tiernos giraban en torno a ella. Hasta el final fue la compañera querida de sus días y de sus noches [7].

Su hijo, «último resto de su afecto», sería educado en el desprecio hacia las ideas de su padre. Esta alienación le dejaría huellas para siempre. Más tarde la comparó a los raptos de niños protestantes que realizaron los dragones de Luis XIV [8].

Es cierto que le quedaban hermanas sacrificadas; y tenía todavía a su madre, obstinadamente fiel, y tan opuesta como siempre al poder. Sin embargo, el amor de una hermana y de una madre no era lo mismo.

Salió de la prueba decidido a proseguir su camino, tal y como se lo había trazado. Constituía el único objetivo de su vida. Quería seguir aplicando los principios que pensaba le habían sido legados por los hombres amantes del progreso que le habían precedido.

La celda de Blanqui se encontraba en la parte sudeste de la prisión. Entre los barrotes de su pequeña ventana divisaba el cielo y el paisaje cuando se levantaba la espesa niebla. No se veía el mar, salvo desde el paseo cubierto donde pasaba una hora todos los días. Esos vuelos efímeros constituían un bálsamo apaciguador para sus heridas. Su espíritu no podía evitar la evocación de los acontecimientos que habían desembocado en su infortunio. Con este talante meditabundo, volvió a sus estudios. En la pequeña biblioteca de la cárcel encontró memorias y obras históricas que relataban la historia de los primeros hombres que se instalaron en el Mont-Saint-Michel y de sus sucesivos ocupantes, así como libros que explicaban su formación geológica. Más saludable todavía para su moral fue la toma de contacto con el continente.

[5] Carta de Victor Bouton a Sophie, *La Révolution de 1848*, 1910-1911, VII, p. 8.
[6] Mss. Blanqui, 9584 (1), f. 17 ss.
[7] *Ibid.*, 9581, f. 106; 9584 (1), f. 18.
[8] *Ibid.*, 9584 (1), f. 18.

INTENTO DE FUGA

Fulgence Girard, que vivía en Avranches, bastante cerca del Mont-Saint-Michel, constituía su principal informador. Se trataba de un compañero de escuela y de un amigo seguro, republicano y socialista por añadidura, y redactor jefe de un periódico local. Sus agentes de enlace eran la mujer de un preso que vivía en el islote y la infatigable Sophie: los mensajes cuidadosamente escondidos que Girard y otros le entregaban estaban repletos de datos y llenos de energía. Era muy diestra en el arte del contrabando, que había aprendido durante el Terror. El hijo esperaba su llegaba con tanta impaciencia como antaño el padre; traía noticias muy importantes, sacaba cartas de su ropa, y cuando se trazaron los planes para la evasión llevó herramientas y trozos de cuerda.

Blanqui recobró todo su ardor: «Es como un renacer al mundo; una resurrección desde mi tumba —respondía a Girard—. En nuestra miserable roca se termina por olvidar que existe una sociedad en la que no se vive sólo para el sufrimiento. Se acaba creyendo que en todas partes no hay nada más que carceleros, llaves, murallas de cien pies de altura y funcionarios que merodean alrededor de uno como leones devoradores» [9].

Sus anteriores estancias en la cárcel —que, en comparación, parecían simples secuestros— le habían convencido de que la supervivencia depende, en gran parte, de la adopción de un régimen alimenticio y de la regularidad de las costumbres. Por ello, preparaba él mismo sus comidas. Limpiaba las verduras y no tomaba alimentos excitantes. Realizaba la hora de ejercicio reglamentario y descansaba. Permanecía solo la mayor parte del tiempo; leía y reflexionaba. Veía formarse clanes en la cárcel del Mont-Saint-Michel, lo cual le entristecía. Uno de esos clanes, reunido en torno a Barbès, comenzó a acusarle de haber mostrado negligencia al conservar las listas de los miembros de la Sociedad. Había muchos, naturalmente, que dudaban seriamente de esa acusación, y antiguos miembros de la Sociedad de Familias habrían podido recordar que esas listas y otras pruebas abrumadoras fueron halladas por la policía en la habitación de Barbès. Blanqui se recluyó detrás de una máscara de impasibilidad, aunque esa calumnia le afligió.

La calma que había comenzado a reinar en la cárcel a fines del mes de agosto de 1841 no fue más que un interludio. Las me-

[9] F. Girard, *op. cit.*, p. 181.

didas vejatorias y los castigos alcanzaron tal grado de crueldad al terminarse el año, que Blanqui preveía un estallido. Comunicó a Girard que los presos ya no podían aguantar más, y añadía que, para él, la vida se había convertido en una carga, y que estaba dispuesto a cambiarla por algo útil. Solicitó la ayuda de su amigo para informar a la opinión pública de lo que pasaba en el Mont-Saint-Michel [10].

Reflexionaba sobre el medio de fugarse. Trazó un plan de acción como si preparara barricadas. Estudió los alrededores, calculó las distancias y el tiempo necesario para la travesía. Las informaciones le eran comunicadas en su mayor parte desde Avranches. Descartó la evasión por vía terrestre, porque los fugitivos podían ser fácilmente alcanzados; habida cuenta de la configuración del lugar, por mar tenía más posibilidades de éxito. Envió el plan a su amigo al continente, pidiéndole su opinión. El objetivo era el siguiente: alcanzar un punto al noroeste de Avranches, cerca de Granville. Desde ahí un pescador transportaría a los fugitivos hasta Jersey, en territorio británico.

Su amigo aprobó el plan de conjunto. Sólo resultaba posible embarcarse en el punto indicado, donde la vigilancia de los aduaneros disminuía. Girard, por su parte, favorecería la fuga. En su calidad de secretario de la sociedad científica local, organizaría una excursión botánica y geológica al archipiélago de Chaussey, a unos trece kilómetros de Granville, lo cual no despertaría sospecha alguna y distraería la atención de los aduaneros. Blanqui no tenía más que fijar la fecha [11].

Barbès y Bernard formaban parte de los cinco que deberían evadirse. Aunque no querían a Blanqui, su sentimiento no se había transformado aún en animosidad. Se pusieron de acuerdo sobre los medios de comunicarse y sobre la hora en que se debían reunir. Estudiaron el calendario, observaron el tiempo, inventaron contraseñas y excavaron un túnel que conducía a la celda de Constant Hubert, uno de los candidatos a la evasión.

Blanqui decidió que el intento tendría más posibilidades de éxito durante la noche, en febrero de 1842. Nieblas espesas cubrirían entonces la bahía y la costa. Además, el nuevo jefe de los guardianes, Firmin Bonnet, estaba de permiso, por enfermedad de su mujer. Según lo acordado, Sophie llegó a Avranches a finales del año 1841 para servir de enlace entre Girard y Blanqui.

[10] *Ibid.*, pp. 302 ss.
[11] *Ibid.*, pp. 183, 187.

Tenía sesenta años. Su paso era menos ágil, pero su voluntad no estaba quebrantada; a lo sumo, moderada por la prudencia. Sin perder un momento, se trasladó al Mont-Saint-Michel, llevando cada vez sierras, limas y otras herramientas. Los cinco, metódicamente, pusieron manos a la obra: serraron los barrotes, fabricaron llaves y cavaron un túnel.

La evasión se había fijado para el 10 de febrero. Poco después de la inspección de las doce de la noche se reunieron en la celda de Hubert, retiraron los barrotes y dejaron caer una cuerda que habían fabricado con sábanas y mantas. Hacía una noche oscura, sin la menor luz. Barbès descendió el primero. Al no poder frenar con los pies, se deslizó a toda velocidad; se quemó las manos y comenzó a sangrar. Terminó por soltar la cuerda, dejándose, caer y tocó el suelo con un ruido enorme que despertó a los vigilantes. Los otros cuatro, arriba, creyeron que se había matado, pero sólo estaba gravemente contusionado.

De esta manera, planes y preparativos se redujeron a la nada. Blanqui, Bernard y Barbès fueron llevados a las celdas; los otros dos, al calabozo. Un registro permitió descubrir paquetes de limas, bastante dinero y víveres suficientes para llegar a la isla de Jersey. Se sospechó que Sophie había sido el alma de la empresa [12].

El fracaso del intento de fuga envenenó las relaciones entre el personal de la cárcel y los detenidos. Febrero y marzo resultaron meses particularmente movidos. Se arrancaron barrotes de las ventanas, se destrozaron muebles, y los vigilantes fueron amenazados. Blanqui —habitualmente comedido— golpeó a un carcelero. Los calabozos tenían más ocupantes que las celdas. La situación se degradó hasta tal punto que el gobierno se vio obligado a intervenir. Bonnet fue sustituido por un inspector penitenciario endurecido llamado Leblanc.

UNA GRACIA AMARGA

Esta rigurosa disciplina dejaba huellas en los presos. Los trastornos respiratorios eran frecuentes. Algunos padecían una especie de depresión nerviosa; otros se volvían locos. Emile Petremann, un zapatero de veintidós años, estuvo a punto de morirse, y hubo de ser trasladado a Doullens. Barbès escupía sangre. Su estado empeoró hasta tal punto que se suavizaron las

[12] A. Zévaès, *op. cit.*, pp. 184 ss.

órdenes relativas a las comunicaciones. Gracias a la intervención de amigos fue trasladado a Nîmes. A pesar de sus protestas, viajó en silla de posta, lo que costó más de 2.000 francos. Un gasto suplementario de 2.400 francos se destinó a la reparación de los locales que ocupaba en la cárcel [13].

Blanqui presentaba síntomas de tuberculosis de laringe. Dos médicos, llamados del continente, recomendaron su traslado a un clima más cálido. Sin embargo, el gobierno no autorizó que descendiera más abajo de Tours. Realizó el largo e incómodo viaje en marzo de 1844.

Su estado empeoró en la penitenciaría de Tours. Cinco médicos llamados en consulta concluyeron que lo único que podía hacerse era ingresarle en un establecimiento para incurables. Los jefes del gobierno habrían podido recibir este diagnóstico como una buena noticia, aunque su muerte, mientras se encontrara bajo su responsabilidad, tal vez resultaría muy molesta para la monarquía. Al fin y al cabo, no era un preso político cualquiera. Pocos gobiernos se permitirían el lujo de agraviar a la opinión pública por su insensibilidad, incluso respecto de sus peores enemigos. El rey ya se había mostrado clemente con Blanqui. Ahora que se encontraba moribundo, ¿no resultaba el mejor modo de evitar los reproches públicos, al tiempo que mostraba una misericordia real, otorgarle su perdón?

Este decreto calculado, promulgado con fecha 6 de diciembre de 1844, presentaba un serio inconveniente para Blanqui: en efecto, contenía una cláusula que le sometía a vigilancia policiaca para el resto de sus días en el supuesto de que sobreviviera [14]. De esta manera, el gobierno se cubría contra cualquier peligro. La hipocresía de esta gracia nos incita a averiguar sus motivos secretos. Teniendo en cuenta los relatos difamatorios de que Blanqui era objeto, que provocaron disensiones entre los presos del Mont-Saint-Michel y sospechas sobre el conjunto de su movimiento, las autoridades veían, sin duda, una posibilidad de envenenar todavía más las relaciones al otorgar favores al que consideraban como el principal conspirador. Quizá Blanqui olfateara esa intención, ya que rechazó su indulto. Contestó que prefería quedarse en el calabozo antes que separarse de sus amigos: su solidaridad era la única fuerza que le había sostenido durante las pruebas más difíciles [15].

[13] Maurice Dommanget, «Les Faveurs de Blanqui», *1848: Revue des révolutions contemporaines*, julio de 1950, XLIII, p. 142.
[14] Archivos nacionales, BB 30-286 A.
[15] Mss. Blanqui, 9581, f. 260 ss.

Para el ministro del Interior, tal negativa rebasaba sus posibilidades de comprensión: un preso no podía rechazar la clemencia del rey, al igual que nadie puede rehusar la gracia divina. Pero el prefecto de Tours recibió la orden de mantenerle encerrado si insistía [16]. Quedándose voluntariamente preso, Blanqui presentó síntomas desconcertantes de curación. En octubre de 1845 pudo levantarse, y en la primavera siguiente se sentaba y se paseaba por el jardín.

CONFUSION DOCTRINAL

Entre su curación y su regreso a París hacia finales de febrero de 1848 se sitúan dos de los años más agitados de su vida. Primeramente fue acusado de subversión, y, ante la imposibilidad de probar la acusación, debió soportar una vigilancia exasperante. El régimen, vencido por su curación, parecía ensañarse para acabar con él. Era preciso que durante esos dos años el gobierno encontrase un medio cualquiera para librarse de Blanqui. Con ese propósito transformó unos disturbios ocasionados por el hambre en Tours y sus alrededores en un intento de insurrección. Según el ministerio público, el principal instigador fue una sociedad secreta de la que Blanqui era el cerebro.

Para situar estos disturbios en su contexto es necesario examinar de nuevo algunas de las doctrinas contemporáneas que se proponían transformar el orden social. Existía una infinidad de ellas en Francia. Sin embargo, ninguna era capaz de desencadenar un movimiento que, por su amplitud y su importancia, pudiera compararse al cartismo en Gran Bretaña. El radicalismo francés de los años 1840 estaba lejos de poseer una unidad doctrinal o de organización. Cada escuela, cada tendencia, tenía sus reivindicaciones, sus promesas y su prensa, según las posibilidades. Las divergencias que se establecían entre socialistas y comunistas se enlazaban estrechamente con esa lucha por la conquista de los espíritus. La insurrección de la Sociedad de Estaciones ya había subrayado algunos rasgos diferenciales. Un socialista, después de buscar las causas de los males sociales, preconizaba sus remedios. Consistían en un conjunto de mejoras que hacía concesiones a la propiedad privada o en un proyecto de otro modo de vida. En ambos casos, el objetivo debía alcanzarse por la persuasión pacífica. El comunista bus-

[16] M. Dommanget, *op. cit.*, p. 151.

caba también la raíz de los males de que sufría la sociedad, pero era más combativo que el socialista y se negaba a salvar la propiedad privada. Con la excepción importante de los icarianos, que estudiaremos más adelante, los comunistas se inclinaban por la acción revolucionaria. Como creían poco en las reformas, aspiraban a un orden social totalmente nuevo, del que cada uno poseía un modelo a escala reducida. Blanqui no puede clasificarse en esta categoría, puesto que no le interesaban las panaceas, ni los paraísos terrenales que distraían a las gentes del camino trazado por la historia.

Varias de las escuelas socialistas que hemos estudiado hasta ahora se encontraban disgregadas o se extinguían poco a poco. La secta de los saintsimonianos se había dispersado. Los raros apóstoles supervivientes que continuaban su propaganda en París discutían entre ellos, y en 1840 cada uno se marchó por su lado. Sin embargo, los principios saintsimonianos se integraron en la corriente del pensamiento socialista y comunista. El pequeño grupo buonarrotista dejó de ser activo tras la muerte de su viejo jefe en 1837. La desaparición de Voyer d'Argenson en 1842 provocó prácticamente su muerte, a menos que se considere su sucesor al movimiento neobabouvista, que lo era sólo en ciertos aspectos. Los escasos elementos que poseemos nos impiden dar el número aproximado de los que aceptaban sus enseñanzas. No se trataba de una escuela con un sistema ideológico, sino de una suma de principios predicados por individuos o pequeños grupos reunidos en torno a un periódico o una revista. Antes de que la Revolución de 1848 los dispersara por todas partes, difundían sus acerbas críticas de la sociedad burguesa que esperaban sustituir por un orden social, cuyo proyecto habían elaborado varios. Los neobabouvistas, estudiados aquí bajo un solo aspecto, estaban en realidad divididos. Su principal punto de contacto estribaba en su común veneración por Babeuf, pero solamente en tanto que precursor. Habiéndole tachado de la lista de los santos, le otorgaban un lugar en la historia [17].

Los fourieristas parecían prosperar. Ciertamente, estaban muy ocupados en preparar el terreno para sus pequeños paraísos terrenales [18]. Raros eran los socialistas y los comunistas que podían razonablemente refutar sus argumentos condenando el

[17] Véase mi estudio «La Presse néo-babouviste», *op. cit.*, pp. 193 ss.

[18] Solamente en los Estados Unidos, fundaron hasta treinta y seis comunidades entre 1840 y 1850. La mayoría de esas comunidades no existieron más de dos años. Dos duraron seis años, y una, trece años, pero consti-

orden social. Pero ¿su solución de recambio aportaba la respuesta? La cuestión fue muy debatida. En todo caso, resúmenes populares de la doctrina fourierista fueron difundidos durante los años 1840 en más de cuarenta ciudades francesas y en el extranjero. Según cifras dignas de crédito, 400 títulos al menos, publicados antes de 1846, se vendieron en sus numerosas librerías [19]. Se puede atribuir gran parte de este evidente éxito al principal discípulo de Fourier, Victor Considérant. Además de despojar a la doctrina del maestro de sus excentricidades, la vulgarizaba y la desarrollaba en numerosas obras, opúsculos y artículos, sobre todo en el diario fourierista que fundó en 1843 [20].

Tres razones explican la poca audiencia de los fourieristas entre los trabajadores. En primer lugar, políticamente eran conservadores. Según ellos, el tipo de gobierno no guardaba relación alguna con la implantación de sus comunidades. Por ello, eran recibidos fríamente por los trabajadores, que se inclinaban por la república. En segundo lugar, se constituían en los campeones de la amistad entre las clases: la creación y el funcionamiento de sus falansterios dependían de la cooperación del capital, del trabajo y del genio. Y, por último, la perspectiva demasiado lejana de la felicidad que prometían resultaba poco atractiva para unos obreros que se encontraban en la miseria o para los productores independientes, que vivían también agobiados. Lo que interesaba a esos elementos obreros era este mundo, y no el otro.

Eso no quiere decir que las masas de trabajadores franceses de las ciudades sólo estuvieran compuestas de fanáticos dispuestos a exterminar la sociedad burguesa. En realidad, parece que la mayoría de ellos aceptaban esta sociedad aunque se opusieran firmemente a algunos de sus aspectos, tales como la libre empresa, las innovaciones de la tecnología y el empleo creciente de mano de obra infantil en las minas y las fábricas. Ciertamente, denunciaban esos males en voz alta, pero no se hacía prácticamente nada para remediarlos: nada se hacía para

tuyeron excepciones. Cf. Joseph W. Eaton y Saul M. Katz, *Research Guide on Cooperative Group Farming*, Nueva York, 1942, pp. 38-39; Ralph Albertson, «Mutualistic Communities in America», *Iowa Journal of History and Politics*, 1936, XXXIV, pp. 401-402.

[19] Morris Friedberg, *L'Influence de Charles Fourier sur le mouvement contemporain*, París, 1926, p. 12.

[20] *La Démocratie pacifique*, diario del 1 de agosto de 1843 al 22 de mayo de 1850; semanario del 4 de agosto de 1850 al 30 de noviembre de 1851.

frenar la mecanización [21]; una ley sobre el trabajo de los niños, votada en 1841, resultó insuficiente e inaplicable [22], y las asociaciones obreras estuvieron prohibidas durante todo el reinado de Luis Felipe, a juzgar por los millares de procesos contra ellas [23].

Todo tipo de actividad organizada cuyo objetivo tendiera a mejorar la situación era considerado como una amenaza por las gentes en el poder. Por consiguiente, se calificaba de peligrosa una apacible campaña nacional, en 1840-1841, por la rebaja del censo en las elecciones [24]. Más amenazadoras para ellos resultaban la agitación obrera y las huelgas en 1840, provocadas por el paro, la baja de los salarios y las concentraciones de capitales. Desencadenada después de la insurrección de la Sociedad de Estaciones, esta oleada de huelgas y los trastornos que causaron fueron atribuidos por las autoridades a elementos subversivos disimulados [25]. De hecho, las asociaciones obreras estaban detrás de los movimientos huelguísticos. Pero, a pesar de tener todas las armas legales a su disposición, el gobierno no pudo probar la existencia de una conspiración destinada a derrocarle. Incluso las violencias de que fue teatro la región minera de Rive-de-Gier y Saint-Etienne en 1844 y 1846 [26] no pueden considerarse bajo tal aspecto, como hizo la clase dirigente francesa.

Tras la derrota de la Sociedad de Estaciones, las sociedades secretas dejaron de constituir una amenaza para la monarquía orleanista. Sin embargo, sería exagerado pretender que toda actividad clandestina había cesado. De vez en cuando se descubría la existencia de grupos secretos, pero resultaba imposible conocer los lazos que los unían, a pesar de la teoría oficial que los presentaba como ramificaciones de un tronco nacional. En 1841 la policía de Lyon creyó haber desarticulado un «carbonarismo reconstituido» con emblemas, un ritual, una doc-

[21] Entre 1840 y 1847, el número de locomotoras de vapor pasó de 2.581 a 4.853, y su potencia total de 34.000 a 61.300 caballos. (Jean-Pierre Aguet, *Les Grèves sous la monarchie de Juillet*, Ginebra, 1954, cap. X.)

[22] Véase mi estudio *The Beginnings of Marxian Socialism in France*, Nueva York, 1965, 2.ª edición, p. 51.

[23] Véanse las cifras de 1830 a 1847 en la Oficina de Trabajo, *Associations professionnelles ouvrières*, París, 1899, I, p. 27.

[24] Archivos nacionales, BB 18-1397, expediente 2.619.

[25] Henri Hauser, «Les Coalitions ouvrières et patronales de 1830 à 1848», *La Revue socialiste*, 1901, XXXIII, pp. 543 ss.

[26] E. Tarlé, «La Grande Coalition des mineurs de Rive-de-Gier en 1844», *Revue historique*, 1936, CLXXVII, pp. 249-278; Oficina de Trabajo, *op. cit.*, I, pp. 331 ss.

trina y un periódico mensual [27]. Pero según las cifras más generosas, este grupo contaba únicamente con algunos centenares de miembros. Se ignora si se trataba de un aliado de los «Trabajadores igualitarios» de la época, cuyo programa fue dado a conocer en el proceso del regicida Marius Darmès. Los principios de los «Trabajadores» eran de esencia babouvista, y su organización se parecía más bien a la de la Sociedad de Estaciones, excepto en el hecho de que su base se reclutaba en los talleres [28].

En el proceso de Darmés se presentó también un documento que revelaba los objetivos de una Sociedad Democrática, constituida por refugiados franceses en Londres en 1839. Poseemos escasos datos acerca de su actividad en Francia, y menos aún sobre su audiencia. No obstante, podemos decir que en 1847 constituyó una alianza con la Liga para la Educación de los trabajadores alemanes, surgida de la Liga de los Justos. Según el documento presentado en el proceso, la Sociedad Democrática, por su estructura, se parecía a la Sociedad de Estaciones; su línea de acción recordaba la de Babeuf o la de Blanqui, con la única diferencia que el itinerario que debía conducir al comunismo se trazaba con mayor precisión [29].

El reclutamiento constituía el punto débil de las sociedades secretas. Sin grandes riesgos de error, se puede decir que en los años 1840 el régimen poco tenía que temer de las conspiraciones. Es cierto que las ideas revolucionarias de tipo *sansculotte*, o incluso comunista, continuaban obsesionando los espíritus del pueblo llano. Heine cuenta haber visto escritos de Marat, Robespierre, Babeuf y Buonarroti circular entre los obreros de París [30]. Sin embargo, la lectura de este tipo de literatura no podía considerarse *ipso facto* como la prueba de un intento de socavar el orden vigente, aunque ése era el criterio de la policía. En efecto, ésta pensaba que todo interés por doctrinas distintas a la convencioual constituía un apoyo externo concedido a maquinaciones clandestinas. En un solo año, del 1 de marzo de 1840 al 1 de marzo de 1841, 165 personas com-

[27] *Le Travail*, que no tuvo más que tres números, de junio a septiembre de 1841. Archivos nacionales, BB 18-1397, expediente 2.703.

[28] Proceso de Darmès, *Interrogatoire des inculpés*, pp. 121-124, 141-144.

[29] Proceso de Darmès, *Rapport de Girod de l'Ain*, pp. 77-95; véase también la *Gazette des tribunaux* del 12 de mayo de 1841. Los estatutos de la Sociedad fueron reeditados en *Profils révolutionnaires*, núm. 11, páginas 170-177, y en *L'Atelier démocratique de Bruxelles* en 1846.

[30] *Oeuvres*, Nueva York, 1906, VIII, p. 50, traducidas por Charles Godfrey Leland.

parecieron ante la justicia en París por infracción de las leyes sobre la prensa [31].

En la realidad, las disposiciones de la censura se aplicaban de manera desigual. Los reformadores que se mantenían en los límites del análisis social eran, generalmente, tolerados; se soportaba el que fourieristas y socialistas difundieran sus enseñanzas. La indulgencia se aplicaba también a los novelistas y a los poetas, incluso si sus creaciones conmovían más a las gentes que las frías estadísticas sobre la pobreza. La obras de George Sand y Eugène Sue, por no citar más que dos, impregnadas de los principios socialistas franceses, gozaban de un público más amplio que los mejores informes de socialistas y comunistas. Se puede decir lo mismo de los poemas de Béranger y de Pierre Dupont, con su variaciones sobre el tema de la miseria degradante. Los antisocialistas, después de 1848, evocaban la blandura de la censura para reprochar a sus predecesores de la monarquía de Julio el haber cerrado los ojos ante los folletines que tomaron por blanco el edificio social [32].

No se concedía crédito, o muy poco, a los críticos y a los apóstoles que arropaban sus ideas con violencia verbal o hacían depender de un mecanismo político la consecución del orden social de su preferencia. Esta categoría agrupaba a teóricos sociales cuyo único punto de contacto radicaba en su oposición al sistema establecido, aunque en todo lo demás estuvieran muy alejados los unos de los otros. Así, se encontraron reunidos Joseph Proudhon, Louis Blanc y Étienne Cabet, a pesar de que sus respectivas doctrinas tuvieran pocas similitudes. Indiquemos brevemente los artículos de su fe, que les colocaban en conflicto con la ley.

Si Proudhon hubiese vivido en la época de la creación del mundo, tal vez habría predicado el retorno al caos. Era, en efecto, un enemigo irreductible de la ciencia, de la tecnología y del progreso so pretexto de que minaban los cimientos del edificio de la pequeña producción. La superestructura de sus teorías se reducía al siguiente objetivo único: afianzar la sociedad en una economía a base de pequeños propietarios independientes, cuyas relaciones se regirían por el libre y recíproco cambio de los productos y servicios. En sus escritos se hablaba a menudo de revolución y de progreso; pero la revo-

[31] Archivos nacionales, BB 18-1389, expediente 1.364.

[32] Véase, por ejemplo, Alphonse Grün, *Le Vrai et le Faux Socialisme. Le Communisme et son histoire*, París, 1849, p. 7; Hippolyte Castille, *Les Journaux et les journalistes sous le règne de Louis-Philippe*, París, 1858, páginas 57 ss.

lución, según él, vendría por medio de un sistema de crédito o de un déspota benévolo. Y, en su pensamiento, el progreso no tenía nada que ver con la experiencia histórica. La historia estaba inmóvil, paralizada siempre en su equilibrio. Es justo decir que su manera de pensar era retrógrada. En verdad, se trataba de una revuelta contra el progreso de la ciencia. Al principio de su carrera ofendió a los propietarios al asimilar la propiedad al «robo», y nunca se lo perdonaron. Si no se hubieran molestado por esas «palabras repugnantes» y hubiesen estudiado la fórmula: la «propiedad es el robo» en el contexto del sistema de Proudhon, seguramente le habrían concedido su valor exacto, es decir, el de una paradoja cargada de emoción que, en realidad, llevaba consigo el inmovilismo social. Su cólera se dirigía contra la concentración de bienes, y no contra la propiedad privada. Pero su fórmula temeraria le costó cara. Sus publicaciones fueron consideradas incendiarias como si estuvieran destinadas a alentar el derrocamiento de la sociedad [33].

Los torrentes de desprecio vertidos sobre Proudhon le fueron ahorrados a Louis Blanc. Sin embargo, según la policía, su sistema de organización del trabajo tenía el mismo poder para suscitar la hostilidad hacia el régimen. Entre los teóricos socialistas era un astro de segunda magnitud. A pesar de ello, su celebridad eclipsaba la de espíritus mucho más fértiles. Podemos atribuirlo a su talento literario y a una aptitud poco corriente para construir una doctrina, aparentemente original, mediante fragmentos tomados de escritos ajenos: ejemplo, su *Organisation du travail*. La sencillez de la fórmula —el taller social vehículo del socialismo—, su brevedad y su claridad, lo transformaron en un enorme éxito de librería [34]. La sociedad con la que soñaba se alcanzaría por etapas, fijadas con la certidumbre de que ningún obstáculo serio se interpondría. En cierto sentido, fue uno de los primeros campeones populares de lo que se designa con el término de «revolución por consentimiento». Sin embargo, para las autoridades constituía de todos modos una revolución y secuestraron la primera edición del libro [35]. En efecto, la realización de su programa implicaba que el Estado fuera políticamente democrático [36].

[33] Por ejemplo, su estudio «Qu'est-ce que la propriété?», Archivos nacionales, BB 18-1389, expediente 1.460.

[34] De 1839 a 1850, la obra conoció nueve ediciones.

[35] Léo A. Loubère, *Louis Blanc*, Evanston, III, 1961, p. 31.

[36] Véase la definición del socialismo dada por Louis Blanc en *Questions d'aujourd'hui et de demain*, París, 1884, V, p. 245

Entre los contemporáneos comunistas de Proudhon y de Louis Blanc, solamente Etienne Cabet merece mencionarse. No porque sus ideas sean muy originales: en este sentido, el neobabouvista, Théodore Dézamuy resulta mejor candidato al título de precursor [37]. Y Cabet, como otros, no fue privado de su libertad por atacar el régimen. En este aspecto, Albert Laponneraye sufrió mucho más. Pero Cabet fue el fundador de una secta que invadió numerosas ciudades, entre ellas Tours, donde hemos dejado a Blanqui.

La doctrina de Cabet, llamada icarismo, debía su nombre al título de su novela utópica: *Le Voyage en Icarie*, publicada por primera vez en 1839 con un título más largo. La obra tuvo cinco ediciones desde 1840 a 1846, así como traducciones al alemán, inglés y español. El periódico de Cabet, *Le Populaire*, tenía 2.800 suscriptores en 1846, cantidad muy elevada para la época, y las bibliotecas circulantes contribuían a difundir sus numerosos opúsculos. Los icarianos pretendían tener unos doscientos mil discípulos en Francia y haber convertido a un gran número de personas en Inglaterra, Suiza y Alemania [38].

Divulgada poco tiempo después de la insurrección de la Sociedad de Estaciones, la utopía de Cabet quería ser la contrapartida. El icarismo condenaba la violencia. Se prefería un Dios volteriano al materialismo ateo; y se otorgaba prioridad a la construcción de una comunidad modelo sobre la conspiración. Para establecer claramente sus distancias con respecto a los neobabouvistas, Cabet pretendía que no debía nada a Babeuf.

Los esfuerzos que a continuación realizó Cabet para instaurar la Icaria en el Nuevo Mundo sobrepasan los límites de nuestro relato. Brevemente, podemos decir que cuando las facciones comunistas francesas rehusaron favorecer su proyecto, atravesó el canal de la Mancha para ganarse el apoyo de la Sociedad Democrática francesa y de la Sociedad para la Educación de los trabajadores alemanes, de las que ya hemos hablado. Pero también ellas lo rechazaron [39]. El intento que realizó para instaurar su comunidad modelo en los Estados Unidos después de la revolución de 1848 llegaría a costarle la vida [40].

[37] Véase su *Code de la communauté*, París, 1842.

[38] El mejor estudio sobre Cabet y su movimiento es de Jules Prudhommeaux, *Icarie et son fondateur, Etienne Cabet*, París, 1907. La bibliografía de la introducción es de una enorme importancia.

[39] Véase mi estudio, «La Presse néo-babouviste», *op. cit.*, pp. 206 ss.

[40] De 1848 a 1881, se fundaron siete comunidades icarianas en los Estados Unidos. Para su historia, véase J. Prudhommeaux, *op. cit.*, libro II; véase también Albert Shaw, *Icaria, a Chapter in the History of Communism*, Nueva York, 1884.

En Francia, durante los años 1840, se convirtió en una costumbre oficial el considerar a los comunistas como los instigadores del descontento. Por ello hubo una larga serie de procesos: treinta y un comunistas comparecieron ante la justicia en 1841; más de treinta, todos ellos icarianos, en 1843; veintiocho, en 1846, y en 1847 ocho fueron condenados por haber tramado una revolución [41].

LOS «HIJOS DEL DIABLO»

Volvamos a Tours, donde en 1846 estallaron los motines de las jornadas del pan. Fueron consecuencia de una crisis del trigo que provocó una subida del precio del pan. El saqueo de barcos llenos de trigo fue seguido de 300 detenciones, es decir, alrededor de una octava parte de la población trabajadora adulta de la ciudad. Sin estudiar las pruebas, la policía achacó la responsabilidad a los comunistas y encarceló a ventiocho de ellos. Pero su interrogatorio no proporcionó ningún elemento nuevo.

Al igual que otras muchas ciudades, Tours poseía sus propagandistas comunistas itinerantes y sus fanáticos. *Le Populaire* tenía veintiséis suscriptores, y allí se vendía *Le Voyage en Icarie.* Aunque los icarianos apenas habían penetrado en esta región, eso resultaba suficiente para alarmar a la policía: había descubierto que una sociedad coral, conocida por el horrible nombre de «Hijos del Diablo», vendía libros considerados subversivos. Más peligrosos todavía, según la policía, eran los hombres que dirigían la sociedad: tres de ellos habían estado en el Mont-Saint-Michel con Blanqui. Por consiguiente, existía conspiración.

Esta conclusión, sin embargo, se apoyaba sobre los chismes y los informes de un agente provocador. Lo probable es que los Hijos del Diablo no fueran más que rivales de los icarianos. «Los inventores de sistemas son ardientes combatientes», observó un día un crítico británico del capitalismo [42], y la afirmación resultaba especialmente válida para Tours. En la competencia encarnizada a que se libraban las sectas comunistas para con-

[41] A. Zévaès. «L'Agitation communiste de 1840 à 1848», *La Révolution de 1848*, 1927, XXIV, pp. 34-41.

[42] Piercy Ravenstone, *A Few Doubts as to the Correctness of Some Opinions Generally entertained on the Subjects of Population and Political Economy*, Londres, 1821, p. 128.

seguir nuevos adictos, las acusaciones y contraacusaciones injuriosas se acumulaban. Y, aunque no podrían resistir un análisis serio, la policía confiaba en que la cantidad de testimonios recogidos contenía suficientes pruebas para acusar a Blanqui.

En efecto, desde que dio señales de curación, la policía no dejó de intentar implicarle en una conspiración. Un albañil, Hijo del Diablo al servicio de la Prefectura, confeccionaba informes acerca de todos los que visitaban al convaleciente [43]. Resultaba fácil inventar sus conversaciones. El confidente sostenía que se referían a la Sociedad. Blanqui era, pues, el instigador que, con la colaboración de sus antiguos codetenidos, había provocado los motines. Fue juzgado con los veintiocho comunistas. Pero el tribunal le absolvió junto a los demás. La causa pasó entonces a la jurisdicción del tribunal de Blois.

El ministerio público no había obtenido otros testimonios. El testigo principal era el mismo espía que apareció en el primer proceso, y lo que podía decir no había ganado en credibilidad. En realidad, respondía Blanqui, la totalidad del escrito de acusación eran «mentiras sobre mentiras» combinadas con ignorancia. Decía que la definición que daba del comunismo —reparto de los bienes— resultaba un buen ejemplo [44]. Tampoco conocía mejor la subversión. Lanzaba la misma acusación que todos los sistemas sociales retrógrados contra la «insurrección del pensamiento». Lo que consideraba subversivo podía leerse en libros vendidos en la plaza pública [45].

¿Qué es lo que había provocado el escrito de acusación?, preguntaba Blanqui. Daba tres razones, de las que sólo una tenía alguna relación con la situación política. Su argumento consistía en que los que apoyaban la monarquía, incluida la burguesía, la abandonaban: necesitaba, pues, del espectro del comunismo para asustarles e impulsarles a reagruparse en torno a ella. Con diez meses de antelación sobre la revolución de 1848, la observación de Blanqui tenía un carácter profético: estaba en el tono de lo que decían entonces contemporáneos suyos como Friedrich Engels y Alexis de Tocqueville [46].

Blanqui fue absuelto de nuevo. Y uno de sus compañeros del Mont-Saint-Michel también. Los otros veintiséis fueron condenados a diversas penas de cárcel.

[43] Archivos nacionales, BB 21-531, expediente S 3-2957.
[44] Mss. Blanqui, 9581, f. 267 ss.
[45] *Ibid.*, 9584 (1), f. 9 ss.
[46] Marx-Engels, *Gesamtausgabe*, 1.ª parte, VI, p. 355; A. de Tocqueville, *Souvenirs*, París, 1893, pp. 13 ss.

EL INFIERNO

La absolución del principal acusado implicaba una afrenta para el régimen. Tal vez fue ésa la razón de los continuos tormentos a que le sometió. Blanqui soportó una larga serie de sufrimientos: ante la prohibición de residir en Tours y en todo el departamento de Indre et Loir, quiso reclamar y fue encarcelado, pero una protesta de la prensa consiguió su liberación.

Esta tuvo lugar el 1 de junio de 1847. Desde esa fecha hasta su regreso a París, en febrero de 1848, la policía le persiguió a cada paso.

La gracia real, concedida al finalizar el año 1844, había sustituido la pena de cadena perpetua por la vigilancia permanente. Lo que parecía ser una concesión, tras una condena despiadada, resultó insoportable. Le seguían, le hostigaban y le trataban como a un forajido. Las gentes tenían orden de no hablarle y de no alquilarle una vivienda. Un comerciante de la ciudad que le había albergado vio su casa sitiada, su comercio arruinado, sus amigos perseguidos por medidas legales puntillosas e irritantes o amenazados con represalias si algún incidente perturbaba el orden público. El objetivo consistía en aislar a Blanqui en medio de un océano de silencio o en empujarle a hacerse culpable. Su réplica fue una carta incisiva al abogado del gobierno, que se publicó en el *Courrier du Loir-et-Cher*. Con todo el ímpetu de que era capaz, denunció la actuación de la policía. «Ha trazado en torno a mí un círculo fatal que nadie puede franquear sin riesgo para su fortuna y su libertad.» Su finalidad le parecía evidente: había que tratarle como a un leproso en la Edad Media [47].

El único resultado de dicha carta fue una orden, para que se le dedicara una atención especial, dirigida a la policía. Blanqui era un fanático, escribía el prefecto a un subordinado. Su única voluntad consistía en propagar sus principios y estimular la conspiración [48].

Estaba casi agotado cuando se produjo la erupción de un volcán en la capital francesa. La noticia le entusiasmó. A distancia, todo parecía incomprensible. La cárcel le había aislado de los conflictos de los partidos y alejado de las corrientes históricas. Por ello, la erupción le parecía sublime. Le recordaba la gran Revolución que conocía a través de sus lecturas, y acaso

[47] Carta citada por H. Monin, «Blanqui et la police», *La Révolution de 1848*, marzo-abril de 1914, X, pp. 33-36.

[48] Citado por M. Dommanget, *op. cit.*, pp. 165 ss.

por lo que su padre le había contado. Comparados con los acontecimientos de 1830 en los que había participado, éstos de los que acababa de oír hablar en Blois tenían la fuerza irresistible del mar de fondo. Vamos a mostrar que estos acontecimientos le llevarían a revisar su estrategia insurreccional.

8. *1848*

En Europa doblaban las campanas por el sistema establecido en 1815. La aceleración extraordinaria de los cambios sociales y políticos, el desbordamiento sin precedentes de las críticas de inspiración socialista en Gran Bretaña y en el continente, el desequilibrio causado por los progresos de la técnica y el crecimiento económico, la ruptura del equilibrio europeo que las monarquías habían procurado mantener: todo esto inclinaba a los observadores de derecha y de izquierda a pensar que la sociedad europea occidental se encontraba al borde de la crisis y que la revolución amenazaba.

Los pueblos se movían, desde Francia hasta Rumania y desde las islas Británicas hasta Italia: «Europa se levantó y anduvo como en estado de sonambulismo», según los términos de Aleksandr Herzen. Desde finales de 1850 los partidos impopulares habían vuelto al poder por vías diferentes. La codicia, de nuevo, se concertaba bien con el idealismo. Hay que buscar la razón de esos retrocesos en el reflujo de la crisis económica que acababa de sacudir a Europa. Después de la crisis de mediados de siglo, los observadores coincidieron en que no era previsible una nueva sacudida revolucionaria, al menos por el momento. Pero los soñadores socialistas conservaban la fe; algunos pensaban que habría monarcas que se transformarían en mesías; otros esperaban establecer sus comunidades modelos en América, donde owenistas y fourieristas les habían precedido ya. Sin embargo, todos se equivocaban.

EL FINAL DE LA DINASTIA ORLEANISTA

En la segunda mitad de 1847, los informes de los prefectos coincidían en un punto: la catástrofe era inminente. Bancarrotas, quiebras, cierres de comercios, hambre, paro: todo indicaba que en Francia, esta vez, la situación era grave. Sólo en

la capital había cerca de doscientos mil parados. Los obreros empeñaban sus cuatro muebles, amontonaban mujer e hijos en una sola habitación y salían en busca de trabajo [1].

En todas las épocas los gobiernos han tenido que superar crisis económicas, pero la monarquía orleanista estaba mal preparada para ello. En realidad, se había enajenado la opinión pública. Una nube oscurecía su orígen: los legitimistas y los bonapartistas la acusaban de usurpación; los republicanos le reprochaban el haber sido la coronación de los «príncipes de las finanzas». El despotismo del capital, según palabras del poeta Louis Ménard, era el dogma de esos príncipes, y la especulación, su principal pasión, como señala con repugnancia Aleksandr Herzen. Las costumbres de la Bolsa habían contaminado toda la sociedad.

Servir al gobierno y servir al pueblo se había vuelto incompatible. El agudo Lamennais describió la Cámara de Diputados en 1840 como un «enorme bazar donde cada uno entrega su conciencia [...] a cambio de un puesto, un empleo, una promoción para sí y los suyos, en fin, de cualquiera de esos favores que se convierten todos en dinero» [2]. La indulgencia hacia los que estafaban a la nación constituía la norma de rigor durante la monarquía orleanista. Se inició el año 1847 con una cascada de revelaciones escandalosas: personas muy bien situadas habían especulado con los fondos públicos, robado dinero o saqueado el Tesoro público. Las gentes se enteraban de que todo se pagaba, desde los privilegios de los teatros hasta las legislaciones especiales. «Por encima de la Carta —dice Balzac en *La Cousine Bette*— ¡está la santa, la venerable, la sólida, la amable, la graciosa, la bella, la noble, la joven, la todopoderosa moneda de cinco francos!».

El año 1848 resultó fatal para la monarquía. Mientras que el hundimiento de la economía se acentuaba, la irreverencia hacia el régimen tomaba mayores proporciones. El abismo entre los gobernantes y los gobernados se ensanchaba. Los servidores de la monarquía habían perdido la fe en su perennidad y se preparaban para abandonar el navío.

El renacimiento de los banquetes de protesta presagiaba días difíciles para el partido en el poder. Puestos en boga por la oposición parlamentaria, se transformaron rápidamente en impresionantes manifestaciones de descontento popular. En la segunda mitad del año 1847, cerca de setenta banquetes en pro-

[1] Georges Renard, *La République de 1848*, París, 1907, p. 330.
[2] Citado por F. Duine, *op. cit.*, p. 216.

vincias evidencian que la campaña de reforma alcanzaba dimensiones nacionales. Los moderados controlaban el movimiento al principio, pero pronto se vieron obligados a contar con los radicales [3].

Un banquete fijado para el domingo 20 de febrero de 1848, en el distrito XII, desencadenó las hostilidades entre el pueblo y la tropa. Todo empezó cuando la policía prohibió la reunión so pretexto de que los obreros con blusas azules de los alrededores podrían transformarla en una manifestación. Se solicitó la intervención de los diputados de la oposición que no se lo esperaban. Para salvar las apariencias, se encargaron de los preparativos, duplicaron el precio de la comida, aplazaron el banquete al 22 de febrero, y finalmente lo trasladaron del distrito XII a un lugar cercano a los Campos Elíseos. A pesar de todas esas precauciones, la policía se negó a levantar la prohibición. Los diputados, indignados, se reunieron, condenaron este atentado contra el derecho de reunión y capitularon. Los parlamentarios no podían ir más allá sin invocar el derecho a la insurrección; pero, con toda su moderación y su discreción, habían actuado ya involuntariamente como promotores de disturbios.

El pivote de la oposición pasó de los diputados al pueblo llano. En la mañana del 22 de febrero París estaba azotado por borrascas de lluvia. Parecía como si el cielo conspirara con la policía contra el derecho de reunión. Sin embargo, grupos de hombres se pusieron en marcha en dirección a la Madeleine a los gritos de «Guizot a la horca», «Viva la reforma». Se sumaron a las masas de estudiantes que, llegados del Barrio Latino, protestaban contra la inhabilitación de tres célebres profesores, el poeta polaco Adam Mickiewicz y los historiadores Quinet y Michelet [4]. Al anochecer, algunas armerías habían sido saqueadas y los obreros enseñaban a los estudiantes el arte de las barricadas. El 23, la Guardia Nacional hizo causa común con los insurrectos.

Esta confraternización sorprendió a Luis Felipe. Tenía motivos para pensar que la Guardia Nacional estaba vacunada

[3] Véase Roger Lévy-Guénot, «Ledru-Rollin et la campagne des banquets», *La Révolution de 1848*, 1920-1921, XVII, pp. 17-28, 58-75; John J. Baughman, «The French Banquet Campaing of 1847-1848», *The Journal of Modern History*, marzo 1959, XXXI, pp. 1-15.

[4] La carta abierta de Michelet a la administración se volvió a publicar en su *Bible de l'humanité, une année au Collège de France*, París, 1864, páginas 453-456. La protesta de los estudiantes se publicó en *La Lanterne du Quartier latin*, núm. 1, enero de 1848.

contra las teorías subversivas, puesto que él mismo había procedido a una depuración al subir al trono y la había llenado de reclutas procedentes de familias acomodadas.

Las insurrecciones de los primeros años del reinado mostraron la fidelidad de la Guardia; pero su lealtad no había sido puesta a prueba entre 1839 y 1848. Y, sin embargo, durante ese intervalo de nueve años el sentido de la honestidad de los guardias nacionales, como el de los demás franceses, fue violentado por la larga serie de revelaciones sobre los negocios sucios en los niveles más altos del poder. Y no estaban tan bien inmunizados contra las ideas socialistas como el rey pensaba. Es más, el rey se había forjado ilusiones elaborando una teoría estacional de las revoluciones. El invierno, pensaba, no les convenía; las revoluciones de 1789 y 1830 habían estallado en verano, y las revueltas que se produjeron durante su reinado tuvieron lugar al finalizar la primavera o al principio del verano.

La sublevación de febrero se produjo tan repentinamente que el rey y sus consejeros no pudieron realmente comprender su alcance. Una reorganización ministerial, se aseguraba, bastaría para calmar a los insurrectos. Si la maniobra resultaba ineficaz, se emplearía la fuerza. Pero cuando el gobierno tomó conciencia del significado real del movimiento, las cosas habían ido ya muy lejos.

A continuación sobrevino un episodio en dos planos: arriba, Thiers se agitaba para formar un nuevo gabinete; otros parlamentaban con los insurrectos con el propósito de dividirlos. Tras el fracaso de estos dos intentos, Luis Felipe trató de salvar la dinastía instituyendo una regencia. Pero esto no le interesaba a la base, que ya tomaba grandes decisiones. La monarquía estaba condenada. Las tropas no podrían resistir a la alianza de los obreros, tenderos, estudiantes y guardias nacionales. Los insurrectos tenían a su favor la experiencia de los oficiales de la Guardia Nacional y lo que Milton ha llamado «el derecho justo». Durante la noche del 23 de febrero arrancaron de cuajo árboles, tiraron columnas, rompieron verjas de hierro y levantaron centenares de adoquines para sus barricadas. Heine las vio surgir del suelo como si «los espíritus de la tierra participaran en el juego de manera invisible» [5]. Al amanecer del 24 de febrero eran 1.500. Mostraban la voluntad de los insurrectos de liberarse del régimen. Aquella mañana fueron dueños de París.

[5] *Op. cit.*, VIII, p. 513.

La escena siguiente del drama se desarrolló en la Cámara. Los diputados, verdadero enjambre de mediocridades, se disputaban las riendas del poder. ¿Quién pretendía asegurarse el dominio de la máquina gubernamental? Monárquicos que esperaban sacar de apuros al trono, periodistas que habían asistido a la batalla desde la ventana de sus despachos, un político-poeta sin convicciones definidas, y un radical que tenía vagamente el sentido de su misión y oscilaba entre su idea de una revolución en orden y su respeto por las reliquias jacobinas. Mientras se dedicaban a este juego difícil, hombres armados derribaron la puerta a patadas, gritando: «¡Viva la República!» y «¡Abajo la Cámara!». En el centro y a la derecha, los diputados desaparecieron prudentemente. Los aguafiestas, instalándose en sus sillones, exclamaron: «¡Ocupemos el lugar de los vendidos!» [6].

POLITICOS IMPROVISADOS

Un gobierno provisional, nacido de la tormenta, se estableció en el Ayuntamiento. Dos socialistas y dos neojacobinos, entre sus miembros, atestiguaban la voluntad manifestada con las armas en la mano por los obreros y la pequeña burguesía. Los otros siete representaban tendencias políticas que iban desde el monarquismo al republicanismo moderado.

Tres nombres se destacan con nitidez en la breve historia del gobierno provisional: los de Lamartine, Ledru-Rollin y Louis Blanc, que eran, respectivamente, conservador, radical y socialista. Cada uno tenía más o menos peso en el gobierno. Lamartine podía contar frecuentemente con el octogenario Dupont de l'Eure y con el astrónomo François Arago; los periodistas Armand Marrast y Louis Garnier-Pagès, moderados, se sumaban a menudo a ellos. Ferdinand Glocon, periodista, apoyaba al abogado Ledru-Rollin. Ambos creían ser los pilares del pensamiento de la Montaña. Ledru-Rollin fue, de los dos, el que desempeñó el mayor papel, tal vez por su talento oratorio. Pero carecía de valor moral; era débil e indolente, a la manera de Danton [7]. El socialista Louis Blanc podía contar con Alexan-

[6] Tocqueville, *op. cit.*, pp. 72 ss.

[7] La estima de sus contemporáneos por Ledru-Rollin variaba enormemente. Véase, por ejemplo, Louis Blanc, *Histoire de la révolution de 1848*, París, 1870, I, pp. 280 ss.; Daniel Stern, *Histoire de la révolution de 1848*, París, 1862, I, p. 85; George Sand, *Correspondance*, París, 1882, III, páginas 147 ss; Tocqueville, *op. cit.*, p. 168; Alton-Shée, *Souvenirs de 1847 et 1848*, París, s.f., p. 52.

dre Martin, obrero manual más conocido por el nombre de Albert, que había participado en la escuela de las sociedades secretas durante los años 40.

¿En qué se apoyaban esos hombres para reivindicar así el poder? Algunos poseían talentos reales en su especialidad. Políticamente, sin embargo, eran mediocridades que escondían su incapacidad para gobernar con cualidades de prestidigitador. Sólo tenían ambiciones personales y ningún título auténtico. Ni una cicatriz, ni una mancha de pólvora, ni las aclamaciones de los vencedores podían certificar la legitimidad de sus derechos. Sus únicas credenciales consistían en una confianza inquebrantable en ellos mismos y la aparente aprobación pública. Los que recordaban 1830 se preguntaban si la marea revolucionaria no habría traído a la superficie a los redentores de una nueva dinastía. Existían las mismas intrigas y las mismas comedias, las mismas estratagemas externas que no abordaban los problemas de fondo. Las gentes desconfiaban. En el mismo momento en que las barricadas estaban aún levantadas, miembros del gobierno provisional llamaban a oficiales del derrotado ejército real para reconstituirlo y decidían, de común acuerdo, la organización de una guardia móvil. No se percibió el sentido de estas primeras precauciones, pero llegarían a ser mortales para la revolución [8].

Con la alegría del triunfo, los combatientes se mostraban poco propensos a negar su confianza a los presuntos ejecutores de la voluntad nacional. Estos deberían todavía indicar el camino a seguir; por su parte, los vencedores estaban lejos de encontrarse de acuerdo sobre este punto. Tras la expulsión de la monarquía, la alianza de los obreros y la pequeña burguesía mostraría signos de debilitamiento. Sin embargo, permanecieron aliados mientras sus exigencias comunes no fueron satisfechas constitucionalmente.

La creencia de que la república, como un hada buena, abriría las puertas de un reino encantado estaba muy extendida. Los obreros consideraban la república como la protectora de las masas trabajadoras, el «ábrete Sésamo» de la colmena revolucionaria, en cuyo frontispicio las tres palabras, libertad, igualdad, fraternidad, constituían la promesa de una vida mejor. Los pequeños propietarios, por su parte, veían a la república bajo los rasgos de un gobierno equilibrado, un austero protector que expulsaría a los usureros que arrebataban el dinero a los productores. Para otros muchos, la república representaba el

[8] Alphonse Belbeydier, *Histoire de la Garde mobile*, París, 1848, p. 15.

resumen de aspiraciones hacia un objetivo indefinido que Victor Hugo designaba diciendo: «Tenemos la república, tendremos la libertad» [9]. A decir verdad, la libertad se definía de diferentes maneras.

¿Hasta dónde querrían ir los vencedores? Tal era el penoso interrogante de la mayoría de moderados y conservadores en el Ayuntamiento. Los dos socialistas que habían subido allí, gracias al pueblo armado, tenían la firme intención de conseguir que el gobierno provisional se sumara a sus objetivos. La mayoría se encontraba, pues, colocada ante dos problemas embarazosos: primeramente, calmar a los insurrectos; a continuación, sustraerse a su principal exigencia, la organización del trabajo tal y como la había formulado Louis Blanc en su popular obra.

Por consiguiente, el gabinete firmó una serie de decretos aptos para ganarse la confianza del pueblo llano. Liberó a los presos políticos, abolió la pena de muerte para los delitos políticos, recuperó en las casas de empeño todos los objetos de valor inferior a diez francos, ayudó a las familias de los insurrectos muertos en el combate, distribuyó pan a los hombres en armas y prometió a los obreros el millón de francos del presupuesto de la casa real. Más adelante se firmaron otros decretos que concedían el sufragio universal masculino, abolían la esclavitud en las colonias francesas, otorgaban a los obreros el derecho a sindicarse y les garantizaban el trabajo como medio de sustento. El conjunto de estos decretos, confesó Garnier-Pagès, era «el precio de la paz tanto en París como en Francia» [10].

Sin embargo, los obreros desconfiaban de sus nuevos legisladores y se les oía murmurar: «Todos los gobiernos son iguales» [11]. Porque los actos legislativos, al menos los decretos de la primera hornada, no regulaban nada para el porvenir. Es más, los trabajadores sugerían que era una mala política confiar en las promesas y en la memoria de los políticos: ninguno de sus decretos mencionaba la palabra «república». Sobre este problema, los elocuentes ministros parecían voluntariamente dilatorios. Lamartine, sudando demagogia por todos sus poros, propuso someter a los franceses la elección del gobierno. Una mayoría se declaró a su favor. Viendo claro a través de este

[9] *L'Année terrible*, París, 1872, Prefacio.

[10] L. Garnier-Pagès, *Histoire de la révolution de 1848*, París, 1861-1872, VI, p. 303.

[11] Lavarenne, *Le Gouvernement provisoire et l'Hôtel de Ville dévoilés*, París, 1850, p. 39.

enmascaramiento de casuística, ciudadanos armados, dirigidos por Raspail, se presentaron en el Ayuntamiento e impusieron la proclamación de la república.

LA BANDERA TRICOLOR CONTRA LA ROJA

Esto ocurría el 25 de febrero. El mismo día, otras dos manifestaciones pusieron a prueba el sentido del oportunismo y la sutileza de la mayoría: una, pretendía sustituir la bandera tricolor por la roja; la otra, conseguir la organización del trabajo y el derecho al trabajo. Ambas esperaban conducir al poco entusiasta gobierno provisional por la vía del socialismo.

Detrás de este debate sobre las banderas se ocultaba una disensión entre dos sistemas sociales. Si hacemos abstracción de su origen, que resultaba de un compromiso con la monarquía, la bandera tricolor, desde el punto de vista popular, había decaído enormemente con la dinastía orleanista: se convirtió en el símbolo de la soberanía burguesa. En cambio, la bandera roja había adquirido un papel especial en los movimientos populares de 1830 a 1840; se había transformado en el signo de la rebelión contra los privilegios de clases. Es más, enarbolada sobre las barricadas, constituía la garantía de los principios plebeyos y de un porvenir todavía impreciso. En definitiva, significaba que los que la llevaban estaban decididos a actuar para cambiar el orden actual de cosas.

El día en que la monarquía quedó definitivamente aplastada, se vieron obreros que lucían cintas y botones rojos. ¿Qué pretendían con ello? Una esperanza, un esfuerzo constante por sobrepasar la panoplia de la «política» y progresar en el sentido de una «república democrática y social». La forma que debía revestir esa república, por no hablar de su esencia, resultaba un enigma, incluso para los que la consideraban el supremo salvador. Y, sin embargo, la idea, aunque confusa, era acertada. Por su carácter indefinido, integraba todo tipo de utopías sociales, desde las de Fourier hasta las comunistas y también las esperanzas más elevadas de los que no se dejaban encerrar en un esquema predeterminado. Por eso, eran numerosas las doctrinas que se valían de la bandera roja.

En la mañana del 25 de febrero, masas de ciudadanos armados con fusiles y sables, abandonaron sus suburbios para dirigirse al Ayuntamiento. Algunos llevaban cintas rojas; otros, la escarapela roja. La plaza del Ayuntamiento vibraba con los estandartes rojos; las banderas rojas ondeaban sobre los tejados

y las ventanas, y la alcaldía estaba engalanada de rojo. Mirando a la multitud compacta, los miembros del gobierno, desde su sala de reunión, comprendieron la debilidad de su posición. El ejército profesional se encontraba deshecho; la guardia municipal curaba sus heridas; la Guardia Nacional había confraternizado con los insurrectos. Los obreros y los artesanos armados eran los únicos guardianes del orden. ¿Cómo responder a la aplastante masa? El interrogante planteado suscitó debates apasionados en el seno del gobierno: se estableció una línea de demarcación entre mayoría y minoría. Todos, a excepción de Blanc y Albert, se aferraron a la bandera tricolor. Los jacobinos recientes, del tipo Ledru-Rollin, fueron tanto menos convincentes cuanto que sus argumentos estaban inspirados por la idolatría; si a la Convención le había bastado, eso demostraba su excelencia. Con cierta sutileza, el razonamiento condenaba así toda desviación de los principios de 1793. Los conservadores y los moderados esbozaron una defensa más convincente; el pueblo impuso la bandera en 1789 y la restableció en 1830, dijeron. Desde el principio, su objetivo consistió en conciliar las clases opuestas y los intereses contradictorios. Resultaba, pues, el signo más apropiado de la fraternidad. Lamartine calificó la bandera rival de emblema sangriento; la acusó de convertirse en inductora del crimen, de despertar la bestialidad del hombre, de ser la precursora de una «república violenta». Se hinchó hasta la hipérbole: «La bandera roja sólo ha dado la vuelta al Champ de Mars: arrastrada en la sangre del pueblo en 1791 y en 1793, mientras que la bandera tricolor ha dado la vuelta al mundo, con el nombre, la gloria y la libertad de la patria.» Para terminar, abandonando las alturas de la licencia poética, reconoció que el desacuerdo sobre las banderas era una manifestación más del conflicto de clases, «la lucha abierta de los proletarios contra la burguesía» [12].

Las pasiones provocadas por el debate se mostraron impermeables a los argumentos más fuertes. Louis Blanc utilizó su talento de historiador para mostrar que la bandera roja tenía mejores derechos en Francia que la bandera tricolor: la bandera roja había sido el emblema nacional durante los siglos XI al XV, momento en que se sustituyó por la bandera blanca. El cambio coincidió con el establecimiento del ejército profesional. Los tres colores, en cambio, databan de 1789; representaban el resultado de concesiones hechas por el rey y por el estado llano. Los Borbones, a su regreso del exilio, re-

[12] G. Renard, *op. cit.*, pp. 6 ss.

pudiaron la bandera, lo cual argumentaba en su favor. Pero los sucesores orleanistas la habían deshonrado de tal manera que los insurrectos de 1848 se vieron obligados a izar la bandera roja en su lugar. Blanc establecía entonces una relación entre la enorme manifestación que se desarrollaba y el carácter mismo del gobierno provisional. Los manifestantes, decía, sospechaban que se quería preparar una regencia. Por tanto, el despliegue de la bandera roja era también un modo de manifestar su determinación de liberarse de la monarquía [13]. El llamamiento de Lamartine a los manifestantes que esperaban fuera arrancó la victoria para la bandera tricolor; el asunto resultó más sencillo de lo previsto, porque Blanc y Albert no mantuvieron mucho tiempo su oposición. ¿Fue porque les había llegado la noticia del regreso de Blanqui y temían que las masas cayeran bajo su influencia? ¿O preferían conservar la energía popular para un problema más importante a punto de estallar? De todos modos, cedieron. Por consiguiente, el 25 de febrero se decretó que la bandera tricolor seguiría siendo el emblema de la nación; los miembros del gobierno provisional llevarían una roseta roja, que se colocaría también en el asta de la bandera [14].

LOS TALLERES NACIONALES

Los miembros del gobierno provisional se congratulaban todavía por la feliz solución al problema de las banderas cuando hizo su aparición una segunda oleada de parisienses. A las doce y media los pasillos y las escaleras del Ayuntamiento estaban abarrotados de gente. El aspecto amenazador, los andrajos y los fusiles de algunos parecían anunciar horas agitadas. Un obrero, con el fusil en la mano, penetró en la sala de deliberaciones. Se llamaba Marche, aunque no sabemos nada de él, ni de los que representaba. Tal vez su estatura de atleta y su cara voluntariosa propiciara su elección. A modo de introducción a su discurso, dio un culatazo en el suelo. «¡Ciudadanos! ¡La organización del trabajo, el derecho al trabajo para dentro de una hora! Esta es la voluntad del pueblo.» El discurso resultaba un modelo de brevedad. No hizo más que un gesto, indicando la plaza, y dijo: «El pueblo espera.» El programa pre-

[13] Louis Blanc, *op. cit.*, I, pp. 117 ss.; Garnier-Pagès, *op. cit.*, VI p. 101.
[14] *Procès-verbaux du gouvernement provisoire et de la commission du pouvoir exécutif*, París, 1950, pp. 12 ss.

sentado de esta manera al gobierno tenía ilustres antecedentes. El derecho al trabajo había sido propuesto por algunos de los mejores cerebros del siglo XVIII, entre ellos Turgot y Condillac. Las secciones parisienses en 1793 [15] y los babouvistas en 1796 [16] lo habían reclamado como derecho natural. Para Fourier, primaba sobre los demás derechos del hombre, y para Louis Blanc, suponía el derecho a la vida y el gran objetivo de la organización del trabajo.

Los ministros proclamaron su compasión por la miserias del pueblo. Concedieron la posibilidad de garantizar el derecho al trabajo. Pero la organización del trabajo y ¡dentro de una hora! requería reflexión. Marche insistió. «Pues bien —dijo un ministro—, precise. ¡Escriba o dicte usted mismo lo que desea! El gobierno reflexionará.» El delegado de los obreros se encontró en una situación embarazosa. No era analfabeto, pero no estaba preparado para improvisar de sopetón una organización del trabajo. Al ver el apuro de Marche, Blanc intervino. Esbozó una propuesta que reanimó una nueva discusión.

Con una multitud impaciente fuera, la mayoría no podía titubear mucho tiempo. Prometió que se esforzaría por asegurar al obrero el derecho al trabajo, pero se negaba a ratificar la cláusula de la asociación obligatoria de los obreros que Blanc había incluido en su proyecto. Esta era pura y simplemente una tiranía, y, además, resultaba perjudicial para los derechos de los patronos. Tras una larga y agotadora batalla verbal, se llegó a un acuerdo que satisfizo a los manifestantes. El gobierno provisional se comprometió a garantizar el pan de los obreros mediante el trabajo y autorizó la formación de sindicatos [17].

Para el gobierno se planteaba un problema: ¿cómo poner en práctica la fórmula del derecho al trabajo? La solución adoptada constituye un ejemplo de doblez rara vez igualado. El 16 de febrero el ministro de Obras Públicas recibió la orden de organizar Talleres nacionales, y los días siguientes se publicaron una serie de proyectos: construcción de carreteras y canales, mejora de la navegación fluvial.

El término «Talleres nacionales» no era un neologismo: fue utilizado por reformadores del siglo XVIII para describir propuestas en favor de los vagabundos y de los parados. Después, de 1830 a 1840, el término había designado centros de pensa-

[15] Albert Soboul, *Les Sans-Culottes parisiens de l'an II*, París, 1958, páginas 491 ss.

[16] Samuel Bernstein, *Essays in Political and Intellectual History*, Nueva York, 1955, p. 96.

[17] Garnier-Pagès, *op. cit.*, VI, pp. 53-57; *Procès-verbaux*, etc., p. 9.

miento donde se proyectaba una sociedad mejor. Louis Blanc los llamaba «talleres sociales», queriendo así mostrar mejor su carácter asociativo, en oposición a la empresa individual. En la misma línea, esperaba convertir el Banco de Francia en una institución nacional destinada a la emancipación del proletariado. Esto no era más que el comienzo; seguirían otras medidas: nacionalización de las minas y de los ferrocarriles, seguros centralizados, grandes comercios, depósitos de intercambio y de almacenamiento de productos. A continuación el Estado recurriría a todos los productores privados de las industrias básicas para establecer talleres sociales, con la ayuda de un presupuesto del trabajo especialmente votado [18].

La revolución, tal como la concebía Blanc, era, naturalmente, una revolución «suave»: se trataba simplemente de escalonar el paso de la economía capitalista a la economía socialista. El éxito final descansaba sobre tres postulados: primeramente, la existencia de una democracia política en la cual las decisiones de la mayoría se tomarían con toda libertad y se ejecutarían sin obstrucción; en segundo lugar, la ausencia de resistencia violenta en el momento de pasar al socialismo; por último, la seguridad de que en la lucha entre socialistas y capitalistas de la economía nacional los primeros demostrarían su superioridad y absorberían rápidamente a los segundos. En otros términos, el sistema planteaba como premisa la certidumbre del triunfo del altruismo sobre el egoísmo y de la razón sobre el absurdo; se apoyaba también sobre el dogma heredado del Siglo de las Luces según el cual el progreso contenía una fuerza interna que impulsaba a la humanidad hacia una constante mejora social.

Con independencia de la eficacia práctica atribuida a los Talleres nacionales para implantar el socialismo, éstos representaban una reserva política tanto para sus partidarios como para sus detractores. Para Louis Blanc constituían una tabla de salvación que convencería al mismo tiempo a los obreros y a la pequeña burguesía para dar el gran paso de establecer una república social; para sus adversarios del gobierno provisional se trataba de una fórmula providencial que respondía a tres necesidades inmediatas: engañar a los parados, parodiar el socialismo, en el que los obreros ponían tantas esperanzas, y reclutar un ejército que podría servir de guardia pretoriana en caso de que el gobierno se encontrara amenazado. Este último punto no llegó nunca a la fase de las realizaciones.

[18] *Organisation du travail*, París, 1850, 9.ª ed., pp. 70 ss.

Mientras tanto, en la primera etapa de la revolución, los Talleres nacionales sirvieron para reunir a los parados en torno a proyectos de utilidad pública [19]. Los enemigos de Blanc no tardaron en pasar a la acción: el hombre que designaron al frente de la administración de los Talleres nacionales fue el ministro de Obras Públicas, Marie, cuya idea fija era el odio al socialismo. Se ha dicho de él que llevaba bajo su toga de abogado una variedad de escarapelas de todos los colores [20]. Con la ayuda de un ingeniero, Emile Thomas, empezó a organizar los Talleres nacionales. Las inscripciones, iniciadas en marzo, continuaron hasta mediados del mes de mayo, y llegaron a más de 117.000. El coste total se estimó en una cantidad superior a los 14 millones de francos [21]. Bajo la administración de Marie, los Talleres nacionales se transformaron en ventajosas empresas de obras públicas. Talleres «abiertos», como se los llamaba —es decir, copiados de los modelos ingleses creados después de la revolución puritana—, esta especie de talleres de caridad no se parecían, ciertamente, a lo que el pueblo había esperado. Los socialistas comenzaron a presentir la superchería.

LA COMISION DE TRABAJO

El 28 de febrero, al día siguiente del decreto del gobierno provisional para iniciar las obras de excavación, una multitud de manifestantes apareció ante el Ayuntamiento. Probablemente Louis Blanc y Victor Considérant inspiraron el movimiento; el objetivo era triple: el fin del «chalaneo», la jornada de diez horas y un Ministerio de Trabajo [22].

La presentación de estas reivindicaciones al gobierno provisional reavivó las discusiones del 25 de febrero. Los problemas eran distintos, aunque para la mayoría ya asomaba el espectro del socialismo. De las tres peticiones, la tercera era la que despertaba mayores temores. Resultaba inútil ir más lejos de lo que preveía el decreto sobre los Talleres nacionales, alegaba Ledru-Rollin, apoyado por sus colegas de la derecha. Crear un Ministerio de Trabajo suponía una imprudencia: produciría

[19] Lavarenne, *op. cit.*, p. 127; G. Renard, *op. cit.*, p. 60.
[20] Lavarenne, *op. cit.*, p. 79.
[21] Comisión de investigación, *Pièces relatives aux événements du 13 mai et à l'insurrection de juin*, París, 1848, pp. 351 ss; véase también Donald McKay, *The National Workshops, a Study in the French Revolution of 1848*, Cambridge, Mass., 1933, apéndices I y II.
[22] *La Démocratie pacifique*, 28 de febrero de 1848.

todo tipo de ideas inquietantes. En la imaginación de Lamartine dejaba la puerta abierta a las leyes de Licurgo, a las confiscaciones, a la Convención y al Terror. Esta vez se acortarían las fortunas, aunque no se cortasen las cabezas [23].

Blanc, único defensor del proyecto del Ministerio de Trabajo, tuvo momentos de grandeza oratoria. Insistiendo sobre el significado social de la revolución, advirtió que si no resultaba favorable para los obreros, no tardarían en acusarla de engaño. ¿Qué entendía la clase obrera por Ministerio de Trabajo? El germen del socialismo, «la organización fraternal del trabajo», que de él nacería, reemplazaría al enorme desorden que oprimía a las masas. Volviendo al reino de la política real, Blanc se esforzó por justificar la existencia de un Ministerio de Trabajo, tan útil, en su opinión, como cualquier otro; tan útil que, antes de renunciar a él, preferiría dimitir [24].

¿Blanc hablaba realmente en serio al decir esto? Sus colegas habrían podido dudar de su sinceridad, pero con la masa de sus partidarios fuera no estaban dispuestos a ponerla a prueba. Un paso en falso por su parte, y la dimisión de Blanc podría poner en movimiento una serie de rumores terroríficos, y provocar la cólera de millares de nuevos *sans-culottes*. Y ¿quién mejor que Lamartine sabía hasta dónde podía llegar la ira popular una vez excitada, él que había estudiado la Gran Revolución para escribir su *Histoire des girondins*? Tener a Louis Blanc en el gobierno resultaba embarazoso para la mayoría, pero no era un Robespierre, ni un Saint-Just. En la situación actual, su presencia proporcionaba una garantía. Parecía preferible tratar con él antes que correr el riesgo de verle dimitir.

En este punto, Garnier-Pagès intervino para proponer un ingenioso compromiso. En lugar de un Ministerio de Trabajo se crearía una comisión de trabajo, que tendría su sede en el Palacio del Luxemburgo, con Louis Blanc y Albert como presidente y vicepresidente. Allí los delegados de los trabajadores, los de los patronos y los expertos en cuestiones sociales y económicas podrían reunirse y discutir libremente los problemas del trabajo. De este modo, la Comisión de trabajo constituiría un segundo Parlamento. Sin embargo, Garnier-Pagès se abstuvo de señalar algunas diferencias esenciales: al contrario que un Parlamento, la Comisión no tendría presupuesto, ni poder legislativo; sólo podría debatir problemas y aconsejar reformas.

[23] Garnier-Pagès, *op. cit.*, VI, p. 183; Lavarenne, *op. cit.*, pp. 128 ss.
[24] Garnier-Pagès, *op. cit.*, VI, pp. 183 ss.

La maniobra era flagrante. ¿Por qué razón, pues, cayó Blanc en la trampa? Se han propuesto varias respuestas. Unos han atribuido su aceptación del compromiso a una vanidad convertida en presunción; otros, al temor a una nueva insurrección. También se ha visto una artimaña para desbaratar los planes de Marie y demás adversarios de los Talleres nacionales. Estas respuestas se complementan, aunque la explicación ofrecida por su reciente biógrafo parece más profunda. Nos recuerda oportunamente que Blanc creía obstinadamente en la fuerza universal de las ideas. Una vez instaurada la república, una nueva era había comenzado, y existía un clima favorable en el que los grandes principios podrían tener un efecto de choque incluso sobre sus más feroces adversarios. Era un optimista incorregible que creía en la fuerza de la razón humana. Las ideas lanzadas desde la tribuna del Luxemburgo llegarían a los hombres de buena voluntad, cualquiera que fuere su clase de origen. Con la fraternidad de los corazones y la razón como fuerzas impulsoras, esos hombres avanzarían hacia la igualdad. He ahí cómo Blanc preveía la llegada de la revolución. Este proceso, debemos añadir, se situaba exactamente en los antípodas del previsto por Blanqui; lo que pensaba este revolucionario entonces será objeto de nuestro próximo capítulo. Contentémonos con decir que ni en febrero ni al principio de marzo estaba dispuesto, ni preparado para derrocar al gobierno provisional. Pero el temor a su personalidad y a su posible influencia sobre los trabajadores impulsaron a Blanc al compromiso. Bajo su presidencia, la Comisión de trabajo podía contribuir a aislar al conspirador de los obreros [25].

La mayoría consideró el compromiso como una victoria: no solamente los dos socialistas habían sido alejados del gobierno, sino que, de grado o por fuerza, estaban encargados de que el pueblo volviera al redil. No es seguro que Blanc y Albert sospecharan la responsabilidad que les incumbía. Pero la única posibilidad distinta era la vuelta a la guerra civil. Al final de la discusión las dos partes creyeron haber ganado. Después de aceptar el compromiso, Blanc ordenó a la multitud que se retirara y tuviera confianza en el gobierno [26]. Algunos se marcharon entonando la Marsellesa; otros obedecieron con desgana.

La Comisión tenía que fracasar en sus compromisos: cogida entre la presión de los obreros y su propia impotencia, su único recurso residía en la contemporización. Desde sus alturas

[25] Léo-A. Loubère, *op. cit.*, pp. 79 ss.
[26] Garnier-Pagès, *op. cit.*, VI, pp. 186 ss.; L. Blanc, *op. cit.*, pp. 135 ss.

filosóficas del Luxemburgo, analizaba la sociedad, censuraba sus infamias, dirigía su mirada hacia las gloriosas perspectivas del porvenir, y calculaba las distintas fases del ascenso del hombre hacia la felicidad. Esta visión olímpica del presente y del futuro constituían una compensación a su propia impotencia. Colocaba sus esperanzas en una serie de reformas que, al cabo de cierto tiempo, equivaldrían a una verdadera revolución pacífica; sin embargo, se mostraba incapaz de dar el primer paso hacia el cumplimiento de sus deseos.

Antes de que los acontecimientos provocaran su fracaso, gozó de la confianza de los obreros: las numerosas quejas depositadas ante ella lo demuestran. Dentro de unos límites reducidos, hizo lo que pudo para satisfacerlas; consiguió que se redujera en una hora la jornada de trabajo, a pesar de una fuerte oposición; proporcionó a los trabajadores un lugar más importante dentro de las comisiones de conciliación; medió en conflictos entre el capital y el trabajo. Sus primeros bosquejos, que preveían colonias agrícolas, un banco del Estado, la nacionalización de las minas y de los ferrocarriles, la centralización de los seguros y bolsas del trabajo, por no mencionar más que una parte [27], constituyen muestras de su intención de caminar sin tropiezos hasta un lejano mundo mejor.

Se necesitó algún tiempo para que estas perspectivas de la Comisión de trabajo se disiparan. Mientras duró el espejismo, prosiguió su trabajo para cambiar los ánimos y forzarles a la actividad. Algunos obreros crearon cooperativas y sindicatos y se inscribieron en los círculos democráticos. Casi todos los gremios formaron su sindicato, y era relativamente frecuente ver una organización sindical fijarse objetivos tales como la educación popular y la seguridad social, incluso la jubilación para los viejos trabajadores. En determinados casos se intentó extender la unidad sindical a escala nacional e internacional [28]. Esta tendencia al internacionalismo, ¿estaba inspirada por la Comisión de trabajo, o por los sindicalistas de los años 40 que estuvieron en contacto con los cartistas ingleses? Todavía este problema no está resuelto. Pero la tendencia existía realmente: de hecho, se amplió aún más en el transcurso de una generación.

[27] L. Blanc, *Discours politiques, 1847 à 1881*, París, 1882, p. 34; *Histoire de la révolution de 1848*, I, pp. 161-165.

[28] Cf. los «Status de l'Association de toutes les professions et de tous les pays, fondée le 18 juillet 1849 à Châtillon», *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung*, 1912-1913, II, pp. 500 ss.

9. EL FLUJO DE LA REVOLUCION

EL REGRESO DEL REBELDE

La noticia de la caída de Luis Felipe llegó a Blois el 24 de febrero. Sorprendió a Blanqui, incluso le desconcertó. Como son en la actualidad muy escasos los testimonios sobre esa época, sólo podemos imaginar los pensamientos que invadirían su mente. El hecho de que la sublevación se produjera en la capital le afianzaría más profundamente en su convicción de que París era la cuna de la revolución. Pero, ¿cómo habían sido impulsados a la acción los insurrectos? ¿Y qué cúmulo de fuerzas les pudo llevar al triunfo sobre los soldados profesionales? Para un revolucionario como Blanqui, estas cuestiones revestían enorme importancia. Sin embargo, no podían encontrar respuesta en una ciudad de provincias.

Parece ser que Blanqui permaneció solamente unas horas en Blois después de conocer la noticia, porque esa misma noche estaba en París. Vagando por calles donde todos los adoquines le resultaban familiares, vio estandartes y banderas tricolores, oyó los redobles de tambor y los acordes de la Marsellesa, se paró a mirar a los obreros con sus ropas de trabajo y a los estudiantes que hacían guardia en las barricadas. Le recordaron, sin duda, 1830, o despertaron en él los recuerdos del 12 de mayo de 1839. En los recovecos de su experiencia de revolucionario, el derecho al trabajo evocaba los clamores de desesperación de los tejedores de Lyon al principio de los años 30. Sin embargo, desde entonces la fórmula había adquirido nuevas implicaciones. Además, los obreros parisienses parecían ser de un temple distinto al de los obreros que conoció en los años 30: ahora evolucionaban en el universo de las opiniones, y sus doctrinas, al parecer, ejercían una influencia saludable en sus filas. Es posible que lo que vio entonces removiera los prejuicios que se había formado sobre su papel en la revolución. Se sabe que al poco tiempo de su llegada a París fijó su atención sobre

los obreros de las grandes fábricas, porque le parecían constituir una reserva sólida para la república social [1].

Antes de estudiar los hechos, resultaba más urgente impedir una repetición de 1830. Aparentemente, ése era el sentido de su respuesta a un partidario del gobierno provisional que le preguntó: «¿Quiere usted derrocarnos?» «No —contestó—, pero sí cortarles el paso hacia atrás» [2].

Su regreso a la capital interesaba directamente tanto a sus amigos como a sus enemigos. Los primeros se reunían a su alrededor para pedirle consejo. Los otros tenían el presentimiento de que se preparaba otra sublevación, ahora que el gran conspirador se encontraba en libertad. A los que tenían fe en su juicio, les confesó que no otorgaba su confianza al gobierno instalado en el Ayuntamiento. Si creemos al periodista y probablemente confidente Victor Bouton [3]. Blanqui vaticinó que la tragedia se abatiría sobre la revolución si se dejaba avanzar al nuevo gobierno por los carriles tradicionales: «No basta con cambiar las palabras, hay que cambiar radicalmente las cosas, empezando por la raíz.» En lugar de rodearse de gentes egoístas y desprovistas de principios, el gobierno debería recurrir a republicanos seguros [4].

Estas palabras parecen ser auténticas, y corresponden a su línea de acción en 1848, que se puede resumir de la siguiente manera: movilizar al pueblo para reorganizar inmediatamente el gobierno provisional de forma representativa y para cambiar su política, sin lo cual el pueblo se vería obligado a tomar la única vía posible, es decir, la que pasa por la revolución.

Tanto los conservadores como los moderados y socialistas consideraban que Blanqui representaba un obstáculo para el restablecimiento de la paz social. El viejo organizador de insurrecciones podría intentar llegar al poder, impulsado por la ola de exaltación popular. En realidad, el 25 de febrero él y sus amigos íntimos sopesaron las posibilidades de un golpe de mano [5]. Las condiciones parecían favorables. Los acontecimientos habían agravado la crisis económica, y la querella de las banderas había disipado las oscuras reticencias del pueblo hacia

[1] Georges Duveau, «L'Ouvrier de quarante-huit», *La Revue socialiste*, enero-febrero de 1948, p. 76.
[2] Blanqui, *Réponse à Taschereau.*
[3] Cf. *Dictionnaire biographique des Vosges*, París, 1897.
[4] Victor Bouton, *La Patrie en danger*, París, 1850, p. 36.
[5] Suzanne Wassermann, *Les Clubs de Barbès et de Blanqui en 1848*, París, 1913, p. 41, nota 4.

los grandes cambios. ¿No existía una ocasión ideal para arrastrar al pueblo y tal vez incluso para empujarle a la acción?

No tenemos la certeza de que participara en la manifestación de la bandera roja. Informado de la capitulación, publicó el siguiente manifiesto:

«Los combatientes republicanos han leído con profundo dolor la proclamación del gobierno provisional que restablece el gallo galo y la bandera tricolor.

Esta bandera tricolor, instaurada por Luis XVI fue ilustre durante la primera República y el Imperio; ha sido deshonrada por Luis Felipe.

Además, ya no estamos en el Imperio ni en la primera República.

El pueblo ha enarbolado el color rojo sobre las barricadas de 1848. Que no se intente alterarlo.

Es rojo sólo por la sangre generosa vertida por el Pueblo y la Guardia Nacional.

Ondea resplandeciente sobre París; debe ser mantenido.

El pueblo victorioso no arriará la bandera» [6].

El desafío, que se expresaba sobre todo en la última frase, parecía una amenaza de guerra. Sin embargo, Blanqui no era hombre de impulsos irreflexivos [7]. En efecto, considerado en su conjunto, el manifiesto resultaba de una extraordinaria moderación. Más tarde lo definió «más como una protesta que como un llamamiento» [8]. No contenía ninguna expresión incendiaria, ninguna alusión a la insurrección de los años 30 de la que habló en otro manifiesto sobre el mismo tema que, al parecer, no llegó a publicarse nunca [9].

EL FRACASO DE UNA MISION

¿Quería así sondear a los aliados potenciales antes de lanzarse a la sedición? Esta es una razón. Sin embargo, el viejo conspirador estaba sorprendido por el simple hecho de que el

[6] Véase Alfred Duveau, *Les Murailles révolutionnaires*, París, 1852, I, página 67, y II, p. 107; véase también *Les Affiches rouges depuis le 24 février 1848*, p. 35.

[7] La historia nos muestra que antes de cada golpe de mano fue extremadamente prudente, cediendo, contra su idea que resultaba mejor, a las presiones de las masas.

[8] Mss. Blanqui, 9590 (2), f. 457.

[9] *Ibid.*, 9581, f. 110. Existen otros dos ejemplares en los papeles de Blanqui. El manifiesto está fechado el sábado 26 de febrero de 1848; se titula *Au peuple, le club du Collège de France.*

pueblo tuviera ambiciones y la voluntad de realizarlas. El papel desempeñado por el pueblo había demostrado su aptitud. Era intrépido y optimista. Se creía en el umbral de una vida mejor. Blanqui recordaría más tarde que el pueblo se había calentado con los rayos del sol de la fraternidad [10]. Tales combatientes no constituían una masa humana que podría ser lanzada a la acción por activistas audaces y románticos. En realidad, más bien desconfiaban de una revuelta provocada por una pequeña minoría. Resultaba necesario, en primer lugar, convencerles de que el Consejo que gobernaba desde el Ayuntamiento no merecía la menor confianza para alcanzar sus objetivos. Sin embargo, el pueblo armado había cedido en la cuestión de la bandera roja, lo cual permitía hacer dos deducciones: la primera, que otorgaba su confianza al nuevo gobierno; la segunda, que no se le podría precipitar a una insurrección. Estas conclusiones sugerían, pues, prudencia en la elaboración de una política.

Antes de escoger el camino a seguir, Blanqui decidió dar los primeros pasos hacia los jefes políticos populares: tal vez podría llegar a un acuerdo con ellos. Si creemos a Bouton, realizó un cierto número de visitas. Se le informó de que Raspail se había indignado tanto por el comportamiento del gobierno provisional en el problema de la república que ya no quería saber nada de él. Blanqui quedó decepcionado. Fue a la Prefectura de policía que había tomado Marc Caussidière. Este era enorme: una gran cabeza triangular cubierta de largos cabellos negros como plumas de cuervo que caían sobre un cuello de toro; espaldas de hércules bien colocadas sobre un torso metido en carnes y bombeado en el centro; «una masa de materia bastante informe», como lo describió Alexis de Tocqueville [11]. Se cubría de astucia y fanfarronería. Tenía, sin embargo, un temperamento amable; esto se observaba en sus pequeños ojos inteligentes. No era un novato en materia de política. Durante los años 1830, sociedades secretas de provincias le habían confiado tareas de primera importancia y había sufrido penas de cárcel por actividades políticas, lo cual constituía una fuerte recomendación para Blanqui. Además, algunos de sus antiguos compañeros de la Sociedad de Estaciones servían a las órdenes del nuevo prefecto. Aunque su política y sus principios le acercasen a Ledru-Rollin, podía encontrar ventajas en tener por aliado al gran conspirador. En efecto,

[10] *Ibid.*, 9583, f. 5.
[11] *Op. cit.*, p. 151.

BIBLIOTECA ARICÓ 143 U. N. C.

los conservadores y los moderados del Ayuntamiento no le perdonaban haberse apoderado del puesto más codiciado de París.

Es fácil imaginarse a Caussidière y Blanqui frente a frente; aquél, tosco e imponente; éste, pequeño, débil, con el cabello blanco a causa de la cárcel, con el cuerpo roto por las torturas. El contraste abarcaba también sus doctrinas: el primero se había enredado en las secuelas de 1793; el segundo tenía un pie en el socialismo. Su único punto de convergencia radicaba en su odio por los moderados y conservadores. Blanqui propuso un plan de ayuda mutua contra sus enemigos comunes: «No quiero oír hablar de nada», respondió Caussidière entregando su dimisión. Albert, que se encontraba a su lado, dijo a su vez: «Y yo también, dame que firme.» Blanqui se desconcertó. Había creído que encontraría un prefecto combativo. En su lugar no vio más que un político desmoralizado. Y eso que la lucha por la supremacía política sólo había comenzado la víspera. El deseo de Caussidière de sustraerse a las responsabilidades se acordaba tan mal con su ambición que provocó dudas en el espíritu del visitante: «¿Su dimisión?, interrumpió Blanqui. ¿Piensa usted presentarla? ¿Y por qué? En el momento más crítico, ¿vacila?, ¿retrocede usted?»

Estas preguntas contenían desconfianza y reprobación. Lo debió adivinar Albert porque intentó justificarse: «No podemos aguantar. Esto me fastidia, lo demás me importa un bledo.» «Es increíble. ¿Qué pasa, pues?», preguntó Blanqui. Caussidière respondió: «Si no temiera que esta noche el enemigo pudiera entrar aquí me iría a dormir a mi casa metiendo la llave por debajo de la puerta de esta barraca.» A continuación dio algunos detalles sobre el gobierno provisional. Reinaba la confusión en el Ayuntamiento; ya existían disensiones; París se encontraba indefenso; un golpe de mano podría tener posibilidades de éxito [12].

Si las cosas habían llegado a ese extremo, pensaba Blanqui, ¿por qué Caussidière estaba dispuesto a retirarse? Es cierto que no se trataba de un experto en maniobras políticas; pero tampoco era un novato. Sus palabras no parecían tener la menor coherencia. El visitante llegó a la conclusión que no conduciría a nada proseguir la entrevista; solicitó un salvoconducto al prefecto y se dirigió al Ayuntamiento: tal vez encontraría allí republicanos dispuestos a unirse con él.

[12] V. Bouton, *op. cit.*, pp. 44 ss.

Fue solo. Ignoramos cómo transcurrió la conferencia. Parece ser que, al verle entrar en su asamblea, los consejeros temblaron. ¿Cuál era el objetivo de su visita? ¿Tratábase de ampliar su base de representación sumándose a ellos? Si ése constituía el objeto de su gestión, y lo era aparentemente, su misión resultó un fracaso total. Darle un puesto en el gobierno equivaldría a declarar que la revolución que acababa de empezar conduciría al socialismo y más allá.

Esta negativa explicaba quizá su aspecto turbado al salir: «¡Qué difícil posición!, confiaba a sus compañeros. ¡Qué obra sobrehumana, cuánta prudencia y sangre fría hay que mantener!» [13]. ¿Cuál era la otra solución? Una insurrección perjudicaría brutalmente la popularidad del gobierno. Volvió a la Prefectura y reiteró su oferta de alianza para eliminar al gobierno provisional. Caussidière no quiso saber nada del asunto. Blanqui se despidió con las siguientes palabras: «En lugar de comprometer a la Revolución con concesiones de principio, retírese usted» [14].

Se daba cuenta de que su optimismo había ido más lejos que los hechos. Con el espíritu ocupado por este pensamiento salió para ir a una cita que había concertado anteriormente. Fulgence Girard nos dice que, por el camino, se encontró con dos viejos demócratas que servían a las órdenes del gobierno. Es posible poner en tela de juicio las palabras que fueron intercambiadas en el curso de la conversación, pero tienen un acento de autenticidad y corresponden perfectamente a los hechos y gestos de Blanqui en esa época. Se cuenta que acusó al gobierno provisional de repetir 1830. Cuando los dos demócratas respondieron que el gobierno provisional deseaba evitar que la gente se asustase dijo que hombres que tenían miedo de sus principios no podían inspirar confianza. Los esfuerzos que a continuación realizaron para disculpar al Consejo llevaron a Blanqui a dar una lección de estrategia revolucionaria. Dijo que hacer concesiones sobre cosas de las que dependía el éxito de la revolución suponía traicionarla. La victoria final se basaba sobre la seriedad de las ideas y la audacia en la acción. Si los jefes no aplicaban estos dos principios serían los enemigos de la revolución los que los aplicarían. Para ser concreto tomó como ejemplo la política del gobierno provisional. Sus primeros gestos oficiales mostraban que se encontraba en el mal camino. Proponía como alterna-

[13] *Ibid.*, p. 49.
[14] *Ibid.*, p. 53.

tiva la «república igualitaria» o el parlamentarismo burgués, es decir, a favor o en contra del pueblo. Si estaba a favor del pueblo habría tenido que emprender una serie de reformas destinadas a proporcionarle un mayor bienestar. Predijo que si el gobierno provisional proseguía por esa vía todo acabaría en una catástrofe. Si cambiaba su política, le apoyaría sin reserva alguna. De no ser así obstaculizaría su acción. Y terminó diciendo: «Voy a fundar un club» [15].

Cuando llegó al Prado, la sala estaba llena. Las culatas de los fusiles resonaban sobre las baldosas, y las bayonetas sobresalían por encima de las boinas rojas. Entre las cuatrocientas o quinientas personas que llenaban la sala había viejos y jóvenes, celebridades y desconocidos, veteranos que envejecieron en la cárcel, como su jefe, y neófitos que ardían con el fuego sagrado. Se hallaban también presentes algunos compañeros de Blanqui en el Mont-Saint-Michel: Benjamin Flotte, jefe del sindicato de cocineros, y el obrero André Marie Savary, para quien el blanquismo constituía una nueva forma de babouvismo; el médico Cyrille Lacambre; los dos neobabouvistas Jean-Jacques Pillot y Théodore Dézamy, a quienes sus enseñanzas materialistas y revolucionarias llevaron varias veces a la cárcel. El presidente provisional era un médico llamado Crousse, y no lejos de él se encontraba Delente, verdadero gigante sin pelos en la lengua, y tan austero en su manera de vivir como intransigente en sus creencias. El auditorio se parecía a un cónclave de revolucionarios reunidos por su jefe antes de disponer el asalto al orden vigente.

Se analizaban los acontecimientos del momento: la opinión unánime era que el Ayuntamiento se había lanzado por mal camino. Lamartine era un traidor. Se le acusó de haber atacado a la bandera roja con mentiras ditirámbicas. En realidad, se decía, la bandera procedía de los galos, de Carlomagno y de los cruzados. Era muy francesa [16]. Se propuso apoderarse del poder: la propuesta se recibió con un entusiasmo delirante.

De pronto, la sala quedó en silencio. Blanqui acababa de entrar. Tenía cuarenta y tres años, pero representaba sesenta. Su ropa negra daba un relieve particular a la cabeza blanca. No es que magnetizara a las personas, las dominaba. Controlaba sus emociones y, cuando las liberaba, era para producir

[15] *Les Veillées du peuple*, marzo de 1850, núm. 2, pp. 111-112.
[16] Alfred Delvau, *Histoire de la révolution de février*, París, 1850, páginas 310-314.

un efecto calculado. Su elocuencia no alcanzaba las cumbres. Cautivaba a sus auditores por la potencia directriz de su pensamiento. Su voz era aguda, estridente y metálica, tan fría y cortante como el filo de una navaja. Su elocuencia de tribuno se comparó un día al «hielo bajo el fuego» [17]. Ningún gesto impetuoso, ningún estallido apasionado; ni presunción, ni furor; con la sola fuerza de la lógica exaltaba el ánimo de sus auditores. El rostro se mantenía impasible como si hubiera sido esculpido en mármol; el discurso resultaba pulido y de una pureza casi clásica. El orador no se rebajaba al nivel de sus auditores; los edificaba. He ahí el secreto de su fascinación sobre los hombres.

Todas las miradas estaban fijas sobre él cuando avanzó para ocupar el lugar de Crousse. Sus primeras palabras resultaron una ducha de agua fría sobre cabezas calientes: «Francia no es republicana y la revolución que acaba de realizarse es una sorpresa feliz, nada más». Les puso en guardia: las provincias podrían verse envueltas en el terror en caso de intentar colocar en el poder a unos hombres que, a los ojos de la burguesía, estaban desacreditados a causa de sus delitos políticos. Para descartar la amenaza de otra Convención podrían entonces traer de nuevo al rey fugitivo. La Guardia Nacional tampoco merecía confianza. Compuesta por comerciantes timoratos, destruiría probablemente mañana lo que solamente ayer había aprobado.

Resultaba evidente que la línea de su pensamiento se alejaba tanto del manifiesto provocador sobre la bandera roja, que habría podido desalentar a sus auditores. En efecto, ninguno, salvo dos o tres, estaba al corriente de las recientes y penosas entrevistas que acababa de mantener. Sin embargo, la mayoría de los que se encontraban frente a él le creyeron ciegamente. No distraía su atención del objetivo final; aconsejaba solamente dar un rodeo.

Expuso su nueva política: «Abandonad a los hombres del Ayuntamiento a su impotencia, aconsejó; su debilidad constituye la señal segura de su caída. Detienen un poder efímero. Nosotros tenemos al pueblo y los clubs donde le organizaremos revolucionariamente como los jacobinos le organizaron.» Exhortó a la paciencia: un golpe de mano tenía riesgos; el poder así adquirido incitaría a los enemigos a actuar de la misma manera. Para concluir volvió a tomar el ejemplo de

[17] *Ibid.*, p. 319.

la Revolución francesa: era preciso rehacer el 10 de agosto, dijo, pero no se podía realizar sin el apoyo masivo del pueblo [18].

Los que esperaban la orden de destituir al gobierno provisional se quedaron desconcertados. Sin embargo triunfaron los argumentos de Blanqui, que se transformaron en la línea de la Sociedad Republicana Central que fundó al día siguiente.

EL PODER DE LA IMPRENTA

Todo París discutía. Ninguna facción, por pequeña que fuera, quería quedarse a la zaga en pregonar su profesión de fe, y raros eran los funcionarios de cualquier categoría que dejaban pasar su posibilidad de informar al público de su abnegada adhesión a la república. En este aspecto, el gobierno provisional realizaba una actividad desbordante: mediante sus boletines y sus decretos, circulares y llamamientos fijados en las vías públicas, se imponía constantemente a la atención de las gentes. No perdía ocasión para proclamar sus acciones —siempre en nombre de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad— por el orden, la libertad y la verdad, triple condición de la confianza y de la serenidad públicas.

Rara vez la prensa francesa mostró la fecundidad que en los primeros meses de la revolución de Febrero. La capital estaba inundada de periódicos de todas las opiniones. Un contemporáneo contó no menos de 122 en circulación después del 24 de febrero de 1848 [19]. Un recuento oficial fijó la cifra en 171 [20]. Sólo algunos se impusieron de manera estable. A esta categoría pertenecían periódicos de izquierda tan influyentes como *Le Représentant du peuple*, de Proudhon; *La Démocratie pacifique*, de Considérant; *Le Populaire*, de Cabet, y *L'Ami du peuple*, de Raspail. Un gran número de estos periódicos tuvo una vida efímera, sobre todo los que llevaban títulos tan crudos como *Le Tribun du peuple, Spartacus, Robespierre, Sanguinaire, Volcan, Le Bonnet rouge, Le Tocsin des travailleurs, Le Tribunal révolutionnaire*. Sin embargo, únicamente resultaban incendiarios los títulos. Los programas eran todos ellos moderados y banales.

[18] Alphonse Lucas, *Les Clubs et les clubistes*, París, 1851, p. 214.

[19] Gaëtan Delmas, *Curiosités révolutionnaires, les journaux rouges*, París, 1848. Un contemporáneo anónimo contó 283 periódicos del 24 de febrero al 20 de agosto. (*Physionomie de la presse*, París, 1848.)

[20] Alexandre Quentin-Bauchart, *Rapport de la commission d'enquête sur l'insurrection qui a éclaté dans la journée du 3 juin et sur le mouvement du 15 mai*, I, pp. 277-280.

Las palabras «reforma» y «revolución» pasaban de unos a otros como pelotas. Pero, examinados con perspectiva, los pilares del orden social nunca habían sido tan sólidos. No fueron socavados por la crisis económica ni amenazados de destrucción por la izquierda. En realidad, ni una sola facción socialista o comunista disponía de una organización lo bastante potente como para hacerse con el poder. Sin embargo, las capas sociales elevadas tenían algunos temores: ¿cómo podían conservar su sangre fría ante los obreros armados guardianes del orden? Por el momento, y en espera de una salida a esa situación crítica, consideraban oportuno sumar su voz al coro de la fraternidad. Luego de haber redescubierto de repente la modestia de sus orígenes, los nuevos ricos atribuían su éxito a su fibra proletaria. Los grandes terratenientes se sentían orgullosos de su viejo odio a los capitalistas industriales y de su simpatía duradera por los trabajadores. La jerarquía católica y los académicos proclamaban que las masas eran heroicas, la revolución sublime y la república eterna. Detrás de esta pantalla, los grandes propietarios y los dignatarios eclesiásticos convenían en que, para el mantenimiento de la estabilidad social, resultaba primordial sustituir la triada revolucionaria por una nueva: propiedad, familia y religión. Mientras tanto, por temor a una repetición de 1793, los financieros y la aristocracia terrateniente escondían sus alhajas, exportaban sus capitales y negaban créditos a los hombres de negocios y a la república [21].

Es innegable que «el gran miedo» [22] fue menos general en 1848 que en 1789. Sin embargo, el clima político se encontraba tan saturado de doctrinas que condenaban el orden vigente que los que sacaban provecho de éste, tenían sobrados motivos para alarmarse. Esos principios, no sólo eran los puntos de referencia de los revolucionarios armados y victoriosos; constituían también los temas de los periodistas y los programas de los clubs políticos.

LOS PEQUEÑOS PARLAMENTOS

En casi todas las ciudades, grandes o pequeñas, había uno o varios clubs. En las grandes ciudades, muchos; Lyon y París

[21] Tocqueville, *op. cit.*, pp. 104, 115 ss.; L. Blanc, *Histoire de la révolution de 1848*, I, pp. 97 ss., 257 ss.; G. Renard, *op. cit.*, pp. 24 ss., 368 ss.

[22] Esta expresión, que resumía el sentimiento de inseguridad en 1789, fue popularizada por el célebre historiador Georges Lefebvre.

resultaban las mejor abastecidas. De los cincuenta clubs aproximadamente que había en Lyon, tres o cuatro eran «aristocráticos», según la clasificación de un enviado republicano. Los otros estaban afiliados a un club central que contaba con alrededor de quinientos delegados [23]. La posición autoritaria de este club constituía un hecho notable, que justificaba que se le llamase un doble poder. Durante unos cuatro meses desafió las órdenes oficiales llegadas de la capital. Tenía los mismos objetivos inmediatos: proclamación de la república, reorganización de la Guardia Nacional, conquista de las fortificaciones, instauración de la bandera roja, talleres nacionales y pan para todos [24].

La capital conoció una gran abundancia de clubs: se contaban oficialmente 145 a finales del mes de marzo y alrededor del doble al finalizar el mes de junio. La mayor parte de ellos no sobrevivieron a las primeras y escasas reuniones [25]. Los Amigos del Pueblo, de Raspail [26] y la Sociedad Fraternal Central, de Cabet, eran los que reunían mayor cantidad de gente. El Club de la Revolución, la Sociedad de Derechos del Hombre y la Sociedad Republicana Central tenían mayor importancia política.

El Club de la Revolución, al principio, era antiblanquista. En su mayoría, sus miembros eran pequeños burgueses, y su nombre constituía todavía una garantía política el 21 de marzo, día de su fundación. El objetivo secreto del club consistía en englobar a las numerosas sociedades, primero para formar un frente contra Blanqui en París, y después para reunir a la opinión republicana en los departamentos, en vísperas de la prevista elección de una Asamblea Constituyente. Su ángel de la guarda era Ledru-Rollin, ministro del Interior.

Su plan estribaba en seguir una vía centrista, la de la inmensa categoría social compuesta por pequeños propietarios y pequeños comerciantes. En las elecciones, que revelarían su fuerza, el apoyo de esta coalición le resultaba indispensable

[23] Archivos Nacionales, C 939, carta del 8 de abril de 1848.

[24] A. Kleinclausz, editor, *Histoire de Lyon*, III; F. Dutacq y A. Latreille, *De 1814 à 1940*, Lyon, 1952, pp. 145-163; L. Lévy-Schneider, «Les Débuts de la révolution de 1848 à Lyon», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, 1911, XV, pp. 24-61, 177-198.

[25] Quentin-Bauchart, *op. cit.*, II, pp. 99-103; Charles Seignobos, *La Révolution de 1848*, p. 40.

[26] Con respecto al club de Raspail, véase Suzanne Wassermann, «Le Club de Raspail en 1848», *La Révolution de 1848*, 1908-1909, V, pp. 589-605, 655-674, 748-762.

para satisfacer sus ambiciones de poder. Pero cometió el error de confiar demasiado en el campesinado francés.

En el campo se consideraba a los jacobinos e incluso a los seudo-jacobinos como paganos y enemigos de la propiedad privada. Bajo la autoridad del clero y de la aristocracia local, los campesinos tenían las anteojeras de siempre y estimaban un sacrilegio cualquier innovación. Y la república no representaba para ellos más que un apelativo distinto para designar el terror y el desorden social. Por todo lo cual se inclinaban por la monarquía, garantía de estabilidad. La monarquía de Orléans no había tocado sus propiedades. ¿La república que le sucedía las respetaría de la misma manera? Ciertamente, el gobierno provisional no se apresuraba a reemplazar los símbolos y los funcionarios monárquicos: en realidad, el ministro del Interior que tenía a su cargo los funcionarios de provincias no podía cambiarlos libremente sin granjearse el descontento de sus colegas de la derecha. Sin embargo, para los campesinos se trataba de un problema menor, pues lo más importante para ellos residía en la política de la República sobre la propiedad y los impuestos, y desconfiaban.

Frente a tales sentimientos en el campo, Ledru-Rollin maniobró con comedimiento. Al depurar el cuerpo de funcionarios existía el riesgo de provocar una escisión en el seno del gobierno provisional: se le acusaría entonces de intentar asegurarse el dominio de Francia. El mismo objetivo, o casi el mismo, o sea, liberar el país de los funcionarios monárquicos y de los perifollos realistas podría ser alcanzado por otros medios, similares a los intentos de la Convención en 1793. Se destinarían comisarios seguros a determinadas zonas con la misión de «republicanizarlas» [27]. Aplicadas con prudencia, esas directrices podrían sentar bases sólidas para el porvenir político de Ledru-Rollin. Pero sus colegas de derecha comprendieron perfectamente la maniobra: protestaron contra las artimañas de sus emisarios y sus periódicos se quejaron del terror y la dictadura [28]. El hecho de que esos comisarios hubieran sido elegidos entre los miembros del Club de la Revolución y de su aliada la Sociedad de Derechos del Hombre agrió todavía más los debates del Consejo.

[27] Véase, por ejemplo, su circular del 12 de marzo de 1848 en *La Commune de Paris*, 13 de marzo de 1848, reproducido en Quentin-Bauchart, *op. cit.*, II, pp. 68-71.

[28] Garnier-Pagès, *op. cit.*, VI, pp. 365 ss.; Lord Normansby, *A year of Revolution*, Londres, 1857, I, p. 217.

La Sociedad de Derechos del Hombre recibía también subsidios del ministro del Interior. Por su nombre y por algunos de sus jefes se emparentaba con la Sociedad que estuvo implicada en la insurrección de 1834. Otras similitudes: su doctrina robespierrista y su implantación en todo el país. La policía evaluó la importancia del Club en 1848 en la cifra redondeada de 20.000 miembros [29]. Pero su presidente reivindicaba un total de 98.000 afiliados, de los cuales 34.000 en París [30]. Además de su importancia numérica, su organización paramilitar explicaba el miedo que inspiraba. Su programa, sin embargo, no contenía nada alarmante: intentaba realizar el equilibrio entre «los parias y los privilegiados». A los unos se les aconsejaba permanecer unidos y pacientes; a los otros, plegarse a la ley inalterable del progreso. El objetivo final era «la igualdad, la solidaridad y la fraternidad» [31].

Eminentes radicales franceses formaban parte del comité central de la Sociedad. Armand Barbès, Léopold Villain, insurrecto en 1834 y refugiado después en Londres, Napoléon Lebon, otro veterano de los años 1830 y muy dotado para los idiomas, y A. Huber, antiguo conspirador, preso en el Mont-Saint-Michel, sospechoso más tarde de colusión con la policía.

La base de la Sociedad contaba con hombres de todo tipo y con numerosos talentos, muy cualificados. En la lista se encontraba Karl Marx, que había sido expulsado de Bélgica en los primeros días de marzo. El *Manifiesto comunista* se publicó en Londres a finales del mes de febrero, pero muy poca gente había oído hablar de él. Incluso su *Miseria de la filosofía* era poco conocida. Publicada en Bruselas en julio de 1847, con una tirada de 800 ejemplares, la obra suscitó poco interés y Joseph Proudhon, que era su blanco, no se sintió alcanzado en modo alguno.

Podemos preguntarnos por qué se afilió Karl Marx a la Sociedad de Derechos del Hombre. A falta de hechos concretos resulta obligado atenerse a suposiciones. Quizá se sintiera atraído por la importancia numérica y el carácter nacional de la Sociedad. No se trataba de una organización proletaria ni había estudiado el A B C de la revolución. Como las demás organizaciones similares, era una especie de mercado abierto para proveedores de medios de salvación. Gozaba, sin embargo, de una gran autoridad sobre los obreros parisienses. De

[29] Quentin-Bauchart, *op. cit.*, II, pp. 20, 248.
[30] *Procès des accusés du 15 mai 1848*, París, 1849, p. 493.
[31] A. Lucas, *op. cit.*, pp. 110-111 y 120-121.

todos modos, Marx ingresó en ella y asistió a numerosas reuniones durante su breve estancia en París en 1848. Por medio de los fragmentados informes y actas de la Sociedad es posible conocer la línea directriz de su pensamiento: parece que tendía a convencer a la Sociedad de que si no echaba todo su peso detrás del movimiento democrático, los enemigos de la revolución actuarían a su antojo. Con ese objetivo preconizaba una propaganda intensiva, la alianza de los clubs demócratas, el armamento de los obreros, su alistamiento en la Guardia Nacional y el aplazamiento de las elecciones generales [32]. Añadiremos de paso que sus propuestas fueron recibidas sin entusiasmo.

LA SOCIEDAD REPUBLICANA CENTRAL

Como tantas otras, la Sociedad Republicana Central salió del crisol de la revolución. Se trataba de la réplica de Blanqui a la antipatía con que se había tropezado. El objetivo del club consistía en ser un grupo de presión y una máquina de propaganda a la vez. A decir verdad era un verdadero partido político, que se esforzaba seriamente por provocar un mar de fondo en el sentimiento popular capaz de asestar un duro golpe a las instituciones vigentes. Aunque la Sociedad veneraba los tres grandes principios revolucionarios, no se paralizaba en la contemplación beata de 1793. Su esqueleto se componía de revolucionarios probados que combatieron durante la insurrección de mayo de 1839. Los nuevos hombres en el poder sabían que tenían como presidente a un jefe con aptitudes poco corrientes. Otros socialistas y comunistas colocaban sus esperanzas en determinados remedios o se lanzaban a experiencias de toda clase. El tenía los fantasmas petrificados del orden futuro. Se limitaba a vaticinar que la idea directriz de este nuevo orden sería la igualdad, puesto que constituía su lógica interna. Lo primero que se debía hacer era tomar el poder. A partir de ahí el camino resultaría largo y difícil, pero no infranqueable ateniéndose a dos principios:

[32] Véase mi estudio «Marx à Paris, 1848: un chapitre négligé», *Science and Society*, 1939, III, pp. 323-355, y documentos suplementarios, *ibid.*, 1940, IV, pp. 211-217. Recientemente, un joven historiador ha tachado de falsa mi afirmación de que Marx perteneció a la Sociedad de Derechos del Hombre. Dado que sus pruebas son negativas y, en los casos importantes, extremadamente dudosas, seguiremos con nuestra idea. Véase P. Amann, «Karl Marx, quarante-huitard français?», *International Review of Social History*, 1961, VI, pp. 249-255.

primero, la unidad de objetivos entre el gobierno revolucionario y las masas, y en segundo lugar, la necesidad de acabar con la tiranía del capital sobre el trabajo para alcanzar la gran meta.

En modo alguno sugerimos que Blanqui hubiera cristalizado su pensamiento socialista. En realidad, no consiguió jamás incorporar los hechos históricos y económicos brutos a una teoría lógica del progreso social. Fue siempre un socialista sentimental y un romántico de la política, desazonado por la necesidad de actuar.

Sin embargo, sus contemporáneos analizaban su programa con inquietud. Para Louis Blanc representaba lo opuesto a su «revolución por el consentimiento». Ledru-Rollin veía en gran peligro su universo de pequeños burgueses. La derecha interpretaba este programa como la voluntad de hombres decididos a destruir las relaciones tradicionales entre las clases.

Las sesiones de la Sociedad Republicana Central se celebraban todas las tardes, salvo los domingos. Se abrían a las ocho y la mayoría de las veces lo hacía el presidente. Según un historiador digno de crédito, la máxima afluencia llegó a 500 personas, siendo los obreros los menos numerosos [33]. Asistían, junto con los afiliados, oyentes provistos de invitación. A veces, los debates resultaban tormentosos: mociones violentas presentadas por los ultras provocaban sartas de injurias que interrumpían las sesiones. Fueron esos gritos y esos desórdenes ocasionales el origen de las informaciones de los periódicos a propósito de la pasión y de las invectivas que presidían las reuniones de la Sociedad. En realidad, como dijo Blanqui en su proceso en 1849, en su conjunto los miembros distaban mucho de ser «hombres de opinión exagerada». Los oradores se mostraban serios y moderados en sus discusiones y en sus críticas a la política oficial [34]. El estudio de los materiales muestra que no eran las proposiciones extremistas formuladas en la Sociedad ni la fuerza con la que se defendían lo que provocaba el desasosiego tanto entre los grandes propietarios como entre los pequeños, sino sus declaraciones, sus peticiones y las misiones de sus delegados.

Lo que mejor ilustra los procedimientos del club y la naturaleza de sus objetivos son las actividades desarrolladas entre el 25 de febrero y el 17 de marzo de 1848. Digamos entre paréntesis que las manifestaciones que se produjeron en esas

[33] C. Seignobos, *op. cit.*, p. 41.
[34] *Procès des accusés du 15 mai 1848*, p. 225.

dos fechas decidieron, a la larga, el desenlace de la revolución. Ya hemos hablado de la manifestación de la bandera roja; lo importante ahora es la valoración retrospectiva de Blanqui. Tiempo después llegó a la conclusión de que fue el origen de la cascada de acontecimientos funestos que condujeron al cesarismo [35]. La capitulación sobre el problema de la bandera tuvo como consecuencia la rendición de los trabajadores a propósito del proyecto de ministerio de Trabajo: lo estimaban como el comienzo de su república social; en su lugar obtuvieron una asamblea de debates. Los archivos del club son decepcionantes: no existen datos de su opinión acerca de la Comisión del trabajo. Figuró en algún orden del día, pero ignoramos por qué misteriosa razón no fue nunca objeto de una discusión. En este punto también sólo poseemos la opinión retrospectiva de Blanqui, cuando la Revolución figuraba ya en la larga lista de los fracasos históricos. Por consiguiente, su veredicto no puede considerarse como el de la Sociedad, sino como juicio personal tras el hundimiento de la Revolución. Comparaba la Comisión a un cebo que, una vez mordido por su presidente, Louis Blanc, convirtió al profeta de la república social en profesor de economía política. Blanqui creía que el deseo de perorar que le devoraba y su ardiente esperanza de ser la gran estrella de una brillante constelación, le hicieron sucumbir. En efecto, su facilidad de palabra y sus vanas promesas engañaban a los obreros y desarmaban la única fuerza de la Revolución que subsistía [36]. Blanqui relegaba la revolución progresiva de Louis Blanc al reino de las aberraciones: suponía una locura haber condenado a la miseria y al hambre a millones de parados en espera de la quiebra de los capitanes de la industria, a la que seguiría la apropiación de sus empresas por el Estado. En el intervalo, los obreros se preocuparían por sus horarios de trabajo, por sus salarios: «¿Dónde se ha visto en la historia que los pueblos luchen por caer en la miseria?», preguntaba. Sin embargo, la única recompensa para los vencedores en 1848 fue la promesa de una cartera ministerial para un «imbécil vanidoso» y la miseria para ellos.

Dos grandes problemas preocupaban a la Sociedad Republicana Central entre el 25 de febrero y el 17 de marzo: las libertades cívicas y las próximas elecciones. Sobre la primera cuestión, el club tomó una posición inequívoca en dos peticio-

[35] Mss. Blanqui, 9590 (1), f. 153-155.
[36] *Ibid.*, 9590 (2), f. 140, 465.

nes al gobierno adoptadas el 1 de marzo. La primera pedía la abolición del impuesto del timbre sobre la prensa. La segunda constituía una versión ampliada que incluía la supresión de otras restricciones. Las exigencias básicas se referían a la abrogación de todos los impuestos sobre los libros y de todas las trabas a la distribución de impresos: a la inmunidad de los impresores contra toda persecución y al derecho de reunión y de asociación; la destitución de los jueces y los fiscales de los regímenes anteriores; el armamento y la organización, a escala nacional, de todos los asalariados, con una indemnización de dos francos por cada día de servicio [37].

Este programa, redactado cuidadosamente, contenía puntos de interés general y popular, aptos para reunir a una gran cantidad de personas. Blanqui dirigió la comisión que presentó la petición en el Ayuntamiento. Lamartine, ministro de Asuntos Exteriores, respondió en nombre del gobierno que las trabas a la prensa y al derecho de asamblea ya se habían suprimido. Se apresuró a añadir que se preparaban otras leyes para esclarecer la cuestión de la asociación. Según los documentos oficiales, Blanqui aseguró que su Sociedad pediría la anulación del decreto de 5 de marzo, en el que se fijaba el 9 de abril de 1848 como fecha de la elección de la Asamblea Constituyente. El anuncio de este proyecto hirió vivamente al poeta político. Poniéndose en la posición del justo declaró solemnemente que tanto él como sus colegas se tomaban muy en serio la obligación que habían contraído de devolver el poder a la nación. Tenían el deber especial de no prolongar «un solo minuto de más, la especie de dictadura que asumimos obligados por las circunstancias» [38].

LAS ELECCIONES Y LA REVOLUCION

Todo el mundo sabía que la fijación de las elecciones había sido una cuestión candente en el Consejo. En efecto, se creía que de su fecha dependía el porvenir político de Francia. Como se había establecido el sufragio universal masculino, los jefes políticos de la derecha rivalizaban en ingenio para sacarle provecho. Por ello proponían elecciones anticipadas antes de que el republicanismo democrático se extendiera profundamente fuera de la capital. Naturalmente, la población

[37] *Les Droits de l'homme*, 4 de marzo de 1848; A. Duveau, *op. cit.*, páginas 586 ss.
[38] *Le Moniteur universel*, 8 de marzo de 1848.

campesina no se dejaría convertir, pero las municipalidades y las ciudades eran susceptibles de serlo, como habían mostrado los acontecimientos de la revolución de 1789. Los hombres políticos enemigos de la izquierda pensaban que la victoria podría ganarse de antemano en las urnas si no se retrasaban las elecciones, y una victoria adquirida mediante el proceso democrático oficial resultaría todavía más aplastante.

La fecha anticipada de las elecciones causaba mucha preocupación a los hombres de la izquierda: teniendo en cuenta la herencia psicológica de más de treinta años de dominación monárquica, sostenían que, antes de someter a la opinión pública a la prueba de las elecciones necesitaban difundir metódicamente las reformas y los principios democráticos. Sin este paso previo, la República estaba condenada. Esta convicción impulsó a Ledru-Rollin a nombrar republicanos probados para puestos administrativos. Louis Blanc explicaba que antes de que la Francia campesina pudiera hacer un uso razonable de las elecciones era preciso arrancarla de las garras de los propietarios, del clero y de los financieros [39].

Blanqui estaba de acuerdo en lo esencial con este argumento. La diferencia radicaba en el tono de sus llamamientos. Ponía al pueblo en guardia: las consecuencias de unas elecciones prematuras conducirían a una segunda edición de 1830 o a una «revolución de opereta». Todavía en la cima del orgullo, el pueblo resultaba una presa fácil para los aduladores y los artífices de promesas irrealizables. Se encontraba aún en la adolescencia política y podía ayudar, sin querer, a destruir todo lo que había realizado.

Blanqui perfiló su tesis en las peticiones que elaboró para su Sociedad durante la primera semana de marzo. Mantenía que el votar en tales circunstancias significaría necesariamente aprobar únicamente una serie de ideas. En París, sólo un pequeño número de obreros se habían inscrito, y en los departamentos no acudirían a las urnas o serían llevados por sus patronos. La situación nunca había sido tan favorable para la restauración de la monarquía con la ayuda del pueblo. Resultaba significativo, proseguía, que los partidarios más ruidosos de las elecciones anticipadas fueran los monárquicos. Unicamente la contrarrevolución tenía la palabra desde hacía cincuenta años. ¿Era demasiado concedérsela al otro campo durante un año? Terminaba con una advertencia profética: si por desgracia el antiguo orden triunfara en las elecciones, Pa-

[39] *Histoire de la révolution de 1848*, I, pp. 304 ss.

rís se vería obligado a luchar de nuevo. Solamente con el aplazamiento de las elecciones se podría evitar la guerra civil [40].

La Revolución se enfrentó con la prueba más dura en marzo y salió debilitada. La coalición de obreros y pequeños burgueses que había constituido su fuerza perdía vigor. El día 9, cerca de 3.000 hombres de negocios desfilaron desde la Bolsa hasta el Ayuntamiento y amenazaron con cerrar las fábricas si no se les concedía la prórroga de sus vencimientos a noventa días. Apenas se habían marchado llegaron en masa estudiantes del Barrio Latino para defender al Consejo contra la Bolsa. En efecto, el objetivo real de la manifestación aparecía claramente. Louis Blanc la designó con el nombre de «motín financiero» [41]. Para Blanqui se trataba de las premisas de un plan de gran envergadura para restaurar el antiguo orden.

Blanqui se esforzó por unir a los clubs democráticos. Para facilitar el acuerdo redujo sus exigencias al mínimo, es decir, aplazamiento *sine die* de las elecciones para oficiales de la Guardia Nacional y para diputados de la Asamblea Constituyente. El 13 de marzo, mediante un voto unánime, su sociedad invitó a todas las sociedades republicanas a unirse para mostrar conjuntamente su fuerza [42]. La sociedad de Cabet hizo lo mismo. El 14 de marzo, quince sociedades formaron un comité central al que se afiliaron 300 organizaciones de trabajadores durante los días siguientes. Reunido en casa de Benjamin Flotte, el comité estableció una lista de exigencias que la multitud debería someter al gobierno provisional, con tal de que éste las aceptara de antemano. Pero se negó a recibir al comité. Ya no quedaba más solución que recurrir al pueblo de París.

Tal vez se habría necesitado más tiempo para preparar el movimiento si las compañías de élite de la Guardia Nacional no hubieran acudido al Ayuntamiento el 16 de marzo. Los soldados no sólo protestaban contra una orden de disolución, sino que maniobraban para depurar a los miembros radicales del gobierno, empezando por Ledru-Rollin. Se extendió el rumor de que actuaban en connivencia con los orleanistas del gobierno provisional y con oficiales del ejército del Norte [43].

[40] Mss. Blanqui, 9581, f. 112-114; véase también S. Wassermann, *op. cit.*, páginas 60 ss.
[41] *Histoire de la révolution de 1848*, I, p. 253.
[42] *La Commune de Paris*, 14 de marzo de 1848.
[43] G. Renard, *op. cit.*, pp. 32 ss:; Lavarenne, *op. cit.*, pp. 113 ss.

Pero en París se encontraban aislados. Las organizaciones obreras los dispersaron rápidamente, y al mismo tiempo se colocaron en posición de contraatacar a los enemigos de la Revolución.

Una ley del gobierno provisional descubrió las verdaderas intenciones de su mayoría: el día en que los soldados de élite de la Guardia Nacional marcharon sobre el Ayuntamiento votó un anticipo suplementario de 45 céntimos por franco sobre las contribuciones directas. Decidido en el mismo momento en que las sociedades democráticas se unían para lograr el aplazamiento de las elecciones, este impuesto suplementario pudo ser muy bien un gesto de alta estrategia destinado a la vez a paralizar la propagación de sus principios y golpear en sus cimientos a la joven república. En su proceso en 1849, Blanqui calificó esta medida de «condena a muerte de la república» [44]. El proyecto de ley fue presentado por Garnier-Pagès que, según un contemporáneo, había decidido defender con toda su energía a los banqueros [45]. Más tarde se enorgullecería de haber creado este impuesto que proporcionaba una nueva fuente de ingresos: servía para pagar a los funcionarios y posibilitaba el armamento del ejército y de la guardia móvil [46]. En suma, no sólo permitía al gobierno proseguir su obra, sino que facilitaba también el medio de proteger el orden social amenazado. Pero nunca, al elogiar este impuesto, pensó en sus lejanas consecuencias. Observadores extranjeros, tan alejados políticamente entre sí como Karl Marx y Lord Normansby, no tardaron en valorar el impacto que produciría sobre millones de electores rurales [47].

Los hombres de izquierda del gobierno provisional opusieron una débil resistencia a esta medida financiera: creían que afectaría a los grandes terratenientes. Pero fue un error funesto para la democracia. Cuando la población rural comprendió lo que significaba el impuesto se produjo tal hostilidad que los recaudadores locales de contribuciones recibieron instrucciones para mostrarse indulgentes con los campesinos más pobres. Sin embargo, estas directrices llegaban demasiado tarde y eran insuficientes.

[44] *Procès des accusés du 15 mai 1848*, p. 223.
[45] Lavarenne, *op. cit.*, p. 80.
[46] Garnier-Pagès, *Un épisode de la révolution de 1848, l'impôt des 45 centimes, París*, 1850, pp. 192-195.
[47] K. Marx, «Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850», *Obras escogidas*, Moscú, 1955, I, p. 138.

La enorme manifestación del 17 de marzo fue la coronación del movimiento popular de febrero. Parecida a la insurrección, provocó una gran consternación entre los que preparaban la contraofensiva. Aunque el movimiento fuera típicamente parisiense, los millares de refugiados que desfilaban le proporcionaban un aspecto internacional. Se veían polacos, irlandeses, alemanes, italianos e incluso rusos, entre los que descollaban dos sobre la multitud de manifestantes: el anarquista Mihail Bakunin y el novelista Ivan Turgueniev. El comité que se encontraba en cabeza de los manifestantes llevaba una petición redactada por Cabet y adoptada por una mayoría. Formulaba sólo tres exigencias: la retirada de todas las tropas de París, el aplazamiento de las elecciones de oficiales de la Guardia Nacional para el 5 de abril y las de la Asamblea Constituyente para el 31 de mayo [48].

Esta petición decepcionó a Blanqui. Sostenía que el ganar algunas semanas o algunos meses no resultaría suficiente para destruir el adoctrinamiento de cien años. Por eso pedía el aplazamiento ilimitado. La mayoría del gobierno provisional se oponía a una solución tan vaga: los reaccionarios podrían entonces creer que el gobierno provisional no confiaba en el pueblo. Naturalmente, existían más razones para rechazar el proyecto de Blanqui: su tono resultaba belicoso y el hecho de que fuera su autor disgustaría sin duda a sus rivales políticos [49].

A su llegada al Ayuntamiento, Blanqui entró con la delegación en la sala del Consejo. Se encontró con hombres asustados. Louis Blanc habló el primero. Como no había renunciado a conseguir el ministerio de Trabajo, esperaba, para plantear nuevamente la cuestión, que se retrasasen las elecciones. Esto le impulsó primeramente a estimular el movimiento popular. Pero Louis Blanc contaba con una manifestación de masas. En su lugar vio un despliegue de fuerzas que hizo palidecer a los reformadores optimistas. «Esta manifestación me horrorizó», confesó a la Asamblea Nacional, en agosto de 1848 [50]. Quiso excluir a los extremistas del comité de organización, pero fracasó: el comité admitió a Blanqui y le permitió participar en la organización.

[48] *Le Populaire*, 23 de marzo de 1848.

[49] Los manuscritos de Blanqui contienen cuatro ejemplares de la petición: 9581, f. 114-115; 9582, f. 245-246; 9584 (2), I, b (5), f. 332-334; 9592 (3), f. 94.

[50] *Discours politiques, 1847 à 1881*, París, 1882, p. 42.

La manifestación colocó a Louis Blanc ante un verdadero dilema: podía disociarse de ella, a pesar de haberla estimulado, o ayudarla a alcanzar sus objetivos. En este caso no sería más que el secretario de sus jefes agresivos, cuyas intenciones eran —creía Blanc— reorganizar el gobierno provisional después de expulsar a los hombres del centro y de la derecha, ejecutando así el plan de Blanqui. Por ello, Louis Blanc optó por la primera alternativa como mal menor. Halagó a la delegación y le pidió que se marchara para que el gobierno pudiera deliberar tranquilamente sobre sus exigencias. Un delegado le recordó que el pueblo esperaba actos y no promesas. Pero Cabet le auxilió al dirigirse hacia la puerta. Antes de marcharse, el grupo de los delegados oyó a Ledru-Rollin decir que el problema de las elecciones no podía resolverse antes de haber sondeado la opinión de las provincias. Y Lamartine les puso en guardia: «El 18 Brumario del pueblo podría traer el 18 Brumario del despotismo». Uno de los últimos en abandonar la sala, Flotte, se volvió hacia Louis Blanc y le dijo: «Así que eres un traidor, tú también» [51].

El gobierno provisional sólo hizo concesiones mínimas: se comprometió a desplazar varios regimientos de la capital hacia los suburbios y retrasó las elecciones algunas semanas. Las nuevas fechas aumentaron muy poco la confianza de socialistas y radicales. La manifestación se terminó, pues, de forma decepcionante. Desde todos los puntos de vista constituyó a la vez el apogeo de la coalición democrática y la prueba que demostró su fragilidad. Proudhon vio en ella el comienzo de una especie de reacción en cadena [52].

Esta experiencia desafortunada impulsó a Blanqui a reexaminar sus métodos. Llegó a la conclusión de que las tres grandes palabras revolucionarias no eran más que un engaño mientras el pueblo tuviera hambre: «¡Nada de fórmulas estériles!», escribió después del 17 de marzo. «No basta con cambiar las palabras, hace falta cambiar radicalmente las cosas». Al igual que la monarquía, la república puede abrigar la esclavitud bajo su bandera. Su ideal republicano, «¡es la emancipación completa de los trabajadores! Es el advenimiento de un orden nuevo que haga desaparecer la última forma de esclavitud, el proletariado». En definitiva, como el socialismo

[51] *Le Moniteur universel*, 18 de marzo de 1848; Louis Blanc, *Un chapitre inédit de la révolution de février 1848*, p. 9; véase también Pierre-Joseph Proudhon, *Les Confessions d'un révolutionnaire*, París, 1929, capítulo VII.

[52] *Op. cit.*, p. 125.

estaba en el orden del día en la revolución de febrero [53], se podía realizar con la aplicación de nuevas ideas y no jugando con las palabras [54].

Los moderados y los conservadores se alegraban de esta escisión evidente en el seno de la alianza democrática. Sin embargo, la situación se presentaba insegura. Ciertamente, los manifestantes habían obtenido muy pocas cosas, lo que resultaba desmoralizador para ellos. Pero su fuerza no se había gastado. Blanqui podría reagruparlos para una nueva insurrección mientras estuviera libre para excitar a la opinión y para conspirar. Esto nos lleva a hablar de la aplastante acusación de que fue objeto hacia finales del mes de marzo.

[53] *Les Affiches rouges*, París, 1851, pp. 129 ss.
[54] Mss. Blanqui, 9587, f. 60.

10. EL DOCUMENTO TASCHEREAU

Después del 17 de marzo, una creciente confusión agitó durante algún tiempo a adversarios y organizadores de la manifestación. Todos preveían alguna desgracia e intentaban prepararse para afrontarla. El centro derecha rumiaba su amargura y se esforzaba por reconstituir las fuerzas del orden. La izquierda, tan desunida como era posible, se encontraba en una posición desventajosa. Sin embargo, se realizaban muchos esfuerzos para propagar las ideas republicanas e intentar reconstruir la coalición democrática.

De hecho, la unidad resultaba imposible: los diversos elementos no habían formado realmente nunca un todo coherente; apenas se consiguió el primer gran éxito y ya estallaron las disensiones. ¿Qué métodos debían adoptarse para impulsar la revolución y a qué ritmo? He ahí lo que separaba a los aliados de ayer. Por consiguiente, la manifestación del 17 de marzo fue la última, al mismo tiempo que la más importante demostración de unidad. Lejos de consolidar la alianza, el acontecimiento amplió las fricciones internas.

Al sospechar su debilidad, los adversarios de la izquierda se apresuraron a acumular dificultades a su paso. Excitaron a la Francia rural contra la república, sin omitir nunca las referencias al gravoso impuesto suplementario; atribuyeron el paro prolongado a los sectarios de 1793. Y se preparaban para separar París de los departamentos. Por su parte, Lamartine elaboró un proyecto en dos partes, ninguna original. La primera recogía un viejo plan girondino de ataque concertado a la capital por los ejércitos provinciales. La segunda consistía en la conocida práctica de sembrar la discordia entre las filas enemigas [1].

[1] Lamartine, *Histoire de la révolution de 1848*, Leipzig, 1849, II, pp. 151 y siguientes.

Los que hacían causa común con Blanqui pregonaban por todas partes que los partidos vencidos conspiraban para atacar a la república. Blanqui mantenía que se les podría impedir hacerlo, gracias al conglomerado de fuerzas constituido por las categorías sociales que agrupaba bajo el nombre de «proletariado». Ese era el objetivo de su llamamiento a una federación de los clubs. En la lista de los que le apoyaban se encontraba Michelet, el antiguo refugiado político, actual presidente del Club de la Sorbona, Dézamy, jefe del Club de los Gobelinos, y Villain, el respetado jefe de los Derechos del Hombre. Los tres ya han sido presentados en sus respectivos papeles. Pero veinte clubs solamente, del centenar existente en París a fines del mes de marzo, respondieron al llamamiento y enviaron delegados. La federación resultó débil desde el principio. Después de su primera reunión celebrada el 26 de marzo cayó en el olvido facilitado aparentemente por la publicación cinco días más tarde del documento Taschereau. ¿Cuál era la naturaleza del programa elaborado por Blanqui para la federación? Se trataba de una variación sobre el tema socialista que comenzó a tomar forma en su mente el 17 de marzo. El socialismo y la democracia eran indivisibles, decía, y constituían las dos bases duraderas de la república. Sólo resultaba válida la república que intentaba abolir la explotación. Las palabras libertad, igualdad, fraternidad no serían más que palabras huecas si se limitaban a encubrir la penuria. «¡Trabajo y pan!», solamente estas dos palabras daban un sentido a la república[2]. Es preferible dejar el examen de la concepción blanquista del socialismo para un capítulo ulterior: su resultado puede resumirse ya como una mezcla de teorías tomadas aquí y allá, pero nunca fundidas en un todo coherente. La palabra eclecticismo surge al correr de la pluma a propósito de ese socialismo, cuya idea fundamental consiste en que socialismo y democracia son interdependientes. Esas eran las ideas clave con las que Blanqui pensaba inflamar la opinión de las masas en vísperas de las elecciones.

Ningún partido, ningún político de alguna notoriedad se mantenía al margen de este debate político muy tenso. Los republicanos de todos los matices, los bonapartistas, orleanistas y legitimistas se lanzaban a la pelea sin prescindir de nadie. El clero, generalmente realista, acusaba a los republi-

[2] Mss. Blanqui, 9581, f. 116-117; véase también *Le Courrier français*, 25 de marzo de 1848; *La Voix des clubs*, 25 de marzo de 1848; *Le Tribun du peuple*, 30 de marzo de 1848.

canos de irreligiosidad, y los monárquicos volvían a lanzar por su cuenta, en contra de la república, la vieja amenaza de las leyes agrarias. Los republicanos replicaban que, tanto el clero como los monárquicos, ponían la corona por encima de la nación; acusaban a los bonapartistas de desdeñar los principios democráticos. Las intrigas del gobierno provisional mostraban los síntomas de una lucha peligrosa. Un punto especial de desacuerdo residía en el control de la prefectura de policía: los moderados y los conservadores no perdonaban a Ledru-Rollin y a su lugarteniente Caussidière el habérseles adelantado.

Ya han sido esbozadas las relaciones de Ledru-Rollin con el Club de la Revolución. Recordemos sus dos objetivos: en primer lugar, oponerse a la Sociedad Central Republicana; además, movilizar a la opinión republicana contra el socialismo y el monarquismo a la vez. Con este propósito se creó el Club de los Clubs, en el que pronto se integraron la mayoría de los clubs parisienses. Más de sesenta mandaron delegados a la primera sesión, celebrada el 26 de marzo. En el orden del día figuraba el nombramiento de candidatos para las elecciones legislativas [3]. Pero, solapadamente, se trataba también de designar «misioneros republicanos» que se mandarían a los departamentos y a los regimientos.

Los que, efectivamente, se enviaron fueron pagados por Ledru-Rollin. Los 400 ó 450 agentes reclutados de esta manera recibieron una cantidad aproximada a los 123.000 francos, sacados de los fondos secretos del Ministerio del Interior [4]. Las órdenes emanaban del Club de los Clubs y del ministro. Su objetivo consistía en cubrir Francia de una red de sociedades republicanas, como habían hecho los jacobinos durante la gran revolución [5].

Hasta ahora, los historiadores no han escrito nada acerca de la labor de esos agentes [6]. Sus recursos y sus improvisaciones, sus hazañas y sus fracasos, la favorable acogida del público y los prejuicios provocados, todo fue perfectamente co-

[3] *La Commune de Paris*, 25 de marzo de 1848.

[4] [Amable] Longepied, *Comité révolutionnaire, Club des clubs et la commission*, París, 1850, pp. 53-61.

[5] Las órdenes fueron publicadas nuevamente en Quentin-Bauchart, *op. cit.*, II, pp. 130 ss.

[6] Una muestra de lo que podría hacerse es el ensayo de Christianne Marcilhacy, «Les Caractères de la crise sociale et politique de 1846 à 1852, dans le département du Loiret», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, 1959, VI, pp. 5-59.

municado a París. Los informes constituyen una mina de informaciones sobre las opiniones de los franceses en vísperas de las elecciones. Reflejan también la incansable fidelidad a su deber de esos *missi dominici:* naturalmente, tropezaron con las diferentes capas monárquicas y bonapartistas, así como con el inevitable clero; lo más difícil consistió en superar la amargura provocada por el impuesto suplementario. Entre una tradición petrificada y los sentimientos entusiásticos pudieron hacerse una idea cabal de las dificultades por las que atravesaría la república.

Para resumir podemos decir que el Club de la Revolución tuvo más suerte en su empresa de contrarrestar los planes del Club de Blanqui, que en la de ampliar las bases de la república. La federación creada no solamente ridiculizaba a la de Blanqui, sino que recibía un apoyo oficial y distribuía prebendas. Al no tener nada que oponer, la Sociedad Republicana no podía más que rumiar su impopularidad. Porque en el momento mismo en que las dos federaciones luchaban por la influencia empezaron a circular rumores terroríficos sobre la traición de Blanqui.

LA FUERZA DEVASTADORA DEL DOCUMENTO

Inmediatamente después del 17 de marzo, los jefes políticos, desde los reformistas hasta los conservadores, se sintieron literalmente atormentados por la posibilidad de una segunda revolución dirigida por Blanqui. La idea de que fuera elegido para la Cámara les horrorizaba. Porque dispondría por fin de una tribuna nacional para predicar sus doctrinas revolucionarias.

Circulaban historias inverosímiles: se pretendía que su largo encarcelamiento le había afectado; que era un Catilina, un nuevo apóstol del Terror; que preparaba un holocausto para enterrar las pruebas de una terrible acusación contra él. El 31 de marzo, el primer número de la *Revue rétrospective* publicó como editorial un documento difamatorio.

Algunos detalles sobre la biografía del director de la revista pueden ayudarnos a penetrar en el misterio que envuelve el origen de este documento. Se trataba de Jules Taschereau: de profesión abogado, pasado al periodismo, capaz de acomodarse a los regímenes sucesivos y de recibir su sustento de cada uno de ellos. Con Luis Felipe, fue secretario gene-

ral de la Prefectura del Sena. Durante la Segunda República tuvo acceso al ministerio del Interior y resultó elegido diputado a la Asamblea Constituyente. Napoleón le nombró director de la Biblioteca Imperial [7]. Poco después de la revolución de febrero le protegieron miembros del gobierno provisional como Marrast, Garniel-Pagès y Ledru-Rollin. Este último, no solamente le abrió los archivos secretos, sino que le invitó a participar en el ministerio en unas conferencias con jefes de club, como Barbès, por ejemplo.

Aquí se plantea una pregunta: si el objetivo del documento consistía en eliminar a Blanqui de la escena política, ¿por qué no haber solicitado los servicios de un asesino? Sería, sin duda, la solución más expeditiva. Sin embargo, una mancha infamante alcanzaría un doble objetivo: Blanqui quedaría aislado, y el golpe provocaría malestar y confusión en el campo de la izquierda.

Taschereau, repetimos, publicó su artículo el 31 de marzo. Según Blanqui y el bien informado Hippolyte Castille, el artículo existía ya el 22 de marzo [8]. Durante los ocho o nueve días siguientes, de acuerdo con el testimonio de Castille, circuló solamente en las más altas esferas gubernamentales. El periódico semi-oficial, *Le National,* así como los provinciales que en él se inspiraban, tuvieron igualmente derecho a conocerlo, con la consigna de utilizarlo contra un jefe de club, que no se nombraba, en el supuesto de que intentara perturbar el orden social. Resulta obligado interrogarse acerca de los motivos de la extraña publicidad gratuita. Detrás de todo esto estaba la desconfianza mutua permanentemente alimentada entre las diferentes facciones del Ayuntamiento. Lamartine celebró una entrevista secreta con Blanqui, que formaba parte del plan ya indicado anteriormente. De manera curiosa, Blanqui figuraba en la estratagema concebida por los amigos de Ledru-Rollin contra la junta del *National.* A cambio del apoyo de Blanqui en la lucha política emprendida contra este periódico, los amigos de Ledru-Rollin estaban dispuestos a proporcionar algunos puestos en el gobierno provisional al partido blanquista. Con este propósito, los satélites de Ledru-Rollin le convencieron de que fijara una entrevista con Blanqui para el anochecer

[7] Para breves reseñas biográficas, véase *Nouvelle Biographie générale,* XLIV, p. 898, y *Biographie universelle et portative des contemporains,* suplemento V, p. 798.

[8] *Réponse du citoyen Auguste Blanqui;* Maurice Dommanget, *Un drame politique en 1848,* París, 1948, pp. 42 ss.

del 31 de marzo [9]. El rumor llegó al Ayuntamiento. La publicación del documento, por consiguiente, ¿fue decidida por la junta con el fin de impedir todo acercamiento entre los dos hombres? Y el mismo Ledru-Rollin, titubeando en el último momento, ¿autorizó su publicación para evitar el encuentro con Blanqui?

Otros elementos del clima contemporáneo colaboraban para hacer oportuna esta publicación. En primer lugar, el retrato de un Blanqui pérfido que, como se recordará, quedó dibujado por el ministerio público en 1840. Y este tipo de retrato encantaba a los periodistas a la caza de melodramas. También corría el rumor de que había gozado de una relativa libertad en Blois, mientras que sus camaradas se pudrían en la cárcel. Se daba a entender que su libertad fue el precio de la traición. El crédito concedido a los rumores aumentaba debido a ciertas confirmaciones procedentes de antiguos miembros de sociedades secretas, los cuales, sin embargo, proporcionaban un testimonio poco digno de confianza.

El documento comprendía el siguiente prefacio:

«El documento que van a leer lleva por título: *Declaraciones hechas ante el ministro del Interior.* Como este documento no está firmado, no nos creemos suficientemente autorizados para reproducir aquí un nombre que no se ha dejado en blanco en el documento que tenemos a la vista. Los ciudadanos que han participado en este asunto, y que son los únicos que podrían conocer el secreto revelado aquí, verán si han de librarse a las investigaciones y averiguaciones necesarias para saber a quién debe incumbir la responsabilidad de estas revelaciones. Eso no es problema nuestro. Para nosotros es, concluía Taschereau, y lo será para nuestros lectores, una página curiosa de la historia contemporánea, cualquiera que sea el nombre con que se la deba firmar.» [10]

En el clima de rumores que reinaba en esa época, no quedaban apenas dudas de que el nombre dejado en blanco debía de ser el de Auguste Blanqui. Todo le acusaba en el documento: el tono, el esquema, los diferentes testimonios y la naturaleza tendenciosa de los hechos relatados.

[9] Véanse las cartas de Blanqui y de Cabet en *Le Représentant du peuple,* 15 de abril de 1848, y la toma de posición de Cabet en *Le Populaire,* 20 de abril de 1848. Véase también Maurice Dommanget, *op. cit.,* páginas 49 ss; *Le Peuple,* 2 de diciembre de 1848.

[10] *Revue rétrospective,* núm. 1, p. 3.

Nótese, en las últimas palabras del prefacio, la satisfacción anticipada que siente el publicista ante la idea de un enfrentamiento entre los jefes republicanos a propósito del documento. Conviene precisar que, a pesar de que el documento anónimo se presentara como auténtico, no era más que la copia de una copia. El original nunca se mostró. Y es obligatorio señalar también otro elemento de apreciación: el hecho de haber proporcionado un documento oficial relativo a un preso político, particularmente temido por la monarquía derrocada, a uno de sus antiguos funcionarios de policía, constituía razón suficiente para despertar sospechas entre los contemporáneos.

El documento se dividía en tres fragmentos fechados los días 22, 23 y 24 de octubre de 1839. El primer fragmento trataba de las conspiraciones desde el complot de Fieschi hasta el de las Estaciones. Dos observaciones se imponen: primera, el relato de los contactos de Blanqui con Pépin se parece extrañamente al informe oficial de febrero de 1836; segunda, las escenas que se cuentan están muy impregnadas del estilo de los expedientes policíacos. No resulta difícil detectar errores de apreciación en las fuerzas reales y en los recursos de la Sociedad de Estaciones. Del mismo modo, se atribuye a Blanqui una declaración según la cual ningún gobierno provisional había sido designado por los insurrectos en 1839, a pesar de que en el llamamiento leído el 12 de mayo de 1839 se incluía, efectivamente, una lista de siete hombres que debían formarlo. Existían otros errores, especialmente sobre el volumen de las municiones, la lista de los miembros y el número de los que realmente participaron en la sublevación. Particularmente reveladores resultaban algunos saltos repentinos de la primera a la tercera persona. La última parte, sobre todo, apenas tenía fuerza de convicción: se percibía la fabulación policíaca.

La publicación del documento supuso una ventaja inmediata para los enemigos de Blanqui. Necesitó unos quince días para preparar su respuesta; de forma que, incluso a los que estaban a su favor, se les había agotado la paciencia. Sin pronunciarse sobre el fondo, Blanqui se empeñó en reunir y verificar diversas informaciones. Hizo una sola excepción: la breve nota que mandó a la prensa, después de haber reeditado el documento la *Gazette* de los tribunales, proporcionándole así un aspecto oficial. En ella prometía desenmascarar a los elementos ocultos de la provocación [11].

[11] *La Commune de Paris*, 3 de abril de 1848; *Le Représentant du peuple*, 2 de abril de 1848.

El documento produjo el efecto de una bomba sobre el público; se discutió ferozmente. Unos veían una confesión; otros, una falsificación. Algunos pedían con frialdad que todo el mundo se abstuviera de juzgar, al menos mientras no se oyera al principal acusado.

Esta acusación conmovió profundamente a Blanqui. Cuando se repuso, los efectos se dejaban sentir plenamente. Lord Normanby, que relata fielmente lo que se decía en los salones, escribe en su diario: «La denuncia de Blanqui ha sido ciertamente, por lo que parece, una gran ayuda para el mantenimiento del orden, al sembrar la división en el campo de los desesperados.» [12] La conclusión del embajador se aproximaba a la de Blanqui: el documento, escribió, representa el golpe más duro asestado a la Revolución desde febrero [13]. Una emoción hirviente dividía a los republicanos demócratas. Entre ellos, Barbès desempeñaba el papel de acusador público. Tal vez no perdonó nunca a su antiguo compañero de conspiración haberle obligado a abandonar su querida provincia para servir una causa a la que hubiera preferido renunciar. Solamente él y Blanqui, afirmaba, habían conocido todos los secretos. Y, sin embargo, cuarenta y seis veteranos de las Estaciones declararon que en su mayor parte podían deducirse de los archivos de los procesos políticos y de relatos impresos después de 1840. Barbès persistió. Su antiguo aliado, siempre según él, les había traicionado para salvar la cabeza. Pero su memoria fallaba: precisamente fue la conmutación de su propia pena de muerte la que imposibilitó la ejecución de otros jefes de la insurrección. Si hubiera examinado el documento de un modo crítico, habría descubierto errores sobre puntos que le habían afectado muy de cerca, tales como la composición del gobierno provisional. ¿Y cómo leer la tercera parte, de carácter manifiestamente heterogéneo, sin poner en duda su veracidad? El caballero andante de la democracia, el prototipo de probidad estaba sencillamente cegado por la mala fe. Desde las alturas de la generosidad se dejaba llevar, esta vez, hasta el resentimiento más desagradable. Su benevolencia se limitaba a enmascarar una venganza completamente personal.

Todo separaba a los dos conspiradores. En materia de principios como en política, Barbès era un seguidista: no poseía inteligencia, ni sagacidad política para los grandes primeros papeles insurreccionales. Todo ello, sin embargo, lo tenía el

[12] *Op. cit.*, I, pp. 300 ss.
[13] Mss. Blanqui, 9583, f. 290.

hábil y penetrante Blanqui, que parecía perfectamente cualificado para esta tarea de Prometeo. Quizá fuera el reconocimiento de su propia inferioridad lo que impulsó a Barbès a intentar retirarse de la Sociedad de Estaciones.

Nuestro esbozo de una psicología de Barbès puede servir de explicación a su actitud en el asunto Taschereau. Hemos visto que antiguos afiliados de las Estaciones denunciaron el vacío de la argumentación. Cabet y Raspail también se pronunciaron en contra del documento. Luego de analizar el pasado de Blanqui, Cabet concluyó que la acusación resultaba insostenible [14]. Raspail fue más lejos: no contento con rechazar en bloque la acusación declaró que Taschereau, el acusador, era de hecho el culpable, y le conminó a que se disculpara [15]. Proudhon se manifestó totalmente satisfecho con la contestación de Blanqui [16].

LA RESPUESTA

El 14 de abril, en todas las esquinas, 500 voces gritaban: «¡La refutación de Auguste Blanqui, cinco céntimos!» Aparecía en un solo pliego, impreso por las dos caras, del que se habían tirado 100.000 ejemplares. Es imposible decir cuántos fueron efectivamente vendidos y cuántos distribuidos gratuitamente. El número de lectores debió de ser muy elevado. El estilo era potente y áspero, de una elocuencia plena de cólera y lágrimas; parecía una corriente de lava.

Desde el principio, Blanqui discutía la autenticidad del documento. No estaba escrito de su puño y letra; el estilo y la forma eran artificiales; no tenía firma: «¿Resulta verosímil?», preguntaba. Un enemigo feroz empujado a sus últimos atrincheramientos, a la merced de sus dueños, que traicionaba voluntariamente, ¿y no se le habría obligado a firmar sus confesiones? En definitiva, la acusación emitida contra él consistía en haber traicionado los secretos de la conspiración en 1839. Y entonces, ¿cómo se explicaba el desafío lanzado al Tribunal en 1840? ¿Y por qué habría traicionado? ¿Para salvar su cabeza? Pero este peligro ya no existía desde la conmutación de pena de Barbès. ¿O se trataba de aliviar su cautiverio? Aquí Blanqui recurría a las húmedas murallas del Mont-Saint-Michel y al fantasma de su mujer desaparecida. La acusación

[14] *Le Populaire*, 20 de abril de 1848.
[15] *L'Ami du peuple*, 16 de abril de 1848.
[16] *Le Représentant du peuple*, 14 de abril de 1848.

se basaba en el hecho de que se había vendido a cambio de oro. ¿Oro por un calabozo? ¿Por un jergón en una buhardilla? ¿Por algunos miserables harapos? ¿Y quiénes eran los acusadores? Antiguos lacayos de Luis Felipe, metamorfoseados en brillantes mariposas republicanas, cuyos cálculos se vinieron abajo debido a su curación.

Comparaba las revelaciones con un tejido de elementos recogidos en los informes de los confidentes de policía. Las nueve décimas partes eran producto de su imaginación. El propósito estribaba en liberarse de un adversario cuyo partido y programa constituían una impiedad imperdonable para los intrigantes del Ayuntamiento. Mostraba cómo la redacción final del documento, antes de llegar al público, había pasado de mano en mano. Después ponía en guardia a los republicanos: ellos también, si no sabían oponerse a las fuerzas retrógradas, podrían ser objeto de montajes semejantes.

Acusaba a sus difamadores de falta de valor. Querían vengarse, pero la luz del día les asustaba: «La infamia de su origen, escribía, queda evidenciada por los vergonzosos rodeos de su publicación.»

La refutación exasperó los ánimos. Además, el gobierno provisional se encontró arrinconado a la defensiva: necesitaba mostrar nuevas pruebas o perder la faz.

El asunto conoció una nueva resonancia cuando Taschereau lo llevó ante los tribunales. Se querelló contra Blanqui por haberle acusado de publicar un documento falsificado. Casi todos los testigos citados fueron personajes que ocuparon cargos importantes con Luis Felipe. Dos de ellos recordaron haber visto el documento en 1839. Otros tres afirmaron, bajo juramento, que la lectura del documento en la *Revue rétrospective* les había despertado recuerdos que databan de la detención de Blanqui. El canciller Pasquier recordó haberlo visto entre las manos de su antiguo secretario Lalande, pero no pudo decir si se trataba del original o de una copia. Emplazado para comparecer, el secretario declaró ser incapaz de decir cómo había sido hecho este documento. ¿Se basaba sobre notas cuyo origen desconocía? ¿Se trataba de un documento puesto en limpio? No sabría decirlo. Por consiguiente, era el momento oportuno para aportar el original del documento y abatir, para siempre, al peligroso revolucionario. Los testigos estaban más o menos de acuerdo para afirmar que habían visto el documento; ¡claro, que en manos de un servidor de Luis Felipe! ¿Dónde estaba, pues, el borrador con la firma del confidente, es decir, de Blanqui? Aunque este documento no se aportó en momento al-

guno, el Tribunal estimó que su existencia en 1839 no podía razonablemente ponerse en duda. Blanqui fue, por lo tanto, condenado [17]. El veredicto se apoyaba sobre dos postulados: según el primero, Blanqui había efectivamente hecho confesiones en 1839, aunque esto no lo hubiera probado el querellante; de acuerdo con el segundo, la palabra de los antiguos funcionarios realistas valía más que la del defensor. Si se admite la buena fe de los testigos, se impone una pregunta: ¿dónde se encontraba el original? Si existía, ¿por qué no se aportó en los anteriores procesos de Blanqui, entre 1840 y 1848? Caben dos respuestas: o se fabricó en 1848 con detalles sacados de los expedientes y con la ayuda de antiguos miembros de sociedades secretas; o se elaboró en 1839 sobre la base de informes de confidentes policíacos. En todo caso, Blanqui no era el autor.

El problema se planteaba en los mismos términos en 1848. Resultaba insostenible la opinión de Barbès y de sus amigos, de que la gracia de Blanqui, a fines de 1844, había sido el precio de sus confesiones, ya que en aquella época era casi un moribundo. Por ello expusieron otra hipótesis que proporcionaba mayor peso a su afirmación. Pretendían que Blanqui, a punto de morir, había dejado escapar secretos, en «un momento de debilidad», o en «un minuto de imprudencia» [18]. Pero esta explicación, que concordaba mal con las costumbres de austeridad y de rigor de Blanqui, no logró apenas imponerse.

Por iniciativa de los amigos de Barbès, se constituyó un comité compuesto por dirigentes de clubs. Cabet expuso algunas reservas sobre la manera en que fue constituido. Naturalmente, Blanqui se negó a comparecer. No obstante, el comité comenzó a trabajar; recogió testimonios e incluso se le facilitó el expediente [19]. Pero las pruebas resultaban demasiado frágiles para sacar conclusiones válidas [20]. Nunca se publicó su informe. Proudhon, encargado de redactarlo, prefirió posponer la redacción hasta obtener mayor información [21].

[17] La sentencia fue publicada aparte, *Deux chefs de clubs: Auguste Blanqui, ordonnance de la chambre du conseil, rendue contre lui; Juin d'Allas (dit Michelot), arrêt de la cour d'assises de la Seine.*

[18] Véase Camille Lèymarie, «Barbès et Blanqui à Belle-Ile», *La Nouvelle Revue,* 1898, CXII, pp. 385 ss. Esta hipótesis fue primeramente mantenida por Maurice Dommanget en su *Blanqui,* París, 1924, pero estudios posteriores le llevaron a rechazarla.

[19] Archivos Nacionales, BB 30-286 A.

[20] M. Dommanget, *Un drame...,* pp. 172-174.

[21] Alfred Darimon, *A travers une révolution,* París, 1884, p. 24.

Barbès quedó decepcionado. La acusación de Blanqui hubiera librado definitivamente a su amigo Lamieussens de las sospechas que pesaban sobre él desde los años 1830-1840. En 1836, la policía le había encontrado listas con nombres de miembros de la Sociedad de Familias. Es significativo que, mientras el comité de dirigentes de clubs oía a los testigos, entre ellos al mismo Lamieussens, éste efectuaba ya un cursillo de preparación en el ministerio de Asuntos Exteriores. Designado para un puesto poco importante en las Antillas, el mismo día en que se publicaba la réplica de Blanqui, se marchó apresuradamente. Cuatro años después falleció en Santo Domingo y se le rindieron honores militares y religiosos, ordinariamente reservados para los altos funcionarios [22].

Victor Bouton cuenta que los íntimos de Ledru-Rollin utilizaron a Lamieussens para impedir que Blanqui participara en las elecciones [23]. Por la misma fuente sabemos que los detalles del documento Taschereau fueron proporcionados por esa misma persona. Y disponemos también de la carta de Bouton a la madre de Blanqui, Sophie, fechada en 1857, en la época en que Taschereau se querelló contra el historiador Castille. En ella leemos que, según un antiguo prefecto de policía, el documento en cuestión se elaboró en 1839 a partir de los informes cotidianos de Lamieussens «que se había asociado a Blanqui y a Barbès y que compartía con ellos la dirección de sociedades secretas [...] Todo lo que tenemos de Blanqui, me ha dicho este prefecto, son dos cartas de su mujer, implorando la gracia de no morir sin decir adiós a su marido». Añadía el corresponsal que, si se le llamaba a testificar, revelaría el nombre de su informador [24].

Barbès desdeñó siempre los rumores sobre Lamieussens, aunque por su frecuencia pudieran haber despertado alguna duda en su mente. Pero era obstinado y estaba muy imbuido de su propia opinión. Es tentador preguntarse lo que pensaría cuando se enteró, en 1851, de que a Lamieussens se le estimaba tanto en los archivos de la Prefectura de policía como en el *National* e incluso en los círculos clericales y monárquicos de París. Y mientras tanto, su enemigo íntimo, Blanqui, continuaba siendo objeto de un «horror invencible» [25]. Todos los

[22] M. Dommanget, *Un drame...*, pp. 222-224.
[23] *Profils révolutionnaires*, núm. 9, p. 136.
[24] La carta fue publicada por Georges Renard en *La Révolution de 1848*, 1910-1911, VII, p. 8.
[25] Tomado de la carta de Proudhon a Duchêne, citada en Mss. Blanqui, 9581, f. 334.

enemigos del progreso se aprovecharon de la disputa. Leroux escribió a Cabet que todas las clases de socialismo se consideraban perjudiciales para la república [26]. Raspail observó que la palabra republicanismo se convertía en «un título de reprobación», a consecuencia de los grandes progresos de la contrarrevolución [27]. El comentario de Considérant tiene mayor interés, ya que era uno de los que más confiaba en las virtudes de la fraternidad para borrar las disensiones de clases. A mediados del mes de abril de 1848 tenía razones suficientes para escribir: «Preguntad qué es un socialista a cualquiera de esos buenos burgueses de cerebro estrecho; invariablemente responderá que se trata de un ser peligroso e inmoral que desea el saqueo y el incendio, el reparto de las tierras y la comunidad de las mujeres.» [28] No se hacía distinción alguna entre socialismo y comunismo: las dos teorías se asimilaban al libertinaje, al ateísmo y al incendio y el conjunto se relacionaba con el terrorismo. Periodistas y panfletarios, autores de vodeviles y poetas satíricos arremetían contra Blanc y Cabet, Leroux, Proudhon y Considérant. Se comparaba a Blanqui con un chacal. Se burlaban de consignas tales como «el derecho al trabajo» y «la propiedad es el robo». Se hacían las descripciones más fantásticas sobre el sufragio universal, la democracia, el trabajo, los clubs y los movimientos feministas [29]. Se presentaban las opiniones igualitarias como inspiradas por Satán, con el fin de combatir la obra del Gran Arquitecto [30]. De manera sintomática, esta propaganda proponía las siguientes definiciones del socialista: «devastador», «repartidor», «saqueador» y «anarquista».

Los efectos de estas caricaturas y distorsiones son incalculables. *Le Représentant du peuple*, que al fin y al cabo refleja

[26] *La Démocratie pacifique*, 14 de abril de 1848.
[27] *L'Ami du peuple*, 9 de abril de 1848.
[28] *La Démocratie pacifique*, 14 de abril de 1848.
[29] M. Fruchs, «Les farces contre-révolutionnaires en 1848, *La Révolution française*, 1922, LXXV, pp. 239 ss.
[30] La abundante literatura antisocialista publicada después de febrero de 1848 fue casi totalmente efímera. Entre las publicaciones que retuvieron más tiempo la atención pública, citaremos: León Faucher, *Du système de M. Louis Blanc, ou le travail, l'association et l'impôt*, París, 1848; A. de Monty, *Le Socialisme, la famille et le crédit*, París, 1850; Claude-Marie Dameth, *Le Credo socialiste ou Principes généraux de la science sociale*, París, 1849; M. Damiron, *De la providence*, París, 1849; Hippolyte Passy, *Des causes de l'inégalité des richesses*, París, 1850; Louis Villermé, *Des associations ouvrières*, París, 1850; A. E. Cherbulliez, *Simples notions de l'ordre social à l'usage de tout le monde*, París, 1848. Varias obras históricas fueron muy leídas. *De la propriété*, por Adolphe

su época, relata que antiguos radicales denunciaban a comunistas y socialistas para lavarse de toda sospecha de comunismo como si se tratara de un delito [31]. Según Cabet, a los que proclamaban sus opiniones democráticas se les impedía alistarse en la Guardia Nacional y asistir a las reuniones electorales. Si se presentaban comunistas, se les negaba la palabra y a veces se les expulsaba a la fuerza [32]. Tampoco Ledru-Rollin se encontraba fuera del alcance de los insultos. Sus agentes en provincias informaron de que se le acusaba de querer implantar el reinado del terror. Una indiscreción sobre su eventual entrevista con Blanqui reforzó el rumor de que preparaba una dictadura. Lo cual, por cierto, no carecía de fundamento; sus amigos de la Prefectura de policía le apremiaban para transformar el ministerio del Interior en el aparato central de un movimiento inspirado en los jacobinos. Pero no era el hombre apropiado para la situación; amante de su bienestar, ya entrado en años, no podía jugar a dictador. Además, para tomar el poder, hubiera necesitado aliarse con Blanqui; esto bastaba para impedírselo.

Hemos dicho que Lamartine confiaba en sembrar claramente la discordia entre los dirigentes de los clubs. Según su propio relato, conferenció en secreto con los jefes más conocidos, como Raspail y Cabet, Barbès, Lamieussens y Blanqui. Los dos primeros, nos dice, fueron muy fríos. En cambio, Lamieussens y Barbès se mostraron dispuestos a cooperar. Ante su asombro, Blanqui se mostró dispuesto a tratar con él [33].

Thiers, publicada en septiembre de 1848, aunque muy banal, fue una de las más difundidas. Se dice que una traducción inglesa, en noviembre de 1848, tuvo una tirada de 100.000 ejemplares. Se publicaron ediciones populares en Bélgica, Alemania, España. El editor inglés decía en una introducción que «el tratado del señor Thiers está lleno de esperanza [...] saca las conclusiones más optimistas de la historia del pasado». Solamente en Francia, el libro conoció cuatro ediciones en 1848. Los *Etudes sur les réformateurs,* de Louis Reybaud, aunque publicados en 1840, tuvieron varias ediciones. La quinta se agotó en 1848, y la sexta se publicó en 1849. Esta historia tuvo un rival: *l'Histoire du communisme, ou Réfutation historique des utopies socialistes,* de Alfred Sudre, París, 1848. La obra, galardonada por la Academia Francesa en 1849, conoció tres ediciones en dos años. Reybaud y Sudre se equivocaron sobre el origen y el sentido del socialismo. Otros escritos contemporáneos dirigidos contra el socialismo, pero menos importantes, fueron los de Alphonse Grün, *Le Vrai et le Faux socialisme. Le Communisme et son histoire,* París, 1849; Alphonse Franck, *Le Communisme jugé par l'histoire,* París, 1849; Charles Marchal, *Christianisme et socialisme,* París, 1850.

[31] 8 de abril de 1849.

[32] *Le Populaire,* 9 de abril de 1848.

[33] *Op. cit.,* II, pp. 157 ss.

Lamartine y Blanqui resultaban el día y la noche. Les hemos visto enfrentarse en el Ayuntamiento: uno sentado en el banco del gobierno provisional y el otro defendiendo su punto de vista. Todo les separaba. El poeta, ansioso de halagos y de aprobación, se mostraba tan irritable como imprevisible. No se sentía ligado a ningún partido. Sin embargo, no se desvió nunca de la derecha y de su oposición feroz a la izquierda. Objetivamente, su actitud facilitó el advenimiento de la contrarrevolución. Ningún dirigente político estaba tan convencido de ello como Blanqui. Este se equivocaba a menudo en sus juicios sobre los acontecimientos y los hombres, pero las faltas que cometía eran el resultado de errores fundamentales sobre la naturaleza de la sociedad; no pecaba nunca por sentimentalismo. En cambio, Lamartine tenía un fondo inimitable de sublime audacia que escondía bajo la facundia y los alardes de ingenio. Amable y pérfido, era, sin embargo, fundamentalmente ingenuo bajo su barniz de pensamiento capcioso y refinado. Estaba convencido de que lograría manejar a su antojo al conspirador.

Poco después del 17 de marzo Lamartine, todavía ministro de Asuntos Exteriores, intentó celebrar una entrevista con el revolucionario. Se fijó una cita para el 22. Pero al enterarse de que un documento abrumador circulaba por las altas esferas, el ministro cambió súbitamente de opinión, lo cual no sorprendió a Blanqui porque desconfiaba de Lamartine desde el asunto de la bandera roja; sus sospechas se confirmaron. Mucho más tarde, al reflexionar sobre los acontecimientos de la revolución, denunció a Lamartine como «el alma de la reacción» en el seno del gobierno provisional y le comparó a Simbad el Marino: «un pie en cada campo y en cada ribera.» [34]

El ministro de Asuntos Exteriores, luego de medir el efecto del documento Taschereau, volvió a su idea de conferenciar con Blanqui. El acusado podía resultar todavía un potente auxiliar en la lucha de tendencias en el Ayuntamiento. El 15 de abril, los dos hombres se vieron en secreto en el ministerio. Un oficial de marina, Paul Louis de Flotte, ardiente partidario de Blanqui, había preparado la entrevista. Según Lamartine, que constituye nuestra principal fuente, la entrevista fue larga. Nos cuenta que su invitado pensaba que su horizonte político era lo suficientemente amplio para admitir a todos los partidarios de la democracia. En su opinión, la

[34] Mss. Blanqui, 9581, f. 107; 9587, f. 145.

república representaba «una voluntad nacional, basada en todo el pueblo, pero irresistible»; protegía la propiedad y ayudaba al proletariado. Blanqui rechazaba la tiranía de una clase única, al igual que desdeñaba a los radicales que engañaban al pueblo con sus utopías. Sentía desprecio por los profetas del socialismo y los partidarios del terror. Reconociendo la imposibilidad de poner en práctica sus teorías sin garantizar la propiedad, deseaba el advenimiento de un gobierno fuerte con el fin de que desaparecieran las amenazas de dictadura de los partidos.

En este resumen, se pueden encontrar varios ejemplos de deformación de los hechos. Por ejemplo, se nos pide que creamos que el conspirador, acostumbrado a guardar en secreto sus pensamientos más íntimos —y que, según el juicio de Lamartine, poseía «todas las aptitudes y todo el tacto de un hombre nacido para la negociación»— abrió su corazón y dio libre curso a sus penas y sus aspiraciones ante una persona en la que no confiaba nada. Siempre según Lamartine, tras haber escuchado sus reproches de que perdía el tiempo en una vana oposición, el revolucionario se ablandó ante la idea de abandonar la causa a cambio de una misión oficial en el extranjero, que le sería confiada si aceptaba someterse a sus superiores [35].

Resulta muy difícil, en este informe, separar la ficción de la realidad. Algunos aspectos no concuerdan con lo que sabemos sobre el carácter de Blanqui. Supongamos por un instante que a Blanqui le sedujera la oferta. ¿Habría aceptado marcharse antes de que el escándalo sobre su nombre se hubiese disipado? Conceder crédito a una hipótesis semejante supone llevar agua al molino de sus acusadores. Una ojeada a las fechas muestra que la víspera de la entrevista Blanqui había publicado su *Réfutation*. ¿Es verosímil que al día siguiente de su publicación pensara en huir al extranjero y abandonar el terreno? La deserción en el mismo momento en que su honor estaba en juego significaría la enajenación de los que le defendían. Cuanto más analizamos el informe, más nos inclinamos a considerarlo como una obra híbrida en la que se mezclan realidad y ficción.

La entrevista no pasó desapercibida y suscitó una tempestad de rumores. Se celebró en un momento particularmente crítico: la víspera de una demostración de masas y una semana antes de las elecciones. Como los temas tratados en la discusión no se revelaron, la opinión pública se excitó todavía más.

[35] *Op. cit.*, II, pp. 163 ss.

Blanqui declaró en su proceso de Bourges que la entrevista se desarrolló en torno al documento Taschereau. El testimonio de Lamartine en el mismo proceso evocó solamente la atmósfera de la entrevista. Había sido cordial; su invitado se mostró muy interesado por el cambio de opiniones, y su conversación resultó extremadamente agradable [36].

Entre rumores de todo tipo, se preparaba la manifestación del 16 de abril. Varias fuentes de descontento comenzaban a desbordar. La organización del trabajo se encontraba aún en la fase de las palabras. La farsa de los Talleres nacionales parecía cada día más clara. Además, la paga diaria de dos francos asignada a los trabajadores no bastaba a los cabezas de familia; su único efecto consistía en que bajaran los salarios ofrecidos por los patronos y, por último, la proximidad de las elecciones alarmaba a los republicanos y socialistas.

La manifestación de masas mostró que Louis Blanc no era ajeno a ella. Tenía sobradas razones para sentirse decepcionado: los Talleres resultaban una burla, la Comisión del trabajo no se parecía nada al ministerio del Trabajo que había soñado. Exiliado del Ayuntamiento y convertido en perro guardián de las relaciones capital-trabajo podía concluir que, a pesar del apoyo popular, había sido engañado. Deseaba ardientemente reconquistar la confianza de los obreros y conjurarles a poner al mal tiempo buena cara. Una nueva revolución sólo se haría a costa de las libertades democráticas. Pidió discretamente a todos los jefes de clubs y a los obreros que acudieran en masa, pero las disputas internas y el temor recíproco provocaron el fracaso de la unidad de acción. Barbès, por ejemplo, se echó para atrás cuando supo que la Sociedad Republicana Central acudiría. Ledru-Rollin temía a la concentración de masas: no había olvidado el 17 de marzo. Sus consejeros personales seguían preconizando una amplia unidad democrática, representada por un comité en el que tendrían su puesto jefes como él y Blanqui. Pero ni uno ni otro querían oír hablar de ello. Ledru-Rollin temía perder partidarios en caso de asociarse a un hombre al que creía capaz de traicionar; y Blanqui no quería tener nada que ver con el ministro del Interior, al que estimaba cómplice de la agresión de que había sido víctima.

El pretexto de la concentración pública del 16 de abril era la elección de 14 oficiales de la Guardia Nacional. Inmediatamente después estaba prevista una marcha sobre el Ayuntamiento con el fin de presentar al gobierno provisional una

[36] *Procès des accusés du 15 mai 1848*, pp. 286, 287.

petición con dos puntos: la organización del trabajo mediante la asociación y la abolición de la explotación del hombre [37]. Lo cual significaba, en realidad, pedir el socialismo.

El 16 de abril era domingo. A las doce, una multitud, calculada en unas 100.000 personas, se reunió en el Champ de Mars. Louis Blanc nos relata que esta inmensa concurrencia alarmó de tal manera a los miembros del gobierno provisional que «decidieron remover el cielo y la tierra» para atenuar su efecto psicológico [38]. Unos confidentes de la policía corrieron el rumor de que Blanc y Ledru-Rollin habían sido asesinados; y Lamartine convenció al ministro del Interior para que llamara a los guardias nacionales y a los guardias móviles. Los pacíficos manifestantes se encontraron, pues, rodeados de fuerzas armadas. Cuando se dirigían a su punto de destino fueron recibidos a los gritos de «¡Mueran los comunistas!», «¡Abajo Louis Blanc!», «¡Abajo Blanqui y Cabet!» [39] Al frente de su legión, entre los guardias nacionales, se pavoneaba el coronel Barbès. Más tarde explicó que había oído rumores de que un puñado de hombres intentaba transformar la manifestación en insurrección: naturalmente pensaba en Blanqui y su Sociedad [40]. Esta y su presidente acababan precisamente de sumarse a la marcha. Sin embargo, Blanqui no había participado en modo alguno en la preparación de la manifestación y en su programa. ¿Por qué se había sumado? Para distribuir su *Réfutation*, y no para dar un golpe de Estado, como decían los rumores.

La estratagema gubernamental venía de primera: no habría más de tres o cuatro mil comunistas en toda Francia, según las estimaciones de Blanqui, y apenas algunos centenares en París [41]. Sin embargo, el grito de «¡Abajo los comunistas!» fue coreado por millares de hombres, ricos y pobres, burgueses y obreros. Algunos protestaron, pero sus voces fueron ahogadas por las de la inmensa mayoría. La reacción, dijo Blanqui, acababa de descubrir su consigna [42].

En París como en provincias, todos los matices del radicalismo se calificaron de comunistas [43]. El socialismo quedó anate-

[37] *Le Moniteur universel*, 17 de abril de 1848.
[38] *Histoire de la révolution de 1848*, II, pp. 13-14.
[39] Menard, *op. cit.*, pp. 105 ss., 119 ss.; Delvau, *op. cit.*, pp. 453 ss.
[40] Quentin-Bauchart, *op. cit.*, II, p. 104.
[41] Mss. Blanqui, 9587, f. 82.
[42] *Ibid.*, f. 83.
[43] Archivos Nacionales, C 939-940, *passim;* Marcilhacy, *op. cit.*, páginas 21 ss.

matizado, y la explicación de Considérant, según la cual podía instaurarse pacíficamente, no sirvió para nada [44]. Se dictó contra Blanqui una orden de comparecencia, aunque se aplazó su ejecución porque en las altas esferas se temía amotinar a sus partidarios instalados en la Prefectura. Cabet tuvo que pasar a la clandestinidad [45].

Los conservadores se alegraron: «¡Bravo!», exclamaron *Le National* y *L'Assemblée nationale. La Presse* y *Le Journal des Débats* felicitaron al gobierno por haber dado una lección bien merecida a esa banda de malhechores [46]. Lamartine exultó: evocando más tarde el 16 de abril, lo consideró como «el día más hermoso de su vida política» [47]. Los demócratas vieron llegar el peligro; para George Sand, bajo el enmascaramiento de la invectiva, el peligro se concretaba [48]. *Le Représentant du peuple* pidió a Louis Blanc y a Ledru-Rollin que dimitieran o se consideraran cómplices de la contrarrevolución [49]. Llamaba a los reformistas y socialistas a hacer causa común con los comunistas, puesto que todos, sin distinción, iban a ser liquidados [50]. Cabet lanzó un «¡Yo acuso!» contra los intrigantes [51]; y Leroux, tomando la palabra ante el Club de la Revolución, aceptó el desafío [52]. El cariz de los acontecimientos obligó a la Sociedad Republicana Central a revisar su política. Reunida en la noche del 16 de abril, discutió una propuesta tendente a transformarla en una sociedad semi-secreta. Este tipo de sociedad, dijo Blanqui, se descartó por inadecuado debido a las libertades conquistadas después de la revolución de febrero; por su parte, hubiera preferido no volver a él. El renacimiento de la reacción, sin embargo, le obligaba a reconsiderar su actitud. De mala gana, Blanqui propuso reformar la Sociedad de acuerdo con las bases de las antiguas sociedades secretas; la asamblea votó la propuesta [53]. Es preciso tener en cuenta este hecho en su carrera de conspirador.

Blanqui, apenado por los efectos sobre los trabajadores tanto de la crisis económica como de la contrarrevolución, participó en sus reuniones con la esperanza de devolverles la con-

[44] *La Démocratie pacifique*, 19 de abril de 1848.
[45] *Le Populaire*, 20 de abril, 23 de abril de 1848.
[46] Resumido en *L'Ami du peuple*, 20 de abril de 1848.
[47] *Op. cit.*, II, p. 218.
[48] *Correspondance*, París, 1883, 4.ª edición, III, pp. 40 ss.
[49] 18 de abril de 1848.
[50] 19 de abril de 1848.
[51] *Le Populaire*, 22 de abril de 1848.
[52] Quentin-Bauchart, *op. cit.*, II, p. 105.
[53] *La Commune de Paris*, 19 de abril de 1848.

fianza en la república democrática. Cualesquiera que hubieran podido ser las faltas del gobierno provisional, mantenía ante ellos, había que defenderle. Dirigiéndose a 1.300 ferroviarios, los puso en guardia contra las conspiraciones destinadas a derrocarlo. Un obrero relata que le oyó decir que las exigencias del pueblo podían satisfacerse gracias al sufragio universal. Otro recuerda haberle oído responder severamente a un miembro del auditorio que preconizaba la violencia contra la futura Asamblea Constituyente [54].

Es claro que, después del 16 de abril, Blanqui se colocó firmemente al lado de las instituciones y prácticas democráticas vigentes. De acuerdo con esta línea de conducta, reprochó al Ayuntamiento el mantener estacionadas en París tropas provinciales que sólo podían favorecer los objetivos monárquicos en vísperas de las elecciones [55].

Los diferentes programas electorales pretendían todos ofrecer la solución milagrosa [56]. Los métodos variaban desde el monarquismo y el liberalismo hasta los diferentes matices del socialismo. Hubo electores que fueron comprados; otros, emborrachados, y muchos sometidos al chantaje de la amenaza de la condenación eterna. En el campo y las pequeñas ciudades, los campesinos y artesanos votaron por mediación de curas y notarios. Todo valía con tal de vencer a los republicanos demócratas.

Entre los 880 diputados elegidos, los republicanos moderados resultaron mayoritarios. Su republicanismo era elástico, de buen tono; los monárquicos no se privaron de rendirles homenaje. Si estallara un conflicto entre los obreros y la burguesía, esos republicanos no dejarían de hacer causa común con los partidos dinásticos. Los legitimistas y los orleanistas obtuvieron juntos alrededor de 300 escaños. Los demócratas y los socialistas fueron vencidos, incluso en París. De los 33 candidatos nombrados por los clubs democráticos en París, únicamente seis resultaron elegidos, y eso que cuatro de ellos —Ledru-Rollin, Flocon, Blanc y Albert— se habían beneficiado de su posición y de sus apoyos. Barbès y Considérant ganaron las elecciones en provincias, pero perdieron en París, como Blanqui, Raspail y Cabet. El embajador lord Normansby atribuyó la derrota de la izquierda al hecho de que «una fracción de la

[54] *Procès des accusés du 15 mai 1848*, pp. 515-516.

[55] Mss. Blanqui, 9581, f. 115-116; véase también 9582, f. 250-251, y 9584 (2), b 5, f. 325-328.

[56] Véase G. Renard, *op. cit.*, pp. 43-44.

clase obrera mucho más pequeña de lo previsto había, efectivamente, participado en las votaciones» [57]. Ningún candidato de los presentados por la Sociedad Republicana Central se aproximó a la mayoría. Los 20.000 votos obtenidos por Blanqui [58] demostraban el nivel extraordinariamente bajo de su popularidad, incluso entre las masas urbanas.

Los resultados de las elecciones confirmaron también la justeza de las predicciones de Blanqui: las reglas de la legalidad republicana sirvieron perfectamente a los enemigos de la revolución. Estos descubrieron las ventajas de las libertades democráticas y se aprovecharon de ellas para enseñar al pueblo a odiar la democracia. Y al adelantar la fecha de las elecciones pujaron más alto que los demócratas. Blanqui había previsto las consecuencias de todas estas maniobras y conjuró a los amigos de la república democrática y social para que formaran un frente común. Sin embargo, el enemigo se había apuntado dos tantos: el primero, con el documento Taschereau; el segundo, al provocar el fracaso de la manifestación del 16 de abril. Después de estas maniobras preliminares, su victoria en las urnas resultó todavía más fácil. El camino hacia mayores victorias se abría ante él.

[57] *Op. cit.*, I, p. 344.
[58] Gustave Lefrançais, *Souvenirs d'un révolutionnaire*, Bruselas, 1902, página 40.

11. EL REFLUJO DE LA REVOLUCION

LAS TRES ETAPAS DE LA REPRESION

Las elecciones oscurecieron el panorama de las esperanzas populares. Confianza en la derecha y rencor en la izquierda provocaron fricciones sociales que degeneraron en altercados. Casi a diario, los periódicos relataban enfrentamientos por todo el país entre los obreros y la tropa. Las causas principales provenían del paro, de las reducciones de salarios y de la competencia del trabajo monástico.

La guerra civil estalló en Limoges y en Rouen. En la primera ciudad, los insurrectos desarmaron a la Guardia Nacional y se hicieron dueños de la situación durante dos días. Pero los sublevados tuvieron que inclinarse ante la superioridad numérica de la tropa [1].

En Rouen el incidente costó muchas vidas humanas. En este centro textil las innovaciones tecnológicas habían provocado una miseria increíble. El hermano de Blanqui, el economista liberal, escribió, después de una visita de inspección en 1848, que «no hay miseria en el mundo comparable a la de los habitantes del barrio Martainville en Rouen y del barrio Saint-Sauveur en Lille»; las chabolas de Rouen eran «guaridas inadecuadamente honradas con el nombre de viviendas», cuyo aire fétido quebrantaba la salud de los adultos y mataba a los niños en la cuna. Calculaba que la crisis económica produjo más de 30.000 parados [2].

La miseria aumentaba el descontento de los obreros a la vista del resultado de las elecciones. Circulaban rumores: algunos electores se habían visto sometidos a presiones y había existido fraude. En una atmósfera cargada de animosidad entre

[1] *La Démocratie pacifique*, 2 de mayo de 1848.

[2] Adolphe Blanqui, *Des classes ouvrières en France pendant l'année 1848*, París, 1849, pp. 32, 47, 70 ss.

las clases sociales, esos relatos constituían provocaciones que inflamaban las pasiones. En Rouen, donde los combates duraron dos días, cerca de 100 obreros encontraron la muerte y varios centenares resultaron heridos. El bombardeo de la ciudad por el ejército profesional fue tan intenso que pocas casas quedaron intactas [3]. Cerca de allí, en Elbeuf, la sublevación acabó de la misma manera desastrosa.

Los periódicos conservadores expresaron su calurosa aprobación: concluían que esos acontecimientos tuvieron como efecto innegable el amputar a la hidra revolucionaria varias cabezas y servir de advertencia a los radicales para el caso de que continuasen la difusión de sus doctrinas de guerra entre las clases. En cuanto a los periódicos demócratas y socialistas, pedían justicia. En las reuniones, tanto de los clubs como públicas, los oradores exigían una investigación y el castigo de los culpables.

Una de las denuncias más resonantes se expresó en un discurso pronunciado en la Sociedad Republicana Central [4] por su presidente, distribuido y fijado en carteles por toda la capital, aunque los carteles fueron arrancados y destrozados. Según este discurso, los auténticos culpables eran los defensores del orden, cómplices del crimen: los monárquicos burgueses que no habían perdonado a «esos canallas» su indefectible adhesión a la república. A continuación el discurso formulaba cuatro exigencias: el desarme y la disolución de la guardia burguesa de Rouen; diligencias contra los oficiales que la dirigían; incoación de procesos contra los jueces que condenaron a los republicanos, y el alejamiento inmediato de París de las fuerzas armadas que habían sido arrastradas a «una noche de San Bartolomé obrera» [5].

[3] Véanse los artículos muy útiles referentes a los incidentes de Rouen en el libro de E. Labrousse, *Aspects de la crise et de la dépression de l'économie française au milieu du XIXe siècle*, París, 1956. Véase también André Dubuc, «Frédéric Deschamps, commissaire de la République en Seine-Inférieure», *Actes du congrès historique du centenaire de la révolution de 1848*, París, 1948, pp. 381-395.

[4] Una declaración, publicada por la Sociedad de Derechos del Hombre, prometía proseguir, por la fuerza si fuera necesario, la ejecución de sus principios como el medio más seguro para impedir la repetición de semejantes acontecimientos sangrientos. Quentin-Bauchart, *op. cit.*, II, p. 285; Lucas, *op. cit.*, pp. 110 ss.

[5] *Les Affiches rouges*, pp. 153-156, reeditado por Quentin-Bauchart, *op. cit.*, II, pp. 283-285, y en *Le Représentant du peuple*, 3 de mayo de 1848.

Estas últimas palabras evocaban todo el horror del derramamiento de sangre y se hacían eco de los rumores premonitorios que se difundían en París. La opinión pública, según los informes policíacos, pensaba que los tiroteos de Limoges y Rouen no eran sino ejemplos de acciones más serias que se preparaban [6]. Un periodista contemporáneo bien informado acusó entonces al gobierno provisional saliente de haber redoblado la violencia de las calumnias contra los socialistas y los jefes de clubs [7]. Ninguno de ellos se escapó, pero Blanqui fue el principal objetivo. Era «el terror de los moderados» [8]. Se decía que poseía una estratagema infalible para adueñarse del organismo supremo. El hecho de que su club aprobara la actitud de Barbès, que, frente a una oposición aplastante, se había levantado en la Asamblea Constituyente para exigir una investigación sobre los incidentes de Rouen, se consideraba, a primera vista, como un signo de acercamiento entre los dos.

La Asamblea se reunió por primera vez el 4 de mayo. Todos los partidos reconocieron que no estaba a la altura de los acontecimientos. Era odiada antes de haber pronunciado una palabra, como observó Herzen. Mostró su incompetencia y «su nulidad incolora» al preocuparse por detalles y problemas secundarios [9]. Los espíritus prosaicos de la mayoría concentraron ante todo su atención sobre la seguridad de la Asamblea. Esta seguía con el culto idólatra de prácticas incompatibles con los principios democráticos. Por el tono, recordaba exactamente la última Cámara orleanista, aunque utilizaba otras fórmulas. El día de la apertura de las sesiones, los diputados de todos los partidos rivalizaron en ardor para gritar: «¡Viva la República!»; «hubo mucho ruido, pero ningún entusiasmo» [10], según el recuerdo de Alexis de Tocqueville.

Con Albert y Louis Blanc en la Asamblea, la cuestión social no podía mantenerse marginada durante mucho tiempo. Se rogó a Louis Blanc que no llevara las cosas demasiado lejos, pero su aceptación habría significado una falta a los principios que constituían el fundamento de su vida política. No obstante, presentó el problema con prudencia. El 10 de mayo sostuvo que un ministerio de Trabajo calmaría a los trabajadores hambrientos y agitados, como había hecho la Comisión de trabajo,

[6] Quentin-Bauchart, *op. cit.*, II, pp. 215, 219.
[7] *Le Représentant du peuple*, 29 de abril de 1848.
[8] Henry Prior, «Révolution de février, variété inédite», *Les Oeuvres libres*, diciembre de 1932, núm. 138, p. 373.
[9] *Lettres de France et d'Italie*, Ginebra, 1871, p. 179.
[10] *Op. cit.*, p. 150.

cuyo objetivo —confesaba por primera vez— fue realmente ése. Los diputados rieron burlonamente. La Asamblea descartó el problema votando una investigación sobre las condiciones de trabajo [11].

Pocos en la Asamblea se preocupaban por la cuestión social. Las numerosas peticiones de aplazamiento de la medida votada implicaban que no interesaba o que se la temía. La razón era que la investigación no dejaría de provocar agitación y huelgas; por eso no se acabó nunca. El comité responsable recogió muchos testimonios, sin presentar informe alguno [12]. Pero se alcanzó el objetivo inicial: enterrar bajo una montaña de datos y de cifras la cuestión espinosa de Louis Blanc.

Un abismo separaba a la Asamblea de los trabajadores. La Cámara se encontraba absolutamente obligada a mantener el *statu quo*. Por consiguiente, no dio un paso por acercarse a los trabajadores y no hizo nada para aliviar sus sufrimientos o desarmar su cólera. Las esperanzas de éstos se habían visto defraudadas. Las ilusiones inspiradas por los Talleres nacionales se desvanecieron. Sólo quedaba el aspecto caritativo de esos talleres, que hería la dignidad humana. Y corría el rumor de que incluso esa fuente de socorro se acabaría pronto. La Comisión de trabajo dejó de reunirse. Los trabajadores se encontraban desmoralizados, al borde de la desesperación.

Mientras tanto, la Asamblea intentaba distraer a los parisienses. Proclamó oficialmente la República. Pero este acto provocó demasiadas protestas en el seno de la Asamblea y despertó sospechas. Además, la Asamblea introdujo la cuestión polaca en una situación política tensa.

Este problema interesaba a los franceses desde las guerras revolucionarias de finales del siglo XVIII. Tras la derrota de los insurrectos polacos en 1831, les preocupó mucho más [13]. Los refugiados polacos se afiliaron a movimientos radicales y contribuyeron a la organización de sociedades socialistas internacionales. En 1848 organizaron en Francia una legión con el

[11] *Compte rendu des séances de l'Assemblée nationale*, París, 1849, I, páginas 108-112.

[12] Hilde Rigaudias-Weiss, *Les Enquêtes ouvrières en France entre 1830 et 1848*, París, 1936, cap. VIII-XI.

[13] La profunda simpatía de los franceses por la causa polaca, tras la sublevación de 1830-1831, se manifestó por una rica floración de cantos, discursos, libros y artículos. Un historiador nos dice que estos últimos eran lo bastante abundantes para llenar bibliotecas. (Henryk Jablonski, «Die internationale Bedeutung der nationalen Befreiungskämpfe in 18. und 19. Jahrhundert in Polen», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, 1956, Beiheft 3, p. 86.)

objetivo de devolver la independencia a su patria. En esa época, los demócratas franceses ya habían identificado la causa de Polonia a la suya.

Los conservadores presentaban el problema de manera original: en lugar de tratarlo, junto con la cuestión social francesa, como un solo y único problema, los hacían depender el uno del otro. He aquí su razonamiento: sin la libertad de Polonia, la paz internacional no era más que una esperanza sin fundamento; antes de declarar la guerra a la pobreza, había que hacer la guerra contra la guerra; por consiguiente, resultaba preciso mantener la cuestión social marginada hasta que la cuestión polaca se solucionara. Esas eran las premisas. Sin embargo, no se preparó ningún plan para resolverla, salvo la estratagema insidiosa, imaginada por Lamartine, que consistía en alentar a la legión polaca a atacar las fuerzas unidas de la difunta Santa Alianza. Lo que importaba a los conservadores no era la independencia de Polonia, sino su utilidad para distraer al proletariado parisiense del problema de su pan cotidiano.

La propuesta tendente a demostrar que, para los franceses, los derechos de Polonia tenían prioridad sobre sus problemas internos, tan urgentes, fue cálidamente defendida en la Asamblea por Louis Michel Wolowski. Refugiado en Francia, donde se naturalizó y abrazó la profesión de economista, después de la insurrección polaca de 1831. Su tesis de que la paz internacional era la condición necesaria para encontrar la solución al problema social se conciliaba con su convicción librecambista. El 10 de mayo, día en que Louis Blanc defendió nuevamente la necesidad de un ministerio de Trabajo, Wolowski leyó un llamamiento, procedente de refugiados polacos, para pedir que Francia salvara a sus conciudadanos de la exterminación. A continuación apoyó su solemne petición mostrando la relación estrecha que existía entre la emancipación de Polonia y el problema de la miseria en Francia [14].

Si su objetivo consistía en enmascarar la situación de los franceses describiendo la de los polacos, se equivocaba de camino. En el ánimo del pueblo, la opresión de los pueblos en el extranjero y la miseria en el país constituían dos aspectos de una situación única y general. La libertad era indivisible: los franceses no serían libres mientras que los polacos permanecieran en la esclavitud.

Tras los dolorosos acontecimientos de Limoges y de Rouen, las noticia de las matanzas de polacos por las tropas austríacas

[14] *Compte rendu des séances de l'Assemblée nationale*, I, p. 105.

y prusianas cayó como una antorcha en una atmósfera inflamable. Con la cabeza repleta de recuerdos revolucionarios y el corazón desgarrado, los parisienses se sintieron obligados a cumplir la promesa de las tres palabras sonoras que la gran revolución les había legado. La acusación de nacionalismo estrecho lanzada por los polacos contra los franceses hería su orgullo nacional [15]. Se oyeron gritos en favor de una guerra de liberación, que los intrigantes alentaban y los prudentes no podían moderar. Perturbados por esta agitación, los jefes de los clubs se esforzaron por disuadir a los parisienses de participar en ella. Cabet y Considérant lanzaron llamamientos a la serenidad [16]. Louis Blanc intentó que tomaran otra vía. Proudhon declaró que los franceses debían primeramente asegurarse su libertad antes de llevársela a otros pueblos [17]. Barbès se negó a apoyar el movimiento.

Blanqui, por su parte, también se oponía. Con toda seguridad, estaba lejos de ser insensible a la dramática suerte de los polacos. Pero presentía un subterfugio [18]. Poniendo a su club en guardia contra actos irreflexivos, le aconsejó esperar a que la marea fuera favorable [19]. Sin embargo, contrariamente a sus costumbres, el club no se mostró de acuerdo con sus consejos. Los sentimientos fueron tan intensos e irresistibles, afirmaría al año siguiente durante su proceso, que tuvo que ceder. Las gentes, dijo, no son autómatas: el que pretende conducirlas debe tener conciencia de sus sentimientos. Por ello se sumó a la opinión general, no sin advertir al club que evitara las falsas maniobras [20].

Así se organizó una manifestación a favor de Polonia. Para sus instigadores estuvo a punto de ser prematura. El 13 de mayo, un cortejo de cuatro o cinco mil personas estaba dispuesto a marchar hacia la Asamblea Nacional cuando se dio la orden de dispersión. ¿Era la impaciencia o un plan de los monárquicos para precipitar las cosas? ¿Se podía atribuir a los enamorados de la cábala del tipo de Lamartine y Ledru-Rollin? Los decepcionados partidarios de éste le apremiaron para que procediera a una depuración de monárquicos en la Asamblea

[15] Véase, por ejemplo, *Le Peuple constituant*, 5 de mayo de 1848; Quentin Bauchart, *op. cit.*, II, pp. 106 ss., p. 113.
[16] *Le Populaire*, 18 de mayo de 1848; *La Démocratie pacifique*, 16 de mayo de 1848.
[17] *Le Représentant du peuple*, 15 de mayo de 1848.
[18] *Procès des accusés du 15 mai*, pp. 226 ss., 522 ss., 725 ss.
[19] *Ibid.*, p. 153.
[20] S. Wassermann, *op. cit.*, p. 171.

como habían hecho los jacobinos con los girondinos en la Convención. Todas estas cuestiones se planteban a la vez. Fuertes sospechas pesaban sobre Marrast, alcalde de París, cuyo odio al neojacobismo era tan feroz como su odio al socialismo.

Los principales jefes de la manifestación del 15 de mayo eran Joseph Sobrier, un atrabiliario, y Aloysius Huber, personaje más importante, aunque psicópata. El primero, aliado de Caussidière y de Ledru-Rollin, actuaba, sin duda, como su cómplice. El segundo era presidente del Club Centralizador, que sustituyó al Club de los Clubs, ya estudiado. Su sucesor ¿se encontraba bajo la protección de Lamartine o de Marrast o, por el contrario, era el instrumento del comité ejecutivo de la Asamblea? No se ha podido penetrar en el secreto. Y el misterio que rodea la actitud de Huber durante la manifestación tampoco se ha esclarecido. ¿Se encontraba en un período de trastornos mentales? ¿O representó el papel asignado por los directores de escena? Los testimonios facilitados en 1849 versaron esencialmente sobre sus relaciones con la policía de Luis Felipe [21]. Según otros testimonios, intentó arrastrar a los socialistas a la manifestación [22]. Es bastante significativo que, tras su desastroso desenlace, fuera detenido y liberado muy rápidamente, mientras que a otros jefes de clubs se les encerró en una fortaleza. Subrayemos otro dato: solicitó más tarde funciones oficiales bajo el Segundo Imperio. Aunque su petición fuera rechazada, consiguió vivir de manera desahogada. Nadie, que sepamos, ha descubierto todavía la fuente de sus ingresos.

El cortejo, que salió de la Bastilla, llevaba una petición sobre Polonia que debía ser entregada en la Asamblea. Llegada a su destino, la multitud, vociferante y a la desbandada, penetró violentamente en la Cámara. Desde las galerías se podía contemplar un océano de cabezas. Raspail, como pudo, logró alcanzar la parte delantera de la tribuna y hacerse oír cuando leyó la petición.

Blanqui se encontraba al pie de la tribuna. Al observar el desorden y la precipitación, presintió el desastre, pero no pudo impedirlo. Se oyeron gritos: «¡Blanqui a la tribuna!», y antes de que hubiera podido decir una palabra, fue alzado sobre el estrado. Tocqueville, entonces diputado, que le observaba por primera vez, trazó de él un retrato inolvidable: «Las mejillas macilentas y descoloridas, labios blancos, rostro de enfermo,

[21] *Procès des accusés du 15 mai*, pp. 554 ss.
[22] *Ibid.*, p. 558.

malvado e inmundo, una palidez sucia, el aspecto de un cuerpo enmohecido, sin camisa visible, una vieja levita negra pegada sobre los miembros delgados y descarnados; parecía haber vivido en una cloaca y salir de ella» [23].

Luego de erguirse todo lo posible ante la tumultuosa masa, comenzó refiriéndose al tema que resonaba en todas las mentes, es decir, la liberación de Polonia. Oyó gritar «¡Bravo!», cuando sondeó la opinión sobre temas que afectaban directamente al pueblo. Habló de necesidades: exigió trabajo y pan. Rechazó por especioso el argumento de moda según el cual la agitación popular había originado las crisis económicas y el paro. Los hundimientos económicos y los estragos que producen existían mucho antes de la revolución de febrero. Tenían «causas profundas, sociales». Ensalzó la causa de Polonia, sin dejar de mencionar su relación con la situación del pueblo francés [24].

Su discurso fue el único con contenido social. Louis Blanc y Ledru-Rollin emplearon toda su elocuencia para expulsar a los invasores de la Cámara. Raspail consideró que su papel había terminado después de la lectura de la petición. Barbès exigió el envío inmediato de ayuda militar a Polonia y un impuesto sobre el capital de mil millones de francos. Desde el punto de vista práctico, esas exigencias resultaban excesivas y correspondían mejor a la atmósfera de violencia que reinaba en la Cámara que a la esperanza de calmar al pueblo. Comentando el discurso explosivo de Barbès, Blanqui lo atribuyó a un arrebato de celos [25].

Se produjo el pánico en la Cámara, presidida por Buchez, el carbonario convertido en saintsimoniano, y luego en neocatólico, animado con una fe de misionero en las cooperativas de productores para aliviar las miserias de los trabajadores en la tierra. Ninguno de sus llamamientos para que se evacuara la Cámara fue escuchado. Mientras tanto, Huber, con los brazos en alto y la barba revuelta, corría por todas partes como un loco y gritaba con voz estentórea. Vencido por el calor y la emoción, se desvaneció. El desorden se hizo aún más ruidoso. Luego de recobrar el sentido, no se sabe cómo ni con qué ayuda, Huber se precipitó a la tribuna y, con voz de trueno, proclamó la disolución de la Asamblea. Repitió la proclamación y leyó a continuación la lista de las personas designadas

[23] *Op. cit.*, p. 181.

[24] El texto del discurso fue incluido en el *Compte Rendu des séances de l'Assemblée nationale*, I, pp. 190 ss.

[25] Mss. Blanqui, 9581, f. 66.

para formar un gobierno provisional. Se sometió otra lista a la Cámara. En las dos listas aparecían cuatro nombres: Blanc, Barbès, Raspail y Blanqui. Resonó un grito: «¡Al Ayuntamiento!», y los jefes de los clubs salieron seguidos del grueso de la multitud. Los que se quedaron escaparon poco después, al acercarse la Guardia Nacional. De este modo, acabaron tres horas de una confusión indescriptible.

En el Ayuntamiento varios jefes de clubs se dedicaron a crear una parodia de gobierno. La Asamblea destituida resucitó en forma de tropas que procedieron a detener a muchos de esos jefes, entre ellos a Leroux, Raspail, Sobrier, Flotte y Lacambre; estos dos últimos, fervientes partidarios de Blanqui.

Durante once días Blanqui escapó a la policía. El plazo era lo bastante largo como para que sus enemigos difundieran historias ya leídas en el documento Taschereau: había traicionado al igual que en 1839; había huido al extranjero, dejando que sus amigos se las arreglasen solos; estaba a sueldo de la policía. Su respuesta a esas historias recalentadas fue: «Fabricad estrategia cuanto os plazca, me importa poco; pero, por favor, nada de calumnias retrospectivas o permitid que intervenga» [26].

La policía se mostró vengativa. Molestó a los familiares de Blanqui, registró su domicilio y se apoderó de documentos de la familia. Tampoco los amigos se salvaron de las molestias. Fueron interrogados, seguidos y atormentados como si se tratara de jefes de una importante conspiración. Por fin, el 26 de mayo, Blanqui fue detenido y enviado a Vincennes.

Huber tuvo pocas dificultades para salvarse, y durante dos meses y medio nadie oyó hablar de él. Después, un comité parlamentario que investigaba sobre los acontecimientos del 15 de mayo recibió una carta suya en la que asumía todas las responsabilidades. Fue él quien organizó la manifestación, fijó la hora y el lugar de la concentración y tomó la decisión de disolver la Asamblea [27]. No conocemos la razón de su valentía: ¿Pretendía desviar la atención de los investigadores? ¿Y qué crédito merecía su confesión? De hecho, se le consideró como un agente provocador. Al ver que esta acusación se mantenía y tomaba cuerpo, regresó de su exilio londinense para disculparse. Su defensa consistió en una apología autobiográfica in-

[26] *Le Constitutionnel*, 20 de mayo de 1848, reeditado en *Le Représentant du peuple*, 21 de mayo de 1848, y en *La Démocratie Pacifique*, 21 de mayo de 1848.

[27] Comisión de investigación, *Pièces relatives aux événements du 15 mai et à l'insurrection de juin*, pp. 310-314.

coherente que esclareció escasas dudas, si es que esclareció alguna. Cuando se le pidió que hablara sobre sus relaciones con Marrast, respondió con ardor: «Nunca he tenido relaciones con Marrast» [28].

Algo menos de tres meses transcurrieron entre el triunfo de la Revolución y el encarcelamiento de sus jefes más audaces. La alianza que aseguró su victoria mostró poco a poco su impotencia para hacer frente a la situación tensa de ese período. Los dos principales aliados, la pequeña burguesía, numéricamente muy fuerte, y los trabajadores, también numerosos, pero más dispuestos a la lucha, habían unido sus esfuerzos durante un breve tiempo. Pero a la pequeña burguesía le entró pánico cuando vio la dirección socialista que su aliado estaba decidido a tomar. Ciertamente, el derecho al trabajo y un ministerio de Trabajo no significaban el socialismo, pero constituían signos alarmantes. Por ello, las dos clases se separaron después del 17 de marzo. Desde el 16 de abril la pequeña burguesía se volvió contra los obreros, y el 15 de mayo, con el uniforme de la Guardia Nacional, restableció el orden.

A partir de ese momento, la Asamblea avanzó sin temor a una oposición unida. Los informes de los prefectos eran muy tranquilizadores: la Asamblea se enteró de que las provincias no manifestaron simpatía alguna por los invasores de la Cámara [29]. Alentada así, hizo detener a los jefes demócratas y socialistas y cerrar sus clubs. La Guardia Nacional disfrutaba de completa libertad para aterrorizar a los barrios conocidos por su radicalismo. Los vendedores de periódicos de izquierda eran maltratados, y las reuniones públicas, interrumpidas. Una canción popular sobre una música en boga comenzaba por estos versos:

¡El comunismo es el sueño de los locos,
El hombre sensato debe tratarle como merece;
Golpeémosle, pues; que caiga bajo nuestros golpes! [30].

La Asamblea pronunció la disolución del «Cuerpo de *montagnards*» y de la «Guardia republicana», dos organismos poco seguros. Mandó desplazar tropas más numerosas a la capital y ordenó al ministro del Interior que vigilara de cerca los Talleres nacionales [31]. Con el lema «Paz y fraternidad» organizó un

[28] *Le Moniteur universel*, 11-12 de octubre de 1849.
[29] Comisión de investigación, *Pièces...*, pp. 438-623.
[30] *La Démocratie pacifique*, 29 de mayo de 1848.
[31] Comisión de investigación, *Pièces...*, pp. 282 ss.

desfile militar, que costó dos millones de francos. El objetivo real era demostrar su fuerza. Los diputados de la derecha tenían tan poca fe en la fraternidad que asistieron a la ceremonia con armas escondidas [32]. Cuando Louis Blanc volvió a su puesto en la Cámara, se le acusó de haber sido cómplice de los organizadores de la reunión del 15 de mayo. Se salvó de los procesos por treinta y dos votos [33]. Sin embargo, se obligó a Caussidière a dimitir de sus funciones de prefecto y de diputado. De esta forma, al principio del mes de junio de 1848 los monárquicos y los republicanos moderados estaban a punto de destruir las primeras conquistas de la Revolución.

No obstante, los nuevos acontecimientos les advirtieron de que serios obstáculos les esperaban. En efecto, a comienzos del mes de junio varios socialistas ganaron elecciones parciales, y Luis Napoleón fue elegido en cuatro circunscripciones. Este resultado incitó a ciertos periodistas a explorar las posibilidades futuras de una revolución desde arriba [34].

Entre los franceses era a Blanqui a quien más se identificaba con la revolución desde abajo. Pero se encontraba detrás de los muros de una fortaleza. Además, los periódicos desfiguraban su personalidad hasta el punto de hacerla irreconocible. La escena de su detención fue descrita con gran cantidad de detalles mordaces y con una imaginación extravagante. Se contaba que detrás de las puertas de la cárcel se sentaba en la mesa ante delicados manjares y vinos finos: este hombre enfermizo, esta ruina humana, este vegetariano maniático era, en verdad, un gozoso sibarita. Para completar el cuadro se le presentaba como un ser cobarde que suplicaba a la policía que lo liberara. Algunos amigos tuvieron que intervenir para denunciar la falta de fundamento de esas historias [35]. Un miembro de la Sociedad Republicana Central escribió que afirmar que la Sociedad apoyó el movimiento del 15 de mayo con la esperanza de transformarlo en un golpe de Estado resultaba pura invención: en primer lugar, no había participado para nada en los preparativos, y, además, la toma del poder no estaba entre sus planes [36].

[32] Tocqueville, *op. cit.*, p. 195.
[33] *Compte Rendu des séances de l'Assemblée nationale*, I, pp. 581 ss., 600-614.
[34] *Le Représentant du peuple*, 8 de junio de 1848.
[35] *Ibid.*, 1 de junio de 1848; y también el *Journal des sans-culottes*, 4-8 de junio de 1848.
[36] *Le Représentant du peuple*, 29 de mayo de 1849.

Sin duda alguna, muchos creyeron a pies juntillas estas historias. Sin embargo, en la capital, una minoría bien organizada expresó su respeto por el detenido organizando en Saint-Mandé un banquete democrático en su honor y en el de sus codetenidos. Alrededor de 17.000 personas participaron en la suscripción.

La jornada del 15 de mayo excitó la lucha social. En la Cámara, a los socialistas y los demócratas se les consideraba como intrusos. Con sus programas y su celo, obligarían a retrasar la anulación de los cambios realizados por el gobierno provisional. La mayoría de la Asamblea no era, ni mucho menos, homogénea. Concretamente, los legitimistas y los orleanistas estaban divididos por una larga rivalidad dinástica, y todos consideraban a los bonapartistas como vulgares arribistas. En cuanto a los republicanos moderados, ningún juramento particular les vinculaba, a no ser el que les ofreciera la mejor protección contra las pretensiones de los socialistas. Sobre este problema, la mayoría en su totalidad se mostraba compacta. Por ello, los diputados estaban perfectamente unidos en su oposición a los Talleres nacionales.

Forzado a aceptarlos, el Consejo de gobierno del Ayuntamiento consiguió hacer de ellos una caricatura. Sin embargo, al reunir a más de 100.000 parados, creó el medio más favorable y mejor organizado para el adoctrinamiento socialista. Blanqui nos dice que el gobierno advirtió la amenaza, sobre todo desde que se enseñó a los obreros a considerar que sus leyes eran incompatibles con la república [37]. Louis Blanc se inclinaba a reprochar a los hombres de Luis Napoleón el haber excitado a los parados [38]. Es preciso añadir que el derecho al trabajo, implícito en los Talleres nacionales, se había transformado en un derecho al socorro social, y esta implicación no podía suprimirse mediante un número de prestidigitación. Y como el derecho al trabajo continuaba siendo un desafío al derecho de propiedad, forzaba a que todos los propietarios, grandes o pequeños, se agruparan. Nació una nueva alianza dirigida contra los obreros. Al igual que en la del mes de febrero, la pequeña burguesía constituía su fuerza principal.

En las clases sociales más elevadas, los Talleres nacionales provocaban el nerviosismo. Daumier nos muestra a un buen burgués serio y a su mujer saltando de la cama al oír encender

[37] Mss. Blanqui, 9590 (2), f. 34, 140.
[38] *Histoire de la révolution de 1848*, II, pp. 144 ss.

una cerilla en la calle [39]. Los hombres de negocios lanzaban una advertencia: la economía continuaría en el marasmo, mientras que el socialismo y los talleres obligasen a los capitales a esconderse. Los rentistas se inquietaban por la baja del precio de las acciones. El ambiente era una mezcla de abatimiento y desesperación: «¡Hay que acabar con todo esto!», se decía [40].

Las leyes votadas por la Asamblea estaban perfectamente calculadas para probar la paciencia de los trabajadores. El 16 de mayo se suprimió la Comisión del Luxemburgo. Al día siguiente se ordenó cerrar las listas de afiliación a los Talleres nacionales. Los parados se preguntaron si no se trataba de un primer paso hacia su liquidación. Con la crisis económica que hacía estragos, ¿dónde podrían encontrar trabajo 100.000 hombres? Las huelgas provocadas por la reducción de las escalas salariales no sólo aumentaban el número de parados: prefiguraban también lo que ocurriría si la industria iniciaba su reactivación.

La disciplina dejó de existir en los Talleres nacionales. Después de enterarse del despido del director, los parados llegaron a la conclusión de que la supresión de su única fuente de subsistencia no era más que cuestión de tiempo. Y comenzaron a criticar con mayor severidad a la Asamblea después de las elecciones parciales de principios de junio, de las que hemos hablado. La respuesta de la Asamblea consistió en una ley que prohibía las reuniones no autorizadas oficialmente; únicamente 82 diputados votaron en contra de esta ley.

La situación estaba al borde de la catástrofe. Hombres prudentes invitaban a los obreros a mostrarse circunspectos: al no poder enfrentarse a la fuerza armada de la Asamblea, resultaba preferible ponerse de acuerdo sobre exigencias mínimas comunes. El 22 de junio un grupo de demócratas y socialistas celebró un congreso [41]. Sin embargo, la iniciativa llegaba demasiado tarde para ofrecer la menor utilidad.

En efecto, la Asamblea proclamó la disolución de los Talleres nacionales, y un decreto de 21 de junio ordenó a los hombres de diecisiete a veinticinco años alistarse en el ejército; los demás debían trabajar como peones en las provincias. Esta última decisión se tomó con total desprecio por lo que deseaban los obreros: que no se les impulsara a buscar soluciones desespe-

[39] Oliver Larkin, «Daumier and Ratapoil», *Science and Society*, 1940, IV, pp. 375 ss.
[40] G. Renard, *op. cit.*, p. 72.
[41] *Le Tocsin des travailleurs*, 1 y 23 de junio de 1848.

radas [42]. Pero sus peticiones acuciantes se perdían en el torbellino de la agitación antisocialista.

El gobierno ya había previsto lo peor: sus unidades de combate fueron puestas en pie de guerra. Y se nombro ministro de la Guerra al general Cavaignac. Para los republicanos conservadores y los monárquicos, ofrecía numerosas cualidades. Hijo de un jacobino respetado de la gran Revolución, y hermano de Godefroy, el radical de los años 1830, resultaba preferible que fuera él quien mandara las fuerzas destinadas a combatir a los nietos de los *sans-culottes* mejor que un monárquico conocido como tal. Además, católico ferviente, austero y puritano, tan fanático como Cromwell, no tenía como éste el sentimiento de cumplir una misión revolucionaria.

En la guerra civil los dos campos tenían fuerzas muy desiguales. Los obreros combatientes contaban, como máximo, con 50.000 hombres. Carecían de estrategia, de municiones y de aliados, al contrario que en febrero. Todo lo que poseían para paliar estas insuficiencias eran objetivos mal definidos y pasiones ardientes. Contra ellos, se enfrentaban alrededor de 80.000 hombres, sin contar con los reservistas. Y debemos añadir la guardia móvil, nacida del cerebro fecundo de Lamartine, entrenada para reprimir las insurrecciones.

Las cuatro jornadas sangrientas de junio se terminaron con la derrota aplastante de los obreros. Para suavizar la impresión la Prefectura publicó la cifra de 1.460 muertos en los dos campos y omitió mencionar la ejecución de millares de obreros prisioneros [43]. Los periódicos ingleses calcularon en 50.000 el número total de muertos [44]. Según lord Normansby, la cifra de víctimas alcanzó en números redondos las 16.000. Alrededor de 14.000 obreros estaban en la cárcel, y 4.000 deportados en campos y colonias. «Es preciso remontarse a la noche de San Bartolomé y a las dragonadas para encontrar algo parecido» [45], escribía Louis Ménard. Y Herzen declaró que el Terror de 1793 no igualó nunca el de 1848 [46]. París se despobló: numerosas tiendas no reabrieron sus puertas por falta de personal especializado.

[42] Daniel Stern, *Histoire de la révolution de 1848*, París, 1862, II, páginas 357 ss.
[43] Menard, *op. cit.*, p. 286.
[44] G. Renard, *op. cit.*, p. 82.
[45] *Op. cit.*, p. 290.
[46] *Lettres de France et d'Italie*, p. 206.

Junio se vengó de febrero. Con los insurrectos, se enterraron las aspiraciones socialistas y la fe en paraísos terrenales prefabricados.

Después del derramamiento de sangre, durante varias semanas la capital ofrecía el espectáculo de una ciudad fantasma. Las calles estaban desiertas, los edificios públicos desfigurados, los teatros y restaurantes cerrados. Ni siquiera había un vendedor de periódicos que rompiera este penoso silencio. Las gentes veían sombras que les perseguían, temblaban en las esquinas o se sobresaltaban al menor ruido. En este estado de ánimo, los buenos burgueses perdonaban los excesos de los guardias nacionales y los guardias móviles.

Tal era el clima cuando la Asamblea reanudó sus tareas. Su primer gesto consistió en declarar solemnemente que «la anarquía había sido vencida». Expresó entonces su agradecimiento al general Cavaignac. El orden del día daba prioridad a un informe sobre la manifestación del 15 de mayo y la insurrección de junio. La derecha confiaba en él para conquistar una mayoría segura que le permitiera continuar su política antirrepublicana.

El objetivo que se había propuesto consistía en destruir la Revolución. A quienquiera que la hubiera anunciado o hubiese sido su cantor se le arrojaba al clan de la subversión. Con este criterio, Ledru-Rollin se encontró en ese campo de grado o por fuerza. Respondió comparando los acusadores a los girondinos y los acusados a los jacobinos. La comparación contenía una amenaza. En efecto, si se consideraba el heredero de los segundos, los primeros podrían perfectamente esperar un golpe de Estado comparable al del 2 de junio de 1793 [47]. Sobre la base del informe de que hemos hablado, Louis Blanc y Caussidière fueron acusados de haber estimulado la invasión de la Cámara el 15 de mayo. Cuando se autorizaron los procedimientos legales contra ellos [48] buscaron refugio al otro lado de la Mancha. Otra prueba de la destrucción de las conquistas de la Revolución: la derogación de la ley sobre la reducción de la jornada de trabajo, a la que estaba ligado el nombre de Louis Blanc. Por último, la nueva constitución, deliberadamente, no decía nada acerca del derecho al trabajo.

Las ideas de Blanqui sufrieron una revisión después del naufragio de la Revolución. Analizó de nuevo su historia, sus actores y sus principios. Basándose en su propia experiencia,

[47] *Compte Rendu des séances de l'Assemblée nationale*, III, p. 470.
[48] *Ibid.*, pp. 576 ss.

revisó su juicio acerca de los precursores del progreso, la república y el socialismo y las clases sociales. Comenzó a interesarse por el problema de los ejércitos permanentes, que llegaría a absorberle durante los años 1860 y 1870. No eran posibles ni la libertad, ni la seguridad, escribió después de 1848, mientras que una parte del pueblo fuera preparada para matar. Sin poder proporcionar aún una solución, únicamente esperaba que la atroz carnicería convencería al mundo de que se necesitaba acabar con los cuerpos de tropas permanentes [49].

Presentaremos más adelante el resultado final de su análisis. Lo que interesa conocer ahora es su línea ideológica durante el período posrrevolucionario. Su teoría de la república fue confirmada por los acontecimientos. Si la república no era socialista, no sería más que otro molde político para la servidumbre. Se mostraba de acuerdo con Saint-Just: las medias tintas habían provocado su caída. También llegó a la conclusión de que su juicio anterior sobre Louis Blanc y Ledru-Rollin se reveló exacto en conjunto. El uno desarmó a los obreros; el otro los humilló, «aliados dudosos, amigos hoy, enemigos mañana, traidores siempre» [50]. Por otra parte, modificó su opinión sobre la Montaña y Robespierre. Colocada en un marco histórico, la Montaña aparecía como el antepasado del orden social superior. La aureola de Robespierre se encontraba así oscurecida, y su lugar resultaba dudoso entre los santos del progreso. Pronto le relegaría al infierno de los tiranos y los fanáticos. Este aspecto de la filosofía política de Blanqui aparecerá con mayor claridad en un capítulo posterior.

Durante su estancia en Vincennes estuvo al corriente de los acontecimientos. La destrucción de las conquistas de la revolución apenas le sorprendió; la había previsto. Sin embargo, su optimismo no había perdido la exuberancia de su juventud. Sin conocer los resortes del progreso, estaba convencido de que su avance continuaría. Ciertamente, la situación era sombría, pero no definitiva. Por eso, en agosto, sólo dos meses después del terrible derramamiento de sangre, pensaba que todavía resultaba posible estimular a las masas [51]. ¿Cómo? Confesaba que no tenía el método totalmente preparado. Pero algunos contactos, en vísperas de las elecciones parciales de septiembre, reanimaron en él la idea de una alianza semejante a la de febrero.

[49] Mss. Blanqui, 9581, f. 157 ss.
[50] *Ibid.*, f. 142 ss.; y también su carta en *Le Peuple*, 2 de diciembre de 1848.
[51] Mss. Blanqui, 9581, f. 172 ss.

En efecto, socialistas de diferentes escuelas se pusieron de acuerdo para presentar tres candidatos comunes: Etienne Cabet, Théophile Thoré y François Raspail.

Dos días antes de la apertura de la votación lanzó un llamamiento a la pequeña burguesía para rehacer la antigua coalición. Con argumentos adaptados a los limitados intereses de esta clase, mostraba cómo sus beneficios dependían de los salarios de los trabajadores; los obreros eran buenos consumidores. Una simple exigencia de economía política elemental aconsejaba, pues, a los comerciantes y pequeños productores votar por los socialistas. Al hacerlo así, se evitaría al mismo tiempo una mayor despoblación de la capital [52].

Este argumento, aunque de mucho peso, no aseguró la victoria de los tres candidatos. Sin embargo, los resultados fueron alentadores: Raspail resultó elegido con 67.000 votos aproximadamente; sus dos compañeros obtuvieron más de 64.000 cada uno. Los resultados mostraban la existencia de una reserva socialista sustancial en la capital.

Estas cifras, de una sorprendente importancia, torturaban al preso; no tenía casi posibilidades de comunicarse con el exterior; sus mejores compañeros estaban, como él, en la cárcel; otros habían escogido la clandestinidad o se encontraban vigilados. Afortunadamente, su madre vivía todavía. La vejez había disminuido su actividad, pero conservaba su equilibrio y sus modales conmovedores. Como siempre, muy voluntariosa y vigorosa, podía encargarse de una misión agotadora y ser el enlace con algunos amigos en libertad.

La situación política francesa continuaba transformándose. En octubre se derogó la ley que obligó a exiliarse a los Bonaparte. Durante ese mismo mes se dio a conocer la nueva Constitución. Se parecía a la caja de Pandora: cada uno podía imaginarse con toda libertad lo que saldría de ella. Instituía una sola Cámara y un presidente elegido por cuatro años por medio del sufragio universal masculino. Dados los temores y la confusión de los electores, nadie podía realmente prever hacia dónde irían sus preferencias en la próxima batalla política.

Esta situación incierta causaba grandes preocupaciones en Blanqui, espíritu político. La unidad socialista en las elecciones de septiembre había aumentado sus esperanzas en una nueva alianza entre obreros y pequeños burgueses. La elección presi-

[52] *Les Affiches rouges*, pp. 296 ss., reeditado en *La Révolution de 1848*, 1925, XXII, pp. 542 ss.

dencial, sin embargo, hacía de nuevo extremadamente dudosa dicha alianza, en su opinión. En efecto, desde el primer momento de la campaña electoral, los dos antiguos aliados designaron cada uno su candidato. Por ello, Raspail se presentaba frente a Ledru-Rollin, y ambos contra los principales adversarios, es decir, Luis Napoleón, Cavaignac y Lamartine. La oposición de los dos candidatos designados por la izquierda simbolizaba el desacuerdo entre obreros y pequeños burgueses. Aunque la línea que los dividía no estaba señalada con toda claridad, resultaba fácil distinguirla —como hemos dicho— tanto en la definición de la república como en los medios de instaurarla. No queremos decir que Raspail, el candidato socialista, tuviera una idea clara de su misión. Pero como se le había cubierto de laureles por su incansable guerra contra todas las formas de privilegios, se transformó en un ejemplo viviente para todos los que aspiraban a un sistema social mejor. Después de las jornadas de junio se convirtió también en el símbolo de la protesta popular contra la brutalidad de los partidos del orden. Por estas razones, socialistas de distintos matices le apoyaron. Por su parte, Ledru-Rollin fue denominado «el termidoriano del socialismo» [53]. En estas condiciones, pensaba Blanqui, no resultaba posible alianza alguna con él o con la clase que personificaba.

Sin embargo, la proclamación de la unidad socialista constituyó la nota dominante de la campaña electoral de Raspail, el 28 de noviembre, en un banquete que reunió a cerca de 3.000 comensales en el distrito número XII. Se describió dicho banquete como «una reunión de familia», y fue aplaudido en numerosos barrios. Blanqui envió una carta por mediación de su madre [54].

La carta era un toque de corneta que llamaba a los socialistas a cerrar filas, al mismo tiempo que una denuncia de los renegados. Exigía el fin de la campaña de calumnias. Pedía a las facciones que estudiaran juntas la reciente catástrofe a la que la Revolución había sido llevada por sus guías felones. Todo el mundo comprendió la alusión a Ledru-Rollin. Blanqui les ponía en guardia: evitad a «los aventureros políticos», a los cazadores del poder sin escrúpulos que compran y venden los principios como mercancías. Los trabajadores y los socialistas

[53] Cf. *Le Peuple*, 23 de noviembre y 6 de diciembre de 1848; y también la octavilla: *La Présidence entre Ledru-Rollin et Raspail, appel aux sentiments de l'unité démocratique et sociale.*

[54] El texto original se encuentra en los Mss. Blanqui, 9581, f. 143 ss,; fue publicado en *Le Peuple* el 28 de noviembre de 1848.

debían formar un frente común contra ellos. La bandera socialista sólo se podía confiar a manos seguras.

Otro banquete, a comienzos del mes de diciembre, durante la semana anterior a las elecciones, designó a Blanqui como presidente de honor. El poeta Pierre Dupont leyó su célebre *Chant dès ouvriers,* pero el gran momento de la reunión lo constituyó la lectura del memorial de Blanqui. El sentido histórico que en él se discierne le sitúa entre los mejores textos revolucionarios que escribió.

El objetivo de este discurso estribaba en refutar la pretensión de Ledru-Rollin de ser el heredero directo de los jacobinos. El tema central se expresaba en las primeras líneas en las que Blanqui elogiaba sucesivamente a «la Montaña de 1793» y a «los socialistas puros». Estos eran «sus auténticos herederos». Así, con un solo golpe bien asestado cortaba la línea genealógica a la que pretendían pertenecer los partidarios de Ledru-Rollin. El resto de su mensaje puede resumirse del siguiente modo: el objetivo y la consigna de los *montagnards* eran sublimes; por sus actos, proclamaron valientemente sus convicciones ante el mundo entero; el hecho importante e inolvidable de su historia radicaba en que se encontraban cerca de los «proletarios parisienses» que, bajo su dirección, se transformaron en «el ejército de liberación de la humanidad»; la falta de un sólido principio de gobierno se compensaba con la inmortal tríada revolucionaria y un programa superior a todos los demás: la Declaración de los Derechos del Hombre; esta declaración contenía el embrión del orden social del porvenir; una interpretación estrecha la transformaba en un dogma inerte, el mismo que en 1848 provocó la adulación de los espíritus serviles; en realidad, estos aduladores obsequiosos pertenecían a la familia girondina; la historia pasó delante de ellos mientras que estaban de rodillas ante sus ídolos momificados; la ciencia había abierto nuevas perspectivas y nuevos caminos, pero continuaban andando por los viejos carriles, repitiendo viejas fórmulas y adorando reliquias; su incienso apagó la llama encendida por la Montaña; por todo ello, concluía Blanqui, el socialismo era el «único heredero» de la Montaña, porque sólo él podía nuevamente encender la hoguera [55].

Ignoramos cuáles fueron las reacciones de los comensales ante este mensaje. Lo que importa es el esfuerzo que realizó para ajustar los acontecimientos de 1848 a los cambios de la

[55] El discurso fue publicado por *Le Peuple* el 3 de diciembre de 1848 y reeditado en *La Révolution de 1848,* 1925-1926, XXII, pp. 545-551.

historia. Muy importante también era la atención que prestaba al sentido de la gran Revolución, especialmente a la herencia que legó a los cruzados del progreso. La omisión del nombre de Robespierre en el discurso puede interpretarse como la prueba interna de que Blanqui había revisado su juicio sobre el más grande de los jacobinos. El respeto que le tenía anteriormente se había transformado aparentemente en antipatía. Si la hubiera expresado en diciembre de 1848 se habría enajenado a ciertos socialistas que sentían por Robespierre un respeto duradero. Volveremos sobre este tema.

El resultado de la elección presidencial mostró una acentuada preferencia por un gobierno fuerte y antidemocrático. Alrededor del 75 por 100 de los sufragios favorecieron a Luis Napoleón: los campesinos veían en él al defensor de sus propiedades. Muchos trabajadores republicanos votaron por él para expresar su odio al general Cavaignac; éste obtuvo un modesto segundo lugar. Ledru-Rollin venía detrás, distanciado, con más de 370.000 votos. Menos de 37.000 electores expresaron su preferencia por Raspail. Este número, aunque pequeño, era cuatro veces y media mayor que el de los votos que obtuvo Lamartine.

El resultado de las elecciones no disminuyó la tensión política. Los partidos que temían el renacimiento de la revolución vieron en el total de votos obtenidos por Ledru-Rollin y Raspail la prueba de que la hidra no había muerto, hasta el punto de que los hombres de la izquierda se mostraron incluso optimistas. Más de 400.000 sufragios, ¿no constituían un motivo de confianza?

Sin embargo, los optimistas no habían estudiado las condiciones que requiere una situación revolucionaria. Faltaba la chispa que inflamara las energías populares. Las fuerzas que podrían lanzarse a la acción se encontraban divididas, debilitadas por las privaciones y desmoralizadas por los pobres resultados de sus esfuerzos. Por otra parte, la crisis económica que atizó la revolución en febrero ya no era capaz de hacerlo en diciembre: se iniciaba una reactivación de los negocios.

EL PROCESO DE BOURGES

El período revolucionario terminó exactamente con el proceso político de Bourges, en marzo de 1849. Trece presos políticos comparecieron ante el Tribunal Supremo, acusados de incitación a la guerra civil. De los trece, los más célebres eran Blanqui, Barbès, Albert, Raspail y Sobrier. Barbès y Albert ale-

garon que el tribunal carecía de competencia en este asunto, y se negaron a presentar defensa alguna. Blanqui compartía su punto de vista, pero creyó que su honor exigía participar en la batalla jurídica. Sus respuestas a las preguntas preliminares fueron rápidas: «De cuarenta y cuatro años, hombre de letras, nacido en Niza, con residencia en París, calle Boucher, número 1» [56]. Otras preguntas provocaron discusiones con la acusación.

El proceso duró cerca de un mes. Centenares de testigos acumularon testimonios suficientes para llenar un enorme volumen: su lectura revela que se consideraba a Blanqui como el principal culpable. Era el máximo instigador de los disturbios que habían preocupado al gobierno provisional, y, por consiguiente, el único responsable de su fracaso en el cumplimiento de sus promesas. El solo era «el gran maldito, estigmatizado por todos», relata el corresponsal del periódico *Le Peuple* el 15 de marzo de 1849.

Es inútil hablar aquí de la parte de su defensa que describe sus actividades desde el 24 de febrero hasta el 15 de mayo. En realidad, su crimen imperdonable radicaba en la enseñanza del socialismo. Se le juzgaba por este delito, lo cual confirmó su vieja convicción de que los enemigos del progreso se imitaban los unos a los otros a través de los siglos. No se consideraba utopista. Precisamente, el término no suponía un reproche: «No hay utopistas, en la acepción más amplia de la palabra. Existen pensadores que sueñan con una sociedad más fraternal e intentan descubrir su tierra prometida en las brumas movedizas del horizonte.» Confesó que no le interesaba elaborar un plan del porvenir. Sólo los problemas inmediatos le preocupaban. ¿Cuál era su utopía? Cambiar las cosas, empezando por la raíz: «Cuando el pueblo está en ayunas, nadie debe comer. He ahí mi utopía, soñada después de febrero. ¡Cuántos enemigos implacables me ha proporcionado! No se trataba, sin embargo, de resucitar una república de espartanos, sino de fundar una república sin ilotas. Tal vez mi utopía parezca la más loca y la más imposible de todas. Si es así, que Dios salve a Francia» [57].

El último día del juicio, Blanqui hizo una mención del documento Taschereau que provocó una escena penosa carente de dignidad: cuando Barbès oyó la alusión, salió de su reserva, se volvió acusador, repitió acusaciones anteriores y reafirmó su convicción de que el documento controvertido era auténtico.

[56] *Procès des accusés du 15 mai*, p. 8.
[57] *Le Peuple*, 2 de abril de 1849; Mss. Blanqui, 9583, f. 52.

Blanqui intentó evitar el altercado, pero en vano. Y los reproches de Benjamin Flotte no pudieron callar al acusador sobreexcitado. Barbès terminó con una exposición de su doctrina, como si fuese le eséncia de la pureza revolucionaria [58].

La sentencia fue dictada el 2 de abril. Seis de los trece acusados resultaron absueltos. Albert y Barbès fueron condenados a la deportación, aunque se conmutó por una pena de cárcel en Francia. La condena de Blanqui fue de diez años de prisión. Los cuatro restantes fueron condenados a penas de cárcel de cinco a siete años [59]. Blanqui, Raspail y Flotte fueron enviados a la ciudadela de Doullens, junto al Somme.

[58] Se relata el incidente en el *Procès des accusés du 15 mai*, pp. 745-754.

[59] *Ibid.*, pp. 758-763.

12. DOULLENS

LA MONTAÑA Y EL RATÓN

Cuando terminó el proceso de Bourges y los condenados ya estaban en la cárcel, un periódico socialista planteó la siguiente pregunta: «¿Para qué sirve una república sin republicanos?» Porque los mejores de ellos, proseguía, se encuentran en prisión, mientras que los puestos más elevados de la República están ocupados por realistas y economistas mediocres [1]. Esta pregunta preocupaba igualmente a los monárquicos y bonapartistas que se encontraban de acuerdo sobre la necesidad de acabar con el régimen: en primer lugar, lo que importaba era proceder a una purga de funcionarios republicanos; una vez efectuada ésta, la república sería arrumbada. Por consiguiente, fueron revocados los prefectos, alcaldes, consejeros municipales y profesores sospechosos de fidelidad a la república.

La elección de la Asamblea Legislativa en mayo de 1849 constituyó una nueva victoria para el Partido del Orden: al menos, con ese nombre se presentó el bloque antirrepublicano. Ganó 450 escaños en números redondos. La Montaña, con 180 escaños, aumentó su representatividad gracias a una coalición entre demócratas y socialistas. Ledru-Rollin resultó elegido en cinco departamentos, y la izquierda, en su totalidad, quedó reforzada. Los republicanos moderados resultaron los grandes perdedores; Lamartine, Marrast, Marie y Garnier-Pagès no fueron reelegidos.

Desde las primeras sesiones, los dos extremos de la Asamblea se enfrentaron con violencia. Interpretando sus ganancias electorales como una aprobación de su política, la Montaña atacó violentamente el envío de tropas contra la República romana —glorioso vestigio de la revolución en Italia— que acababa de decidir el gobierno. El 11 de junio, Ledru-Rollin acusó al presidente y sus ministros de violar conscientemente la Constitución. Lo prudente hubiese sido mantenerse ahí. Sin embargo,

[1] *Le Peuple*, 4 de abril de 1849.

la indignación y el arrebato oratorio llevaron a Ledru-Rollin a pronunciar palabras imprudentes; anunció que su partido tenía la intención de apoyar la Constitución con «las armas en la mano». Sin quererlo, se colocaba a él mismo y situaba a la Montaña en una posición crítica.

Rara vez se había visto tal inconsecuencia por parte de un político; porque la amenaza proferida pertenecía más bien al plano de la teoría. Ledru-Rollin, cediendo a la provocación, agravó todavía más las cosas al repetir la amenaza. El resultado, fácilmente previsible, fue que sus enemigos no dejaron pasar la ocasión y le acusaron de maquinaciones subversivas. Sin pérdida de tiempo, se puso en estado de alerta al ejército.

En la mañana del 13 de junio, un manifiesto firmado por 110 diputados de izquierda requirió el apoyo de las fuerzas armadas para la defensa de la Constitución. El llamamiento fue seguido de una manifestación de ciudadanos sin armas que el ejército dispersó rápidamente. Los diputados, que habían nombrado un gobierno provisional, fueron detenidos. Ledru-Rollin dejó pasar la corona de mártir, refugiándose en Inglaterra. Esta huida puso fin brutalmente a la breve y ruidosa carrera del político.

La Montaña resultaba estéril: la adoración de ideas desfasadas la había paralizado. Los recuerdos gloriosos del pasado, aunque aderezados con grandes frases, no bastaron para proporcionarle un empuje revolucionario. Cayó entre un diluvio de frases. Los obreros no movieron un dedo en su favor. Se mostraban indiferentes, como informaba Alphonse Esquiros, el místico comunista, a Blanqui en una carta. No podían sentir compasión por el partido que asistió impasible a su aplastamiento en junio de 1848; se preocupaban muy poco de los que derramaban lágrimas sobre la Constitución. El partido democrático, observaba Esquiros, no había actuado una sola vez de manera inspirada: por todas partes se percibía en él «la huella de personalidades intrigantes y mediocres» [2]. Todo esto confirmaba la opinión de Blanqui sobre los nuevos *montagnards*: «una camarilla de impotentes» [3].

EL GOLPE DE ESTADO

Después del fracaso del 13 de junio, la suerte parecía echada, al menos en la superficie; porque en profundidad los partidos

[2] Mss. Blanqui, 9581, f. 322 ss.
[3] *Ibid.*, f. 66.

continuaban sus maniobras. El presidente controlaba hábilmente los trabajos de una Asamblea que no tardaría en atraerse el descrédito popular. Por su parte, los monárquicos estaban impacientes por borrar los últimos vestigios de democracia, restablecer la autoridad del clero y limitar el derecho de voto. Alphonse Thiers, al igual que el ultramontano conde Montalembert, favorecía la promulgación de la ley Falloux que daba vara alta a la Iglesia católica sobre las escuelas. Los diputados de la extrema derecha no salían de su asombro al oír decir al brazo derecho de Luis Felipe que prefería «el maestro campanero» al «maestro matemático» [4]. Y los clericales estaban encantados con esta confesión de la historia de la gran Revolución. El debate sobre la ley escolar proporcionó a Montalembert la ocasión para acusar a la burguesía de haber cultivado el materialismo y el racionalismo que, según él, constituían las causas primeras de la enfermedad que corroía el orden social. Se acusaba también a sí mismo y a sus colegas de la Cámara. Por su actitud, su ejemplo y sus preceptos, todos habían sido culpables de propagar el escepticismo y el racionalismo, que finalmente hicieron nacer el socialismo. ¿De qué manera definía ese socialismo? «Es el hombre que se cree Dios, en el sentido de que se cree capaz de destruir el mal y el sufrimiento.» El único remedio consiste en «obligar a cambiar en la educación, la libertad por la religión». «No hay término medio entre el socialismo y el catecismo» [5].

Efectivamente, la burguesía se había puesto ya al lado de Montalembert. Había concertado la paz con la religión instituida. Según los términos de Engels, «los burgueses franceses guardaron la vigilia los viernes, y los burgueses alemanes, sudando sobre sus sillas en la iglesia, escucharon interminables sermones protestantes. Ya no estaban de acuerdo con el materialismo» [6].

En la Asamblea, Victor Hugo fue el elocuente portavoz de la oposición. Según él, la ley Falloux chocaba con las instituciones y prácticas de la vida en Francia desde 1789. Volviéndose hacia la derecha, dijo: «No quiero confiaros el porvenir de Francia, porque confiároslo sería abandonarlo en vuestras manos. No basta con que las generaciones nos sucedan; soy de

[4] L. R. P. Lecanuet, *Montalembert*, París, 1927, II, p. 458.

[5] *Compte rendu des séances de l'Assemblée nationale législative*, 1850, V, pp. 31 ss. Véase también sus *Discours*, París, 1892, III, pp. 290, 294-297.

[6] Karl Marx-Friedrich Engels, *Etudes philosophiques*, París, 1947, página 103.

los que quieren que nos continúen. [...] No quiero que lo que ha sido hecho por nuestros padres sea deshecho por vosotros. [...] Veamos vuestros alumnos. ¿Qué habéis hecho con Italia? ¿Qué habéis hecho con España?» [7]

Con Montalembert y Hugo, se enfrentaban dos concepciones del mundo. El uno contemplaba el pasado, en el que veía unos valores y unos modos de vida que satisfacían su concepción jerárquica de la sociedad. Esos valores habían envejecido, pero constituían normas ideales para siempre. Pensaba que, bajo una dominación clerical, serían el antídoto contra el veneno que corroía a Europa desde la Reforma. En cambio, Hugo creía que el hombre era capaz de elevarse hasta las más altas cimas; lo cual, de entrada, le colocaba entre los cruzados del progreso. No sabía muy bien cómo se efectuaría esta marcha hacia adelante; eso no le impedía proclamar su confianza inquebrantable en el porvenir de la humanidad.

Blanqui pensaba lo mismo que Hugo, pero su visión era más clara: para él, el camino del progreso pasaba por el socialismo. Confiaba en la fuerza para impedir que Francia retrocediera. Veinte años de guerra civil resultaban preferibles a la dictadura del clero. Al igual que Hugo, mostraba el siniestro ejemplo de Italia y España. No existía término medio posible entre la educación proporcionada por los curas y la libertad de pensamiento, escribía. La primera significaba la Inquisición, la esclavitud de los espíritus a dogmas inviolables; la segunda establecía la omnipotencia de la razón y del conocimiento, el desarrollo de las facultades intelectuales y el progreso de la ciencia [8]. Comenzaba a distinguir claramente el idealismo del materialismo, iniciando así una evolución que llenaría los diez años siguientes de su vida. El debate parlamentario sobre la ley escolar, que siguió en *Le Moniteur*, le convenció de los fulminantes progresos de la contrarrevolución. «Se aproxima el golpe de Estado», preveía en febrero de 1850. «El atentado ya no está lejos» [9].

El llamado proyecto Falloux se convirtió en ley el 15 de marzo de 1850. Esta concedía un voto a los obispos en los consejos académicos y sancionaba el dominio del clero sobre las escuelas y facultades. La ley estuvo vigente más de cincuenta años.

[7] *Compte rendu des séances de l'Assemblée nationale législative*, 1849-1850, IV, p. 699.
[8] Mss. Blanqui, 9581, f. 92 ss., 160.
[9] *Ibid.*, 9583, f. 282.

La ley Falloux constituyó un triunfo para la contrarrevolución. Sin embargo, con las formas políticas vigentes, se sentía amenazada. En realidad, poco antes de la adopción de la ley, unas elecciones parciales llevaron a la Asamblea a un cierto número de diputados de izquierda, dos de ellos representantes del socialismo: el economista François Vidal, que colaboró con Louis Blanc en la Comisión de trabajo, y Paul de Flotte, oficial de marina, amigo leal de Blanqui [10]. La derecha se propuso restringir la libertad de voto. Hugo condenó esta iniciativa como parte del gran complot clerical. Thiers, a la cabeza del combate contra el sufragio universal, acumuló insultos contra «la vil multitud». La ley votada el 31 de mayo de 1850 privó del derecho de voto a tres millones de franceses. Los republicanos moderados votaron con los monárquicos.

La Asamblea, al desposeer así a las masas de su derecho de voto, ofreció a Luis Napoleón la ocasión ideal para erigirse en defensor de los derechos del pueblo. Ya se había preparado para desempeñar este papel, primero con su ensayo sobre *L'Extinction du paupérisme*, después con la alianza que propuso a los republicanos, y, por último, manteniéndose ostensiblemente al margen durante las jornadas de junio. El rumor público aseguraba que había sido carbonario, y amigo de las causas justas. Su nombre estaba cubierto de una aureola de esplendor para los nostálgicos de la grandeza militar y para aquellos a quienes conmovía aún la leyenda napoleónica. El bonapartismo resumía en sí la gloria nacional. No se le podía acusar de traición como al borbonismo, ni de servilismo como al orleanismo. En Francia el bonapartismo significaba el orden. Sin embargo, el orden tal y como lo concebía Luis Napoleón quedó suficientemente ilustrado por su Sociedad del 10 de diciembre que, a juzgar por su bandidaje, había sido reclutada entre vagabundos y criminales. Daumier puso en la picota para siempre a la Sociedad y a su jefe con unas cuarenta caricaturas en las que aparecía Ratapoil [11], personaje siniestro, armado siempre con una barra de hierro. Pero los que deseaban realmente acabar con el desorden no podían mostrarse muy exigentes. La crisis económica retrocedía. Después de más de dos años de recesión, los industriales, los capitalistas y los rentistas esperaban con impaciencia el retorno a la normalidad. El medio de restablecer el orden importaba poco.

[10] Sobre Paul de Flotte, véase Henri Peyre, *Lettres inédites de Louis Ménard*, París, 1932, pp. 93-100.
[11] Larkin, *op. cit.*, p. 383.

Un cúmulo de circunstancias ayudó, pues, a Napoleón a tomar el poder. Sus diferentes medios de publicidad no cesaban de designarle como el hombre que liberaría a la nación de «la anarquía, la demagogia y los motines». Así caracterizaba Blanqui las tres plagas que el hombre del día prometía suprimir. En la lista de sus promesas figuraba en primer lugar la derogación de la nueva ley electoral [12]. Aparecía, pues, como el supremo salvador. Mientras tanto, usando de su privilegio presidencial, depuró el ejército y la administración de sus elementos dudosos. Los monárquicos se dieron cuenta rápidamente de que su rival se había distanciado de ellos en la carrera hacia el poder.

La continuación es conocida. Cuando la Asamblea se negó a restaurar el sufragio universal, el presidente utilizó su derecho de disolución, declaró el estado de sitio y anuló las restricciones al sufragio universal. Un plebiscito, por aplastante mayoría, ratificó el golpe de Estado. En realidad, los defensores del orden a toda costa que le precedieron habían eliminado todos los obstáculos a su subversión, como ha observado un historiador [13], y le habían enseñado también a utilizar formas democráticas para fines antidemocráticos.

La resistencia fue aplastada en todas partes. En París, las tropas dispersaron rápidamente unos 2.000 insurrectos y mataron a transeúntes inocentes. En provincias, sublevaciones esporádicas fueron igualmente dominadas. Toda oposición quedó reducida al silencio. Políticamente, Francia se transformó en una vasta penitenciaría.

LA ELABORACION DE UNA DOCTRINA

Esos acontecimientos coinciden casi con la estancia de Blanqui en Doullens. Allí y en Belle-Ile, donde terminó de cumplir sus diez años de condena, nace realmente su doctrina personal. Esta se apoya en el conocimiento que podía tener de las revoluciones anteriores: las de 1848 y 1830, en las que participó; la de 1789, que conoce un poco a través de su padre y de sus lecturas. La experiencia y el estudio le permiten elaborar una teoría de la revolución. Según él, a los primeros éxitos sigue un período de rivalidades entre los partidos para hacerse con

[12] Mss. Blanqui, 9581, f. 18. Según *Le République universelle*, 1850, número VI, p. 143, la ley privaba del derecho de voto a 4 ó 5 millones de personas, casi todos obreros.

[13] J. Tchernoff, *Associations et sociétés secrètes sous la Deuxième République*, París, 1905, p. 5.

el poder. Durante este período, los elementos progresistas chocan con toda clase de obstáculos, duplicidad, vacilaciones, hasta los retrocesos más claros. La oleada revolucionaria retrocede entonces, y la contrarrevolución tiene el pie en el estribo: tal es el esquema revolucionario clásico. ¿Por qué la revolución acaba de esta manera? No porque se rija por un ciclo inevitable, responde Blanqui, sino porque las fuerzas progresistas carecen de apoyos, no saben resistir a las diversiones y a las divisiones, y carecen del sentido de la orientación y de jefes que les eviten caer en las trampas del enemigo. Todos sus principios y sus actividades de 1848, y lo que escribió después a la luz de los acontecimientos, muestran que no creía en modo alguno en un desarrollo ineluctable de la revolución. Su análisis de la revolución le probaba que podría evitar un Termidor si se reunían un cierto número de condiciones previas.

Había descubierto también que existía algo más que la conspiración para planear la revolución. En los debates políticos que se abrieron en febrero y marzo de 1848 gracias a la libertad de palabra y de prensa y al sufragio universal su Sociedad Republicana Central se impuso en lugar de la antigua Sociedad de Estaciones. Gracias a esas libertades adquiridas, escribía, los que conspiraban desde hacía más de dieciocho años se transformaban en «los conservadores progresivos de la nueva sociedad». En otros términos, «ya no es en la calle, con fusiles, donde se lucha, sino en los comicios electorales con votos». Por consiguiente, «lo que era una obligación cívica bajo la monarquía se convierte en crimen antisocial bajo la república». Y la supresión del sufragio universal o su alteración, que equivalía al derrocamiento de la república, nos obligaría «a convertir nuestras papeletas de voto en cartuchos» [14].

La experiencia de las masas liberadas por la revolución y lanzadas a discusiones libres constituía una novedad para Blanqui. En esas condiciones, el sufragio universal podía transformarse en un arma popular y pacífica para un cambio fundamental de las estructuras. Pero los acontecimientos impidieron que fuera así. Las jornadas de junio inauguraron una serie de medidas opresivas, y después del golpe de Estado la violencia impuso el silencio. Blanqui comenzó entonces a dudar seriamente de la relación esencial entre el derecho de voto y la solución de los grandes problemas sociales. Sin libertad, el derecho de voto representaba un medio de engañar al pueblo. Con las libertades restauradas, pensaba Blanqui, el derecho de

[14] *Les Veillées du peuple*, marzo de 1850, núm. 2.

voto podría sustituir al fusil [15]. En otros términos, reconocía que el valor de esas dos vías hacia cambios sociales depende de las condiciones históricas.

Prescindía del problema crítico de las relaciones entre obreros y pequeña burguesía. Por lo que sabemos, Blanqui no se detuvo nunca a reflexionar sobre las tendencias contradictorias que separaban a esas dos clases durante la revolución. Esta laguna en su razonamiento puede explicarse por una paralización en el desarrollo de su teoría sociológica: le resultaba imposible salirse de su concepción históricamente desfasada de las clases, ya descrita en un capítulo anterior. Testigo de la inestabilidad y de la ruptura final de la alianza entre pequeños burgueses y obreros en 1848, no se sintió, empero, obligado a definir de nuevo al proletariado teniendo en cuenta los recientes datos. Para él, continuaba siendo la inmensa mayoría de la nación, a costa de la cual se enriquecía una pequeña minoría de ricos. No veía las incompatibilidades latentes entre los diferentes elementos del proletariado así definido. Incluso las innovaciones tecnológicas de los años 1850 a 1870, que hicieron esas divisiones todavía más evidentes, tuvieron poco efecto sobre su definición teórica. Los intelectuales desclasados seguían siendo también, según él, la vanguardia de la revolución. Como ya hemos dicho, una élite se situaba por encima de las masas incultas y confiaba en su movilización en el momento deseado en torno a objetivos y consignas sobre los que nadie les había informado previamente. Aunque deseaba ardientemente que los obreros se adhirieran a su partido, Blanqui se mostró incapaz de vencer su apatía, salvo raras excepciones, porque carecía de las cualidades necesarias para captar sus deseos y sus necesidades más apremiantes. Los discípulos de Proudhon tuvieron más éxito.

Durante los diez años de su encarcelamiento en las fortalezas, Blanqui se dedicó a perfilar su experiencia revolucionaria. Reflexionó sobre la revolución de febrero; acusó a sus principales participantes, particularmente a los que había encontrado en el camino, y reconsideró los problemas espinosos no resueltos. Parecía interesarse más por los problemas económicos. Se ocupó de la orientación de los negocios, de los mercados, acaso para afianzar sus bases históricas y políticas. No queremos decir en modo alguno que su pensamiento se orientara hacia nuevas vías; en realidad, sus preocupaciones continuaban siendo las mismas. Conservaba sus antiguas ideas, como con-

[15] Mss. Blanqui, 9581, f. 101.

servamos el color de nuestra piel, aunque les daba otra dimensión. Por eso, nuevas lecturas sobre economía —especialmente de los sucesores de J. B. Say— le llevaron a la conclusión de que la economía política se ocupaba exclusivamente de lo que es y no de lo que debería ser. Se trata de una ciencia brutal y sin alma, que acepta el sufrimiento humano como inevitable e inextirpable. Observó también que el capitalismo tiende a absorber a la baja clase media y a transformarse así en algo más amplio. Predijo que algún día el capitalismo sería vencido, a su vez, por los esfuerzos concertados de los explotados [16]; pero se confesó incapaz de decir de qué manera. Para él, la fuente de la explotación radica en el interés y la usura, y sus principales víctimas son los artesanos y los trabajadores independientes. Se interesó igualmente por los obreros fabriles, pero como veremos más adelante, su sistema de pensamiento no se centra sobre su condición.

EN DOULLENS

El 13 de abril de 1849, los presos llegaron a Doullens, donde se les instaló en tres celdas separadas. Una, ocupada por Blanqui y Flotte; la otra, por Barbès y Albert, y la tercera, por Raspail, Sobrier y Quentin. La ciudadela picarda databa de la época de Vauban; era vetusta, húmeda e inhabitable. Las celdas escogidas para los recién llegados se encontraban en los rincones menos ventilados [17]. La falta de agua potable hundió a Blanqui en una angustia considerable, hasta que se las arreglaron para traérsela de la vecina ciudad. La penetrante humedad le causó también trastornos respiratorios. La vista desde su celda resultaba limitada, y el espacio reservado al paseo, muy restringido. En cambio, los presidiarios podían cultivar legumbres y flores. Y tenían la posibilidad de hacerse enviar desde el exterior comida e incluso vino y cerveza. A no ser por el espíritu puntilloso e inseguro del jefe de los carceleros, Vallet, la estancia en la fortaleza picarda se hubiera desarrollado sin incidentes [18].

[16] *Critique sociale*, I, pp. 174-177.

[17] Sobre Doullens, véase F. V. Raspail, *Almanach démocratique et progressif de l'ami du peuple pour 1850*, pp. 30-36.

[18] El relato más completo de la estancia de Blanqui en Doullens se encuentra en Maurice Dommanget, «Auguste Blanqui à la citadelle de Doullens», *Bibliothèque de la révolution de 1848*, XVI, pp. 43-78.

Al poco tiempo de su llegada, Blanqui y Raspail se vieron sometidos a una vigilancia continua. Al parecer, esta especial atención obedecía a órdenes dictadas por el prefecto y el ministro del Interior. Dichas autoridades tuvieron conocimiento de una colaboración anónima de Blanqui en el periódico socialista *Les Veillées du peuple* [19]: Vallet se propuso descubrir pruebas decisivas. Acompañado por sus acólitos, penetró en la celda de Blanqui, registró los cajones de su mesa y confiscó papeles. El preso protestó y solicitó la presencia de un magistrado: pero el carcelero replicó que no había más autoridad en la ciudadela que él. Al ver que un guardián le robaba una preciosa carta de familia, en un abrir y cerrar de ojos Blanqui se apoderó de ella, la rompió y se tragó una parte; en la lucha que siguió para coger el trozo restante, Blanqui fue maltratado y golpeado. Al descubrir una intención homicida en el torrente de insultos que le lanzaba el guardián, se preguntaba si el obediente burócrata no ejecutaba un plan elaborado por sus superiores. Escribió una larga carta de protesta al fiscal general en la que relataba la escena de violencia y exigía la protección de la ley contra la confiscación de papeles personales. Además, preguntaba si un preso se encontraba protegido contra el asesinato y el envenenamiento. La protesta no obtuvo respuesta alguna. En una carta a un colega, el fiscal general achacó toda la culpa a Blanqui por haberse opuesto a la ejecución de una medida administrativa [20].

Afortunadamente, no se volvió a reproducir una intrusión tan brusca en el aburrimiento cotidiano. Sin embargo, se produjeron explosiones entre los presos, y especialmente entre las dos principales facciones, los blanquistas, de una parte, y los barbesistas, de otra. En el capítulo siguiente contaremos sus disputas.

[19] El título completo era *Les Veillées du peuple, journal mensuel de la démocratie socialiste.* No tuvo más que dos números, noviembre de 1849 y marzo de 1850. Como indicaba la lista de sus colaboradores, el periódico representaba una especie de unidad socialista y democrática. Además de Blanqui y sus tres leales amigos, Girard, Lacambre y Emmanuel Barthélemy, participaban Alphonse Toussenel, Esquiros, Proudhon, Eugène Sue y Pierre Dupont.

[20] Las cartas de Blanqui y del fiscal general se encuentran en los Archivos Nacionales, BB 30-359, expediente 1. La carta de Blanqui fue publicada en *Les Veillées du peuple* en noviembre de 1849 y nuevamente reproducida en *La Révolution de 1848*, 1910-1911, VII, pp. 183 ss. En el mismo expediente se encuentra una protesta de Raspail contra la confiscación de papeles, sin prestar atención a su petición de inventario.

Blanqui había aprendido a dividir sus días en diferentes partes. Además del ejercicio cotidiano, se entretenía trabajando en el jardín, y estudiaba el tiempo con el cuidado de un meteorólogo [21]. Vegetariano convencido desde hacía mucho tiempo, pasaba largos ratos lavando sus verduras y preparando sus comidas. Dedicaba numerosas horas al trabajo intelectual. Leía los debates parlamentarios en *Le Moniteur*, libros sobre economía, historia, demografía e impuestos. La religión y la filosofía figuraban entre sus especialidades. Al cabo de los años, llegó a interesarse por la navegación de ingenios más ligeros que el aire y por la astronomía. Su correspondencia con sus discípulos y sus amigos requería penosos esfuerzos. Antes de sacar clandestinamente las cartas y los artículos era preciso redactarlos a escondidas, con tinta simpática, sobre un papel fino pero sólido; se necesitaba también una pluma apta para escribir la tabla de multiplicar en un sello de correos. Desde Belle-Ile, adonde le trasladaron en octubre de 1850, advirtió a sus corresponsales contra eventuales imprudencias. A un amigo de Londres le envió instrucciones detalladas acerca de la calidad del papel que necesitaba, la manera de tratarlo y el tipo de tinta a utilizar [22]. A otro le comunicó las precauciones esenciales para escribirle: primero, consultar a su hermana, Madame Antoine; después, la carta debía pasar por diversos intermediarios; por último, el uso de sobres dobles, la manera de cerrarlos y una nota destinada al primer intermediario: «Se ruega echar al correo» [23].

Blanqui se mostraba ávido de noticias. Se aferraba a las briznas de información acerca de detenciones o registros por sorpresa, informes de conspiraciones o corrientes políticas subterráneas, las elecciones parciales, la opinión pública y la política exterior. Esquiros le informó de que se había presentado a las elecciones en mayo de 1849, en Loir-et-Cher, y obtenido más de 15.000 votos. ¿Esto significaba que estaba en el aire una nueva revolución? [24]. El preso se enteró por su amigo Flotte de la existencia de una tendencia unitaria entre los socialistas, que podría resultar ventajosa para la causa revolucionaria [25]. Le consumía la ansiedad cuando tenía que esperar mucho tiempo una contestación. Durante esos períodos de malestar le asaltaban

[21] Véase Mss. Blanqui, 9591 (1), f. 414.
[22] *Ibid.*, 9584 (1), f. 79.
[23] Carta manuscrita, 21 de noviembre de 1851, Museo de Historia, Montreuil (Sena).
[24] *Ibid.*, 9581, f. 321.
[25] *Ibid.*, f. 22 ss.

inquietantes imágenes mentales, y bombardeaba a sus corresponsales con peticiones de respuestas. En 1851 escribió a su madre hasta seis o siete cartas en cinco semanas sin recibir contestación alguna. Llegó a la conclusión, por fin, de que el silencio era premeditado.

LA ECONOMIA POLITICA CLASICA

Blanqui, al observar los efectos desastrosos de la política del *laissez-faire* en materia económica [26], se convirtió en un empedernido paladín de las clases trabajadoras. En realidad, ya en 1834, había mostrado sus simpatías en *Le Libérateur*. El gran despertar obrero de 1848, que se manifestó en el importante número de sindicalistas que se afiliaron a los clubs, reafirmaron su confianza en los trabajadores. Por eso, al tomar parte en sus actividades, intervino para convencerles de que apoyaran a la república democrática. Era también un ferviente defensor del sindicalismo. Juzgaba con severidad los artículos del Código Penal que, so pretexto de garantizar la libertad de contratación, impedían unirse a los trabajadores. Sólo con una actuación unida, decía, podrían enfrentarse a los patronos en igualdad de condiciones. La asociación de los obreros constituía la mejor respuesta a los argumentos de los economistas burgueses. Incluso la misma teoría del salariado peligraba con el sindicalismo. Este frenaba la reducción de salarios, limitaba la explotación y alteraba las condiciones de trabajo gracias a las cuales algunos privilegiados vivían del esfuerzo de los demás. Estos argumentos serían ofrecidos a los cinteros en huelga de Saint-Etienne. Según Blanqui, los hechos demostraban la falsedad de la teoría capitalista que relacionaba los aumentos de salarios y la depresión industrial. Destacaba que a pesar de la victoria de los obreros cinteros, la industria seguía prosperando [27]. Sobre este punto, su razonamiento se acercaba extraordinariamente al de sus contemporáneos británicos, defensores de la «ley de las diez horas».

Después de 1848 vio en los conflictos capital-trabajo las primeras escaramuzas de la guerra civil. Porque el capitalismo, concluía en diciembre de 1849, no renunciará jamás por su propia voluntad a la menor parcela de su poder [28].

[26] Véase, por ejemplo, Mss. Blanqui, 9583, f. 434 ss.
[27] *Ibid.*, 9581, f. 56; *Critique sociale*, II, p. 225.
[28] *Critique sociale*, II, p. 226.

En el sistema de Blanqui, el problema del sindicalismo abarcaba cuestiones de teoría económica a las que parecía interesarse después de la revolución de 1848. Tampoco en este punto se trataba en modo alguno de revisar sus principios económicos de manera radical, sino sencillamente de ampliar su punto de vista.

Las crisis económicas y sus secuelas de paro y de miseria, derivadas de la depresión de 1847, ocupaban un lugar esencial en las luchas de los partidos. En realidad, esos problemas interesaban a todo el mundo, tanto a socialistas y comunistas como a conservadores y reaccionarios. Desde hacía mucho tiempo, las mentes más ilustres se interesaban por las recesiones periódicas. Hombres como el economista suizo Sismondi, por ejemplo, o Charles Fourier, estudiaron ampliamente sus causas. Ya hemos visto que en 1848 constituían un tema de conversación en los cafés, calles, clubs y en las oficinas de colocación de los Talleres nacionales. Ninguno de los remedios preconizados tuvo éxito. Las comunidades modelo habían quebrado, lo mismo que otros sistemas de crédito o de cooperación. Vimos también que los Talleres nacionales acabaron de mala manera.

Tampoco los remedios propuestos por la derecha contra la miseria y la depresión económica resultaron más eficaces. No obstante, políticos y economistas seguían considerándolos infalibles y los únicos aptos para restablecer la armonía social. La libre empresa ofrecía oportunidades a todos: ¿qué otro medio resultaría mejor para garantizar la igualdad social y el éxito del más capaz? Constituiría una locura desafiar las leyes que rigen el orden económico y oponerse a las leyes del orden divino. Las cosas debían seguir su curso, sin intervención del Estado o de los trabajadores: intervenir suponía oponerse a la obra de la Providencia.

Correspondió a Adolphe Thiers el papel de principal abogado de la libre empresa en la Asamblea Legislativa. Ya había defendido el derecho de propiedad, primero frente a Proudhon [29], y dos meses más tarde frente a los socialistas y los comunistas [30]. La crisis, declaró, estaba en la naturaleza de las cosas. Si la superproducción constituía su causa, sólo era posible liberarse de ella cuando el sobrante quedara absorbido. La situación se restablece siempre si se sigue la política del *laissez-faire*.

[29] Thiers, *Rapport du citoyen Thiers, précédé de la proposition du citoyen Proudhon, relative à l'impôt sur le revenu, et suivi de son discours prononcé à l'Assemblée nationale le 31 juillet 1848*, París, 1848, página 13.

[30] *De la propriété*, París, 1848.

Había que abstenerse de intervenir públicamente contra la miseria: debía evitarse la asistencia sistemática, destructora del orden natural. Naturalmente, en casos extremos resultaban aconsejables ciertas medidas: las obras de caridad, los orfanatos, los hospicios, los talleres, algunos trabajos de utilidad pública. Todo eso era posible con la condición de no competir con la industria privada y la colonización en Argelia. Estos detalles se encuentran en las recomendaciones dirigidas en 1850, con ocasión de un informe sobre la asistencia social, a la Asamblea nacional [31].

La lectura del informe de Thiers provocó en Blanqui toda una serie de observaciones sobre un problema que hasta entonces se encontraba ausente de su pensamiento económico. La economía política clásica había sido su pesadilla, durante mucho tiempo, desde su lectura de J. B. Say. Es casi seguro que dicha lectura no le convirtió a la teoría de la periodicidad de las depresiones, aunque Say viera ya una relación entre los fenómenos de superproducción y las crisis individuales. No podemos realmente decir si la tesis del subconsumo de Sismondi en sus famosos *Nouveaux principes* [32] pudo o no influir sobre Blanqui. Sin embargo, la depresión de 1847, los efectos de que fue testigo y el informe de Thiers le plantearon muy claramente el problema de las crisis económicas.

Admitiremos de entrada que su respuesta no es original, ni profunda, ni particularmente estimulante. Le parece que la superproducción, en tanto que causa, se encuentra al margen del auténtico problema. Para él, si las fábricas rebosan de productos mientras que algunas personas padecen necesidades, ello se debe a que éstas reciben sólo una parte del dinero que su trabajo ha producido, insuficiente para permitirles obtener todo lo que necesitaban. Por consiguiente, no es la superproducción, sino el subconsumo lo que determina el estancamiento de los negocios. He ahí la explicación de los socialistas en los años 1830 y 1840. Blanqui la adoptó: es preciso devolver al trabajador «el valor de su trabajo», cuya mitad le ha sido robada para llenar los bolsillos del capital. Una vez mejorado el poder adquisitivo del trabajador, la producción experimentará un sal-

[31] *Compte rendu des séances de l'Assemblée nationale législative*, V, anexo, pp. 71-97; publicado por separado con el título *Rapport général présenté par M. Thiers au nom de la commission de l'assistance et de la prévoyance publique*, París, 1848.

[32] El título completo de la obra es *Nouveaux principes d'économie politique, ou la richesse dans ses rapports avec la population*, París, 1827, 2 vol.

to, lo cual provocará a su vez una reducción de precios y un aumento de salarios. El consumo se incrementará proporcionalmente a la producción [33].

No insistiremos sobre las reservas formuladas por Blanqui ante los paliativos recomendados por Thiers; basta con decir que los calificaba de remedios de charlatán. No podrán impedir que las crisis se produzcan cada cinco o seis años. Además, la colonización ofrece una oportunidad para liberar a Francia de los socialistas y los revolucionarios [34]. Sus reflexiones acerca de la teoría de los ciclos económicos ofrecen mayor interés. Su pensamiento adquiere amplitud, aunque no gane casi en profundidad. Su teoría del subconsumo no tiene en cuenta las relaciones de producción bajo el capitalismo, ni su hundimiento. Según su razonamiento, el fracaso de todo el sistema proviene de que se niega al obrero el derecho a una parte justa sobre los beneficios de lo que produce. Hemos de repetir que la visión que tenía Blanqui de un mundo ideal difiere muy poco de la del artesano o productor independiente que, en tanto que se beneficia con el producto completo de su trabajo, se encuentra, en teoría, a cubierto de la necesidad: este orden no conoce el desequilibrio, la plétora, el paro, ni la depauperación.

Por consiguiente, en el centro de su teoría del subconsumo se sitúa el principio de que el trabajador tiene un derecho indiscutible sobre lo que produce. Para él, como para Proudhon, todo lo que no reconoce al menos ese derecho forma parte del «robo». Ahora bien, aunque la noción del robo puede justificar algunas medidas de represalia por parte de individuos o de la sociedad, no sirve realmente para clarificar el proceso de la producción capitalista, ni para reforzar la causa del socialismo.

Es posible y razonable anticipar que Blanqui contribuyó muy poco —o incluso absolutamente nada— al desarrollo de la teoría socialista. Su socialismo, al igual que su pensamiento económico, llegó a ser menos confuso después de 1848, pero no franqueó nunca la etapa del eclecticismo. No sugerimos en modo alguno que el hecho de ser ecléctico constituya un impedimento para la acción. Blanqui no dudó nunca de la orientación general que había tomado. Para conseguir el triunfo del socialismo, elaboró una estrategia de la revolución que, en mayor medida que su teoría socialista, le ha situado entre los más grandes revolucionarios de la historia.

[33] *Critique sociale*, II, p. 242 ss.
[34] *Ibid.*, II, pp. 234-362.

Por el momento, en Doullens, Blanqui reflexiona sobre el sentido del socialismo. En él ve principalmente una serie de negaciones. Para Blanqui un socialista es un republicano que no se desalienta por las revoluciones francesas ni es lo bastante crédulo para admitir que el espíritu de 1848 constituye el retorno al Antiguo Régimen, y de ahí a la Edad Media y a la teocracia. En el aspecto positivo, el socialista es un admirador de las revoluciones que han supuesto para Francia prestigio y grandeza, ilustración y bienestar; y un demócrata fundamentalmente convencido de que el objeto de la república estriba en satisfacer las necesidades del pueblo [35]. Nada de medias tintas en la revolución: o es «la esclavitud» o es «la reestructuración de la sociedad» [36]. En definitiva, para él el socialista debe ser el paladín de la república social. Una definición así le diferencia poco del romántico admirador de los grandes principios de la Revolución francesa.

Mientras intentaba clarificar el problema del socialismo, recibía cartas que le mostraban que su encarcelamiento no le había aislado, ni quitado nada de su prestigio. Se enteraba de que revolucionarios en Francia y en el extranjero reconocían su deuda hacia él. Un discípulo le confesó su orgullo y alegría «por poseer mártires como usted» [37]. Un admirador cuya simpatía provenía del documento Taschereau escribió: «Crece usted cada día ante la opinión pública. A medida que el pueblo se instruye, dice de usted, con respeto, que ha sido el hombre más desgraciado de nuestra época» [38]. Un amigo resume así su importancia relativa en el movimiento revolucionario francés de mediados del siglo XIX: «Es usted, para mí, el alma de la revolución; si sucumbe usted, sucumbirá ella» [39]. Al responder a una pregunta de Blanqui sobre los exiliados en Londres, un refugiado añade como posdata: «Se extraña, dice usted, de tener tantos amigos; yo lo encuentro muy natural» [40].

Al parecer, Blanqui consiguió tejer una red de comunicaciones con amigos y simpatizantes. En el capítulo siguiente se abordará el estudio de los informes que éstos le mandaban sobre la situación de las pequeñas colonias de refugiados.

[35] Mss. Blanqui, 9581, f. 50 ss.
[36] *Ibid.*, f. 34.
[37] *Ibid.*, f. 220.
[38] *Ibid.*, f. 224.
[39] *Ibid.*, f. 322.
[40] *Ibid.*, f. 219.

13. BELLE-ILE

TEMPESTAD EN EL PENAL

Blanqui permaneció en Doullens hasta el 20 de octubre de 1850. Fue uno de los veinte presos trasladados, por un camino poco frecuentado, a Belle-Ile-en-Mer. Esta medida de aislamiento suponía una precaución de la reacción antes de consolidar su posición. Ofrecía mayor seguridad tener a los revolucionarios más temidos en una pequeña isla, donde sus menores hechos y gestos podrían ser vigilados y sus mensajes interceptados. El viaje se interrumpió con algunas breves paradas en la cárcel de Mazas, en París. Blanqui llegó al penal a principios de noviembre; Barbès le seguiría quince días más tarde.

Después de esta corta tregua, la lucha recomenzó entre los dos. Los presos se dividieron en dos bandos. Fracasaron los intentos de conciliación realizados por personas neutrales. Según Blanqui, los partidarios de Barbès fueron los que atizaron de nuevo el fuego. Se prepararon para recibir a su jefe con los gritos de «¡Viva Barbès! ¡Abajo Blanqui!». Luego de llegar al penal, Barbès, distribuyendo dinero y prometiendo puestos en la próxima revolución, se hizo nuevos amigos que propagaron insinuaciones difamatorias sobre Blanqui. Se le comparaba con un aprendiz de dictador, con Cromwell y Napoleón, para finalmente acusarle de confidente [1].

Blanqui decidió acabar con las calumnias enfrentándose a su adversario en un debate público. Barbès aceptó el desafío y se fijó una fecha: el 15 de diciembre de 1850. Entre tanto, siempre según el relato de Blanqui, presos a los que se consideraba vacilantes o influyentes, recibieron billetes de dos francos [2]; uno de ellos cayó en sus manos. Blanqui desconfia-

[1] Mss. Blanqui, 9583, f. 401.

[2] *Ibid.*, f. 402; véase también el relato de Daniel Lamaziere, *La Nouvelle Revue*, 1898, CXII, p. 393.

ba de su adversario y sentó por escrito las reglas del desafío que habían sido definidas oralmente. Solamente los dos participantes podrían hablar, sin ninguna interrupción, y todo el tiempo que desearan; ambos bandos designarían un comité de jueces [3]. Sin embargo, Barbès se negó a refrendarlas. Había creído que se concedería la palabra al que quisiera tomarla. Aunque ningún acuerdo fue posible, Barbès celebró una reunión a la que asistió un solo miembro del grupo de Blanqui. Este tenía como misión la de precisar que las reglas rechazadas por Barbès eran una puntualización por escrito de los acuerdos verbales anteriores. Emplazado para refutar este testimonio, que dos espectadores confirmaron, Barbès perdió su sangre fría. En su confusión cometió la grave impropiedad de llamar a su adversario «señor», cuando debió emplear el término «ciudadano».

En otras circunstancias, esta faltilla no habría tenido consecuencias. Pero en el pequeño mundo del penal, donde cualquier hecho o gesto tomaba proporciones gigantescas, provocó una verdadera tempestad. Profundamente conmovidos por este lapsus, los presos que habían tomado partido por Barbès se interrogaron sobre el hombre y creyeron encontrar astucia donde sólo habían visto generosidad. El título de «señor» provocó un rumor atronador en el auditorio. Testigos de la escena quedaron estupefactos y avergonzados. En una moción, ocho de ellos se declararon incapaces de ser los jueces de uno de sus codetenidos. Otros gritaron: «¡Nosotros también! ¡Nosotros también! ¡Nada de juicio! ¡Es odioso! ¡Es abominable!» La reunión acabó en forma tumultuosa [4]. Según Blanqui, «al día siguiente de esta escena tormentosa», entre 150 y 160 presos asistieron a la clase de economía social que daba desde diciembre de 1850 para expresar así su desaprobación a Barbès.

Incluso si las cifras fueron muy exageradas, como declaró más tarde un testigo ocular [5], no resultan por ello menos significativas. Situadas en el contexto que supone la atmósfera de aislamiento y de acrimonia que reinaba en el penal, implican una liberación de sentimientos contenidos o disimulados durante mucho tiempo. Numerosos partidarios de Barbès no compartían su implacable enemistad por Blanqui, porque pensaban que con ello se dañaba a la causa. La presencia

[3] Mss. Blanqui, 9583, f. 403 ss.
[4] *Ibid.*, f. 407.
[5] D. Lamazière, *op. cit.*, p. 392.

a su lado del experto de la insurrección resultaba necesaria para reavivar la llama de la revolución que, según ellos, no tardaría en estallar.

Para comprender este optimismo exagerado hemos de recordar que en esa época no se había producido el golpe de Estado de diciembre de 1851, y que los revolucionarios defraudados esperaban aún un arranque del gallo galo. Muchos partidarios de Barbès estimaban que si Blanqui no hubiera existido, el problema de la revolución ni siquiera se plantearía. Para ellos, Blanqui «era el Titán de la revuelta, su neurasténico tenebroso. Lleva en sí el germen de todos los odios, de todos los sufrimientos, de todos los sacrificios, de todas las desgracias; es el hombre de todos los excesos, el eterno enemigo de las leyes sociales. [...] Se le querría si tuviese menos odio; se le detestaría, si no fuese tan desgraciado». Se le trataba con consideración porque era «una potente máquina de destrucción social, en una época en que se necesitaba destruir» [6]. Estas ideas expresan la razón de que algunos admiradores y simpatizantes de Barbès buscaran refugio en la neutralidad o intentaran reconciliar a los dos bandos.

Los mismos principios, sin hablar de estrategia, forzaban a dejar los factores personales en segundo plano. Esto se evidenciaba a medida que aumentaban las disensiones sobre temas aparentemente sin ligazón entre sí. Para no sobrecargar de detalles la narración [7] mencionaremos sólo tres: uno se refería al reparto de los fondos recogidos por los republicanos con el fin de ayudar a los detenidos sin recursos y a sus familias; otro concernía a una protesta por la calidad de las zanahorias, y el tercero a la biblioteca de la cárcel. Estos pretextos de las disputas no eran sino los signos exteriores de las divisiones doctrinales y sociales. Era «el proletariado contra la burguesía», como explicaba Blanqui simplificando las cosas: «De un lado, la Revolución revolucionaria, los auténticos enemigos del orden actual; del otro, los hipócritas y los comediantes de la revolución». Los unos despreciaban las habladurías y las cuestiones personales y se ocupaban de los intereses comunes de los detenidos; los otros especulaban con su desunión gracias a las intrigas y las calumnias. Llevando el contraste todavía más lejos, Blanqui decía que el proleta-

[6] Tal era el razonamiento de Amédée Langlois, amigo de Proudhon, en una carta a Barbés, publicada por J. F. Jeanjean en *La Révolution de 1848*, 1911, VIII, p. 203.

[7] Puede consultarse el libro de Maurice Dommanget, *Auguste Blanqui à Belle-Ile*, París, 1935.

riado reclamaba medidas vigorosas, mientras que la burguesía preconizaba la generosidad, la moderación y la clemencia, al igual que en 1830 y en 1848 [8]. En definitiva, el microcosmos de Belle-Ile reflejaba el mundo exterior. Blanqui veía al lado de Barbès a los arribistas y abogados, el tipo de republicanos que se sumaron a Louis Blanc y Ledru-Rollin. En cambio, él había atraído a los trabajadores y a los honestos cruzados del socialismo.

Ya hemos presentado un cuadro de las ideas de Barbès y de Blanqui. Cada uno tenía una visión diferente de la democracia. El primero se contentaba con su aspecto formal, con la esperanza de acabar con la discordia social; su ideal radicaba en un estado de equilibrio en el que las fuerzas sociales dejarían de intervenir. El segundo concebía la democracia de manera dinámica, con una historia y un porvenir. En la práctica, eso implicaba lo que entonces se llamaba la república social; esencialmente dinámica, no renegaba del pasado ni adoraba tampoco reliquias revolucionarias; o progresaba o se atrofiaba. Por consiguiente, para Blanqui, la democracia se transformaría en socialismo, so pena de ser sólo una máscara cómoda para todos los que deseaban disimular sus intenciones, incluso para sus enemigos.

Los conflictos de partido, en lugar de mantenerse en el plano de las ideas, tendían más bien a degenerar en luchas verbales. Una auténtica riña estalló una vez entre sesenta o más presos. Posiblemente Vallet, trasladado de Doullens a Belle-Ile, provocara secretamente el incidente. Sea la que fuere la causa, el recurso a los argumentos contundentes mostraba claramente un descenso del nivel ideológico. Afortunadamente, muchos se pusieron de acuerdo para lamentarlo. No obstante, los días de las fiestas revolucionarias, tales como el 14 de julio o el 24 de febrero, los sentimientos fraternales eclipsaban la animosidad. Entonces, los presos cantaban juntos la *Marseillaise* y el *Chant du départ* con calor y confianza. Con la misma unanimidad velaban a sus compañeros fallecidos. En pie, unos al lado de otros, sin distinción de partidos, se concentraban ante el féretro, revestido con un paño rojo [9]. También tenían distracciones comunes. Las representaciones teatrales agradaban tanto a los barbesistas como a los blanquistas. Y asistían a las mismas conferencias sobre economía política o fisiología, sobre historia o astronomía. Porque

[8] Mss. Blanqui, 9583, f. 419 ss.
[9] Geffroy, *op. cit.*, pp. 194 ss.

en Belle-Ile funcionaba una especie de universidad popular dotada de un cuerpo docente especializado y de una biblioteca constituida por los mismos presos.

Si la lucha doctrinal se hubiera limitado a Belle-Ile merecería menos atención. Pero reflejaba, en realidad, una disensión más amplia que desde 1848 causaba estragos en el frente internacional. Los principales actores eran refugiados políticos, y los campos de batalla, Suiza, Bélgica, Gran Bretaña, hasta los Estados Unidos. Sin embargo, la lucha más enconada se circunscribía a Inglaterra y sobre todo a Londres, donde residían numerosos revolucionarios llegados de todos los confines de Europa; había italianos, alemanes, rusos, húngaros, checos, polacos y franceses.

Los polacos y los húngaros constituían las colonias más importantes en tierra británica [10]. Los franceses eran los más desunidos y los más pendencieros. Y había más que en Bélgica, por ejemplo, donde numerosas leyes prohibían la residencia a los exiliados: solamente cuatrocientos pudieron quedarse, mientras que varios millares fueron expulsados después de los primeros días de exilio [11].

La llegada en masa de refugiados franceses a Inglaterra, después del golpe de Estado de Luis Napoleón, provocó una grave crisis social. Los sastres, zapateros y cocineros tuvieron pocas dificultades para encontrar trabajo, pero los carpinteros de armar y los albañiles estuvieron parados durante mucho tiempo. Los más duramente afectados fueron los intelectuales sin recursos o sin oficio. Después de las jornadas de junio, los owenistas y cartistas contribuyeron a fundar una sociedad francesa de socorros, destinada a facilitar la instalación en Londres de los refugiados. Louis Blanc y Caussidière, ambos recientemente llegados tras una huida fácil y sin complicaciones, participaron en esta sociedad. Seis meses más tarde, a pesar de una fuerte oposición, la sociedad admitió en su seno a un pequeño grupo de obreros franceses. Al frente del grupo se encontraban dos blanquistas, Adam, obrero del cuero, y Emmanuel Barthélemy, mecánico, que habían pertenecido a sociedades secretas durante el régimen orleanista.

[10] Según el Home Office, el número total de refugiados en marzo de 1853 era de 4.380, entre ellos 2.510 polacos y húngaros. Los franceses eran un millar. Citado por Alvin R. Calman, *Ledru-Rollin après 1848 et les proscrits français en Angleterre*, París, 1921, p. 135.

[11] Amédée Saint-Ferréol, *Les Proscrits français en Belgique*, París, 1871, I, pp. 68-69.

La incorporación de este grupo hizo más visible la separación entre «ricos fundadores» y «pobres afiliados», según la descripción enviada por Barthélemy a Blanqui[12]. Por eso, cuando Ledru-Rollin y Martin Bernard ingresaron en ella, a su llegada a Londres, se ofendieron tanto por la frialdad de los obreros que no tardaron en abandonarla, llevándose con ellos, entre otros, a los miembros bienhechores. Caussidière fue uno de los primeros en dejar la sociedad, seguido de Louis Blanc. Al perder sus apoyos financieros, la sociedad sólo disponía de los escasos recursos procedentes de las cotizaciones semanales para subvenir a las necesidades de sus miembros sin trabajo. Incluso antes de que la situación se agravara con la llegada de nuevos exiliados, ya resultaba totalmente ineficaz: «Sería difícil decirle en qué situación de miseria se halla la emigración proletaria», escribió Barthélemy a Blanqui el 4 de julio de 1850[13]. Poseemos pocos detalles sobre la organización interna de la sociedad, cuya denominación completa era «Sociedad de los Proscritos Demócratas Socialistas Franceses». Salvo algunas excepciones, se componía enteramente de obreros. Entre las excepciones: Louis Ménard, de tan variados talentos[14], Antonio Watripon[15], periodista experimentado y organizador del Club de la Fraternidad, y Jules Vidil, antiguo capitán de húsares. Según Vidil, Ménard y Watripon la abandonaron a mediados del año 1856[16]. Entre los miembros activos de la sociedad se hallaban Adam y Barthélemy, ya mencionados.

Barthélemy tenía menos de treinta y cinco años. Era un pequeño hombre fornido, de carácter entero. Aprendió solo el arte de hablar a las multitudes y poseía una voluntad y abnegación inflexibles, según el testimonio de Herzen, que lo conoció bien. Estaba al mismo tiempo, nos dice, «sediento de sangre y lleno de humanidad». Se trataba de una especie de fanático de 1793. Durante los años 1840 fue condenado por haber matado a un gendarme en el transcurso de una sublevación contra la monarquía. Liberado después de la revolución de febrero, apoyó a Louis Blanc, combatió en las barricadas de junio y fue encarcelado en Belle-Ile. Se evadió

[12] Mss. Blanqui, 9581, f. 207.
[13] *Ibid.*, f. 209.
[14] Henri Peyre, *op. cit.*
[15] Véase sobre él el artículo del *Grand Larousse du XIXe siècle*, volumen XV.
[16] Mss. Blanqui, 9581, f. 214.

y se refugió en Londres [17]. Entre tanto cambió de campo y tomó partido por Blanqui en contra de Blanc, porque las ideas de Blanqui le parecían corresponder más a su propio deseo de exterminar a la burguesía. Sin embargo, le quedaban algunas simpatías por Blanc. Y pensaba que, a la vista del pequeño número y del aislamiento de la facción blanquista, constituía una buena estrategia el conservar las relaciones con uno de los jefes más populares de la colonia francesa. Los principios de la Sociedad de los Proscritos eran prácticamente los mismos que los de Blanqui. La diferencia esencial residía en el problema de las relaciones con los demás refugiados. Vidil, en una carta dirigida a Blanqui el 19 de julio de 1850, le decía que la Sociedad era fundamentalmente «comunista», término sinónimo para él de «blanquista». Añadía: «Por supuesto que al decir blanquista se especifican sus ideas revolucionarias y su conducta desde el 24 de febrero» [18].

La organización blanquista era enemiga declarada de la Sociedad de la Revolución, cuyos principales jefes eran Ledru-Rollin, Martin Bernard y Charles Delescluze [19]. Esta Sociedad tenía por objetivo el advenimiento de una república parlamentaria que promulgaría reformas fiscales, se opondría a las tasas de interés usurarias, establecería la enseñanza laica e impediría la formación de monopolios [20]. Su programa revolucionario no llegaba más lejos. Los jefes de esta Sociedad se sentían tan cerca de otros exiliados políticos como el italiano Giuseppe Mazzini, el alemán Arnold Ruge y el polaco Albert Darasz, que formaron juntos el Comité Central Democrático Europeo [21].

Una tercera sociedad de refugiados franceses en Londres había tomado el nombre de Unión Socialista. Se trataba de un pequeño grupo nacido gracias a los esfuerzos de Pierre Leroux, Etienne Cabet y Louis Blanc, pero cuya iniciativa co-

[17] Alexandre Herzen, *My Past and Thoughts*, Nueva York, 1924, IV, páginas 250-254. El retrato que ofrece de él Maurice Dommanget en *Les Idées politiques et sociales d'Auguste Blanqui*, París, 1957, pp. 383 ss., es discutible.

[18] Mss. Blanqui, 9581, f. 214. Vidil quería decir desde que Blanqui había abandonado Blois por París.

[19] Debía desempeñar un papel primordial en la Comuna de París más de veinte años después.

[20] El programa fue trazado por Ledru-Rollin en el manifiesto «Al pueblo», *Le Proscrit*, 5 de julio de 1850, I, pp. 3-6.

[21] Sus órganos oficiales fueron *Le Proscrit*, mensual, julio y agosto de 1850; *La Voix du proscrit*, semanal, del 27 de octubre de 1850 al 3 de septiembre de 1851, y *Le Peuple*, noviembre de 1851.

rrespondía a Cabet. Al escribir a Louis Blanc desde Nauvoo, en Illinois, el comunista utópico le proponía regresar a Europa y ayudar a la fundación de un órgano oficial de la Unión [22]. La organización resultó efímera. Entre sus proyectos se encontraba el lanzamiento de un periódico diario y una revista, que no llegaron a publicarse [23].

Las discusiones entre los exiliados franceses en Inglaterra resultaban semejantes a las de los demás países. También en este punto Vidil constituye nuestra fuente. Las mismas disputas se producían en Suiza y en Bélgica. «Se diría que existe una consigna», escribía a Blanqui [24]. Cada facción francesa en Inglaterra tenía amigos entre la emigración francesa de otros lugares. Y cada una confiaba en ampliar su base mediante una alianza con los exiliados de otros países. Los amigos de Ledru-Rollin, como hemos visto, se unieron con republicanos de diferentes naciones en el Comité Central Democrático Europeo. Al ayudar a la formación de la Unión Socialista, Cabet quería darle una dimensión internacional invitando a representantes de otros grupos nacionales [25]. Por su parte, los blanquistas, con los cartistas de izquierda y la Liga de los Comunistas, organizaron la Sociedad Universal de Comunistas Revolucionarios, que se disgregó al cabo de seis meses.

Se realizó un acuerdo entre los blanquistas y otras facciones de refugiados en Londres, en noviembre de 1850. Participaron cuatro grupos: la Sociedad de Proscritos Demócratas Socialistas Franceses, el Comité Permanente Polaco de la Sección Democrática, la Sociedad Democrática Húngara y el Comité Democrático Socialista de Refugiados Alemanes, surgido de una escisión de la Liga de los Comunistas el 15 de septiembre. Esta fecha corresponde prácticamente a lo que Marx llamaría la «desbandada de hecho» de la Sociedad Universal de Comunistas Revolucionarios [26]. Convencidos de que la oleada revolucionaria, que se originaría en Francia, se extendería de nuevo sobre Europa, las cuatro organizaciones llama-

[22] En la correspondencia de Louis Blanc, en la Biblioteca Nacional, Departamento de manuscritos, NAFX, 11.398, f. 33-34, se encuentran dos cartas de Cabet a Blanc que tratan de la alianza de los socialistas franceses.

[23] Jules Prudhommeaux, *Icarie et son fondateur, Etienne Cabet*, París, 1901, pp. 270 ss. Se proporciona un resumen de las negociaciones entre Cabet, Blanc y Leroux en Félix Bonnaud, *Cabet et son oeuvre*, París, 1900, páginas 119-123.

[24] Mss. Blanqui, 9581, f. 216.

[25] J. Prudhommeaux, *op. cit.*, p. 271.

[26] K. Marx-F. Engels, *Werke*, Berlín, 1960, p. 415.

ban a los pueblos a alzarse unidos, con las armas en la mano, contra un ataque inminente de la contrarrevolución. Tal era el objetivo de su manifiesto *A los demócratas de todas las naciones*, réplica del *Comunicado a los pueblos* lanzada por el Comité Central Democrático Europeo. El manifiesto conjuraba a todas las nacionalidades oprimidas a eliminar las fronteras trazadas por los déspotas y a reunirse en torno a la bandera que llevaba como inscripción: «La República universal, democrática y social». Sólo así podrían enfrentarse a los reyes y aristócratas cuyos millones de soldados no esperaban más que una señal para invadir Francia, «el volcán de la Revolución universal». Según el manifiesto, los cosacos estaban preparados para repetir 1815. Después de eliminar todas las huellas de republicanismo y de democracia reducirían a todos los pueblos a la esclavitud. Por ello, declaraban los firmantes: «Ante este peligro que nos amenaza, ¡en pie! ¡En pie! [...] pasemos los días de fatiga y de gloria que nos prepara la guerra santa de la libertad» [27].

Es inútil dar la lista completa de los firmantes. Basta con indicar que Adam, Barthélemy y Vidil se hallaban entre los siete nombres blanquistas. De los seis alemanes, los más conocidos eran August Willich y Karl Schapper, es decir, los que habían consumado la ruptura con Marx y Engels. El manifiesto, que sepamos, fue el único texto publicado por la coalición, que parece haber desaparecido poco después de esta publicación. Algunas amistades le sobrevivieron. Barthélemy, por ejemplo, mantuvo excelentes relaciones con Willich y algunos otros.

El manifiesto constituye un ejemplo del revolucionarismo exacerbado que inspiraba a las facciones de refugiados de la extrema izquierda. Tal vez los blanquistas fueran los más impetuosos; en todo caso eran los más obstinados y fieles a las orientaciones de su jefe. Resulta difícil y con frecuencia imposible saber lo que éste pensaba de las posiciones políticas tomadas en su ausencia. Por ejemplo, no sabemos nada sobre su reacción ante la alianza con la Liga de los Comunistas, aunque al parecer se le informó de ella. Tampoco nos es posible adivinar lo que pensó sobre el entendimiento mencionado, que culminó con la publicación del manifiesto. Conocemos, sin embargo, la opinión de Blanqui acerca de un punto particular: el acuerdo suscrito por su grupo con otros

[27] El manifiesto se cita in extenso en la carta de Marx a Engels de 2 de diciembre de 1850, Marx-Engels, *Gesamtausgabe*, III, I, pp. 117-119.

refugiados franceses en Londres para conmemorar juntos el tercer aniversario de la revolución de febrero. En este caso, el jefe declaró firmemente que sus émulos se habían desviado. Dado que la toma de posición de Blanqui tomaría una importancia inesperada, necesitamos unas palabras para explicar su origen.

«AVISO AL PUEBLO»

Aunque Louis Blanc se había retirado de la Sociedad blanquista, algunos miembros, entre ellos Barthélemy, conservaron su simpatía hacia él. Al acercarse el tercer aniversario del 24 de febrero, apoyaron un proyecto presentado por exiliados franceses para organizar un banquete durante el cual eminentes revolucionarios celebrarían la gran victoria de 1848. Entre los interesados por el proyecto se hallaban Louis Blanc y Landolphe, Willich y Schapper, dos polacos y un húngaro que firmaron el manifiesto *A los demócratas de todas las naciones*, y los blanquistas Vidil y Barthélemy. El programa resultaba lo bastante amplio para satisfacer a todos los socialistas y comunistas franceses y, ciertamente, no contenía nada por lo que Blanqui pudiera sentirse molesto. En realidad, algunos puntos del programa estaban definidos más claramente que los suyos. Para evitar la desunión no se mencionaban los problemas de táctica revolucionaria y solamente se definían las aspiraciones. El objetivo final consistía en pasar de la tríada revolucionaria «libertad, igualdad, fraternidad», a una fórmula del tipo: «de cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades». Tal era la meta: sólo podría alcanzarse cuando se instituyera la propiedad colectiva de los medios de producción y artículos de consumo [28].

Lo que irritaba a Blanqui no era tanto el contenido del programa como la identidad de los firmantes, sobre todo el nombre de Louis Blanc, compañero de Barbès y de sus amigos. Mientras se perdía en conjeturas sobre las causas del acercamiento entre ellos y sus partidarios recibió de Barthélemy la petición de una adhesión [29]. Al parecer, pensó que esta petición había sido aprobada por el Comité Ejecutivo de la Sociedad de los Proscritos. Por ello se sintió primero desalen-

[28] Lo esencial de ese programa fue publicado por el semanario inglés de G. J. Harney, *The Friend of the People*, 15 de marzo de 1851.
[29] Mss. Blanqui, 9583, f. 413.

tado y luego irritado, ya que Barthélemy le rogaba tener «alguna indulgencia con los que no han sido más que débiles o poco inteligentes» [30]. Blanqui creyó que eso implicaba llevar demasiado lejos la mansedumbre.

Su respuesta habría podido ser menos tajante si la petición hubiese coincidido con una tregua en las hostilidades que proseguían en el penal. Desgraciadamente llegó cuando la atmósfera se hallaba aún cargada de electricidad tras el debate fallido entre los dos jefes. Es más, en la misma Belle-Ile, una propuesta de banquete común con ocasión del aniversario había fracasado porque los barbesistas se negaban a sentarse en la misma mesa que los blanquistas [31]. De modo que —pensaba Blanqui—, mientras que se le escarnecía en Belle-Ile esperaban oírle cantar «Hosanna» en Londres.

Rechazó, pues, supeditarse a la petición. En su lugar envió a Barthélemy, por medio de su cuñado, un texto escrito con anterioridad, «una página producto de un ataque de asco». Según su propia confesión, ese texto estaba inacabado y era tosco. Parece evidente, pues, que no fue concebido para la publicación. Sin embargo expresaba bien sus sentimientos personales y serviría para poner en guardia a sus partidarios contra las relaciones con el *alter ego* de Barbès.

El texto, por consiguiente, resultaba al mismo tiempo «el grito del centinela que percibe un peligro» [32] y una especie de desafío destinado a favorecer un intercambio de ideas que clarificaría el pensamiento de su propio partido. En su opinión, se trataba de un documento confidencial. Pero —según el relato de Blanqui— antes de remitirlo a Barthélemy, su cuñado lo copió y lo publicó con el nombre del autor, bajo el título «Aviso al pueblo» [33].

Para comprender la tempestad que el texto desencadenó es preciso examinar su contenido [34]. Comenzaba con una pre-

[30] *Ibid.*, 9581, f. 375.
[31] M. Dommanget, *Auguste Blanqui à Belle-Ile*, p. 63.
[32] Mss. Blanqui, 9581, f. 248.
[33] Blanqui contó varias veces la historia del «Aviso», por ejemplo a Edouard, el 19 de marzo de 1851, Mss. Blanqui 9583, f. 313-315; y a Barthélemy, el 16 de mayo de 1852, *ibid.*, 9581, f. 237-238; véase también *ibid.*, 9583, f. 391-395.
[34] Varios ejemplares se hallan en los papeles de Blanqui. La fecha del 10 de febrero de 1851 fue probablemente añadida por Blanqui antes del envío. La copia en *ibid.*, 9584 (2), I, b 5, f. 15-19, lleva la fecha: enero de 1851. Un folleto con el «Aviso», editado por los «Amigos de la igualdad», se encuentra en *ibid.*, 9581 (1), f. 156. Luego el texto fue publicado

gunta: «¿Qué escollo amenaza a la revolución de mañana?» La respuesta era: «El escollo donde se estrelló la de ayer: la lamentable popularidad de unos burgueses disfrazados de tribunos». Blanqui citaba a continuación los nombres de los miembros del gobierno provisional de 1848: «Lista fúnebre —observaba—, nombres siniestros, escritos con caracteres sangrientos sobre todas las calles de la Europa democrática». Achacaba a estos hombres el crimen de haber degollado a la Revolución. Eran ellos los responsables de la carnicería. Si no hubieran traicionado a la causa del pueblo, la reacción no habría podido representar su papel de asesino de la democracia. ¿Cuáles eran sus crímenes? El decreto de los 45 céntimos, el mantenimiento de los estados mayores, de la magistratura y de las leyes monárquicas, el ametrallamiento de obreros y la persecución de republicanos.

Los trabajadores podrían evitar la repetición de una traición semejante alejándose de tales hombres. Debían considerarse traidores aquellos que, elevados al poder, no decidieron inmediatamente «el desarme general de los guardias burgueses, el armamento y organización en milicia nacional de todos los obreros». Existían, naturalmente, otras medidas que tomar, pero se derivaban normalmente de las decisiones preliminares que garantizaban la seguridad del pueblo: «No debe quedar un fusil en manos de la burguesía [...]. Las armas y la organización, he ahí el elemento decisivo del progreso, el medio serio de acabar con la miseria. Quien tiene hierro tiene pan [...]. Francia, erizada de trabajadores en armas, representa el advenimiento del socialismo. En presencia de los proletarios armados, obstáculos, resistencias, imposibilidades, todo desaparecerá. Pero para los proletarios que se dejan divertir por paseos ridículos por las calles, por plantaciones de árboles de la libertad, por frases sonoras de abogados, habrá agua bendita primero, insultos a continuación, finalmente, metralla y siempre miseria. ¡QUE EL PUEBLO ELIJA!»

Tal era el «Aviso» que Blanqui lanzaba a su partido en Londres. Hirviente de cólera, era despiadado y directo; su objetivo era el socialismo luego de una revolución violenta. Cualquier otro medio no representaba más que una ilusión. Sometido por Barthélemy al comité del banquete, el «Aviso» fue

en *Ni Dieu, ni maître*, el 20 de marzo de 1881, y en *La Révolution de 1848*, 1925, XII, pp. 552-554. Una traducción alemana se publicó en Berna poco después de su aparición en francés.

rechazado por un voto de diferencia. Ni siquiera se habló de él durante el banquete conmemorativo [35].

Los amigos de los atacados en el «Aviso» no podían mantener el silencio durante mucho tiempo. En Belle-Ile, Amédée Langlois, amigo de Barbès y de Proudhon, lo declaró escandaloso [36]. Langlois, que expresaba la opinión del partido de Barbès, fue reprendido por Proudhon, que se inclinaba a pensar que Blanqui, aunque astuto, era menos hipócrita que sus rivales. Apenado por la disputa que asolaba a Belle-Ile y porque allí se desgarraban sus dos amigos Victor Pilhes y Langlois, Proudhon no percibía más que diferencias superficiales entre los dos principales protagonistas. Por eso atribuía la causa del conflicto a la vanidad personal. El mayor mérito de Blanqui, según él, residía en que personificaba la «venganza popular» que, tras una bacanal de luchas de facciones y guerras civiles, abriría finalmente el camino a la anarquía [37]. Los ambientes de los refugiados cercanos a Louis Blanc se sintieron exasperados por la auténtica paliza que se le administraba en el «Aviso». En lugar de dejar correr el tiempo, según ellos, Blanqui atizaba los viejos rencores y llegaba hasta repetir consignas de 1848. Pretendían que resultaba preferible olvidar, perdonar y unirse en torno a objetivos comunes. Incluso simpatizantes de Blanqui, entre ellos Pierre Leroux, Alphonse Esquiros y el fabulista Pierre Lachambaudie [38], no podían admitir el razonamiento del «Aviso». En su opinión existía una diferencia clara entre Blanc y Albert, por un lado, y el resto del gobierno provisional por otro. Mezclarlos implicaba silenciar el hecho de que las jornadas de junio, con sus millares de cadáveres, habían levantado un verdadero muro entre los dos socialistas y sus antiguos colegas [39].

[35] Willich cuenta que aproximadamente asistieron mil personas al banquete. (*Belletristisches Journal und New-Yorker Criminal Zeitung*, 28 de octubre de 1853, p. 330.) Otro banquete fue organizado en Londres en la John Street Institution por los republicanos amigos de Ledru-Rollin. El *Times* de Londres, 1 de marzo de 1851, habla de disturbios entre civiles y soldados, el día del aniversario, en Marsella, Estrasburgo, Issoudun, Barle-Duc y Mons. En París, 109 diputados de la oposición celebraron el aniversario con una comida, según *La République universelle*, 1851, III, página 62.

[36] En una carta al *Siècle*, 13 de marzo de 1851, citada en Mss. Blanqui, 9583, f. 385.

[37] *Correspondance*, IV, pp. 7, 83.

[38] Sus *Fables*, publicadas en 1839, tuvieron seis ediciones en diez años.

[39] Mss. Blanqui, 9581, f. 375.

El «Aviso al pueblo» escindió al partido blanquista. Se formaron dos fracciones: una, dirigida por Barthélemy, se oponía a la filípica del jefe; la otra, con Vidil, la aprobaba. La lucha interna se hizo pronto pública, cuando se enfrentaron los dirigentes de las dos tendencias. En una carta a Blanqui escrita desde Londres, Barthélemy criticó abiertamente el texto en cuestión: había tenido efectos desastrosos sobre el partido y la opinión socialista en París. No se podía colocar a Albert en la categoría de Ledru-Rollin y de los otros miembros del gobierno provisional. Porque existía una gran diferencia entre debilidad y traición. Además, «no vivimos en la época de los republicanos irreprochables, y si usted quiere juzgar a todos los que tienen algo que reprocharse que no sean traiciones podrá fácilmente llegar a la destrucción sucesiva de todos los hombres que componen nuestro partido». Por consiguiente, Barthélemy aconsejaba mostrarse indulgentes con los que habían cometido errores o carecían de inteligencia. Y aprovechaba, además, para atacar al grupo de Vidil, diciendo que le movían la vanidad y el interés personal y que comprometía al propio Blanqui [40].

El autor del «Aviso» no compartía esas opiniones. Con toda seguridad, no lo había destinado a la publicación, de la que su cuñado fue el único responsable, por lo que le había reprendido severamente. El objetivo del «Aviso» consistía en corregir un error de puntería de sus partidarios; admitía sus imperfecciones, su brusquedad y su tono excitado. Desde este punto de vista, la publicación resultó inoportuna. Pero no había nada que retirar. Luego de publicado en la prensa, estaba satisfecho del resultado. A un crítico amistoso que le comunicaba algunas reacciones desfavorables le replicó que, según informaciones recibidas por él, el «Aviso» había sido acogido «con aplausos por los proletarios», añadiendo: «No ambiciono otros votos».

E incluso su publicación no resultó tan inoportuna: si lo que decía era la verdad, como algunos pensaban, no veía ninguna razón para guardarla para él. La verdad no puede ocultarse nunca impunemente, escribía, y la diplomacia hábil para disimular se vuelve siempre contra los que la practican. Las ideas «son la bandera de las masas», proseguía. Es preciso, pues, «hablar claro y neto y explicarlo todo de antemano, so pena de los más crueles desengaños. Son las reticencias las

[40] *Ibid.*, f. 374-376.

que preparan los escamoteos. No me prestaré jamás a ese juego» [41].

Lamentando la escisión, realizó todo lo que pudo para apaciguar a sus críticos. Por eso, no respondió a la protesta de Barthélemy, del que apreciaba mucho su energía revolucionaria. No había nada que ganar en dejarle caer entre las garras de los «vendedores de programas» [42]. En realidad consiguió reanudar las relaciones interrumpidas sin dejar de insistir sobre el hecho de que su texto, virtualmente inoportuno, había producido de todos modos buenos resultados [43]. Al mismo tiempo continuaba en buenas relaciones con Vidil. Hemos dicho que este discípulo se separó de Barthélemy e incluso informó de que el comité del banquete, a pesar de las denegaciones, había conocido y discutido, efectivamente, el «Aviso al pueblo». Blanqui quedó satisfecho por esta manifestación de buena fe. Confió a Vidil que el partido mostraba signos de debilidad: «Esconde su bandera; cede poco a poco la dirección y la calle a los republicanos burgueses. Sacrifica el porvenir a la necesidad enfermiza de un apoyo equívoco en el presente. Se trata de un grave síntoma de debilidad. No se compran tales socorros sino a precios muy duros, y yo emplazo a esos políticos de la fusión para los días del vencimiento» [44].

Para terminar con este extremo de la controversia entre los blanquistas hemos de subrayar algunos de sus aspectos. Es evidente que para varios miembros del partido su mentor encarcelado trazaba un paralelo demasiado estricto entre las disputas intestinas de los presos de Belle-Ile y los desacuerdos entre refugiados. En realidad, las circunstancias no eran las mismas: por ejemplo, el problema de la asistencia mutua, más vital para los exiliados que para los encarcelados, suponía un factor de acercamiento, al igual que la convicción, bastante extendida, de que una nueva revolución vendría pronto a invertir la marea de la reacción. Por consiguiente, los socialistas debían abandonar sus diferencias si querían impedir que la burguesía se apropiara de los frutos de la victoria.

[41] *Ibid.*, 9583, f. 394-395.
[42] *Ibid.*, f. 421-422.
[43] Cf. la carta de Blanqui a Barthélemy del 16 de mayo de 1852, Mss. Blanqui, 9581, f. 326-340, publicada en *La Révolution de 1848*, 1925, XXII, páginas 554-557.
[44] Mss. Blanqui, 9583, f. 398. Vale la pena señalar que, cuando se dio a conocer la falta cometida por el comité del banquete, la Sociedad de los Proscritos rompió con la facción Willich-Schapper. Un ala de la sociedad, simpatizante de Ledru-Rollin, fue expulsada. K. Marx-F. Engels, *Werke*, IX, p. 516.

Y, por último, las disensiones entre refugiados, aunque profundas, no resultaban tan corrosivas ni tan venenosas como las que hacían estragos entre los presos. Estos, que vivían aislados detrás de altas murallas, se encontraban al acecho de la menor falta en el campo enemigo, dispuestos a lanzarse en el momento oportuno sobre su adversario, como en las vendettas. Con el tiempo, la animosidad aumentaba y se desvanecía toda esperanza de reconciliación.

Blanqui concedía poco interés a estas particularidades; automáticamente achacaba a la colonia de proscritos de Londres las rencillas que se producían en Belle-Ile. Por eso, el *alter ego* de Barbès tenía que ser Blanc, y las relaciones entre partidarios de los dos bandos no podían diferenciarse de las del penal. Y como no tenía remedio la situación en Belle-Ile, lo mismo ocurría en otras partes.

Ese era el clima psicológico y emocional en el que se publicó el «Aviso al pueblo». Según el propio testimonio de Blanqui, escribió este texto en enero de 1851 «bajo la impresión de los chalaneos que se concertaban ante [sus] ojos» [45]. Pero esto no atenúa su rigidez y su dogmatismo. El programa del banquete aniversario, que Louis Blanc contribuyó a esbozar, había sido aprobado incluso por Vidil, y la vigorosa desaprobación del comitè organizador fue posterior a la difícil posición en que éste se encontró ante la cuestión del «Aviso». Si se analiza únicamente el programa, Blanqui no tenía razón alguna —salvo la experiencia de 1848— para decir que Blanc y sus amigos sólo intentaban «recomenzar febrero» [46]. Lo cierto es que la historia no podía reescribirse, del mismo modo que no podía repetirse. Las circunstancias habían cambiado. Resultaba pura ingenuidad creer que 1848 podía repetirse, con los mismos decorados, los mismos actores y el mismo público.

La emoción causada por el «Aviso al pueblo» tuvo aún mayor resonancia que la prevista por los exiliados franceses. Los periódicos franceses más importantes se apoderaron de él; el *Times*, de Londres, publicó la traducción del principio, en el que se acusaba de traición a los miembros del gobierno provisional [47]. Apoyándose en un ligero error del resumen del periódico, Louis Blanc contestó con una mentira: sostuvo que el «Aviso» no había sido mostrado a los organizadores del

[45] Mss. Blanqui, 9583, f. 412.
[46] *Ibid.*, f. 422.
[47] *Times* de Londres del 1 de marzo de 1851.

banquete. Y aprovechó para lanzar algunas indirectas al autor del «Aviso» [48]. Engels, que fue a Londres para consultar a Marx sobre los medios de combatir a los organizadores del banquete, redactó una réplica severa en la que acusaba a Blanc de haber pasado por alto la verdad. Se adjuntaba a la réplica una traducción en inglés del «Aviso», realizada conjuntamente por Engels y Marx. Pero en las columnas del *Times* no se reprodujeron ni la carta ni la traducción [49]. De otra traducción al alemán se publicaron 30.000 ejemplares, distribuidos en Alemania y en Inglaterra [50].

Para explicar el interés de Marx y de Engels por la controversia es preciso recordar que entre los principales organizadores del banquete se encontraban Willich y Schapper, sus antiguos colegas de la Liga de los Comunistas. Por ello corrían en ayuda de Blanqui y humillaban al comité del banquete. Además, sus propios observadores en el banquete fueron insultados y excluidos a petición de sus dos ex colegas de la Liga de los Comunistas [51].

¿Se informaría a Blanqui del papel desempeñado por Marx y Engels en el asunto del «Aviso»? No podemos afirmarlo. Marx ha sugerido que Engels hizo llegar a Belle-Ile una copia de su carta al *Times* [52]. Sin embargo, nada prueba que, efectivamente, se la mandara.

Al intentar realizar el balance de la controversia hemos de preguntarnos si resultó útil para la teoría socialista en general y las ideas blanquistas en particular. En los dos casos, la respuesta es negativa. Marx y Engels, a pesar de su intervención en la discusión, se mantuvieron al margen. Porque su principal objetivo en este caso estribaba en impedir que la facción Willich-Schapper desempeñara un papel importante entre los refugiados [53]. Al término del debate, ningún grupo

[48] *Ibid.*, 5 de marzo de 1851.

[49] El texto alemán se encuentra en Marx-Engels, *op. cit.*, VII, pp. 466-467.

[50] *Ibid.*, pp. 626, nota 354, y 648. El texto alemán, con un prefacio, se encuentra en *ibid.*, pp. 568-570. Una de las piezas de convicción contra Friedrich Lessner en el proceso de Colonia fue la posesión del texto del «Aviso» de Blanqui (Lessner, *Sixty Years in the Social Democratic Movement*, Londres, 1907, p. 25).

[51] Marx-Engels, *op. cit.*, VII, p. 648. Véase la carta de Konrad Schramm a Harney, redactor de *The Friend of the People*, y los propios comentarios de Harney en su periódico del 15 de marzo de 1851.

[52] *Gesamtausgabe*, 3/1, p. 169.

[53] Marx y Engels continuaron insistiendo sobre la historia del banquete en polémicas ulteriores contra la facción, como en «Die grossen Maënner des Exils», escrito en mayo-junio de 1852, *Werke*, VIII, pp. 302 ss., y en «Der Ritter vom edelmütigen Bewusstsein», 21-28 de noviem-

podía realmente pretender que había clarificado sus ideas. En realidad, todos se limitaron a reforzar sus propios dogmas. Cabe decir que el «Aviso» de Blanqui definía con tinta indeleble la propia posición del autor y la de su partido. Al mismo tiempo, se podría demostrar que no hacía más que reafirmar una serie de ideas nacidas entre el 24 de febrero y el 15 de mayo de 1848.

Blanqui no hizo concesión alguna. En abril de 1851 elaboró un artículo en el que recogía y apoyaba la posición asumida en el «Aviso»; no se encontraba en él una sola idea nueva. Se extendía nuevamente sobre la traición de Ledru-Rollin y de Louis Blanc, ponía en guardia contra «la comedia de los programas» y reafirmaba la política que, según él, garantizaba la salvación de la revolución: «Desarmar a la burguesía, armar al pueblo» [54]. El «Aviso» enarbolaba así el estandarte de la intransigencia de Blanqui. Aislado de la realidad, como hemos mostrado, estaba dispuesto a juzgar hombres y cosas con la medida de 1848. Sus papeles póstumos contienen gran cantidad de referencias a la Revolución de 1848. Pasados los años, el juicio que de ella exponía maduró hasta tal punto que pensó incluso en escribir su historia en forma de memorias. En Belle-Ile, sin embargo, donde la discordia envenenaba la atmósfera, no pudo evitar el contagio; su juicio estaba inevitablemente deformado.

Conviene terminar este capítulo con algunas observaciones referentes a las secuelas del debate en Belle-Ile. En dos palabras: éste acabó al comenzar la guerra de Crimea. Barbès fue recompensado, por su patriotismo rimbombante y por su deseo ardiente de ver a la civilización napoleónica aplastar a la cosaca, con la gracia concedida por Napoleón III en octubre de 1854. Barbès se mostró pesaroso y frustrado; protestó y solicitó reingresar en la cárcel. Y terminó por exiliarse [55]. Había comprendido el efecto desastroso de la clemencia imperial entre los presos y los revolucionarios en general. Marx, al comentar la medida de gracia en el *Daily Tribune*, de Nue-

bre de 1853, publicado en Nueva York en enero de 1854, *ibid.*, IX, p. 515 y s.

[54] Existen tres copias en los papeles de Blanqui. Mss. Blanqui 9581, f. 229-233; 9580, f. a., 19; 9584 (1), f. 152-156. El texto se encuentra en M. Dommanget, *Auguste Blanqui à Belle-Ile*, pp. 82-85, y en Blanqui, *Textes choisis*, París, 1955, pp. 124-127, introducción de V. P. Volguine.

[55] Véase *Le Moniteur universel*, 5 y 13 de octubre de 1854, para los extractos de la carta de Barbès que le proporcionó la gracia, y su protesta.

va York, concluía con estas dos frases: «Barbès nunca ha dejado de calumniar y de sembrar dudas sobre Blanqui como si éste actuara en connivencia con el gobierno. El asunto de su carta y el perdón de Bonaparte resuelven definitivamente el problema de saber quién es el hombre de la Revolución y quién no lo es» [56].

El «Bayardo de la democracia», como se hacía llamar Barbès, resultó ser, según sus propios términos, el adorador de una «Francia imperialista» por la fuerza de las armas. Ni siquiera sus partidarios le pudieron seguir hasta ahí.

[56] 21 de octubre de 1854.

14. UN NACIONALISMO ROMANTICO

ANTISOCIALISMO

El golpe de Estado de Luis Napoleón fue, en realidad, el triunfo de la reacción. La instauración del Segundo Imperio, el 2 de diciembre de 1852, remató su victoria. Los bancos y la Iglesia recuperaron la supremacía de que habían gozado bajo la monarquía de Orléans. Esa constituyó su recompensa por los inestimables servicios prestados a Napoleón en el momento de su toma del poder.

El bonapartismo no dejaba lugar alguno al liberalismo. Esta doctrina, vacía de sentido desde 1848, no inspiraba ya a los hombres de buena fe. No solamente quedó empañada su reputación, sino que se la acusaba también de debilidad y se la tenía por responsable del fracaso total de la revolución. Los que buscaban una vida mejor colocaban sus esperanzas bien en las sociedades de crédito y en las cooperativas o bien en los sueños utópicos o anarquistas; otros confiaban en la conspiración para establecer su sistema ideal, y algunos, por último, esperaban la llegada de un déspota ilustrado.

Después de aguantar la tormenta, la burguesía llegó a lo que consideraba el mejor puerto de amarre. En verdad, el Imperio le inspiraba algunos temores, al igual que a los campesinos: el Emperador podría mostrarse pródigo o arrastrar al país a costosas aventuras en el extranjero. Sin embargo, resultaba reconfortante pensar que se podría contar con él para reprimir las insurrecciones en Francia. Y verse liberados de la pesadilla de la república bien merecía todos los gastos a los que probablemente se lanzaría el bonapartismo. Representaba una garantía de estabilidad, por las mismas razones que la Iglesia.

Ya dijimos que la burguesía se volvió católica prácticamente. Como sus ideas volterianas y materialistas sólo habían servido para generar una falta de respeto hacia la auto-

ridad y para relajar los apretados lazos del orden social, resultaba más seguro dejar a la Iglesia el cuidado de formar a las jóvenes generaciones. Por ello, la burguesía aprobó la ley Falloux y escuchó, contrita, los reproches que le dirigió el conde Montalembert por haber estimulado la expansión del escepticismo y del racionalismo. En efecto, según un publicista contemporáneo inquieto, esas dos doctrinas eran los frutos subversivos del siglo XVIII, que habían engendrado el socialismo del siglo XIX [1].

Este origen perturbaba también al historiador Guizot, el más eminente portavoz de la alta burguesía, al que Alexandre Herzen denominó un día «el Metternich parisiense» [2]. Guizot llamaba a los protestantes y a los católicos a formar una alianza contra lo que calificaba de «impiedad anticristiana»; del mismo modo exhortaba a la clase media a coaligarse con la aristocracia para establecer «la paz social» [3]. Aunque no aprobara el Imperio, cuya proclamación trataba de «vergonzosa comedia», lo consideraba como la mejor solución posible después de 1848. Por eso lo aceptó como se acepta lo inevitable [4], e incluso le sirvió en los años 1860.

La opinión francesa parecía padecer de inercia intelectual. Tocqueville observaba aversión por las ideas y miedo a los argumentos que abrían nuevas vías [5]. Pregonar ideas radicales suponía exponerse al desprecio de los que confundían, bajo este mismo calificativo, toda clase de doctrinas, desde el liberalismo hasta el socialismo. Los enemigos más feroces de dichas doctrinas las explicaban como enfermedades a las que era propensa Europa desde la Reforma protestante [6]. El remedio propuesto por estos especialistas del diagnóstico consistía en el restablecimiento de la soberanía del Papa sobre Europa.

[1] Auguste Nicolas, *Du protestantisme et de toutes les hérésies dans leur rapport avec le socialisme*, París, 1852.

[2] Citado en Martin Malia, *Alexander Herzen and the Birth of Russian Socialism*, Cambridge, Mass., 1961, p. 364.

[3] *Méditations et études morales*, París, 1889, prefacio de 1851, p. XXV; *De la démocratie en France*, Bruselas, 1849; *Nos mécomptes et nos espérances*, París, 1855, pp. 12 ss.

[4] «Lettres de Guizot à Lady Alice Peel», *La Revue de France*, 1925, III, p. 423.

[5] «Correspondance entre Alexis de Tocqueville et Arthur de Gobineau», *Revue des Deux Mondes*, 1907, XL, p. 526.

[6] Cf. por ejemplo Donoso Cortés, *Oeuvres*, París, 1858, I, pp. 306-307, 378-404.

Examinemos brevemente dos sistemas sociológicos a los que, en el Segundo Imperio, se atribuyeron cualidades adecuadas para inmunizar a la sociedad contra el radicalismo. Estos dos sistemas resultaban incompatibles con las interpretaciones históricas de los ideólogos desde los siglos XVII y XVIII, y se encontraban en contradicción con los progresos de la ciencia y de la tecnología.

Se trataba del positivismo de Auguste Comte y del reformismo patronal de Frédéric Le Play. La organización social de ambos se inspiraba rigurosamente en la sociedad paternalista y estratificada de la Edad Media. En efecto, su objetivo confesado consistía en proporcionar al orden social vigente una protección eficaz contra las influencias subversivas de la democracia y del socialismo. La sociedad de Comte se regía por castas de filósofos y de industriales; la de Le Play, por una élite, que se inspiraba en los cuatro principios siguientes: religión, propiedad, familia y trabajo. Los dos sociólogos, aunque partían de premisas aparentemente opuestas, coincidían en un terreno común: su oposición a la esencia de la ciencia; ponían su confianza en la religión para inmunizar al mundo contra el socialismo y consideraban la llegada de Luis Napoleón al poder como la garantía de la paz en Francia. Comte llegaba, incluso, a desear la alianza de jesuitas y positivistas. Quizá resulte útil citar la observación de Thomas Huxley, el sabio inglés: «La filosofía de Comte puede resumirse en estas palabras: el catolicismo menos el cristianismo» [7].

Entre las doctrinas antisocialistas es preciso incluir la de Proudhon. Hemos mostrado en un capítulo anterior hasta qué punto fue mal interpretada por sus contemporáneos. Estos no tienen toda la culpa, porque se había presentado al público con paradojas alarmantes tales como: «La propiedad es el robo» y «Dios es el mal». Sin embargo, en la disposición de sus ideas, esas declaraciones no representaban nada más que una acusación contra el sistema social en el que los grandes propietarios absorbían a los pequeños, y los ricos, con la ayuda de los sacerdotes, transformaban a Dios en su aliado contra los pobres. En realidad, la propiedad privada nunca tuvo defensor más celoso que Proudhon, y nadie fue más profundamente religioso. A pesar de sus denegaciones, toda su filosofía era antidialéctica. Su piedra angular era la anti-

[7] «On the Physical Basis of Life», *Lay Sermons, Addresses and Reviews*, Nueva York, 1910, p. 140, y también «The Scientific Aspects of Positivism», *ibid.*, p. 153.

BIBLIOTECA ARICO

nomia, es decir, una contradicción no resuelta entre dos principios o conclusiones, considerados ambos verdaderos. El resultado producía el equilibrio, el inmovilismo y un exagerado conservadurismo. Su aparente oposición a las opiniones generalmente admitidas era, en realidad, una máscara, un pretexto. Según sus propias palabras, se consideraba fundamentalmente «el adversario de todos los antagonismos» [8]. En 1848 fue objeto de burlas y calumnias por haber sido la hidra de la revolución y el más rojo de los socialistas. De hecho, no era lo uno ni lo otro. Su solución a la cuestión social no tenía apenas originalidad: un banco del pueblo que salvaría a los productores independientes y a los pequeños propietarios. Esta falta de realismo se manifestó nuevamente cuando vio en Luis Napoleón un revolucionario social en potencia [9]. La respuesta de Proudhon al socialismo consistía en el mutualismo, por lo que entendía un sistema de intercambios voluntarios de servicios y garantías entre personas de todas las clases. Su principio rector era la libre empresa; su método, apolítico; su objetivo, la reconciliación de las clases; su fin, la anarquía. La sociedad que imaginaba consistía en una sociedad de roñosos, en la cual la ciencia y la técnica nada tenían que hacer. No solamente se trataba del reino del obscurantismo, sino también del racismo. Proudhon apoyaba a los propietarios de esclavos americanos [10], se oponía a la unidad italiana; se mostraba hostil a los movimientos de liberación popular [11], antisemita hasta el punto de querer expulsar a los judíos de Francia o exterminarlos [12], y ferozmente opuesto a la igualdad de sexos. Consideraba que las mujeres que abandonaban los trabajos del hogar para ocupar un empleo productivo fuera de casa no se diferenciaban de las prostitutas [13].

Sus ideas eran, en realidad, tan desordenadas que un crítico bien intencionado ha podido escribir que «se le invoca ahora como precursor por las escuelas más diversas»: tanto monárquicos como demócratas, y desde los anarquistas, individualistas y reformistas, hasta socialistas y sindicalistas re-

[8] P. J. Proudhon, *Carnets*, París, 1960, I, p. 375.
[9] Era el sentido de su obra, *La Révolution sociale démontrée par le coup d'Etat*, París, 1852.
[10] P. J. Proudhon, *Lettres au citoyen Rolland*, París, 1946, p. 133.
[11] *Ibid.*, p. 143; Madeleine Amoudruz, *Proudhon et l'Europe*, París, 1945, cap. II.
[12] *Carnets*, II, pp. 337 ss.
[13] *Ibid.*, I, p. 373; II, pp. 10 ss.

volucionarios [14]. Esta observación se aproxima al comentario del crítico de un libro sobre la sociología de Proudhon: «Si cada uno puede encontrar lo que quiere en Proudhon, ésa es la prueba del barullo de sus ideas. En el fondo, estudiar a Proudhon es perder el tiempo» [15].

Proudhon sigue gozando de la estima de tradicionalistas, socialistas, anarquistas y antimarxistas de ciertos matices. Resulta fácil descubrir las razones de este entusiasmo. En primer lugar, no considera nunca una clase obrera homogénea, sino que habla de «clases obreras», o sea, de un conjunto de grupos diferenciados e incluso antagónicos. La pequeña burguesía, es decir, los artesanos y los pequeños propietarios, apegados a la tierra y hostiles a los cambios, constituye el eje de su esquema ideológico. En segundo lugar, consecuencia lógica del primer punto, repudia los métodos revolucionarios. Proudhon es un legalista, a pesar de su fraseología incendiaria, y en el mejor de los casos, un reformista. Un reciente intento para presentarlo como un profeta de la «sociedad dinámica [...] movida por cambios incesantes y mantenida en vida por continuas críticas» [16] no explica su concepción estática de la sociedad ni tampoco el culto de Proudhon alentado por el régimen de Vichy.

Sin embargo, algunas de sus enseñanzas, y en particular su último libro [17], resultaban propicios para seducir a los obreros franceses de los años 1860. Primeramente sabemos por el propio autor que se concibió el libro bajo la inspiración del movimiento obrero. En segundo lugar, la mayor parte de los asalariados, valorada en 600.000 personas en la capital, se componía de artesanos ferozmente apegados a sus viejas especialidades en unos 300 oficios diferentes [18]. Esa era la categoría de obreros que Proudhon comprendía y cuyo modo de vida defendía.

Cabe señalar, para excusar su fe efímera en Luis Napoleón, que un cierto número de contemporáneos creyeron firmemente en el advenimiento de un nuevo mesías coronado.

[14] Gaëtan Pirou, «Les Interprétations récentes de la pensée de Proudhon», *Revue d'histoire des doctrines économiques et sociales*, 1912, V, p. 133.

[15] *Journal des économistes*, abril-junio de 1912, 6.ª serie, XXXIV, p. 161. El libro estudiado era *La Sociologie de Proudhon*, de C. Bougle.

[16] George Woodcock, *Anarchism. A History of Libertarian Ideas and Movements*, Cleveland y Nueva York, 1962, p. 123.

[17] *De la capacité politique des classes ouvrières*, 1864.

[18] A. Audiganne, «La Crise du travail dans Paris», *Revue des Deux Mondes*, 15 de mayo de 1871, pp. 299-300.

Wilhelm Weitling y Moses Hess tuvieron, como él, por un momento, la esperanza de que el emperador de los franceses se volvería humanitario y se transformaría en un reformador lleno de benevolencia. Durante algún tiempo, Bakunin esperó también con confianza una semejante conversión del zar Nicolás I, y Aleksandr Herzen y Nikolai Chernychevsky del zar Alejandro III. Y el ejemplo de Ferdinand Lassalle, que confiaba en la monarquía prusiana para servir objetivos socialistas, es más conocido.

Para el anarquista Ernest Coeurderoy, la iniciativa revolucionaria había pasado de Occidente a la Rusia de los zares [19]. Como odiaba a la burguesía con todas sus fuerzas y se encontraba exasperado por los socialistas y revolucionarios de 1848, perdió toda esperanza en las aptitudes de Europa occidental para cambiar el mundo. Sostenía que era demasiado decadente y estaba demasiado podrida por la burguesía para salir de esta atmósfera pútrida que se extendía. Y su vanguardia, Francia, ya no podía ayudarla a levantarse, porque su clase más fuerte, el proletariado, había quedado fuera de combate. La redención de Europa llegaría del norte, luego de una guerra mundial de liberación. En efecto, después de las jornadas de junio, ninguna resurrección resultaba posible, salvo a través de un conflicto generalizado. La próxima etapa consistiría en una revolución mundial, durante la cual la emancipación de los pueblos la realizarían los propios pueblos.

Esa tesis y esa profecía habían sido inspiradas por Aleksandr Herzen. Desalentado por el descenso del espíritu revolucionario de Europa occidental en 1848, llegó a abrazar la convicción, que durante mucho tiempo fue la de los eslavófilos de que en adelante correspondía a Rusia rejuvenecer la civilización europea. Europa era conservadora, vieja, decrépita; Rusia, joven. En este país, solamente la autocracia y los que estaban sometidos a ella tenían interés en mantener las cosas en la situación en que se encontraban. Las grandes masas de campesinos oprimidos se oponían al *statu quo*. Si oyeran el eco de agitaciones revolucionarias surgirían desde lo más profundo de su miseria para abatir las estructuras sociales [20].

[19] El mejor estudio biográfico se encuentra en la introducción de Max Nettlau a los tres volúmenes de Coeurderoy, *Jours d'exil*, París, 1910-1911.

[20] Esta idea fue plenamente desarrollada en su «Carta abierta a Jules Michelet», reproducida en su libro, *From the Other Shore and the Russian People and Socialism*, Nueva York, 1950, pp. 165-208. Para la evolución de este mesianismo nacionalista, Cf. Alexandre Koyré, *Etudes*

La tesis de Coeurderoy provenía de la desesperación, aunque tuviera ciertas raíces en el siglo XVIII [21]. Su principal mérito tal vez radicaba en su crítica de las clases sociales y los partidos políticos, incluido el partido socialista. En tanto que teoría de los cambios históricos constituía un paralelo de la teoría acerca de las aptitudes revolucionarias de los monarcas absolutos y la completaba.

El golpe de Estado surtió el efecto de una ducha fría sobre muchos socialistas franceses. Confiaban en una vuelta de la democracia que, en una situación incierta, podría rematarse con una revolución. Blanqui estaba lleno de entusiasmo: juntaba las informaciones que le llegaban y esperaba que las disensiones entre los partidos prolongaran la situación sin salida o provocasen un conflicto. En ambos casos, la reserva revolucionaria aplastada podría encontrar el valor para realizar un nuevo intento con el fin de derrocar al régimen. Pero su optimismo era excesivo. A mediados del año 1851, la situación llegó a ser lo bastante clara para enfriar las esperanzas. Blanqui experimentaba el sentimiento desagradable de que «la revolución pasaría tranquilamente por las horcas caudinas». Se mezclaba a este sentimiento la esperanza de resultar un falso profeta. Le agradaba creer que un grupo bien organizado de hombres enérgicos podía aún transformarse en el núcleo de una oposición de masas con la consigna: «El sufragio universal con libertad electoral o la insurrección». En efecto, ningún ser sensato, escribía a un amigo, recomendaría la sumisión a la ley que retiró el derecho de voto a millares de ciudadanos, ni se comprometería claramente a desobedecerla. Por ello, un movimiento destinado a devolver al pueblo su soberanía podría impedir que la nación cayera en la reacción [22].

Resultaba difícil reprochar a Blanqui su exceso de optimismo; tanto los exiliados como los presos políticos compartían ese mismo sentimiento. Sin embargo, se liberó de él an-

sur l'histoire de la pensée philosophique en Russie, París, 1913, pp. 44, 166-193; Martin Malia, *op. cit.*, pp. 305-312, 395-409. La tesis de Coeurderoy fue desarrollada por él mismo en las obras siguientes: *La Barrière du combat*, Bruselas, 1852, escrita en colaboración con Octave Gauthier; *De la révolution dans l'homme et dans la société*, Bruselas, 1852; *Trois lettres au journal «L'Homme»*, Londres, 1854; *Hurrah!!! ou la révolution par les Cosaques*, Londres, 1854, y la carta de Coeurderoy a Herzen en Alexandre Herzen, *My Past and Thoughts*, IV, pp. 201-205.

[21] Auguste Le Flamanc, *Les Utopies prérévolutionnaires et la philosophie du XVIIIe siècle*, París, 1934, pp. 107 ss.

[22] Mss. Blanqui, 9581, f. 249-251.

tes que los demás. A mediados del mes de enero de 1853, Proudhon, que se encontraba entonces en libertad y en buenas relaciones con miembros de la familia de Napoleón, creía todavía que el dictador sería inevitablemente el instrumento de la revolución social [23]. Aunque carente de fundamento, la esperanza que alimentaba Blanqui suponía un consuelo provisional en su limitada vida de preso, a pesar de que le preparaba mal para la noticia asombrosa del golpe de Estado.

Le resultó difícil resignarse: «¡Decir que en ninguna parte se ha encontrado un hombre para reunir a este tropel!», escribió a Barthélemy. «¡Qué triste aventura!» Y muy humillante, porque los europeos pensaban que se trataba de una terrible derrota para el honor nacional [24]. Tres meses más tarde escribió a un antiguo compañero de cárcel que vivía en Londres: «... [el golpe de Estado] nos ha deshonrado ante los ojos del universo» [25].

Si el preso hubiera tenido la posibilidad de estudiar la evolución de los negocios, posiblemente no habría quedado tan sorprendido por el acontecimiento. En efecto, a mediados del año 1850 se evidenciaba que una oleada de prosperidad sucedía a la depresión de 1847. Los mismos factores económicos que habían debilitado lo que quedaba de los elementos revolucionarios en Francia explicaban también el ascenso de Napoleón hacia el poder. Pero Blanqui conoció estos hechos en el momento en que la autoridad del emperador se hallaba protegida de todo peligro. La fiebre especulativa y el espíritu de empresa que estaban en su apogeo en 1852 atrajeron la atención del preso de Belle-Ile: «La Bolsa sube hasta perderse de vista, decía a un corresponsal londinense. Es el nivel de los mejores años de Luis Felipe. Cifras semejantes son muy significativas; la seguridad del gobierno es perfecta [...] En parte alguna, una sombra de energía, un pensamiento de resistencia.» Su estudio de la expansión de los negocios contenía una cierta tristeza. «Las finanzas, proseguía, reinan, gobiernan, especulan descaradamente sin control, sin temor a la murmuración. Es la entronización definitiva de Rothschild. He ahí una singular realización de las ideas de febrero.» [26]

El porvenir se presentaba muy oscuro. Al analizar la nueva situación política, Blanqui llegaba a la conclusión de que el

[23] *Correspondance*, V, pp. 171 ss.
[24] Mss. Blanqui, 9581, f. 239 ss.
[25] *Ibid.*, 9584 (1), f. 71.
[26] *Ibid.*, f. 67, 71.

bonapartismo no era sino uno orleanismo más afortunado. Luis Napoleón «no ha hecho más que recoser el 2 de diciembre al 21 de febrero. Recoge el traspaso de Luis Felipe en mejores condiciones, con más silencio y menos muecas. El sistema de intereses materiales que ahogó al uno puede sacar a flote al otro» [27]. Lo extraño de la situación para Blanqui era que el dictador no disponía de partido, ni de apoyo popular. Su mejor protección residía en la indiferencia del pueblo. Esta resultaba consecuencia, primero de la miseria posterior a febrero de 1848, y, en segundo lugar, de la prohibición de los debates desde diciembre de 1851. Creer que las masas, que habían pagado un enorme tributo a la república, permanecerían insensibles ante el bienestar relativo que les aportaba el despotismo era una quimera. Trabajaban, comían y pasaban buenos ratos; con la democracia, perdieron casi esas costumbres. ¿Aspiraban a la libertad? Solamente la élite del pueblo la deseaba, respondía Blanqui: «¡Ah, la panza! ¡La panza! —exclamaba—. Es la plaza de armas de los tiranos.»

¿Cuáles eran las perspectivas para el cambio de régimen? No veía ninguna: «¿La insurrección? Sólo pensar en ella suponía una locura.» Por otra parte, la reactivación de los negocios ejercía «una especie de veto moral contra toda protesta generalizada». La prensa y el Parlamento estaban muertos; los obreros dormitaban; los salones eran tristes; todo el mundo bostezaba. No existía faro alguno que iluminara lo suficientemente lejos para permitir a la multitud ver más claro. Era preciso hacer la revolución primero en los espíritus, antes que en la calle. Pero no había nadie que pudiera coger el timón. El silencio y la tristeza envolvían a la nación: «La democracia ha caído, desde lo alto de su presunción, en un abismo [...], en un sepulcro quizá.» [28]

Las observaciones formuladas por Blanqui eran justas, a pesar de las pocas informaciones que le llegaban. Y, cosa sorprendente, sus conclusiones coincidían con las de los fiscales generales durante los años que siguieron inmediatamente al golpe de Estado. La nota dominante de sus informes era la indiferencia política de los trabajadores, aunque el fiscal de París la interpretaba como una forma de hostilidad al régimen [29]. Otros signos mostraban que los trabajadores no habían

[27] *Ibid.*, 9590 (2), f. 367.

[28] *Ibid.*, f. 368-369, y también *ibid.*, 9580, f. 148-149.

[29] Paul Bernard, «Le Mouvement ouvrier en France pendant les années 1852-1864 d'après les rapports politiques des procureurs généraux», *International Review for Social History*, IV, p. 253.

renunciado completamente: impulsados por sentimientos políticos o por el aumento del coste de la vida, se organizaban y hacían huelgas. El número de los condenados por sindicarse pasó de 563 en 1853 a 1.085 en 1855 [30]. Un historiador de la época constata que, cuando los obreros parecían apoyar al nuevo César, se trataba, en su mente, de oponerlo a los ricos y a los patronos, permaneciendo así fieles a sus ideas sociales y democráticas [31].

Blanqui tuvo la idea de que la agitación podría desencadenarse entre los pueblos sometidos de Europa [32]. Pero fue una idea efímera, que no proporcionaba ninguna nueva dimensión a sus opiniones sobre la revolución, por dos razones: en primer lugar, no concedía confianza alguna a los dirigentes de los movimientos de liberación nacional; y en segundo lugar, tenía un espíritu irreductiblemente nacionalista: era incapaz de admitir que la señal de la revolución pudiera llegar de un lugar distinto de Francia, la nación elegida. «Cuando Francia retrocede, advertía en una carta a Barthélemy, Europa se dispersa.» [33] Esa opinión reflejaba el otro aspecto del nacionalismo romántico de Herzen, que ya expusimos brevemente. Detrás de los infatigables esfuerzos que realizaba Blanqui para liberar a Francia de toda forma de opresión se encontraba, sin duda alguna, su fe en el papel primordial que debía desempeñar en la marcha hacia el progreso. Pero esta fe alimentaba también la convicción de la superioridad de Francia como nación, lo cual le conducía a formular reflexiones poco halagadoras sobre los demás pueblos.

Después de este breve paréntesis sobre el nacionalismo romántico de Blanqui, volvamos a su estudio del bonapartismo. ¿Esto significaba que se preparaba la guerra?, preguntaba en septiembre de 1852. Su respuesta era negativa, porque la paz no había empañado todavía suficientemente su lustre [34]. La restauración del Imperio el 2 de diciembre de 1852 le hizo cambiar de opinión. Vio nubes negras al este; y después de octubre de 1853, cuando estalló la guerra entre Turquía y Rusia, el miedo a la guerra le obsesionó: «Es mi pesadilla —escribía a un amigo que se encontraba en el extranjero—. Porque,

[30] Paul Louis, *Histoire de la classe ouvrière en France de la Révolution à nos jours*, París, 1927, p. 132.
[31] Georges Duveau, *La Vie ouvrière en France sous le Second Empire*, París, 1946, p. 101.
[32] Mss. Blanqui, 9590 (2), f. 369.
[33] *Ibid.*, 9581, f. 240.
[34] *Ibid.*, 9590 (2), f. 368.

mediante la guerra, Bonaparte podrá recuperar el ascendiente moral que le falta.» El capital podría, en principio, no estar de acuerdo, pero es seguro que concederá su aprobación si se le convence de que una aventura extranjera daría el tiro de gracia a las esperanzas democráticas [35]. Blanqui llegaba a la conclusión de que el verdadero agresor era Napoleón: él había provocado la disputa a propósito de los Santos Lugares de Palestina. Quería la guerra y estaba a punto de hacerla inevitable, porque se encontraba dispuesto a pagar cualquier precio con tal de borrar el recuerdo del golpe de Estado [36].

Cuando Francia entró en la guerra al lado de Turquía, los presentimientos de Blanqui se volvieron más sombríos todavía. Predijo que una victoria bonapartista implicaría el reforzamiento del despotismo en Francia y, como consecuencia, la neutralización del país en tanto que única fuerza antizarista que quedaba. Toda Europa acabaría cayendo bajo la bota de los cosacos. El dominio del zar sobre Francia no sería más que cuestión de tiempo [37].

La predicción de Blanqui se cumplió hasta cierto punto: una de las consecuencias de la guerra de Crimea fue la popularidad de Napoleón, sobre todo entre los oficiales del ejército, el clero y los poseedores de obligaciones gubernamentales. Quizá obtuvo también algún prestigio de la reunión del Congreso de la Paz en París. Estos pobres resultados se alcanzaron a costa de la vida de 75.000 soldados franceses y por el elevado precio de 2.000 millones de francos.

Sin embargo, es difícil comprender el temor de Blanqui por una Europa rusificada. A primera vista, su presentimiento aparece en contradicción con la profecía de Coeurderoy y, en comparación, resulta menos inspirado. En primer lugar, partía del principio de que el absolutismo ruso era una institución permanente y, además, subestimaba el potencial revolucionario de las demás naciones. Si Blanqui, al estudiar los efectos de la guerra, los hubiera analizado desde un punto de vista europeo, tal vez habría previsto que, en el caso de que el choque de la derrota socavara al zarismo, éste dejaría de constituir una amenaza seria para Occidente. Porque, en plena guerra, se amotinaron reclutas rusos y las sublevaciones campesinas alcanzaron proporciones muy peligrosas.

[35] *Ibid.*, 9584 (1), f. 88.
[36] *Ibid.*, f. 77.
[37] *Ibid.*, 9581, f. 346-348.

INTENTO DE FUGA

La reclusión de Blanqui en Belle-Ile resultó la más larga de todas las que padeció. Su estancia en la fortaleza del Mont-Saint-Michel fue reducida por razones de salud. En Belle-Ile permaneció siete años. En noviembre de 1857, cuando se le trasladó a Córcega, llevaba más de «veintitrés años en la cárcel, una poción poco reconfortante» [38].

La larga reclusión borraba toda esperanza de felicidad. El porvenir no le reservaba nada que se le pareciera. No podía más que alimentarse de los recuerdos amontonados en su memoria: Puget-Théniers, donde su padre había sido un pequeño emperador; el París que conoció durante los años 1820 y 1830; las heridas recibidas en sus primeros combates callejeros; 1830 y los combatientes en traje de faena; el ascenso de la monarquía negra y dorada; su idilio con Amélie, las alegrías del matrimonio y el nacimiento de Estève. El hijo se había alejado totalmente de las ideas de su padre; en veinticinco años, no se vieron más que cuatro o cinco veces. Quedaban pocos supervivientes de la familia: uno de sus hermanos murió en 1814, y Adolphe en 1854. Afortunadamente, dos hermanas, madame Barellier y madame Antoine, le eran extremadamente fieles. Y tenía a su madre. Aunque tenía más de setenta años, seguía siendo la depositaria y la confidente de los secretos de su hijo.

Las noticias le llegaban fragmentadas y a menudo filtradas o falseadas. Tenía la impresión de que el océano y las murallas formaban una doble barrera entre el mundo y él. Como confesó a Barthélemy, estaba «devorado por el aburrimiento, la ansiedad, la monotonía, el desaliento, los días eternamente parecidos, la inmovilidad, el vacío, la nada» [39]. Por eso, todo resultaba digno de ser anotado, incluso los detalles rutinarios, como cortarse las uñas o el pelo. La observación de las estrellas y del tiempo constituían sus distracciones preferidas.

Blanqui se quejaba constantemente de enfermedades: probablemente fueran desórdenes psicosomáticos más que deficiencias físicas, porque no parecía padecer perturbaciones orgánicas. Cualesquiera que fuesen las causas, estas enfermedades se manifestaban por dolores abdominales agudos o por ataques de reumatismo que le debilitaban mucho. También era propenso al estreñimiento, a la diarrea y a accesos de fiebre; le

[38] *Ibid.*, f. 105.
[39] *Ibid.*, f. 240.

lloraban los ojos y tenía insomnios [40]. Opinaba que su enfermedad provenía de la vida enclaustrada que llevaba: «El hombre no es una ostra, escribía en una de sus cartas, ha nacido para la locomoción. La inmovilidad le mata.» [41] Su salud terminó por causarle una angustia morbosa. Su gran preocupación consistía en «dar lo más tarde posible a mis enemigos una última y suprema alegría» [42].

Sabía que la libertad resultaría el mejor remedio. La fuga ocupaba el primer lugar en sus pensamientos desde su llegada a Belle-Ile. Aprendió de memoria los detalles de la costa en los mapas que le trajo su madre. Al principio del año 1851, Barthélemy trazó los planes de un viaje a la isla. Resultaba el hombre ideal para tal proyecto; ya dimos algunos detalles sobre su pasado. Era joven, intrépido y lleno de seguridad en sí mismo. Estuvo en Belle-Ile y consiguió evadirse. Conocía, pues, el terreno. Por otra parte, no tenía nada de fanfarrón; se movía silenciosamente y actuaba sin prisas. Podía acercarse a un enemigo con serenidad, descargar su pistola sin parpadear y marcharse con la misma calma. Desgraciadamente, los preparativos de la fuga coincidieron con la publicación del «Aviso al pueblo». Según Barthélemy, la discordia que provocó impidió la colecta de la cantidad prevista [43]. Pero no renunció al plan. Un año más tarde informó a la madre de Blanqui de que seguía trabajando en él. «Mientras Auguste viva, la situación no es aún desesperada. Acaso no seamos siempre pobres y no estemos obligados a mendigar los medios de acción a nuestros enemigos.» [44]

¿Hasta dónde llevó Barthélemy su proyecto? No sabemos estrictamente nada. Conocemos algunos hechos que pudieron relacionarse con un plan destinado a conseguir la fuga de Blanqui. Se pueden exponer rápidamente. A mediados de 1851, Vidil y Edouard Gouté, dos de sus abnegados discípulos, pasaron de Inglaterra a Francia, donde la policía de Napoleón los capturó. ¿Se hallaban en una misión secreta que tuviera alguna relación con una conspiración destinada a liberarle? En octubre de 1852, la policía interceptó documentos expedidos en Ginebra, que indicaban que un comité revolucionario de Suiza se encontraba en comunicación con refugiados de Londres y con presos de Belle-Ile. Sus dos objetivos, se dice, consistían

[40] *Ibid.*, 9583, f. 374.
[41] *Ibid.*, 9581, f. 105.
[42] *Ibid.*, f. 104, y también 9580, f. 27.
[43] *Ibid.*, 9581, f. 376.
[44] *Ibid.*, f. 212.

en introducir literatura clandestina en Francia y favorecer la evasión de Blanqui y de Barbès, con los fondos recogidos gracias a la venta de los panfletos de Victor Hugo[45]. Resulta imposible establecer relación alguna entre todos estos hechos.

Mientras tanto, Blanqui trazaba él mismo sus planes. Su celda, la número 14, comunicaba con la número 15, ocupada por Barthélemy Cazavan. Este, más joven que Blanqui, había ido del sur a París para estudiar derecho. Convertido en revolucionario, participó en las jornadas de junio y huyó a Londres. Acusado de haber sido confidente, regresó a Francia y se entregó. Le encarcelaron en Belle-Ile y, junto con Blanqui, preparó pacientemente un plan de evasión.

Sin la ayuda de la madre de Blanqui, el proyecto no hubiera llegado nunca a las primeras fases de ejecución. En 1852, a los setenta y cinco años de edad, esta mujer visitó a su hijo, le llevó cartas, noticias y dinero y exploró la isla para estudiar los detalles geográficos. Antes de su marcha, Blanqui poseía suficientes elementos para guiarle en su peligrosa empresa. Los dos presos escogieron la noche del 4 de abril de 1853, noche de luna nueva, y, por lo tanto, completamente oscura.

Los preparativos les llevaron siete meses. Los dos reclusos habían acostumbrado a los guardianes a que, en sus rondas, les vieran sentados sin responder al ser nombrados. Llegó por fin el momento tan esperado. Dejaron en su lugar dos muñecos sentados en la postura que era la suya habitualmente y se escondieron en una cisterna. Permanecieron en ella sumergidos hasta la cintura. Salieron medio muertos de frío. Luego escalaron el muro del penal y bajaron con mayor dificultad por el terraplén de la ciudadela. Magullados y desollados, con los zapatos empapados de agua, acabaron encontrándose en campo raso. Anduvieron varias horas en dirección al sur y, tras haber recibido algunas informaciones, llegaron al caserío donde vivía el hombre encargado de facilitarles la travesía del mar y conducirles al continente. Pero este hombre no era marinero ni pescador; se trataba de un simple campesino. Su sobrino, un marino, que vivía con él, aceptó ayudar a los fugitivos. Estos se confiaron al muchacho, le hablaron de su fuga y le prometieron 500 francos como recompensa por su ayuda. Pero el marinero se negó a emprender el viaje porque el estado de la mar era espantoso. Además había recibido orden de presentarse en su trabajo al día siguiente. En cambio tenía un amigo joven con el que podrían hacer la travesía, a condición de que

[45] Archivos Nacionales, BB 30-407, p. 900.

esperasen veinticuatro horas. Se guarecieron durante la noche en una granja.

El marinero, tras muchas vacilaciones y cálculos, emprendió el camino del penal. Allí se encontraban en zafarrancho de combate. Luego de descubrir los muñecos, el jefe de los guardianes dio la alerta. Una escuadra mandada por un sargento y guiada por el marinero llegó al refugio de los fugitivos en la mañana del 5 de abril. Fueron capturados, echados a tierra, golpeados, desnudados y registrados antes de volverlos a llevar, por fin, al penal. Blanqui se encontraba demasiado débil para mantenerse en pie y tuvieron que transportarle en una carreta. Habían conseguido alhajas y la bonita cantidad de 1.200 francos. Cuando llegaron al término de su viaje, con la ropa empapada por el aguacero, doloridos y enfermos, fueron encerrados en calabozos oscuros y húmedos, donde pasaron veintinueve días [46].

Este incidente tuvo consecuencias sórdidas. Cuando se extendió por el penal la noticia de la fuga, los partidarios de Barbès exhibían un aspecto triunfal. Antes de que trajeran a Blanqui proclamaron por todas partes que su fuga no hubiese sido posible sin la intervención de la policía. Eso corroboraba de nuevo el documento Taschereau. Pero el estado lamentable en que se hallaba Blanqui cuando fue encerrado en el calabozo debió hacer que enrojecieran muchas caras.

Mazzini y Blanqui

La Nation de Bruselas publicó, el 16 de marzo de 1852, un manifiesto de Giuseppe Mazzini titulado «Deberes de la democracia» [47]. Se trataba de un ataque en regla contra el pasado revolucionario de Francia, su pensamiento y su acción. El título inofensivo escondía una especie de encíclica, en la que se exponían normas de conducta aptas para guiar a las poblaciones hacia la salvación. Mazzini vaticinaba para Francia un porvenir lúgubre si no renunciaba al socialismo y al materialismo. Estas dos filosofías, pretendía, habían agotado las fuentes de la fe y transformado al hombre en un esclavo de sus sentidos

[46] Cf. los Mss. Blanqui, 9581, f. 124-138 para el relato de Blanqui; la misma narración en *ibid.*, 9580, f. 30-33, núm. 123; 9584 (2), I, b. 5, f. 167-195; 9592 (3), f. 28-37, y también Geffroy, *op. cit.*, pp. 201-211; Neil Stewart, *Blanqui,* cap. XI; M. Dommanget, *Auguste Blanqui à Belle-Ile,* cap. VIII; Archivos Nacionales, BB 30-407, p. 911.

[47] El texto se cita *in extenso* en Ch. De Bussy, *Les Conspirateurs en Angleterre, 1848-1858,* París, 1858, pp. 85-96. Véase también G. Mazzini, *Scritti editi ed inediti,* XLVI, Introducción, XLVI-LXXVI.

al poner el acento sobre la lucha de clases. El golpe de Estado de Luis Napoleón constituía el ejemplo, según él, del efecto envilecedor de sus enseñanzas. El papel de jefe en Europa pertenecía en lo sucesivo a los pueblos en cuyos estandartes se leía: «Dios, Pueblo, Justicia, Verdad, Virtud.»

Los que conocían las proclamas anteriores de Mazzini encontraron ésta poco diferente de las demás, a no ser, quizá, por su tono apasionado. A pesar de su furia contra las ideas francesas, su propio pensamiento les debía mucho; en particular, había sufrido la influencia de las de Rousseau y Saint-Simon. Del primero, tomó la noción de democracia, quitándole sus implicaciones igualitarias y arropándola de misticismo. Del segundo, la estructura jerárquica de su edificio social. Sin embargo, no tenía en cuenta su filosofía de la historia en la que existía una relación de causa a efecto entre la distribución de los bienes y las instituciones sociales y políticas. Su propia concepción de la historia era espiritualista y tenía el tono de la reacción romántica de la primera mitad del siglo XIX. La intuición prevalecía sobre la razón, y la teoría de las élites eclipsaba a la democracia. Un grupo de individuos superiores, inspirados por la Providencia, dirigían la nación y la ponían en vereda. Los ciudadanos abandonados a sí mismos resultaban incapaces de trazar su camino. No eran más que seres inferiores, sobre los que debían velar guardianes enviados del cielo [48].

Su objetivo estribaba en el mejoramiento de la condición de los pobres, pero «sin violaciones de los derechos reconocidos, sin desplazamiento violento de fortunas». La transformación social se realizaría mediante la revisión de los impuestos y las leyes sobre las hipotecas, la reducción de las tasas de interés, la extensión del sistema de transportes, la ayuda a la industria y a la agricultura y la supresión de las barreras comerciales. Mazzini quería satisfacer a todo el mundo [49].

Todo eso se encontraba en perfecto acuerdo con su teoría de la revolución: «Jamás se ha hecho una gran revolución, a Dios gracias, en nombre de la cuestión social», escribía a Herzen en 1869. Al contrario, proseguía, echando una mirada atrás sobre la historia de la civilización occidental, «desde Maratón, todas las grandes cosas se han hecho por la nacionalidad o por la religión» [50].

[48] G. Mazzini, *Scritti...*, IV, pp. 129, 301-305.
[49] *Ibid.*, XLVI, Introducción, LXIII.
[50] *Bulletin of the International Institute of Social History*, 1953, núm. 1, pp. 32-33.

El manifiesto provocó el furor de los refugiados franceses de izquierda. Blanc, Cabet, Leroux y otros socialistas contraatacaron en una carta al *Morning Advertiser* [51]. En señal de protesta, Ledru-Rollin dimitió del Comité Democrático Europeo. Proudhon, que entonces se hallaba en la prisión de Sainte-Pélagie, replicó a Mazzini con una sarta de insultos [52]. Y George Sand declaró que las excomuniones que había pronunciado evidenciaban su ignorancia total del socialismo [53].

Sin embargo, hubo refugiados franceses que aprobaron las críticas de Mazzini. Uno de ellos, llamado Maillard, residente en Barcelona, las reprodujo en cartas dirigidas a Blanqui, y le mandó incluso un extracto del manifiesto, so pretexto de que compartía las convicciones del italiano. Ahora bien, Maillard no había sido nunca socialista, y todavía menos blanquista. Tampoco resultó brillante su papel en 1848. Como mucha gente de su época, vivía en el reino de la imaginación romántica, guiado solamente por fórmulas sentimentales. Fundó un pequeño club en marzo de 1848, colaboró con amigos de Barbès y de Ledru-Rollin e incluso con Lamieussens, y sirvió como comisario en provincia. Deportado a Africa debido a su participación en las jornadas de junio, consiguió evadirse y se instaló en Barcelona. Allí se dedicó a un nuevo estudio de la Revolución, con la esperanza de descubrir las razones del fracaso. Pensaba que Mazzini poseía la respuesta, pero deseaba conocer también la opinión de Blanqui. El hecho de que tomara la iniciativa de escribirle debió agradar al preso, porque significaba un cambio de actitud entre antiguos partidarios de Barbès. Maillard, en el exilio, reexaminaba su doctrina. Antiguo defensor de los nuevos *montagnards*, se había convertido en su crítico severo, lo que proporcionó enorme alegría a Blanqui, aunque su concepción del socialismo fuera muy ingenua. Sin embargo, gozaba de un espíritu inquieto, lo que decía mucho en su favor. Un corresponsal tan lleno de buenas intenciones no tenía más remedio que retener la atención de Blanqui. Además, pocos eran los refugiados, aparte de sus propios discípulos, que deseaban tan ardientemente como Maillard conocer su opinión.

[51] G. Mazzini, *Scritti editi ed inediti*, XLVI. Introducción, XLII-XLIV; Gustave Lefrançais, *Souvenirs d'un révolutionnaire*, París, 1902, pp. 197-198.

[52] *Correspondance*, IV, pp. 262-265.

[53] G Sand, *Correspondance*, París, 1883,. 4.ª edición, III, pp. 325-349. Su carta se cita en G. Mazzini, *Scritti editi ed inediti*, XLVII, pp. 202-218.

Maillard había planteado problemas esenciales que, sin duda, se discutían en la colonia francesa de Barcelona. Por ello, Blanqui reflexionó durante varios meses antes de ultimar la versión definitiva de su respuesta. Esta era, al mismo tiempo, una acusación contra el pensamiento de Mazzini y la explicación más completa que nos haya proporcionado acerca del socialismo [54].

Digamos de inmediato que la teoría socialista de Blanqui, al igual que su teoría económica, carecía de toda idea original. Se distinguía esencialmente por su eclecticismo y no se discernía en ella esfuerzo alguno para fundir todos los elementos. Blanqui se enorgullecía de calificar su socialismo de «práctico», con lo cual quería decir que incorporaba lo que, a su juicio, se había revelado útil. Pensaba que la teoría socialista se había desarrollado ampliamente y que no se le podía añadir ninguna idea nueva, salvo con la fuerza liberadora de la revolución. «El viejo mundo se ha disecado suficientemente», concluía en julio de 1852. «El escalpelo no hallará ni un solo elemento más. Ahora toca a las tempestades renovar la atmósfera.» [55]. Y también: «Como doctrina, no tengo nada inédito en reserva. Ni yo, ni los demás. Si lo que falta en nuestras demostraciones pudiera salir de un cerebro humano, ya se habría hecho la luz. Pero ya está todo dicho, el pensamiento se ha agotado, y estamos condenados a marcar el paso, hasta que los acontecimientos nos vuelvan a poner en marcha [...] Discusión y predicación no saben ya qué hacer. La palabra corresponde a los hechos.» [56] El anarquista Bakunin utilizó casi el mismo lenguaje al abandonar las filas del partido del movimiento en 1873 [57].

Se planteaba todavía un problema: ¿cómo estar seguros de que semejante acción traería el socialismo y no su contrario? En efecto, si el socialismo continuaba siendo vago e iba

[54] La carta a Maillard ha sido publicada *in extenso* por M. Dommanget, *Blanqui à Belle-Ile*, pp. 171-189. Se encuentra igualmente en Blanqui, *Textes choisis*, pp. 127-140. Diferentes versiones de varias partes, que muestran todo el cuidado que ponía Blanqui para hacer el borrador, se encuentran en los Mss. Blanqui, 9581, f. 152-160, 254-258, 269-274, y en 9590 (2), f. 373-384. Salvo indicaciones contrarias, hemos seguido el texto publicado por Dommanget.

[55] Mss. Blanqui, 9583, f. 390.

[56] *Ibid.*, f. 387.

[57] Véase su carta a la Federación Jurásica, octubre de 1873, en J. Langhard, *Die anarchistische Bewegung in der Schweiz von ihren Anfangen bis zur Gegenwart und die internationalen Führer*, Berlín, 1903, pp. 463-466.

a la zaga de los cambios sociales y económicos, ¿conservaría su valor de ideal? En ese caso, probablemente sería eclipsado por las visiones apocalípticas de los jefes inspirados por la palabra divina. A este respecto, tal vez sea conveniente abandonar aquí la cronología para decir que la insuficiencia de la teoría social de Blanqui y el acento puesto sobre la acción hicieron que un ala de su partido, bajo la Tercera República, se convirtiera en un apoyo del boulangismo.

Hemos visto que su concepción de las clases hundía sus raíces en la era preindustrial. Las innovaciones de la técnica, por lentas que fueran en Francia, no le llevaron nunca a revisar dicha concepción. En su carta a Maillard, valoraba la importancia numérica del proletariado francés en 32.000.000 de personas, cifra que se aproximaba bastante a la de 30.000.000 que daba veinte años antes. Durante estos veinte años, el capitalismo realizó tales progresos que ningún observador inteserado podía desconocer su papel: sin embargo, la opinión de Blanqui sobre la posición de las clases sociales no varió nada. Desde su punto de vista, lo esencial residía en el hecho de que las categorías sociales que componían su proletariado se hallaban todas políticamente desfavorecidas y económicamente explotadas o «robadas», según su propio término. La ruptura de la alianza entre la pequeña burguesía y los trabajadores después del 17 de marzo de 1848 ni siquiera bastó para modificar su manera de entender el proletariado.

Su socialismo equivalía a desear fuertemente el triunfo de la justicia y de la igualdad. El socialismo, escribía a Maillard, «es la creencia en el orden nuevo que debe salir del crisol de esas doctrinas» profesadas por los socialistas franceses. Aunque no estuvieran de acuerdo sobre numerosos problemas, proseguía Blanqui, sus esfuerzos convergían hacia el mismo objetivo. Todos animaban al pueblo con sus lemas. Comparaba el socialismo a «la chispa eléctrica que recorre y sacude a las poblaciones», y los jefes de escuelas socialistas a los «primeros revolucionarios». «No se equivoque, el socialismo es la Revolución. Esta, sólo se encuentra en él», enseñaba a su corresponsal. Engels descubrió la verdadera naturaleza de lo que constituyó el objetivo de Blanqui, al describirle como «un revolucionario político en su esencia y un socialista sentimental solamente, compadecido de los sufrimientos del pueblo, pero desprovisto de teoría socialista y de propuestas positivas y prácticas para lograr un resurgimiento social» [58].

[58] *Internationales aus dem Volksstaat*, Berlín, 1895, p. 41.

Blanqui no lamentaba la diversidad de los sistemas socialistas. En realidad ahí se encontraba su fuerza y su superioridad sobre todas las demás doctrinas. Sus polémicas y discusiones suponían otros tantos indicios de vida y de movimiento.

Blanqui se encontraba, sin embargo, más inspirado cuando estudiaba la doctrina de su corresponsal. Maillard había resumido su profesión de fe en algunas frases: «No soy francés ni español, sino cosmopolita. No soy burgués ni proletario; soy republicano-demócrata-socialista, aunque el último término se preste a demasiada elasticidad... Soy un republicano-revolucionario.» [59] No se precisaba gran esfuerzo mental para concluir que tales identificaciones no impresionaban a nadie, ni esclarecían nada. De ahí los comentarios de Blanqui: el título de «republicano revolucionario» no tenía nada de insólito, respondió. Personas que no eran revolucionarias ni republicanas se adornaban con él. Lo habían puesto de moda los nuevos *montagnards* de tendencia antisocialista. Decir que no se es burgués ni proletario, sino demócrata, implica dar una imagen falsa de las cosas; pretender rechazar a la vez la burguesía y el proletariado supone hacer trampa; y el término de «demócrata» resulta banal, se trata de «una palabra de goma». «Todo el mundo se declara demócrata, sobre todo los aristócratas. ¿No sabe usted que el señor Guizot es demócrata?»

Blanqui se detenía nuevamente sobre las palabras burguesía y proletariado; ningún juego de manos conseguiría enmascarar el hecho de que se trata de dos clases en lucha. Históricamente, observaba, los cerebros y los jefes del proletariado provenían de la burguesía. Esta proporciona la parte de sabiduría y luces que el pueblo todavía es incapaz de suministrar. Naturalmente, a veces la burguesía intenta desorientar a los obreros. Pero no puede borrar las diferencias entre las palabras «burgués» y «proletario». Aunque de origen burgués, como Maillard, él era proletario. «Pertenezca a su campo y póngase su escarapela. Usted es proletario, porque desea la igualdad real entre los ciudadanos, el derrocamiento de todas las castas y de todas las tiranías.» Blanqui volvía así a sus anteriores ideas sobre el papel de los intelectuales burgueses en la institución del socialismo. En su esquema, continuaban siendo la élite, la levadura del partido revolucionario. Sin embargo, no profundizaba en la cuestión en esta carta. Si lo hubiera hecho podría confundir a su comunicante y llevarle a un terreno donde las ideas resultaran totalmente alejadas de su experiencia.

[59] Mss. Blanqui, 9581, f. 254.

Quedaba el calificativo que eligió su corresponsal: «cosmopolita», que se convertía en el punto de partida de un ataque en regla contra Mazzini. El calificativo no tenía en sí nada chocante. Desgraciadamente, opinaba Blanqui, contradecía la fidelidad de Maillard a Mazzini, «el hombre menos cosmopolita y más egoístamente nacional de toda Europa» .

El ataque contra Mazzini resultaba más importante en el plano de la invectiva que en el de la teoría. No se dirigía contra el programa de Mazzini ni contra su antimaterialismo, ni contra su mesianismo, sino contra lo que Blanqui consideraba su «odio a Francia» y su deseo de humillarla. «No perdona a Francia su superioridad intelectual y política.» Rara vez las críticas irritadas de Blanqui se dirigían contra detalles teóricos. Se mantenía próximo a las ideas filosóficas de Mazzini, y también a su noción del progreso histórico y a la preponderancia que concedía a los valores espirituales, aunque se alejaba en otros terrenos antes de profundizar en esas cuestiones. En realidad, no atacaba en modo alguno los fundamentos de los principios de Mazzini.

Elemento original en esta explosión sentimental: el tono moderado con el que trataba a Louis Blanc. El «Aviso al pueblo», como hemos mostrado, le había situado, en compañía de Ledru-Rollin, en una categoría despreciable. En su respuesta a Maillard, casi un año y medio más tarde, Blanqui trazaba entre ellos una línea de demarcación, de forma que el primero quedaba clasificado entre los socialistas y el segundo entre los que engañan al pueblo. Los hechos no permiten determinar si esta revisión representaba una concesión a los que habían criticado el «Aviso», o si implicaba el apoyo a un compatriota que sufría el ataque de un enemigo del socialismo francés.

Tenemos mayor seguridad acerca de sus temores sobre la unidad italiana, sobre todo impulsada por la dinastía de Saboya con la ayuda de Napoleón. Naturalmente, razones muy poderosas obligaban a Blanqui a socavar los apoyos de la autoridad del monarca; y, por ello, le atormentaba el presentimiento de que la ayuda de Napoleón al Risorgimento favorecería la gloria del Imperio. No obstante seguía desconfiando de una Italia independiente, a pesar de todas sus declaraciones de amor por ese país [60]. Habría preferido que Italia no fuera más que una entidad geográfica dividida en principados independientes.

[60] *Ibid.*, 9590 (2), f. 378.

Los amigos de Blanqui no compartían sus temores e incluso varios combatieron con Garibaldi. Durante su corto período de libertad en 1860, un discípulo le pidió que apoyara, en tanto que consejero, la expedición a Sicilia, a la que había vaticinado un final desastroso. Respondió con todo el ardor de un nacionalista romántico: «¡Un francés de Niza y socialista! ¡Por favor! Qué excelente pasaporte para Garibaldi, ese feroz enemigo de todo lo que lleva nombre francés. ¿Ignora, pues, que nos odia diez veces más que a Austria, semejante en eso, por cierto, a Mazzini?» [61]

Nunca Blanqui se equivocaría tanto. Cambió, sin embargo, de opinión cuando Garibaldi acudió en ayuda de Francia durante la guerra franco-prusiana. Más tarde, el italiano, respetado por todas las naciones, se convirtió para él en «el héroe italiano», «el gran Garibaldi», «un hombre completo», «el defensor de Francia abandonada», «el lazo de unión entre Francia e Italia» [62]. En definitiva, la estima de Blanqui por Garibaldi se basaba mucho más en el hecho de que había sido el lazo entre dos pueblos latinos que en su contribución incomparable a la liberación de su país.

[61] *Ibid.*, 9584 (1), f. 110-113. Tenemos la impresión de que Maurice Dommanget modifica un tanto las ideas de Blanqui sobre la unidad italiana para hacerlas coincidir con las de Marx sobre el mismo problema. Su principal fuente sobre este punto es la carta de Blanqui a Lacambre, del 17 de mayo de 1860, que posee él. Véase su obra, *Blanqui et l'opposition révolutionnaire à la fin du Second Empire*, pp. 8 ss. Su silencio acerca de la carta de Blanqui a R., del 31 de mayo de 1860, de la que hemos dado extractos, nos sorprende. Nos parece que, sobre la cuestión de la unidad italiana, Blanqui se hallaba más cerca de Proudhon que de Marx, aunque los argumentos de Blanqui resultaran menos artificiales que los de Proudhon. Véase Madeleine Amoudruz, *op. cit.*, pp. 80 ss., y los Mss. Blanqui, 9592 (3), f. 15.

[62] *Ibid.*, 9592 (3), f. 272-273; 9593, f. 87-88, 104.

15. CREACION DEL PARTIDO BLANQUISTA

Más de seis años separan la fuga frustrada de Blanqui de su liberación. Seis largos años de monotonía y aburrimiento. El único momento agradable quizá fuera la noticia de la gracia imperial para Barbès. Le despojaría de su aureola y traería también la paz al penal.

La familia de Blanqui disminuyó con los años. Una hermana emigró a América Latina; Adolphe murió en 1854; la muerte de Sophie, sobrevenida a mediados del año 1858, fue un golpe muy fuerte.

Blanqui se encontraba entonces en Córcega, donde se le había trasladado a finales de 1857. Aunque muy duro, el viaje constituyó una agradable diversión en la fatigosa uniformidad de los días de reclusión. El aire marino actuó incluso de estimulante sobre la salud tambaleante de Blanqui; pero los desórdenes reaparecieron una vez encerrado. La comida excesivamente picante; el paseo, minúsculo; las celdas, húmedas y heladas en invierno, se convertían en verano en auténticos hornos.

Aunque su condena se extinguió el 2 de abril de 1859, se le mantuvo encerrado. La amnistía general decretada ese mismo año le devolvió a Francia, pero no a la libertad. En realidad, el gobierno pensaba deportarle a Cayena.

Gracias a su hermana, la enérgica Madame Antoine, fue liberado en agosto. No obstante, la policía le acosó durante su viaje de regreso a París [1].

Nuevas decepciones le esperaban. Comprendió que Estève, su hijo, no tenía nada en común con él, salvo el parecido físico. Los dos seres parecían pertenecer a dos mundos distintos. El hijo ofreció asilo a su padre con la condición de que renunciara a la política. Profundamente apenado, Blanqui ni siquiera contestó al ofrecimiento [2]. Otra decepción, pero de naturaleza dis-

[1] Archivos Nacionales, BB 30-448, Expediente Aix.
[2] Geffroy, *op. cit.*, pp. 224 ss.

tinta: Sophie, en su lecho de muerte, hizo quemar todos sus manuscritos anteriores al período del Mont-Saint-Michel.

En el momento en que Blanqui recobró la libertad, Napoleón III ya había ayudado a Cerdeña a anexionarse Lombardía. Pero, asustado por los progresos del movimiento unificador en Italia, rápidamente concertó un armisticio con el emperador de Austria. Los pedidos de guerra habían ayudado a la economía francesa a salir del marasmo de 1857; solamente la industria metalúrgica, relativamente poco desarrollada, se encontraba en situación estacionaria. La industria francesa, y en particular la textil, progresaba [3]. Gracias a las inversiones bancarias, las estructuras económicas se transformaban más de prisa que durante la monarquía orleanista, aunque el crecimiento era menos rápido que en Inglaterra. Las empresas francesas continuaban siendo de tamaño pequeño a juzgar por el porcentaje de mano de obra por empresa: solamente el 8 por 100 de los patronos empleaban a más de 10 obreros en 1860. En el conjunto del país, tres millones de obreros manuales se repartían entre 1.450.000 establecimientos; pero existían zonas aisladas de concentración en torno a Marsella y Lyon, en Normandía y en el norte. Una tendencia a la concentración vertical se producía en los textiles y en la metalurgia [4]. La venta al por menor en gran escala apareció entre 1850 y 1870: primero, se fundaron el Bon Marché, la Belle Jardinière y el Louvre, y poco después, el Printemps y la Samaritaine.

Los poseedores de fábricas obtenían la mayor parte de los beneficios industriales. La condición de los obreros, según las cifras accesibles para el decenio 1847-1857, se deterioraba continuamente, ya que el coste de la vida aumentaba más de prisa que los salarios [5]. Anthime Corbon, que estudió este problema, mostró en 1863 que los salarios no habían dejado de bajar desde hacía veinticinco o treinta años [6]. Los cálculos fueron confirmados por el análisis de presupuestos obreros entre los

[3] Véanse las cifras para el norte de Francia en *La Filature du coton dans le nord de la France*, de Jules Houdoy, París, 1903, pp. 51, 69, 88; véase también «La situation industrielle et financière du Nord de 1857 à 1870», de Ch. Morazé, *Bulletin de la société d'histoire moderne*, octubre de 1937, pp. 2-8.

[4] Pierre Léon, *La Naissance de la grande industrie en Dauphiné*, París, 1954, II, pp. 585-686.

[5] Charles H. Pouthas, *Démocraties et capitalisme, 1848-1860*, París, 1941, p. 427.

[6] A. Corbon, *Le Secret du peuple*, París, 1863, p. 181, nota; véase también E. Levasseur, *Histoire des classes ouvrières en France depuis 1789 jusqu'à nos jours*, París, 1867, II, p. 440.

años 1835 y 1866[7]. Secuelas inevitables: endeudamientos y empleo creciente de mano de obra femenina e infantil, con el fin de aumentar los recursos familiares. La jornada de trabajo era larga en todas partes: de doce a catorce horas, incluso a veces de dieciséis horas. Según los informes de los prefectos, el límite de las doce horas se rebasaba generalmente.

Sin embargo, los conflictos entre el capital y el trabajo se apaciguaron en 1859 y 1860. Fue una época de casi pleno empleo. Los efectos del tratado comercial con Gran Bretaña de 1860 se manifestaron un año más tarde. Pero la paz social no era más que una tregua. Porque, según los fiscales generales, existía incompatibilidad entre las dos clases[8]. Un observador atento señalaba que la paz aparente no se basaba en una verdadera confianza: «La mayoría de las veces, se diría que hay como siempre, no solamente dos clases, sino [...] *dos naciones*»[9], expresión que tomaba de Disraeli y que subrayaba.

LA APATIA POPULAR

Tras una ausencia de más de once años, Blanqui quedó apenado por el silencio de la capital. ¿Dónde estaban la chispa, la animación contagiosa, las discusiones de café? ¿París había sucumbido a la apatía, o estaba sencillamente cansado de luchar? En todo caso, el clima resultaba lo suficientemente helado como para enfriar los sentimientos más ardientes. Blanqui se propuso realizar algunos sondeos. Los radicales, cansados, se habían metido en su caparazón. En cuanto a los obreros, o bien preferían un Bonaparte a la república burguesa, que, según ellos, se había deshonrado para siempre durante las sangrientas jornadas de junio, o bien permanecían impasibles. Sin embargo, se encontró también con algunos que conservaban en el fondo de su corazón la fe revolucionaria. Si se mostraban neutros o poco dispuestos a la acción, la razón, pensaba, residía en la situación política. Faltaba aquello que hubiera podido

[7] Cf. Hilde Rigaudias-Weiss, *op. cit.*, p. 223; A.-J. Blanqui, *Des classes ouvrières en France pendant l'année 1848*, París, 1849, p. 90; Christianne Marcilhacy, *op. cit.*, p. 12; *La Démocratie pacifique*, 22 de mayo de 1848; *Rapport des délégués à l'exposition de Londres en 1862*, p. 65; Archivos Nacionales, f. 12-3110, *Rapport des ouvriers en cuirs et peaux*, F. 13... y F. 12-3120, *Rapport des tailleurs*, p. 16.

[8] Véase *International Review for Social History*, 1939, IV, pp. 231-280.

[9] A. Audiganne, *Les Populations ouvrières et les industries de la France*, París, 1860, II, p. 397.

inflamar los espíritus y levantar al pueblo: periódicos, tribunas populares, y una propaganda democrática. Reinaba solamente el terror policíaco: «El miedo ha disuelto nuestro ejército», observaba. «Existen aún revolucionarios aislados. No hay rastro de partido revolucionario.» Aún más desalentador resultaba el ascenso de las jóvenes generaciones «en la ignorancia de nuestras ideas».

¿Qué hacer? ¿Mostrarse fatalista y confiar en la estrella revolucionaria? Esto significaba la inactividad y la parálisis. «Las revoluciones no se hacen solas. Son obra de los hombres.» La insurrección resultaba absolutamente impensable en 1860. ¿Había que confiar en una derrota militar de Napoleón? Blanqui se estremecía ante esta simple idea. El resultado de un desastre militar sería «una Francia desmembrada, la Revolución aniquilada y una Europa esclava». Tampoco era posible constituir un estado mayor revolucionario para el día del ajuste de cuentas. Nacería solo en el ambiente revolucionario cuando el objetivo estuviese a la vista. Mientras tanto, era necesario sacudir la apatía popular. ¿Con qué medios? Mediante escritos ilegales. Por todas partes se percibía su necesidad. Según la opinión general, «el menor papel impreso conmueve los talleres». Los trabajadores necesitaban jefes para ponerse en movimiento. El pueblo «no sabe aún moverse por sí solo. ¿Cuándo llegará ese momento, ¡ay!, cuándo llegará?». Blanqui no se aventuraba más lejos y se limitaba a decir: «El tiempo de las tiranías y de las intrigas habrá terminado entonces» [10]. Quería decir que ese momento llegaría mucho tiempo después de la toma del poder por los revolucionarios. Y para esto era preciso someterse a la dirección y la disciplina de una élite.

Blanqui quería evitar ante todo que los trabajadores se apartaran de los verdaderos problemas debido a alguna estratagema o aventura de tipo napoleónico. Para ello, estaba convencido de que la literatura clandestina podría ser eficaz. Incluso en circunstancias peligrosas, la empresa no resultaba temeraria, ni excesiva para el valor de revolucionarios resueltos; merecía la pena intentarla. La única solución distinta consistía en la inacción que, sin duda, sería fatal para la causa revolucionaria. En definitiva, pedía a sus discípulos que se situaran en vanguardia de la resurrección política de Francia. No esperaba recibir más ayuda que la de su grupo. Se trataba de un pequeño grupo, a decir verdad, pero que podría despertar y arrastar al pueblo a la acción.

[10] Mss. Blanqui, 9580, f. 86.

Instruyó a sus discípulos en el arte de la propaganda ilegal. Les puso en guardia contra la violencia verbal y la grosería que «choca y repele». Lo que se necesitaban eran razonamientos rigurosos, surgidos del corazón. Porque lo esencial consistía en convencer y entusiasmar al mismo tiempo; así, pues, nada resultaría «más torpe que las brutalidades del estilo» [11]. A juzgar por los escritos publicados por su pequeño partido durante los años 1860, parece que se siguieron sus consejos. Claro que la mayoría de los textos fueron esbozados o revisados por él.

Se sentía aún limitado en su libertad. La policía le acosaba y a sus pocos amigos se les consideraba sospechosos. Después de diez años de reclusión, experimentaba un cierto malestar al pasearse por las calles. Confió a Michelet que tenía la impresión de encontrarse aún entre altas murallas [12]. Con el tiempo, desapareció esa sensación.

Viajó aproximadamente durante un año y medio, luego de su liberación. La más profunda oscuridad envuelve este período. La policía le veía marchar de un país a otro, visitar a los enemigos declarados del emperador y conspirar para asesinarle. Sin embargo, a falta de documentos precisos, resultaba difícil decir con quién tuvo realmente contactos en el extranjero. Sabemos que se desplazó a Londres y a Bruselas, pero continúan siendo un misterio sus entrevistas allí. Según testimonio del propio Blanqui, el 95 por 100 de los emigrados franceses de Londres ignoraron su paso, debido a lo estrictamente que se había guardado el incógnito. Es probable que pasara algún tiempo en casa de Alphonse Esquiros. Y sabemos por una carta del 7 de abril de 1860, dirigida, según parece, a Martin Nadaud, profesor en una escuela militar inglesa, que conversaron sobre los problemas de la agitación clandestina [13].

Poseemos informaciones un poco más precisas sobre las cortas estancias de Blanqui en Bruselas. Allí residía el doctor Louis Watteau, amigo de Blanqui, recluido en Belle-Ile en 1853 por fundar una sociedad secreta cuyo objetivo era asesinar al emperador [14]. En 1859 reavivó la vieja discusión del documento Taschereau al polemizar con Louis Blanc. En un libro publicado

[11] *Ibid.*, 9580, f. 86.
[12] Geffroy, *op. cit.*, p. 227.
[13] Mss. Blanqui, 8580, f. 86.
[14] Albert Ferme, *Les Conspirations sous le Second Empire: Complots de l'Hippodrome et de l'Opéra-Comique*, París, 1869, pp. 52 ss., 133, 210 ss.

el año siguiente, Blanc se refirió de pasada al carácter poco convincente de la respuesta de Blanqui [15]. Situadas en su contexto, las observaciones resultaban anodinas. Pero se trataba de un tema delicado, y Watteau se apresuró a publicar una respuesta mordaz [16]. Blanqui quedó satisfecho por dos razones: colocaba a los malintencionados a la defensiva, y mostraba que podía contar con un nuevo adepto de calidad, que hasta entonces había militado en las filas de Ledru-Rollin. Durante los tres últimos años, Watteau había colaborado en el semanario demócrata *Le Bien-Etre Social*. Para el viejo revolucionario, este periódico podía ser el instrumento ideal para la propagación de sus ideas, y la primera etapa hacia la fundación de un partido [17].

En Bruselas, Blanqui se esforzó por fortalecer el periódico. Trató de aumentar el número de sus lectores y ampliar su campo de acción. Solicitó fondos, buscó nuevos accionistas y proyectó su difusión en el extranjero. De pronto, por razones que se desconocen, dejó de interesarse por él. Tal vez pensara en aprovechar las cantidades prometidas por sus amigos para lanzar su propio periódico [18].

Decidió comenzar su empresa editorial en París. Eligió un tamaño de bolsillo, que se prestaba mejor para la distribución clandestina. El folleto podría meterse en un sobre o guardarse debajo de un abrigo. Ese formato era corriente desde 1789, y durante el Segundo Imperio casi se convirtió en el normal para la literatura clandestina. Todo estaba preparado, las prensas, el personal, los millares de sobres rellenados a mano, cuando irrumpió la policía. El 10 de marzo de 1861 Blanqui y cinco más fueron detenidos y acusados de haber creado una sociedad secreta con el objetivo de derrocar al gobierno.

[15] *1848 - Historical Revelations*, Londres, 1858, p. 322.

[16] Primeramente con una serie de artículos en *Le Bien-Etre social*, luego con un folleto, *Blanqui devant les révélations historiques*, Bruselas, 1859. Era, al mismo tiempo, una respuesta a la *Histoire de la révolution de 1848* de Lamartine, en la que éste había dado una versión truncada de su entrevista con Blanqui el 15 de abril de 1848. El folleto apareció en el momento en que Blanqui se hallaba amenazado de deportación a Cayena. En 1864, Watteau pensaba en una segunda edición, ya que la demanda era grande. Informó a Blanqui de que había enviado ejemplares a Félix Pyat y a Marx. Mss. Blanqui, 9592 (2), f. 360, 366, 410.

[17] El optimismo de Blanqui se refleja en las cartas a un amigo que se encontraba en España, el doctor Cyrille Lacambre, citado por Dommanget, *Blanqui et l'opposition révolutionnaire*, pp. 2-5.

[18] *Ibid.*, pp. 7 ss.

LOS COCODRILOS

Luis Napoleón no tenía nada que envidiar a Luis Felipe en la manera de tratar a los enemigos políticos: las mismas conclusiones sacadas de viejos informes policíacos, la misma confianza concedida a simples trozos de papel o a testimonios dudosos. Tampoco las técnicas habían progresado mucho. Se mantenía a los acusados durante semanas y meses incomunicados en una celda, y luego se les avisaba precipitadamente de la inminencia de su proceso. Se saqueaban los domicilios de sus familiares, se les registraba y se violaba su libertad. Sometidos a un interrogatorio brutal, se les maltrataba y molestaba. Los niños no se libraban de los malos tratos: con quince años, la hija de uno de los acusados, Madame Frémaux, más conocida por el nombre de Julienne Sébert, tuvo que refugiarse en Bruselas para evitar las amenazas y brutalidades [19].

El juicio comenzó el 14 de junio de 1861. Madame Sébert era el principal acusado, después de Blanqui. Se la consideraba como el cómplice más importante, y, según la acusación, en su hogar se celebraban las reuniones de una organización secreta, para la que la policía encontró un nombre: la Sociedad de los Cocodrilos. Aunque la defensa aportó pruebas de que ese nombre correspondía a un club de estudiantes bruselenses que se reunían para pasar un buen rato [20], el ministerio público mantuvo la acusación de conspiración. Cuando el tribunal intentó mostrar que existían relaciones entre dicha sociedad y Madame Sébert, ésta dejó estallar su indignación con tanta fuerza que aquél se vio obligado a no insistir en ese tipo de preguntas [21]. En cambio, reconoció su lealtad hacia Blanqui desde 1848. Para ella, representaba el modelo del auténtico revolucionario. El escrito de acusación se apoyaba sobre los informes policíacos y, además, sobre el largo pasado de Blanqui. Como de costumbre, los informes eran una sarta de fábulas mezcladas con algunos hechos reales. Según ellos, Ulises no había tenido compañeros tan temibles como Blanqui. Así, durante sus viajes, se habría entrevistado con el doctor Simon Bernard, que, según los espías franceses en Inglaterra, resultó ser el cómplice de Orsini, que intentó asesinar a Napoleón III [22], y con

[19] Mss. Blanqui, 9587, f. 342-343, carta de Blanqui a Watteau del 22 de enero de 1852.

[20] *Ibid.*, 9586, f. 86-87.

[21] *Ibid.*, f. 81.

[22] Bernard, juzgado por un tribunal inglés, a petición de Francia, había sido absuelto. Aleksandr Herzen, que asistió al proceso, ha de-

dos románticos dirigentes de la tiranicida «Comuna Revolucionaria»: el periodista y autor dramático Félix Pyat, y J. B. Boichot, antiguo suboficial y ex recluso de Belle-Ile [23]. Para el tribunal, los tres eran los aliados de Blanqui y sus cómplices para atentar contra la vida del emperador, ya que se consideraba que la organización se nutría en parte de blanquistas [24].

El testimonio no resultaba muy convincente: incluso en el supuesto de que Blanqui se hubiera entrevistado con los tres exiliados, no constituía una prueba de que se hubieran convertido en sus cómplices, o puesto de acuerdo para asesinar a Napoleón III.

La acusación, consciente de la debilidad de su argumentación, para darle credibilidad, invocó en segundo plano los antecedentes de Blanqui como conspirador. Era, pues, el pasado de Blanqui lo que se juzgaba. En el transcurso del juicio, las principales imputaciones contra él se aclararon. En el extranjero se había entrevistado con los adversarios más feroces del Imperio; en París, había organizado una pequeña sociedad cuyos miembros eran los paladines de la revolución; prensas clandestinas y más de 8.700 sobres escritos de su puño y letra, todo ello formaba parte de un plan para imprimir y difundir manifiestos políticos con el fin de favorecer los intereses de sus amigos exiliados. Y, sin embargo, las pruebas resultaban tan inconsistentes que no suponían nada más que el adorno de todo lo que había dicho o hecho desde 1830. En otros términos, la conspiración de que se le acusaba no existía tanto en los hechos cuanto en la larga cadena de sus ideas y actividades y en sus veinticinco años de cárcel. Como observó su abogado: «Seamos sinceros, señores. No es en los hechos donde la acusación ha buscado sus pruebas, sino en otra parte. Ha dicho: Blanqui ha dedicado su vida a conspirar y continuará. Es un hombre peligroso para la sociedad, para el gobierno. No puede tolerarse su presencia en París. Hay que hacerlo desaparecer» [25]. El fiscal admitió: «Aquí tenemos perfecto derecho a exponer el pasado de Blanqui y a mostrar que continúa siendo

jado un resumen preciso y divertido. Véase su libro, *My Past and Thoughts*, IV, pp. 286-295.

[23] La Comuna Revolucionaria era una sociedad secreta que tenía su sede en Londres y ramificaciones en Francia, donde se manifestaba al público en forma de profesiones de fe incendiarias. Véase Ch. De Busy, *op. cit.*, pp. 339-355; A. Müller-Lehning, *The International Association, 1855-1859*, Leyde, 1938, pp. 20-28; Alexandre Zévaès, «Félix Pyat, homme de lettres et homme politique», *La Nouvelle Revue*, 1930, CIX, pp. 274-276.

[24] Gustave Lefrançais, *op. cit.*, p. 194.

[25] Mss. Blanqui, 9586, f. 105.

en mil ochocientos sesenta y uno lo que era en mil ochocientos treinta y seis» [26].

Eso implicaba que, a menos que se colocaran treinta años de la vida de Blanqui en uno de los platillos de la balanza, la acusación carecía de consistencia. El tribunal se daba cuenta de ello, como se deduce del siguiente intercambio de observaciones. Al exhibir un documento incautado en casa de Madame Antoine, el magistrado dijo: «Esto demuestra que, a pesar de sus veinticinco años de cárcel, ha conservado usted la mismas ideas.» «Seguro», replicó el acusado. El magistrado prosiguió: «No solamente las mismas ideas, sino el deseo de verlas triunfar.» «Y lo conservaré hasta la muerte», fue la respuesta [27].

La única conclusión que podía mantenerse, justificada por las pruebas acumuladas, era la intención de realizar una propaganda ilegal mediante escritos que no se habían publicado todavía. La existencia de una sociedad secreta no podía acreditarse con esos simples datos. En realidad, como escribió Blanqui a su amigo Lacambre, que se hallaba en España, ni siquiera existía la sombra de tal sociedad. Los mismos magistrados no lo creían [28]. Sin embargo, los acusados fueron considerados culpables, y cuatro de ellos, condenados. Blanqui sufrió la condena más dura; cuatro años de prisión y 500 francos de multa. A Madame Sébert y a otro procesado se les condenó a un año de cárcel y 100 francos de multa; al cuarto, a seis meses y 50 francos.

Se recurrió. Pero la instancia superior tardó mucho en dictar sentencia. Mientras tanto, Blanqui fue trasladado de la prisión de Mazas, relativamente moderna, a la vieja Conciergerie. Allí se sintió como en uno de esos purgatorios que sólo Dante pudo imaginar. Sus compañeros eran delincuentes comunes; en el patio de la cárcel volvió a encontrar presidiarios. No existía lugar alguno para hacer ejercicio, ni para estar solo con sus pensamientos [29].

La reclusión representaba un suplicio tal, que pensó que no podría sobrevivir. Además, sospechaba que se había tramado una conspiración para acabar con él. Al creer que su último día había llegado, redactó su adiós a la vida. Se trataba de un texto impregnado de gravedad y de patetismo, que resumía el objetivo de su vida y sus pensamientos más íntimos: era

[26] *Ibid.*, f. 116.
[27] *Ibid.*, f. 15.
[28] Blanqui a Lacambre, 16 de julio de 1861, publicada por D. Riazanov en *La Revue marxiste*, 1929, I, pp. 407-411.
[29] M. Dommanget, *Blanqui et l'opposition...*, p. 18.

una profesión de fe y también una protesta colérica. «He combatido toda mi vida por la justicia y por el derecho contra la iniquidad y el privilegio, por las mayorías oprimidas contra una minoría opresora. Pobre y cautivo he vivido; pobre y cautivo moriré. Pienso que nadie tiene tanto derecho como yo para decir que los desgraciados son sus hermanos. Resulta difícil no mezclar a la piedad por los que sufren la aversión contra los que hacen sufrir. He experimentado compasión y cólera, pero no he causado daño a nadie, y sólo yo he pagado las consecuencias de mis indignaciones» [30]. El Tribunal de Apelaciones necesitó seis meses para decidirse a dictar sentencia y confirmar la del inferior [31]. Blanqui fue enviado a Sainte-Pélagie, que, después de la Conciergerie, parecía un paraíso.

El proceso tuvo más publicidad que la deseada por el gobierno. Se había intentado echar tierra al asunto, pero un proceso contra el máximo conspirador del siglo no podía dejar de llamar la atención de las gentes. Al margen de los partidos, la opinión pública se conmovió con el carácter sumario del procedimiento judicial utilizado. Quizá el acusado hubiera infringido las leyes, pero el poder había provocado una auténtica indefensión. Algunos abogados buscaron en vano, dice Blanqui, mejores fundamentos a la acusación que los aportados en el juicio [32].

Para los radicales de Londres, el proceso representaba una nueva prueba de la iniquidad de Bonaparte. Con su vigor habitual, Marx se esforzó para darle publicidad. Pidió a Ferdinand Lassalle y a la condesa Hatzfeld que contribuyeran a los gastos de impresión de un folleto [33]; publicó artículos en periódicos amigos; proyectó un mitin de protesta y recogió dinero, entre los obreros alemanes de Londres, que hizo llegar a Blanqui por mediación del doctor Watteau [34].

SAINTE-PELAGIE

Muchos presos políticos habían pasado por Sainte-Pélagie. Los girondinos estuvieron encarcelados allí antes de subir a la guillotina. Bajo la Restauración y la monarquía de Julio, radi-

[30] Mss. Blanqui, 9586, f. 49.
[31] *Ibid.*, f. 259-262.
[32] *Ibid.*, f. 47; *La Revue Marxiste*, 1929, I, pp. 408-410.
[33] Gustave Mayer, *Der Briefwechsel zwischen Lasalle und Marx*, Stuttgart, 1922, p. 362.
[34] Carta de Marx a Watteau, 10 de noviembre de 1861, Mss. Blanqui, 9594, f. 310-311; también *ibid.*, 9587, f. 342-343.

cales de todas las tendencias se encontraron en aquella cárcel. Blanqui había estado dos veces durante los años 1830; después conoció más de veinte cárceles [35].

Al volver a Sainte-Pélagie en 1861 no encontró ningún cambio; incluso el barrio de los alrededores permanecía idéntico, a pesar de la reconstrucción estratégica de París emprendida por el barón Haussmann. Los edificios de la prisión continuaban siendo tan ruinosos y el rancho tan infecto. Blanqui siguió fiel a su dieta de frutas y verduras. A pesar de todo, Sainte-Pélagie resultaba preferible a las demás cárceles. El reglamento no era tan estricto, al menos durante su estancia. Gozaba de libertad para desplazarse por el interior de la prisión; recibía con facilidad cartas y noticias; los presos podían reunirse en una celda; las visitas del exterior estaban autorizadas, y se podían conseguir libros mejor que en otros sitios.

Los veintisiete meses pasados en Sainte-Pélagie los dedicó al estudio más intenso. Blanqui era un animal enciclopédico, devorador de libros. Su cerebro contenía una mina de informaciones, un verdadero fichero. La historia, la economía, la demografía, la filología, la astronomía retenían su atención. Habría que añadir también la filosofía, la geografía, las religiones y la literatura [36]. Sin olvidar, naturalmente, los periódicos y revistas, de los que copiaba amplios extractos, incluso a veces artículos enteros. Parecía tener una enorme fe en las estadísticas y una inclinación por los números, tales como las cifras de poblaciones, presupuestos, depósitos bancarios, inversiones y capitales. Consignó por escrito los resultados de los plebiscitos y elecciones bajo el Segundo Imperio y tomó numerosas notas sobre las fuerzas respectivas del norte y del sur durante la guerra de Secesión.

Blanqui estaba poco dotado para las lenguas, pero leía el inglés y el latín. Conocía a Tácito, Virgilio y Horacio en el original [37]: Tácito satisfacía su gusto por la política; los poemas pastorales de Virgilio tal vez le ayudaban a evitar la tristeza de los muros de la cárcel, pero Horacio, el gran vividor, el alegre sibarita, el poeta de la vida breve, ¿qué podía decir al severo vegetariano enclaustrado? Quizá el psicoanálisis nos proporcionaría la respuesta. A la misma forma de diversión pertenecía también, sin duda, su admiración por las novelas de Paul de

[35] Véase M. Dommanget, *Les Idées politiques et sociales de A. Blanqui*, Anexo.

[36] Sus papeles póstumos contienen listas de centenares de libros sobre numerosos temas, notas y largas citaciones de diversas fuentes.

[37] Hippolyte Castille, *L.-A. Blanqui*, París, 1857, p. 54.

Kock, que las jóvenes de entonces leían a escondidas de sus madres. *Mademoiselle de Maupin* era su novela favorita, acaso por la perfección del estilo de Gautier. Por Balzac, el pintor inmortal de la burguesía ascendente, sentía la más viva aversión [38]. Esto no concuerda con su acentuada afición al análisis social. Solamente algunos libros de Lamartine le agradaban, pero sus obras históricas le parecían verdaderas novelas [39]. *El príncipe* era su libro de cabecera, porque en él se encontraban fríamente trazadas las reglas para la toma del poder y su ejercicio [40]. Pero nada indica que leyera los *Discursos*.

Como muchos de sus contemporáneos, Blanqui no apreciaba demasiado a los novelistas con tendencias demasiado sociológicas. Esto sugiere, en realidad, una falta de flexibilidad de espíritu, que se acrecentó con los años de cárcel. A la misma razón se puede atribuir su juicio miope sobre *Les misérables*. Sin fijarse en la profunda humanidad y en la denuncia de las heridas sociales, formuló reservas sobre los aspectos burgueses e idealistas de la obra [41]. Al igual que los legitimistas del ultrarrealismo no perdonaban la conversión de Hugo al republicanismo, Blanqui, por su parte, no estaba dispuesto a perdonar los restos de piedad y la apología de la propiedad privada.

Al detenernos sobre estas deficiencias, no tenemos en modo alguno la intención de empañar una gloria revolucionaria. Nuestro objetivo estriba más bien en ver a Blanqui tal y como era, es decir, el producto de su época y de circunstancias extraordinarias, y no el personaje beatificado que han descrito sus adoradores [42]. Generalmente se reconoce que la importancia histórica de Blanqui se basa en su estrategia de la revolución. Ni sus doctrinas económicas, ni sus observaciones sobre el socialismo permiten situarle entre los pensadores originales del socialismo. Era un hombre lleno de prejuicios, lo cual ningún biógrafo puede silenciar.

Frecuentemente se atribuyen las insuficiencias intelectuales de Blanqui a su vida de encarcelado. Y, sin embargo, existe

[38] Geffroy, *op. cit.*, p. 239.
[39] Castille, *op. cit.*, p. 55.
[40] Geffroy, *op. cit.*, p. 244.
[41] M. Dommanget, *Blanqui et l'opposition...*, p. 27.
[42] Pensamos en el *Auguste Blanqui, révolutionnaire trois fois condamné à mort*, París, 1951, de André Marty, primeramente publicado con otro título en *La Nouvelle Critique*, marzo de 1951, pp. 135-160 y en los *Cahiers du communisme*, abril de 1951, pp. 391-415; y en las *Idées politiques et sociales d'Auguste Blanqui*, París, 1957, de M. Dommanget, así como en su *Blanqui et l'opposition révolutionnaire à la fin du Second Empire*, París, 1960.

otra razón, tan válida aunque menos perceptible. A pesar de sus amplias lecturas, Blanqui no penetró nunca en el corazón de los acontecimientos y los movimientos y no los situó nunca en un todo. Decir que era superficial implicaría una injusticia, porque buscaba las motivaciones escondidas en la raíz de las cosas. Sin embargo, no penetraba profundamente, de tal modo que no comprendía el papel de las grandes fuerzas motrices de la historia y de la sociedad. No prestó atención a los enormes sobresaltos europeos de liberación nacional. En el capítulo anterior mostramos su actitud hipernacionalista respecto de la unificación italiana. Su desconfianza hacia los jefes de ese movimiento y sus temores injustificados sobre sus propósitos antifranceses le dejaron indiferente ante el potente alzamiento de la base, que terminaría venciendo toda oposición. En las cuestiones italiana y polaca estaba en lo fundamental de acuerdo con el retrógrado Proudhon [43]. En lo concerniente a Polonia, el criterio de Blanqui consistía en que la solución de ese problema pasaba primero por la revolución en Francia, convencido de que sólo ésta era capaz de galvanizar a Europa. Aunque esta tesis, que el pasado había permitido formular, se encontrara seriamente contradicha por los acontecimientos internacionales desde 1848, continuaba manteniéndola. Las observaciones económicas y políticas que acumuló no le condujeron en modo alguno a modificar su punto de vista. Y, también como Proudhon, padecía una anglofobia aguda, lo que acaso explique su falta de entusiasmo por el gran movimiento cartista. Y, sin embargo, le impresionaba la riqueza de la literatura inglesa.

No obstante, Proudhon y él se encontraron en campos opuestos a propósito de la guerra civil norteamericana. Al contrario que Proudhon, Blanqui expresó sus simpatías por el norte, como los demócratas y los socialistas europeos más avanzados. Pero se cansó de la estrategia de Lincoln y no vio más que «mojigatería protestante» en sus declaraciones públicas [44]. Con toda evidencia, Blanqui desconocía las complicaciones internas y externas que acosaban al presidente americano, y tampoco comprendía realmente las líneas generales del combate. No llegó a darse cuenta de su verdadero carácter, es decir, la lucha a muerte de dos sistemas sociales. Además, no se interesaba por sus repercusiones sobre el movimiento obrero y el socialismo en Europa, como podría esperarse, sino por la

[43] M. Dommanget, *Blanqui et l'opposition...*, p. 43.
[44] *Ibid.*, p. 36.

aventura mejicana de Luis Napoleón y sus consecuencias posibles para el Imperio [45].

Hemos vuelto así al espíritu nacionalista de Blanqui. Difícilmente podía admitir que el movimiento socialista internacional estuviera bajo una dirección que no fuera la francesa. He ahí una razón, quizá no la más importante, de su frialdad e incluso su hostilidad hacia la Primera Internacional. Volveremos sobre el tema. Por el momento, hemos de reunirnos con él en Sainte-Pélagie.

Blanqui era allí objeto de la curiosidad general: nadie había conocido tantas cárceles y durante tanto tiempo; nadie había sido tan difamado. Los republicanos, sin distinción de partidos, le reverenciaban como a un símbolo de la pureza revolucionaria.

Blanqui tardó algún tiempo en animarse, y, además, lo hizo por etapas. Se mostraba a la vez curioso y receloso, indeciso y distante. Blanqui, con la mirada aguda y la boca obstinadamente cerrada, no se confiaba más que a los allegados o a los que estimaba útiles para sus proyectos a largo plazo [46]. Mantuvo, sin embargo, largas conversaciones con Eugène Pelletan, el periodista republicano, y compartió incluso sus comidas con él; habló con Scheurer-Kestner, el industrial republicano, que hasta dudaba de su completa inocencia en el asunto Taschereau [47], y con Alfred Sirven, el redactor jefe del *Gaulois*. Podía mostrarse también muy irritable, arisco e insolente, como cuando la inteligente Madame Juliette Adam le llevó uno de sus libros y la edición revisada de la *Histoire de la Révolution de 1848*, de Daniel Stern, donde se le trataba con menos simpatía de la que merecía. Blanqui se puso furioso: «Quién la autoriza a insultarme en la propia cárcel», gritó, tirando los libros al suelo. «Usted no es francés», contestó ella, recogiendo los libros y retirándose. Más tarde le perdonó generosamente su altivez y violencia, atribuyéndolas al hecho de que era «un rebelde» [48].

EL NUCLEO DE UN PARTIDO

Una interminable reclusión, acompañada de frustración aguda, marcaba a Blanqui de manera indeleble. No se reía casi

[45] *Ibid.*, p. 35.
[46] Emile Couret, *Le Pavillon des princes, Histoire complète de la prison politique de Sainte-Pélagie*, París, 1895, p. 202.
[47] Scheurer-Kestner, *Souvenirs de jeunesse*, París, 1903, pp. 84 ss.
[48] Juliette Adam, *Mes premières armes littéraires et politiques*, París, 1904, pp. 330 ss.

nunca; se mostraba amargo y propenso a la hipocondria, desconfiaba de la naturaleza humana. Había sido tan calumniado, que sólo las personas extremadamente sensibles apreciaban sus buenas cualidades y experimentaban su encanto. «Es usted nuestra fe y nuestra esperanza», escribía Gustave Tridon, su fiel discípulo. «En cuanto a los que, a pesar de encontrarse poco experimentados para apreciarle, [...] han tenido la dicha de conocerle y para quienes su aparición ha sido un rayo de luz, espero que usted no los olvidará nunca» [49]. Estimulaba el ánimo de confiarse a él. «Sobre todo, sabía crear a su alrededor un clima de entusiasmo revolucionario», recordaría más tarde Clémenceau [50]. Sin embargo, no sólo atraía la simpatía y la admiración. Tenía fieles lugartenientes, pero no compañeros, y, desde luego, con nadie habría podido compartir el mando supremo. Porque había nacido para dirigir y mostrar el camino a los demás. No era un apóstol, sino un agitador. Esto puede explicar por qué los mejores de sus discípulos eran jóvenes de una veintena de años.

Blanqui constituía también el objetivo de los visitantes. Entre ellos, Jean Dolent y Georges Clémenceau fueron especialmente bien recibidos. Dolent, joven e inteligente periodista del *Gaulois*, era un excelente jugador de ajedrez, juego que Blanqui tenía en gran estima. Pasaron así muchas horas jugando en silencio [51]. En cuanto a Georges Clémenceau, era médico interno en la Piedad, frente a la cárcel. He aquí, en pocas palabras, la historia de su encuentro: el joven médico, que había ido a visitar a unos amigos encarcelados, se paró estupefacto delante de la puerta abierta de una celda. Detrás de una montaña de mantas y libros vio al fondo una cara febril, apergaminada, desfigurada; una perilla gris y un pañuelo colorado, a la manera de Marat, terminaban de dar a esa cara una apariencia fantasmal. Toda su vida parecía haberse refugiado en los ojos que taladraban. Presentado al pálido ocupante de la celda, el interno fue recibido con una mirada fría. Algunas palabras de halago tuvieron la fortuna de agradar, y el cadáver viviente tendió una mano blanca y delicada. El joven se transformó rápidamente en el confidente de Blanqui, y fue enviado incluso en misión a Bruselas para recoger de manos del doctor Watteau una prensa clandestina que instaló en la calle del Bac y que cuidó de esconder de cara a la policía. Pero las relaciones

[49] Mss. Blanqui, 9592 (2), f. 56 y 57.
[50] Citado por Sylvain Molinier, *Blanqui*, París, 1948, p. 69.
[51] Geffroy, *op. cit.*, p. 237.

se interrumpieron cuando Blanqui se enteró de que Clémenceau se había entrevistado con Charles Delescluze, amigo de Ledru-Rollin en 1848 [52].

Las cárceles políticas han sido siempre caldo de cultivo para los partidos de izquierda. El partido babouvista, por ejemplo, nació en la cárcel. Y también el partido blanquista. En Sainte-Pélagie, Blanqui encontró un cierto número de hombres que no tardaron en formar una especie de núcleo en torno a él. Primero, estaban los «Cocodrilos» que cumplían sus condenas. Después, en 1862, llegó un nuevo lote de presos políticos, condenados a diversas penas; entre ellos, Jules Miot, farmacéutico, diputado en 1848 y deportado en 1851; Gustave Tridon, rico y enfermizo, proudhoniano antes de ser convertido por Blanqui; Ferdinand Taule, estudiante y periodista, y Germain Gasse, criollo, estudiante de derecho y fundador de un periódico, *Le Travail*, en el que colaboraron Clémenceau y Zola. Entre los reclusos de Sainte-Pélagie se encontraban igualmente A. Vermorel, novelista frívolo y licencioso, convertido a partir de 1860 al periodismo serio y a la vulgarización de obras de Danton, Marat, Robespierre y Vergniaud; Laurent Pichat, director de *La Réforme littéraire*, así como Alfred Sirven, Eugène Pelletan, Scheurer-Kestner, ya mencionados, y, un poco más tarde, Eugène Protot, entonces joven abogado principiante, que durante la Comuna de París dirigió la Comisión de Justicia.

La censura imperial y la policía concentraron, pues, en una sola cárcel a una buena parte de los talentos literarios y políticos de la capital. Se constituyó una especie de cenáculo improvisado, pero muy capacitado, donde se confrontaban opiniones y experiencias.

No había, desde luego, homogeneidad política entre los presos. Sin embargo, tenían en común su odio al Imperio y un prejuicio favorable hacia la república. Esto no resultaba anodino durante los diez últimos años del reinado de Luis Napoleón, porque en esa época los republicanos formaban mucho más que una oposición política. Desde el punto de vista filosófico, eran volterianos o materialistas integrales que se inspiraban en los escritos de d'Holbach o de Diderot. Algunos, decepcionados por el positivismo, se lanzaron incluso al materialismo [53].

[52] Georges Suárez, *Clemenceau*, París, 1932, I, pp. 65-76.

[53] I. Tchernoff, *Le Parti républicain au coup d'Etat et sous le Second Empire*, París, 1906, pp. 300 ss.

Blanqui salía progresivamente de su retiro. Algunos estudiantes e incluso obreros gravitaban a su alrededor. Aunque encerrado, tenía simpatizantes que le hacían llegar los libros, las noticias, las ideas que circulaban en la Universidad: un poco de aire del exterior.

La moral de Blanqui mejoraba. Pero persistían sus sufrimientos físicos: el 12 de marzo de 1864 fue trasladado al hospital Necker, en la calle de Sèvres, donde permaneció cerca de año y medio. Para que no se relajara la vigilancia, un policía se instaló como enfermo en una habitación cercana. Los visitantes afluían: entre otros, sus hermanas, Cazavan, su compañero en el intento de fuga de Belle-Ile, y los que había adoctrinado en Sainte-Pélagie. Frecuentemente venían acompañados de hombres muy jóvenes, como los hermanos Léonce y Edmond Levraud, el uno estudiante de medicina, el otro dedicado a los negocios; Charles-Victor Jaclard, que encontraba en los estudios de medicina una pobre salida para su energía, y Charles Longuet, el redactor jefe de *Ecoles de France* que apareció poco antes de que Blanqui fuera trasladado a Necker [54]. Longuet tenía entonces veinticuatro años, y era abogado, periodista, proudhoniano y materialista. Una prueba de la ausencia de barreras formales entre las diferentes fracciones fue la publicación de los artículos de Tridon sobre los hebertistas [55], a pesar del eclecticismo de las opiniones de Longuet acerca de la gran Revolución; por ejemplo, condenaba el dogma del Ser Supremo y el culto de la Razón.

La llegada de Longuet y de Tridon a la cabecera del enfermo orientaba la discusión hacia los problemas del periodismo de izquierda, porque los dos eran fundadores y redactores jefe de periódicos radicales. Longuet no fue nunca blanquista, pero sentía estima por el «viejo», y prestaba mucha atención a sus observaciones políticas. Tras extinguir una pena de prisión por la publicación ilegal de las *Ecoles*, lanzó otro semanario, menos efímero y más célebre. Se titulaba *La Rive Gauche*, y poseía un equipo de jóvenes y brillantes periodistas del que formaban parte Paul Lafargue, estudiante de medicina, que lle-

[54] Geffroy, *op. cit.*, p. 250. *Les Ecoles de France* tuvieron 16 números, del 31 de enero de 1864 al 15 de mayo de 1864. Queremos expresar aquí a Claude Perrot y a Léon Centner nuestro agradecimiento por haber tenido a bien verificar estas informaciones. Longuet y el impresor fueron procesados y condenados a multas y a penas de prisión. (*Gazette des tribunaux*, 12 de junio de 1864).

[55] *Les Ecoles de France*, 3 de abril y 8 de mayo de 1864.

garía a ser su cuñado; L. A. Rogeard, panfletario virulento, y César de Paepe, que sería más tarde una de las figuras más sobresalientes del socialismo belga [56]. A finales del mes de marzo de 1865 Longuet fue condenado nuevamente por publicar los *Propos de Labienus*, de Rogeard, que, para la policía belga, era uno de los más espantosos folletos contra el Imperio. El estilo elegante de su redacción le hacía todavía más devastador [57]. La primera edición se agotó en dos horas [58], y de la segunda se incautó la policía [59]. Fue tan sensible el perjuicio causado al emperador, que se llegó a reclutar plumas mercenarias para responder [60]. Longuet y Rogeard tuvieron que refugiarse con su semanario en Bélgica, de donde se les expulsó, por cierto, cuatro meses más tarde, bajo la presión del gobierno francés. La medida de expulsión provocó una vigorosa campaña de protesta en la prensa belga [61].

La Rive Gauche tenía una orientación proudhoniana. Lo cual no excluía en modo alguno la publicación de artículos de Lafargue sobre la teoría marxista, ligeramente impregnados de proudhonismo, de César de Paepe sobre su propio ideal de colectivismo, o incluso de Marx, como su «Adresse inaugurale» [62]. Porque el semanario de Longuet se aproximaba cada vez más a la Primera Internacional, lo que le distinguía del *Candide* blanquista.

El título de este segundo periódico, tomado de Voltaire, resumía su programa. Se trataba, ante todo, de un programa filosófico en el sentido del siglo XVIII, es decir, de una crítica de la religión. Pero no cabía equivocarse sobre los supuestos políticos de este ataque a la Iglesia. Blanqui era el director invisible de *Candide*, y Tridon su testaferro. Este, de veinticuatro años de edad cuando se publicó el primer número, parecía ya

[56] *La Rive gauche, journal littéraire et philosophique*, apareció del 20 de noviembre de 1864 al 5 de agosto de 1866.

[57] Archivos del reino, Bruselas, expediente 191,021.

[58] Wladimir Martel, *Mes entretiens avec Granger*, París, 1938, p. 91.

[59] Archivos Nacionales, BB 18-1710, A 4-2599. El libelo fue traducido al alemán y al italiano. Se vendieron ediciones piratas en Bélgica.

[60] Véase, por ejemplo, Fortuné Roustan, *L'Anti-Labienus: plus de loi de sûreté générale, juste appréciation de l'empereur Napoléon III*, París, 1865.

[61] Entre los periódicos que protestaron se contaban *L'Echo de Verviers*, 15 de septiembre de 1865; *La Liberté*, 17 de septiembre de 1865; *Le Précurseur*, 18 de septiembre de 1865; *La Gazette belge*, 20 de septiembre de 1865; *L'Echo de Liège*, 21 de septiembre de 1865. Véanse los Archivos del Reino, Bruselas, expedientes 191,021 y 191,733.

[62] Núm. 24, 17 de junio de 1866.

un verdadero moribundo [63]. Tridon era el alma del movimiento blanquista; estaba siempre dispuesto a redactar y a colaborar en cualquier periódico efímero, a abrir su bolsa para financiar su publicación, a compartir, llegado el momento, las desgraciadas consecuencias de conspiraciones y maniobras y a defender al pie de la letra los principios del jefe. Murió en agosto de 1871 en Bélgica, donde se había refugiado tras participar en la Comuna.

Candide pudo fundarse gracias al apoyo financiero del doctor Lacambre [64]. Apareció, en forma bisemanal, cuando Blanqui se encontraba todavía hospitalizado. Costaba cinco céntimos, lo cual probablemente explica su tirada relativamente importante de 10.000 ejemplares a partir del tercer número [65]. El comité de redacción se componía en su totalidad de blanquistas e incluía al mismo «viejo», que firmaba con el seudónimo de Suzamel, formado con los nombres de su mujer. Formaban parte también del equipo E. Villeneuve, estudiante de medicina; el barón de Ponnat, erudito y ateo feroz; Edouard Losson, mezcla de proudhoniano y blanquista, así como el doctor Louis Watteau. Los artículos de Blanqui en *Candide* constituían una declaración de guerra contra la Providencia. Volveremos sobre ellos cuando estudiemos el programa del partido blanquista. Otros colaboradores se interesaban por la historia, más concretamente por la de la Revolución francesa. Losson abogó en particular en favor de Anacharsis Cloots, cuyo panegírico había realizado Georges Avenel [66], y por los hebertistas, exaltados un año antes por Tridon [67]. Y en la línea de lo que Blanqui había hecho con anterioridad por la glorificación de los apóstoles del progreso, Tridon aclamó a los «Mártires de la Humanidad», que contribuyeron a su desarrollo con su pensamiento o con su acción. La composición de este martirologio concordaba perfectamente con la antirreligión de *Candide*.

[63] Se proporciona una breve descripción en un expediente de policía. Archivos de la prefectura de policía, París, B.ª 1.287, expediente Tridon.

[64] Véase M. Dommanget, *Blanqui et l'opposition...*, pp. 90 ss.

[65] Esta cantidad comprende los 630 suscritores. Hubo ocho números, respectivamente fechados, el primero y el último, el 3 y 27 de mayo de 1865. Las informaciones sobre la tirada fueron proporcionadas por Tridon en su proceso en 1867 (*Procès de la société secrète*, 1867). Paul Lafargue habla de 15.000 ejemplares; véase *La Rive gauche*, 1 de julio de 1866.

[66] *Anacharsis Cloots, l'orateur du genre humain*, París, 1866, 2 volúmenes.

[67] En *Les Hébertistes*, París, 1864.

El gobierno toleró la existencia del periódico durante ocho números. Suponía mucho más de lo esperado. Aunque se abstuvo de atacar directamente al régimen, fue prohibido. Y los redactores, procesados por tres razones: no habían depositado la caución reglamentaria y habían atentado contra la moral pública y las creencias religiosas. Un delito aún más grave que se silenció, sin embargo, consistió en haber puesto en ebullición al Barrio Latino. Como había blanquistas en el caso, la policía llegó a la conclusión de que *Candide* encubría una sociedad secreta. El editor y tres periodistas fueron condenados a multas y penas de prisión. La condena de Tridon resultó la más dura [68].

La policía tenía razón en el sentido de que el periódico representaba una manifestación de la nueva actividad clandestina de la que Blanqui constituía el centro neurálgico. Desde 1864 se formó un partido en torno a él. En el momento en que abandonó el hospital Necker, podía pretender con razón haber formado un núcleo de gentes seguras.

La próxima liberación de Blanqui causaba cierta preocupación entre sus amigos. Nada impedía que, de nuevo, se le arrestara y deportara. En realidad, la ley lo permitía en nombre de la seguridad pública. En esas condiciones, se imponía la evasión. Resulta inútil entrar en el detalle de los preparativos: no es preciso decir que todo resultó limpiamente ejecutado gracias a los esfuerzos conjugados de abnegados discípulos. Blanqui se cortó el pelo y la barba; se puso una larga peluca rubia rizada y un sombrero flexible. A las tres de la tarde del domingo 27 de agosto de 1865 cada uno se hallaba en su puesto. Totalmente tapado por el círculo que sus amigos formaban a su alrededor, salió del hospital con el grueso de los visitantes. A las doce de la noche del mismo día llegaba a Bruselas a casa de Watteau.

Antes de subir al tren hizo enviar a la prensa una carta abierta, al parecer, para justificarse de un acto que ninguno de sus partidarios pensaba censurarle [69]. Después de condenar la arbitrariedad del Tribunal de Apelación, explicaba que en realidad había pasado en la cárcel seis meses más de lo previsto en la sentencia. Si el objeto de la carta era denunciar la justicia imperial, es posible que alcanzara su objetivo. La prensa más importante la publicó, al menos en forma de extractos.

[68] *Gazette des tribunaux*, 19 de agosto y 15 de septiembre de 1865. *Procès de Candide*, Bruselas, s.f. El ejemplar de la Biblioteca Nacional de París perteneció al barón de Ponnat.

[69] *La Rive gauche* del 3 de septiembre de 1865 reprodujo la carta en su totalidad. Los periódicos importantes publicaron extractos.

16. EL ASCENSO DE LA OPOSICION

Los años 1860 fueron años de dificultades para Napoleón III. Los problemas interiores e internacionales que hubo de afrontar pusieron a ruda prueba su habilidad. Esos problemas, por otra parte, acabaron por vencerle. Pero los historiadores deben reconocer su ingenio. Napoleón III tenía el don de hacer las concesiones en el momento oportuno, por mínimas y provisionales que fuesen, pero al actuar así solamente retrasaba su caída. A pesar de disponer de todos los poderes, se encontró finalmente sobrepasado por las fuerzas de destrucción.

Si esos problemas hubiesen sido simples cuestiones francesas, el emperador habría podido, sin duda, limitar sus funestos efectos. Desgraciadamente, se encontraban ligados de una forma o de otra a los asuntos exteriores. Para satisfacer su violento deseo de prestigio —quería hacer olvidar la manera sórdida en que había accedido al poder— y para intentar asegurarse el apoyo de la Iglesia católica, se lanzó a la costosa e inútil guerra de Crimea. Por otra parte, se enajenó las simpatías católicas al ayudar a Cerdeña en su guerra contra Austria. La actitud que exhibía de paladín coronado de los movimientos de liberación nacional era completamente artificial. Lo demostró primero su aventura mejicana, y después su calculada lentitud para adherirse a la causa de los polacos insurrectos. Y sus pretensiones de liberalismo se resintieron mucho con el apoyo prestado a los esclavistas americanos, en favor de los cuales estaba dispuesto a intervenir.

Una serie de acontecimientos disminuyó su prestigio tanto en el extranjero como en Francia. La guerra austro-prusiana de 1866 terminó rápidamente con una derrota aplastante de Austria y no resultó larga ni agotadora como había pensado. Pudo entonces observar el ascenso de una Prusia engrandecida y vigorosa, que desafiaba a la potencia francesa, mientras que él se vio tratado con aspereza e incluso humillado cuando intentó, como compensación, anexionarse Bélgica, Luxemburgo y

algunos territorios de la ribera izquierda del Rhin. Al mismo tiempo, los Estados Unidos le obligaron a retirar sus tropas de Méjico. Además de abandonar a su hombre de paja, el emperador Maximiliano —que, habiéndose negado a abdicar, fue finalmente ejecutado por los mejicanos—, provocó el descontento entre cerca de 300.000 franceses poseedores de obligaciones mejicanas, sobre todo cuando se supo que agentes oficiales habían hecho subir su cotización [1]. En octubre de 1867 ultrajó el sentimiento liberal francés al desembarcar tropas en Civita Vecchia con el objetivo de mantener la autoridad del Papa en su territorio. Los parisienses mostraron su descontento con una manifestación numerosa ante la tumba del héroe italiano Daniele Manin. Se atribuyó una especial importancia a la presencia, en esta manifestación, de la sección parisiense de la Primera Internacional.

La Francia de los años 1860 a 1870 tenía una mayoría de población rural [2]. Pero las crecientes exigencias de la industria arrancaban regularmente mano de obra a las granjas. A pesar de que gran parte de ésta era temporera, tendía a establecerse en las comunidades urbanas. Anteriormente, mostramos que el nivel de vida bajaba. Las crisis económicas se volvían más frecuentes; los horarios de trabajo resultaban largos. Y la práctica de someter a los obreros a sus patronos se desarrollaba, primero, con el pago en especie, y, además, con la utilización de la libreta, es decir, una cartilla de cuentas que firmaba el patrono anterior y en la que certificaba que el obrero había liquidado sus deudas y sus obligaciones antes de marcharse [3].

La oposición de los trabajadores franceses al régimen no dejó de aumentar durante los diez años que estudiamos. Poseemos testimonios que corroboran las advertencias de los prefectos y muestran que esta oposición degeneraba en rebelión abierta. Por ello, no se escatimó ningún esfuerzo para ganar el apoyo de los trabajadores, a falta de su confianza. Ayudado por un equipo de obreros bien adiestrados y bien pagados, el gobierno subvencionó una serie de opúsculos con el objetivo de convencer a las masas de trabajadores de que el emperador

[1] Louis Bellet, *La Vérité sur les obligations mexicaines*, París, 1867; y también (anónimo) *Pas de guerre*, París, 1868, p. 9.

[2] Más del 70 por 100 de la población vivía en el campo en 1860. Este porcentaje disminuyó para no alcanzar más que el 67,6 por 100 durante los diez años siguientes.

[3] Con respecto a la libreta, cf. mi obra, *The Beginnings of Marxian Socialism in France*, Nueva York, 1965, 2.ª ed., p. 189, nota 4; J. P. Héligon, *Le Mouvement ouvrier de 1848 à 1870*, París, 1880, pp. 7 ss.

era su mejor amigo, y no la oposición, cuyos jefes los despreciaban o tenían ambiciones políticas, o querían imitar a Marat y a «las víboras comunistas»[4]. El emperador pagó, además, parte de los gastos de los delegados de los trabajadores a la exposición de Londres de 1862, donde se enteraron de que las condiciones de trabajo de los obreros británicos resultaban mejores que las suyas; concedió un estatuto semilegal a las asociaciones obreras y otorgó una subvención a las cooperativas. No es posible valorar los efectos de su intento de seducción sobre los obreros. Pero se puede razonablemente afirmar que muchos le consideraban su bienhechor. Otros, sin embargo, desconfiaban y preferían valerse por sí mismos. Inspirados por los movimientos de liberación que se extendían desde la Rusia de los zares a los Estados Unidos, se organizaron, declararon huelgas para obtener el aumento de su nivel de vida, y respondieron incluso —muy tímidamente, es cierto— a los llamamientos a la acción política independiente, rara en la clase obrera desde el golpe de Estado de 1851. Se necesitó mucho tiempo para poner en movimiento este tipo de actividad, pero una vez desencadenada, nada podía obstaculizarla, salvo la brutalidad. Desde 1864, fecha de la modificación de la ley contra los sindicatos, hasta la guerra franco-prusiana de 1870, los trabajadores franceses se hicieron lo suficientemente activos e incluso agresivos como para inquietar a los altos funcionarios de la administración imperial. Y no solamente los obreros especializados se sindicaron e hicieron huelgas. La oleada de huelgas, que comenzó en 1865 y se amplió durante los cinco años siguientes[5], parecía el preludio de una revolución, al menos para los que se encontraban al frente del gobierno. Muy preocupados por la Primera Internacional, la acusaron de haber impulsado el movimiento huelguístico para poner a prueba la fuerza del régimen. Las autoridades pensaban que Francia se hallaba a punto de verse abrasada por una llama revolucionaria, que podría arrastrar a Europa. Los gobiernos de otros países compartían esa convicción. Tal convencimiento, analizado a la luz de los acontecimientos posteriores, sugiere la idea de que los partidos en el poder pudieron perfectamente adelantar el desencadenamiento de la guerra franco-prusiana con el fin

[4] La serie de esos opúsculos tenía como título general, *Brochures ouvrières*.

[5] Con respecto al movimiento huelguístico, es provechoso consultar en los Archivos Nacionales las carpetas F. 12-4651 y 4652.

de prevenir lo que, según ellos, implicaba la preparación de una revolución internacional.

Semejante temor muestra claramente que los grandes dirigentes de la política francesa habían perdido la confianza y que la diplomacia de Napoleón fue lo bastante imprudente como para desalentar incluso a sus más fervorosos partidarios. El emperador había aislado a la nación, como escribió un periodista coetáneo. «Hemos abandonado a Polonia y a Dinamarca, disgustado a Italia, ofendido a Inglaterra, irritado a los Estados Unidos por nuestra triste expedición a Méjico, y nos quedamos solos con Roma y España, dos cadáveres» [6]. Para los observadores franceses, la situación internacional difícilmente podía ser más sombría: se trataba de una paz armada con todo lo que esto conlleva en cuanto a inseguridad. En los negocios reinaba el marasmo; la Bolsa fluctuaba. El fiscal general de Amiens informaba acerca del malestar que persistía en el mundo de los negocios [7]. Informes semejantes emanaban de Burdeos, Aix, Marsella, Rouen, Nancy y, en realidad, de casi todas las grandes ciudades [8]. Esta acumulación de testimonios demostraba que el Imperio había puesto a muy ruda prueba la confianza de sus partidarios. *Le Réveil* [9] constataba el desaliento de personas más o menos cercanas al mundo oficial. Tres meses antes este periódico hacía notar que servir al régimen implicaba un peligro para las ambiciones [10].

El clima general favorecía el ascenso del republicanismo. Los resultados de las dos elecciones parlamentarias de los años 1860 constituían un indicio y mostraban claramente una tendencia antiimperial. En 1863, alrededor del 25 por 100 de los electores votaron contra el Imperio, y en 1869 el porcentaje se aproximó al 40 [11]. Aunque estas cifras engloban, naturalmente, los votos monárquicos, en su mayoría eran republicanos. Y la misma importancia tenía el desarrollo de la prensa republicana y radical bajo el ojo vigilante de los censores. Ya hemos mencionado periódicos del Barrio Latino tales como *La Rive*

[6] *Phare de la Loire*, 18 de junio de 1868.

[7] Archivos Nacionales, BB 30-371, informe del 8 de abril de 1867.

[8] Archivos Nacionales, BB 30-374, informes del 12 de abril de 1867 y del 1 de enero de 1868; BB 30-389. Tribunal de Aix, informes del 16 de enero de 1869 y del 11 de febrero de 1869; BB 30-381, informe del 20 de octubre de 1866.

[9] 17 de abril de 1869.

[10] 16 de enero de 1869.

[11] Para el análisis de las elecciones de 1869, véase Louis Gérard, *Les Elections de 1869*, París, 1960, «Bibliothèque de la révolution de 1848», XXI.

Gauche y *Candide*. Si no hubiesen atacado a Dios y al emperador, quizá hubieran durado más. Esto se aplica también a su colega *Le Courrier français*, que, primero semanario, se transformó en diario en 1866, bajo la dirección de Vermorel. Después del relajamiento de la censura en 1868 aparecieron importantes periódicos republicanos y socialistas tanto en la capital como en otras grandes ciudades [12]. Todos ellos dedicaban columnas a los problemas laborales y a las relaciones de los obreros con la Asociación Internacional de Trabajadores. Sin esto, mucha gente acaso no habría conocido las actividades de dicha organización.

Para no recargar la narración, pasaremos por alto la guerra de panfletos entre los defensores y los adversarios del Segundo Imperio. El prestigio del emperador quedó sin duda mermado por las octavillas de Rogeard y el semanario de Henri de Rochefort, *La Lanterne*, cuya tirada, al parecer, aumentó hasta sobrepasar ampliamente los 150.000 ejemplares, a pesar de la excepcional vigilancia para prohibir su paso de Bélgica a Francia [13]. El renacimiento de la filosofía materialista durante los años 1860 y el renovado interés por la Revolución francesa se sitúan mejor en la óptica de nuestro estudio.

ESCEPTICISMO Y MATERIALISMO

En 1856, Tocqueville formuló tres preguntas: «¿A qué francés se le ocurriría hoy escribir los libros de Diderot y de Helvétius? ¿Quién querría leerlos? Diría, casi, ¿quién conoce los títulos?» He aquí su respuesta: «La experiencia incompleta de la vida pública que hemos adquirido desde hace sesenta años ha bastado para hastiarnos de esta peligrosa literatura. Ved cómo el respeto hacia la religión ha recuperado gradualmente su imperio en las diferentes clases de la nación, a medida que cada una de ellas adquiría esta experiencia, en la dura escuela de las revoluciones.» Tomaba sus ejemplos de la historia moderna y contemporánea de Francia: «La antigua nobleza, que era la clase más irreligiosa antes del 89, se transformó en la más fervorosa después del 93; golpeada la primera, se convirtió la primera. Cuando la burguesía se sintió ella mis-

[12] En París, los más conocidos eran *Le Rappel*, *Le Réveil* y *La Marseillaise*. El primero era republicano radical, el segundo neojacobino, el tercero socialista. Toulouse tenía *L'Emancipation;* Marsella, *Le Peuple;* Dijon, *Le Progrès de la Côte-d'Or*.

[13] Camille Ducray, Henri Rochefort, París, 1913, caps. VII-VIII.

ma atacada en su triunfo, se la vio acercarse a su vez a las creencias. Poco a poco el respeto por la religión penetró en todos los lugares donde los hombres tenían algo que perder con el desorden popular, y la incredulidad desapareció o, al menos, se escondió, a medida que se dejaba ver el miedo a las revoluciones» [14].

Estas preguntas y respuestas resultaban perfectamente válidas para los diez primeros años del Imperio, pero la historia les quitó todo fundamento durante los diez siguientes. Los publicistas, al igual que los funcionarios, manifestaban la difusión regular de la incredulidad. Corbon observó este fenómeno en sus encuestas sobre las condiciones físicas y psicológicas de los obreros parisienses [15]. Y los fiscales generales leían en los informes de sus subordinados que la incredulidad se propagaba en otros sectores sociales [16]. El historiador Georges Renard recordaba que unos estudiantes de la Escuela Normal manifestaron su descontento contra la obligación de ir a misa, presentándose en la capilla descuidadamente vestidos, con un volumen de Voltaire o un ejemplar de Lucrecio en la mano [17]. Esta ofensiva antirreligiosa se explicaba por numerosas razones, de las que expondremos dos. Primeramente, dado que el Estado y la Iglesia estaban aliados, todo lo que atacaba a uno hería indefectiblemente al otro. El resultado era la intransigencia y la intolerancia contra todas las tendencias espirituales, incluso el deísmo so pretexto de que dejaba una puerta abierta por la cual podría entrar la religión. En segundo lugar, el desarrollo muy rápido de la tecnología y los triunfos de la ciencia descubrían regiones hasta entonces oscuras e inexploradas. Los estudiantes franceses, cuenta Paul Lafargue, leían traducciones de los materialistas alemanes, obras de socialistas utópicos, literatura positivista y libros sobre ciencia [18]. El éxito del *Origen de las especies,* de Darwin, en Francia, donde se reeditó la obra tres veces en ocho años, constituye un índice seguro de la fuerza de la corriente científica durante los años 1860 a 1870. Georges Avenel dice que Auguste Comte alentaba a la nueva generación republicana a proseguir la investigación

[14] *Oeuvres complètes,* París, 1866, IV, p. 227.
[15] *Op. cit.,* pp. 302-303.
[16] Archivos Nacionales, BB 30-371, 6 de julio de 1868, BB 30-384, 14 de noviembre de 1864 y 16 de agosto de 1867.
[17] «L'Ecole normale supérieure, 1867-1871», *Revue bleue,* 20 de enero de 1920, p. 8.
[18] *La Rive gauche,* 1 de julio de 1866.

científica [19]. Si Tocqueville hubiera vivido durante el segundo decenio del Segundo Imperio, acaso habría cambiado de manera radical el sentido de las preguntas que había planteado. En efecto, los libros de d'Holbach, Diderot y d'Alembert, en formato popular, conocían una difusión suficiente, gracias a las pequeñas bibliotecas circulantes, para despertar la atención del ministro del Interior. Por consiguiente, ordenó a sus subordinados que arrancaran esta cizaña [20].

LA HISTORIOGRAFIA REVOLUCIONARIA

Se extendió la vigilancia a las publicaciones relativas a la Revolución francesa, que inspiraba casi tanto a los historiadores durante el Segundo Imperio como bajo la monarquía de Orléans. Incluso teniendo en cuenta las normas contemporáneas de objetividad, un cierto número de estudios históricos de los años 1860, a pesar de su tendencia a la profesión de fe, conservan un lugar relativamente eminente en las bibliografías revolucionarias. Los grandes frescos de Michelet y de Louis Blanc, comenzados en los años 1840 y acabados varios años más tarde, manifestaban brillantemente el interés y atracción suscitados por la Revolución. Otros ejemplos notables: el *Marat* de Alfred Bougeart, que un crítico moderno ha calificado de la «mejor biografía jamás escrita» [21]; el *Robespierre* de Ernest Hamel [22], así como cierto número de historias de la Revolución, que conocieron muy rápidamente varias ediciones [23]. La rapidez con

[19] *Lundis révolutionnaires*, París, 1875, p. 237.

[20] Hemos visto copias de circulares en los Archivos del Departamento de Bouches-du-Rhône, M6, legajo 163. Los títulos de cierto número de conferencias públicas, publicadas por *La Pensée nouvelle* del 2 de junio de 1867, son extremadamente significativos: «Relaciones de la teoría de Darwin con el materialismo y la filosofía materialista»; «El materialismo de la Antigüedad»; «Sobre el período cristiano y el renacimiento científico en el siglo XV»; «El materialismo moderno: Pomponazzi, Bruno, Bacon, Descartes, Gassendi, Hobbes, Locke, Collins, Bayle, Toland»; «El sistema de la naturaleza»; «Los enciclopedistas, Diderot, d'Alembert, Condillac, Cabanis, Helvétius»; «Hume, Gibbon, Priestley»; «El materialismo en el siglo XIX».

[21] Louis R. Gottschalk, *Jean-Paul Marat, A. Study in Radicalism*, Nueva York, 1927, p. 210; Alfred Bougeart, *Marat, l'ami du peuple*, París, 1865, 2 vol.

[22] Ernest Hamel, *Histoire de Robespierre*, París, 1865-1867, 3 vol.

[23] *La Révolution*, París, 1865, 2 vol., de Edgar Quinet estaba en su sexta edición en 1869; *Les Derniers Montagnards. Histoire de l'insurrection de Prairial an III*, París, 1867, de Jules Claretie, conoció una tercera edición en 1869.

que estos libros se agotaban demuestra la influencia que ejercía la tradición revolucionaria. Dos nuevas ediciones de la *Histoire de la Révolution*, de Michelet, en seis volúmenes, se vendieron en poco más de dos años; y más impresionantes todavía resultan las siete reediciones, en 1868, de su obra sobre la Montaña [24]. Esta enorme producción reflejaba claramente el aumento de la oposición al Imperio.

Los censores se mostraban tan intolerantes con los escritos históricos como con los escritos filosóficos. Bougeart y su editor fueron multados y encarcelados [25]. Hamel se libró de esas penas, porque el fiscal general no logró descubrir en su largo libro el menor pasaje delictivo [26]. Un examen atento, línea tras línea, del libro *Les Hébertistes*, de Tridon, no permitió encontrar razones importantes para procesarle [27]. Sin embargo, la exposición de la teoría revolucionaria en la introducción motivó una actuación judicial, y a Tridon se le impuso una multa de 100 francos y una condena de cuatro meses de prisión [28].

HEBERT CONTRA ROBESPIERRE

El fiscal general ignoraba que la introducción había sido escrita por Blanqui [29]. En efecto, se guardó tan bien el secreto que sus propios discípulos no debían saberlo. Quizá merezca la pena repetir que el libro *Les Hébertistes* se publicó varios meses después del traslado de Blanqui al hospital Necker, es decir, en una época en que su partido se encontraba aún en la primera fase de su formación. El opúsculo formulaba su doctrina republicana, la cual le diferenciaba del resto de la oposición.

[24] Entre las reediciones importantes se encuentra la edición popular de Arthur Ranc, sin el suplemento documental, de *La Conspiration pour l'égalité dite de Babeuf*, de Buonarroti, y la edición revisada del libro *De l'Allemagne*, de Heine, en el que apareció la célebre comparación entre Kant y Robespierre y la idea de que la Revolución francesa constituía el punto culminante del inmenso movimiento emprendido por la Reforma alemana. Aquí puede incluirse también la traducción en 1859 de la obra de Johann Fichte, *Beitrag zur Berichtigung der Urtheile des Publikums über die französische Revolution.*

[25] Archivos Nacionales, BB 18-1710, A4-2566; *Gazette des tribunaux*, 1 y 8 de julio de 1865.

[26] Archivos Nacionales, BB 18-1732, A 4-4777.

[27] Archivos Nacionales, BB 18-1715, expediente 3136.

[28] *Gazette des tribunaux*, 12 de agosto y 15 de septiembre de 1865.

[29] El texto original se encuentra en los Mss. Blanqui, 9590 (2), f. 438-447.

En efecto, las facciones republicanas habían tomado partido por los girondinos o los *montagnards*, por Danton, Robespierre o Marat. En cambio, Blanqui y sus discípulos se consideraban los sucesores de los hebertistas, es decir, los miembros de la izquierda jacobina, que tomaron su nombre del periodista popopular Jacques-René Hébert. Sólo ellos, según la doctrina de Blanqui, representaban la conciencia y el corazón de la Revolución. Eran los verdaderos apóstoles de la razón y de la ciencia, los defensores de la plebe, los valientes paladines de la igualdad, de la fraternidad y del ateísmo. En el sentido en que lo entendía Blanqui, el hebertismo constituía el conjunto de los principios del partido más avanzado de 1793.

Las investigaciones modernas no han permitido probar el fundamento de esta afirmación. Resulta imposible conceder al hebertismo y a sus jefes las cualidades supremas que los discípulos de Blanqui les atribuían. Existe una coincidencia general en reconocer que Hébert se hacía eco de las necesidades y aspiraciones de los *sans-culottes* en la miseria. Pero, como ha observado recientemente un relevante historiador [30], no se trataba de un teórico. Y, en cuanto al programa de su partido, no era muy avanzado. Contrariamente a lo que creía Blanqui, los hebertistas tenían generalmente ideas moderadas sobre el problema de la propiedad, y sus más extremadas exigencias económicas no llegaron nunca a las que presentaba *L'Enragé*, Jacques Roux. Y, por último, en lo que respecta al importante problema de la religión resultaba difícil, como ha hecho notar Albert Mathiez [31], distinguirlos de los demás *montagnards*.

¿Por qué los blanquistas consideraban a los hebertistas como sus precursores hasta el punto de proclamarlos mártires del progreso? El pequeño libro de Tridon no proporciona una respuesta completamente satisfactoria, a no ser que se considere su antirrobespierrismo virulento como un indicio. Pero, como mostraremos después, la hostilidad hacia el jefe jacobino estaba ligada también a la filosofía materialista de Blanqui. En realidad, la respuesta no puede apoyarse sobre testimonios sólidos. La actitud de los blanquistas no tiene justificación histórica, ni motivación teórica. Su raíz principal proviene del clima pasional creado durante la tercera revolución francesa. Blanqui salió de ella extremadamente calumniado y decepcionado. Regresó a París en febrero de 1848 en alas de la esperanza. Cuatro

[30] Albert Soboul, *Les Sans-Culottes parisiens en l'an II*, París, 1958, página 470.

[31] *Revue bimensuelle des cours et conférences*, 1914, núm. 10, p. 175.

meses más tarde se encontró de nuevo en la cárcel, meditando sobre la derrota de la Revolución. Una mirada retrospectiva sobre los acontecimientos le permitió relacionarlos con sus enemigos más feroces, los amigos de Ledru-Rollin, los íntimos de Barbès, los guardianes de las reliquias jacobinas. Habían engañado a las masas antes de desviarlas de la Revolución, aunque permanecieron agarrados a los faldones de Robespierre. «Ha sido el presente el que me ha revelado el pasado», decía Blanqui en la introducción del libro *Les Hébertistes* [32]. La analogía le parecía evidente. Los neojacobinos habían repetido en 1848 el papel desempeñado por sus antepasados en 1793 y 1794. Y en ambas ocasiones sus víctimas fueron los abnegados defensores del pueblo: los hebertistas en la primera revolución, los blanquistas en la tercera. La caída de los dos partidos suprimió el obstáculo mayor para el retorno de las fuerzas retrógradas. De ahí nacería la afinidad entre los dos partidos vencidos.

Volvamos al pequeño libro de Tridon. Comprendía tres partes: la introducción de Blanqui, los dos artículos de Tridon tomados de las *Ecoles de France,* y extractos bastante amplios del *Père Duchesne,* de Hébert. No tenía en cuenta a los obreros y carecía de sustancia para los intelectuales. No se trataba de un libro de historia, sino de un panegírico. Su mejor cualidad era de orden estilístico. El contenido resultaba una mezcla de ideas que Tridon había tomado de su maestro, ideas tan falsas como sus héroes. Lo que decía de los girondinos puede muy bien aplicarse a ese pequeño libro y a sus demás escritos: «Más brillantes que sólidos, más presuntuosos que profundos» [33].

Les Hébertistes merece el olvido en el que ha caído. Ciertamente, no resultó un éxito de librería. Y la publicación no suscitó tanta pasión como un adorador de Blanqui quiere hacernos creer [34]. Su tirada fue relativamente limitada, y, sin duda, un gran número de ejemplares fue regalado. Sin la ayuda de los discípulos, quizá la venta hubiera sido más lenta todavía. Sus exageradas afirmaciones y su tono chirriante contribuyeron, sin duda alguna, a la poca audiencia que encontró. El doctor Watteau confesó a Blanqui que el libro disgustaba a sus partidarios extranjeros de Bruselas. Hizo todo lo que pudo para que se vendiera, dejando pilas enteras en depósito en las li-

[32] *Les Hébertistes,* 1871, 2.ª edición, p. 8.

[33] Gustave Tridon, *Oeuvres diverses,* París, 1891, p. 123. Se trata de una colección póstuma de ensayos. Pasamos por alto *Du molochisme juif,* Bruselas, 1884, ensayo de un antisemitismo insensato.

[34] M. Dommanget, *Blanqui et l'opposition révolutionnaire,* pp. 78 ss.

brerías; a petición de Blanqui, envió un ejemplar a Pyat y otro a Marx [35]. No parece haberle sido transmitida la opinión de este último. Engels lo leyó aproximadamente cinco años más tarde, pero no pudo experimentar el menor entusiasmo. En realidad, encontraba ridículo pensar que la dictadura de París sobre Francia, que causó la derrota de la primera revolución, podía reproducirse y proporcionar mejores resultados [36].

El antirrobespierrismo era la idea dominante del libro de Tridon. Recordemos que en los años 1830 Blanqui colocaba a Robespierre en el firmamento de los personajes históricos que habían caído combatiendo por los oprimidos. Pero 1848 provocó un cambio radical de actitud hacia el jefe jacobino. Ya hemos dicho que la aversión de Blanqui por Ledru-Rollin se dirigió en el momento oportuno contra todos sus contemporáneos y todos sus predecesores. Por ello, a finales de 1848, Robespierre quedó tachado en la lista de los ídolos revolucionarios, aunque todavía no se le tirara por los suelos. Ya no ocurrió lo mismo después de la estancia de Blanqui en la cárcel de Doullens, donde su odio por el Gran Jacobino alcanzó un grado extremo. La lectura de la *Histoire des girondins*, de Lamartine, parece hacer dado a este odio su último aliento, hasta el punto de llegar a reprochar al autor su actitud equívoca hacia el jefe del Terror [37].

¿Cuáles eran las razones de la hostilidad de Blanqui hacia Robespierre? El psicoanálisis moderno podría explicarla por un recuerdo inconsciente: su padre estuvo a punto de morir durante la dictadura jacobina. El historiador puede atribuirla a la incompatibilidad del materialismo de Blanqui con el culto de Robespierre por el Ser Supremo. En los papeles póstumos de Blanqui se encuentran notas sobre Robespierre escritas durante los meses siguientes a su condena por el Tribunal Supremo de Bourges. Durante el Segundo Imperio, en el momento en que las interpretaciones de la Revolución constituían la piedra de toque de las posiciones políticas, esas observaciones se consideraron como el dogma de Blanqui. Ahí estriba su importancia. No enriquecían nada el estudio de Robespierre, ni de la Revolución, y Albert Mathiez tenía razón al negarles todo valor [38]. Resultaría inútil detenerse en ellas, a no ser para mostrar al-

[35] Mss. Blanqui, 9592 (2), f. 404 y 416.
[36] Marx-Engels, *Gesamtausgabe*, 3/IV, p. 203; véase también *Les Hébertistes*, p. 14.
[37] Mss. Blanqui, 9583, f. 201.
[38] Mathiez ha editado las notas de Blanqui, con refutaciones, en los *Annales historiques de la Révolution française*, 1928, V, pp. 305-321.

gunos de sus aspectos. Estaban tan cargadas de emoción, que si las hubiera difundido ampliamente su autor habría podido asestar un duro golpe a su joven partido y aislarlo. Mientras que convertía a los hebertistas en los combatientes más nobles y más calumniados contra la superstición, siguiendo el ejemplo de los filósofos materialistas, arrojaba sobre la cabeza de Robespierre calificativos del tipo de «sucesor de Torquemada», «Napoleón prematuro», «dictador contrarrevolucionario», «gran sacerdote» de «la Iglesia jacobina», y llegaba incluso a compararle al zar Nicolás. Y los discípulos de Comte habrían bailado de alegría si se hubiesen enterado de lo que inventó Blanqui para probar la integridad de Danton [39], del que eran celosos defensores. De hecho, el odio por Robespierre hizo de Blanqui y de Comte dos extraños compañeros de viaje, habida cuenta de que pocos contemporáneos se encontraban tan alejados el uno del otro en materia filosófica.

Según el código moral de Blanqui, lo que menos podía perdonarse a Robespierre era haber resucitado la fe en Dios gracias a la fiesta del Ser Supremo [40]. En efecto, el materialismo y el ateísmo constituían dos bases fundamentales de la doctrina del preso. Declaraba la guerra a lo sobrenatural porque «lo sobrenatural esclaviza, modifica y agarrota al naturalismo», sinónimo para él de materialismo, que «nos devuelve la dignidad, la actividad y la autonomía». En las relaciones sociales, observaba Blanqui, la religión se situaba al lado de los ricos y de los privilegiados. He ahí por qué estos últimos habían renunciado al escepticismo y al ateísmo para volver al redil. Habían descubierto que el materialismo ayudaba a las masas de manera asombrosa en su lucha contra la burguesía [41]. Sacaba la conclusión de que su victoria final se subordinaba al triunfo del materialismo sobre el idealismo. Los dos conflictos no formaban más que uno, no se podían separar. En realidad, en ocasiones se inclinaba a considerar primordial el combate contra la religión, al igual que los materialistas del siglo XVIII. «Hay que suprimir la miseria —escribía— y dar a los desheredados su parte de herencia en lugar de una falsa hipoteca sobre el otro mundo.» He ahí cómo concebía la relación entre la emancipación de los trabajadores y la liberación del hombre de lo sobrenatural. Proseguía: «Dios es un medio de gobierno, un protector para los privilegiados, un engaño para las multi-

[39] Mss. Blanqui, 9583, f. 175-195.

[40] Véase el artículo de Blanqui, «Notre morale», *Candide*, núm. 1, 3 de mayo de 1865.

[41] Mss. Blanqui, 9592 (1), f. 183 y 119.

tudes. Es el secreto de los odios contra el materialismo, de los terrores que inspira a los enemigos del pueblo. Lo que en él se insulta, lo que se quiere proscribir, es la doctrina de la liberación. Que los proletarios no lo olviden jamás y desconfíen profundamente de toda bandera en la que no se lea con nitidez la divisa: ateísmo, materialismo» [42].

Procediendo con la misma lógica, oponía materialismo e idealismo. El uno es el resultado de la ciencia; el otro, de la superstición. El primero considera la perfectibilidad de la humanidad como un proceso interminable; el segundo sitúa de nuevo la perfección de la humanidad en su cuna y considera todo movimiento hacia adelante como un paso que aproxima al abismo. De estas dos proposiciones contradictorias obtenía otras dos:

1. Mientras el espiritualismo anuncia la salvación sin que el hombre tenga que ocuparse de ella, el materialismo libera sus aptitudes para forjar por sí mismo su destino.

2. La moral, en lugar de ser fija y eterna, definida de una vez para siempre, cambia, varía, según la época y el lugar; por consiguiente, es más o menos progresista; sigue a los progresos del conocimiento. Basándose sobre estas dos antítesis, consideraba a los materialistas del siglo XVIII como «los más nobles caracteres, los mayores corazones de su época» [43].

Vistas en conjunto, las obras filosóficas de Blanqui recogían lo que habían dicho numerosos filósofos franceses del siglo anterior, aunque contenían algunas variaciones sobre los temas que éstos habían desarrollado. Primeramente, unía el materialismo al problema social. En segundo lugar, daba a sus argumentos un giro algo diferente porque el adversario había cambiado de táctica. Situado ante un desarrollo muy rápido de los conocimientos y un notable debilitamiento del sentimiento religioso [44], el clero intentaba realizar un matrimonio de conveniencia entre la fe y la ciencia. La tarea no resultaba fácil. Georges Rernard recordaba que en la Escuela Normal el pobre capellán, en el mayor de los apuros, tuvo que renunciar a una discusión al cabo de un cuarto de hora [45]. Por consiguiente, el objetivo de Blanqui era diferente del de sus precursores. Estos

[42] *Ibid.*, f. 121-122.

[43] *Ibid.*, f. 183, 241-249, 269-272, 282-283, 9592 (3), f. 73-75.

[44] Esto fue advertido por funcionarios del gobierno. Cf. por ejemplo los Archivos Nacionales, BB 30-371, Tribunal de Amiens, informe del 6 de julio de 1868. Véase también Georges Weill, *Histoire de l'idée laïque au XIXe siècle*, París, 1929, p. 192.

[45] *Op. cit.*, p. 8.

habían querido minar el terreno bajo la más sólida fortificación del antiguo régimen. En cuanto a él, deseaba prevenir a la nueva generación contra las pretensiones de los eclesiásticos que decían que los descubrimientos de la ciencia resultaban compatibles con la religión revelada. Tal era el objetivo de *Candide* [46].

Como observaron sus contemporáneos, era ahí donde radicaba la debilidad de su política. Le decían que ocuparse de los problemas sociales y religiosos suponía desviar la atención del problema esencial [47]. Al pensar que, en la jerarquía de los enemigos, la religión se mostraba mucho más temible que el cesarismo y el capitalismo porque era más hábil para someter a las masas [48], Blanqui se alejaba de su objetivo principal: liberar al proletariado de la dominación burguesa. A lo sumo, su argumento suponía el reconocimiento rotundo de que la religión, en tanto que organización, había reconquistado una gran autoridad desde 1848, y que caminaba emparejada con la reacción. Pero ello no implicaba que tuviera las riendas del poder. En realidad, éstas fueron confiadas a la burguesía en 1830. Ella era quien marcaba la tónica en Francia como en otros países de la Europa occidental.

La convicción de Blanqui de que resultaba obligado declarar la guerra a la vez contra el idealismo y el capitalismo procedía de su filosofía de la historia. En el centro de ésta, como ya hemos mostrado, se encontraba una ley de la razón que dirigía el desarrollo de la humanidad desde el inicio del mundo. El término lógico de esta ley se subordinaba, sin embargo, a las acciones de los hombres porque Blanqui, como hemos dicho, no era un determinista riguroso. Su estudio de las relaciones entre las clases sociales le enseñó que no resultaban viables en modo alguno, aunque las razones que expuso sobre su falta de armonía no proyectaron más que una débil luz sobre el desarrollo del capitalismo. Para él, las ideas constituían el motor de la historia. Una vez sentado este principio, el objetivo de la acción política consistía en liberar al pueblo de los fantasmas y las concepciones falsas. Entonces, las gentes verían

[46] Resulta interesante señalar que siete de los ocho números contenían artículos de Blanqui sobre el tema antiespiritualista. Todos estaban firmados con el seudónimo Suzamel. Tres de los cuatro artículos que componían su obra *Foi et science, ou La Sainte Mixture du R. P. Gratry*, Bruselas, 1866, se publicaron primeramente en *Candide*.

[47] Tal era el argumento de Charles Longuet, entre tantos otros. Véase *La Rive gauche*, 5 de noviembre de 1865.

[48] Mss. Blanqui, 9592 (1), f. 117-118.

cómo habían sido «robadas y engañadas». Uno de los mayores reproches que Blanqui formuló contra Auguste Comte fue que su teoría de los tres estadios históricos y todo su aparato espiritual contribuían a oscurecer las desigualdades e injusticias del orden social [49].

LA AGITACION ESTUDIANTIL

El conflicto entre naturalistas y «sobrenaturalistas» resultaba encarnizado en las ciudades universitarias, sobre todo en la Universidad de París. La exclusión de siete estudiantes a causa de sus ataques contra la religión, el gobierno y el orden social en el Congreso Internacional de Estudiantes de Lieja, en octubre de 1865, provocó una serie de protestas y desórdenes. La atmósfera agitada parecía casi la de una batalla permanente en la que se enfrentaban como adversarios los estudiantes y las autoridades universitarias. Los siete estudiantes eran blanquistas declarados o simpatizantes. El hecho de que se les considerara culpables de haber perturbado el orden público demostraba sencillamente el gran prestigio de Blanqui entre los estudiantes. Cinco de los excluidos pertenecían a la Facultad de Medicina; entre ellos se encontraban Jaclard y Lafargue. Sin su interés y enorme actividad, la delegación francesa en Lieja tal vez hubiera resultado insignificante [50]. Los otros dos estudiantes excluidos pertenecían a la Facultad de Derecho; se trataba de Edouard Losson y Germain Casse.

Examinemos de cerca los delitos de los estudiantes, al menos de los cuatro que acabamos de citar. Nada más llegar a Lieja, Lafargue exigió, en una reunión pública, la sustitución de la bandera tricolor por la bandera roja. En el congreso propiamente dicho terminó la diatriba contra el orden social con las dos fórmulas paradójicas de Proudhon: «Dios es el mal» y «La propiedad es el robo». En cuanto a Jaclard, se contaba que había llamado a la insurrección contra el régimen; y se oyó a Losson y Casse lanzar los mismos llamamientos a tomar las armas [51]. Las autoridades universitarias también resultaron ultrajadas por el comportamiento de los delegados franceses

[49] *Ibid.*, 9588 (2), f. 563; 9590 (1), f. 61-66, 170-171; 9592 (1), f. 157-158, 164, 170-171; 9592 (3), f. 202-203.

[50] Señalemos una copia de la carta de Lafargue del 3 de octubre de 1865 a un corresponsal que no se nombra, y que es probablemente Tridon, en la cual pide a los blanquistas que envíen delegados, Mss. Blanqui, 9589, f. 376.

[51] *Ibid.*, 9590 (2), f. 410-412.

el día de la apertura del congreso. En la comitiva que se dirigía al Ayuntamiento, un gran número de ellos desfilaron formados alrededor de un inmenso crespón de luto para llorar por la pérdida de las libertades francesas [52].

El congreso resultaba impresionante, aunque no fuera más que por el gran número de delegados acreditados, cerca de mil. Se dividían en tres corrientes principales de pensamiento: católica, positivista y materialista. Dado que ninguna de las tres fracciones disponía de la mayoría, los positivistas y los materialistas se unieron para adoptar, a pesar de las protestas de los católicos, un conjunto de resoluciones en la que exigían la enseñanza de la política y la economía política, solicitaban la revisión de la enseñanza de la historia e insistían en el desarrollo de las instituciones democráticas y en la necesidad de una formación general y enciclopédica. Los delegados se creyeron en la obligación de recordar a los partidarios de la instrucción gratuita y obligatoria que no constituía un remedio contra la pobreza y la ignorancia. Nadie en el congreso puso el acento sobre la cuestión social. Sin embargo, después de finalizado, en el transcurso de una reunión, los miembros belgas de la Primera Internacional —creada antes— Désiré Brismée y César de Paepe hablaron de la unidad intelectual de los trabajadores, considerada como la condición previa para organizar la sociedad ideal [53].

La dura medida infligida a los siete estudiantes provocó una agitación creciente que se transformó en un desafío abierto en las escuelas especializadas. Las clases quedaron interrumpidas, los profesores fueron silbados, los estudios paralizados, y las peleas entre los estudiantes y la policía desembocaron en detenciones. La Facultad de Derecho, particularmente, fue escenario de desórdenes repetidos. El Consejo de Facultad utilizó un procedimiento insólito: pedir a los estudiantes que enseñaran su carnet o sus papeles de matrícula [54]. Afortunadamente, llegaron las vacaciones de Navidad para calmar los espíritus.

[52] *La Rive gauche,* 12 de noviembre de 1865; y también Mss. Blanqui, 9589, f. 217-220; 9593, f. 463.

[53] *La Rive gauche,* 5 de noviembre de 1865. Los periódicos conservadores belgas tomaron la iniciativa de censurar el congreso de los estudiantes. Los periódicos moderados manifestaron que resultaba estéril en punto a ideas y carecía de modestia; los de la extrema derecha le compararon a «una verdadera plaga de Egipto» o calificaron sus debates de «caricatura de las escenas innobles que se desarrollaron en 1793». *Ibid.,* 12 de noviembre de 1865.

[54] *Le Temps,* 21 de diciembre de 1865.

Entre tanto, más de 800 estudiantes de Medicina habían firmado una protesta dirigida al decano de la Facultad. Los firmantes calificaban esas medidas de totalmente irregulares, sin precedentes, arbitrarias, y las acusaban de violar la libertad individual. En efecto, ninguna ley prohibía a los franceses «manifestar sus opiniones filosóficas o políticas fuera del territorio del Imperio» [55]. El decano intentó conciliar los dos campos, pero renunció a ello y dimitió. Un recurso ante el Consejo imperial de la Instrucción pública no produjo más que una ligera reducción de la medida.

La resolución provocó un desacuerdo entre las más altas instancias universitarias; los mismos moderados se dividieron. Muchos se preguntaban si el excesivo castigo no había prestado especial importancia a las ideas de los estudiantes. Hubiese sido preferible, opinaban, dejar que los juzgara la opinión pública apaciguada. Otros agradecieron, empero, a las autoridades universitarias el haber tomado esas medidas enérgicas [56].

El incidente sirvió para dar a conocer ante la opinión pública a los jefes blanquistas del movimiento estudiantil. Mientras que se prolongaba la agitación, las resoluciones del congreso y las enseñanzas de Blanqui, basadas en el ateísmo, se convertían en los temas de las discusiones nocturnas en los cafés del Barrio Latino. Los antiguos estudiantes actuaban como mentores de sus compañeros más jóvenes. Las simpatías crecían y engendraban un ardiente interés. Un discípulo de Blanqui recordaba que en aquella época existía, solamente en las escuelas, un número bastante grande de jóvenes con los cuales se podía contar, «completamente dispuestos a ponerse en marcha a la primera señal» [57]. Estudiaremos la organización blanquista en el capítulo siguiente. Pero desde ahora podemos afirmar que su celebridad pública duró poco tiempo. Cambios en la situación interior e internacional desviaron la atención hacia otros movimientos. Esta falta de interés se debió en parte a la insuficiencia del programa de Blanqui en un sistema en constante transformación. La preocupación insólita de su partido por el problema religioso le transformaba en un partido de estudiantes e intelectuales. Y los intelectuales desclasados, transformados en trabajadores, se hallaban en minoría.

[55] *La Presse*, 19 de diciembre de 1865.

[56] Archivos Nacionales, BB 30-384, Tribunal de París, informe del 30 de enero de 1866; y también un informe del prefecto de Seine-et-Oise, del 9 de enero de 1866, ANF (1c), III, p. 9, Seine-et-Oise.

[57] Charles Da Costa, *Les Blanquistes*, París, 1912, p. 14.

Un segundo Congreso Internacional de Estudiantes se reunió en Bruselas en abril de 1867. Para Blanqui, se trataba de una oportunidad única. Podía seguir los debates y participar en su dirección por mediación de sus discípulos. Pero las sesiones resultaron poco apasionadas, sobre todo porque los católicos no participaron en ellas y el número de delegados era más reducido. El principal punto de desacuerdo se situaba entre los positivistas y los materialistas, pero no tenía la suficiente talla como para provocar la cólera. En realidad, el congreso fue tranquilo hasta el punto de resultar mortecino. Los delegados escucharon respetuosamente la lectura de un mensaje enviado por cinco blanquistas encarcelados, oyeron varios discursos sobre la enseñanza y votaron los estatutos de una nonata «Federación de Escuelas», organización internacional de estudiantes. Incluso las arengas apasionadas de Germain Casse no pudieron dar el menor relieve a la asamblea. El mismo escribió que el congreso de Lieja había sido «una insurrección del pensamiento», y que el de Bruselas estableció «el gobierno revolucionario del pensamiento» [58]. La comparación, aunque feliz, no tuvo consecuencia alguna.

El segundo congreso apenas llamó la atención en Francia. En efecto, en el primer plano de las preocupaciones de la nación, se encontraban la crisis del régimen, que tomaba proporciones catastróficas, y la sombra negra de la guerra. En el ánimo del gobierno imperial, la agresividad creciente de los trabajadores y su acercamiento a la Primera Internacional representaba una amenaza mucho mayor que el partido de Blanqui.

[58] Para los hechos que se refieren al congreso de Bruselas nos hemos basado en las notas de Blanqui, Mss. Blanqui, 9591 (2), f. 164-177.

17. LA FORMACION DEL PARTIDO

La agitación en el Barrio Latino, desencadenada como consecuencia de la expulsión de los estudiantes, no representaba más que una manifestación externa de la crisis general de desconfianza hacia el Imperio, que se agravaba continuamente. Después de 1866 la oposición que suscitaba el régimen revistió una tal amplitud que la catástrofe se reveló pronto inevitable.

Blanqui, al prever el fin cercano del régimen, trató de abreviar su agonía. Sin embargo, al igual que en 1839, no supo interpretar la importancia y el ritmo de los acontecimientos. Ya hemos mostrado en otro lugar de este libro que Blanqui prestaba atención a los nuevos acontecimientos, pero antes de poder tenerlos en cuenta realmente, se encontraba arrastrado por un movimiento que era incapaz de dominar. Esto acababa generalmente en la cárcel, detrás de altas murallas que le aislaban de los hombres de pensamiento y de acción. Tenía más de sesenta años cuando se fugó del hospital Necker para gozar de su primer período largo de libertad desde hacía treinta años. A esa edad, su manera de ver las cosas estaba fijada de forma casi definitiva. Ya podían presentarse a su espíritu nuevos elementos de juicio, no por ello dejaba de pensar como siempre lo había hecho. Para él, la sociedad secreta continuaba siendo la antesala del poder.

Se encontraba inevitablemente al margen de las corrientes democráticas y sindicales. Las elecciones parlamentarias de 1863 proporcionan una ilustración. Aconsejó a sus amigos la abstención con el fin de expresar así su desprecio por Luis Napoleón. Utilizar el derecho de voto implicaba tanto reconocer al régimen como admitir que la papeleta podía sustituir a la pólvora y las balas. Blanqui admitía esta última posibilidad, con la condición de que se garantizara una completa libertad de palabra y de prensa. Sin esta condición preliminar, la votación no suponía más que una ilusión [1].

[1] Mss. Blanqui, 9581, f. 101.

En este punto se alejaba de los elementos democráticos y sindicales que, por su parte, consideraban la elección como una ocasión de dar publicidad a sus principios, incluso si las posibilidades de victoria resultaban mínimas. Es lo que ocurrió en 1863 cuando presentaron dos candidatos obreros en unas elecciones parciales de París. A pesar del número poco importante de sufragios obtenidos, estas candidaturas consiguieron romper el muro de silencio levantado desde 1851 y atraer la atención de las gentes sobre la nueva táctica obrera.

Se expusieron estas razones de manera convincente en el *Manifeste des Soixante*, publicado en marzo de 1864, para apoyar a Henri Tolain, candidato obrero en otra elección parcial de París. Reproducido por dos importantes periódicos, el *Manifieste* verdaderamente causó sensación.

Nada ilustra mejor el contraste entre los métodos blanquistas y los de los obreros que dicho manifiesto. En lugar de conspirar para tomar violentamente el poder, los trabajadores manifestaban su intención de hacerse representar directamente en el Parlamento. Y en vez de correr a tomar las armas, preferían acudir a las urnas. El manifiesto declaraba:

«Se ha repetido hasta la saciedad: No existen clases desde 1789; todos los franceses son iguales ante la ley. Pero a nosotros, que no tenemos otra propiedad que nuestros brazos, a nosotros, que padecemos todos los días las condiciones ilegítimas y arbitrarias del capital, a nosotros, que vivimos bajo leyes excepcionales como las leyes sobre las coaliciones y el artículo 1.781, que perjudica nuestros intereses al mismo tiempo que atenta contra nuestra dignidad, nos resulta difícil creer en esta afirmación. [...] Sin embargo, se nos dice, los diputados pueden pedir todas las reformas que necesitáis, como vosotros, mejor que vosotros, son los representantes de todos, y nombrados por todos. [...] No, no estamos representados, y he ahí por qué planteamos esta cuestión de las candidaturas obreras...» [2].

El hecho de que de los sesenta firmantes ocho al menos, que sepamos, se adhirieran algunos meses más tarde a la Primera Internacional, demostraba claramente que el movimiento obrero francés tomaba una nueva dirección.

[2] Se publica íntegramente el manifiesto en *Le Second Empire*, de Albert Thomas, pp. 216-223 (*Histoire socialiste*, vol. X, Jean Jaurès ed.), y en *Les Grands Manifestes du socialisme français au XIXe siècle*, París, 1934, pp. 52-65, de Alexandre Zévaès. Cf. también Bernstein, *op. cit.*, páginas 3 ss.; Tchernoff, *op. cit.*, pp. 407 ss. Los amigos del adversario de Tolain, Garnier-Pagès, respondieron con el *Manifeste des Quatre-Vingts*.

Un republicano demócrata manifestó un día a Paul Lafargue que uno de los peores errores del gobierno imperial consistió en mantener a Blanqui en la cárcel con jóvenes. Retrospectivamente, la observación no carecía de justeza: «Fue él quien nos transformó», escribió Lafargue, al evocar la juventud que se había reunido en torno al patriarca revolucionario y que escuchaba sus lecciones [3].

Lafargue no exageraba. Como ya dijimos, Blanqui estaba convirtiéndose en el jefe de un partido en formación. Esta actividad, iniciada en Sainte-Pélagie, se incrementó durante su estancia en Necker. Probablemente, antes de la evasión, el núcleo no reuniría a más de una veintena de personas. Casi todos eran intelectuales, el tipo de hombres que, según el esquema blanquista, exploraban las vías del poder al tiempo que se hallaban prendidos por las contradicciones históricas. Resulta prácticamente seguro que desde mediados de 1865 se había constituido un sólido núcleo de partidarios, alrededor del cual se formaría el partido.

Transcurrieron más de dos años antes de que éste pudiera transformarse en un instrumento de combate. Con anterioridad a la transformación, se trataba sólo de un grupo de propagandistas unidos por un objetivo común y una fidelidad incondicional a su jefe. Realizaban una labor de agitación en los medios estudiantiles y obreros, y seguían con extremada atención los hechos y gestos de la Primera Internacional. Mientras el grupo ganaba adeptos y se endurecía la situación política, Blanqui multiplicaba y prolongaba sus estancias en la capital. Su objetivo era crear una organización secreta perfectamente coherente.

La historia acumulaba las pruebas de la profunda crisis que agitaba al Segundo Imperio. Ya hemos mostrado cómo había humillado el orgullo nacional con el fracaso mejicano, perdido prestigio con su fracaso del intento de anexión de Luxemburgo y observado impotente el fortalecimiento prusiano en sus propias fronteras. La decisión de prolongar la duración del servicio militar provocó una oleada de descontento en el país, sobre todo en el campo, habitualmente tan favorable al régimen. La buena voluntad de los partidarios del Imperio se agotaba rápidamente, en parte porque su política resultaba muy costosa [4]. En 1867 Francia entró en un período de depresión económica que duraría hasta la declaración de la guerra

[3] *La Rive gauche*, 1 de julio de 1866.
[4] J. E. Horn, *Le Bilan de l'Empire*, París, 1868.

franco-prusiana. Algunos funcionarios clarividentes advirtieron que la administración perdía su dominio sobre la nación. En 1869 un observador apreció un viento de libertad en el ambiente, lo que interpretó como «el preludio de una tempestad» [5].

Mientras tanto, Blanqui se preparaba. Desde la segunda mitad del año 1867 colocó a su partido en pie de guerra. En su estructura, el partido se parecía a la Sociedad de Estaciones. Sus unidades de base reunían grupos de diez hombres y eran independientes las unas de las otras. Unicamente sus jefes se hallaban en contacto con el escalón de mando. Todas las comunicaciones tenían que ser verbales; estaba prohibido conservar notas [6]. Este riguroso secreto explica las dificultades que han tenido los historiadores para reconstruir las actividades de la sociedad blanquista durante los años que van de 1860 a 1870. Por ello, mientras poseemos detalles, por ejemplo, sobre las ceremonias de admisión de afiliados en las Sociedades de Familias y de Estaciones, no disponemos prácticamente de ningún elemento comparable para la sociedad que nos ocupa, salvo los recuerdos de antiguos miembros y los informes dudosos de confidentes de policía.

Los escasos documentos existentes indican una progresión muy lenta de los efectivos del partido. Las unidades de diez contaban a menudo con menos; los jefes, en ocasiones, estaban mal informados sobre sus subordinados. Uno de ellos relataba el 28 de febrero de 1868 que en los dieciséis grupos a sus órdenes, la media del número de miembros era de ocho, en lugar de diez. Incluso estas cifras no le satisfacían, porque añadía: «Pero es imposible conseguir todos los nombres y las direcciones.» Sin duda, para compensar esas deficiencias, escribía dos días más tarde: «Nunca he contado con más de 200 a 250 hombres. Estaba convencido de que esto bastaría.» El problema seguramente había sido abordado en la dirección, porque el responsable añadía: «En efecto, 200 hombres pueden apoderarse por sorpresa de cualquier punto. Con 400 se podrían atacar dos. Pero eso es un lujo. Yo pensaba que lo importante residía en poner en movimiento a las masas, suponiendo que estuvieran dispuestas a actuar» [7].

En un capítulo anterior hemos dicho que la estrategia de Blanqui no tenía ningún punto común con las organizaciones

[5] J. Lazare [Emile Kuhn], *La Légende des rues: histoire de mon temps politique, critique et littéraire*, París, 1879, II, p. 261.
[6] Charles Da Costa, *op. cit.*, p. 26.
[7] Mss. Blanqui, 9594, f. 579-581.

de masas que utilizan grandes contingentes. A finales del año 1868 existían 800 afiliados [8]. Las estimaciones de los efectivos máximos alcanzados por el partido son extremadamente variables. Geffroy, que había consultado a varios lugartenientes de Blanqui, entre ellos Jaclard y Ernest Granger, anticipó el número de 2.500 [9]. Más tarde, Granger lo redujo a 2.000 [10]. Las cifras citadas en 1872 ante un comité legislativo eran tan manifiestamente exageradas, que resulta imposible tenerlas en cuenta. Un antiguo prefecto de París imputó a la organización de 50 a 60.000 afiliados. Por otra parte, Anthime Corbon certificó que incluso la cifra de 6 ó 7.000 resultaba exagerada. Y, por último, el jefe de la policía secreta del Segundo Imperio no le concedió más de 3.000 [11].

La organización no se extendía apenas más allá de París y de algunos municipios del extrarradio. Los ensayos de implantación en otros lugares se revelaron rápidamente inútiles. Parece haber existido un minúsculo núcleo en el Cher, pero en otros sitios los resultados fueron prácticamente nulos. Un propagandista en Lille escribió que tras un año de lucha «en el vacío» sólo había logrado reclutar a un muchacho de veinte años [12].

En realidad, encajaba bien en la política de la organización concentrarse en París, que para Blanqui representaba a Francia. La capital era «el cerebro» de Francia; «la provincia, el intestino. ¿Qué le habría ocurrido a la sociedad francesa sin esta iniciativa parisiense, que siempre actuó con autoridad sin consultar a nadie?». Y en otro lugar Blanqui añadía: «París es un orador gigante que se dirige al mundo entero con su voz estentórea y cuya palabra resuena hasta en las extremidades de la tierra» [13].

Los dirigentes se reclutaban principalmente entre los intelectuales y la clase media. Para Blanqui resultaba inevitable: la clase obrera no se hallaba lo suficientemente madura como para proporcionar jefes revolucionarios. Sin embargo, varios obreros se encontraban ya en puestos importantes de la jerarquía del partido [14]. Resulta imposible intentar dar una

[8] Geffroy, *op. cit.*, p. 272.
[9] *Ibid.*, p. 268.
[10] Citado por M. Dommanget, *Blanqui et l'opposition révolutionnaire*, página 158.
[11] «Enquête sur l'insurrection du 18 mars», *Annales de l'Assemblée nationale*, IX, pp. 448, 540, 891.
[12] Mss. Blanqui, 9594, f. 329.
[13] *Ibid.*, 9581, f. 93, 145.
[14] Para los detalles, véase M. Dommanget, *Blanqui et l'opposition...*, páginas 156 ss.

idea del reparto de los grupos sociales en el interior de la sociedad; los pocos detalles de que disponemos muestran únicamente que el número de obreros era pequeño.

Una de las armas más eficaces de la organización clandestina fue su servicio de información, organizado por Raoul Rigault, que entonces tenía sólo veinticinco años. Se trataba de un ateo fanático y admirador de Hébert, como mostró en sus artículos de *Démocrite*, el semanario efímero que había lanzado [15]. Mantenía un verdadero culto a la suciedad para indicar mejor, sin duda inconscientemente, su rebelión contra la sociedad. Mientras hablaba y bromeaba, escupía y resoplaba. Nada se libraba de sus epigramas. Fingía una mirada diabólica, y su cara estaba comida por la barba; sin embargo, no era malo, ni demoníaco. Utilizaba su lengua como Cyrano su espada; resultaba más bien un golfillo adulto. Pero se podía contar con él para las tareas más desagradables.

Raoul Rigault se impuso como tarea garantizar la seguridad de los miembros del partido. Comenzó a fichar a los confidentes, a conseguir sus nombres y direcciones y a hurgar en sus vidas privadas. Los siguió hasta los tribunales donde, cuidadosamente disfrazado, los oyó revelar cómo acosaban a sus víctimas. Gracias a él, la organización blanquista se encontró casi totalmente libre de delatores. Cuanto más nos ocupamos de Rigault, más nos llama la atención su parecido con su casi contemporáneo, Aleksandr Mijailov, jefe de la organización secreta rusa *Zemly Volya (Tierra y Libertad)*. Los dos habrían podido ser excelentes ministros del Interior; ambos se encargaban de la seguridad del partido, conocían los menores recovecos de su ciudad y poseían expedientes sobre los agentes de la Seguridad [16]. Como observó Blanqui, Rigault «es una vocación; es un prefecto de policía nato» [17].

Cuando tomó en sus manos la organización de la policía bajo la Comuna de París, su libreta de apuntes debió de serle de mucha utilidad para depurarla de los antiguos policías del Imperio.

[15] Tuvo tres números, del 3 al 17 de diciembre de 1868; colaboraron el barón de Ponnat, H. Villeneuve y A. Breuillé. El artículo de Rigault «De la tolérance» provocó su prohibición.

[16] Sobre Mijailov, véase David Footman, *Red Prelude*, New Haven, 1945, pp. 58-61.

[17] Citado por Charles Proles, *Raoul Rigault*, París, p. 18. Un artículo elogioso sobre él, escrito por uno de sus amigos, A. Breuillé, apareció en *Ni dieu ni maître*, 20 de marzo de 1881.

LA PROPAGANDA

La nueva organización blanquista resultaba, en comparación con las antiguas, de grandes proporciones: contaba al menos con el doble de miembros que la Sociedad de Estaciones en el momento de su máxima extensión. Además, los discípulos de Blanqui, a partir de 1860, comenzaron a infiltrarse en otras organizaciones, constituyendo una especie de tropas de reserva, en la periferia de su sociedad. Se afiliaron por ello a logias masónicas [18] y provocaron discusiones sobre sus principios en los cafés y los círculos estudiantiles en la Universidad. Participaron en entierros civiles para transformarlos en manifestaciones, y fundaron incluso una sociedad de librepensadores [19]. Para ser admitido en ella se necesitaba jurar que se repudiaban las prácticas religiosas. La sociedad tenía «por ley la Ciencia, por condición la Solidaridad, por objetivo la Justicia» [20]. Los blanquistas confiaban en aprovechar las protestas contra las subidas de los alquileres, provocadas por la demolición del viejo París. Formaba parte de sus planes albergar a los estudiantes y los empleados en los mismos edificios. La idea parece haberse originado entre los íntimos de Jaclard. Para conocer la opinión de Blanqui le escribió a Bruselas, explicándole que su proyecto pondría a disposición del partido una reserva potencial; serían concentrados «en una o varias casas, hombres sobre los cuales se tendría una influencia infalible y que se podrían tener a mano en un instante para movilizar con cualquier pretexto» [21].

Los blanquistas no dejaban pasar ocasión alguna para difundir sus ideas en los medios en que podían ganar adeptos. Una breve ojeada sobre sus esfuerzos puede aclararnos sus promesas y sus actos. A partir del mes de junio de 1868, una vez suavizadas las leyes sobre el derecho de reunión, en las salas de la capital comenzaron a resonar los discursos de los teóricos económicos y sociales. Los blanquistas, al igual que sus adversarios —los católicos, los economistas de la vieja escuela y los proudhonianos— se pusieron a defender públicamente sus concepciones particulares del socialismo [22]. In-

[18] Mss. Blanqui, 9594, f. 332.

[19] Su nombre era «Actúa como piensas».

[20] Existen dos versiones diferentes de los estatutos de la sociedad en Mss. Blanqui, 9589, f. 378 y 9593, f. 463.

[21] *Ibid.*, 9592 (2), f. 50.

[22] La atmósfera de esas reuniones ha sido en parte narrada por discípulos. *Ibid.*, 9594, f. 337, 444.

sistimos en el plural para subrayar la idea vaga que tenían de él, acomodándose en ello a su maestro. Cabe decir en su descargo que la teoría francesa del socialismo, en tanto que crítica y solución al capitalismo, apenas había progresado desde 1848. Las ideas llamadas nuevas sólo lo eran de palabra. Se trataba esencialmente de repeticiones de lo ya formulado.

¿Cuáles eran las respuestas blanquistas a los grandes problemas del momento, en particular al problema social? Algunos pensaban que el remedio residía en el tipo de programa de educación preconizado por los hebertistas y votado por el Congreso de Lieja, es decir, un programa expurgado de todo rastro de espiritualismo. Otros, atacando a los proudhonianos, alegaban la indivisibilidad de la libertad y de la igualdad, si el objetivo consistía en liberar a la mayoría del sometimiento y de la explotación. Y había también otros que pensaban que cualquier solución realista resultaría forzosamente incompatible con un orden social que admitía la propiedad privada y los privilegios económicos. A esta sociedad dividida en clases oponían la república social, fórmula que era todavía lo suficientemente elástica como para admitir numerosas interpretaciones. Jaclard se presentaba como «comunista racional» y se definía en función de su objetivo: el bienestar de todos. Estaba convencido de que la abolición de la usura, de las herencias y de la tutela de los patronos abriría una era de libre cambio, en la que cada uno recibiría la totalidad del producto de su trabajo. El mismo deseo de promover esta libertad del cambio de los productos impulsaba a otro blanquista, el obrero fundidor Emile Duval, a insistir en la igualdad derivada de los derechos naturales, en particular el derecho al trabajo, y en la supresión de la propiedad privada y del patrimonio [23].

Estas visiones doradas eran claramente las de artesanos desarraigados, sueños extáticos de una era preindustrial. Se alejaban del socialismo que concordaba con los hechos históricos tanto como Proudhon de Marx. Si se analiza con precisión, el socialismo de los blanquistas no era más que una amalgama de ideas espigadas aquí y allá. Su única cualidad

[23] G. de Molinari, *Le Mouvement socialiste et les réunions publiques avant la révolution du 4 septembre 1870*, París, 1872, pp. 13 ss. Nos referimos aquí a la introducción que fue primeramente publicada en *Le Journal des économistes*, 1869, II, núm. 41, pp. 333-350. Véase también Benoît Malon, «Les Collectivistes français», *La Revue socialiste*, 1887, V, página 311.

real estribaba en el vigor con el que sus partidarios lo apoyaban. No representaba, en modo alguno, un verdadero compromiso teórico en ningún aspecto.

EL BLANQUISMO Y EL SINDICALISMO

Se habían realizado enormes esfuerzos para infiltrarse entre los soldados y los obreros. Los resultados fueron decepcionantes entre los primeros. La culpa puede imputarse a ciertos métodos defectuosos. Salvo algunos textos esbozados por Blanqui, los llamamientos a las tropas carecían realmente de interés [24]. Entre los obreros, en cambio, se obtuvieron ciertos éxitos. Pero su resistencia y su apatía resultaban difíciles de superar. Quizá sea preciso buscar la causa en el desacuerdo existente entre blanquistas y obreros sobre el problema social. Examinemos en primer lugar el punto de vista obrero sobre la cuestión.

Para apoyar nuestras afirmaciones hemos utilizado los informes de los delegados obreros a la Exposición internacional de 1867 [25]. Primeramente, al igual que las organizaciones obreras de las que eran portavoces, mostraban una reticencia significativa hacia los problemas políticos, lo que de entrada les separaba de los blanquistas. Sólo unos años después los acontecimientos les impulsarían a la lucha por la república. Mientras tanto, se inclinaban a pensar que la política no les podía resolver nada. De inspiración proudhoniana, se presentaban como enemigos mortales de la gran industria: degrada a los productores independientes y los reduce al estado de asalariados dependientes; hace inútil la competencia técnica y transforma el mercado del trabajo en un circo donde los esclavos luchan entre ellos, y, por último, rebaja el nivel de vida. Los delegados obreros proponían un cierto número de medidas para acabar con el desastre y evitar su regreso. Ante todo había que conseguir la libertad de los trabajadores, con el derecho a organizarse y a sindicarse. En cuanto se tuviera esta prerrogativa, el trabajo podría enfrentarse al capital en condiciones de igualdad; cuando las dos clases estuvieran dispuestas a luchar con armas iguales, la eterna cuestión social tendría un verdadero comienzo de solución.

[24] Mss. Blanqui, 9594, f. 325, 460.

[25] Esos informes se encuentran en los Archivos Nacionales, serie F, 12, 3109-3121.

Gracias a la huelga, los trabajadores podrían acabar con la baja de los salarios y obligar a reducir la jornada de trabajo. Las huelgas, sin embargo, deberían ser un último recurso; era preciso evitarlas, aunque fueran prácticamente ineluctables en el sistema económico vigente. «La huelga es como la guerra», dijo un delegado en su informe a su organización obrera, y, como la guerra, no mejora las relaciones humanas. Solamente la cooperación lo hace.

Considerar la cooperación como el «ábrete sésamo» de la cuestión social no era un descubrimiento ni un monopolio francés. En Inglaterra, Robert Owen la había preconizado con brillantez como la solución definitiva de los conflictos de clases. Después de él, Philippe Buchez, en Francia, vio en ella la respuesta a la producción de tipo capitalista. Hacia 1860, la cooperación había despertado esperanzas utópicas entre los obreros de numerosos países. Tenía defensores en los Estados Unidos y en Gran Bretaña, en Alemania y en Francia. Los dos primeros congresos de la Asociación Internacional de Trabajadores, más conocida con el nombre de Primera Internacional, la aprobaron oficialmente, aunque no sin discusión. Los delegados franceses a la Exposición de 1867 le atribuían cualidades mágicas: debía activar las facultades intelectuales, estimular la invención, garantizar la igualdad ante los derechos y los deberes y, sobre todo, proporcionar a los productores la totalidad de los frutos de su trabajo. Al crear un clima de fraternidad y ayuda mutua debía traer el reino de la felicidad universal. Pero en 1868 la cooperación recibió un golpe terrible al quebrar su banco, el «Crédito del trabajo». Luego, los obreros concedieron más fácilmente su confianza a los sindicatos y a la acción política [26].

Blanqui aprobaba cierto número de reivindicaciones obreras. Apoyaba firmemente el derecho de asociación y el derecho de reunión, como había hecho en 1848. Advertía que estos dos derechos unidos hicieron fracasar algunos dogmas económicos como la ley del bronce de los salarios, y la relación entre la prosperidad comercial y la duración de la jornada de trabajo. En otros términos, las asociaciones obreras se habían revelado como eficaces instrumentos del progreso social. Aunque Blanqui no consideraba, como Marx, a los sindicatos como medios para formar a las masas trabajadoras con vistas a su emancipación, no por eso dejaba de otorgarles un papel importante en la lucha política. Por ello, en

[26] Bernstein, *op. cit.*, pp. 7 ss.

abril de 1866 ordenó a sus lugartenientes que prestaran «más atención a los obreros. El juego resulta más delicado y más difícil. El gobierno podría asustarse por esta asociación de estudiantes y obreros, que izara bandera en un periódico [...]. Hace falta valentía, pero no temeridad» [27]. No es que creyera posible en esa época alinear a las masas en orden de batalla. Era prematuro, escribía a Tridon. Razón de más para evitar actuar de modo improvisado. La actividad sin objetivo concreto constituía el defecto fundamental del grupo [28]. Al mismo tiempo estimaba que la cuestión social tenía mayor importancia que «nuestro movimiento literario, que vuestras vicisitudes políticas, fastidiosas hasta el hastío» [29]. Sin embargo, no situaba el problema social por encima del problema religioso porque ambos estaban unidos como hermanos siameses. En la misma carta en que pedía a sus partidarios que prestaran más atención a las masas trabajadoras lamentaba la apatía popular respecto del materialismo: «Es lamentable que la idea filosófica no penetre en las masas. No llegarán a ser seriamente revolucionarias más que por el ateísmo. Mientras tanto, no habrá más que nata batida. No cabe esperar que el pueblo razone sobre el ateísmo como un pensador. No tiene la instrucción suficiente. Pero si lo aceptara instintivamente en base a unos elementos breves y generales, se encontraría armado para la guerra e iría desde ese momento hasta el fondo de las cosas. Sin esta base, no puede comprender una renovación social, una reorganización completa de la sociedad. No sospecha que la idea de Dios constituye el fundamento esencial de la que pesa sobre él» [30]. Pero las masas permanecían sordas ante los gritos de guerra antirreligiosos.

Otras poderosas razones separaban a los obreros de los blanquistas. Mientras los primeros consideraban la huelga como un último recurso que había que evitar a toda costa, los segundos esperaban mucho de ella y estimaban que era un medio de lanzar a los obreros contra el orden social. La huelga resulta una idea tan simple, decía Blanqui, que todos podían comprenderla. Concretamente, representaba «la resistencia a la opresión» y «la única arma realmente popular en la lucha contra el capital». Es más, era capaz de provocar

[27] Mss. Blanqui, 9590 (2), f. 356.
[28] *Ibid.*, p. 357.
[29] *Ibid.*, 9590 (1), f. 30.
[30] *Ibid.*, 9590 (2), f. 356.

las solas conmociones políticas que podrían conducir a una transformación social. Estos argumentos dejaban fríos a los obreros del final del reinado de Napoleón III. Aunque los acontecimientos les obligasen a recurrir cada vez más frecuentemente a la huelga, no la convertían en una panacea. Los que, desde 1864 a 1868, se inspiraban en las directrices de la sección parisiense de la Primera Internacional incluso desconfiaban de ella. Fribourg, uno de los fundadores de la sección, censuraba a los blanquistas por conceder a la huelga un papel preeminente [31]. Pero exageraba manifiestamente. En realidad, las huelgas resultaban menos importantes que los factores económicos y políticos. Pero no eran los blanquistas, sino el sindicalista Eugène Varlin, quien concedía a la huelga un papel primordial en la acción revolucionaria de los trabajadores.

En el cuadro de los desacuerdos aparecía también la causa de la cooperación, especialmente las cooperativas de productores. Aunque la quiebra bancaria ya mencionada socavara la confianza de que gozaba la idea de la cooperación, muchos seguían creyendo en ella. Blanqui, por su parte, escogió esta idea como blanco. Al contrario que Marx, que veía en ella un indicio de un sistema de producción basado en la asociación, Blanqui la acusaba de charlatanería, de complot contra la credulidad obrera. Un solo aspecto de la cooperación, el menos importante de todos en este período en que los cambios económicos se producían tan rápidamente, merecía su aceptación: demostraba la falsedad de la usura. Salvo esto, no era más que un engaño; los que veían en ella una panacea se exponían a amargas decepciones. Esta quimera descansaba sobre la ilusión de que las masas trabajadoras pueden emanciparse solas, sin intervención del Estado, e incluso sin tener en cuenta la naturaleza del Estado. Blanqui formulaba dos críticas principales contra el movimiento cooperativo: atraía a los mejores dirigentes obreros en detrimento de la lucha contra el capital, y dividía a los obreros en asalariados y accionistas [32]. Sin duda, estas críticas estaban bien dirigidas. No respondían, empero, a la objeción de los socialistas, para quienes la cooperación prefiguraba la producción de mercancías mediante una mano de obra libre y asociada.

[31] E. E. Fribourg, *L'Association internationale des travailleurs*, París, 1871, p. 35.

[32] *Critique sociale*, II, pp. 147, 150-157; *Ni dieu ni maître*, 28 de agosto de 1881.

En relación con la agitada discusión provocada por las nociones de huelga y cooperación se desarrollaba también un debate sobre la revolución y la reforma del que fluía un río de retórica confusa y ruidosa. Los blanquistas no dejaban de participar en él, alejándose aún más de las posiciones obreras. En la lógica blanquista no se podía pensar por el momento en mejorar la situación de los trabajadores, porque ello suponía retrasar otro tanto la revolución. Cuanto mayores fueran la miseria y el hambre entre los obreros, más posibilidades de revolución habría [33]. Lo cual quería decir que las reformas eran antirrevolucionarias o que las luchas por imponer las reformas no suponían más que una pérdida de tiempo. De este modo, según la fórmula blanquista, al lanzarse a la lucha por objetivos inmediatos, la clase obrera se condenaba a la parálisis. Vista desde otro ángulo, la situación de aislamiento de los blanquistas en relación al movimiento obrero puede explicarse por la pobreza de su análisis teórico, que incluso en algunos llegaba hasta desdeñar la teoría. Lo que les interesaba ante todo era el activismo, con el objetivo esencial de la toma del poder.

Es fácil comprender que los obreros se quedaran fríos como el mármol ante los argumentos blanquistas. Un propagandista relataba que «el trabajo resulta duro, y el resultado inmediato no responde siempre a este trabajo». Lo explicaba por el régimen despótico que hacía que «todos los trabajadores fueran de una desconfianza extraordinaria» [34]. Tridon echaba la culpa a los dirigentes obreros proudhonianos. Confiaba a su jefe que el número de nuevos afiliados de origen proletario era reducido: «Jamás [los obreros] han estado con nosotros», escribía con pesar. «Nuestro movimiento tiene el aspecto de una corriente revolucionaria dirigida por jóvenes de la burguesía.» En otro lugar admitía el casi aislamiento del partido. El pueblo «apenas piensa en nosotros, y el Barrio Latino sólo nos conoce como un recuerdo vago» [35]. Este reconocimiento no hacía más que confirmar las propias informaciones de Blanqui: «Nuestra acción, tal y como es, manifestó a Tridon, no puede ejercerse más que sobre un número imperceptible de obreros. Estos son tal vez bastante avanzados, bastante instruidos. Pero su influencia resulta muy limitada [...]. Todo está parcelado, fraccionado, hasta el in-

[33] E. E. Fribourg, *op. cit.*, p. 164, nota 32.
[34] Mss. Blanqui, 9594, f. 325-326.
[35] *Ibid.*, 9592 (2), f. 98, 123.

finito.» Jamás puso en duda la fuerza de convicción de sus principios. Cuando alguien propuso que el partido incluyera la cooperación en su programa, no pudo comprender cómo ello sería posible sin traicionar la causa del socialismo. En su lugar hizo la sugerencia de lanzar un nuevo periódico, del tipo de *Candide* [36]. Esto equivalía a admitir que resultaba preferible empeñarse en la conquista de los medios obreros con problemas filosóficos. Y con ello volvemos al argumento de que los obreros debían llegar a ser materialistas para sentirse embargados por el fuego prometeico del furor emancipador.

Lo que Blanqui tenía en la mente tomó cuerpo en el programa que elaboró en febrero de 1869 para *La Renaissance*, el semanario proyectado por el partido que no pasó de la fase de prospecto. Fijó en él los siguientes puntos:

«En el orden intelectual, ninguna dominación más que la ciencia, única bienhechora de la humanidad.

»En el orden moral, ningún principio más que el de la justicia, es decir, el de la Igualdad y de la Solidaridad.

»En el orden social, ningún derecho más que los del trabajo.

»En el orden político, ningún objetivo más que el triunfo, a toda costa, de las tres grandes leyes de la sociedad: el trabajo, la ciencia, la justicia» [37].

A pesar de su imprecisión, este programa resumía sus objetivos.

Resulta muy dudoso que atrayera a muchos obreros a las posiciones blanquistas. En la época de su publicación, a la clase obrera se le planteaban problemas más graves. Las escalas salariales que se habían hundido durante la depresión de 1867 a 1868 se elevaban muy lentamente. A pesar de que la situación mejoraba ligeramente desde febrero de 1868, no suponía todavía un milagro. La economía tambaleante se derrumbó de nuevo hacia mediados del año 1869, y una oleada

[36] *Ibid.*, 9590 (2), f. 355.

[37] *Ibid.*, 9591 (2), f. 376; *La Renaissance*, Biblioteca Nacional, Lc 2-3202. El primer número debía aparecer el 24 de febrero de 1869. La lista de suscritores se halla en Mss. Blanqui, 9588 (2), f. 735-736. Entre los colaboradores se encontraban Lafargue, Tridon, Jaclard y Ranc. Al tiempo que tomaba una parte activa en el trabajo de preparación, Lafargue escribió dos artículos para *La Renaissance*. Uno era una crítica del proudhonismo; otro proporcionaba brevemente las ideas esenciales del *Manifiesto comunista*. Por lo demás, intentaba convencer a Marx para que colaborara en el semanario, pero éste no quería comprometerse. Marx-Engels, *Werke*, Berlín, 1965, XXXII, pp. 337, 608, 611, 759, nota 300.

de huelgas sin precedentes se desencadenó en el país. Es preciso decir que la preparación de las elecciones generales de 1869 retenía mucho más la atención del movimiento obrero que la lucha entre el ateísmo y el espiritualismo. El ya citado Eugène Varlin escribió en la hoja suiza *L'Egalité* [38] que los obreros parisienses celebraban reuniones públicas y que sus portavoces utilizaban la tribuna para profesar los principios del socialismo.

No queremos decir que la clase obrera se desinteresaba del papel de la Iglesia. Numerosos eran los que condenaban el alcance de su poder y que se mantenían hostiles, aunque sólo fuera porque convertía a Dios en el aliado de los patronos. Pero los problemas que les afectaban más y que ponían en juego sus intereses y sus necesidades les preocupaban en primer lugar. En febrero de 1869, Varlin ofreció un muestrario de los temas del día: entre ellos figuraban los privilegios, los monopolios, el derecho de herencia, el paro, el pauperismo, la propiedad, el salariado, la ganancia, el mutualismo, el comunismo, las cámaras sindicales obreras, la educación y los derechos y deberes de los individuos en la sociedad moderna [39]. En el mejor de los casos, estos temas se parecían mucho a las preocupaciones blanquistas. Además, a finales de 1869, los obreros, cada vez más numerosos, confiaban en la Primera Internacional para que les liberara de sus angustias. También en esa época comenzaron a orientarse progresivamente hacia la política y a abandonar su abstencionismo, bajo el impulso y la dirección de los internacionalistas más que de los blanquistas. Estos, incapaces de adaptarse al ritmo acelerado del movimiento obrero, se encontraron rápidamente distanciados, de tal modo que un pequeño número de ellos renunciaron al dogma antiinternacionalista de su partido y se afiliaron a la Primera Internacional.

LA PRIMERA INTERNACIONAL

Resulta difícil determinar la táctica blanquista frente a la Asociación Internacional de Trabajadores, antes de su primer congreso en Ginebra en 1866. Si hemos de creer el testimonio

[38] 29 de mayo de 1869.

[39] *Ibid.*, 13 de febrero de 1869, citado por E. Jéloubovskaïa, *La Chute du Second Empire et la naissance de la Troisième République en France*, Moscú, 1959, pp. 188-189.

de la acusación en el proceso de 1867, los blanquistas se entrevistaron dieciséis veces en 1864 con los organizadores parisienses de la Asociación. Según el fiscal, las reuniones se celebraron en octubre y noviembre, es decir, después de la fundación de la Primera Internacional en Saint Martin's Hall, en Londres. Además, nos enteramos de que los principales representantes blanquistas fueron Tridon, Eugène Protot, que ya conocemos, y Gustave-Ernest Genton, carpintero de profesión. Y Fribourg y Henri Tolain, ambos proudhonianos, los principales negociadores en nombre de los internacionalistas parisienses. En cuanto a los problemas que pudieron abordarse nos vemos reducidos a las conjeturas [40]. El objetivo de estas hipotéticas negociaciones, ¿era el de suprimir las divergencias sobre la cooperación, la acción política, y el lugar de los intelectuales en la Asociación? Si tales entrevistas se celebraron realmente debieron interrumpirse sin que se produjera un acercamiento entre las dos partes. Porque, en vísperas del primer Congreso de la Internacional, todavía no se habían afiliado los blanquistas.

La reserva blanquista hacia la Asociación implicaba, en cierto modo, un fracaso del deseo de Marx de reunir a los elementos obreros y socialistas de todos los países. Marx tenía un motivo particular para desear la entrada de los blanquistas en la Internacional: podían neutralizar la influencia creciente de los proudhonianos en la rama francesa. Por ello pidió a Blanqui que llevara a sus amigos a la Internacional. El mensaje fue dirigido en dos tiempos: primero, por mediación de Paul Lafargue, pariente de Marx, y luego por medio del doctor Watteau en Bruselas. Según Marx, Lafargue constituía el mejor intermediario. Primeramente, podía hablar con autoridad en nombre de la Internacional, puesto que fue elegido miembro de su consejo general en marzo de 1866 [41]. En segundo lugar, se había entrevistado con Blanqui y mantenía buenas relaciones con sus principales discípulos. Y, por último, había sido uno de los siete estudiantes expulsados de la Universidad en París por su participación en el Congreso Internacional de Estudiantes de Lieja. Con seguridad, nadie entre los allegados de Marx se encontraba en mejores condiciones para negociar con Blanqui una alianza de su partido

[40] Mss. Blanqui, 9589, f. 57-60.

[41] Actas de las reuniones del consejo general (cuyo título primitivo era consejo central) de la Asociación Internacional de Trabajadores, sesión del 16 de marzo de 1866; se designarán de ahora en adelante «Mss. Actas».

con la Internacional. El 22 de abril de 1866, Lafargue le escribió por mediación de Watteau. Aunque el nombre de Marx no apareciera en la carta resultaba claro, como observó Watteau al transmitir la carta a Blanqui, que la había inspirado «desde la primera consonante hasta la última vocal». Esto no quiere decir que Marx la hubiera dictado, porque nada en la carta recordaba su estilo.

Las observaciones preliminares de Lafargue sobre la Internacional son dignas de interés: funcionaba desde hacía ya dos años, había sido fundada por obreros de diferentes países con el objetivo de derribar las fronteras levantadas entre los pueblos para sojuzgarlos mejor; su primer congreso, previsto para el 4 de junio, pero que no se iniciaría hasta el 3 de septiembre, debía dedicarse exclusivamente al problema social. Lafargue consideraba que este congreso debería tener el máximo de publicidad para hacer temblar a los déspotas y a sus defensores y para reactivar la causa popular. Por ello, el Congreso pedía a Blanqui su apoyo efectivo, así como ideológico. Blanqui, por su prestigio entre sus partidarios de París y entre los demás revolucionarios europeos, se encontraba en condiciones de prestarle ayuda [42].

Estudiaremos más adelante los otros dos intentos que realizó Marx, por mediación de Lafargue, para comunicarse con Blanqui. Nos limitamos a examinar ahora las relaciones de los blanquistas con el Congreso de Ginebra. La primera reunión oficial de la Internacional determinaría durante algún tiempo su actitud hacia ella.

EL CONGRESO DE GINEBRA

Blanqui aceptó participar en el Congreso; no se puede asegurar si la carta de Lafargue tuvo algo que ver con ello. Existen pruebas de que el Consejo de la Internacional de Londres seguía buscando el apoyo de los blanquistas. El 5 de junio de 1866, los miembros obreros de la Internacional publicaron un llamamiento a los estudiantes de todos los países, pidiéndoles que ayudasen a las masas trabajadoras a lanzarse a la conquista del objetivo final y, mediante la creación de «la gran federación de los pueblos», a abolir las causas de la guerra. Se les invitó a que participaran en los trabajos del Congre-

[42] La carta de Lafargue y los comentarios de Watteau se encuentran en Mss. Blanqui, 9592 (2), f. 512, 514-515.

so [43]. El llamamiento, en el que se reconoce el estilo de Lafargue, respondía a un mensaje de los estudiantes parisienses, de inspiración blanquista, dirigido a sus colegas alemanes y austríacos en vísperas de las hostilidades austro-prusianas. Dicho mensaje proponía la unidad con el fin de hacer la guerra a la guerra y rechazar los conflictos de exterminación recíproca que sólo beneficiaban a aquellos cuyos objetivos eran la perpetuación de la servidumbre, la ignorancia y la miseria. El bienestar de los pueblos, en cambio, se basaba en la paz y la fraternidad [44]. La prueba de que los blanquistas concedían una cierta importancia al llamamiento de la Internacional se halla en la respuesta que se le dio: en un folleto titulado *A los trabajadores de todos los países* [45], ponían de relieve su papel de vanguardia en el movimiento contra la guerra. Se manifestaban igualmente convencidos de que los obreros serían capaces de garantizar el triunfo de la libertad y la salvación de la humanidad.

Al parecer tentados, los blanquistas decidieron enviar siete delegados a Ginebra. Antes de la apertura de las sesiones se les sumaron otros cuatro miembros del partido. De los siete delegados primitivos, solamente dos se habían afiliado a la Internacional, aunque no sabemos con seguridad si pertenecían a una sección bien definida de la Asociación. En realidad, la decisión blanquista de participar en el Congreso se mantuvo en secreto, sin duda alguna para sorprender a los organizadores [46]. Pero semejante secreto resultaba difícil de guardar. Además, los blanquistas llamaron la atención sobre ellos, en Ginebra, antes del comienzo de los trabajos, al difundir el rumor de que los delegados de la rama parisiense de la Internacional eran agentes de Napoleón III. ¿Qué esperaban cosechar los blanquistas con tales historias? Pensaban, al parecer, crear un clima de desconfianza en torno a la delegación francesa, con el fin de que se desprestigiara su programa, en el que la cooperación y la neutralidad política constituían los puntos esenciales. Así, antes incluso de que se reuniera el Congreso, existía un clima hostil entre los representantes parisienses debidamente acreditados y los blan-

[43] Mss. Actas, 5 de junio de 1866. Fue publicada en *La Rive gauche* del 10 de junio de 1866. Una traducción inglesa se publicó en *The Workingman's Advocate* de Chicago del 11 de agosto de 1866.

[44] El llamamiento fue publicado en *La Rive gauche* del 27 de mayo de 1866, y en *Le Courrier français* del 20 de mayo de 1866.

[45] Publicada en *La Rive gauche* del 24 de junio de 1866.

[46] Mss. Blanqui, 9589, f. 126.

quistas que no disponían de ningún mandato oficial. Los primeros, casi todos proudhonianos, recurrieron a la aplicación del reglamento adoptado en Londres en 1865, según el cual solamente se admitía a los delegados oficiales. Esta sencilla estrategia resultaba difícil de criticar severamente.

Blanqui, previendo las dificultades que amenazaban a sus tropas, envió en el último minuto un mensaje por mediación de Tridon, en el que se les ordenaba que se abstuvieran de aparecer en el Congreso. Es posible que Blanqui escogiera un mal intermediario, porque Tridon no brillaba por su tacto; era, al contrario, muy irritable y de un temperamento muy colérico. Y la antipatía personal que sentía hacia Protot tampoco ayudaba a solucionar las cosas. Pero no es seguro que hubiera variado el resultado, si se hubiese elegido otro mensajero.

Se produjo una violación del código blanquista: dos lugartenientes, de los cuales Protot fue el más prolijo, desobedecieron la orden recibida. Sus argumentos pueden resumirse de la manera siguiente: la orden resultaba tan repentina que se podía prestar a las peores suposiciones; se hablaría de la debilidad de la organización; había promesas que cumplir, y nada indicaba que no se pudiera lograr que el Congreso modificara su reglamento [47].

Protot asistió al Congreso, consiguió tomar la palabra y durante media hora intentó transformar la reunión en una manifestación contra Napoleón III. Terminó por exasperar a numerosos delegados y fue expulsado por la fuerza. Se produjo un momento penoso: estalló una gresca, hubo puñetazos y, sin la intervención de los proudhonianos franceses, los blanquistas habrían sido molidos a palos [48]. El incidente sólo

[47] A este efecto, véase *ibid.*, f. 293. Watteau, al parecer, desaprobó a Blanqui porque la abstención se consideraría como un retroceso. *Ibid.*, 9592 (2), f. 508.

[48] El incidente provocó toda una serie de acusaciones y contraacusaciones. Seis blanquistas enviaron una protesta al *Confédéré* de Fribourg. Funcionarios del congreso y del consejo general replicaron. Véase E. E. Fribourg, *op. cit.*, pp. 160-162, nota 27. Las rencillas de los blanquistas contra Protot se exponen en Mss. Blanqui, 9589, f. 124-132; véase también *ibid.*, f. 197, 239. Un folleto de cuatro páginas del sastre Alexandre Jeannon, uno de los siete delegados blanquistas, ofrece su propia versión de la riña en el congreso. Gracias a Boris Nikolaïevsky, hemos podido leer un facsímil de este documento rarísimo. Véase *La Gazette des tribunaux*, 7-8 de enero de 1867. Según Bebel, en *La Première Internationale, ses débuts et son activité à Genève de 1864 à 1870*, Ginebra, 1944, p. 259, nota 1, *La Nation Suisse* y *Le Journal de Genève* publicaron declaraciones de los antagonistas de la Internacional.

sirvió para reforzar la oposición blanquista a la Internacional.

Esta violación sin precedentes de una orden del jefe, cometida por dos de sus lugartenientes, tuvo repercusiones en la organización. Para zanjar la discusión se convocó una reunión interna dos meses después del Congreso de Ginebra. Más de cuarenta miembros del partido se reunieron al anochecer del 7 de noviembre de 1866 en el café de la Renaissance, en el bulevar Saint-Michel. Aunque estaba a punto de comenzar el curso universitario, Jaclard, Granger y Germain Casse no habían regresado todavía a París. La discusión fue muy animada y, sin embargo, podría haberse logrado la unidad si Tridon se hubiera mostrado menos inflexible. Todas las discusiones cesaron cuando la policía irrumpió en el café. Cuarenta y una personas fueron detenidas [49].

Los registros efectuados en el domicilio de diez inculpados proporcionaron pruebas suficientes para que se mantuviera la acusación de conspiración. No nos detendremos en los debates ante el tribunal. En cambio, la actitud de Blanqui durante el proceso resulta más interesante. Primeramente decidió la estrategia a seguir: si no se permitía a los acusados la elección de sus abogados, tenían que negarse a contestar. En realidad, sólo Tridon y otros siete siguieron este consejo. Seguidamente, Blanqui redactó la defensa de Tridon para su segundo proceso en la última semana de enero de 1867 [50], y le aleccionó sobre la manera de comportarse ante el tribunal. Como conocía el carácter de Tridon, le puso en guardia contra actitudes provocadoras; le aconsejó, con el fin de que se dominara, estudiar a su adversario y prever cada uno de sus movimientos [51]. En otros términos, había que considerar la defensa como una partida de ajedrez.

Solamente veintidós procesados, de los cuarenta y uno, fueron juzgados en enero de 1867. Protot y Tridon fueron los más duramente condenados: quince meses de prisión y 100 francos de multa a cada uno. A los demás se les impusieron penas de tres a seis meses [52].

Estos acontecimientos y otros no menos decisivos forzaron a Blanqui a impulsar los preparativos del combate. La

[49] C. Da Costa, *op. cit.*, pp. 18-34.

[50] *La Gazette des tribunaux* del 26 de enero de 1867 no la reprodujo, aunque informara del proceso. *Le Courrier français* del 3 de febrero de 1867 no publicó más que un resumen.

[51] Mss. Blanqui, 9589, f. 66.

[52] *La Gazette des tribunaux*, 5-8 de enero de 1867.

estructura del partido, descrita al principio de este capítulo, parece haber sido elaborada a finales de 1867. El año siguiente dio el último toque a su famoso estudio: *Instruction pour une prise d'armes*. En él expuso una teoría que puede considerarse justamente como su respuesta a la de la Internacional.

18. OBJETIVO: LA TOMA DEL PODER

Ha existido siempre en el seno de la izquierda francesa una tendencia pronunciada a identificar a Blanqui con Marx o a descubrir en sus ideologías respectivas suficientes puntos comunes para colmar el abismo que los separa[1]. Este método histórico resulta indefendible. Además de violar los hechos, conduce a hacer de Blanqui una especie de Marx imberbe, un marxista antes de tiempo. Es difícil explicar este paso a no ser por los estragos del romanticismo nacionalista. En el fondo, se trata todavía del viejo mito del siglo XIX, según el cual Francia era la primera de las naciones civilizadas, el faro de todo progreso y la cuna de todas las ideas motrices, incluido el marxismo. Pero un estudio serio de la historia de las ideas permite mostrar lo absurdo de este mesianismo nacionalista.

En varias ocasiones hemos puesto de manifiesto que, en algunos aspectos, el pensamiento de Blanqui carecía de rigor y madurez. Es necesario recordar que sus análisis económicos se apoyaban más sobre un sistema de producción artesanal que sobre el capitalismo moderno. El socialismo que preconizaba era fundamentalmente ecléctico, se trataba de una amalgama de teorías. Su definición del proletariado englobaba a capas indecisas que se resistían a la fusión porque defendían intereses incompatibles. Aunque la revolución de 1848 reforzó su confianza en la clase obrera y quebrantó su fe en las técnicas del complot, no por ello abandonó esta vía. Nuevas posibilidades, empero, se le ofrecían. Por ejemplo, existía la Primera Internacional gracias a la cual habría podido actuar sobre el joven movimiento obrero. Apremiaba a sus discípu-

[1] Por ejemplo, Roger Garaudy, *Les Sources françaises du socialisme scientifique*, París, 1948, pp. 217-273; André Marty, *Quelques aspects de l'activité de Blanqui*, París, 1951; M. Dommanget, *Blanqui et l'opposition révolutionnaire à la fin du Second Empire* y *Les Idées politiques et sociales d'Auguste Blanqui*, especialmente en el capítulo VII.

los para que dieran una base obrera a su partido. Los hechos, sin embargo, demuestran que había pocos puntos comunes entre el programa blanquista y las aspiraciones de los trabajadores. Mientras éstos se sumaban a la Internacional en número creciente, Blanqui permanecía al margen de la organización y criticaba los defectos, en lugar de entrar para ayudar, desde el interior, a corregirlos.

A pesar de todo estaba dotado de una perspicacia política poco común. Desde 1848, nadie en Francia, salvo tal vez Alexis de Tocqueville, había proporcionado tanta mordacidad y lucidez al análisis político. Es claro que examinaba los problemas desde un punto de vista esencialmente nacionalista, pero los veía en bloque, como enormes trozos dispersos de un gigantesco conjunto de producción y consumo que formaba una sociedad cuyo objetivo supremo era el bienestar general. Por eso llegó a encarnar el espíritu de la revolución en Francia en el siglo XIX, y esta cualidad llamó la atención de Marx.

BLANQUI Y MARX

Es seguro que no se vieron nunca. Cuando Blanqui salió de su última cárcel en 1879 recibió una carta de Lafargue, en la que le invitaba a pasar unas semanas de reposo en Londres: «Marx —escribía—, que ha seguido con tanto interés toda su carrera política, se alegraría mucho de conocerle» [2]. Entre el 12 de junio de 1879, fecha de la misiva de Lafargue, y el 1 de enero de 1881, fecha de su muerte, Blanqui salió de Francia una sola vez, para ir a Italia. No existe documento alguno que demuestre que haya ido a Inglaterra.

A pesar de que faltaron los contactos personales existía entre los dos una estima recíproca. A la luz de los acontecimientos de 1848, después de haberse establecido en Londres, Marx veía en Blanqui al abanderado del comunismo y la pesadilla de la burguesía, en notorio contraste con los socialistas doctrinarios y utópicos [3]. En boca de Marx, eso constituía el máximo homenaje.

No pretendemos en modo alguno que Marx aprobara el uso de la conspiración como método revolucionario. Porque

[2] Mss. Blanqui, 9588 (2), f. 678-679.

[3] *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, publicado por primera vez en *Neue Rheinische Zeitung Politisch-ökonomische Revue*, 1850.

los conspiradores, escribía en 1850, improvisan la revolución; no tienen en cuenta las circunstancias. Según sus propias palabras, son «los alquimistas de la revolución, y comparten las confusiones y estrechez de miras de los primeros alquimistas» [4]. En algunas situaciones, sin embargo, tales como el zarismo o el bonapartismo, Marx reconocía que la conspiración resultaba la única vía posible. Desde ese punto de vista, Blanqui tomaba un camino paralelo que, en espera de la revolución, podía ir al encuentro de otros movimientos y contribuir a derrocar el orden vigente. En realidad, Marx y Engels, que esperaban una nueva oleada revolucionaria en 1849 y 1850, habían acogido en la Liga de los Comunistas a los blanquistas y cartistas. Y todos juntos constituyeron la Sociedad Universal de los Comunistas Revolucionarios, una especie de supersociedad secreta que tendía al derrocamiento de las clases privilegiadas, a la dictadura del proletariado y a la revolución permanente hasta la realización del comunismo [5]. La Sociedad Universal representaba sólo una fase preparatoria en los cálculos de Marx y de Engels. Cuando tuvieron pruebas numéricas de que el sistema económico se había repuesto de la crisis general de 1847 rompieron «de una vez para siempre con esas ilusiones» [6]. La Sociedad no sobrevivió a esas esperanzas defraudadas. En octubre de 1850, Marx y Engels advirtieron a los firmantes blanquistas del acuerdo que, por lo que a ellos se refería, lo consideraban roto [7].

No se encuentra rastro alguno de los estatutos de la Sociedad Universal en los papeles de Blanqui. Resulta poco probable, sin embargo, que sus lugartenientes de Londres no le hayan tenido al corriente. Existen en realidad dos cartas, una de Barthélemy y otra de Vidil, ambas escritas en junio de 1850, informándole de su colaboración en la Liga de los Comunistas [8]. Es seguro que la ruptura de septiembre terminó con la existencia de la Liga. A continuación, como hemos mostrado anteriormente, los blanquistas de Londres formaron una coalición efímera con otras facciones de refugiados.

[4] *Neue Rheinische Zeitung Politisch-ökonomische Revue*, abril de 1850, número 4, p. 200.

[5] Los estatutos de la sociedad han sido publicados por D. Riazanov, *Unter dem Banner des Marxisms*, marzo de 1928, núms. 4-5, pp. 144-145; y en Francia por la *Revue marxiste*, I, pp. 404-405.

[6] *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, en *Obras escogidas*, Moscú, 1955, tomo I, p. 105.

[7] *Karl Marx Chronik*, p. 97.

[8] Mss. Blanqui, 9581, f. 206-211, 214-219.

Blanqui seguía reteniendo la atención de Marx. Ya hemos señalado que, ayudado por Engels, tradujo al alemán y al inglés el famoso «Aviso al pueblo» tan controvertido. La versión alemana circuló en la región renana, donde se habían infiltrado ya las ideas de Blanqui [9]. Es posible que la noticia de esta publicidad dada a su texto haya llegado hasta Belle-Ile, aunque los manuscritos no contengan ninguna alusión.

Algunos hechos menores muestran que los dos se hicieron cada vez más conscientes de su importancia respectiva en el movimiento socialista. Ya pusimos de relieve la intervención de Marx en favor de Blanqui, en el momento de su condena en 1861. El preso quedó profundamente agradecido [10]. Durante ese período en que se emprendieron gestiones en favor del prisionero, Marx escribió al Dr. Watteau: «Tenga la seguridad de que nadie puede estar más interesado que yo por la suerte de un hombre al que siempre he considerado como la cabeza y el corazón del partido proletario en Francia» [11].

Blanqui parece haber despertado pasiones en el hogar de Marx, si creemos lo que la joven Eleanor Marx, entonces de siete años, escribía a un primo de Holanda en diciembre de 1863: «¿Le gusta a usted A. B.?», preguntaba. Y se apresuraba a añadir: «Es un gran amigo mío» [12].

Por su parte, el encerrado parece haber sentido un gran respeto por Marx. Hemos señalado que, a petición de Blanqui, sus autores mandaron a Marx como obsequio un ejemplar de *Les Hébertistes,* de Tridon, y otro de la respuesta de Watteau a Louis Blanc. Es interesante señalar que en un cuadernillo de apuntes en el que Blanqui anotaba los nombres y direcciones de las eminencias del socialismo internacional encontramos el seudónimo de Marx, Williams, y su lugar de residencia. No disponemos de prueba alguna de que Blanqui haya leído el *Manifiesto comunista;* pudo sumirse en *El capital* o leer un extracto del prefacio publicado en *Le Courrier français* [13]. En su lista de libros y folletos aparece el título de la *Miseria de la filosofía,* al que, según parece, concedía gran importancia. Desde París, en febrero de 1869, Lafargue

[9] Cf. por ejemplo, Hans Stein, *Der Kölner Arbeiterverein, 1848-1849,* Colonia, 1921, p. 59.

[10] Marx-Engels, *Gesemtausgabe,* 3/III, p. 25, Marx a Engels, 9 de junio de 1861.

[11] Mss. Blanqui, 9594, f. 310-311. La carta ha sido traducida al alemán en Marx-Engels, *Werke,* Berlín, 1964, XXX, p. 617.

[12] *International Review of Social History,* 1956, I, p. 95.

[13] 1 de octubre de 1867; traducción de Paul y Laura Lafargue.

escribió a Marx que «Blanqui tiene un ejemplar y lo presta a todos sus amigos. Por eso, Tridon lo ha leído y se ha alegrado mucho al ver de qué manera il Moro [apodo de Marx] se la ha jugado a Proudhon. Blanqui siente una gran estima por usted. Ha encontrado para Proudhon la palabra más bonita que conozco, le llama un higrómetro» [14].

El elogio que del libro de Marx hicieron Tridon y Blanqui pudo estar inspirado en algunos factores como su animosidad contra los proudhonianos. Y, sin embargo, el ánimo partidista no permite explicar por sí mismo su juicio. En ciertos puntos fundamentales, Blanqui y Proudhon se encontraban de acuerdo: despreciaban ambos a los neojacobinos; veían la fuente de la explotación en el préstamo con interés y, como corolario, consideraban el dinero y la usura como las causas de todo el mal social, y antes de que las facciones cuajaran, Blanqui comparaba el proudhonismo y el comunismo al pífano y al tambor: «Los dos instrumentos no se parecen apenas, pero se conciertan muy bien y pueden hacer bailar muy agradablemente a la sociedad» [15]. En un solo punto, el mutualismo, Blanqui difería de Proudhon. Para Blanqui se trataba de un sustitutivo del capitalismo, «un inmenso taller libre con todas las divisiones del trabajo, y una sociedad general de asistencia mutua»; para Proudhon, constituía la respuesta al capitalismo y al socialismo al mismo tiempo, la vía media. En otros términos, la revolución, según él, representaba la restauración del orden preindustrial de los pequeños propietarios y pequeños productores. Y el socialismo, según sus propias palabras, era «la constitución de las fortunas mediocres, la universalización de la clase media» [16]. Jamás se ha dado mejor definición de la utopía pequeñoburguesa. Hemos mostrado anteriormente que Blanqui nunca había descubierto completamente sus intenciones socialistas. En realidad, en cierto momento incluso se había vuelto hacia el pasado y, al igual que Proudhon, sentía nostalgia por la era precapitalista [17]. Pero esos sentimientos no implicaban forzosamente el deseo de ver restablecer el orden anterior. Aunque sus principios económicos reflejaban el sistema artesanal más que el industrialismo en gran escala, se manifestaba, sin equívoco, en favor del comunismo antes que de cualquier tipo de redistribu-

[14] Marx a Engels, 1 de marzo de 1869, *Gesamtausgabe*, 3/IV, p. 159.
[15] *Critique sociale*, II, p. 316.
[16] Mss. Blanqui, 9590 (1), f. 434; *Les Confessions d'un révolutionnaire*, París, 1929, p. 355.
[17] *Critique sociale*, I, p. 17.

ción de la propiedad. Por ello, en ninguna parte de sus escritos se encontrarán muestras de aprobación del socialismo de Proudhon. A pesar de cierto confusionismo doctrinal, la concepción del socialismo de Blanqui se oponía a la de Proudhon, en el sentido de que rompía radicalmente con la sacrosanta noción de propiedad privada y con las instituciones políticas que le servían de guardianes. Por eso, al leer la diatriba de Marx contra Proudhon, Blanqui veía, quizá por primera vez, que los principios de la economía política clásica sobre los cuales Proudhon se había apoyado podían volverse contra ellos mismos. La tesis de Marx de que el movimiento social resultaba inseparable del movimiento político debió de ser especialmente bien acogida: se trataba del principal argumento de los blanquistas contra la teoría proudhoniana que afirmaba que acciones apolíticas, como el movimiento cooperativo, podían resolver el problema de la pobreza.

BLANQUI Y LA PRIMERA INTERNACIONAL

Hemos vuelto, pues, al principal problema que separaba a los internacionalistas proudhonianos de los blanquistas. Hemos visto que Marx realizaba gestiones prudentes y anónimas, por mediación de Lafargue, con el fin de granjearse la ayuda de su jefe, y tal vez incluso atraerlos con él. Casi todos eran militantes jóvenes y disciplinados. Hombres de semejante valía podían prestar inmensos servicios a la Asociación. Pero Marx había subestimado la fuerza de los proudhonianos, los cuales, en el Congreso de Ginebra, consiguieron eliminar a los blanquistas de la Internacional.

Marx realizó un nuevo intento en 1867, antes del segundo Congreso. Una vez más fue Lafargue el intermediario. En esta ocasión se puso en contacto con Tridon, gracias a Henri Tolain, que había ido a Londres a solicitar el apoyo del Consejo general para los obreros parisienses del bronce que se encontraban en huelga [18]. Se trataba de uno de los jefes de la Internacional en París. No se ha encontrado la carta de Lafargue, pero podemos hacernos una idea de ella, en base a lo que Tridon escribió a Blanqui. Marx intentaba, al parecer, conseguir una tregua y, quizá, incluso una reconciliación entre partidarios de Proudhon y amigos de Blanqui. Tridon añadía: «El colmo es que Laf [argue] me invita a contestarle

[18] Mss. Actas, 12 de marzo de 1867.

y me envía su dirección particular»[19]. El irritable corresponsal, que sepamos, dejó la carta sin respuesta.

En el seno mismo de la organización blanquista estalló una controversia a propósito de la cooperación. El hecho de que millares de obreros franceses la considerasen como una fórmula de salvación no podía silenciarse deliberadamente, incluso entre sus adversarios más feroces. En los medios blanquistas se sugirió que, en lugar de atacar a esta reivindicación obrera, resultaba preferible apropiársela y utilizarla para los fines del partido. Blanqui no quedó convencido. Suponía coger por los cuernos un toro muy peligroso y renunciar a la lucha política y revolucionaria, sin tener siquiera la excusa de que apuntara al socialismo. De ello resultaba que la cooperación implicaba «la trampa más funesta en la que podía caer el proletariado»[20]. Tridon adoptó al pie de la letra el punto de vista de su maestro. Y todavía hizo más: aprovechó para verter un torrente de insultos contra «Tolain y compañía», es decir, contra todos los cooperativistas, incluidos dirigentes obreros progresistas como Eugène Varlin y Louis Camélinat. Se habló incluso de recoger firmas para un manifiesto anticooperación que se sometería después al segundo Congreso de la Internacional[21]. En realidad, Blanqui pergeñó algunas notas, en las que reunía un cierto número de objeciones al principio de la cooperación. Casi todas habían sido ya formuladas, pero aparecía un argumento nuevo: la cooperación no era más que una contabilidad burguesa disfrazada de socialismo. Según Blanqui, la cooperación era «un ser híbrido, mitad Proudhon, mitad Malthus, o más bien Malthus en carne y hueso, cubierto con algunos presuntos andrajos proudhonianos». El socialismo de Proudhon, proseguía, «produce mucho menos miedo, sobre todo desde que se ve cómo lo entienden y aplican sus pretendidos adeptos». La cooperación equivalía a la especulación, «la vía de la iniquidad y de los explotadores», que beneficiaba a los enemigos de la revolución[22].

El proyectado manifiesto no fue presentado al segundo Congreso de la Internacional. Celebrado en Lausanne, en la primera semana de septiembre de 1867 el Congreso reafirmó los principios proudhonianos, a pesar de una creciente oposición. En el Congreso de Bruselas del año siguiente fueron

[19] Mss. Blanqui, 9592 (2), f. 166.
[20] *Ibid.*, f. 355; *Critique sociale*, II, p. 155.
[21] Mss. Blanqui, 9592 (2), f. 218-219.
[22] *Ibid.*, 9590 (1), f. 429, 433.

vencidos los partidarios de Proudhon, y el colectivismo sustituyó a la cooperación como doctrina oficial de la Internacional.

Todas las críticas de Blanqui contra la Internacional revelan un desconocimiento de su objetivo esencial. A pesar de sus insuficiencias y errores fue el primer movimiento de este tipo que reunió grandes masas de obreros, con independencia de las fronteras nacionales, con el fin de defender su título de productores de riquezas, hacer oír la voz de los pueblos sometidos y preparar el fracaso de los déspotas en su carrera hacia la guerra. En efecto, resulta anormal observar que, mientras Blanqui subestimaba la Internacional, los gobiernos europeos se preocupaban mucho de ella. En Francia, en las altas esferas se la consideraba peligrosa desde 1866. Tres años después, tras el cuarto Congreso, los medios oficiales la veían como «el gran punto negro del porvenir». Observadores prudentes, escribía un fiscal, se preguntaban cuánto tiempo transcurriría antes de que los grandes de Europa admitieran la necesidad de aliarse contra su enemigo común [23].

Los comentarios de Blanqui sobre la Internacional se hicieron cada vez más quisquillosos. Una cierta amargura o envidia pudo falsear su juicio, de manera que sus observaciones posteriores no añaden nada nuevo a las críticas ya formuladas. No vio más que ambición vulgar en el hecho de que Tolain hiciera una crónica de la vida obrera en *Le Courrier français*. Y cuando los 15 miembros del primer comité ejecutivo de la rama parisiense de la Internacional fueron procesados y condenados a penas de multa y su Asociación disuelta por ilegal, Blanqui se limitó a observar que era la penitencia por sus pecados pasados. Lo cual quería decir: «Les está bien empleado.» Porque habían declarado que «los trabajadores podían conquistar su emancipación sin el concurso del gobierno y al margen del gobierno y bajo cualquier gobierno» [24].

Sólo después del Congreso de Bruselas de 1868, en el que los colectivistas impusieron sus opiniones, Blanqui aceptó moderar sus ataques contra la organización [25]. Pero seguía teniéndole poca estima, a juzgar por la respuesta que dio el 14 de septiembre de 1868 a Pierre Denis, poeta a ratos y antiguo periodista de *Ecoles de France* y *La Rive gauche*. Denis le

[23] Archivos Nacionales, BB 18-1735, expediente 5152; BB 30-379, Tribunal de Lyon, informe trimestral, 27 de agosto de 1866; y BB 30-389, Tribunal de Nancy, informe trimestral, 18 de octubre de 1869.

[24] Mss. Blanqui, 9590 (1), f. 245, 247.

[25] *Critique sociale*, II, p. 137.

había escrito el 5 de septiembre y describía la Internacional como una potente fuerza del porvenir, aunque reconocía que se había limitado a afirmar principios generales. Para él resultaba claro que la Internacional contenía los gérmenes de una inmensa renovación. Le atribuía incluso la posibilidad de establecer el futuro orden social con sus propias leyes, su justicia, sus asambleas, su moneda; es decir, todo lo que necesitaba una sociedad sana y armoniosa [26]. En lugar de obligar a Denis a descender a la saludable realidad, explicándole los límites históricos de la Asociación, Blanqui adoptó también un punto de vista extremado e intentó demostrar que su importancia en el movimiento obrero europeo era, de hecho, muy limitada.

Hemos de situar la carta de Blanqui en su contexto: está fechada en vísperas de la clausura del Congreso de Bruselas. Durante los meses que precedieron al Congreso, la Internacional había logrado una posición de primer plano gracias a un amplio movimiento huelguístico en Europa. Numerosas ramas respondieron a los llamamientos de solidaridad lanzados por el consejo general. El dinero, destinado a las familias de los huelguistas belgas muertos o heridos, afluía de todas partes; los obreros británicos se mostraron muy generosos. En París, nueve miembros del segundo comité ejecutivo fueron procesados y condenados a penas de multa y de prisión. Una vez más, el tribunal decretó la disolución. Pero los resultados obtenidos fueron opuestos a los buscados: millares de obreros se afiliaron a la Internacional. Dos hechos merecen subrayarse: en primer lugar, la inadecuación manifiesta del programa proudhoniano frente a la combatividad de las masas trabajadoras francesas; además, la concomitancia del crecimiento de los efectivos de la Internacional y de la transformación de la red clandestina blanquista en una máquina de guerra.

Un acercamiento entre las dos organizaciones resultaba prácticamente imposible en 1868. Porque, ni por su estrategia ni por su estructura, la amplia Asociación se prestaba para la insurrección o la conquista del poder, a pesar de su riqueza legendaria, de sus reservas humanas y de su estado mayor.

Blanqui admitía que la Internacional había progresado realmente desde su último Congreso [27] e incluso había cambiado de doctrina económica y política. Como esto era público y notorio, difícilmente podía Blanqui soslayarlo. Tampoco podía ignorar las decisiones del tercer Congreso, que se terminaba

[26] Mss. Blanqui, 9594, f. 287.
[27] Es decir en Lausanne en 1867.

en la misma ciudad en la que vivía como refugiado político. Se alegraba del cambio de dirección, pero no iba más allá. Al contrario que Denis, no presagiaba nada bueno para el porvenir de la Asociación, a pesar del claro giro iniciado. ¿Cuáles eran, pues, las razones de esta falta de confianza? Primeramente, la creía víctima de ilusiones insensatas, de vanidades, rivalidades y ambiciones. En segundo lugar, su existencia le parecía fútil para el desarrollo general de los acontecimientos. Sus progresos se limitaban a reflejar la evolución de la opinión, de la que se había aprovechado como los demás movimientos. Y, por último, se mostraba incapaz de imponer su programa en los problemas de filosofía, política y socialismo. Marchaba a remolque, como una gabarra. «Permanecerá así, estoy convencido», escribía en forma perentoria. Estaba persuadido de que no ejercía poder alguno sobre las masas: «No progresa, no penetra en el pueblo.» [28]

Este constituye, según nuestros conocimientos, el último y más severo juicio de Blanqui sobre la Internacional. Sometido al contraste con los hechos, el juicio pierde validez. Su mayor defecto parece obedecer a la subestimación de las condiciones históricas en que se formó la Asociación. Esta nació, ante todo, para hacer fracasar al patronato que importaba mano de obra barata con el fin de bajar los salarios, romper las huelgas y socavar los sindicatos. Los hechos demuestran que, en este terreno, había conseguido algunos éxitos. Y, por ello, inspiraba efectivamente a los obreros un sentido de la unidad y el suficiente valor para levantarse contra el despotismo en Europa. A pesar de su imperfección, estas realizaciones bastaban para invalidar el juicio de Blanqui sobre la organización. Nació también para oponerse a los designios de los monarcas promotores de guerras. Si no consiguió impedir las guerras, al menos llegaría a alertar a la opinión pública y a implantar entre los obreros la convicción de que su solidaridad podía evitar las hostilidades. Por último había provocado el terror entre los diplomáticos, para quienes llegó a ser su pesadilla, y en el clero, para quien representaba al anticristo. Estos ataques, procedentes de todas partes, no eran fortuitos porque la Internacional representaba efectivamente en esa época la más importante coalición de fuerzas contra el régimen capitalista.

¿Cómo un hombre de la inteligencia y experiencia de Blanqui pudo equivocarse tan claramente sobre el significado de la

[28] Mss. Blanqui, 9591 (2), f. 362-363.

Internacional? Creemos que la razón es doble, y a pesar de que ya hemos tenido ocasión de hablar de ello, parece necesario volver sobre el tema. En primer lugar, Blanqui no se sentía a gusto en una organización de grandes dimensiones que concordaba mal con su teoría de las masas, invalidaba su estrategia de la insurrección y situaba en el primer plano a la clase obrera, a la que él nunca consideró como una fuerza motriz de la historia. Hemos mostrado que prefería un instrumento político fácil de manejar, de dimensiones limitadas, fuertemente estructurado y jerarquizado, de una sola pieza, homogéneo, disciplinado y dispuesto a actuar a sus órdenes. En segundo lugar, la manera de concebir el problema social alejaba mucho a Blanqui de los obreros. Aunque deseaba profundamente colmar el abismo que los separaba, se le escapaba la esencia misma de su movimiento. En definitiva, su opinión sobre la Internacional era el producto de la observación superficial y del desconocimiento del papel de la clase obrera en la historia. En su respuesta a Denis, se detenía sobre la aparente falta de realismo de la plataforma política de la Asociación. El socialismo es inseparable de la política, decía, y numerosos socialistas en la Internacional compartían, sin duda, esta opinión. Mantenerse completamente al margen del Estado, actuar sin él, mientras se intenta regenerar la sociedad, suponía una monstruosa payasada, según Blanqui. Es evidente que al expresarse así pensaba en los abstencionistas proudhonianos y otros grupos de la Internacional. Le agradaba la nueva orientación, pero esperaba que el cambio fuera más completo. Solamente entonces sería posible «hacer cosas razonables», decía. Y por «cosas razonables» entendía la toma del poder. Para este cometido, la Internacional no resultaba el instrumento ideal.

Las esperanzas blanquistas se centraron un momento en la «Alianza Internacional de la Democracia Socialista», fundada en octubre de 1868 por el anarquista ruso Bukunin. ¿Qué es lo que atraía a los blanquistas en esta alianza? Primeramente, debía formar el estado mayor general clandestino del movimiento obrero internacional. En segundo lugar —atracción suplementaria— preconizaba abiertamente el ateísmo. Y, por último, aunque estuviera vinculada al principio del federalismo, este punto apenas se destacaba a petición de Jaclard, que participó en su fundación por consejo de Blanqui, al parecer. El único aspecto criticable desde el punto de vista blanquista consistía en que las ramas de la Alianza debían con-

vertirse en secciones de la Internacional, pero tratando de conservar su autonomía [29].

El coqueteo entre blanquistas y bakuninistas duró poco. La Alianza se dispersó en junio de 1869, al menos públicamente, y en esa época Jaclard se había alejado del partido blanquista. Además, como hemos mostrado, los blanquistas se encontraban entonces impulsados por la fuerza de las circunstancias a entrar en la Internacional.

Cuanto más estudiamos el asunto de la Internacional, más nos convencemos de que en la base de la incomprensión de Blanqui se halla el deseo subyacente de llevar a buen término la reconstitución de su partido. En este aspecto, el movimiento blanquista parecía ser una respuesta a la Asociación Internacional de Trabajadores. Después de 1868, el movimiento obrero francés y los blanquistas se lanzaron por caminos diferentes. El primero se dirigía, bajo la dirección de internacionalistas como Eugène Varlin y Emile Aubry, hacia una federación nacional de sindicatos, que sería el objeto del Congreso previsto para el comienzo del año 1870. Los segundos se mantenían prácticamente al margen de la orientación unitaria del movimiento obrero francés. Debían atenerse a las «Instrucciones» de su jefe para la toma del poder.

EL CAMINO DE LA VICTORIA

Un sensible cambio del clima político durante los dos últimos años del Imperio inculcó a sus contemporáneos al presentimiento de su próximo fin. El corresponsal parisiense de un órgano socialista alemán relataba, a finales de 1869, que la principal cuestión política consistía en saber si el sucesor del Imperio sería una monarquía constitucional o una república democrática y socialista. Impresionado por la fuerza de la propaganda radical, pensaba que el segundo sistema tenía todas las posibilidades de ganar [30]. Pero sus previsiones no tenían en cuenta el hecho de que los republicanos se encontraban divididos en facciones y que cada una tenía ideas concretas sobre la república social y la manera de instaurarla.

Los blanquistas, que tenían conciencia de hallarse en los últimos días del Imperio, redoblaban su actividad. Aceleraban el reclutamiento, abrían centros de adoctrinamiento, se reunían

[29] *Ibid.*, 9594, f. 442, carta de Jaclard a Blanqui.
[30] *Volksstaat*, 1 de enero de 1870.

todas las semanas para pasar revista y estudiar las condiciones previas a la insurrección. Pensaban que algunas de estas condiciones existían ya, como la depresión económica, el paro, la carestía del pan y la impopularidad de la autoridad imperial [31]. Blanqui pasaba temporadas cada vez más prolongadas en la capital, se entrevistaba con sus lugartenientes, examinaba a los cuadros e inspeccionaba a sus tropas. Una primera preocupación consistía en la elección de la fecha. La experiencia le había enseñado a desconfiar de los llamamientos de la base, impaciente por pelearse con los partidarios del orden vigente [32]. En los primeros meses del año 1869, el estado mayor del partido sopesó las posibilidades de un golpe de mano, pero no consiguió ponerse de acuerdo sobre la elección del primer objetivo.

¿Debía ser cierto cuartel en el centro de París o el cercano fuerte de Vincennes? Surgieron otros desacuerdos sobre un aspecto estratégico: por ejemplo, Jaclard se oponía a una acción por sorpresa porque aisla al atacante. El objetivo estribaba en arrastrar al mayor número posible de simpatizantes y de hombres conscientes. Una empresa de esa índole resultaba extremadamente arriesgada porque la opinión general no estaba preparada. El argumento descansaba sobre pruebas que Blanqui conocía demasiado bien. Aplazó la decisión para más tarde, lo cual sorprendió a Jaclard [33].

Durante los años 1868 y 1869, Blanqui se dedicó al problema del combate callejero. El resultado final de sus reflexiones, *Instruction pour une prise d'armes*, resume su experiencia del arte insurreccional. Vemos el trabajo del gran estratega, con todo su ingenio y su falta de flexibilidad [34]. Las lecciones de 1839 y de 1848 producían sus frutos. Naturalmente, el cuerpo revolucionario que tenía que asaltar el edificio imperial era clandestino, como en 1839, y, aunque más importante que las Estaciones, era todavía relativamente restringido. Una vez asegurado de que la situación estaba lo bastante madura para provocar la adhesión popular, Blanqui ordenaba a sus oficiales que clasificaran a los voluntarios según su experiencia militar, crearan cuadros y formaran nuevas unidades de combate. Había que cortar todos los medios de comunicación entre París

[31] Mss. Blanqui, 9594, f. 410, 463, 473.
[32] *Ibid.*, f. 565, 573, 577, 604.
[33] Geffroy, *op. cit.*, pp. 273-274.
[34] Mss. Blanqui, 9592 (1), f. 54-74; el manuscrito fue publicado en cuatro partes en *Le Militant rouge*, diciembre de 1926-diciembre de 1928.

y los departamentos. La tarea del alto mando consistía en impedir que el enemigo replicara y, al mismo tiempo, reforzar la potencia de fuego de los insurrectos. Los que se sumasen al movimiento recibirían cinco francos al día a cargo del Tesoro público. Se entregarían a los comerciantes e industriales bonos por los artículos requisados.

Una parte importante de la *Instruction* estaba dedicada a las barricadas. No es necesario examinar nuevamente las directrices detalladas; limitémonos a señalar que Blanqui ponía en guardia contra la repetición de antiguos errores. A no ser que la construcción de barricadas se basara en un plan de conjunto, su triple objetivo —a saber, entorpecer a la tropa, sitiarla y protegerse del fuego de la artillería— fracasaría. A pesar de la tendencia a asfaltar las calles de París, la mayoría estaban todavía cubiertas con los viejos adoquines que Blanqui consideraba como el elemento básico de las barricadas. Un cálculo sencillo permitía prever el número de adoquines necesarios para construir un muro, una vez determinadas sus dimensiones. Naturalmente, las barricadas debían estar espaciadas y comunicadas para formar un conjunto defensivo. Además de estas instrucciones, pensando sin duda en la confusión y disensiones de 1839, añadía que las condiciones esenciales de la victoria eran «la organización, el conjunto, el orden y la disciplina». Dudaba mucho de que tropas profesionales pudiesen resistir mucho tiempo a una insurrección organizada sistemáticamente, «que actuara con todos los preparativos de una fuerza gubernamental».

Blanqui redactó una serie de cuatro proclamas que debían ser leídas el día de la sublevación. Una de ellas era un llamamiento de los obreros a los estudiantes, dado que las dos capas sociales tenían un interés común en la victoria de la ciencia sobre el oscurantismo [35]. La segunda invitaba a los parisienses a reconquistar la libertad legada por sus antepasados [36]. La tercera se dirigía a los soldados y oficiales: les decía que no eran más que los instrumentos de la tiranía, mientras que podrían ser muy útiles al país ayudando al pueblo a liberarse de sus opresores [37]. Y la cuarta tomaba la forma de un decreto que declaraba a Bonaparte y sus ministros enemigos de la patria, revocaba a los altos funcionarios, prevenía contra

[35] Mss. Blanqui, 9591 (2), f. 154-155.
[36] *Ibid.*, f. 378, y 9592 (1), f. 77.
[37] *Ibid.*, 9592 (1), f. 85-86.

las provocaciones y prometía recompensas a los que se sumaran a las filas de los insurrectos [38].

Desde el principio de la insurrección, el jefe supremo nombraría tres comisiones: una de ellas ordenaría la incautación de las fábricas de armas; la segunda se encargaría de aprovisionar al ejército revolucionario; la tercera organizaría un servicio de información y de seguridad interior [39].

Un poder revolucionario dictatorial tomaría las riendas después del triunfo de la insurrección. Las instrucciones de Blanqui sobre esa fase de la revolución eran claras y precisas [40]. Redactadas en 1869 y 1870, en el momento en que la estrella de Napoleón palidecía y se propagaban las fórmulas revolucionarias, representan su pensamiento definitivo en cuanto a los problemas de la transición entre la sociedad condenada y la que había de sucederle. También en este punto, se encuentran las huellas de la experiencia de los años treinta y muy pocas ideas nuevas. Un pequeño grupo escogido, que ejercería un poder absoluto, conduciría a la nación hacia el objetivo prometido. Por las razones ya mencionadas, la solución del problema social, de capital importancia, debería alcanzarse por el método de tanteo. A pesar de estas reservas, el conjunto mostraba el sello de un gran estadista. Blanqui, dado que la evolución sería larga y penosa, prevenía contra los resultados prematuros. El pueblo debía saber por anticipado que tendría que luchar y luchar, antes de poder disfrutar de las ventajas del nuevo orden. La gran innovación estribaba en el cambio de orientación, indicado mediante las nuevas consignas [41]. «Las cadenas se han roto, la nación es libre, un horizonte inmenso se abre ante ella.» [42]

Blanqui se oponía a unas elecciones inmediatamente después de la victoria, porque recordaba aún el costoso error de 1848. La dictadura, centralizada en París, ultimaría las medidas necesarias a la vez para liberar el país de la opresión de las instituciones y para poner los cimientos de la sociedad futura. Diversos comités vigilarían el buen funcionamiento de la economía, la administración de los bienes nacionalizados de la Iglesia y de la aristocracia y la creación de una enseñanza verdaderamente laica. El gobierno revolucionario aboliría el

[38] *Ibid.*, f. 77.
[39] *Ibid.*, f. 50.
[40] Su título general es «Le Communisme, avenir de la société», *Critique sociale*, I, pp. 173-220.
[41] Mss. Blanqui, 9591 (2), f. 125.
[42] *Critique sociale*, I, p. 203.

ejército profesional, la judicatura y la deuda pública. Al mismo tiempo, armaría a los obreros, despediría a la burocracia, promulgaría una ley sobre el servicio civil y establecería impuestos sobre las rentas y las herencias. Nada se decía sobre el destino del Banco de Francia, probablemente para no alarmar a la masa de pequeños ahorradores [43].

Blanqui aconsejaba una extremada prudencia respecto de los pequeños productores y los campesinos. No se decretaría la propiedad colectiva total: era preciso darle tiempo para enraizarse lentamente, para que mostrara sus ventajas al pequeño propietario. El campesino, en particular, resultaría difícil de convencer por dos razones. En primer lugar, durante siglos, se había mantenido fiel a la monarquía y a la Iglesia; por lo tanto, se necesitaba trabajar primero para arrancarle sus arraigados prejuicios, «obra más difícil y más larga que la creación de un nuevo pueblo». En segundo lugar, se sentía tan vinculado a su parcela que cualquier intento de absorción en un todo significaría para él un desastre: «Por ello, reparto y comunidad son palabras que oyen como un toque a rebato.» Habría que acostumbrar a los campesinos a oír la palabra comunidad «no como amenaza, sino como una esperanza». La asociación no debía imponerse por la fuerza; con el tiempo, el campesino descubriría sus beneficios y se convencería por sí solo de la necesidad de entrar en ella voluntariamente [44].

Blanqui pudo preguntarse si la dictadura revolucionaria duraría mucho tiempo: si se transformaría en un sistema permanente de gobierno o si perdería su razón de ser con la aparición paulatina de la nueva sociedad. No fijaba con claridad ninguna limitación temporal a la dictadura. Estaba seguro de una sola cosa: del establecimiento del comunismo, única salvaguardia del individuo, ya que «el individualismo es su exterminación» [45]. «El gobierno por excelencia» desaparecerá. La última forma del Estado sería la ausencia del Estado, porque nadie tendría razones para oprimir a los demás. Los conflictos entre el federalismo y el centralismo, entre la burguesía y el proletariado, pertenecerían al pasado. Los medios de opresión se volverían caducos, en cuanto dejaran de dividir al pueblo. Así Blanqui llegaba a una especie de doctrina de la desaparición gradual del Estado [46]. Aunque no lo dijera tenía, al pare-

[43] Mss. Blanqui, 9590 (1), f. 375-377.
[44] *Ibid.*, f. 377-378; 9591 (2), f. 551; *Critique sociale*, I, pp. 209-211.
[45] *Critique sociale*, I, p. 189.
[46] Mss. Blanqui, 9581, f. 24; 9590 (1), f. 106.

cer, en la mente la teoría saintsimoniana de la sustitución del gobierno de los hombres por la administración de las cosas.

El año 1870 fue, para Luis Napoleón, crucial. Había comenzado mal, con una disminución de su prestigio como consecuencia de las elecciones de 1869. La oposición llegó a ser tan fuerte, tan audaz incluso, que intentar suprimirla podría provocar la revolución. La política exterior del emperador no le proporcionaba apenas consuelo: había fracasado en su intento de anexión de Luxemburgo y Bélgica; había sido humillado en su aventura mejicana y engañado por Bismarck, en cuya trampa terminaría por caer. En el interior, su sistema de poder personal le había enajenado todas las simpatías. Incluso el campesinado, que le había llevado al poder, y los medios provincianos, le rechazaban. Muchas personas fueron encarceladas en 1869, en una docena de ciudades, acusadas de sedición [47]. El movimiento huelguístico no conocía tregua; incluso parecía ampliarse. Para restablecer su prestigio, el emperador organizó un plebiscito en mayo de 1870, cuyo éxito resultó inesperado, sobre todo en las regiones rurales [48]. Pero la ventaja quedó muy reducida por el gran número de papeletas en blanco o negativas, a pesar de las presiones oficiales. En el ejército, se contaron más de 50.000 votos hostiles.

La opinión pública se conmovió profundamente, en enero de 1870, al conocer el asesinato del periodista Victor Noir, de *La Marseillaise* [49] (cuyo director era Henri Rochefort), por el príncipe Pierre Bonaparte. Dado que los internacionalistas y los blanquistas formaban parte de la redacción del citado periódico, sus lectores lo consideraban como un puente tendido entre las diferentes familias socialistas y obreras. La indignación pública se manifestó con una concentración de cerca de 200.000 personas el día de los funerales. Los blanquistas, llegados en masa, desfilaron ante su viejo jefe, escondido entre la multitud; tal vez esperaban pasar a la acción. Pero el gobierno había concentrado 60.000 soldados. En la Cámara y en la prensa, se increpó duramente al régimen. Gambetta le abrumó con sus sarcasmos, y también fue la ocasión para que el viejo Raspail diera rienda suelta a una de sus últimas cóleras. Al día siguiente del crimen, el editorial de Rochefort en *La Mar-*

[47] Archivos Nacionales, BB 18-1785, expediente 9735.
[48] Jéloubovskaïa, *op. cit.*, pp. 285-286.
[49] *La Marseillaise* tuvo 156 números del 19 de diciembre de 1869 al 25 de julio de 1870.

seillaise comenzaba así: «He tenido la debilidad de creer que un Bonaparte podía ser otra cosa que un asesino.»

Después de los funerales, se produjeron disturbios en París durante varios días. La detención de Rochefort el 7 de febrero estuvo a punto de desencadenar una insurrección general, a pesar del carácter prematuro que hubiera tenido. Cerca de 300 personas fueron detenidas y, entre ellas, algunos colegas del periodista. El desorden se adueñó de varias ciudades de provincias. No puede decirse si existió entonces una relación de causa a efecto entre esos disturbios y el aumento de los efectivos blanquistas; en todo caso, en ese período alcanzaron éstos su cifra máxima.

También en enero de 1870, los obreros del Creusot se declararon en huelga. Se concertó rápidamente un acuerdo, pero no duró mucho. El conflicto estalló nuevamente en marzo y se prolongó hasta abril. El hecho de que Eugène Schneider, dueño del Creusot, fuera también presidente de la Cámara legislativa confirmaba para mucha gente la tesis socialista, tan frecuentemente expuesta, de que existían relaciones estrechas entre la gran industria y el Imperio. Con ocasión de un combate contra la tropa, los huelguistas tuvieron numerosos muertos y heridos. Las protestas y la agitación que se adueñaron de Francia, el apoyo económico a las familias de las víctimas, los progresos de la federación de los sindicatos preconizada en Francia por la Internacional; todo eso, que se presentaba como un desafío y ridiculizaba las prohibiciones imperiales, acabó por desconcertar al poder. Fueron prohibidos algunos periódicos, sus directores interrogados y sus críticos encarcelados. Según los informes publicados en *La Gazette des tribunaux,* el número de procesos por delitos políticos aumentó durante la primera mitad de 1870. Y, finalmente, en vísperas de la guerra franco-prusiana, llegó la orden de detener a todos los jefes del movimiento internacionalista. En París, los tribunales condenaron a treinta y ocho de ellos a diversas penas de prisión. La presencia de blanquistas entre los inculpados demostraba que habían desaparecido las barreras entre ellos y los internacionalistas. Hubo procesos similares en otras ciudades, pero varios quedaron interrumpidos por la declaración de guerra. Su consecuencia fue la desorganización de la Asociación en Francia.

Ese había sido realmente el objetivo de Napoleón. Al haber optado por la guerra, deseaba proteger su retaguardia. Según

la doctrina oficial, la Internacional era increíblemente fuerte, capaz de derrocar a los gobiernos dedicados a hacer la guerra. Pero las autoridades, a pesar de los informes de los espías, resultaban víctimas de una alucinación. La concentración de masas en el entierro de Victor Noir habría debido demostrarles precisamente la debilidad del movimiento revolucionario; aunque estuviera dispuesto a la acción, continuaba dividido. Además, la misma Internacional carecía hasta tal punto de cohesión en Francia —como en los demás países— que no podía enfrentarse con las mínimas garantías al poder establecido. Y, sin embargo, el Imperio, creyéndose amenazado, decidió golpear el primero. Sin duda, el deseo obsesivo de restablecer su prestigio impulsó al emperador a atacar a Prusia, aunque también influyó en ello el temor de ser derrocado por las fuerzas progresistas.

Cabe ver, por consiguiente, una relación entre la apertura de las hostilidades entre Francia y Prusia y la detención masiva de internacionalistas. En París, se dictó sentencia contra ellos el 8 de julio de 1870. Once días más tarde Francia declaraba oficialmente la guerra. Hemos de señalar también que el proceso y la prohibición simultánea del congreso sindical previsto para las mismas fechas proporcionaron al Imperio el agradecimiento del patronato francés [50].

EL FRACASO DE LA VILLETTE

Blanqui —que se había replegado a Bruselas en el momento de la oleada de detenciones— regresó a París el 10 de agosto, a petición de su partido. Los desastres militares habían provocado tal vindicta popular, que las tropas tenían que proteger al cuerpo legislativo. Con el orgullo nacional herido, el pueblo —que recordaba las lecciones de 1793— estaba dispuesto a creer que sólo una república salvaría a Francia. Según el análisis blanquista, la nueva situación se prestaba, pues, a una insurrección. Dos jefes muy estimados, Emile Eudes y Ernest Granger, preconizaban una acción inmediata. Pero Blanqui no compartía su optimismo: sus argumentos principales consistían en que la guerra había agotado las fuerzas del partido y que, debido a nuevos elementos, una sublevación resultaba

[50] Archivos Nacionales, F (Ic) III, 9, Seine-Inférieure, informe del 2 de julio de 1870.

prematura [51]. Sin embargo, quedó en minoría. Esto ocurrió el 13 de agosto. Al día siguiente, dio la orden de tomar el cuartel de La Villette.

El 14 de agosto de 1870, al igual que el 12 de mayo de 1839, era domingo, y el tiempo, cálido y soleado; uno de esos días en que la gente pasaba fuera de casa, mientras que los burgueses parisienses y los altos dignatarios del régimen se refugiaban en sus residencias de los alrededores de París, porque al día siguiente era la fiesta de la Asunción. El objetivo se encontraba en un suburbio obrero, lo cual, según los blanquistas, facilitaría la maniobra. Los detalles del asalto resultan menos interesantes que los del 12 de mayo de 1839, y no nos detendremos en ellos. Sólo un número relativamente pequeño de insurrectos participó en el ataque y sus resultados fueron penosos. La acción completa, que se basaba primeramente en apoderarse de las armas y luego en ocupar puntos estratégicos antes de irrumpir en París, terminó de manera lamentable. Las gentes se mostraron completamente impermeables a los gritos de «¡A las armas!» y «¡Viva la República!» ¡Qué confusión cuando los insurrectos intentaron escabullirse escondiendo sus armas! Dos de ellos, François Désiré Eudes y Gabriel-Marie Brideau, fueron detenidos, juzgados y condenados a muerte [52]. Pero personas influyentes intervinieron a su favor y las penas se conmutaron.

El 14 de agosto de 1870 fue una especie de ensayo general del 4 de septiembre, fecha en que la presión popular impuso la proclamación de la República. El inevitable desastre que resultó de la acción inoportuna confirmaba de nuevo que la técnica del golpe de mano era una locura. La historia demostraba ser mejor guía que la teoría. Dar a un grupo clandestino la orden de atacar uno de los bastiones del poder no implicaba que se dieran todas las condiciones previas para la victoria. Evidentemente, dichas condiciones no existían en 1870, como tampoco en 1839. Hay que reconocer que Blanqui intentó oponerse en ambas ocasiones a la acción inmediata porque su olfato político le indicaba la inoportunidad. Pero el hecho de que la impaciencia de algunas cabezas locas triunfara las dos veces sobre su juicio más ponderado, contiene en sí mismo

[51] *La Patrie en danger*, 16 y 17 de septiembre de 1870. Véase también Wladimir Martel, *op. cit.*, pp. 51-55.

[52] Sobre el proceso, véase *La Gazette des tribunaux*, 21 al 30 de agosto y 1 de septiembre de 1870.

una condena de su estrategia. Contaba con el empuje revolucionario del pueblo, pero sin colmar nunca el vacío que los separaba. Había descuidado una regla fundamental que Eugène Varlin aprendió en sus contactos con la clase obrera: «Antes de llamar al pueblo, es preciso tomarle el pulso con el fin de cerciorarse de que tiene fiebre.» [53]

[53] Citado por Jéloubovskaïa, *op. cit.*, p. 392.

19. LA GUERRA FRANCO-PRUSIANA

Una semana después de que la caída del Imperio se anunciara oficialmente, se publicó en *Le Charivari* la «Historia de un reino», litografía de Daumier. Se veía a Mariana, atada de pies y manos, de pie entre dos cañones. Uno de ellos llevaba la fecha: París, 1851; el otro: Sedán, 1870. Se denunciaba así el verdadero carácter del bonapartismo. Se mantuvo desde el principio por la violencia y por la violencia perecía. Millares de tumbas le sirvieron de trampolín hacia el poder. La guerra derrumbaba los pilares de su autoridad y le precipitaba en el vacío.

La guerra franco-prusiana puso al desnudo la increíble corrupción del sistema de Luis Napoleón. El estado mayor, enfangado en las tradiciones y la burocracia, dejó la iniciativa en manos de los prusianos. Al contrario que su adversario, el emperador se batía en dos frentes. Sus políticos debían enfrentarse con dos tipos de enemigos: los del exterior y los del interior. Los movimientos contra los primeros se encontraban dificultados por el temor a las reacciones de los segundos. Unidades provinciales de la guardia móvil fueron desplazadas a París; el armamento de los parisienses había cesado; y el Imperio, una vez conseguidas sus primeras victorias sobre Prusia, pensaba lanzar una vasta ofensiva contra la capital. Porque el objetivo principal consistía en afirmar los cimientos de la dinastía napoleónica, eliminando de París los microbios de la revolución.

Con ese propósito se nombró gobernador militar de París al general Louis Trochu. Fue escogido no por su genio militar, sino por la popularidad que se había granjeado al criticar las estructuras del ejército francés. La opinión pública le consideraba, pues, un inconformista. Un hombre de semejante temple, se pensaba en las altas esferas, sabría vacunar a los parisienses contra la revolución. El día de su entrada en París lanzó un llamamiento a la unidad, hizo todo lo posible para ser

BIBLIOTECA ARICÓ U.N.C.

aceptado, sobre todo por la burguesía republicana, y se puso en contacto con los conservadores para formar un gabinete de coalición en el caso de que se hundiera el Imperio [1].

A pesar de la censura, las noticias de los reveses franceses se difundían entre la población. Mientras tanto se tomaban severas medidas para contener las posibles manifestaciones. Se efectuaron registros en los domicilios de obreros parisienses y hubo redadas durante la última semana del mes de agosto de 1870. Se declaró el estado de sitio en ciudades de provincias y la guardia móvil se situó en los puntos críticos. De hecho, se tomaron todas las medidas para prevenir una revolución si se producía el desastre militar.

LA TERCERA REPUBLICA

El emperador capituló en Sedán el 2 de septiembre de 1870. La noticia de la catástrofe, ocultada al público hasta el anochecer del 3 de septiembre, rompió todos los diques. Comenzó la agitación en los barrios populares y, en poco tiempo, se transformó en uno de esos inmensos movimientos que constituyen la historia de París. Los representantes del orden resultaban impotentes ante semejante movimiento; éste logró alcanzar la Cámara, donde los diputados buscaban ya alguna ingeniosa estratagema para encauzar el ardor popular. Todos los proyectos quedaron reducidos a la nada debido a la riada irresistible de los parisienses que, derramándose como un torrente sobre el último bastión del general Trochu, invadieron la Cámara a los gritos de «¡Abajo el Imperio!» y «¡Viva la República!» Los diputados, aunque de acuerdo para aplaudir la caída del Imperio, no pensaban aclamar la República sin alguna aprensión, porque temían que preparase el camino a un gobierno revolucionario y a un régimen social. Al ver las multitudes de parisienses invadir la Cámara, los veteranos de 1848 podían evocar, sin duda, el desarrollo de acontecimientos similares, en el mismo lugar, durante el mes de febrero, unos veintidós años antes. En ambos casos, se trataba del mismo tipo de diputados, hombres llenos de astucia, expertos en el arte de engañar a las masas. La intrusión de los parisienses produjo el efecto de reunir a todos los partidos en torno a la misma bandera, como si de pronto sus programas políticos no sirvieran. La tropa llamada para hacer evacuar la Asamblea no

[1] Véase Jéloubovskaïa, *op. cit.*, cap. 5 y 6.

tuvo ánimos para combatir. Algunos soldados pensaban, en realidad, como los insurrectos; otros presentían que defendían una causa perdida. Los parisienses mantuvieron su principal reivindicación: que la declaración parlamentaria sobre la caída del Imperio terminara con la proclamación de la República. Los diputados se encontraban cogidos en la trampa. Peor aún, veían blanquistas en las primeras filas de los manifestantes. Había que ceder. La República fue proclamada. Al mismo tiempo, los diputados más hábiles consiguieron librarse de los intrusos.

Examinemos la contribución blanquista al profundo cambio político. Hemos relatado el ridículo asunto de La Villette y sus efectos humillantes sobre el partido. Sedán, menos de un mes más tarde, produjo una verdadera salvación: los blanquistas vieron una posibilidad única de recuperar su prestigio y de levantar la moral de sus tropas. Al conocer la capitulación del emperador, Blanqui envió inmediatamente a sus partidarios a los barrios obreros con el fin de estimular la agitación. Después lanzó dos directrices: una ordenaba a sus lugartenientes que encabezaran una manifestación a la Cámara para exigir la proclamación de la República; la otra mandaba a sus hombres que liberaran a Rochefort, encarcelado desde el 7 de febrero, y a los dos blanquistas Eudes y Brideau, cuyas condenas a muerte habían sido conmutadas [2].

Luego que los manifestantes hubieran invadido la Cámara, un blanquista, adelantándose hacia el escaño del presidente Eugène Schneider, proclamó con voz fuerte el derrocamiento del Imperio y el establecimiento de la República [3]. Resultaba demasiado para los diputados. Si permitían a los blanquistas reivindicar el mérito de haber impuesto la república, tal vez tendrían que compartir después el poder con ellos. Y entonces los legisladores exhibieron todos los recursos de su astucia. Comenzaron por ceder en la cuestión de la república. A continuación añadieron que, según la tradición, la proclamación debía realizarse en el Ayuntamiento. La estratagema consiguió vaciar la Cámara. Jules Favre y Léon Gambetta, seguidos por una multitud de manifestantes, llegaron al Ayuntamiento, donde ya ondeaba la bandera roja. Los blanquistas y los neojaco-

[2] Gaston Da Costa, *La Commune vécue*, París, 1905, III, pp. 316-324.
[3] Martel, *op. cit.*; Maurice Dommanget, *Blanqui, la guerre de 1870-1871 et la Commune*, París, 1947, pp. 23-25; Jéloubovskaïa, *op. cit.*, páginas 466-485; véase también A. Aulard, «Souvenirs du 4 septembre 1870», *La Révolution française*, 1920, LXXIII, pp. 263-264.

binos habían llegado antes con gran número de obreros y tenderos.

EL GOBIERNO DE DEFENSA NACIONAL

Se entabló una lucha por el poder. Una alianza provisional se formó entre las facciones de izquierda alrededor de candidatos al gobierno provisional, entre los que se encontraban Blanqui, Charles Delescluze, Félix Pyat, Raspail, Rochefort y Gustave Flourens. Con excepción de Blanqui y de Flourens, difícilmente cabía considerar a los demás como socialistas. Delescluze podía calificarse de neojacobino, como Pyat, periodista de tendencias histéricas. Raspail, como se recordará, era un radical pequeñoburgués. Los principios de Rochefort resultaban más difíciles de definir: cabe decir que se aproximaban a los de Gambetta, pero con un matiz más radical. Además, su nombre constituía un símbolo popular. Sus artículos en *La Lanterne,* como otras tantas picaduras de avispa, habían atacado cruelmente al emperador. En torno a su *Marseillaise,* reunió a socialistas de distintas tendencias, incluso internacionalistas, y acababa de ser llevabo en triunfo por los obreros desde Sainte-Pélagie hasta el Ayuntamiento. En definitiva, Rochefort encarnaba un abanico de opiniones antinapoleónicas, desde los revolucionarios hasta los republicanos moderados. Por esta razón, diferentes facciones le cortejaban. Los blanquistas pensaban que si se le pudiera hacer entrar en el mismo gobierno que a su jefe —al tener uno el apoyo del pueblo y el otro la técnica revolucionaria—, la revolución social podría no ser una palabra vacía, a pesar de la oposición violenta y unificada de monárquicos, bonapartistas y republicanos. Por temor a una asociación semejante, Favre, Gambetta, Jules Simon y sus colegas republicanos se esforzaron por atraerse a Rochefort.

El gobierno provisional que organizaron, o, por darle su título oficial, el gobierno de Defensa Nacional reunía a monárquicos y republicanos. Al lado de Favre, Gambetta y Simon se encontraban el general Le Flô y el almirante Fourichon, ambos orleanistas. Y otro orleanista, el general Trochu, fue puesto al frente del gobierno porque el ejército le escuchaba. En circunstancias graves, es decir, si la república optase por tendencias socialistas, Favre y Simon estaban dispuestos a sacrificarla por una monarquía. Y se pensaba que el ministro de Obras Públicas, el gran industrial Pierre Dorian, actuaría

de la misma manera. Republicanos como Garnier-Pagès, Arago, Eugène Pelletan y, naturalmente, Rochefort, eran ministros sin cartera.

Salvadas las apariencias, tal gobierno no se diferenciaba apenas del imperio liberal. Cinco de sus miembros habían contribuido a derribar la Segunda República: Favre, por ejemplo, había redactado el decreto que ordenó la deportación sin juicio de los insurrectos de junio, y Garnier-Pagès fue el autor del desafortunado impuesto suplementario de los cuarenta y cinco céntimos. El gobierno esperó hasta el 5 de noviembre para solicitar los sufragios populares, y, además, lo hizo mediante un plebiscito limitado a la capital.

De este modo la sublevación popular de los días 3 y 4 de septiembre llevó al poder a aventureros políticos, cuyo objetivo principal e inmediato consistía en apoderarse de los puestos clave con el fin de prevenir una revolución social. El desarrollo de los acontecimientos en septiembre de 1870 parece calcado del de febrero de 1848. En ambos casos la presión popular obligó a que políticos poco entusiastas adoptasen la república, que sirvió a su vez de tapadera para las maniobras de regreso de las antiguas facciones. En las dos ocasiones se reclutó a un favorito popular, cuyo nombre garantizaba el apoyo de las masas. Y las dos veces Blanqui fue eliminado del gobierno.

Un problema se plantea aquí: ¿por qué los blanquistas no se hicieron con el poder antes de que sus enemigos políticos hallaran las bases para el entendimiento? La respuesta nos lleva al punto vulnerable del partido blanquista. Al no haberse preocupado jamás de ganarse el apoyo de las masas, sus llamamientos quedaron sin respuesta. ¿Cómo habrían podido cosechar los blanquistas lo que nunca habían sembrado? El 4 de septiembre se encontraron al frente de una amplia concentración popular espontánea, pero no la habían inspirado: se habían situado simplemente en la primera fila de los manifestantes cuando todo había empezado ya.

LA PATRIA EN PELIGRO

Según la propia definición de Marx, que se limitaba a adelantar la opinión del consejo general de la Primera Internacional, el nuevo gobierno francés no constituía «una conquista social», sino «una medida de defensa nacional». Por ello, concluía que: «la clase obrera de Francia tiene que hacer frente a condiciones dificilísimas. Cualquier intento de derribar el nuevo

gobierno en el trance actual, con el enemigo llamando casi a las puertas de París, sería una locura desesperada. Los obreros franceses deben cumplir con su deber de ciudadanos, pero, al mismo tiempo, no deben dejarse llevar por los recuerdos nacionales de 1792, como los campesinos franceses se dejaron engañar por los recuerdos nacionales del Primer Imperio. Su misión no es repetir el pasado, sino construir el futuro. Que aprovechen serena y resueltamente las oportunidades que les brinda la libertad republicana para trabajar en la organización de su propia clase. Esto les infundirá nuevas fuerzas hercúleas para la regeneración de Francia y para nuestra obra común; la emancipación del trabajo. De su energía y de su prudencia depende la suerte de la república» [4].

¿Cómo vio Blanqui la situación política entonces? En cuanto se sustituyó el Imperio por la República, el patriotismo y la unidad nacional adquirieron para él una gran importancia y constituyeron, en realidad, una motivación más fuerte que sus principios socialistas. Que pudiera existir concordancia entre la seguridad de la nación y las aspiraciones socialistas no parece haberle pasado por la cabeza en los primeros momentos de la República. Porque la palabra «república» representaba todavía para él la sociedad ideal, como le ocurría a la mayoría de los franceses. Para ellos, únicamente la república —paraíso de libertad, igualdad y fraternidad— podía salvar a Francia, al liberar los recursos ocultos de la nación. En definitiva, a la república, pese a la experiencia de 1848, se la reverenciaba por el igualitarismo que implicaba. Solamente ella podía apoyar los derechos de los explotados contra las pretensiones de los explotadores. Y porque la palabra república significaba todo eso en el espíritu del pueblo, sus enemigos juraron perderla desde su nacimiento.

Durante los primeros días de su existencia, el gobierno de Defensa Nacional no hizo nada que permitiera descubrir su antirrepublicanismo. Además, la instauración de la República —al modificar el carácter de la guerra y convertir a Alemania en agresora— había elevado al gobierno a la dignidad de un nuevo Comité de Salvación Pública, al menos para los franceses. ¿Qué francés, qué patriota podía negar su confianza a semejante areópago?

[4] «Segundo Manifiesto del consejo general de la Asociación Internacional de los Trabajadores sobre la guerra franco-prusiana» en K. Marx, *La guerra civil en Francia*, Ricardo Aguilera, editor, 3.ª edición, Madrid, 1971, p. 37.

Por consiguiente, en esta hora de crisis nacional, Blanqui olvidó sus principios de partido para apoyar al gobierno. No obstante, puso dos condiciones para su adhesión: la República debía ser preservada a toda costa, y el gobierno debía comprometerse a hundirse con la capital antes de aceptar la desmembración de Francia. A cambio de ello, reclamaba un armisticio en la lucha de partidos. No existía más que un solo enemigo, los prusianos y sus aliados, es decir, los hombres adictos a la dinastía derrocada. La salvación pública exigía de forma ineludible una tregua social [5].

Sin poner esas dos condiciones, los republicanos moderados y los monárquicos aceptaban, igualmente, apoyar al gobierno [6]. Y, dado que las dos condiciones no tardarían en realizarse, la política de Blanqui después del 4 de septiembre se distinguía difícilmente de la de sus enemigos de la víspera. La verdadera diferencia residía en la diversidad de reservas mentales.

Los internacionalistas parisienses, por su parte, se oponían a los demás republicanos. No otorgaban su confianza al gobierno. Pero prometieron mantenerse a su lado, exigiendo a cambio la abolición de la legislación y de las instituciones represivas del Imperio, el derecho de reunión y de asociación, la separación de la Iglesia y el Estado y la elección inmediata de un gobierno municipal en París [7]. Estas exigencias contrastaban profundamente con las condiciones de Blanqui; es más, se oponían con energía a los objetivos de los neojacobinos retrógrados. Sin embargo, los internacionalistas no tenían fuerza para obligar al nuevo gobierno a que adoptara su plataforma.

Después del 4 de septiembre la situación en conjunto resultaba más bien favorable para el gobierno improvisado. Este, al menos en apariencia, gozaba del apoyo de todos los partidos. También tenía en mano —como han mostrado los historiadores— todas las bazas necesarias para una resistencia efectiva al invasor. Y, sin embargo, al anochecer del 4 de septiembre el gobierno confesó que resultaba imposible continuar la lucha e incluso no refutó la afirmación derrotista de Trochu, que estimaba que defender París sitiado contra los prusianos era una pura locura [8].

Resuelto a apoyar al gobierno, a pesar de los consejos de varios de sus lugartenientes para que se mantuviera al margen [9],

[5] *La Patrie en danger*, 7 de septiembre de 1870.
[6] Jéloubovskaïa, *op. cit.*, pp. 512-514.
[7] Samuel Bernstein, *Essays in Political and Intellectual History*, p. 144.
[8] Jéloubovskaïa, *op. cit.*, p. 526.
[9] M. Dommanget, *Blanqui et la guerre de 1870-1871*, etc., p. 29.

Blanqui fundó un club y un periódico con el fin de poner en práctica su política. Olvidemos un instante la cronología para ocuparnos primeramente de *La Patrie en danger*, el diario que lanzó el 7 de septiembre con la ayuda financiera de discípulos acaudalados. El título adoptado, el patriotismo incendiario que inspiraba al periódico y la reinstauración del calendario revolucionario habían sido deliberadamente calculados para recordar a los republicanos en el poder que sus antepasados habían salvaguardado la República y preservado a Francia de la desmembración.

Los artículos de Blanqui parecían escritos para allanar el camino del gobierno. ¿Pensaba que éste podría en 1870 escoger la vía de 1792? ¿O confiaba en infundirle el espíritu de aquella época? Podría contestarse afirmativamente a ambas preguntas. A pesar de su amplia cultura histórica, Blanqui carecía en ocasiones del sentido de la historia. Pensaba que podía repetirse. Y no excluía la inspiración de los grandes ejemplos heroicos. Por ello, conjuraba al poder para que actuara con la misma decisión que la Primera República y para que fuera tan consecuente. Había que alertar al pueblo, movilizarlo y armarlo; había que dirigir la economía, y era preciso tomar todas las medidas necesarias para reforzar al máximo la capacidad de combate.

Los artículos de Blanqui, a lo largo del mes de septiembre y principios de octubre, demostraban su deseo de respetar la tregua social que había jurado. Se olvidaban en ellos las cuestiones candentes y se evitaban cuidadosamente los antagonismos de clase. Todo lo que podía distraer del objetivo supremo, es decir, expulsar fuera de Francia al enemigo, se consideraba inoportuno y, por consiguiente, nocivo para el país. Blanqui estaba convencido hasta tal punto de todo ello que parecía rechazar el embrión de socialismo internacionalista que pareció concebir en algún momento.

Su patriotismo desenfrenado se hundía en la patriotería. Desde ésas profundidades veía en la guerra franco-prusiana el enfrentamiento de dos razas. Como ha señalado el más escrupuloso de sus biógrafos, permanecía sordo ante la simpatía y los apoyos que Francia encontraba entre los socialistas de otros países, y especialmente en Alemania [10]. Lafargue contaba a Marx, en mayo de 1869, que Blanqui tenía una opinión tan mala como infundada del movimiento socialista alemán [11]. Su inve-

[10] *Ibid.*, p. 51.
[11] Jéloubovskaïa, *op. cit.*, pp. 557-558.

terado racismo, vuelto a la superficie con la guerra, deformaba completamente su visión de las cosas. «¡Cuánto odio a ese pueblo! [los alemanes]», escribía al periodista Arthur Ranc, amigo de Gambetta. «¡Ah! ¡Pueblo de brutos! ¡Si algún día pudiéramos tomarnos el desquite! ¡Si tuviera usted un hijo, mi querido Ranc, si Gambetta tuviera otro, sabrían ustedes inspirarle un odio hacia nuestro vencedor tan vivo como el amor a nuestra Patria!» [12].

La contribución más importante de Blanqui a *La Patrie en danger* era también la parte militar. Preveía los movimientos del enemigo, mostraba la manera de oponerse a ellos, designaba los lugares en donde se debían construir plazas fuertes y atrincheramientos. Mantenía con convicción que la finalidad original de las fortificaciones de París no había sido la de defender la ciudad, sino la de intimidar a sus habitantes. Su conocimiento de los problemas de táctica era tan grande que sorprendía a los militares de carrera. Sus artículos sobre la defensa de Francia recuerdan las *Notes sur la guerre,* de F. Engels, enviadas a la *Pall Mall Gazette* [13]. Sostenía Blanqui que, a pesar de estar invadido, el país podía proseguir la lucha. Las reservas de material y aprovisionamientos eran suficientes; en cuanto a las tropas, con tal de que fueran adiestradas, armadas y dirigidas por oficiales competentes, eran todavía suficientemente numerosas para que pudiera organizarse una larga resistencia. Este juicio sobre la situación militar, inmediatamente después de Sedán, no resultaba exagerado. Coincidía con el de otro gran experto, el general Von Moltke, comandante en jefe del ejército alemán [14].

La defensa nacional constituía igualmente el tema de las discusiones en el «Club de la Patria en Peligro», que creó Blanqui después del 4 de septiembre. Todas las noches se podía ver a su alrededor a miembros del partido como Eudes, Granger y Brideau, uno de los Levraud, Tridon y Albert Regnard, que había sido expulsado de la Escuela de Medicina después del Congreso de Lieja. En el club como en el periódico, las discusiones sobre el invasor hacían olvidar los problemas sociales y económicos. Con una pasión contenida, pero sin énfasis, Blanqui declaraba que la capital asediada ya no era una ciudad, sino un campo atrincherado, y su población, un ejército. Todos los

[12] Arthur Ranc, *Souvenirs, correspondance,* pp. 197-198.

[13] Sus artículos sobre la guerra franco-prusiana fueron reunidos posteriormente y publicados con el título: *Notes sur la guerre; soixante articles parus dans la Pall Mall Gazette,* Viena, 1923.

[14] Jéloubovskaïa, *op. cit.,* pp. 510-511.

ciudadanos se habían convertido en soldados; todos debían someterse a las requisas y al racionamiento. Ricos y pobres debían compartir las privaciones y contribuir igualmente a la defensa nacional [15].

Pedía la guerra a ultranza, una guerra que movilizara todas las energías de la nación. Exigía, por consiguiente, el reforzamiento de la industria de guerra, la distribución de armas, la construcción de barricadas, la nacionalización de los artículos de primera necesidad, el cese de los funcionarios bonapartistas y toda una serie de medidas con el fin de poner verdaderamente a la nación en pie de guerra.

Existían muchos puntos comunes entre ese programa y el del «comité central de los veinte distritos», gracias a los blanquistas que formaban parte de él. Se trataba de un cuerpo militar compuesto por delegados de los batallones de la Guardia Nacional, y por esta razón en las altas esferas se le consideraba un potente adversario. El hecho de que su comité central tuviera su sede en el mismo inmueble que la Internacional de París y la Federación local de los sindicatos parisienses demostraba los lazos que le unían al movimiento obrero y socialista. Su composición reflejaba claramente el acercamiento que se operaba entre blanquistas e internacionalistas. Porque la guerra no respetaba sus divisiones, ni sus sentimientos de animosidad.

Las reuniones del Club de la Patria en Peligro estaban mucho menos concurridas que las del Club Central Republicano en 1848. Las sesiones cotidianas, empero, ofrecían a Blanqui la ocasión de exponer públicamente sus reproches y sus ardientes mensajes. Estos se publicaban, al día siguiente, en su periódico. En sustancia, representaban exactamente lo que reclamaban los conservadores de la tendencia más respetable [16].

El auditorio del club, al igual que la tirada del periódico, continuaban siendo pequeños. Para explicar este fenómeno cabe invocar el cansancio ocasionado por la guerra y el papel primordial de las preocupaciones de tipo elemental. Los que servían en la Guardia Nacional disponían de poco tiempo para dedicar a los clubs políticos. Pero la razón principal de la falta de interés suscitado por el periódico y la predicación de Blanqui residía, sin duda, en la manera en que uno y otra se presentaban. El conjunto estaba demasiado impregnado de intelec-

[15] G. de Molinari, *Les Clubs rouges*, París, 1871, p. 38.

[16] Véase el artículo de J. J. Weiss en *Paris-Journal* del 18 de febrero de 1871, en Mss. Blanqui, 9594, f. 162-165; citado también en A. Zévaès, *Auguste Blanqui*, París, 1920, pp. 183-186.

tualismo: para el hombre de la calle resultaba incomprensible. A decir verdad, Blanqui nunca aprendió a expresarse en términos populares. De ahí ese resultado de que, según Geffroy, «en el movimiento y el ruido de la ciudad en lucha, la voz de Blanqui es como una voz en el desierto» [17]. Un ejemplo fue su elección como comandante del batallón 169. La mayoría de los 1.500 guardias nacionales reunidos para elegir su jefe no sabía nada acerca de aquel hombre bajo, entrecano y arrugado, cuya voz resultaba apenas audible. No fue elegido hasta que Clémenceau, que presidía la votación, contó la historia del candidato [18].

EL 31 DE OCTUBRE DE 1870

El gobierno de Defensa Nacional actuaba con una lentitud y una duplicidad calculadas. No defendía a Francia y tampoco protegía a París. En realidad, pocos días después de su constitución, Jules Favre, ministro de Asuntos Exteriores, había pedido a las grandes potencias que provocaran un armisticio. Era público y notorio que Thiers se encontraba en el extranjero con la misma misión [19]. No obstante, las declaraciones oficiales del gobierno continuaban siendo tan marciales. En caso contrario, ¿cómo seguiría engañando a la población de la capital, cuyos jefes hablaban todavía de expulsar al enemigo fuera de las fronteras y de establecer las bases de la república social?

La inacción del gobierno suscitaba dudas en el espíritu de Blanqui. Desde el 9 de septiembre se interrogaba acerca de las razones del cierre de las fábricas de guerra, mientras que faltaban cañones y obuses. Seis días más tarde manifestaba la más viva inquietud: el enemigo se hallaba en las puertas de la capital; las calles resonaban con el ruido de las armas. Le parecía, sin embargo, que todo ese ruido no era más que una apariencia. Había algo malsano en el ambiente, una especie de corriente oculta donde el «sacrificio» y el «egoísmo» libraban un combate. Una pavorosa hipótesis acudió a su mente, haciéndole retroceder de espanto: la resistencia no era más que una máscara, concebida para ocultar los preparativos de una rendición. Tuvo la valentía de formular lo que otros ima-

[17] *Op. cit.*, p. 302.
[18] *Ibid.*, pp. 307-308.
[19] Jéloubovskaïa, *op. cit.*, pp. 548-553.

ginaban vagamente, y preguntó «si la comedia de la guerra no va a desembocar en una paz ignominiosa» [20]. Todos los hechos indicaban realmente que el gobierno no era más que «una pálida falsificación del Imperio. También él teme más a la Revolución que a Prusia, y toma sus precauciones contra París, antes de tomarlas contra [el rey] Guillermo» [21].

No disminuía su crítica al gobierno: éste preparaba una capitulación y maquinaba para reducir al silencio a la oposición, tratando a los espíritus independientes como a enemigos públicos. Blanqui no podía prestarse más a semejante juego. Abandonó la moderación y se dedicó a atacar a los hombres que llevaban el timón con abrumadores calificativos. Se trataba de gentes «sin escrúpulos», escribía el 10 de octubre; «lacayos de librea», que no habían «arriesgado nunca un pelo de su cabeza, ni una hora de su libertad por la causa democrática». Eran «servidores de Bonaparte». Resultaban «más insolentes que los herederos de una monarquía de quince siglos» [22].

El llamamiento que acababa de lanzar el gobierno para la elección de una asamblea general concordaba bien con su objetivo, la capitulación. ¿Cuál era la solución de recambio? Según Blanqui, todos los hombres armados de París debían elegir un comité de nueve miembros, otro Comité de Salvación Pública —aunque no se citaba el nombre— que, investido de poderes dictatoriales, continuara la guerra hasta la aniquilación completa del enemigo [23].

La política preconizada por Blanqui implicaba que si el gobierno no actuaba en el sentido de la defensa nacional, como su mismo nombre le invitaba a hacer, sería derrocado. En realidad, las presiones de la izquierda para conseguir la depuración de la justicia y de la administración habían empezado a ejercerse desde el 8 de septiembre. Hacia mediados de mes el comité central de los veinte distritos había difundido por todo París su programa político, en el cual reclamaba reformas administrativas radicales, la incautación de los víveres y alojamientos, el armamento del pueblo y la movilización general [24]. El carácter de este programa resultaba tan incompatible con la política gubernamental que fue considerado por los que se hallaban en el poder como una verdadera amenaza.

[20] *La Patrie en danger*, 5 de septiembre de 1870.
[21] *Ibid.*, 19 de septiembre de 1870.
[22] *Ibid.*, 10 de octubre de 1870.
[23] *Ibid.*, 20 de septiembre de 1870.
[24] *Le Combat*, 16 de septiembre de 1870.

La presión popular creció todavía más en octubre. Gustave Flourens, apuesto jefe de batallón de barba pelirroja, encabezó una manifestación de maşas el día 5. El 8, Blanqui se encontraba en la primera fila de una multitud de trabajadores ante el Ayuntamiento. Hubo gritos: «¡Abajo Blanqui! ¡Traidor! ¡Agente prusiano!» Como represalia, el gobierno decidió disolver el cuerpo de oficiales de la Guardia Nacional, al que pertenecía Blanqui, y convocar nuevas elecciones. Esta vez Blanqui no resultó elegido [25].

En *Le Combat,* Pyat anunció el 28 de octubre que el general Bazaine había negociado la rendición de Metz. La noticia se confirmó el 30. El mismo día se supo que el enemigo había tomado Le Bourget. Y Thiers había regresado con una propuesta de armisticio que preveía, entre otras cosas, la reunión de una Asamblea Nacional para ratificar los términos del tratado de paz [26].

Desde Waterloo, París no había sufrido una humillación semejante. Mezclada a esta mortificación, una cólera sorda oprimía a muchos ciudadanos que pensaban que la traición había sido la causa de los desastres. La capital se hallaba en plena efervescencia. En la mañana del 31 de octubre, los ocupantes del Ayuntamiento vieron llegar a la plaza grupos de hombres cada vez más numerosos. Por la tarde, guardias nacionales armados se sumaron a ellos. Por encima del océano de cabezas se leían las pancartas siguientes: «¡Armisticio, no! ¡La Comuna!» y «¡Resistencia hasta el fin!». La multitud se abrió camino a la fuerza hasta las más altas autoridades, se negó a parlamentar con ellas e incluso las barrió y pronunció su revocación. Los miembros del gobierno fueron detenidos, colocados a buen recaudo, y en su lugar se constituyó un nuevo gobierno provisional [27].

Se aprobaron por aclamación los nombres de los nuevos ministros, catorce en total. En su gran mayoría, ya eran personajes conocidos. Entre ellos, además de Blanqui, se encontraban Victor Hugo, Louis Blanc y Rochefort, Raspail, Flourens y Delescluze. Se incluyó también a Dorian, sin duda para tranquilizar a los partidarios del gobierno de Defensa Nacional [28].

[25] Geffroy, *op. cit.,* pp. 315-316.
[26] Louise Michel, *La Commune,* París, 1921, p. 80.
[27] Sobre el movimiento del 31 de octubre de 1870, véase *Souvenirs d'un révolutionnaire,* París, 1902, pp. 413-423, de Gustave Lefrançais; véase también *Mon journal pendant la guerre* del conde d'Haussonville, París, 1905, pp. 253-275.
[28] *Le Radical,* 17 de febrero de 1872.

No se puede afirmar con seguridad que todos esos hombres hubieran sido consultados antes de la confección de la lista. En todo caso, únicamente Blanqui aceptó el poder ofrecido así. No había asistido a la manifestación, y su partido no desempeñó papel alguno en su preparación. A decir verdad, el asedio había distendido los lazos de la organización y forzado a cierto número de miembros del partido a entrar en la Guardia Nacional. Informado de lo que había ocurrido y de su nombramiento para ese alto puesto, Blanqui se dirigió inmediatamente al Ayuntamiento. Vio el desorden triunfante: hombres armados de los dos bandos, dispuestos a luchar. Las consignas se propagaban, ampliadas por la confusión y el desacuerdo. Nadie en la asamblea parecía capaz de tomar la dirección de los asuntos. Las riendas del gobierno estaban libres; Blanqui se apoderó de ellas.

Se refugió en una habitación custodiada por los insurrectos y firmó una serie de decretos —ocho en total— que se ocupaban de la seguridad interna de la capital contra un asalto combinado de los enemigos exteriores e interiores. Las órdenes prescribían cortar las comunicaciones con el exterior, rechazar los ataques prusianos, ocupar el Ayuntamiento, la Prefectura, las alcaldías, el ministerio del Interior, la Imprenta Nacional y expulsar de esas instituciones a los elementos reaccionarios. Se nombró a Raoul Rigault prefecto de policía [29]; Blanqui no podía escoger mejor.

Los decretos resultaron papel mojado, por falta de apoyo armado. Los batallones leales habían regresado a sus cuarteles. Los internacionalistas parisienses, por consejo de sus jefes proudhonianos, rehusaron apoyar a Blanqui so pretexto de que la Internacional nada tenía que ver con la política. Estos detalles se dieron a conocer más tarde al consejo general de Londres por Auguste Serailler. «Sólo Blanqui —escribió— permaneció en su puesto hasta el final» [30]. El gobierno derrocado disponía aún de bastantes recursos, mientras que el nuevo gobierno ni siquiera podía entrar en contacto con el batallón de tiradores leales mandado por Flourens. Al intentar reunirse con él, Blanqui estuvo a punto de ser despedazado por unos guardias. Afortunadamente, una escuadra de partidarios de Flourens acudió con rapidez a salvarle. Se elaboró entonces un com-

[29] M. Dommanget, *op. cit.*, pp. 76-77.
[30] Mss. Actas, 28 de febrero de 1871; véanse también mis *Essays*, etc., página 147.

promiso, según el cual el gobierno restaurado debía organizar rápidamente la elección de su sucesor y prometía abstenerse de cualquier represalia contra los jefes del movimiento.

La promesa no fue cumplida. Antes de transcurrir una semana, un gran número de insurrectos fueron detenidos e inculpados. Rochefort dimitió del gobierno. Y se designó al general Clément Thomas, conocido por su odio al radicalismo, para el mando de la Guardia Nacional. Poco después se llevó a cabo una depuración de oficiales blanquistas. Por consiguiente, resulta razonable concluir que el episodio del 31 de octubre reforzó al gobierno de Defensa Nacional y le devolvió la confianza en su capacidad para hacer frente a crisis similares en el futuro.

Obligado a esconderse, Blanqui no dejó, empero, de escribir editoriales para su periódico. Pidió a los parisienses que votaran «no» en el plebiscito que, en oposición a los acuerdos mencionados anteriormente, se había organizado en lugar de la elección de un nuevo gobierno provisional. Decir «sí» equivalía a aprobar la capitulación, la desmembración de la patria y la deshonra. Responder con la negativa suponía golpear a los enemigos de la nación, de la república y de la municipalidad. He ahí cómo aconsejaba Blanqui al pueblo que votara si deseaba su independencia y su bienestar [31].

El plebiscito del 5 de noviembre constituyó un triunfo para el gobierno. Confirmado por los resultados, ordenó la detención de numerosos radicales conocidos, como Tridon, Jaclard, Pyat, Vermorel y el viejo neobabouvista Pillot, que había regresado del exilio en América del Sur. También se dictaron mandamientos de detención contra Blanqui, Flourens, Eudes, Edmond Levraud y algunos otros. Con justa razón, *La Patrie en danger* preguntó: «¿Estamos en una república o en una monarquía?» [32].

Blanqui atribuyó la derrota de la oposición a la campaña de calumnias y mentiras desencadenada desde hacía dos meses. Todo eso formaba parte del plan supremo de los derrotistas. ¿Y quiénes eran esos hombres? Los burgueses, cuyo odio a la república social apagaba el amor a la patria y todo deseo de progreso. Para ellos el lingote de oro prevalecía sobre el patriotismo y la cultura. Preferían que pereciera Francia y el progreso antes que abandonar el poder. «El capital prefiere el

[31] *La Patrie en danger*, 4 de noviembre de 1870.
[32] *Ibid.*, 15 de noviembre de 1870.

rey de Prusia a la República. Con él tendrá, si no el poder político, al menos el poder social» [33].

Durante las últimas semanas de publicación de *La Patrie en danger*, Blanqui la utilizó como tribuna para atacar el proyecto de elección de una Asamblea Nacional. En el fondo, sus principales argumentos eran los mismos que los que había expuesto en 1848 para combatir la elección de una Asamblea constituyente, confirmados por veinte años de historia. Algunos puntos merecen recordarse: una consulta organizada cuando una parte del territorio se hallaba ocupada por un ejército enemigo no podría expresar correctamente el sentimiento de la nación; pondría en peligro al gobierno popular, a la república y a la patria; en lugar de servir a los intereses y la seguridad del pueblo, produciría todo lo contrario [34]. Con ello, Blanqui se refería, sin duda, a la toma del poder por Luis Napoleón so pretexto de restablecer el sufragio universal. Desde el punto de vista de la lógica pura, su razonamiento resultaba irrefutable. Su argumento final consistía en que el tiempo precioso dedicado a organizar la consulta podría emplearse mejor en defender París, al que la historia había convertido en singular «responsable de Francia. Al sucumbir, la pierde. A toda costa, debe mantenerse de pie» [35].

El último número de *La Patrie en danger* llevaba fecha del 8 de diciembre de 1870. El comité de redacción declaró que ya no podían cubrirse los gastos, lo cual equivalía a decir que el número de lectores era demasiado escaso para que el periódico prosiguiera su vida. *Le Temps* lanzó las campanas al vuelo porque, con su desaparición, «se desvanece el último germen de discordia» [36]. *Le Rappel* [37], *Le Journal des débats*, *L'Univers* se alegraron igualmente. *La Gazette de France* y *La Vérité* [38] exultaron porque Flourens y Blanqui carecían en adelante del medio para extraviar a la gente.

Blanqui quedó reducido al silencio. Había perdido su único medio de comunicación con el público, en el preciso momento en que el porvenir se oscurecía. Llegó el invierno; el racionamiento era cada vez más estricto, y el anciano parecía muy solo al aproximarse su sesenta y seis aniversario.

[33] *Ibid.*, 9 de noviembre de 1870.
[34] *Ibid.*, 19-20 noviembre de 1870.
[35] *Ibid.*, 8 de diciembre de 1870.
[36] *Ibid.*, 9 de diciembre de 1870.
[37] *Ibid.*, 11 de diciembre de 1870.
[38] La fecha de los cuatro periódicos era el 9 de diciembre de 1870. Blanqui tomó nota de los artículos. Véase Mss. Blanqui, 9587, f. 179-182.

EL 22 DE ENERO DE 1871

La dureza de los tiempos constituía la prueba suprema para la resistencia de la capital: Las gentes hablaban entre ellas de la penuria de alimentos, de la mala calidad del pan, del mercado negro. Se invocaba a la Comuna como una especie de talismán [39]. Se presentaba como el símbolo de una Francia triunfante, un faro de esperanzas para el pueblo en un momento de adversidad. En medio de la angustia popular, cayó la noticia de la derrota de Buzenval, donde una salida —ordenada por el general Trochu el 19 de enero— costó 3.000 heridos y muertos a la Guardia Nacional. Trochu fue sustituido en el mando de la Guardia Nacional por Vinoy, bonapartista inveterado.

Ante esta acumulación de desastres, los parisienses se preguntaban si no existía un plan en las altas esferas para romper el espíritu de la resistencia parisiense y forzarla al armisticio. En poco tiempo las hipótesis ansiosas se transformaron en certidumbres, y después en razones para actuar. Todo ello envuelto en una atmósfera dolorosa y fúnebre.

Se preparaba un levantamiento popular. Era en parte obra de los internacionalistas parisienses, en un último intento de tomar el poder y relanzar la guerra a ultranza. Pero los internacionalistas se hallaban divididos en dos consejos federales. El más importante, dirigido por proudhonianos, se mostraba reticente, hostil incluso a toda acción que pudiera llevarle a la política y, en todo caso, predispuesto en contra de cualquier colaboración con los blanquistas. El otro consejo federal, menos potente, se apoyaba solamente en once secciones, pero estaba dirigido por el consejo general de Londres por mediación de su representante, Seraillier; tenía ánimos combativos y era favorable a un frente común con los blanquistas y los neojacobinos.

En la noche del 21 de enero, unos guardias nacionales, dirigidos por blanquistas, liberaron a los hombres detenidos después de los acontecimientos del 31 de octubre. Requerido por sus discípulos para dirigir la insurrección, Blanqui se negó porque implicaba actuar con temeridad, como declaró ante un tribunal militar en 1872 [40]. Pero presenció desde un café cercano todos los acontecimientos. El 22 de enero, a las doce,

[39] Véase, por ejemplo, Molinari, *op. cit.*, pp. 208-214.
[40] *Le Radical*, 17 de febrero de 1872.

una enorme multitud que confraternizaba con los guardias nacionales se había reunido frente a la sede del gobierno. Este, avisado, hizo concentrar guardias móviles y tropas coloniales en el interior del Ayuntamiento. Un disparo, efectuado desde no se sabe dónde, desencadenó una pequeña batalla. Los manifestantes se dispersaron, dejando tras de ellos numerosos muertos y heridos. Todo acabó en media hora. La vieja guardia de la Internacional parisiense no cumplió su promesa de facilitar tropas. Solamente acudió Benoît Malon con dos secciones [41].

El gobierno, dueño de la situación en la capital, adoptó medidas severas. Prohibió periódicos, ordenó el cierre de los clubs y procedió a efectuar numerosas detenciones; Blanqui se libró. Luego de decapitar a la oposición, el gobierno firmó las condiciones del armisticio. Preveían la elección de una Asamblea Nacional para ratificar los términos del retorno al estado de paz, la rendición y la entrega de fortificaciones al norte y al sur de París, el pago de una indemnización sustancial en el plazo de quince días y el desarme de las tropas regulares. El 28 de enero un cartel hizo pública la capitulación. El gobierno de Defensa Nacional había logrado sus fines.

El llamamiento de Blanqui a la resistencia apenas fue escuchado. Se le informó de que, en Burdeos, Gambetta se sublevaba contra el armisticio y lanzaba un llamamiento a la lucha a ultranza. Suponía la última esperanza. Era la voz que, resonando a través de la nación, podía convencer a los franceses de tomar las armas y, en un arrebato patriótico, como hicieran los *sans-culottes,* arrojarse sobre el invasor. Durante un corto período de tiempo, renació el optimismo de Blanqui. El 16 de febrero de 1871 escribía a Ranc que, a no ser que se resistiera en Burdeos, la república había terminado. Resultaba obligado que Gambetta se empecinara. El propio gobierno de París había renunciado a sus funciones de guía de la nación. No tenía derecho a firmar un armisticio, y tampoco a convocar una asamblea. El gobierno verdadero se hallaba en provincias, «en medio de los ejércitos franceses y de las poblaciones libres». Por consiguiente, no había que tener en cuenta a París para nada. En cuanto a Gambetta, debía resistir a todas las presiones [42]. Pero toda esta emoción se prodigaba en vano, porque Gambetta fue obligado a renunciar a cualquier acción.

[41] Mss. Actas, 28 de febrero de 1871.
[42] A. Ranc, *op. cit.*, pp. 184-185.

TRIUNFO DEL PARTIDO DE LA PAZ

El 8 de febrero comenzó la votación para la elección de la Asamblea. El partido de la paz en París se benefició de la división de sus adversarios. Los dos consejos federales de la Internacional presentaron listas separadas de candidatos. Una de ellas constituía una alianza de internacionalistas y republicanos demócratas como Gambetta, Clémenceau, Rochefort y Louis Blanc; la otra se componía de internacionalistas y blanquistas. El antiguo consejo federal se había negado a todo acuerdo con Blanqui [43]. Varios candidatos de la primera lista resultaron fácilmente elegidos; pero la segunda no encontró apenas eco, aunque personalmente Blanqui consiguió 53.000 sufragios, cifra, sin embargo, insuficiente para ganar la elección. La victoria de la derecha resultó aplastante. Las dos terceras partes de la Asamblea eran monárquicos, y había alrededor de doscientos republicanos conservadores. La ratificación de los términos de la capitulación estaba garantizada.

Herido por estos resultados, Blanqui compuso una violenta diatriba contra los capituladores. Publicada en una octavilla con el título *Un dernier mot,* constituía a la vez una condena del pueblo alemán y una acusación al gobierno francés. Veamos la acusación al gobierno. Recogía el tema desarrollado en *La Patrie en danger* y examinaba la acción del gobierno. No se podía confiar en él. Habría podido rechazar a los alemanes, pero su verdadero enemigo era la revolución. Blanqui comparaba el 22 de enero de 1870 al 2 de diciembre de 1851, y el plan de Trochu al de Bazaine. Y llamaba a continuación a todos los patriotas a protestar contra una paz impuesta por el temor. Todavía podía ser exterminado el invasor, incluso si París caía. Como conclusión, acusaba al partido en el poder de alta traición.

Con arreglo a los mismos términos del armisticio, la capital fue sometida a humillaciones. Los alemanes entraron marcando el paso de la oca en la ciudad y ocuparon parte de ella. Deprimido y enfermo, Blanqui buscó refugio en casa de su viejo amigo, el doctor Lacambre, en el departamento del Lot. Allí se enteró de que un tribunal militar le había condenado a muerte por su participación en los acontecimientos del 31 de octubre [44].

[43] Mss. Actas, 28 de febrero de 1871.

[44] *La Gazette des tribunaux,* 10-11 de marzo de 1871. Hacia finales de febrero, cinco participantes, Gustave Lefrançais, Auguste Vermorel, Paolo

Su réplica llegó el 15 de marzo de 1871. Los verdaderos culpables, decía, se encontraban en el poder. La mayoría de ellos fueron los sepultureros de la Segunda República. Ya que fracasaron en su misión, resultaba obligado que los republicanos patriotas asumieran su tarea. Es lo que habían intentado hacer el 31 de octubre, sin éxito, por cierto. Pero su desaparición y la de los hombres que pensaban como él supondría el triunfo de la reacción y del despotismo.

Blanqui fue detenido dos días después y encarcelado en Figeac. Se le consideraba demasiado peligroso para dejarle en libertad. Porque París constituía un polvorín que podría incendiar Francia, y acaso Europa. El viejo conspirador inspiraba miedo, como siempre: aunque enfermo, podría regresar a París y ofrecer sus servicios de estratega. Thiers, elevado a la presidencia por la Asamblea Nacional, había decidido desarmar a París. No esperaba resistencia alguna; o tal vez preveía dificultades y confiaba en una guerra civil para subyugar a una ciudad que sembraba el desorden en la sociedad desde 1789. En todo caso, prefería tener al intrépido rebelde detrás de los barrotes antes que correr el riesgo de verle volver a la colmena revolucionaria.

La Comuna de París dio comienzo el 18 de marzo de 1871, cuando Blanqui se hallaba todavía en Figeac. Más de dos meses después se le trasladó con un lujo inaudito de precauciones al castillo de Taureau, fortaleza encaramada a una roca suspendida sobre el Atlántico.

Tibaldi, comandante de una legión italiana, Pierre Vésinier y J. J. Pillot, fueron absueltos. *Ibid.*, pp. 24-26, febrero de 1871. Otros siete, liberados después. El novelista Jules Vallès fue condenado a seis meses de cárcel. Gustave Flourens, Edmond Levraud y Victor Cyrille fueron condenados a muerte.

20. ULTIMO ENCARCELAMIENTO Y LIBERACION FINAL

Los resultados de las elecciones del 8 de febrero de 1871 —como ya hemos mostrado— colocaron en peligro a la República, solamente cinco meses después de su proclamación. Los republicanos de toda Francia temían, naturalmente, una restauración de la monarquía, con su alarde engañoso de solemnidad. En Francia, la monarquía se había vuelto incompatible con las esperanzas provocadas por tres revoluciones. El París popular, orgulloso de su altiva independencia, estaba humillado. En la lucha contra el invasor, la ciudad se convirtió en el símbolo de la resistencia, al igual que en 1793. No había capitulado: había sido entregada. Y si soportaba la afrenta de ver a los alemanes acampar en sus calles sin arrojarse sobre ellos, no se debía a respeto por el armisticio, sino a una prueba de obediencia hacia el comité central de la Federación de los guardias nacionales.

Este comité se había transformado en un Estado dentro del Estado. Sus comienzos se remontaban a las elecciones de febrero, cuando los delegados de las compañías se reunieron para elegir sus candidatos. Una vez terminado el escrutinio, siguieron reuniéndose, ya que los resultados empujaban a la República hacia el precipicio. Durante las semanas siguientes, que pasarían a la historia, se constituyó la Federación de la Guardia Nacional del Sena.

Los estatutos se debatieron y adoptaron con concurrencia de soldados-ciudadanos. El comité central, una vez elegido, asumió todas las funciones de un verdadero gobierno. Hacía respetar los derechos cívicos, ejercía la vigilancia sobre las calles de la capital y se ocupaba del bienestar de la población y de defender la República. Esas funciones no constituían fines en sí. Se contaba con que la Federación fuera imitada en otros departamentos, y que actuara como eje de un organismo nacional de Federaciones que, luego de tomar el relevo del ejército

existente, allanara todos los obstáculos del camino hacia «la fraternidad y la solidaridad universales» [1]. Los ideales, mejor o peor expresados, parecían de esencia socialista. Estaban inspirados por los internacionalistas del comité y favorecidos por los blanquistas, algunos de los cuales se habían introducido en la Asociación. Había también en el comité neojacobinos y sindicalistas [2], cuyas oficinas se encontraban en el mismo edificio que la rama parisiense de la Internacional.

A primeros de marzo comenzó seriamente una verdadera lucha por el poder entre el comité central y la Asamblea Nacional, que funcionaba desde hacía un mes. El presidente de la Asamblea, Adolphe Thiers, era en realidad orleanista y tan hábil en las justas políticas como poco escrupuloso en los principios. Su aversión por el radicalismo constituía su única constante en política. Las decisiones de la Asamblea le hicieron impopular en la capital. Sus leyes sobre los pagarés vencidos y la reanudación del pago de los alquileres desencadenaron la hostilidad de los pequeños tenderos y de los obreros. Ambas clases se volvieron a encontrar prácticamente aliadas, aunque sus intereses no fueran los mismos. La Asamblea decidió trasladar la sede del gobierno a Versalles, y los parisienses consideraron esta medida como el primer paso hacia la restauración de la monarquía. Se nombró a un bonapartista para el mando de la Guardia Nacional, a pesar de las protestas del comité central, que reivindicaba para sí el derecho a designar su jefe. El nuevo comandante en jefe y el comité dieron órdenes contradictorias.

Se preparaba un enfrentamiento: Versalles estaba impaciente por someter a París, y París decidido a una resistencia tenaz. La ciudad no carecía de armas. Para impedir que los alemanes confiscaran las piezas de artillería, la milicia las había subido a las alturas de Montmartre, desde donde se podía aguantar un asedio. Se acusó al comité de conspiración y traición. En la mañana del 18 de marzo fracasó estrepitosamente un intento del ejército para desarmar a París. Y se ordenó evacuar todas las tropas de la ciudad.

[1] *La Fédération républicaine de la Garde nationale*, núm. 1, s. f., Se trataba del órgano oficial de la Federación. Véanse mis *Essays...*, pp. 151-152.

[2] Los nombres de los miembros del comité central fueron publicados en *La Fédération républicaine de la Garde nationale*, núm. 2, 7 de marzo de 1871.

LA COMUNA DE PARIS

La evacuación dejó al comité como dueño único de París. Pero ese gobierno parisiense parecía no tener una conciencia exacta de sus responsabilidades y de la gravedad de la situación militar de la capital. El triunfo había sido tan repentino que brotó el entusiasmo general, como un acceso de fiebre, y saltó a alturas vertiginosas. No fueron escuchadas las advertencias de una minoría que aconsejaba perseguir al ejército en retirada y disolver la Asamblea Nacional [3]. En lugar de actuar con prontitud y resolución, el comité perdió tiempo en discusiones, reuniones, respuestas a las acusaciones de Versalles, querellas de autoridad con los elegidos locales, y permitió así que Versalles organizara la resistencia. Evidentemente, el comité no comprendía el sentido de su misión. Basta para probarlo su impaciencia por abandonar el poder en manos de un consejo municipal elegido.

El 26 de marzo los electores designaron noventa y dos consejeros. Veintiuno eran republicanos moderados y radicales; dieciocho, internacionalistas, y cuarenta y cuatro, neojacobinos y blanquistas. Nueve escaños permanecían vacantes, debido a elecciones dobles o a que algunos elegidos, como Blanqui y Garibaldi, se encontraban en la imposibilidad de ocuparlos. Unas elecciones complementarias, organizadas el 16 de abril para sustituir a treinta y seis consejeros que no podían o no querían ocupar sus puestos, aportaron un nuevo contingente de neojacobinos, blanquistas e internacionalistas, entre ellos Auguste Serraillier, que había regresado de Londres.

Es preciso decir unas palabras sobre este Consejo. Aunque los neojacobinos y los blanquistas estuvieran divididos en cuanto a los medios y los objetivos, sus intereses coincidían en algunos puntos. Con respecto a importantes problemas políticos y militares, formaban una mayoría frente a una minoría de internacionalistas. En cambio, todo el programa social y económico de la Comuna estaba inspirado por los internacionalistas. Las principales reivindicaciones tenían raíces proudhonianas, como el crédito gratuito, la cooperación, un banco del pueblo, y el libre cambio de los productos del trabajo. También los internacionalistas permanecían fieles a la línea de Proudhon

[3] P. Lissagaray, *Histoire de la Commune de 1871*, París, 1947, p. 90. La primera edición apareció en Bruselas en 1876. La traducción inglesa, publicada en Londres en 1886, se debía a Eleanor Marx Aveling. (Hay traducción española: *Historia de la Comuna de 1871*, Artiach Editorial; Madrid, 1970.)

sobre las cuestiones políticas y administrativas. Naturalmente, la Historia les había empujado a la huelga y a la acción política. Pero ellos preferían la autonomía y el federalismo al centralismo, y en éste radicaba el mayor obstáculo para su reconciliación con los neojacobinos y blanquistas. Y lo que interesaba a los neojacobinos no eran las formas, sino la adoración de reliquias. Lo que se había hecho en 1793 permanecía inalterado para siempre, adorado incluso, aunque los acontecimientos hubieran proyectado algunas sombras sobre la custodia. Por eso el respeto hacia el 93 les convertía en ardientes abogados de la dictadura. Este punto de vista era compartido por los blanquistas, dedicados sobre todo a los asuntos militares y policiales. En tanto que grupo, estos últimos formaban un conjunto menos homogéneo y menos sometido a reglas estrictas durante la Comuna que en los dos últimos años del Imperio. Porque no tenían jefe que les guiara. Además, las duras realidades habían contribuido a relajar sus vínculos y a abatir las barreras de facciones hasta el punto de que en varias ocasiones críticas algunos de ellos votarían con los internacionalistas. Así ocurrió con Gustave Tridon y con Edouard Vaillant, sabio formado en Alemania, amigo íntimo de Rogeard, discípulo de Proudhon y afiliado a la Internacional desde 1867, que se hizo blanquista durante la Comuna [4].

No tenemos el propósito de ofrecer un largo relato acerca de la Comuna de París, pero es necesario recordar algunos hechos. La composición del Consejo era una causa de fricción cuando se planteaban problemas importantes. Lo cual resultaba inevitable en un gobierno revolucionario compuesto de tendencias que creían todas poseer la verdad. La discordia se agravaba todavía más por la triple rivalidad que existía entre el comité central, el consejo ejecutivo de la Comuna y —a partir del mes de mayo— el Comité de Salvación Pública. Todo eso muestra que las disensiones impedían que el Consejo comunal actuara con libertad. Y, sin embargo, durante los setenta y dos días de su existencia —mientras luchaba con un heroísmo singular contra fuerzas superiores— el Consejo consiguió cumplir cierto número de promesas que muchos han considerado como un primer paso hacia el socialismo. Impuso el laicismo en la enseñanza pública y proyectó su reforma, separó la Iglesia del Estado, nacionalizó los bienes del clero, estimuló la creación de sindicatos y cooperativas, invitó a las sociedades obreras a

[4] Véase M. Dommanget, *Edouard Vaillant, un grand socialiste*, París, 1956.

orientarse hacia la reapertura y gestión de los talleres y fábricas abandonados, abolió las deudas, suspendió el pago de los alquileres durante el período de guerra, proporcionó vivienda a los que carecían de ella en las casas vacías, fijó el precio del pan, prohibió el trabajo nocturno en las panaderías y, por primera vez, trató directamente con los sindicatos. La demolición de la columna Vendôme fue una manifestación de antipatía hacia la fuerza bruta y la falsa gloria, y como contraste, un tributo de confianza a la fraternidad de los pueblos. Por ello, numerosos extranjeros se pusieron al servicio de la Comuna, y los socialistas del mundo entero vieron en ella un sistema social que se orientaba hacia nuevas conquistas.

Tanto los enemigos de la Comuna de París como sus amigos, han podido calificarla de obrera y socialista. Pero solamente sus enemigos pensaban denunciar así su presunta infamia. Con tenacidad y premeditación, esos enemigos han hecho todo lo posible para confundir socialismo y terror, clase obrera y derramamiento de sangre. Si esperaban inmunizar con ello al mundo, su éxito ha sido grande. Mucho tiempo después de la caída de la Comuna, su espectro ha merodeado no solamente por Francia, sino por Europa y América. Su carácter obrero —que ningún contemporáneo intentaba poner en tela de juicio— constituía un fenómeno único en la historia de todos los países. Para un adversario implicaba, evidentemente, una falta imperdonable. Sin embargo, para muchos obreros y socialistas, se trataba de las primeras luces del amanecer. Por ello, se apresuraron a ponerse al servicio de la Comuna. «Lo más sorprendente —comunicaba Seraillier a Londres— es que todos están en sus puestos como si fuera la cosa más natural del mundo» [5]. Y, al cabo de dos semanas, les contaba los asombrosos progresos de la administración [6], éxito que contrariaba a los maledicentes. Porque, según la opinión general, la plebe era incapaz de gobernar; estaba dominada por la violencia y las pasiones. Pero los visitantes de la capital quedaban sorprendidos al ver reinar la calma y el respeto hacia las leyes. El periodista americano John Russel Young dijo que nunca había visto «ciudad más tranquila». Al contrario que todos los relatos de prensa, no vio «embriaguez, bandidaje ni saqueo» [7].

[5] Jules Rocher, *Lettres de communards et de militants de la Première Internationale à Marx, Engels et autres*, París, 1934, p. 18.
[6] *Ibid.*, p. 31.
[7] *New York Standard*, 15 de junio de 1871.

La acusación de que la Comuna no era más que el fruto de la Internacional era tan grave como tenaz. Las cancillerías de toda Europa intercambiaban expedientes sobre la organización. Y, para su protección mutua contra la presunta potencia de la Internacional y como medida profiláctica, se creó entre los monarcas una nueva Santa Alianza, más conocida con el nombre de Liga de los tres emperadores [8]. Pero esos pavores no tenían fundamento. Porque la Internacional era pobre e impotente. No fue ella quien desencadenó la revolución en París. Sólo intelectualmente puede considerarse a la Comuna como hija de la Internacional. Si los diplomáticos se hubieran tomado la molestia de leer el segundo manifiesto del consejo general sobre la guerra franco-prusiana, habrían podido ver cómo se prevenía a los parisienses contra el derrocamiento del gobierno de Defensa Nacional. Al fracasar en su intento de disuasión, el consejo aceptó la Comuna como un hecho consumado y asumió su defensa. La derrota de la Comuna constituyó también la derrota de su más elocuente defensor.

Los monarcas europeos se inquietaban, pues, sin motivo alguno, por el riesgo de contagio. La Comuna no tuvo imitadores fuera de Francia. Y las municipalidades francesas que siguieron el ejemplo de la capital tuvieron que someterse rápidamente ante la fuerza. Pero el hecho de que la capital francesa sirviera a todos de ejemplo bastaba para atemorizar a los monarcas y diplomáticos. En tres ocasiones París había provocado convulsiones en toda Europa. Si eso se reproducía una cuarta vez, pensaban los dirigentes europeos, el orden vigente podría no sobrevivir al choque, y la Internacional se aprovecharía de ello. Por eso la derrota de París liberó a las cortes europeas de un gran peso. Al menos cinco monarcas europeos enviaron felicitaciones a Thiers. El Papa vio en el despabilado aplastamiento y en las matanzas de los participantes en la Comuna el castigo por la propagación maligna del racionalismo francés.

NEGOCIACIONES PARA LA LIBERACION DE BLANQUI

Blanqui había sido detenido la víspera de la proclamación de la Comuna de París. Una vez en la cárcel, fue objeto de numerosos despachos oficiales dirigidos por altos funcionarios a sus subordinados. Como medida de seguridad, se le trasladó a Cahors, donde los acontecimientos parisienses no parecían en-

[8] Véase «The First International and a New Holy Alliance» en mis *Essays...*, pp. 183-199.

contrar eco alguno. No se admitían visitas, ni se filtraban al exterior noticias del preso. La policía informaba de que se encontraba tranquilo, absorbido por sus lecturas. Solicitó autorización para ir a París, donde había sido elegido consejero. Su éxito, sin embargo —se aseguraba al ministro de Justicia—, no le había proporcionado simpatía alguna en Cahors ni afectaba en nada a su seguridad. «El establecimiento penitenciario es sólido.» Hacia mediados del mes de mayo se ordenó su traslado al castillo de Taureau [9], quizá debido a los rumores de conspiraciones para liberarlo. Una semana más tarde Blanqui se encontraba encerrado en la fortaleza.

Mientras tanto, algunos discípulos buscaban su lugar de reclusión. Luego de descubrir el rastro de su jefe, Granger regresó apresuradamente a París para conseguir el dinero necesario para la corrupción de los carceleros. Cuando volvía, Blanqui se encontraba camino de la fortaleza, y las tropas versallescas luchaban cuerpo a cuerpo con los partidarios de la Comuna en las calles de París [10].

La puesta en libertad de Blanqui fue objeto de negociaciones entre París y Versalles; comenzaron a primeros de abril por iniciativa blanquista. La Comuna guardaba como rehenes a setenta y cuatro personas, entre las cuales se hallaban el presidente del Tribunal Supremo y varios altos dignatarios eclesiásticos. En resumidas cuentas, todos fueron ofrecidos a cambio del preso. Los principales emisarios, en favor de Blanqui, fueron Gaston Da Costa y Benjamin Flotte, que regresó de California, donde había montado un próspero restaurante. Había sido compañero de cautiverio de Blanqui en el Mont-Saint-Michel y en Belle-Ile, y tesorero del Club Central Republicano. Avezado y hábil, resultaba el mejor negociador posible para el canje proyectado. Consiguió convencer a Darboy, el arzobispo de París encarcelado, para que apoyara su oferta de canjear a Blanqui por importantes rehenes. El arzobispo hizo llegar las condiciones a Thiers por mediación del vicario general de París. A pesar de su solemne promesa, este sacerdote, una vez liberado, no volvió con la respuesta, desobedeciendo así la orden formal de su arzobispo [11].

Flotte decidió negociar directamente con Thiers. Para no sobrecargar la narración, ocupémonos inmediatamente de la

[9] Archivos Nacionales, BB 30-486, Expediente Agen.
[10] Gaston Da Costa, *op. cit.*, I, pp. 426-428.
[11] Véase la documentación en *Journal officiel de la République française sous la Commune* (reedición), 27 de abril de 1871.

segunda de las dos conferencias que se celebraron, según el informe de Flotte. Thiers habló el primero. Primeramente rechazó las condiciones de Darboy, porque liberar a Blanqui equivalía a regalar a la Comuna un cuerpo de ejército. Autorizó a Flotte para que dijera al arzobispo que se preocupaba mucho por liberarle «de su enojosa situación». Flotte insistió en que Darboy no era el único rehén, pero Thiers rehusó nuevamente. Flotte hizo una última oferta. La Comuna entregaría a los setenta y cuatro rehenes a cambio de Blanqui. Nueva negativa y fin de las negociaciones. Después de escuchar el relato de Flotte, Darboy dijo: «Ese hombre no tiene corazón» [12].

Otro intento no menos importante fue el de E. B. Washburne, embajador de los Estados Unidos en Francia. Con autorización del general Cluseret, jefe de la comisión de guerra de la Comuna, visitó al arzobispo y se desplazó a Versalles para defender la causa de los rehenes. «El gobierno francés no perdería nada dejando a Blanqui en libertad», dijo el embajador [13]. Pero Thiers permaneció inflexible.

¿Por qué tanta rigidez? ¿Estaba convencido de que Versalles perdería con el canje? La Comuna tendría el organizador y el jefe de primer orden que tanto necesitaba. Pero ¿qué obtendría el gobierno a cambio? Con toda seguridad, se salvarían setenta y cuatro vidas humanas, varias de ellas muy eminentes y estimadas. La salvación realzaría el prestigio del gobierno. Sin embargo, y dada la increíble dureza de corazón del personaje ésta nos parece una razón completamente convincente, la muerte de los rehenes a manos de los participantes en la Comuna serviría de excusa para la espantosa purga que se avecinaba a grandes pasos.

París se convirtió en un verdadero infierno después del 21 de mayo, fecha en que las tropas versallescas hicieron su entrada. Entre veinticinco y treinta mil defensores de la Comuna resultaron muertos durante una de las semanas más sangrientas en los anales de la carnicería humana. Esta cantidad no incluye a las 1.500 víctimas de los malos tratos y de los consejos de guerra. Millares y millares de hombres fueron deportados o condenados a pudrirse en la cárcel. Se tomaron

[12] B. Flotte, *Blanqui et les otages de 1871, documents historiques*, París, 1885, pp. 26-27. El arzobispo pensaba que Blanqui, en lugar de ser útil a la Comuna, sería una fuente de discordias. Georges Larouze, *Histoire de la Commune de 1871*, París, 1928, p. 377, nota 3.

[13] E. B. Washburne, *Recollections of a Minister to France*, Nueva York, 1889, II, p. 175.

medidas tan implacables que la industria de la capital padeció una crisis de mano de obra en 1872 [14].

El partido blanquista quedó diezmado y dispersado. Emile Duval resultó muerto al principio de la guerra civil, y Raoul Rigault pereció durante la semana sangrienta. Otros desfilaron ante el pelotón de ejecución o fueron condenados a trabajos forzados en los trópicos. Tridon murió en Bruselas. Numerosos blanquistas huyeron a Bélgica, Suiza, España, Inglaterra y Estados Unidos.

LA ETERNIDAD A TRAVES DE LOS ASTROS

El viejo jefe se encontraba en el castillo del Taureau, situado sobre un promontorio cerca de Morlaix, en Finistère. Los burgueses de Morlaix habían hecho construir esta fortaleza en el siglo XVI para proteger su comercio, pero luego se había convertido en una cárcel política. Desde Cahors, el traslado duró cerca de dos días. De acuerdo con las órdenes, los movimientos se realizaban de noche y en el más riguroso secreto [15]. Sin embargo, se produjeron indiscreciones, y los obreros le saludaron en varias etapas. Cuando atravesó Bretaña las gentes gritaron: «¡Viva el rey!» [16].

Durante cinco meses Blanqui tuvo que soportar sufrimientos mucho peores que los que había conocido en el Mont-Saint-Michel. La celda era lóbrega y húmeda. Se espiaban todos sus pasos. No podía hablar con nadie. Los centinelas que le guardaban en el patio tenían orden de matarle si intentaba fugarse. Noche y día, cada media hora, oía las órdenes y a los soldados que marcaban el paso. De día tenía que soportar el «espantoso guirigay» de la cantinera y su familia [17].

Blanqui buscó refugio en la cosmografía. Un folleto de setenta y seis páginas sobre astronomía fue el resultado de sus estudios [18]. Por la serenidad y el estilo, puede compararse la obra a un poema en prosa; en cuanto al fondo, concuerda con la filosofía mecanicista de su autor y, según F. A. Lange, se aproxima a las ideas de Epicuro sobre la concepción del uni-

[14] *Bulletin de la Société internationale des études pratiques d'économie sociale*, 1872, IV, p. 11.
[15] Archivos Nacionales, BB 30-486, expediente Agen.
[16] Geffroy, *op. cit.*, p. 370.
[17] *Ibid.*, pp. 381-383.
[18] *L'Eternité par les astres*, París, 1872.

verso [19]. Ascendía muy por encima de su cárcel, en el espacio y en el tiempo, para explorar el universo, el recorrido de los cometas, la naturaleza de las nebulosas, los giros incesantes de las estrellas, la revolución cíclica de la materia. Pero su ciencia resultaba rudimentaria y sus hipótesis muy endebles para servir de punto de partida a una investigación seria [20]. El folleto no le proporcionó a Blanqui reputación de astrónomo, pero ponía de manifiesto un extraordinario esfuerzo para abstraerse de este mundo y de la política.

Su solitario encarcelamiento fue interrumpido por su traslado a Versalles, para juzgarle por su participación en el movimiento del 31 de octubre de 1870. Compareció ante un consejo de guerra el 15 de febrero de 1872. La sala estaba abarrotada: ya no era el preso político, el conspirador, el veterano de la insurrección el que comparecía ante los jueces, sino un mártir, un héroe legendario. Un periodista confesó que no había visto nunca una demostración de curiosidad popular semejante. Y, sin embargo, añadía, «¡no se trata más que del juicio [...] de un anciano de sesenta y siete años, de los que ha pasado más de treinta en la cárcel!» [21].

Para no repetir lo expuesto en el capítulo anterior, nos limitaremos a evocar la acusación mantenida contra él: intento de derrocamiento del gobierno de Defensa Nacional. Respondió que no habría abandonado nunca su casa si no se le hubiera comunicado su nombramiento para el nuevo gobierno provisional. El objeto de los decretos que había firmado era restablecer el orden en el movimiento y terminar con la confusión general. Recordó a continuación a los jueces la solemne promesa del gobierno, que numerosos testigos confirmaron después. Interrogado sobre el asunto de La Villette, respondió que su objetivo era idéntico al del 4 de septiembre. ¿Qué derecho tenía para derrocar al gobierno? El mismo derecho que los hombres del 4 de septiembre, replicó.

El abogado defensor se mostró elocuente. Su cliente, manifestó, era un patriota que deseaba el bien de su país. Todo lo que hizo el 31 de octubre se justificaba así. Sus métodos habían sido tal vez desafortunados, pero sus intenciones fueron no-

[19] *Histoire du matérialisme,* París, 1921, I, p. 456, nota 73.

[20] Para un buen análisis de la obra, véase Alan B. Spitzer, *The Revolutionary Theories of Louis Auguste Blanqui,* Nueva York, 1957, pp. 34-39. El interés continuado de Blanqui por la astronomía se manifestó en su carta del 6 de enero de 1872 a la Academia de Ciencias, publicada en *L'Emancipation* del 1 de febrero de 1872.

[21] *Le Radical,* 17 de febrero de 1872.

bles [22]. A pesar de los esfuerzos de la defensa, Blanqui fue condenado a cadena perpetua y a la interdicción civil. En un segundo proceso un nuevo consejo de guerra confirmó la sentencia del primero.

Los médicos diagnosticaron que no podía soportar el viaje hasta Nueva Caledonia. Finalmente, fue a parar a Clairvaux, a un monasterio del siglo XII transformado en prisión durante el Primer Imperio. Entró allí el 17 de septiembre de 1872, sin la menor esperanza de salir vivo.

La cárcel contenía 21.000 presos, además de los 140 presos políticos, la mayoría de los cuales habían estado relacionados con la Comuna de una forma o de otra [23]. Blanqui fue instalado en una pequeña pieza oscura y húmeda. Las únicas interrupciones en la monotonía de su vida eran dos cortos paseos y las escasas visitas de sus hermanas. No podía hablar con los otros presos, ni leer el periódico. Las reiteradas protestas de su familia obtuvieron la supresión de esta segunda prohibición. No estaba autorizado para tener nada con que calentarse, a pesar de la dureza del clima. Cuando cayó enfermo sus hermanas recibieron autorización para verle y pasarle comida; se le concedió entonces una celda más grande y se le permitió la instalación de una estufa de leña. Pasaba la mayoría del tiempo en la cama, porque un reconocimiento médico había puesto de manifiesto un endurecimiento gradual de las válvulas del corazón. Blanqui pensaba que la soledad había sido la causa de su enfermedad. Se hallaba en las puertas de la muerte en 1877, pero se aferraba a la vida. Nos cuenta que necesitaba leer solo, en voz alta, para conservar el uso de la palabra [24].

En la época de su último proceso, su nombre ocupó la primera página de los periódicos. Numerosos artículos, inspirados por la malevolencia, contradecían deliberadamente a la verdad y dejaban aflorar el rencor [25]. Muchos otros rendían homenaje a su integridad, a su honor y a su patriotismo desinteresado [26]. A esta segunda categoría pertenecen el célebre artículo de J. J. Weiss, ya mencionado, y otro anónimo, elogioso, sobre la vida del preso [27].

[22] *Ibid.*, 17-18 de febrero de 1872.
[23] Geffroy, *op. cit.*, p. 409.
[24] Mss. Blanqui, 9588 (2), f. 590.
[25] Véase la protesta de Madame Antoine en *L'Emancipation* del 16 de febrero de 1872.
[26] M. Dommanget, *Blanqui et la guerre de 1870-1871*, pp. 167-169.
[27] *L'Emancipation*, 26 de febrero de 1872.

CAMPAÑA DE AMNISTIA

Blanqui pasó cerca de siete años en Clairvaux, durante los cuales la situación general en Francia cambió con mayor rapidez que la prevista por los profetas. Primeramente, la economía, retrasada por la guerra y por los acontecimientos, reanudó su actividad. Durante la crisis económica internacional que comenzó en 1873, numerosos industriales aprovecharon la caída de los precios para dotar a sus fábricas de las máquinas más perfeccionadas. Por otra parte, una serie de reajustes políticos contrariaron los proyectos de los monárquicos e impidieron la restauración de la monarquía. Y, por último, el renacimiento de un movimiento obrero organizado desmintió todas las predicciones de los que pensaban que la Comuna había despilfarrado sus posibilidades para siempre. Aunque las huelgas fuesen ilegales, su número aumentaba [28]. En 1872 el gobierno prohibió la constitución en París de un Consejo Central del Trabajo, a pesar de que el programa de esta organización era de una moderación cuidadosamente estudiada [29]. Pero en 1876 tuvo que tolerar la reunión del primer Congreso del Trabajo en Francia. Otros síntomas de la renovación fueron la presentación de candidaturas obreras en París y Burdeos y la publicación, entre 1873 y 1875, de la primera traducción francesa de *El capital*, de Marx. Publicada en fascículos a diez céntimos, para facilitar su difusión en los medios obreros, esta traducción debió de llegar a muchos hogares y barrios; pero no se conoce su tirada. Algunos intelectuales franceses estudiaron el volumen y se convirtieron. Entre ellos, hemos de señalar a Jules Guesde, principal fundador en noviembre de 1877 de *L'Egalité*, que fue el primer periódico marxista en Francia [30]. Sus pricipios fueron apoyados en el segundo Congreso Francés del Trabajo en 1878, pero sólo por una pequeña minoría.

Mientras tanto, los grupos de refugiados franceses se achacaban los unos a los otros la responsabilidad por la derrota de la Comuna. La ceguera de las pasiones era tal, que impedía a los exiliados discernir los factores fundamentales de la causalidad histórica. Además, estaban divididos por la disputa entre marxistas y bakuninistas por el dominio de la Internacional.

[28] Archivos Nacionales, F 12-4653.
[29] Ver mi libro, *The Beginnings...*, cap. II, sección 2.
[30] *Ibid.*, pp. 116-125.

Los blanquistas del extranjero, y muy especialmente los de Inglaterra, se encontraban en el centro del debate. Al tiempo que se enfrentaban con adversarios temibles como Eugène Vermersch, se aliaron primeramente con Marx. Tras haber ingresado en la Internacional, mantuvieron en ella una lucha de influencias con los bakuninistas. Pero después de su fracaso en el intento de dominar la Internacional, se retiraron durante el Congreso de La Haya en 1872. Lo hicieron con resonancia y acompañaron su salida de la publicación de un panfleto. La obra era de concepción blanquista, aunque impregnada de marxismo, porque Edouard Vaillant —su autor— había leído algunos libros de Marx [31]. Los firmantes, luego de apoderarse de las riendas de la organización, hubieran querido transformarla en un arma revolucionaria. Pero los hechos les cogieron desprevenidos. El Congreso votó el traslado del consejo general a Nueva York.

Los blanquistas expresaban la misma fe inquebrantable en la revolución en otro manifiesto, *Aux communaux*. Fue publicado en 1874, en nombre de «la Comuna Revolucionaria», su agrupación semisecreta que poseía algunas ramificaciones internacionales. Sus miembros esperaban el día de la revolución al igual que los monárquicos del séptimo día habían esperado en el siglo XVII el reino de los cielos. Su credo se resumía en estas palabras: «ateos, comunistas, revolucionarios». Se declaraban ateos porque el hombre no llegaría nunca a la ciencia pura sin rechazar a Dios; comunistas, porque su objetivo era la propiedad colectiva de los medios de producción; revolucionarios, porque esta meta no podría alcanzarse sin «derrocar por la fuerza una sociedad que sólo se mantiene por la fuerza». Además de esta triple divinidad, habían instituido un verdadero culto a la Comuna de París [32].

Su fe se adornaba con la inspiración romántica que se encuentra habitualmente en Bakunin. Al igual que éste, pensaban que Dios podía quedar abolido por decreto. Y, también como Bakunin, tascaban el freno mientras intentaban apresurar el ritmo de la evolución, sin preocuparse de los obstáculos o de la fundamentación de sus afirmaciones.

[31] El título completo es *Internationale et Révolution, à propos du Congrès de La Haye par des réfugiés de la Commune*, Londres, 1872; F. A. Sorge, *Briefe und Auszüge aus Briefen von Joh. Phil. Becker, Jos. Dietzgen, Friedrich Engels, Karl Marx u. A.*, Stuttgart, 1906, p. 78.

[32] El manifiesto fue nuevamente publicado por Charles Da Costa, *op. cit.*, pp. 44-51; también en A. Zévaès, *Les Grands Manifestes du socialisme français au XIXe siècle*, París, 1934, pp. 71-80.

Examinemos ahora los acontecimientos de Francia. Anteriormente hemos dicho que el movimiento obrero manifestaba su independencia al presentar candidaturas en las elecciones parlamentarias. La amnistía para los exiliados y los presos políticos estaba estrechamente ligada a este problema. Por recomendación de *L'Egalité,* Blanqui ocupó el lugar de honor en la campaña desencadenada al respecto [33]. Se le propuso como candidato en unas elecciones parciales en Marsella y más tarde en París, pero no obtuvo más que un pequeño número de votos.

La campaña por la amnistía —cuyo símbolo era Blanqui— alcanzó dimensiones nacionales en 1879. Ese año su candidatura en la primera circunscripción de Burdeos fue el punto de partida para un amplio movimiento. Peticiones y artículos, resoluciones votadas en toda Francia y llamamientos del extranjero, poemas, banquetes y suscripciones; en realidad, todos los recursos de la propaganda se utilizaron para que resultara elegido. Su candidatura fue apoyada por grupos políticos y organizaciones obreras en todo el país. En la creación de un Comité pro Blanqui en Niza, Garibaldi hizo un llamamiento a los electores para que votaran al «heroico mártir de la libertad humana». El diario *La Révolution française* organizó la difusión de su retrato [34], y las reuniones electorales terminaban con los gritos de «¡Viva la República! ¡Viva la amnistía! ¡Viva Blanqui!» [35]. Clémenceau intervino con calor y convicción en la Cámara en favor de su viejo amigo. Blanqui —dijo— ha sacrificado a la República treinta y seis años de su vida, que ha pasado en la cárcel. Se puede estar en desacuerdo con sus ideas, pero no es posible discutir su republicanismo austero, como tampoco cabe negar el espíritu de dignidad que ha sabido mantener contra viento y marea; nadie podría tampoco atacarle personalmente [36]. Era la primera vez que el elogio de Blanqui resonaba en una asamblea legislativa francesa. El preso dio las gracias al parlamentario y le consideró como el sucesor de Gambetta en la lucha contra el oportunismo, pecado capital de la República [37].

[33] *L'Egalité,* 27 de enero de 1878.

[34] El primer número de ese diario, editado por radicales y socialistas, apareció el 13 de enero de 1879; el último número el 14 de junio de 1879.

[35] Para la campaña electoral, nuestra documentación procede de los Mss. Blanqui, 9588 (1) y 9588 (2).

[36] *Annales de la Chambre des députés* (Sesión ordinaria de 1879), 21 de febrero de 1879, II, p. 183.

[37] Mss. Blanqui, 9592 (1), f. 543-546.

La elección de Blanqui en la segunda vuelta fue acogida con arrebatos de alegría por sus amigos y simpatizantes. Su nombre aparecía en todas partes. Incluso el *Times* de Londres le consideró digno de proporcionar un texto, y publicó una entrevista bastante larga que había concedido a su corresponsal [38]. La alegría, sin embargo, se convirtió en una legítima cólera cuando la Cámara anuló la elección. La invalidación provocó una avalancha de protestas. El argumento más convincente, y más susceptible de quebrar la obstinación de los legisladores, fue quizá el expuesto en *La Révolution française*. La Cámara con su votación, decía, mostraba que, en realidad, la papeleta de voto no tiene objeto cuando se trata de cambiar la marcha de las cosas. Porque si una elección podía anularse, resultaba ridículo ir a las urnas. Era cien veces preferible confiar en medios distintos de los legales [39].

La indignación nacional sobrepasó los límites admitidos por los propios legisladores. Se decidió tomar en consideración la propuesta de indultar a Blanqui, que desde hacía cerca de año y medio estaba retenida en los más altos escalones de la administración. Por consiguiente, el 10 de junio de 1879 fue liberado e indultado de las demás penas [40]. Pasó varios días con su familia y con sus amigos, dedicados a discutir, leer la prensa y ponerse al corriente de los acontecimientos. Le inundaban de felicitaciones; le solicitaban de todas partes para presidir reuniones, asistir a banquetes, arengar a las masas, escribir artículos o colaborar en la creación de sociedades obreras [41]. Una carta de Louis Ménard le llegó por mediación de su hermana, poco antes de la impugnación de su elección por la Cámara. Se trataba de Ménard, el poeta, que le había defendido en las horas difíciles de 1848. Le comparaba ahora a Lincoln y a Garibaldi [42]. Una semana después de su liberación recibió las felicitaciones de la viuda de Moses Hess, el célebre socialista alemán [43].

[38] La entrevista titulada «A Visit to Blanqui», publicada el 28 de abril de 1879, ocupaba más de dos columnas en letra pequeña.

[39] *La Révolution française*, 5 de junio de 1879. Jean T. Jonghin, *The Paris Comune in French Politics, 1871-1880*, Baltimore, 1955, un resumen útil de los debates sobre la amnistía.

[40] Archivos Nacionales, BB 24-822, expediente S. 76-4511.

[41] Parte de esos mensajes y de las respuestas de Blanqui se encuentran en Mss. Blanqui, 9588 (1) y 9588 (2).

[42] *Ibid.*, 9588 (2), f. 667.

[43] *Ibid.*, f. 689-690.

LA INVITACION DE MARX

Entre los corresponsales más importantes se encontraban Jules Vallès, Pierre Denis y Paul Lafargue. Vallès, novelista y cronista, que pensaba hacer reaparecer su semanario *La Rue*, le pidió permiso para publicar algunos manuscritos que guardaba el doctor Watteau [44]. Blanqui rehusó, tal vez porque consideraba que los propietarios de la revista resultaban demasiado tibios [45]. Denis insistió acerca del papel preponderante que Blanqui podría desempeñar en la unidad de las fuerzas revolucionarias y sobre lo adecuado del momento. La opinión pública se alejaba de una República, que no era más que «una ridícula imitación del Imperio». Solamente Blanqui —siempre según Denis— podía proporcionar «un cuerpo y una fórmula» a las aspiraciones populares. En caso contrario, corrían el peligro de verse corrompidas [46]. Lo esencial de la carta de Lafargue recogía los mismos argumentos y planteaba además claramente el problema de la creación de un partido obrero que ostentara el nombre de Blanqui. La carta dejaba entender, por otra parte, que Lafargue se limitaba a expresar el pensamiento de su suegro.

La carta estaba fechada el 12 de junio de 1879, es decir, exactamente dos días después de que Blanqui saliera de la cárcel. La fecha indica la atención con que Marx y sus allegados seguían la campaña nacional en favor del preso, y el lugar preferente que le concedían en la expansión del movimiento obrero y socialista francés. Quizá resulte necesaria una evocación histórica para situar la carta en su contexto.

Ya hemos expuesto que, desde 1878, los principios marxistas se infiltraban en las organizaciones obreras francesas. Rechazados por el segundo Congreso Nacional del Trabajo, *L'Egalité* y sus propagandistas los sometían, sin embargo, a la atención de los grupos de estudios sociales u obreros. Uno de los más asiduos era Jules Guesde [47], que había dado los primeros pasos en la política como radical de izquierda. Después de la Comuna, se encontraba, como los exiliados radicales, socialistas y

[44] *Ibid.*, f. 418-419.
[45] *Ibid.*, 9591 (2), f. 63.
[46] *Ibid.*, 9588 (1), f. 156-157.
[47] El mejor estudio es el de Claude Willard, *Les Guesdistes*, París, 1965. Véase también Compère-Morel, *Jules Guesde: le socialisme fait homme*, París, 1937; A. Zévaès, *Jules Guesde*, París, 1929; y mi ensayo «Jules Guesde, Pioneer of Marxism in France», *Science and Society*, 1940, IV, páginas 29-56.

anarquistas, en búsqueda de un camino hacia el progreso. Al parecer, *El capital*, de Marx, le abrió nuevos horizontes. No nos detendremos sobre el problema de la pureza de sus intenciones socialistas en la época de la fundación de *L'Egalité*. Digamos, entre paréntesis, que él y sus colegas periodistas transmitían a los grupos obreros la sustancia de las ideas socialistas en el mismo momento en que profundizaban en ellas.

Un juicio público contra Guesde y otros treinta y nueve socialistas, en 1878, resultó la ocasión soñada para dar publicidad a sus principios. Se les acusaba de haber infringido una ley contra la Internacional —promulgada hacía seis años— al convocar un congreso obrero internacional [48]. El proceso quizá no se habría diferenciado de otros muchos provocados igualmente por dicha ley, a no ser por el plan de defensa adoptado por Guesde. Fue una valiente exposición de la doctrina socialista y, sin duda, la interpretación más marxista que nunca se había dado en Francia. Publicada en folleto, resultó de una gran utilidad para los agitadores socialistas durante el período heroico [49].

En el año que transcurrió entre el juicio y el tercer Congreso Nacional, los socialistas consiguieron suficientes adictos en las organizaciones obreras para encontrarse en condiciones de organizar un partido obrero independiente. Su creación fue votada en el Congreso de Marsella, en octubre de 1879. Desde hacía tiempo, Marx y Engels pensaban en esta cuestión, así como en el mejor dirigente posible. De todos los jóvenes socialistas, dos solamente mostraban las cualidades necesarias, a su juicio: Jules Guesde y Paul Lafargue, todavía refugiado en Londres. Guesde, con toda seguridad, se había conducido muy valientemente en el proceso y había demostrado cualidades reales de propagandista. Pero su pasado no constituía una recomendación para los dos socialistas en Londres. Se le había visto en compañía de anarquistas y antaño había compartido sus convicciones antimarxistas. Además, sólo tenía una relativa experiencia del movimiento obrero. Lafargue tampoco satisfacía todos los requisitos exigidos para la dirección de un partido obrero en Francia. Si su historia personal hubiese sido el único criterio a considerar, resultaría el adecuado. Había mostrado una gran firmeza y mucha voluntad como dirigente estudiantil y en su

[48] *La Gazette des tribunaux*, 23-25 de octubre de 1878; véase también mi obra *The beginnings...*, pp. 128-131.

[49] Nuevamente publicado en Jules Guesde, *Çà et là*, París, 1914, páginas 155-183.

actuación contra el Segundo Imperio. También había impulsado, a pesar de las grandes dificultades, la campaña contra los anarquistas en España cuando se trataba de tomar el control de la Internacional. Pero tenía el arte de adormecer a un auditorio, y, exiliado desde la derrota de la Comuna, resultaba prácticamente desconocido en Francia. Su suegro había descubierto también en él una cierta tendencia hacia la rigidez, una especie de inflexibilidad manifestada mediante fórmulas que, incontroladas, podían desembocar en algo parecido al bakuninismo.

En comparación con esos posibles dirigentes, Blanqui tomaba las dimensiones de un gigante. A pesar de sus setenta y cuatro años y de su debilidad, tenía todavía una cierta reserva de vitalidad que podía servir para organizar un partido obrero. Poseía genio para la organización. Y su nombre se había convertido en el símbolo de una esperanza de cambio para los oprimidos, y en terreno de unión para las facciones socialistas divididas. Tales eran las conclusiones a que habían llegado Marx y Engels.

Por ello, dada la situación en Francia, resultaba de la mayor importancia ganarse a Blanqui para su proyecto de partido obrero. Y entre los allegados a Marx, correspondía lógicamente a Lafargue, por las razones ya mencionadas, entrar en contacto con la celebridad liberada. Marx y Engels inspiraron, sin duda, al redactor de la carta. De todos modos, Lafargue, en su carta fechada el 12 de junio de 1879, trataba claramente de granjearse la simpatía de Blanqui. La personalidad del portador de la carta, José Mesa, el célebre internacionalista español, proporcionaba un relieve especial a la correspondencia que así se iniciaba. Una observación incisiva sobre el oportunismo de los republicanos franceses, y unas palabras elogiosas para el viejo enemigo de la burguesía, formaban una corta introducción a la parte sustancial de la carta: «Sale usted a la superficie —escribía Lafargue— en el momento en que más necesitamos un hombre para constituir el partido proletario y lanzarlo a la conquista del poder político.» A continuación decía que, en los ocho años transcurridos desde la Comuna, ninguno de los radicales burgueses había sido capaz de elaborar un programa coherente para mejorar la condición obrera. Blanqui debía estar en desacuerdo con estas observaciones, a juzgar por sus comentarios acerca de la situación política francesa de 1873 a 1877[50]. Al contrario que los radicales —prose-

[50] Mss. Blanqui, 9593, f. 7, 9, 10, 13, 73.

guía Lafargue—, el proletariado había mostrado durante la Comuna que «ha adquirido conciencia de su papel histórico y que en su seno se hallan los elementos revolucionarios que sólo piden ser organizados para ponerse al frente del movimiento humano». En este punto, Lafargue recordaba que Blanqui había sido uno de los primeros portavoces de la lucha de clases. Ahora dicha lucha entraba en un período crítico, «y nuevamente reaparece usted para ser nuestro abanderado» [51].

No se podía decir más en una carta. El resto —la puesta a punto, el programa, las personalidades y la oposición—, todos estos problemas delicados y complicados sólo podían discutirse en privado. Por ello, Lafargue invitaba a Blanqui a pasar algunas semanas en su casa de Londres. La estancia, que podría servir como período de aclimatación del preso a la atmósfera de libertad, le ayudaría también a escaparse de los que deseaban lanzarle inmediatamente al palenque político. Y Lafargue le comunicaba —máxima tentación tal vez— las ganas que tenía Marx de conocerle.

No poseemos testimonio alguno que acredite que Blanqui respondiera a la invitación. No realizó el viaje a Londres, porque después de su liberación se dedicó enteramente a su campaña por la reelección en Burdeos. Viejas polémicas fueron reavivadas —entre ellas el documento Taschereau—, y nuevas acusaciones facilitadas por la fábrica de la Prefectura [52]. La policía intervino en reuniones de Blanqui, y la prensa no escatimó sus golpes. Gracias a esos esfuerzos conjugados, el adversario de Blanqui ganó con una mayoría de solamente ciento cincuenta y seis votos.

ULTIMAS BATALLAS POLITICAS

Los últimos dieciocho meses de la vida de Blanqui los dedicó a la agitación pública y al periodismo. Se lanzó a una verdadera carrera de fondo a través de Francia para hablar de sus temas favoritos: la república, el ejército, la amenaza clerical, la amnistía. Todos esos problemas no constituían más que uno solo [53]. El ejército actual —el tema de uno de sus

[51] La carta de Lafargue se encuentra en el Mss. Blanqui, 9588 (2), f. 678-679.
[52] Véase Geffroy, *op. cit.*, p. 426.
[53] Ver. *ibid.*, 9588 (2), f. 520.

panfletos [54]— debía sustituirse por una milicia nacional si el objetivo estribaba en hacer una república social y democrática [55]. La Iglesia, uno de los más feroces adversarios de dicha república, debía ser privada de todo poder por la misma razón [56]. Y la amnistía de los participantes en la Comuna ahora exiliados o deportados sería el preludio inevitable de los cambios sociales y democráticos de la República [57]. Hombres y mujeres, trabajadores e intelectuales, demócratas y socialistas, todos formaron parte del inmenso auditorio para ver y oír al veterano de dos revoluciones. No hay duda de que el incansable alegato de Blanqui a favor de la amnistía incitó a millares de personas a sumarse al coro nacional. Gambetta, que había resistido a todas las peticiones y a todas las presiones, terminó por ceder, sobre todo después de que un antiguo defensor de la Comuna fuera elegido concejal de su barrio en París. La amnistía general fue votada en julio de 1880.

Los blanquistas regresaron. Algunos con las doctrinas reforzadas, otros con ideas todavía susceptibles de ser influidas por el estudio y la experiencia. Se apresuraron a fundar un diario, *Ni dieu ni maître*, bajo la dirección de su jefe, y con un comité de redacción que comprendía a Rogeard, el mordaz panfletario, Eudes, Granger y Vaillant [58]. Al recuperar el calendario revolucionario francés, el periódico recordaba a sus lectores la ligazón con 1793, como había hecho *La Patrie en danger*. Publicó cierto número de manuscritos inéditos de su director sobre el espiritualismo y el positivismo, el capital, el trabajo y la cooperación. Se dedicaban numerosas columnas a los problemas obreros, a las huelgas y a la cuestión social en general. Otras daban cuenta de reuniones, reproducían discursos y contenían artículos de periodistas como Vaillant, que introducía un barniz marxista. Se lograba un nuevo tono con artículos tales como el de Petr Tkachev [59] —llamado frecuentemente el blanquista ruso— y el folletín de Nikolaï Chernyshevsky *¿Qué*

[54] *L'Armée esclave et opprimée*, París, 1880; también Mss. Blanqui, 9593.

[55] *Ni dieu ni maître*, 22 de noviembre de 1880.

[56] Mss. Blanqui, 9592 (1), f. 306.

[57] *Ibid.*, 9594, f. 670-671.

[58] Diario desde el 20 de noviembre al 13 de diciembre de 1880. Luego y hasta el último número, fechado el 6 de noviembre de 1881, fue un semanario. Tuvo 71 números.

[59] *Ni dieu ni maître*, 27 de noviembre de 1880. Véase el extraordinario capítulo sobre Tkachev en Franco Venturi, *Roots of Revolution*, Nueva York, 1960, traducción de su *Il Populismo russo*, Turín, 1952. (Hay traducción castellana: *El populismo ruso*, Alianza Editorial, Madrid, 1975.)

hacer? [60]. El periódico luchaba resueltamente por la separación de la Iglesia y del Estado, por la educación laica y por la abolición del ejército en su forma actual.

La poca energía de que disponía todavía Blanqui se consumía rápidamente. Al regreso de una reunión, en el anochecer del 27 de diciembre, discutía con Granger en el piso que compartían. De pronto, el viejo se levantó y cayó cuan largo era sobre el suelo. Acababa de sufrir un ataque de apoplejía. Permaneció cinco días en estado de coma y murió a la caída de la tarde del 1 de enero de 1881. Tenía setenta y seis años menos un mes.

Los funerales del 5 de enero arrastraron a una multitud considerable. Entre los oradores del Père-Lachaise figuraron delegados de grupos socialistas y obreros, los blanquistas Eudes y Vaillant y la anarquista Louise Michel. Las reflexiones de Tkachev son dignas de subrayar. Llamaba a Blanqui «nuestro inspirador y nuestro modelo, [...] el jefe indiscutible que nos ha transmitido, junto con la fe revolucionaria y la tenacidad en la lucha, el desprecio por los sufrimientos» [61].

[60] *Ni dieu ni maître*, 21 de noviembre-13 de diciembre de 1880.
[61] *Ibid.*, 9 de enero de 1881.

EPILOGO

Tres revoluciones y cinco sistemas políticos diferentes se sucedieron en vida de Blanqui. Tales sobresaltos no eran, en realidad, más que las manifestaciones externas de profundos cambios. La mecanización obligaba a la mano de obra especializada a cambiar de sitio; las zonas industriales atraían como imanes a la población rural; las relaciones entre el capital y el trabajo, en lugar de mejorar —como algunos reformadores sociales habían vaticinado—, se envenenaban, y cada uno de los dos bandos consideraba al otro como su adversario.

En Francia, los elementos históricos y geográficos tendían más bien a retrasar las transformaciones económicas y sociales. Por ejemplo, los principales recursos de Francia resultaban inferiores a los de Inglaterra. Los capitalistas franceses se encontraban obligados, por consiguiente, a conceder préstamos al extranjero en lugar de invertir en la industria nacional. Además, mientras que en Inglaterra la serie de medidas generalmente conocidas con el nombre de *Enclosure Acts* había desposeído a los pequeños campesinos y creado un fondo de reserva de mano de obra para la naciente industria, en Francia se había producido lo contrario con la revolución de 1789. El número de explotaciones agrícolas de pequeñas dimensiones había aumentado, debido a la parcelación de las grandes propiedades de los terratenientes. De esta manera se creó una clase, cuya principal preocupación era la salvaguardia de la propiedad. Dicha clase se convirtió en enemiga declarada de todos los que, de derecha o de izquierda, proyectaban cambiar la marcha de las cosas. En otros términos, la nueva clase constituía una amplia reserva para la reacción y el conservadurismo. Al mismo tiempo, la lentitud del desarrollo industrial favorecía la supervivencia del artesanado. En el plano de la renovación social y económica, esta clase de obreros especializados constituyó durante mucho tiempo un terreno abonado para los utopistas, los cooperativistas y

los anarquistas. En cambio, los marxistas no lograrían apenas adeptos. Señalemos de pasada que cuando hablamos de clase artesanal englobamos a todo un sector de la población francesa que incluía elementos con ideas muy retrógradas o, como los campesinos, poco inclinados a aceptar innovaciones científicas que parecían amenazar su misma existencia. La participación del artesanado en las tres revoluciones de 1830 a 1871 suponía claramente una revuelta contra los que perturbaban el orden natural apropiándose de una parte del fruto de su trabajo y, al mismo tiempo, una especie de seguro para el porvenir, con el fin de que el nuevo orden garantizara su estatuto de trabajadores independientes y les concediera el producto total de su trabajo. De ese modo interpretaban los artesanos la divisa revolucionaria: libertad, igualdad y fraternidad, y ése era el objetivo de los remedios que preconizaban, como los talleres nacionales, la cooperación y el mutualismo.

He ahí, pues, bosquejado a grandes rasgos, el marco social y teórico en que se insertaba la evolución de Blanqui. También ha de tenerse en cuenta la historia política de Francia en la que, por lo demás, él mismo había participado, y la tradición revolucionaria, heredada de su padre. La iniciación al carbonarismo francés le había revelado los misterios de la conspiración revolucionaria. Y los escritos socialistas y comunistas de los años 1830 a 1840 le permitieron entrever soluciones sociales superiores a todo lo que veía en su entorno. Y, sin embargo, Blanqui rechazaba formalmente todas las soluciones utópicas. No porque su pensamiento se encontrara firmemente establecido sobre bases económicas que pudiesen mostrarle las verdaderas causas de los cambios sociales. Blanqui no llegaría nunca a descubrir las leyes de la dinámica social. Una investigación de esa índole no entraba en el marco de sus propias preocupaciones. Y por ello su respuesta a las teorías utópicas era un socialismo ecléctico, bajo cuyas banderas podían reunirse tanto el proletariado como la pequeña burguesía y tanto los obreros no especializados como los artesanos. Lo extraño de esta categoría de socialismo era su hostilidad apriorística a la teoría; esta aversión podía a su vez explicarse por el hecho de que el razonamiento teórico más simple hubiera bastado para demostrar su inconsistencia.

Blanqui estaba muy dotado para la insurrección, a la que convirtió en un verdadero arte. La insurrección, a su vez, dependía de una conspiración, construida de acuerdo con el principio jerárquico más estricto y cuyos miembros estaban dis-

puestos a obedecer sin discusión las órdenes que procedían de una cúspide que permanecía envuelta en el misterio. Los obreros, el pueblo llano, aquellos en los que se confiaba para que fueran captados por el demonio revolucionario, esa reserva de fuerzas resultaba totalmente extraña a la propia conspiración. Blanqui calculaba con sumo cuidado el momento preciso en que se debería desencadenar la insurrección; incluso, de hecho, tuvo que oponerse en varias ocasiones a una precipitación intempestiva. Pero se mostraba incapaz de determinar los verdaderos elementos de la acción, y las fuerzas que había puesto en movimiento, de grado o por fuerza, le arrastraban con ellas.

Blanqui creía hasta cierto punto en el papel de la clase obrera como fuerza motriz del progreso. Cuando podía asistía a reuniones y manifestaciones obreras y apremiaba a sus discípulos para que no escatimaran esfuerzo alguno para ganarse a los trabajadores a su causa. Sin embargo, sus largas estancias en la cárcel contribuyeron a alejarle de las verdaderas aspiraciones y de las necesidades materiales de los trabajadores. Y cuando, por fin, pudo estudiar esos problemas, como hombre libre, fue incapaz de evitar los errores de apreciación. Asumió la defensa de los sindicatos, pero sin concederles un lugar especial en su pensamiento económico. Se opuso al movimiento cooperativo, sin comprender todas las implicaciones. Se mantuvo al margen de la Primera Internacional sin interrogarse sobre sus objetivos reales. Todos esos errores se relacionaban, evidentemente, con el ambiente pequeñoburgués en el que tomaron cuerpo sus ideas. Su visión de la producción y el cambio apenas rebasaban las del artesano o del tendero. Su concepción del industrialismo y la formación del capital resultaba superficial: estaba lejos de sospechar la fuerza de sus efectos sobre las gentes y sobre su manera de pensar. Por la misma razón, las causas fundamentales de la oposición de clases se le escapaban. Para él, el proletariado constituía un conglomerado de elementos sociales heterogéneos cuyo único punto común residía en que todos eran igualmente explotados por la aristocracia del dinero. Por consiguiente, asimilaba el proceso de explotación capitalista a un robo.

En cuanto a su filosofía de la historia era similar a la de los filósofos progresistas del siglo XVIII. El hombre evolucionaba sin cesar hacia formas superiores de justicia e igualdad, y nada podía oponerse a esta progresión ineluctable; los actos de los mártires de la humanidad lo demostraban. El triun-

fo del principio de igualdad significaría el punto final del progreso.

Según Blanqui, las explicaciones racionalistas y materialistas no ocupaban un lugar destacado en la causalidad histórica. En su pensamiento, la lucha por el ateísmo cobraba mayor importancia que el movimiento obrero. Había que liberarse primero de lo sobrenatural, y sólo así se llegaría a la libertad económica y social. La clase obrera creía exactamente lo contrario y pensaba mucho más en liberarse de la miseria que de Dios. Permanecía, por consiguiente, sorda ante las diatribas blanquistas contra el idealismo y la espiritualidad. Además, el plan blanquista para la toma del poder no se basaba en las masas productoras, sino en los «desclasados», los intelectuales desarraigados, el proletariado del espíritu que adoraba al pueblo en abstracto, y que estaba dispuesto a ofrecerse en holocausto por su bien. Con toda evidencia, los elementos de romanticismo y de lo que podríamos llamar «quijotismo» abundaban en el revolucionarismo de Blanqui.

Fue, sin embargo, un revolucionario con una voluntad ejemplar. Nunca puso en duda la legitimidad de la causa que le costó pasar en la cárcel casi la mitad de su vida. Muy pronto conoció la verdad de la máxima: el que algo quiere, algo le cuesta. La lucha por el objetivo esencial, por el socialismo, constituía una lucha política, un duelo a muerte por la supremacía. Y sabía que, al poner en tela de juicio la primacía de la burguesía, sería combatido sin piedad. Por ello mantuvo siempre que la revolución «suave», mediante el consentimiento mutuo, tal y como la enseñaban Louis Blanc y otros reformadores, no era más que un puro sueño. Los trabajadores debían comenzar por asegurarse el poder antes de dedicarse a la edificación de una nueva sociedad.

Blanqui vivía todavía cuando el Congreso de Marsella votó la creación de un partido del trabajo. El programa de ese partido —esbozado por Marx, salvo en algunos extremos de interés inmediato— se difundió ampliamente en la prensa socialista [1]. No tardaron en aparecer graves disensiones sobre puntos teóricos y prácticos, que provocaron facciones y escisiones. En menos de dos años, una ruptura, que estaba latente desde hacía algún tiempo entre marxistas y reformis-

[1] *L'Egalité*, 30 de junio de 1880; *Le Prolétaire*, 10 de julio de 1880, *La Revue socialiste*, 20 de julio de 1880, pp. 417-418; véase también mi obra *The Beginnings of Marxian Socialism in France*, pp. 157-161.

tas —conocidos entonces con el nombre de «posibilistas»—, escindió al joven partido en dos ramas.

Entre tanto, los fieles de Blanqui habían formado un Comité Revolucionario Central. Su declaración de principios —fechada en 1881—, aunque carente de claridad, proporcionaba una idea de su línea general. El Comité rechazaba el abstencionismo político, no porque creyera que el sufragio universal podría cambiar radicalmente la situación, sino porque el mismo hecho de votar suponía una manera de combatir a los enemigos de la nación. El principal enemigo era «esta organización capitalista [...] que detenta la riqueza social mediante el hambre y la fuerza, mediante el ejército profesional. Es preciso que la nación sea dueña de su riqueza y de su fuerza; que todo ciudadano pueda disfrutar de la primera y contribuir a la segunda. El hombre habitará las casas que construye, se vestirá con las ropas que teje, comerá el pan que cuece» [2].

Los acontecimientos fueron los que acercaron a marxistas y blanquistas. En las elecciones de 1885 se presentaron con un programa común contra el oportunismo republicano y el colonialismo [3]. En efecto, una minoría del Comité Revolucionario Central, dirigida por Vaillant, tenía numerosos puntos comunes con los marxistas, lo cual contribuía a atenuar los desacuerdos. Sin embargo, la mayoría del Comité, con Granger a la cabeza, se mostraba reacia a semejante colaboración. Examinándolas detenidamente, las ideas de dicha mayoría no eran en realidad más que una variante del radical-socialismo, es decir, el radicalismo sin el socialismo. Mientras vivió Eudes, jefe indiscutido de los blanquistas, las dos tendencias cohabitaron en el seno del mismo organismo. Pero después de su muerte, en agosto de 1888, se produjo la escisión.

La causa inmediata fue el asunto Boulanger, que dividía entonces a la nación. Granger se puso del lado de los partidarios de Boulanger, pensando que podía convertirlos a las ideas sociales [4]. Tal vez las razones de Granger fueran menos puras y la patriotería y el antisemitismo de Boulanger le atrajeran tanto como la búsqueda de una inasequible igualdad. Nótese hasta qué punto tales tendencias constituían una herencia directa de su maestro. La facción de Granger se disolvió después del fracaso del boulangismo. No obstante, el

[2] *Ni dieu ni maître*, 24 de julio de 1881.
[3] *La Revue socialiste*, 1885, II, p. 763.
[4] Martel, *op. cit.*, pp. 172-180.

grupo de Vaillant había cooperado mientras tanto con el partido marxista para elaborar un manifiesto que rechazaba tanto al boulangismo como al republicanismo oportunista.

La organización blanquista superviviente comenzó entonces a crecer regularmente. En 1895 tenía 35.000 afiliados aproximadamente. De sus candidatos a diputados, cuatro fueron elegidos en 1893 y 7 en 1898. El mismo año tomó el nombre de Partido Socialista Revolucionario, el cual continuaba la política que el blanquismo había seguido bajo la dirección de Vaillant. Al desaparecer los obstáculos que separaban a las organizaciones blanquista y marxista, ambas se fusionaron en 1901 para formar el Partido Socialista de Francia. Cuatro años después, dicho partido se sumó a otras organizaciones socialistas para fundar el Partido Socialista Francés.

10ème 7bre 1861.

Cher Citoyen,

Ma réponse à vos dernières lettres a été si longtemps retardée, parceque j'attendais de jour en jour des nouvelles de la part de la dame que vous savez. Enfin on m'a informé que, depuis plusieurs mois elle est partie pour l'Italie, mais qu'elle retournera bientôt à Berlin.

Si la première lettre pour L. n'est pas arrivée, je suppose que la faute était dans l'adresse. Elle était marquée via Gibraltar au lieu de via Southampton. Ayant été instruit de cette méprise, j'ai corrigé l'adresse de la 2ème lettre. Je l'ai non seulement affranchie, mais aussi recommandée. J'enclos le reçu de la poste anglaise.

Les 50 francs, que je vous remets, proviennent de la part d'un club d'ouvriers allemands. Dans une lettre suivante je vous enverrai une seconde contribution.

Ayez la bonté de m'accuser réception et

Una carta de Karl Marx referente a Blanqui (véase pág. sig.)

ANEXO

UNA CARTA DE KARL MARX REFERENTE A BLANQUI

1861

Querido ciudadano:

Esta respuesta a sus últimas cartas ha sido largamente demorada, porque esperaba todos los días noticias por medio de la señora [2] que usted sabe. Por fin se me ha informado de que hace varios meses marchó a Italia, pero que pronto regresará a Berlín.

Si la primera carta para L. [3] no ha llegado, supongo que la causa fue un error en las señas: había puesto *via Gibraltar* en lugar de *via Southampton*. Se me ha avisado de esta equivocación y he corregido la dirección en la segunda carta. No solamente la he franqueado, sino también certificado. Adjunto el recibo del correo inglés.

Los 50 francos que le remito provienen de un club de obreros alemanes. En una próxima carta le enviaré una segunda contribución. Tenga la bondad de acusarme recibo y enviarme a cambio ejemplares de su folleto.

Sería útil que me escribiera una carta que podría enviar a Berlín y que fijara los medios económicos requeridos para un X X X [4]. Yo la transmitiría a quien corresponda.

Tenga la seguridad de que nadie puede estar más interesado que yo por la suerte de un hombre al que siempre he considerado como la cabeza y el corazón del partido proletario en Francia.

Saludos, K. M.

[1] Véase fuera de texto.
[2] La condesa Sophie Hatzfeld.
[3] Probablemente Ferdinand Lassalle.
[4] Aquí tres palabras tachadas por Marx.